

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
ESCUELA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN COLECTIVA

Análisis de los recursos periodísticos, literarios y voz de autor que utilizan Alejandro Almazán, Óscar Martínez y Roberto Valencia al escribir crónica narrativa latinoamericana sobre violencia

Trabajo Final de Graduación en modalidad de Tesis para optar por el título de Licenciados en Ciencias de la Comunicación Colectiva con Énfasis en Periodismo

DIEGO ARGUEDAS ORTIZ
CAMILA SALAZAR MAYORGA

Comité Asesor:
Carolina Carazo (Directora)
Roberto Herrscher
Álvaro Murillo



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE COMUNICACIÓN COLECTIVA

ACTA DE PRESENTACIÓN DE REQUISITO FINAL DE GRADUACIÓN No.011

Sesión del Tribunal Examinador celebrada el día **Lunes 23 de noviembre del 2015**, a las **12:30 pm**, con el objeto de recibir el informe oral de la presentación pública de los:

SUSTENTANTE	CARNE	EGRESADO AÑO	ENFASIS
Diego Arguedas Ortiz	A80573	II Ciclo 2013	Periodismo
Camila Salazar Mayorga	A85852	II Ciclo 2013	Periodismo

Quien se acoge al Reglamento de Trabajos Finales de Graduación bajo la modalidad de **Tesis**, para optar al grado de **Licenciatura en: CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN COLECTIVA EN EL ENFASIS DE PERIODISMO**.

El tribunal examinador integrado por:

Dr. Nefer Muñoz Solano	Presidente (a)
M.sc. Eduardo Ulibarri Bilbao	Profesor (a) Invitado (a)
M.Sc. Carolina Carazo Barrantes	Director (a) T.F.G.
M.sc. Alvaro Murillo Murillo	Miembro del Comité Asesor
M.sc. Roberto Herrscher	Miembro del Comité Asesor

ARTICULO I

El Presidente informa que los expedientes de los postulantes contiene todos los documentos de rigor. Declara que cumple con todos los demás requisitos del plan de estudios correspondiente y, por lo tanto, se solicita que procedan hacer la exposición.

ARTICULO II

Los postulantes hacen la exposición oral de su trabajo final de graduación titulado: **“La literatura al servicio de la veridicción: Análisis de los recursos periodísticos, literarios y voz de autor que utilizan Alejandro Almazán, Oscar Martínez y Roberto Valencia al escribir crónica narrativa.”**

ARTICULO III

Terminada la disertación, el Tribunal Examinador hace las preguntas y comentarios correspondientes durante el tiempo reglamentario y, una vez concluido el interrogatorio, el Tribunal se retira a deliberar.

ARTICULO IV

De acuerdo al Artículo 39 del Reglamento Finales de Graduación. El Tribunal considera el Trabajo Final de Graduación:

APROBADO () APROBADO CON DISTINCION (X) NO APROBADO ()

Observaciones _____

ARTICULO V

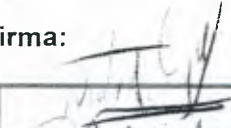
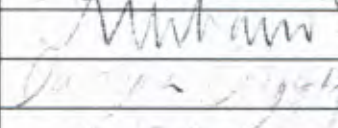
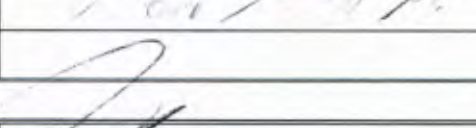
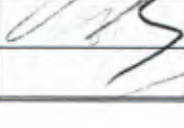



El Presidente del Tribunal le comunica a los postulantes el resultado de la deliberación y los declara acreedor al grado de Licenciatura en: **CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN COLECTIVA EN EL ENFASIS DE PERIODISMO**.

Se le indica la obligación de presentarse al Acto Público de Juramentación, al que será oportunamente convocados.

Se da lectura al acta que firman los Miembros del Tribunal Examinador y los Postulantes. A las _____ se levanta la sesión.

Nombre:

Firma:

Dr. Nefer Muñoz Solano	
M.sc. Eduardo Ulibarri Bilbao	
M.Sc. Carolina Carazo Barrantes	
M.sc. Alvaro Murillo Murillo	
M.sc. Roberto Herrscher	
Diego Arguedas Ortiz	
Camila Salazar Mayorga	

A nuestros padres

Índice

Resumen	7
Introducción	8
Justificación	9
Estado de la cuestión	10
Planteamiento del problema	16
Preguntas de investigación	17
Objetivos	17
General	17
Específicos	17
Marco teórico	18
Marco Metodológico	29
Operacionalización y definición de las categorías de investigación	32
Recursos periodísticos	32
Recursos literarios	36
Voz de autor	42
Resultados	51
Recursos periodísticos, literarios y voz de autor en cinco crónicas de Roberto Valencia	53
Introducción a la obra analizada de Roberto Valencia	53
Recursos periodísticos utilizados en las crónicas de Roberto Valencia	56
Recursos literarios utilizados en las crónicas de Roberto Valencia	64
Recursos de voz de autor utilizados en las crónicas de Roberto Valencia	79
Recursos periodísticos, literarios y voz de autor en cinco crónicas de Alejandro Almazán	86
Introducción a las crónicas analizadas de Alejandro Almazán	86
Recursos periodísticos utilizados en las crónicas de Alejandro Almazán	87
Recursos literarios utilizados en las crónicas de Alejandro Almazán	96
Recursos de voz de autor utilizados en las crónicas de Alejandro Almazán	110
Recursos periodísticos, literarios y voz de autor en cinco crónicas de Óscar Martínez	118
Introducción a las crónicas analizadas de Óscar Martínez	118
Recursos periodísticos utilizados en cinco crónicas de Óscar Martínez	119
Recursos literarios utilizados en cinco crónicas de Óscar Martínez	129
Recursos de voz de autor utilizados en cinco crónicas de Óscar Martínez	138
Análisis comparativo: tres voces, una misma caja de herramientas y tres estilos diferentes	143
Recursos periodísticos	144
Conclusiones de recursos periodísticos	151
Recursos literarios	152
Conclusiones de recursos literarios	162

Voz de autor.....	163
Conclusiones de voz de autor.....	171
Conclusiones.....	173
Anexos	186
Yo violada	186
Barrio Jorge Dimitrov	197
Yo torturado	208
Yo Madre	217
Hormigas en el Centro Juventud	233
Los Acapulco Kids	244
Chicas Kalashnikov	258
Carta desde Durango	268
Acapulco Golden.....	278
En Michoacán la violencia viene de lejos	289
Los hombres que arrastran clavos	301
Los hombres que vendían a las mujeres	313
Guatemala se escribe con zeta	329
Langostas, pangas y cocaína	340
Narco hecho en Centroamérica	355
Referencias	364

Resumen

La presente investigación analiza, a partir de un instrumento metodológico, los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor que utilizan Alejandro Almazán, Óscar Martínez y Roberto Valencia al escribir crónica narrativa latinoamericana sobre violencia. El análisis muestra que, a diferencia del periodismo tradicional donde el periodista se separa de sus texto, en las crónicas analizadas los periodistas dejan su sello personal y hacen, cada uno, un uso particular de la la caja de herramientas periodísticas, literarias y subjetivas para escribir sus crónicas, pero siempre utilizando estos recursos para potenciar la función periodística de las historias.

Palabras clave: crónica, nuevo periodismo, narrativa, periodismo literario, autor

Introducción

Aunque la relación entre periodismo y literatura ha sido estrecha, complicada e interactiva desde hace décadas, durante los años previos al inicio de esta investigación se generaron diversos fenómenos en América Latina y España que dieron un nuevo aliento al periodismo literario –el cruce entre ambos campos– y a la crónica narrativa, el hijo predilecto de esta unión.

Al empezar esta investigación, a inicios del año 2013, era evidente que la crónica narrativa había tomado fuerza –aunque también resultaba claro que era un fenómeno antiguo que podía trazarse al menos hasta finales del siglo XIX (Rotker, 1992). Al mismo tiempo se gestaron el surgimiento de medios digitales especializados en el tema; el fortalecimiento de revistas impresas que ya venían trabajando el tema; la publicación de minuciosas antologías de crónica y el desarrollo de actividades por parte de instituciones como la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, que organizan talleres y encuentros con el gremio de cronistas.

A pesar del *boom* de la crónica en América Latina, es poco el ejercicio profesional que se hace en Costa Rica y aún menor la atención que recibe en el plano académico desde las universidades costarricenses. Este proyecto de investigación busca aportar a este campo de investigación y analizará los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor que utilizan Alejandro Almazán, Óscar Martínez y Roberto Valencia al escribir crónica narrativa latinoamericana sobre violencia.

Para esto, el planteamiento es descoser sus técnicas periodísticas, literarias y de voz de autor a partir de subcategorías e indicadores diseñados con base en la literatura académica existente sobre herramientas periodísticas, los recursos narrativos o literarios y los elementos que indican una subjetividad en los textos, de modo que sea posible analizar la presencia del periodista como autor en las crónicas.

En esta discusión será clave el concepto del “pacto de veridicción”, un acuerdo mudo y tácito que según Chillón (1999) es lo que distingue al periodismo de la ficción: es ese compromiso que hace el reportero a su audiencia, donde les garantiza que su relato es veraz. Esta idea es central para diferenciar los diferentes tipos de ficción, como se verá más adelante, y para unir la literatura y el periodismo bajo la misma casa: “el feraz patrimonio de los relatos del mundo” (Chillón, 2006, p. 13).

Justificación

Este proyecto de investigación pretende aportar una nueva mirada en el estudio de la crónica narrativa latinoamericana desde la academia nacional, donde sea el autor y su empleo de diversas herramientas periodísticas y narrativas el elemento diferenciador en el género. En un entorno académico con pocos investigadores en el campo de la crónica narrativa, el trabajo aquí planteado puede ser punto de partida de otras investigaciones que aborden el mismo tema en el futuro, puesto que todavía es un campo con amplio espacio de crecimiento.

Se estudia desde la comunicación colectiva ya que la crónica es un subgénero del periodismo y su disección se hará siempre pensando en que se trata de textos que buscan comunicar y calar en un público específico con ese fin.

Al plantear el tema de la crónica narrativa en la discusión académica nacional, esta investigación beneficia a los periodistas costarricenses interesados en escribir textos de este género, porque les ofrecerá herramientas para su ejercicio y análisis. A su vez, es un aporte a la Universidad de Costa Rica y específicamente a la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva, en tanto el trabajo sirva como motivación para que futuros estudiantes de periodismo y los propios académicos conozcan y exploren este género.

A pesar de que existe un consenso entre autores (Villanueva Chang, 2004; Gil González, 2002; Herrscher, 2012) de que la mirada y estilo del autor es lo que diferencia la crónica narrativa, no existen investigaciones que profundicen en caracterizar en detalle las herramientas y recursos de este autor de crónica latinoamericana contemporánea. Tampoco hay investigaciones sobre el autor de crónicas sobre violencia, esto a pesar de que autores académicos como Jaramillo Agudelo (2012) ubican la violencia como uno de los ejes centrales de la crónica narrativa latinoamericana central.

De modo que esta investigación puede arrojar resultados determinantes para la concepción e investigación académica de la crónica narrativa sobre violencia.

Estado de la cuestión

Como punto de partida para las investigaciones académicas sobre crónica, destacan los trabajos seminales de Rotker (1992) y Chillón (1999) que sentaron, respectivamente, las bases de la comprensión histórica de la crónica narrativa y las intersecciones entre el periodismo y la literatura, desde la cual otros autores llegaron a aportar y ahondar el debate. Esta investigación también parte de esos cimientos con el afán de profundizar sobre el caso puntual de los autores de crónica latinoamericana de violencia.

Desde las universidades latinoamericanas, las investigaciones que mejor coinciden con este trabajo analizan la crónica latinoamericana en las revistas regionales de periodismo narrativo *Etiqueta Negra* y *Gatopardo* (Feria, 2008; González y Sarmiento, 2002).

Otra parte importante de la literatura consultada en crónica narrativa y periodismo literario se encuentra en forma de artículos académicos publicados en revistas y, crucialmente, como ensayos sobre el tema que aparecen como prólogo de antologías y recopilaciones (donde destacan Carrión (2012) y Jaramillo (2012)).

Entre los libros, también destacan los trabajos de Herrscher (2012), una obra fundamental para comprender los cruces entre periodismo y literatura, y la publicación de Ulibarri (1994), muy útil para elaborar sobre los elementos del periodismo.

Los diferentes artículos recopilados han sido trabajados desde la disciplina del periodismo y se centran en los siguientes ejes temáticos: genealogía y evolución histórica del género, cruce entre periodismo y literatura, elementos diferenciadores de la crónica narrativa y situación actual del género.

Del origen a la difusión: investigaciones que construyen el contexto histórico de la crónica narrativa en América Latina

Sobre la ubicación temporal y espacial de la crónica narrativa en Latinoamérica, varios autores (Escobar y Rivera, 2008; Gil, 2004; Puerta, 2011; González y Sarmiento, 2002; Chillón, 1999) le han seguido los pasos y trazado su esquema temporal, para así ubicarla en un determinado contexto histórico. Dichos autores han encontrado una genealogía que traza los orígenes de la crónica narrativa en diferentes campos: histórico, técnico, literario y su situación actual.

En su investigación seminal, Rotker (2012) considera que el género es un híbrido

creado en América Latina bajo la tutela de los escritores modernistas de finales de siglo XIX, quienes desde urbes europeas y norteamericanas sentaron la base técnica de la crónica actual.

Escobar y Rivera (2008) argumentan, basados en el trabajo pionero que hizo Rotker (1992), que José Martí, Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Nájera crearon esta nueva construcción “en la que desaparecían los límites entre los distintos géneros discursivos para que *alguien contara una historia real como si fuera un cuento de ficción*” (p. 12, itálicas en el original).

Gil (2004) sostiene que si bien nació como género cuasi-notarial en Europa, ya notaba la fuerte influencia del autor y explica que en esas manifestaciones primitivas “el mensaje se adapta al estilo del autor y no a la inversa” (p. 29). Luego, afirma, el género llegó a fortalecerse e independizarse en América Latina.

Cuando González y Sarmiento (2002) describen a la crónica como subgénero del periodismo literario, afirman que “la crónica es el género de mayor antigüedad en Latinoamérica” (p. 248). Puerta (2011) comparte este criterio y hace énfasis en la función de la crónica de retratar la historia y de su aporte a la narrativa latinoamericana, lugar donde, según él, el género tiene sus raíces más fuertes.

Por su parte, Reguillo (2000) habla de la narrativa melodramática (telenovelas, boleros, cine latino) como antecesor necesario de la crónica “pues logró abolir la frontera entre lo real y lo representado. El melodrama se convirtió en escritura de lo real, en visión del mundo y en el abrevadero de las grandes verdades para amplios sectores de la población.” (p. 2). Reguillo sostiene que la crónica llegó a ocupar el mismo espacio que históricamente tenía la narrativa melodramática.

Sierra (2012) esboza de manera descriptiva dos fenómenos diferentes (el *boom* literario de los sesentas y la nueva crónica latinoamericana), atemporales, pero en su criterio fuertemente ligados, que permite dimensionar el alcance de la nueva crónica y su recepción en países como España.

El planteamiento de Sierra (2012) afirma que “el llamado periodismo de autor tiene lugar solo por la creación de algunos nuevos medios” (p. 26), entre los que menciona las revistas *Etiqueta Negra*, *Pie Izquierdo*, *Marcapasos* o *Soho*. Al tratarse de un público muy específico, el autor concluye que a diferencia del *boom* de los sesentas

que llegó a un público amplio, la nueva crónica sigue siendo, en buena medida, poco accesible para las grandes audiencias.

Fronteras del periodismo y la literatura: investigaciones sobre el cruce entre ambas disciplinas

Chillón (2006) sostiene que tanto la literatura toma del periodismo como al revés, pues ambos pertenecen a “la narrativa”. El autor renuncia a ambos términos y acuña el suyo, *facción*, que “se caracteriza por refigurarse así mismo ‘lo real’ a impulsos de una imaginación disciplinada tanto por la razón como por el compromiso ético de referirlo tal cual es, del modo más fehaciente posible” (p. 21). Además, Chillón (1999), en su libro *Literatura y Periodismo, una tradición de relaciones promiscuas* señala cómo ambas disciplinas tuvieron puntos en común a través de la historia.

El trabajo de López (2010) hace uso de la teoría literaria de Gerard Genette para explicar el periodismo literario como género. Así, concluye que este calza con la clasificación que Genette hace de literariedad condicionalista, es decir, que “en ciertas circunstancias y bajo ciertas condiciones se convierte en literario un texto que inicialmente cumple otras funciones” (p. 109).

Más que un género en sí mismo, Yanes (2006) sostiene que son “trabajos periodísticos con elementos propios de la literatura, o, dicho de otra forma, escritos literarios con una función informativa” (sección 1).

Muñoz (2013) explora el manejo que hicieron tres autores latinoamericanos de los límites entre el periodismo y la novela, desarrollando sobre la porosidad y los puntos comunes entre ambos campos, la utilización que hacen de recursos de un campo en otros y los textos híbridos que resultaron de estos cruces.

Por otra parte, el cronista mexicano Juan Villoro (2006) realiza una exploración metafórica sobre la constitución literaria de la crónica. Para él, este subgénero del periodismo es un híbrido y lo compara con un ornitorrinco, al ser “un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser” (párr. 21). Desde una visión muy práctica expone que la crónica toma elementos de la novela, el reportaje, el cuento, la entrevista, del teatro moderno y grecolatino, del ensayo y la autobiografía.

Una vez delimitado el estudio de literatura y periodismo, Callegaro y Lago,

(2012), Villanueva (2006) y Herrscher (2012), también evidencian la diferencia que existe entre el periodismo informativo y el narrativo.

Callegaro y Lago (2012) definen la crónica narrativa y sus características a partir de la comparación con la crónica hegemónica. Villanueva (2006) sostiene que el cronista narrativo suple con historias espacios que diarios y noticieros - con su periodismo notarial -no abarcan, y que su éxito radica en que a “la gente, en su condición de aburrida, le encanta que le cuenten historias” (p. 54).

Herrscher (2012), más pedagógico, incluso propone un método para saltar del clásico informativo (las cinco W's -qué, cómo, cuándo, dónde, quién-) al narrativo mediante un nivel de profundización y otro de expansión para cada una de estas preguntas básicas.

Caracterización del género: investigaciones que profundizaron en la crónica narrativa latinoamericana actual

González y Sarmiento (2002) desarrollan 12 características del género que luego aplican para evaluar textos. Por su parte, en su análisis de las técnicas empleadas en crónicas publicadas en *Etiqueta Negra*, Feria (2008) estudia nueve textos en busca de 16 técnicas literarias.

Callegaro y Lago (2012) definen la crónica narrativa y sus características a partir de la comparación con la crónica hegemónica.

Esquivada (2006) caracteriza el oficio de 15 nuevos cronistas a través de encuestas y entrevistas. Entre sus conclusiones destacan el carácter marginal del oficio de cronistas, que se desarrolla en paralelo al de un trabajo en un medio hegemónico, en la mayoría de los casos.

Mientras que Gil (2004) habla del rol del cronista como elemento diferenciador en cada texto, Herrscher (2012) está un paso adelante e incluso elaboró un método para enseñar un género narrativo a partir de uno o varios autores. Villanueva (2006), en su ensayo sobre el rol del cronista, reflexiona sobre el carácter subjetivo del cronista y el impacto que tiene el periodista y sus vivencias en el texto final, concluyendo asimismo que es el elemento clave del género.

Descosiendo la crónica narrativa: investigaciones que ofrecieron una metodología clara para el análisis del género

Los trabajos de González y Sarmiento (2002) evalúan la presencia de características del periodismo narrativo en 30 artículos de la revista colombiana *Gatopardo*, a través de un enfoque cualitativo.

También destaca el trabajo de Feria (2008) en el que se analiza la presencia y uso de técnicas narrativas en tres autores de la revista *Etiqueta Negra*. La autora revisa tres crónicas de cada uno y cuantifica la información recopilada. Más allá de comprobar la presencia de estas técnicas, su trabajo no cuenta con una metodología que permita establecer patrones narrativos y hablar de voz de autor.

El estudio que hace Espinosa (2008) de la crónica policial en Salta tiene una metodología más apta para analizar la construcción de un hecho noticioso en los textos publicados. Es pertinente pues ningún otro documento hallado presenta este análisis de la producción de la crónica.

Conclusiones del Estado de la Cuestión

Las investigaciones consultadas privilegian tres grandes temáticas. Primeramente se aborda un discurso histórico (Rotker, 1992; Escobar y Rivera, 2008; Gil, 2004; Puerta, 2011; González y Sarmiento, 2002) para identificar el origen de la crónica narrativa. Si bien no se llega a un consenso, los autores mencionados coinciden en que el género echó raíces en América Latina y se ha desarrollado con fuerza en esta región. Señala de eso es la aparición de revistas especializadas.

A su vez se trata el tema de la confrontación entre literatura y periodismo (Chillón, 1999; Chillón, 2006; López, 2010; Meza, 2006; Muñoz, 2013; Villoro, 2006; Callegaro y Lago, 2012; Villanueva Chang, 2006; Herrscher, 2012). Los textos discuten sobre si los géneros periodísticos pueden ser considerados como literatura, sin alcanzar un consenso.

Finalmente, otras de las investigaciones utilizadas (González y Sarmiento, 2002; Feria, 2008; Gil, 2004; Callegaro y Lago, 2012; Esquivada, 2006; Villanueva, 2006; Herrscher, 2012) describen al género y lo caracterizan.

Las investigaciones que presentaron una metodología más detallada (González y Sarmiento, 2002; Feria, 2008; Espinosa, 2008), usaron un enfoque cualitativo con el fin de caracterizar a la crónica, los cronistas o técnicas utilizadas a la hora de escribir. Los

demás textos se abordan desde una perspectiva más ensayística.

Planteamiento del problema

Las investigaciones en crónica narrativa latinoamericana actual no le han dado suficiente importancia al abordaje metodológico, como sí se ha hecho con el estudio de los cronistas del siglo pasado (Rotker, 1992). De todos los trabajos consultados, todos menos dos (Feria, 2008; González & Sarmiento, 2002) eran artículos de revista o ensayos que abordaban el tema de un modo relativamente empírico, sin construir un objeto de estudio metodológicamente claro. Otros análisis, como Muñoz (2013), aparecieron tras el planteamiento metodológico.

Faltan estudios que analicen cómo se producen las crónicas narrativas, pues los trabajos estudian textos publicados sin sumergirse en el proceso previo que debió vivir el cronista. La perspectiva de consumo de crónicas narrativas por parte del público latinoamericano también está prácticamente inexplorada.

Existe un vacío en estudios sobre el papel que tiene el autor, las técnicas narrativas que utiliza y la voz propia que le impregna a una crónica en la crónica latinoamericana actual. Por lo tanto, estos se convierten en oportunidades de análisis.

En las investigaciones analizadas no hay un método que permita caracterizar al autor de las crónicas narrativas, las técnicas y recursos que emplea y su influjo sobre un tema. No hay análisis cuantitativo y el cualitativo es escaso y ronda únicamente en identificar si los textos presentan características literarias.

Por su parte, en Costa Rica el movimiento no se ha desarrollado con la misma fuerza que en otros países de la región y es difícil hablar de cronistas costarricenses, esto se evidencia en la ausencia de estudios sobre el tema.

Es por eso que como problema de investigación se plantea analizar las características narrativas, periodísticas y de voz de autor que utilizan tres cronistas latinoamericanos al escribir crónica de violencia para identificar si el género es una creación de autor.

Preguntas de investigación

¿Cuáles técnicas periodísticas aplican los autores de crónica latinoamericana actual al trabajar sus temas?

¿Cuáles recursos narrativos utilizan los autores de crónica latinoamericana actual?

¿Cuáles son los cruces entre literatura y periodismo en la crónica latinoamericana actual?

¿Cuáles elementos indican la presencia de voz de autor en un texto?

Objetivos

General

Analizar las características literarias, periodísticas y de voz de autor que utilizan tres cronistas latinoamericanos al escribir crónica de violencia para identificar si el género es una creación de autor.

Específicos

1. Identificar, en las crónicas seleccionadas, las características y recursos estilísticos de los géneros periodísticos.
2. Identificar, en las crónicas seleccionadas, las características y recursos estilísticos de los géneros literarios.
3. Identificar, en las crónicas seleccionadas, la presencia de características de autor.
4. Analizar los recursos estilísticos periodísticos y literarios encontrados en las crónicas seleccionadas para determinar la presencia de voz de autor.

Marco teórico

Géneros: la definición de una etiqueta

En ocasiones pasa que, en los periódicos, la cabecilla de un texto hace de etiqueta y señala: Perfil, Entrevista, Crónica... En las librerías, los libros están ordenados en poesía, novela, ensayo, ficción... Son clasificaciones, agrupaciones, que remiten a los lectores a horizontes discursivos.

En una sociedad se institucionaliza la recurrencia de ciertas propiedades discursivas y los textos individuales son producidos y percibidos en relación con la norma que constituye esa codificación. Un género, literario o no, no es otra cosa que esa codificación de propiedades discursivas. (Todorov, 1987, p. 6).

Estas codificaciones se pueden denominar géneros, que según Todorov (1987) son “clases de textos” (p. 4). Así, si dos textos (o discursos) tienen propiedades comunes, es posible agruparlos.

Los géneros son, por lo tanto, sistemas de clasificación (Amar, 1992) que permiten, tal como sostiene Reyes (como se citó en Parrat, 2007) ordenar textos con base en “características comunes de forma y contenidos, es decir, unas normas y convenciones que incluyen leyes discursivas propias y ciertos rasgos lingüísticos obligatorios” (p. 8).

Pero, ¿cómo logramos identificar los criterios de selección para conformar esas “clases”? Podemos aceptar el planteamiento de Chandler (2000), quien considera que las definiciones convencionales de género “tienden a estar basadas en la noción de que constituyen ciertas convenciones particulares de contenido (como tema o locación) y/o forma (incluyendo estructura y estilo) que comparten los textos que consideran como parte de ellos” (p.2).

Sin embargo, pese a estos criterios de selección, los géneros literarios o periodísticos, al ser construcciones culturales, no pueden comprenderse como categorías fijas. Todorov (1987) sostiene que “un nuevo género es siempre la transformación de uno o de varios géneros antiguos: por inversión, por desplazamiento, por combinación” (p. 4). Es decir, los géneros son dinámicos, viven una constante transformación y tienen ciclos que no cierran, sino que se entrelazan y se alimentan unos de otros. No hay fronteras finitas y cercadas, sino espacios de convergencia

Sobre esta base, se acepta la invitación de Krauss (1971) a reflexionar sobre la historicidad de los géneros, con tres principios: que cada obra nueva es un elemento

nuevo en su género y puede modificarlo, que los géneros se mezclan y transforman continuamente y que cada género tiene su destino, sometido al cambio continuo de tiempos y épocas.

El momento histórico resulta vital a la hora de comprender los géneros. Ya decía Amar (1992) que “los géneros no son eternos, surgen, se desarrollan y desaparecen o se transforman, su condición es esencialmente histórica y social” (p. 19). La realidad histórica, junto con la realidad discursiva, es uno de los dos componentes de lo que Todorov (1987) llama la codificación históricamente constatada de propiedades discursivas.

Se puede analizar la propiedad discursiva y la codificación que tiene cierto género para comprender la construcción de otros. Los géneros narrativos tradicionales (como el cuento, la novela y la epopeya) y dramáticos ofrecieron herramientas para el desarrollo de nuevo géneros, como la crónica.

Pero hablar de crónica como un solo género independiente de su momento histórico pierde sentido. No es lo mismo la crónica de Indias que escribieron los colonizadores de América en el siglo XVI, que la crónica modernista de la mano de Rubén Darío o la nueva crónica narrativa. Todas tienen ciertas características en común pero se han transformado con el paso del tiempo, tomando y obviando elementos de otros.

Este sistema genérico, de signos y convenciones, hacen que los géneros existan como una institución, ya que “funcionan como horizontes de expectativa para los lectores y como modelos de escritura para los autores” (Todorov, 1987, p. 7), de forma que los autores escriben en función del sistema genérico existente y los lectores leen en función del mismo.

Así se introduce la funcionalidad del género. En los géneros periodísticos, que provienen de los literarios (Santamaría, 1994), esta funcionalidad es clave, ya que la característica fundamental que los engloba es que cada género tiene como fin “atender a los dos grandes objetivos de la información de actualidad: el relato de acontecimientos y el juicio valorativo que provocan tales acontecimientos” (Martínez, 1983, p. 217). Los géneros periodísticos existen en tanto respondan a la representación de la realidad en sus diferentes formas.

Bernardino (como se citó en Parrat, 2007, p. 10) sostiene que como el periodismo es un método de interpretación sucesiva de la realidad social, los géneros son formas de expresión y representación de dicha realidad. Eso abre una pregunta: ya que los géneros intentan reproducir esa realidad, ¿será posible pensar en géneros rígidos para reproducir a una realidad que cambia constantemente por influencias sociales, culturales, políticas y económicas? La respuesta parece ser no.

De modo que, al hablar de géneros como una clasificación que si bien responde a una estructura formal, también admite el dinamismo, hablar de categorías rígidas se vuelve absurdo.

En este sentido pareciera más razonable hablar de un género desde lo que sí es, es decir, las características que lo identifican y no desde la ausencia de las mismas. Esto deja la frontera del género abierta para incluir dentro de su caracterización nuevos elementos conforme se sumen y modifiquen los límites.

Un ejemplo claro es el planteamiento de Tom Wolfe (1975), quien expone cuatro grandes recursos que utilizaron los practicantes del Nuevo Periodismo norteamericano de la década de 1970 para construir sus historias, todos tomados de géneros narrativos tradicionales. Estos puntos son la reconstrucción por escenas, la transcripción de diálogos, los puntos de vista de personajes y la descripción detallada. Por ser un género de no ficción, Wolfe (1975) habla de la necesidad de un reporteo exhaustivo, ya que “solo a través de las más exhaustivas formas de reporteo era posible, para textos de no ficción, usar escenas completas, diálogos extendidos, puntos de vista y monólogos interiores” (p. 33). Hollowell citado en Bonano (2007) agrega a las características de Wolfe el “monólogo interior, o la presentación de lo que se siente y piensa un personaje sin recurrir a la cita directa. Es la representación de lo que sucede en la mente del personaje” (p. 215).

Ya se ve, la construcción del género que hace Wolfe y que complementa Hollowell no se hace basada en diferenciarse de otros (como lo podría ser observaciones del tipo: “evita el lenguaje informativo” o “esquiva a las fuentes institucionalizadas”) sino que prefiere listar los recursos que caracterizan al género. Ya no se habla, entonces, del periodismo como lo real y la literatura como lo ficcional, sino de la crónica como un género híbrido que utiliza escenas, diálogos, puntos de vista, descripción y monólogos

interiores; es decir, de recursos que podrían perfectamente atribuirse a una novela o un cuento.

Surge entonces la pregunta, ¿puede un género periodístico ser literario? Si es así, ¿puede el periodismo ser literatura?

Periodismo y literatura: revisión de una relación y un espacio compartido

La respuesta más simple es que el periodismo ya ha sido uno con la literatura. Chillón (1999) sostiene que Daniel Defoe sentó a la vez las bases de la novela británica moderna y del periodismo de su época con sus obras, mientras que Alessandro Manzoni hizo lo mismo en Italia. Sin embargo, al ser el momento histórico un componente fundamental de los géneros (Todorov, 1987), un precedente no dicta una regla para otros momentos y es necesario hacer una revisión más minuciosa entre su relación.

Incluso, todavía existen quienes han querido diferenciar al periodismo de la literatura (Limia, 2005), según Aguilera (1992) “quizás por un residual sentimiento posesivo el escritor se niega a reconocer que el periodismo se ha profesionalizado” (p.2). La discusión, antes de si existe literatura en periodismo, debe hacerse acerca de su relación.

Todorov (1987) habla de dos términos que componen cualquier género: una propiedad discursiva y una codificación; por lo que parece justo, al intentar comprender la relación entre periodismo y literatura, utilizar un modelo similar. Con el riesgo de parecer reduccionistas, se abordarán primero dos cruces entre ambos campos: lo que cuentan (propiedad discursiva) y cómo lo cuentan (codificación).

La diferenciación discursiva tradicional señala que el periodismo y la literatura se diferencian porque el primero narra eventos reales y la segunda ficticios. Sin embargo, Chillón (1999) sostiene que toda dicción representa ficción, puesto que al “empalabrar” la realidad, los sujetos no hacen más que imaginarla.

De ahí, Chillón plantea dos categorías que resultan vitales: la enunciación ficticia, donde la carga ficcional es deliberada e irregular, y la enunciación facticia, donde hay una voluntad disciplinada de apegarse a un “pacto de veridicción” (p. 38). El periodismo vendría a derivarse de la segunda, mientras que la literatura de ficción de la primera, aunque ya no existe esa dicotomía realidad-falsedad, que se diluye.

El objeto discursivo puede aportar mayor diferenciación. Es claro que el

periodismo tiene como fin “atender a los dos grandes objetivos de la información de actualidad: el relato de acontecimientos y el juicio valorativo que provocan tales acontecimientos” (Martínez, 1983, p. 217). La literatura, por su parte, “es un modo de conocimiento que busca aprehender y expresar lingüísticamente la calidad de la experiencia” (Chillón, p. 69-70).

Como se ve, desde las definiciones base, periodista y literatura no tienen necesariamente que excluirse mutuamente. Se puede incluso pensar en situaciones donde un texto relate acontecimientos, los exprese lingüísticamente y haga un juicio valorativo de la experiencia. ¿Cómo se clasificaría tal texto, si las únicas opciones fueran solo periodismo o solo literatura? Esta conexión con “los acontecimientos” o “la experiencia” es vital para comprender la relación entre literatura y periodismo.

Incluso, Chillón (1999) ubica el nacimiento de la novela moderna y el periodismo en un mismo contexto. Según él, fue la necesidad de conocer las nuevas realidades sociales emergentes que se plasmó en estos, dos de los grandes modelos narrativos actuales. Es este interés común por narrar experiencias reales que permitió el establecimiento de novelas-reportaje como *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh, o *A sangre fría* de Truman Capote. Limia (2005) profundiza esta conexión al analizar dos obras de Gabriel García Márquez –*Relato de un Náufrago* y *El coronel no tiene quien le escriba*– donde la primera ha sido catalogada como periodismo y la segunda como literatura. El autor propone que el primero contiene claros recursos literarios y el segundo muestras de recursos periodísticos.

Limia (2005) concluye que, de omitir el nombre del náufrago, en el primer texto, y darle un nombre real al coronel, en el segundo, se podría invertir la carga de realismo y ficción, lo cual dejaría en evidencia de manera más clara el difuso límite. Por eso, él invita a considerar que “no podemos referirnos a él solamente como periodista o como escritor. Se trata de un narrador” (Limia, 2005, p. 153).

Más allá de la intención discursiva y al entrar en la codificación como tal, es necesario comprender al periodismo y la literatura ante todo como actos narrativos. Ambos tienen una convivencia en el sentido de que “comparten el mismo instrumento, que es la lengua” (Limia, p. 153).

Hace falta comprender por qué –en el caso de que ambos traten temas de

relevancia social y hasta realistas (véase a Charles Dickens o a Pérez Galdós)– la literatura de ficción emergió históricamente como la más estética de la dupla. Para Jakobson (citado en Todorov, 1970; citado en Chillón, 1999) es la literariedad lo que define si una obra dada es una obra literaria. Chillón (1999) explica el concepto como “la manipulación deliberada y estéticamente consciente que el escritor hace de los usos sociales del lenguaje” (p. 87).

De modo que, lejos de ser su carácter ficcional lo que hace a un texto literario, es una presencia de elementos estilísticos que evidencien la intención del autor de presentar, mediante el lenguaje, un discurso con ciertas cualidades estéticas.

Esta manipulación de los usos sociales del lenguaje bien puede comprenderse como los recursos estilísticos que pone un autor en su obra. Se habló anteriormente de la utilización de escenas, diálogos, puntos de vista, descripción y monólogos interiores como recursos que bien podrían estar en una crónica periodística o en una novela. Queda entonces la pregunta: si parecen tan fáciles de ubicar, ¿qué son realmente? Así, parece sensato la propuesta de Chillón (2006) cuando plantea que “con frecuencia tales procedimientos y proceder no pertenecen a la literatura de ficción ni a ninguna otra especie discursiva en concreto, sino más bien al feraz patrimonio de los relatos del mundo” (p. 13).

Entonces, ¿qué pasa cuando la propiedad discursiva y la codificación de un texto calzan tanto en la definición de periodismo como de literatura? En textos que tratan hechos “veraces” donde el autor cumple el pacto de *veridicción* con el lector, pero que buscan aprehender y expresar lingüísticamente tal situación más allá del lenguaje neutro del periodismo informativo, se puede hablar de un cruce entre periodismo y literatura.

En esta clase de textos, “los sucesos que describen son reales, pero tal como se presentan podrían parecer relatos de ficción, si no fuera porque existe el referente concreto periodístico” (García, 2000, p. 337). Es necesario entonces regresar a la etiqueta mencionada al principio del apartado teórico como guía tanto para el lector como para el autor.

Este punto común de periodismo y literatura es lo que Limia (2005) llama literatura de apreciación o el periodismo como modo de apreciación literaria de acontecimientos. Se diferencia de la literatura de ficción y la literatura de comunicación

porque logra un punto medio. No obstante, si bien el periodismo y la literatura se cruzan, todavía falta definir quién lo escribe ¿Es un periodista, un escritor o un narrador? Y, sea lo que sea, ¿se trata de un autor?

El autor y su estilo: en busca de la inmersión

En el prólogo de su libro *Literary Journalism*, Mark Kramer (1995) establece siete reglas quebrantables para periodistas literarios y considera una de ellas, la posibilidad de escribir con lo que él llama una “voz intimista”, que vendría a ser la personalidad del autor, una voz que habla por sí misma.

Sin embargo, el término de autor y por ende la llamada voz de autor, son conceptos que han sido ampliamente discutidos y cuyas concepciones son variadas.

El primer punto es dejar en claro si tal figura existe o no. Para Barthes (1968), el autor no existe, sino que considera que en un texto “es el lenguaje, y no el autor, el que habla” (p. 2). Su muerte es simultánea a la enunciación, es decir, en el momento en que nace un texto, quien lo escribe deja de tener importancia. Esto se debe a que dotar al texto de un autor “es imponerle un seguro, proveerlo de un significado último, cerrar la escritura” (p. 4). A su vez, Barthes afirma que esa muerte se refuerza por la existencia de intertextualidad.

Hoy día sabemos que un texto [...] está constituido por un espacio de múltiple dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura. (Barthes, 1968, p.3).

Esta afirmación es válida, si consideramos al periodismo como una simple reproducción de la realidad, tal como lo dice Martín (1973), “son los hechos quienes hablan, a través de las palabras” (p. 25), es decir, el que habla no es el periodista. Aunque esto calza a la perfección con la visión tradicional del periodismo informativo, donde quien escribe debe distanciarse de los hechos que narra, el creador del texto en el espacio común que comparten literatura y periodismo no se conforma con esto.

Así, entra a escena el planteamiento de Foucault (1969), opuesto a Barthes, que niega que el autor muera con el texto y desarrolla el concepto de una función de autor.

Primeramente el autor es un nombre propio que “ejerce un cierto papel en relación con el discurso: asegura una función clasificatoria; tal nombre permite reagrupar un cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros. Además, efectúa una puesta en relación de los textos entre ellos” (Foucault, 1969, p. 7).

El nombre de autor caracteriza entonces el discurso, ya que al decir que un texto fue escrito por una persona específica, “indica que dicho discurso no es una palabra cotidiana” (Foucault, 1969, p. 8), sino que ésta debe recibirse de cierto modo y ser dotada de un cierto estatus que depende de la cultura en la cual esté inserto.

Haciendo eco de esta noción de nombre propio, PalauSampio (2009) considera que en los textos periodísticos sí hay autor, que se manifiesta a través de la firma, pero que el periodista busca esconder esa condición al no mostrar su personalidad en el texto.

Sin embargo, Foucault (1969) considera que la función de autor no es única ni “se ejerce de manera universal y constante sobre todos los discursos” (p. 8). Esto debido a que el anonimato es aceptado en ciertos discursos científicos que exponían una verdad establecida. No obstante esto no es posible en los textos literarios.

Si bien Foucault se refiere a poesía o prosa, este trabajo ha desarrollado anteriormente que la crónica narrativa puede ser considerada como un texto literario por su hibridez, lo que implicaría que es imposible concebir a una crónica sin su autor. “La firma acreditada es siempre garantía de este género periodístico” (Martín, 1973, p. 136).

¿Qué designa a un individuo como autor? ¿Qué permite clasificar textos a partir de un nombre propio? Para Foucault (1969), es “la proyección, [...], del tratamiento aplicado a los textos, de los acercamientos realizados, de los rasgos establecidos como pertinentes, de las continuidades admitidas o de las exclusiones practicadas” (p.10).

Foucault (1969) ofrece cuatro criterios para identificar al autor como una función que unifica un conjunto de textos. En este sentido, el autor “permite explicar tanto la presencia de ciertos acontecimientos en una obra como sus transformaciones, sus deformaciones, sus modificaciones” (Foucault, 1969, p. 11), es también “el principio de una cierta unidad de escritura” que de cierto modo “permite superar las contradicciones que pueden desplegarse en una serie de textos” (p. 11) y “es un cierto centro de expresión que, bajo formas más o menos acabadas, se manifiesta igual y con el mismo valor, en obras, borradores, cartas, fragmentos, etc” (p.11).

En este fragmento se introduce una concepción de “voz de autor”, de rasgos estilísticos que definirían a un autor como tal. Así, la ausencia de los mismos en un corpus de textos de un mismo individuo, impediría considerarlo un autor. ¿Son todos los periodistas autores? No bajo esta definición. Lo serían únicamente aquellos en cuyos textos que es posible identificar una voz característica.

Jaramillo (2012) resalta que el periodismo literario posiblemente transmita mejor el mundo dado que “narra gracias a la inmersión, a la voz personal, a la exactitud y a la dimensión simbólica” (p. 32).

La presencia de una voz de autor, implica el abandono al supuesto de la objetividad, aunque todavía se mantiene el pacto de *veridicción* con el lector que Chillón (1999) identifica como central en la narrativa periodística. El periodista muestra su personalidad en el texto y desecha el esquema impersonal.

Chillón citado en PalauSampio (2009) niega que exista un solo estilo periodístico y que este no es sinónimo de objetividad. “No existe un supuesto estilo característico de la comunicación periodística en su conjunto sino una muy heterogénea y compleja diversidad de estilos y registros, distintas tanto en lo que hace a su fisonomía expresiva como a sus aptitudes comunicativas” (p. 354).

El periodista entonces, en ejercicio de su función de autor, busca una voz propia entre un mar de estilos, que están delimitados por los hechos y la veracidad, características de la información. Hay una libertad creativa condicionada.

Villoro (2006) lo sintetiza de esta manera: “El prejuicio que veía al escritor como artista y al periodista como artesano resulta obsoleto. Una crónica lograda es literatura bajo presión” (parr. 9). Pero entonces, ¿qué es una crónica?

La crónica: un género híbrido con voz propia.

A lo largo de estos párrafos se ha mencionado a la crónica, por lo que resulta pertinente definir este concepto, que será la columna vertebral de esta investigación.

La crónica, según la clasificación de los géneros periodísticos desarrollada con anterioridad, es un híbrido entre el periodismo informativo y el interpretativo, con elementos de varios campos. Rotker (1992) sostiene que la crónica viene “del periodismo, de la literatura y de la filología para crear una especie de arqueología del presente...” (p. 106).

“La crónica periodística es, en esencia, una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado” (Martín, 1973, p. 129).

A su vez, según la caracterización de Juan Villoro (2006), la crónica toma recursos de los géneros literarios, como la novela, el reportaje, cuento, entrevista, teatro, ensayo y autobiografía, aunque el “catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito” (parr. 21).

Esta hibridez es su característica principal; la crónica posee una libertad creativa carente de estructura rígida (Martín, 1973, p. 134) contraria a la de los géneros informativos. De este modo, el género tiene la posibilidad de romper con las reglas tradicionales en función de la historia. Tal como explica Rotker (1992),

“(s)e permite originalidades que violentan las reglas del juego del periodismo, como la irrupción de lo subjetivo. Las crónicas no respetan el orden cronológico, la credibilidad, la estructura narrativa característica de las noticias ni la función de dar respuesta a las seis preguntas.” (p. 200)

Sin embargo, Martín (1973) a su vez resalta que la presencia de la noticia en el texto es imprescindible, ya que es la que lo dota de carácter periodístico. Peralta y Urtasum (2007) también consideran a la crónica un género con la función de informar (puesto que su función primordial no es opinar) pero hacen la salvedad de “que se construye con una estructura textual en la que predomina el tipo *narrativo*” (2007, p. 37, *itálicas en el original*).

Es este tipo de narración lo que permite la inclusión de elementos subjetivos y otros recursos estilísticos. Rotker (1992) incluso propone que fue esta “estilización” la herramienta usada por los cronistas para diferenciarse de los reporteros tradicionales. Manuel Graña (1930) en Martín (1963) señala que lo que distingue a la verdadera crónica es precisamente el elemento personal.

Es decir, la crónica permite una negociación entre la objetividad y subjetividad, en donde se “debe plasmar la personalidad literaria del periodista” (Martínez, 1974, p.125)

Sobre este balance entre la subjetividad del periodista y su compromiso con mantener una mirada veraz de los hechos que reporta, Martín (1973) agrega que “no

puede hablarse de la existencia de un estilo objetivo predeterminado para la crónica [...], ha de admitirse también que el estilo[...] es aquí libre [...] pero está sujeto a la noticia. Lo objetivo y subjetivo se complementan." (p. 132).

De esta forma la crónica narrativa es una frontera desdibujada en la que permean elementos del periodismo y la literatura y en la que, a su vez, se manifiesta la presencia de un autor que le impregna un sello propio. La crónica es negar la objetividad y recrear de forma literaria la realidad.

A partir de esta discusión teórica, se puede determinar que la crónica es un género híbrido con fronteras abiertas que permiten la mezcla con otras disciplinas como la literatura. Así, se entienden los géneros no como estructuras rígidas sino como espacios de intercambio. Esta flexibilidad permite una mezcla entre el periodismo y la literatura, que se vuelven disciplinas no excluyentes y pueden tomar elementos la una de la otra para crear un texto.

En la creación de este texto surge el autor, que se consolidaría como tal al impregna su voz y estilo personalísimo en un conjunto de materiales escritos.

Estos conceptos servirán como base para analizar las crónicas seleccionadas y los permitirán dar respaldo teórico a cada una de las categorías.

Marco Metodológico

Perspectiva metodológica

Para analizar las características narrativas, periodísticas y de voz de autor que utilizan tres cronistas latinoamericanos al escribir crónica de violencia es necesario diseñar una estrategia metodológica que posibilite comprender los recursos estilísticos que utilizan los autores de crónica latinoamericana no como actos lingüísticos aislados, sino como parte de un proceso de producción cultural que, como un género híbrido, tiene tanto su realidad discursiva como su realidad histórica (Todorov, 1987).

Mertens (2005) en Salgado (2007), se apoya en dicha idea y parte de que al no haber una realidad objetiva, “la realidad es edificada socialmente [...]; de este modo, las percepciones de la realidad son modificadas a través del proceso del estudio” (p. 71). Esta concepción calza con el objeto de estudio de esta investigación, dado que son textos periodísticos cuya materia prima es esa realidad cambiante. Así, el estudio de un texto de este tipo no puede ser único y rígido.

De este modo, se eligió una perspectiva metodológica que permita comprender la relación de los recursos narrativos con el autor y con su contexto. Flick (2001) propone que “la formulación con buenos cimientos empíricos de estas experiencias relacionadas con el sujeto y la situación es una meta que se puede alcanzar con la investigación cualitativa” (pag. 18), por lo que esta aproximación resulta más conveniente para este proyecto de investigación.

Así como los autores de crónica narrativa utilizan un abordaje que pretende ser más integral para abordar sus temáticas (Villanueva, 2006; Villoro, 2006), resulta conveniente que se aplique un método similar para estudiar su trabajo.

La investigación cualitativa “equivale a un intento de comprensión global [...]. Cada objeto de investigación debe ser entendido como un Texto en un Contexto, debiendo ser ambos abordados en su totalidad” (Ruiz, 1996, p. 55).

Una de las ventajas de esta perspectiva es que el resultado de una investigación cualitativa tiene un contenido descriptivo muy fuerte en tanto, en lugar de números, se utilizan palabras para explicar la situación analizada (Merriam, 2002, p. 6), lo cual es muy importante, ya que interesa describir los elementos que componen al texto pero no cuantificarlos.

Por el contrario, una de las limitaciones que presenta el método es la dificultad de validar los resultados, tal como se hace en los estudios cuantitativos. Maxwell (2007) explica que esto se debe a que los investigadores cualitativos en raras ocasiones tienen el beneficio de formular comparaciones formales, estrategias de muestreo o manipulaciones estadísticas que controlen el efecto de variables particulares. Por lo tanto una de las soluciones consiste en “identificar las amenazas específicas en cada pregunta y desarrollar formas de eliminarlas” (Maxwell, 2007, p. 240). Sin embargo, esta limitación es cuestionable dado que “a juicio de diversos autores, extrapolar estos criterios a la investigación cualitativa es contraproducente pues se violan sus propósitos, sus objetivos y naturaleza” (Salgado, 2007, p. 74).

Selección del caso

Como parte de la metodología se realizará un estudio de caso. Eisenhardt (1989) citado en Martínez (2006) lo define como una “una estrategia de investigación dirigida a comprender las dinámicas presentes en contextos singulares” (p. 172).

El estudio de caso permite generalizar los resultados a otros estudios que “representen condiciones teóricas similares” (Martínez, 2006, p. 172). Dicho autor, agrega que no es necesario una muestra probabilística sino “el desarrollo de una teoría que puede ser transferida a otros casos” (p. 173). De esta forma, específicamente para nuestro proyecto de investigación, luego de analizar las crónicas seleccionadas, la teoría desarrollada puede ser aplicada a otros textos de este tipo.

Se eligió esta estrategia de investigación dada la naturaleza de nuestro objeto de estudio. El objetivo es analizar un corpus de crónicas que permitan llegar a conclusiones sobre la forma y los elementos con los que están construidas. Así, el fin no es homogenizarlas y crear una teoría que permita clasificar a la población total de este tipo de textos, sino que se busca, a partir de casos particulares, crear una matriz que permita analizar a otras crónicas.

Martínez (1996) señala que en este tipo de estudios no se trabaja con una muestra representativa de la población, sino con una muestra teórica. Eisenhardt (1989) en Martínez (1996) explica que “el objetivo de la muestra teórica es elegir casos que probablemente pueden replicar o extender la teoría emergente... deben adicionarse el número de casos hasta la saturación de la teoría” (Eisenhardt, 1989).

Es por esto que para la selección de la población de estudio se realizó un muestreo intencional opinático (Ruiz, 1996), siguiendo un criterio personal.

Criterios de selección

Para seleccionar a los autores se siguieron los siguientes criterios de selección:

1. Que publicaran crónicas como mínimo desde el 2008, debido a que se quiere analizar el trabajo de nuevos cronistas.
2. Que publicaran en medios como *Gatopardo*, *Emeequis*, *El Faro (Sala Negra)*, *Etiqueta Negra*, *el Puercoespín*, *El Malpensante*, *Revista Anfibia*, entre otros, dado que son revistas reconocidas en Latinoamérica y legitimadas como medios que dan espacio a la crónica.
3. Que hubieran recibido algún premio por su trabajo periodístico o hubieran sido antologados en libros de crónica latinoamericana. Esto debido a que se desea analizar textos que hayan sido reconocidos por su calidad.
4. Que escribieran sobre violencia dado que es una temática que abordan con frecuencia los nuevos cronistas latinoamericanos. Se podrán considerar como crónicas de violencia aquellas que traten el tema de crimen organizado, violación a los derechos humanos, víctimas, delitos, violencia urbana.

A partir de estos criterios se seleccionó al mexicano Alejandro Almazán, al cronista salvadoreño Óscar Martínez coordinador del proyecto *Sala Negra* del diario digital *El Faro*, y a Roberto Valencia, periodista español del País Vasco que trabaja también para el diario salvadoreño *El Faro*.

Es importante resaltar que si bien se seleccionaron dichos autores, existen otros representantes de la crónica latinoamericana que también responden a los criterios mencionados. Tal es el caso de voces femeninas como Marcela Turati, Mónica González, Leila Guerriero o Patricia Nieto o periodistas como Diego Enrique Osorno, Cristian Alarcón, cuyos trabajos sería valioso analizar en investigaciones posteriores.

La investigación se centró en el análisis de 15 crónicas, de estos tres cronistas diferentes (cinco crónicas por autor). Las crónicas seleccionadas son:

Del autor Alejandro Almazán: *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011), *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008), *Carta desde Durango* (Almazán, 2011), *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2010) y *Acapulco Golden* (Almazán, 2013)

De Roberto Valencia: *Yo violada* (Valencia, 2011), *Yo torturado* (Valencia, 2012), *Yo Madre* (Valencia, 2013), *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) y *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012).

De Oscar Martínez: *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011), *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011), *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012), *Langostas, pangas y cocaína* (Martínez, 2011), y *Narco hecho en Centroamérica* (Martínez, 2012).

Operacionalización y definición de las categorías de investigación

A partir de las preguntas de investigación se identificaron tres categorías de análisis, que son la base del estudio realizado. Estas son los recursos periodísticos, los recursos literarios y la voz de autor.

Recursos periodísticos

Como se discutió previamente, la crónica es esencialmente un producto periodístico, por lo que existen necesariamente elementos del periodismo que la componen. Estos recursos serán entendidos en este proyecto de investigación como aquellos contenidos en el texto, que permitan clasificarlo como un material periodístico. Serán el uso de fuentes, el uso de datos duros y los factores de interés periodístico.

El lenguaje que representa estos elementos en un texto ha sido asociado históricamente con el estilo informativo y los modos expresivos que intenta elaborar un relato objetivo (Hernando, 2000). “Ello ha hecho que en amplios sectores de la sociedad se hable indiscriminadamente de un lenguaje periodístico, como si se tratara de un todo único e indivisible, y de un estilo periodístico, como un sublenguaje dentro de él” (Hernando, 2000, p. 12).

Más allá de esta visión de un “todo único”, se parte de la tesis de que la crónica es un género híbrido que mezcla lo informativo de lo interpretativo y que “se construye con una estructura textual en la que predomina el tipo narrativo” (Peralta & Urtasum, 2007, p. 37), a la vez que mantiene una intención de informar. Es por eso que están presentes en su cuerpo recursos periodísticos, pero adecuados al género híbrido.

Mencher (1986) identifica tres fuentes de información básicas que el periodista puede utilizar para sus reportajes: la observación directa, las fuentes humanas y los

informes, documentos y material de referencia.

La observación directa se consideró dentro del narrador en primera persona como un recurso de voz de autor, pero es valiosa la definición que aporta Mencher para los documentos e informes y para las fuentes humanas. Villanueva (2010) concuerda en que los periodistas trabajan con recuerdos propios y recuerdos ajenos. En el caso de los entrevistados, Mencher los cataloga como “personas que han presenciado el evento; autoridades y expertos que saben acerca del tema y personas que están involucradas con el evento” (Mencher, 1986, p. 81). Dentro de esta definición, el segundo grupo (autoridades y expertos que saben acerca del tema) serán entendidas en el instrumento como el indicador de fuentes expertas, mientras que las fuentes testimoniales serán quienes hayan presenciado o estén involucradas en el evento.

De acuerdo con el planteamiento de Mencher (1986), el instrumento entiende el indicador de documentos o informes oficiales como “recortes periodísticos, grabaciones de audio y video, actas y minutas de reuniones, recuentos judiciales, policiales o legislativos, presupuestos y declaraciones de impuestos” (p. 81). Además, se incluyen informes de entidades gubernamentales, internacionales o de organizaciones de la sociedad civil.

En historias tan complejas como las narradas por los cronistas de violencia en América Latina, se hace evidente la gran cantidad de actores involucrados. Un recurso periodístico para integrar a varios de estos actores es el balance, definido como “que ambos lados en una controversia puedan decir su parte” (Mencher, 1986, p. 142). Este concepto se apuntala con el de *fairness*, que implica que “todas las partes de la historia sean tratadas sin favoritismo” (Mencher, 1986, p. 142).

Todos estos insumos que ofrecen las fuentes son los cimientos que construyen la nota periodística. Mencher (1986) menciona la importancia de que haya datos que sustenten la información contenida en la entrada de una nota informativa, de modo que “soporten y apuntalen la entrada y los temas secundarios” (p. 127). Llevado al género de la crónica, los datos duros se apartan de la entrada y se convierten en los elementos que sustentan y apuntalan el tema del que trata cada texto. Este compendio de información sólida lo agrupamos en el instrumento como “datos duros”.

Dentro de este rubro también se incluye el uso de cifras estadísticas, como una

forma de respaldar la información que se cuenta. Ya que como señala Mirko Lorenz (2012) los datos pueden crear una visión más profunda de lo que sucede a nuestro alrededor y cómo puede afectarnos.

Por su parte el contexto histórico se consideró como:

los hechos anteriores y (...) los hechos actuales, que están relacionados con el objeto del reportaje. De una manera u otra lo justifican, lo condicionan, lo explican o contienen alguna referencia temática. Los antecedentes pueden tener también motivaciones temporales, es decir, poner en relación hechos transcurridos en momentos distintos o espaciales. (Sanmartí, 2004, p 350).

Este contexto histórico y social permite al lector comprender mejor el texto que recibe. Para esto, es fundamental conocer sus orígenes y causas, que permitan tener una visión “vertical, retrospectiva” (Ulibarri, 1994, p. 40). Sin embargo, esta elección no es gratuita. “El enunciadorelige en qué contexto, de los varios posibles, colocar los datos; y esa elección se realiza desde un punto de vista determinado” (Peralta & Urtasu, 2007, p. 133). El instrumento permite identificar si hay o no causas o antecedentes en el texto, pero el análisis cualitativo posterior debe comprender que la selección de estos es deliberada.

Más allá de aplicar o no las técnicas del periodismo informativo en lo que respecta a uso de fuentes y de datos duros, la crónica también necesita cumplir principios periodísticos similares a los que cumple la nota informativa, el reportaje o los otros géneros. Esto porque “(p)or subjetivo que sea, el periodismo se ejerce a partir de un criterio selectivo que se apoya en factores precisos de interés” (Leñero & Marín, 1986, p. 37). Estos factores de interés periodístico ayudarán al reportero a definir las necesidades e intereses de sus lectores y su aplicación determinará lo que las personas lean (Mencher, 1986).

Sin embargo existen diferencias en la aplicación de algunos de estos factores en diferentes géneros. La crónica busca ofrecer reposo como contraparte a la inmediatez como necesidad primera (Villanueva, 2010) y esto choca con el concepto tradicional de la

actualidad. Mientras que en las notas informativas “actualidad es sinónimo de la mayor proximidad posible entre la ocurrencia de un acontecimiento y su divulgación” (Ulibarri, 1994, p. 18), la actualidad en géneros como la crónica o el reportaje tiene tanto de inmediatez como de permanencia y vigencia.

De este modo, en el instrumento se consideró que existe actualidad no determinada únicamente por su inmediatez, sino además “por la vigencia del interés que despierte, por su relación con el debate público o por sus nexos con los acontecimientos noticiosos que alimentan ese debate” (Ulibarri, 1995, p. 35).

Otras, como la rareza, se mantienen a pesar del género. La crónica ha utilizado lo inusual o lo extravagante como gancho (Jaramillo, 2012) y a efectos del instrumento, se entenderá por rareza la “interrupción de lo esperado” (Mencher, 1986, p. 49) (Leñero y Marín, 1994, p. 37), pero comprendido desde la posición que sugiere Villanueva (2010), quien asegura que “lo que a un reportero notarial le parecería una banalidad, para un cronista podría ser un indicio de una verdad mayor” (p. 591).

Por magnitud, se acepta la definición de Leñero y Marín (1994) quienes sostienen que se trata de “lo relativo a las pequeñas o grandes proporciones, los alcances de los hechos que se vuelven periodísticos” (p. 36). De nuevo, aquí cabe la subjetividad del autor (y del lector) para determinar qué escapa de una proporción normal. En el indicador, se anotará si hay segmentos del texto que evidencian una intención del autor de resaltar esta magnitud.

Leñero y Marín (1994) ofrecen dos visiones de proximidad: una física y otra mental. La física, naturalmente, es “cuando los hechos se relacionan con personas, lugares u objetos cercanos” (p. 37), mientras que la mental resulta de hechos “próximos en el ánimo del público” (p. 37). Ambas variantes serán aceptadas en el instrumento, hecha la aclaración en cada caso.

El interés público es central en los conceptos de periodismo informativo (Leñero y Marín, 1994) como en la crónica latinoamericana. Asegura Villanueva (2010) que las crónicas narran “una historia de verdad sin traicionar el rigor de verificar los hechos, pero con el fin de descubrir a través de esa historia síntomas sociales de su época” (p. 591). Es decir, a efectos del instrumento, el interés público en una crónica existe si su temática de fondo permite comprender mejor los procesos sociales, económicos y culturales que vive

una comunidad o nación.

Mencher (1986) ofrece el conflicto como uno de los siete elementos periodísticos que los reporteros deben buscar, pero no como un drama bélico o un choque sangriento, sino como una narración más profunda. “Probablemente porque estamos tan familiarizados con la lucha diaria que miramos de largo su drama, con excepción de las más obvias batallas y violencia” (Mencher, 1986, p. 52). En el caso particular de las crónicas sobre violencia, el análisis en el instrumento buscó el conflicto más profundo, más allá de los encontronazos físicos entre los actores sociales involucrados.

Recursos literarios

La relación entre periodismo y literatura ha sido ampliamente investigada, documentada y analizada en la literatura académica occidental reciente, como ya se ha expuesto anteriormente¹. Este apartado buscó sistematizar estos recursos y diseñar variables que permitan medir su presencia en un texto narrativo.

Los recursos literarios se refieren a la forma del texto. Son aquellos elementos sintácticos y semánticos propios de la literatura que se incorporan a un texto periodístico. Se utilizaron: la descripción, el uso de narrador, la reconstrucción de escenas, el diálogo, el tiempo y el uso de intertextos.

La descripción detallada es una constante en la narrativa periodística. A diferencia de una novela, donde pueden dedicarse páginas a la descripción, las crónicas narrativas suelen detallar los personajes y situaciones en unas cuantas líneas. El autor entonces debe elegirlas bien para poder representar correctamente a sus sujetos. Tom Wolfe (1973) sugiere que los elementos que el autor elige deben tener un profundo simbolismo. Cada uno de estos detalles debe ser

simbólico, generalmente, del estatus de vida de las personas, usando ese término en el sentido amplio del patrón completo de comportamiento y de posesiones a través de las cuales las personas expresan su posición en el mundo o lo que piensan que es, o lo que esperan ser. (p. 47).

¹ Ver Rotker (1993), Wolfe (1973) y Chillón (1999)

Chillón (1999) habla de “saber escoger y configurar aquellos episodios biográficos esenciales, reveladores” (p. 259) sobre los personajes. De este autor se tomó la definición del indicador de retrato global del personaje como la técnica que capta “su talante completo: fisionomía e indumentaria, gesticulación y comportamiento, moral y psicología, status de vida y, en fin, la intrincada multitud de detalles que conforman la personalidad de cada individuo concreto” (Chillón, 1999, p. 34). El autor explica que por la extensión de las crónicas, a veces se usan “caracterizaciones sumarias”, donde los personajes debían ser descritos en apenas unas cuantas líneas. Para este instrumento se tomaron en cuenta ambos formatos del retrato global.

El mismo principio aplica a los ambientes donde están los personajes. Esto se realiza con el indicador “Plano general”, una técnica tomada del cine por los cronistas narrativos latinoamericanos (Jaramillo, 2012; Ulibarri, 1994; Chillón, 1999) y por otras generaciones de periodistas literarios (Wolfe, 1973). Para este indicador, se tomó la definición de plano general (establishing shot, en el original) que hace Hart (2007). Dice Hart (2007) citado en (Kramer & Call, 2007) que los planos generales son “miradas amplias de una escena usadas para darle un sentido general al lugar antes de que el escritor se enfoque en una locación específica” (p. 236).

Chillón (1999) reconoce los aportes del nuevo periodismo norteamericano como ejemplo de una “descripción pormenorizada y exhaustiva”. Aparte de personajes y situaciones, el periodismo narrativo también habla sobre elementos u objetos determinantes. El indicador de “detalles temáticos” se refiere a elementos que desarrollan la temática central de la historia y que cumplen con lo que Hart (2007) llama objeto ominoso: un detalle sobre el cual el autor se detiene para prestarle importancia y que jugará un rol (que puede ser simbólico) en la historia narrada.

Hart (2007) citado en (Kramer & Call, 2007) también ofrece una definición para el lenguaje literario utilizado en el formato periodístico. En el indicador aceptamos su definición, que señala el uso de “símbolos, metáforas, alusiones o personificaciones que permita ubicar al lector en escenas mediante la traducción de elementos poco conocidos de esa escena en algo familiar” (p. 236).

Otro aspecto característico de los textos periodísticos es el involucrar múltiples

voces, ya que el periodista no solo cuenta lo que ve, sino que se encarga de transcribir testimonios de los participantes de la historia, es decir hay una presencia de diálogo. Aunque no hay una única forma de reproducir el discurso ajeno, en este trabajo se consideraron las más comunes que se encuentran en el texto periodístico (Moyano, 2007) como el estilo directo y el indirecto y además se incorporaron otras formas menos utilizadas, como el monólogo interior.

Maldonado (1991) citado en Moyano (2007), considera que la cita directa está “marcada tipográficamente por guiones o comillas”, y es aquella que reproduce literalmente otro enunciado. Esta reproducción literal, si bien es cuestionada por autores como Reyes (1984), fue considerada en este trabajo como una forma de dar voz a los personajes, ya que, como sostiene Benavidez (1997), “el periodista usa las citas directas cuando la fuente expresa una idea interesante (...). Tienen un gran valor informativo y emocional, capaz de reflejar sentimientos y emociones intensas de las fuentes” (p. 147).

El estilo directo entonces se identificó cuando el periodista cita directamente a los personajes, lo cual se identifica tipográficamente con el uso de comillas, guiones, o dos puntos. Aunque, en “los relatos literarios es frecuente que se suprima el marco durante largos fragmentos” (Moyano, 2007, p. 26).

En esta transcripción directa del diálogo también se consideró lo que Wolfe (1975) llamó el diálogo realista, que consiste en reproducir el diálogo de la manera más fiel posible, haciendo uso de las formas de expresarse de los personajes, de su léxico cotidiano. Esto, según Wolfe (1975), permite definir a los personajes de manera efectiva y hacerlos más creíbles.

Otra herramienta utilizada para transcribir el discurso ajeno es el estilo indirecto. Este “hay que entenderlo como una versión del discurso de otro locutor primario” (Frías, 2012, p. 129). Graciela Reyes (2002) citada en Frías (2012) agrega que “las oraciones que tienen cita indirecta están formadas por un verbo de comunicación verbal y una subordinada sustantiva, encabezada por la conjunción que” (p. 129).

Es decir, con la cita indirecta la reproducción no es literal sino que es “más distante, más analítica, porque no hay representación o recreación de un acto de habla, sino solo de una narración que neutraliza las entonaciones de los discursos ajenos y los aleja” (Méndez, 1999, p. 123).

Otra forma de enunciar voces ajenas es el monólogo interior. Este es el acto de hablar consigo mismo, una “representación escrita de los pensamientos, impresiones y memorias del personaje como si hubieran sido escuchadas sin la intervención de un narrador”² (Baldick, 2008, p. 111). Si bien, esta no es una práctica común del periodismo tradicional, en la crónica es un recurso posible, producto de la profundidad del reporteo. Tal como lo señala Tom Wolfe (1972):

Solo con las técnicas más minuciosas de reporteo era posible, en la no ficción, utilizar escenas, diálogos extendidos, puntos de vista y monólogos interiores. De hecho yo, y otros, éramos acusados de ‘entrar a la mente de las personas’... ¡Pero justamente! Me di cuenta que era una de las puertas que el reportero tenía que empujar (p. 10)³.

Gran parte de los autores que hablan sobre narrativa periodística mencionan las escenas como un recurso fundamental (Chillón, 1999; Wolfe, 1973; Jaramillo, 2012). Refiriéndose a los narradores norteamericanos de la generación del *New Journalism*, Chillón ofrece la definición aceptada en el instrumento, en que la técnica consiste en “relatar la historia a base de escenas sucesivas -cada una compuesta sobre todo por descripciones y diálogos- y reduciendo al mínimo posible el uso de sumarios narrativos” (Chillón, 1999, p. 240). Estas unidades tienen sentido por sí mismas. Para el instrumento no será necesario que todos los bloques temáticos sean escenas, sino que el recurso esté presente.

Una técnica utilizada para incorporar estas escenas en la narración es relatarlas desde la perspectiva de una tercera persona. Esto escapa a un fenómeno gramatical y se convierte en una voluntad del autor, que en este instrumento se ve reflejado cuando el narrador busca “dar al lector la sensación de estar metido en la mente del personaje y de

² Traducción propia del inglés original: “the written representation of a character’s inner thoughts, impressions and memories as if directly ‘overheard’ without the apparent intervention of a summarising and selecting narrator” (Baldick, 2008, p 111)

³ Traducción propia del inglés original: Only through the most searching forms of reporting was it possible, in non-fiction, to use whole scenes, extended dialogue, point-of-view, and interior monologue. Eventually I, and others, would be accused of "entering people's minds" . . . But exactly! I figured that was one more doorbell a reporter had to push. (Wolfe, 1972)

experimentar la realidad emocional de la escena tal como él la experimenta” (Wolfe, 1973, p. 46).

En cuanto al uso de narradores, la crónica latinoamericana contemporánea ha utilizado la primera persona como un mecanismo para narrar apartándose de la “objetividad”. Dice Martín Caparrós (2012) que “frente al truco de la prosa informativa (...), la primera persona se hace cargo, dice: esto es lo que yo vi, yo supe, yo pensé; y hay muchas otras posibilidades por supuesto” (p. 611). No basta con eso. En crónica narrativa, la primera persona debe ser un personaje definido. En el instrumento, primera persona va más allá de conjugar verbos: es construir un personaje. Hablando del narrador en ensayos, Lopate en Kramer y Call (2007) dice que “si estás escribiendo un ensayo con narración y cronología, permite al yo dar un paso más allá del rol de observador e implicarse en la acción general” (p. 81). Por eso, a la hora de aplicar el instrumento, la primera persona debe dar más de sí misma que solo consignar su presencia en el relato.

La narración con puntos de vista en tercera persona es una de las cuatro técnicas constitutivas que Tom Wolfe (1973) identificó. En este instrumento se utilizó su definición de que esta narración existe cuando da al lector “la sensación de estar metido en la mente del personaje y de experimentar la realidad emocional de la escena tal como él la experimenta” (Wolfe, 1973, p. 47).

Un recurso menos utilizado es la narración en segunda persona, entendido en este instrumento como la técnica donde el narrador le relata la historia a otra persona, que puede o no estar en el texto.

Además se aceptaron las definiciones de Chillón sobre los tipos de narrador omnisciente editorial y omnisciente neutral. Ambos tienen una voz todopoderosa, pero el editorial puede entender los sentimientos de los personajes, mientras que el neutral no se adentra ahí y además se abstiene de juicios definitivos.

Algunos nuevos periodistas aplicaban a la escritura de sus piezas un punto de vista omnisciente editorial, aquél en que las prerrogativas cognoscitivas y expresivas del narrador son máximas: lo sabe todo sobre los hechos que narra, conoce los pensamientos y los sentimientos de los personajes, posee el don de la ubicuidad y, además, Saavedra (2001) expone que el narrador omnisciente neutral (equivalente al concepto de omnisciente editorial de Chillón) ha sido patrimonio de los narradores de ficción pero ha

sido negado para los periodistas puede interrumpir el relato a su antojo para valorar el curso de los acontecimientos (Chillón, 1999)

No obstante, reconoce que con el nuevo periodismo se puede hablar de “narrativización”, que consiste en “una voz narradora que sabe de las acciones de su personaje, sin necesidad de que sea él mismo quien las relate” (Chillón, 1999, p. 70). Además agrega que con la narrativización el narrador (en este caso el periodista), puede lograr un acceso interior, y conocer los pensamientos y/o sentimientos de los personajes. Si se logra esto, Saavedra (2001) señala que “el efecto omnisciente resultante es poderoso y tiene ese regusto literario” (p. 71).

Así se entendió al narrador omnisciente neutral como aquel que logra reproducir no solo lo que viven los personajes sino lo que sienten. No obstante, Saavedra (2001) al igual que Chillón (1999) indica que este tipo de narrativización presenta un problema en el periodismo, ya que no hay garantía absoluta de veracidad ni forma de comprobar los estados mentales de los personajes. Esta situación podía solucionarse, de acuerdo con los nuevos periodistas, por medio de una extensa investigación. “Sobre la base de entrevistas en profundidad, en las que se preguntaba justamente sobre los sentimientos y pensamientos, el periodista podía luego inferir el estado mental de su personaje” (Saavedra, 2001, p. 73).

Para motivos de esta investigación no se profundizó en esta discusión, sino solamente se identificaron estos procesos de narrativización en los que se hace uso del narrador omnisciente y se asume que estas afirmaciones sobre lo que los personajes ven y sienten son producto de un reporte exhaustivo.

A diferencia del editorial, Chillón (1999) define el narrador omnisciente neutral como:

una técnica en virtud de la cual un narrador externo a los hechos sigue siendo la voz relatora todopoderosa y omnipresente, capaz de acceder a los más recónditos arcanos de la historia y de controlar su curso, pero carece de la prerrogativa de emitir juicios y valoraciones explícitas. (p. 271).

Para efectos de este instrumento, el narrador omnisciente neutral puede reproducir lo que viven los personajes, pero tiene limitaciones para comprender su mundo interno.

El tiempo de la narración, o el orden en el que se cuentan los hechos, es también clave en la crónica. Pozuelo (1988) sostiene que todo discurso literario, en especial la novela está íntimamente ligado con la temporalidad, “tanto que la administración del tiempo es el eje de la narrativa” (p. 259). Esta característica no es excepción en la crónica.

Se consideraron dos tipos de tiempos narrativos que fueron designados cronológico lineal y el cronológico alterado. El primero, se observa cuando los hechos son narrados en el mismo orden en el que sucedieron, mientras que en el cronológico alterado este orden se rompe. Este sería el caso en el que:

el discurso narrativo está repleto de anacronías, esto es discordancias entre el orden de sucesión en la historia y el orden de sucesión en el relato (...). Lo que en la historia tiene un orden 1, 2, 3, 4, 5 (...), puede presentarse en el relato en muy distinto orden: por ejemplo, 5, 2, 1, 4, 3. (Pozuelo, 1988, p. 261)

Finalmente se incorporó el indicador de intertextos. Autores como Barthes (1997) citado en Villalobos (2003) consideran que la intertextualidad implica que ningún texto se construye de forma aislada, sino que siempre son resultado de construcciones previas. Sin embargo para motivos de este instrumento se entendió la intertextualidad como la incorporación en un texto de otros textos, cuando se cita directamente, o se menciona de manera directa. “De la forma más sencilla, esto se puede ver en un encabezado de un periódico que se refiere de forma implícita a una línea de una canción o de una película” (Harcup, 2014, p. 142).

Voz de autor

Como se discutió en los apartados anteriores, la crónica es un género que permite la irrupción de lo subjetivo (Rotker, 1992) lo cual implica un mayor involucramiento del periodista con lo que cuenta.

Esta inmersión, que le da voz al periodista, se consideró como el conjunto de rasgos estilísticos presentes en un grupo de textos escritos por la misma persona que son “el principio de una cierta unidad de escritura” (Foucault, 1969, p. 11).

Kerbrat-Orecchioni (1997) explica que en un proceso de comunicación, el sujeto

que enuncia debe escoger entre dos tipos de formulaciones: el discurso objetivo y el subjetivo. El primero se caracteriza por “borrar toda huella de la existencia del enunciador individual” (p. 93), mientras que en el discurso subjetivo “el enunciador se confiesa explícitamente (lo encuentro feo) o se reconoce implícitamente (es feo) como la fuente evaluativa de la afirmación” (p. 93).

Entonces, al ser la subjetividad la “capacidad del locutor de plantearse como sujeto” (Benveniste, 1997, p. 180), funciona como un indicador de la presencia de la voz de autor en un texto y por lo tanto esta es parte del discurso subjetivo.

Para analizar la subjetividad de los cronistas se tomaron como base los planteamientos de Kerbrat-Orecchini (1997) y Benveniste (1997) sobre la subjetividad en el lenguaje y la Teoría de la Valoración propuesta por Martin y White (2005).

En primera instancia, la subjetividad se manifiesta con el uso de la primera persona, ya que como señala Benveniste (1997) “los pronombres personales son el primer punto de apoyo para este salir a luz de la subjetividad en el lenguaje” (p. 183). Esto se debe a que “el lenguaje está organizado de tal forma que permite a cada locutor *apropiarse* de la lengua entera designándose como *yo*” (Benveniste, 1997, p. 183, *itálicas en el original*). Así se dará especial importancia a los que se refieren a la primera persona, ya que en

el periodismo informativo clásico (...) el periodista no existe. El yo está prohibido no solo como mención de que yo hice algo, yo pensé o yo reaccioné de determinada manera. Está prohibido como punto de vista, como mirada particular, como observador personal. (Herrscher, 2012, p. 29).

Existen a su vez elementos del lenguaje que denotan expresiones relacionadas con las actitudes del emisor sobre lo que escriben. Martin y White (2005) utilizan tres recursos evaluativos: la actitud, la gradación y el compromiso.

La actitud se divide en tres subsistemas de análisis, el afecto, juicio y apreciación. El afecto tiene que ver con la expresión de sentimientos positivos o negativos (Martin & White, 2005 p. 42). “Es el tipo de evaluación lingüística mediante la cual los emisores señalan cuál es su posición emocional hacia las personas, cosas, situaciones o los eventos” (Kaplan, 2007, p. 104).

Kerbrat-Orecchini (1997) señala que son expresiones que se consideran subjetivas “en la medida en que indican que el sujeto de la enunciación se encuentra implicado emocionalmente en el contenido de su enunciado” (p. 162).

El juicio se relaciona con las actitudes hacia los comportamientos, ya sean de admiración, crítica, elogio o condena (Martin & White, 2005, p. 42). Los autores los dividen en juicios de estima social relacionados con la “normalidad (qué tan inusual es alguien), capacidad (qué tan capaz es) y tenacidad (qué tan resuelto es)” (p. 52)⁴, y en juicios de sanción social referentes a qué tan sincera o ética es la persona.

Por su parte la apreciación consiste en las evaluaciones que se hacen de las cosas (productos, procesos y entidades) (Martin & White, 2005, p. 56).

El afecto, el juicio y la apreciación en un texto se pueden identificar a través de ciertas formas gramaticales tales como los adjetivos y adverbios subjetivos.

Kerbrat-Orecchini (1997) clasifica a los adjetivos en afectivos (desgarrador, alegre, patético), y evaluativos que pueden ser no axiológicos (grande, lejano, caliente) y no axiológicos (lindo, bueno, correcto).

“Los adjetivos afectivos enuncian, al mismo tiempo que una propiedad del objeto al que determinan, una reacción emocional del sujeto hablante frente a ese objeto” (Kerbrat-Orecchini, 1997, p. 111).

Los adjetivos evaluativos son aquellos que “sin enunciar un juicio de valor ni un compromiso afectivo del locutor (...), implican una evaluación cualitativa o cuantitativa del objeto denotado” (Kerbrat-Orecchini, 1997, p. 113). Es decir si por ejemplo se dice “esta casa es grande”, se debe parafrasear como “esta casa es más grande que la norma de tamaño para una casa según la idea que tengo de ella (fundada a su vez sobre mi experiencia personal de distintas casas)” (Kerbrat-Orecchini, 1997, p. 113).

Como adverbios subjetivos Kerbrat-Orecchini (1997) considera a los modalizadores que implican un juicio de verdad (quizá, probablemente, sin duda, ciertamente, con seguridad, etc) y los que implican un juicio sobre la realidad (realmente, verdaderamente, efectivamente, de hecho...).

⁴ Traducción propia del inglés en el original: “**Judgements** of **esteem** have to do with ‘normality’ (how unusual someone is), ‘capacity’ (how capable they are) and ‘tenacity’ (how resolute they are); **judgements** of **sanction** have to do with ‘veracity’ (how truthful someone is) and ‘propriety’ (how ethical someone is).” (Martin y White, 2005 p 52).

Por su parte, la gradación “se relaciona con la manera en que los emisores intensifican o disminuyen la “fuerza” de sus enunciados y gradúan el “foco” de sus categorizaciones semánticas” (Kaplan, 2007, p. 113). Martín y White (2005) agregan que “una propiedad general de los valores de afecto, juicio y apreciación es que pueden interpretar un mayor o menor grado de positividad o negatividad”⁵ (p. 135). La gradación se identifica con adverbios conocidos como intensificadores, amplificadores y enfáticos (ligeramente, muy, en realidad) (Kaplan, 2007, p. 113). Desde el punto de vista del foco, las escalas de intensidad se aplican a categorías no susceptibles de gradación, por lo que no hay formas gramaticales específicas, como por ejemplo la expresión “verdadero amigo”. De esta manera una frase de afecto se intensifica cuando va acompañada de indicadores de gradación.

El Compromiso tal como lo señala Kaplan (2007) citando a Martín y White (2005) tiene que ver con los recursos lingüísticos utilizados por el emisor (hablante o autor) para adoptar una postura, tanto con respecto a los valores de Actitud movilizados en el texto, como en relación a los oyentes o lectores a los que se dirige su discurso (p 115).

Aquí entran en juego las aseveraciones declarativas, como afirmaciones o negaciones categóricas, ya sea haciendo referencia a otras voces (heteroglosia⁶) o ignorándolas (monoglosia⁷). Por ejemplo si el autor dice “los bancos son avaros” (Martín & White, 2005) solamente se hace referencia a la voz del emisor, mientras que si dice, “todo el mundo sabe que los bancos son avaros” o “en mi punto de vista, los bancos son avaros”, hay un reconocimiento de que existen otros discursos que pueden estar o no de acuerdo con su afirmación.

⁵ Traducción propia del inglés en el original: “It is a general property of values of **affect**, **judgement** and **appreciation** that they construe greater or lesser degrees of positivity or negativity”. (Martín y White, 2005 p 135).

⁶ “La heteroglosia, para esta teoría, corresponde a los enunciados que reconocen, de alguna manera la existencia de otras voces y posturas alternativas” (Kaplan, 2007, p 131).

⁷ “los enunciados monoglosicos, equivalentes a las aseveraciones declarativas, ignoran la diversidad de voces que se ponen en juego en todo acto de comunicación” (Kaplan, 2007, p 131).

Para motivos de la investigación, el compromiso se identificó a través de afirmaciones o negaciones categóricas que el cronista hace sobre lo que está observando.

Otra forma de denotar la subjetividad es a través de las comillas ironizantes y las preguntas retóricas. Esto Kerbrat-Orecchini (1997) lo llama subjetividad modalizante presente en “expresiones que especifican el modo de aserción de las proposiciones enunciadas y el grado de adhesión del sujeto de la enunciación respecto del contenido afirmado” (p. 168).

Por su parte la misma autora agrega los “procedimientos significantes que pertenecen al estilo, a la escritura o, si se prefiere, a la literariedad” (p. 186), es decir expresiones que llevan el sello del autor. De los planteados por la autora se consideraron los neologismos⁸ y el uso del humor y la ironía. Además se agregaron el uso de signos de puntuación de manera no convencional.

Cuadro 1. Resumen de categorías e indicadores de investigación

Pregunta de investigación	Categoría	Subcategorías	Indicadores
¿Cuáles recursos periodísticos aplican los autores de crónica latinoamericana actual al trabajar sus temas?	Recursos periodísticos	Uso de fuentes	Fuentes testimoniales Fuentes de expertos Uso de fuentes que difieren entre sí
		Uso de datos duros	Cifras estadísticas Cita documentos o informes oficiales Contexto histórico
		Factores de interés periodístico	Actualidad Rareza Magnitud Proximidad (física y mental) Interés público Conflicto
¿Cuáles recursos literarios que utilizan los autores de crónica	Recursos literarios	Descripción	Registro total del personaje Plano General

⁸ Guerrero (2010) los considera como unidades léxicas nuevas “que puede formarse bien con elementos ya existentes en la lengua o tomarse de una lengua extranjera en su forma original o una forma adaptada” (p 10).

latinoamericana actual?			Uso de figuras literarias Detalles temáticos
		Diálogo	Estilo directo (interlocución) Monólogo interior Cita indirecta Registra forma de hablar del personaje
		Escenas	Puntos de vista de personajes
		Narrador	Primera persona Tercera persona Segunda persona Omnisciente neutral Omnisciente editorial
		Tiempo	Cronológico lineal Cronológico alterado
		Intertexto	Cita a otros autores o textos de manera explícita o alusiva
¿Cuáles elementos indican la presencia de voz de autor en un texto?	Voz de autor	Subjetividad	Uso de la primera persona Expresiones que denotan afectividad y apreciación Juicios de valor Afirmaciones o negaciones categóricas Uso de comillas ironizantes y preguntas retóricas Humor, ironía Neologismos y signos de puntuación usados de manera no convencional

Técnicas de investigación

La investigación cualitativa posee diferentes estrategias metodológicas (Sandoval, 1996); sin embargo, para este trabajo se seleccionó la entrevista focalizada como un método para recopilar una parte de la información y el análisis del discurso para analizar las crónicas seleccionadas, dado que cada uno de los indicadores muestran la presencia de un elemento dentro del discurso escrito.

Según van Dijk (1990) el análisis del discurso persigue como objetivo “producir descripciones explícitas y sistemáticas de unidades del uso del lenguaje al que hemos denominado discurso” (p. 14).

El discurso, de acuerdo a Molero (2007), tiene tres características esenciales: “aparece en un contexto, no es algo aislado, tiene una ubicación en el tiempo y el espacio” (p. 205). Además, tiene un propósito o intención comunicativa que no siempre está expreso, y que a través del análisis se puede acercar a la intención del autor y, finalmente, posee una estructura interna.

En esta investigación se considerará la crónica como un discurso periodístico con elementos literarios, que responde a dichas características. Las crónicas surgen a partir de la interpretación de un hecho e intentan describir una realidad determinada en el tiempo y espacio. A su vez, esta intencionalidad comunicativa de la que habla Molero (2007) se puede entender como la subjetividad que el autor impregna en el texto y que influye en la forma en la que se narran los hechos. Finalmente, cada crónica tiene una estructura, una forma característica de organizar la historia.

Van Dijk (1990) explica que para analizar esos discursos existen dos dimensiones: una textual y otra contextual. La primera se enfoca en las estructuras del discurso y la segunda en las propiedades del contexto.

A su vez, el análisis tiene diferentes niveles que dependen del tipo de discurso que se quiera estudiar. Nuestro fin es descriptivo, es decir, identificar características narrativas periodísticas, literarias y que denoten la presencia de autor y ver cómo interactúan estos elementos dentro del texto.

Es por esto que se pretende analizar desde un “macronivel global de la descripción del discurso” (van Dijk, 1990, p. 54), ya que el objetivo es entender el texto en cada crónica como un solo conjunto global.

Así se contemplarán los niveles de la teoría del lenguaje de las formas de la oración (sintaxis), los significados, qué se dice y cómo se dice (semántica), los actos del habla (pragmática), que tienen que ver con la dimensión interactiva del texto y la formulación del texto y su contexto (retórica).

Como se trata de textos periodísticos que poseen elementos literarios se hará un análisis del discurso, combinando elementos que permitan analizar los dos tipos de textos. El detalle del análisis se puede consultar en el siguiente apartado.

Por su parte, para comprender mejor el contexto en el que fueron producidas las crónicas, además del análisis del discurso se utilizará la entrevista electrónica focalizada con los autores, vía Internet.

La entrevista focalizada "se concentra sobre un punto o puntos muy específicos acerca de los cuales el sujeto es estimulado a hablar libremente, y que el entrevistador ha de ir planteando a lo largo de la situación" (Pérez, 2009, p. 8). Se adapta bien a la entrevista electrónica, que no cuenta con las facilidades de contexto al perder el contacto personal entre entrevistado y entrevistador.

Weiss (1994) citado en Valles (2002), considera que "trata a los entrevistados como sujetos cuya respuesta al suceso es el material a estudio, más que como informantes del suceso mismo" (p.20).

Para este proyecto de investigación la entrevista buscará obtener de los autores información sobre detalles de la construcción de la crónica que no es posible inferir al leer los textos. Por ejemplo, ¿cómo fue el primer acercamiento a la fuente? O ¿cuánto tiempo duró trabajando en la crónica?

De esta forma, la entrevista se realizó luego de haber analizado las crónicas de los autores con el fin de identificar vacíos o dudas que fueron ampliadas con las respuestas de los entrevistados.

Como limitaciones de este método se encuentran que dado la ubicación geográfica, es imposible realizar las entrevistas de manera personal, por lo que las entrevistas se realizaron mediante video conferencia.

Para validar las técnicas se cuenta con la ventaja de que al ser dos investigadores existe un criterio de objetividad que le aporta un mayor rigor a los resultados.

Análisis de la información

Pizarro (2000) explica que “la fase de análisis en una investigación supone identificar los elementos que configuran la realidad estudiada, describir las relaciones entre ellos y sintetizar el conocimiento resultante” (p. 42).

Para este proyecto de investigación se combinó la propuesta para el análisis del relato literario dada por Chumaceiro (2007) con planteamientos de van Dijk (1990) sobre el análisis de la noticia como discurso. Por lo que se procedió de la siguiente manera:

1. *Identificación del tema global*: Identificar las "formas esquemáticas totales o superestructuras del discurso" (van Dijk, 1990, p. 51), que vendría a ser el tema o médula del texto. Una vez comprendido el tema se pueden comprender la historia y los sentidos del relato. Chumaceiro (2007) agrega que en esta parte es necesario establecer las relaciones de coherencia que tiene que ver con los personajes (en este caso serían fuentes) y su caracterización dentro del texto, el narrador y el entorno.
2. *Estructura del texto*: Identificar aspectos como estructura del texto: “organización, jerarquización y numeración de unidades de análisis (párrafos semánticos, secuencias temáticas etc.)” (Chumaceiro, 2007, p. 190) y los modos de manifestación del discurso presentes en el texto como narración, descripción, argumentación, explicación, diálogo, entre otros.
3. *Estructuras lingüísticas*: Se basa en el aspecto sintáctico y semántico. Según Chumaceiro (2007), esto incluye los tipos de verbos que se utilizan, la modalidad, las reiteraciones gramaticales, entre otros; sustitución de voces y relaciones entre secuencias textuales.
4. *Aspectos pragmáticos estilísticos y retóricos*: en este apartado se buscó analizar “a) aquellos rasgos que caracterizan como literario al discurso, tales como la adjetivación, la gradación, la modalización, etc.; b) las imágenes y motivos recurrentes en el texto; c) las estrategias retóricas y estilísticas (comparaciones, metáforas, hipérbolos, personificación)” (Chumaceiro, 2007, p. 191).

Resultados

Como se mencionó en el Marco Metodológico, para analizar las características narrativas, periodísticas y de voz de autor se escogió la obra de tres cronistas latinoamericanos al escribir crónica de violencia (el mexicano Alejandro Almazán, el español residente en El Salvador Roberto Valencia y el salvadoreño Óscar Martínez) y se seleccionó una metodología cualitativa aplicada a un estudio de caso. Para ello se diseñó una matriz de análisis cualitativo que contiene tres categorías, sus respectivas subcategorías y los indicadores que permiten identificar su presencia o no dentro de las crónicas.

En los siguientes apartados se detallan los resultados del análisis, divididos por cada periodista. Primeramente hay una descripción de la temática de las crónicas, luego se procede a caracterizar los recursos periodísticos, literarios y la voz de autor presentes en las crónicas y finalmente se concluye sobre los hallazgos.

El proceso de análisis de las crónicas se realizó en un período que abarcó desde los últimos meses del 2013, cuando inició el análisis de los textos correspondientes a Valencia, hasta los primeros meses del 2015 cuando finalizó la revisión de las cinco crónicas seleccionadas para Óscar Martínez. A cada una de las crónicas se aplicó el instrumento, luego se listaron los resultados en una hoja de cálculo para su mejor tabulación y finalmente se redactaron los resultados como aparecen en este documento. Tanto las crónicas como la tabulación de los resultados que arrojó la aplicación del instrumento aparecen en los anexos.

Antes de desmenuzar cada crónica en los indicadores que aparecen en los instrumentos, se realizó una revisión centrada en los temas globales que cada una trata, tal como indica el apartado “Análisis de la información” del Marco Metodológico. El resultado de esta revisión está reflejado en el segmento introductorio de cada autor, donde se discute brevemente el marco más amplio de su obra y de las cinco crónicas analizadas.

A inicios del 2014, el equipo investigador determinó que el instrumento utilizado se requería robustecer para poder garantizar que fuera replicable en el futuro. Con este fin, se regresó a la operacionalización y definición de las categorías de investigación y se fortalecieron teóricamente los indicadores, de modo que otros investigadores en el futuro puedan replicarlos en su totalidad o en parte y puedan hallar el fundamento teórico para

cada uno. Este proceso atrasó el avance en los resultados, pues se debió volver a aplicar el instrumento a algunas de las crónicas.

La aplicación del instrumento tardó dos o tres semanas por cada uno de los autores. El análisis de esa información obtenida ocupó más tiempo y finalmente se vertió en la redacción de los resultados presentados en este apartado.

La información se presenta analizando cada autor por aparte pues, si bien el interés con el instrumento es identificar las características de géneros periodísticos, literarios y de voz de autor, el fin último –tal como señala el objetivo general– es identificar si hay creación de autor en el género de la crónica. Al ser la crónica un elemento que permite una fuerte irrupción de lo subjetivo (Rotker, 1992) y por tener el instrumento un énfasis en la voz de autor, esperamos que la presentación de los resultados ordenados por cada reportero facilite identificar esta creación de autor.

A lo largo de cada uno de los tres apartados correspondientes a cada uno de los autores y también en el apartado comparativo, cada uno de los conceptos periodísticos, literarios y de voz de autor está respaldado teóricamente en el apartado “Operacionalización de las variables” del Marco Metodológico. Cuando se consideró necesario, se incluyó en la redacción de los resultados un breve recordatorio del concepto.

La organización interna del capítulo coincide, en un primer nivel, con tres apartados que corresponden a los tres autores. Además, cada autor tiene una breve introducción descriptiva que permita al lector ubicar la obra del periodista. A su vez, el apartado que corresponde a cada autor tiene cuatro partes: una breve introducción, una revisión sobre los recursos periodísticos, otra sobre los recursos literarios y otra sobre los recursos de voz de autor. Cada una de estas partes tiene una pequeña conclusión. Las tres partes que corresponden a las tres categorías de investigación del instrumento (recursos periodísticos, recursos literarios y voz de autor) no tienen divisiones internas para hacer una lectura más fluida, pero el orden de la redacción coincide con el orden con que aparecen los indicadores en el instrumento.

Tras esos tres apartados, hay un apartado donde se comparan los autores y se intenta trazar ideas generales para retomar en las conclusiones.

Recursos periodísticos, literarios y voz de autor en cinco crónicas de Roberto Valencia

Introducción a la obra analizada de Roberto Valencia

El trabajo periodístico que hace Roberto Valencia desde el diario digital salvadoreño *El Faro* (www.elFaro.net) está profundamente conectado con la violencia, tanto en ese país como en el resto de la región. Narrar y retratar diferentes formas de violencia en Centroamérica es el hilo que comparten las cinco crónicas analizadas de dicho periodista para esta tesis. Tres de ellas tienen además una característica común: son parte de una serie que preparó el periodista sobre violencia en El Salvador e incluso comparten elementos de titulación (*Yo violada*, *Yo madre* y *Yo torturado*). Esto permite un interesante análisis del rol del cronista en una serie de textos que tienen una misma línea temática. Las otras dos crónicas elegidas (*Hormigas en el Centro Juventud* y *Barrio Jorge Dimitrov*) están ubicadas en Nicaragua, lo que ofrece una perspectiva diferente, al sacar al periodista de su ambiente natural salvadoreño.

¿Cuántas caras tiene la violencia centroamericana? Valencia nos ofrece muchísimas y de esas se eligieron cinco: la de una madre dolida (*Yo Madre*, Valencia, 2013), la de un barrio olvidado por el Gobierno (*Barrio Jorge Dimitrov*, Valencia, 2011), la de una joven violada que se apena por sus jeans de ropa americana (*Yo Violada*, Valencia, 2011), la de un modista torturado tras quedarse dormido en un autobús (*Yo Torturado*, Valencia, 2013), la de un pelotón de jóvenes nicaragüenses que quiere reinventarse (*Hormigas en el Centro Juventud*, Valencia, 2012).

Aunque cuentan historias distintas, las crónicas de El Salvador se enmarcan en un contexto muy específico: la situación de las maras en este país. En un fragmento de la crónica *Yo Madre*, Valencia explica el marco en el que se desenvuelven sus historias:

La extrema desigualdad social, la débil institucionalidad, la impunidad y determinadas políticas públicas que actuaron como combustible –la política de "mano dura" y la decisión de asignar cárceles a cada una de las pandillas, por citar un par de ejemplos– fueron el caldo de cultivo idóneo para la radicalización de las

maras, más violentas y con un control territorial más agresivo que el de las casas matrices en Los Ángeles. (2013, parr. 13)

En un solo párrafo, el cronista señala la presencia de la pobreza, de una débil institucionalidad, de impunidad, de una mano dura a nivel de políticas, de violencia generalizada y de un control territorial agresivo. No puede leerse una crónica escrita por un periodista que trabaja en El Salvador con otro lente que olvide este origen, aunque trate de un tema fuera del país, pues esa mirada perdura en el texto, como pasa en *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012). Al hablar el reportero de lo que lo sorprendió de Nicaragua, una de las cosas que menciona es “que un policía nica puede irse uniformado y desarmado en bus a su casa” (2012, parr. 41).

Las cinco crónicas deben verse bajo esta luz, lo mismo que este análisis, que está hecho desde la realidad costarricense, todavía muy distante de la salvadoreña en términos de violencia.

La primera crónica, *Yo madre* (2013) es la historia de la madre de un pandillero salvadoreño que está en la cárcel. A través de Valencia, y a veces sin intermediario, la mujer narra cómo su hijo se unió a la pandilla y lo que significa no solo tener a un hijo preso, sino que él sea parte del crimen organizado que azota a su país. El contexto de la violencia y pobreza envolvió a Madre y a Gustavo (el hijo) durante su infancia, juventud y posteriormente en su vida adulta, y esta situación los marca. De esta forma, a través del testimonio de la Madre, Valencia retrata la situación que viven miles de mujeres en El Salvador.

Yo violada (Valencia, 2011) narra la violación de una joven de 15 años por un grupo de pandilleros de la Mara 18 en su propio barrio. Valencia habla extensamente con la joven, quien le cuenta con detalle el momento en que fue violada, lo que pasó previamente y la situación posterior. El periodista pone además el hecho en contexto, explicando que no es inusual que suceda en la sociedad salvadoreña o en el modelo colegial de este país.

La serie salvadoreña se cierra con la historia de un joven salvadoreño que fue abusado físicamente por miembros de las fuerzas policiales quienes creyeron que era parte de una de las maras. La crónica, titulada *Yo torturado* (2012), narra las limitaciones

dentro del sistema estatal para denunciar la situación y la impunidad con que terminan estos casos.

Las otras dos crónicas se realizaron en Nicaragua y tienen algo en común: a pesar de que retrata lugares conflictivos y en los que la violencia ha dejado marca (un centro correccional y un barrio marginal) el periodista cuenta desde un contexto ajeno al que está acostumbrado. A diferencia de la situación de las maras en El Salvador, la violencia en Nicaragua se enmarca en el abandono y el olvido.

Valencia visita uno de los barrios más conflictivos de Managua en Nicaragua y narra su experiencia en *Barrio Jorge Dimitrov* (2011), una localidad que nació como una comunidad para damnificados luego de una tormenta y que, con el paso de los años, se transformó en una de las zonas más conflictivas de Managua. A lo largo de su visita el periodista conversa con diferentes habitantes del barrio para retratar la situación de la zona. A través de los testimonios muestra las diferentes facetas del lugar, desde el punto de vista de los vecinos, miembros de una Organización no Gubernamental, víctimas y oficiales. La crónica retrata como la violencia social (pandillas, drogas), producto de un abandono, transformó un barrio.

La otra crónica fuera de El Salvador es *Hormigas en el Centro Juventud* (2012) donde el reportero visita un centro correccional en Nicaragua para conocer la forma en que las autoridades de ese país intentan la reinserción social de los jóvenes. Más que la violencia en sí misma, se habla de la violencia como una ausencia y como un evento pasado que dejó una marca. Valencia habla con los jóvenes del centro y con las autoridades a cargo y narra situaciones que son cotidianas en Nicaragua pero que a él le parecen impensables dado su contexto.

Valencia trabaja en un país asediado por la violencia entre pandillas y la coerción estatal. Su oficio en ElFaro.net –y particularmente en Sala Negra, una sección del sitio web dedicado a retratar la violencia en la región– tiene un lenguaje de tatuajes, balazos y desaparecidos. En su universo, son impensables situaciones como que un policía desarmado tome un autobús para regresar a su casa y esto queda evidente cuando habla de otros países.

Son estos trabajos los que fueron analizados para identificar los elementos que los hacen textos no solo con vocación periodística sino con tintes literarios y elementos

subjetivos. En los apartados siguientes se detallan cuáles son los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor presentes en dichas crónicas de Valencia, retratos de una violencia con diversos rostros.

Recursos periodísticos utilizados en las crónicas de Roberto Valencia

La crónica es un híbrido entre géneros periodísticos y literarios –tal y como se mencionó en el marco teórico–; sin embargo, siempre debe cumplir una función periodística, independientemente de si cumple o no las características de una obra literaria. Por más que uno de los periodistas, o en este caso Roberto Valencia, procure darle al texto ese impulso extra que lo hace ser un texto literario, siempre debe ser periodismo ante todo.

Por esto es fundamental determinar si hay presencia de recursos del periodismo en los textos de Valencia que fueron analizados. Así, tras aplicar el instrumento (presentado en el marco metodológico) a las crónicas, se comprobó la presencia de estos.

Primeramente, en las crónicas están presentes los seis factores de interés periodísticos seleccionados y discutidos en la operacionalización de las variables presentada en el marco metodológico: actualidad, magnitud, proximidad, rareza, conflicto e interés.

La actualidad se refleja en frases como: “Hace dos meses que la mara Salvatrucha y Barrio 18 acordaron una tregua” (Valencia, 2013, parr. 17, Yo madre), es decir, la discusión sobre las maras no es nueva sino que hay hechos recientes, como la tregua entre las pandillas que vivía el país en ese momento, que la hacen vigente y la ponen en el escrutinio público, lo que coincide con la visión de Ulibarri (1995) de que la actualidad en textos diferentes a la nota diaria tiene relevancia por su vigencia.

La actualidad deja ver que la situación que se narra (la violación) no es nueva, sino que es un fenómeno que ocurre con frecuencia y que es difícil de erradicar: “Mauricio confirmó la violación de Magaly y me habló de otras ocurridas antes y después. Todos los maestros saben o intuyen lo que sucede. Todos callan. Todos temen. En escuelas como la que él dirige, los pandilleros violan sistemáticamente.” (Valencia, 2011, parr. 27, Yo violada). Sin embargo, no es una actualidad volátil, como podría ser un suceso de un diario de circulación nacional, sino que aspira a comunicar algo más.

En *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011), los personajes hablan de la situación que vive el barrio en el momento de la visita: “—¿Sientes el barrio ahora más sano? —pregunto” (parr. 40).

—De tres meses para acá está más calmado, casi ni se escuchan balazos. Siempre hay muchachos que siguen robando porque es el billete más fácil... Si viene usted solo por aquí, lo agarran, le ponen la pistola y le quitan las cuestiones. Pero hace un año era peor, ahora se ha calmado...

—¿Y a qué lo atribuye usted? —pregunto (Valencia, 2011, parr. 14-15)

Esto es valioso porque la crónica retrata el barrio en el momento de la visita y necesita transmitir cómo es y era el lugar.

Por su parte, la magnitud (el alcance que lo vuelve periodísticamente relevante) está presente en tanto el periodista se preocupa en mostrar que, si bien su historia está fuertemente basada en uno o dos testimonios, se trata de un fenómeno extendido. Esto lo hace en todos los casos y pareciera pretender que el lector vea una imagen mayor a la que se dibuja en su texto. Por ejemplo, en *Yo madre* (2013), Valencia expresa la magnitud de la situación al decir:

Hay varias docenas de miles de madres de pandilleros en El Salvador. En un universo tan vasto cabe casi de todo: madres cómplices de los delitos de sus hijos, (...) y madres —como Madre— que a su hijo pandillero lo quieren de corazón pero también de corazón odian la pandilla. (Valencia, 2013, parr. 16)

En *Yo torturado* (2012), al comentar la cantidad de casos similares, Valencia escribe que el país:

De enero a noviembre acumuló un promedio diario de cinco denuncias —digo: cinco denuncias contra la PNC todos y cada uno de los días—, para un total de 1 mil 710. Las violaciones al derecho a la integridad física fueron, siempre según los datos oficiales, las más habituales. (Valencia, 2012, parr. 20)

Tres de las crónicas (las de la serie de *Yo violada*, *Yo torturado* y *Yo madre*) se ubican en El Salvador y se publican en un medio salvadoreño, lo cual las dota de proximidad con su público.

En el caso de *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) y *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012), la proximidad viene dada a través de la comparación constante que hace el cronista con la situación de Nicaragua y El Salvador y por hacer referencia a la región centroamericana. “Lo dice Naciones Unidas: Centroamérica es la región más violenta del mundo” (Valencia, 2011, parr. 38, *Hormigas en el Centro Juventud*) o “Centroamérica es, certificación United Nations, superpotencia de la barbarie, pero es de justicia reconocer que no todos los centroamericanos aportan igual.” (Valencia, 2012, parr. 12, *Hormigas en el Centro Juventud*). Sea con un trato directo o desde la ausencia, siempre se alude al contexto salvadoreño como un referente máximo.

El conflicto —esa temática más profunda que puede estar presente en los relatos— se ve reflejado en las diferentes crónicas. Cada uno de los personajes está inmerso en un conflicto que va más allá de la situación convulsa que los rodea. Madre, deja muy claro su conflicto en la primera línea: “No le deseo a nadie que tenga un hijo así, como el mío. No es fácil vivir con esto” (Valencia, 2011, parr. 1, *Yo Madre*). En otras crónicas como *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011), el conflicto adquiere un foco más general, ya que se narra la vivencia de un barrio violento, sin ahondar en personajes específicos.

En *Yo violada*, el conflicto es todavía más claro, porque el periodista evidencia que aparte de la violación de Magaly, hay “otras ocurridas antes y después. Todos los maestros saben o intuyen lo que sucede. Todos callan. Todos temen. En escuelas como la que él dirige, los pandilleros violan sistemáticamente” (Valencia, 2011, parr. 47).

La rareza queda evidenciada --por ejemplo-- cuando Madre dice que no desea que nadie tenga un hijo como el suyo, ya que deja claro que su historia de vida, y la de su hijo, se salen de la norma.

En *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011), se describe a un barrio que también se escapa de lo cotidiano, lo cual lo hace raro: “los mismos vecinos se saben residentes de un lugar especial, pecaminoso, casi maldito, el barrio nicaragüense violento por antonomasia” (parr. 2).

Por su parte, en la otra crónica ubicada geográficamente fuera de El Salvador (*Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2010), el periodista ofrece otro tratamiento de la rareza. Muestra las situaciones como algo inusitado para la audiencia salvadoreña. Por ejemplo: “Traña está hablando de pandilleros, algunos incluso ya modelaron o tienen tatuajes o marcas de balazos en sus cuerpos. Su preocupación suena tan sincera que conmueve. Por un momento, casi ni parece Centroamérica esto” (Valencia, 2012, parr. 59). También, al citar ciertas ideas que lo sorprendieron, escribe “Que un policía nica puede irse uniformado y desarmado en bus a su casa” (Valencia, 2012, parr. 41).

Las cinco historias son de interés público, que como definió Jaramillo Arguello (2012), es aquel afán de descubrir a través de esa historia síntomas sociales de su época. Hablar sobre violencia, un fenómeno que ha marcado a la región Centroamericana, fomenta un debate y reflexión sobre la problemática en El Salvador y Nicaragua, lugares desde donde se desarrollan los textos. Aún en *Hormigas en el Centro Juventud*, que explica las oportunidades que reciben los jóvenes en el sistema judicial nicaragüense, se habla de violencia desde la ausencia y se evidencia el vacío. Es decir, las crónicas tratan de explicar el proceso de violencia desde diferentes ángulos, lo cual facilita la comprensión de los hechos.

En el caso de *Yo Madre*, por ejemplo, Valencia deja muy claro que el fenómeno de las maras no es nuevo, “Hace apenas treinta años Mara Salvatrucha y Barrio 18 no significaban nada en El Salvador” (Valencia, 2013, parr. 10), dice Valencia, y posteriormente dedica un apartado a contextualizar su surgimiento en El Salvador, tras la década convulsa de los ochentas. Así explica cómo las maras se fueron expandiendo en la sociedad salvadoreña hasta llegar a la situación actual en la que “en amplias zonas del país la gente hoy tiene miedo de pronunciar en público los números trece o dieciocho” (Valencia, 2013, parr. 14). Es decir, las maras han tenido un impacto a nivel general de la sociedad, no son solo un problema de quienes viven en sus barrios. Hay un miedo generalizado, que traspasa esferas sociales. La discusión de las maras, por ende, se vuelve de interés.

Lo mismo sucede en el caso de la violación de jóvenes en centros educativos de El Salvador. La violación de jóvenes es un problema real del sistema educativo salvadoreño:

En las reuniones de directores convocadas por el Ministerio de Educación, Mauricio no reporta nada de esto. En nueve años no ha sabido de nadie que denuncie lo que él cree que es, con mayor o menor intensidad, algo habitual en todas las escuelas ubicadas en zonas con fuerte presencia de maras. Pero tiene su propia teoría para explicar ese silencio: “Cada director tendrá su escenario, seguro, pero harán lo mismo que yo: callar”. (Valencia, 2011, parr. 28).

Valencia utiliza elementos del periodismo para hacer su historia más robusta. Uno de esos son los datos duros como cifras estadísticas, cita de documentos oficiales (investigaciones, encuestas, censos, entre otros) y explicación del contexto.

Se citan documentos oficiales como el censo, “El Gobierno de El Salvador empezó en 2012 un censo para dimensionar la implantación del fenómeno” (Valencia, 2013, parr. 15) e informes de organizaciones no gubernamentales como “todas estas cifras son nomás una fracción de las incluidas en el ‘Diagnóstico socioeconómico en el barrio Jorge Dimitrov’, realizado por una ONG llamada Cantera” (Valencia, 2011, parr. 19). Esto fortalece a la historia desde la perspectiva del periodismo pues no solo es respaldada por el periodista y los protagonistas sino también por documentos elaborados por entidades ajenas al hecho específico, pero que validan que la situación de violencia que se narra, existe. Aun cuando el lector no sepa quién es Roberto Valencia, sus trabajos reciben validez con los datos de instituciones que son reconocidas a nivel mundial, como Naciones Unidas o el gobierno salvadoreño.

A su vez las cifras estadísticas son un elemento siempre presente en las crónicas analizadas de Valencia. Cada historia que cuenta la respalda con información estadística que pueda explicarle al lector la gravedad de la situación y que no se trata de casos aislados.

En *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) Valencia dedica todo un apartado a hablar de cifras:

El resumen numérico del Dimitrov diría algo así: 54% evangélicos, 39% católicos.

Diría también que en el 61% de las casas conviven seis o más personas, que en el

70% de los hogares los ingresos mensuales son inferiores a 316 dólares y en el 19% no alcanzan siquiera los 106 dólares. (...) (parr. 19)

Esto ayuda a dar fuerza al retrato de la situación y da credibilidad a lo que cuenta. No es Valencia el que dice que los personajes viven en situación de pobreza, sino las cifras oficiales las que hablan. En un género subjetivo como la crónica, aportar datos estadísticos ofrece un respaldo “validado” por instituciones ajenas al periodista o al medio. Estos datos sirven de respaldo para el otro tipo de contenido que aparece en estas crónicas, más cargado de la subjetividad del cronista. Además, los números le dan un alto valor informativo al texto, característica indispensable en el periodismo.

Es relevante que en *Yo Violada* (Valencia, 2011) y *Yo torturado* (Valencia, 2012) este indicador se muestra en uno o dos párrafos que son muy similares de un texto a otro. Habla de que es un país violento, cita la población total y la tasa de homicidios por cada 100,000 habitantes. *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012) usa un párrafo similar, pero más hacia toda Centroamérica.

En cuanto al contexto, este es clave para dimensionar la situación y hacerla comprensible. La situación que viven Madre o Magaly, la adolescente violada, por ejemplo, no es una casualidad ni un hecho raro, es un producto de una situación de violencia que lleva décadas echando raíces en El Salvador. “En la década de los ochenta las guerras y la pobreza expulsaron a cientos de miles de centroamericanos – sobre todo salvadoreños- hacia Estados Unidos” (Valencia, 2013, parr. 11).

Las fuentes, otro elemento siempre presente en los textos periodísticos, aparecen en las crónicas analizadas. La que más se utiliza es la fuente testimonial de los protagonistas de la historia (Madre, Magaly, el joven torturado) y el poder entrar en la mente y vida del personaje para conocer su historia es uno de los caminos que Valencia toma para contar las crónicas. De hecho, la particularidad que tienen tres de los textos (*Yo madre*, *Yo violada* y *Yo Torturado*) es que su hilo conductor gira alrededor de un personaje que narra su vivencia -la Madre y su hijo, Gustavo, en *Yo Madre*; Magaly en *Yo violada* y Dani y su familia en *Yo torturado*. Las demás fuentes vienen a sostener el relato de estas voces principales y a aportar datos a su historia, consolidando lo que estos personajes dicen.

En *Yo madre* (Valencia, 2013), el manejo de fuentes se apega a las testimoniales, en especial la de Madre, el personaje principal. En su afán por retratar el íntimo sufrimiento que implica ser madre de un pandillero, Valencia silencia las demás voces y deja a Madre bajo los reflectores. Desde un punto de vista de manejo de fuentes, la decisión de omitir otras perspectivas busca visibilizar más su relato y evitar que pierda protagonismo innecesariamente.

La importancia que tendrá el testimonio en el texto se hace evidente desde el primer párrafo de la crónica que comienza con un extracto en primera persona de Madre: “Al principio yo caía en depresión. Bien feo me agarraba” (Valencia, 2013, parr. 1). Pero también el periodista es testimonial y un personaje válido. La crónica sobre la violación tiene esta línea en su segundo párrafo: “«De la escuela me fueron a sacar los pandilleros y me violaron», me soltó una mañana de julio de 2010, cuando chateábamos en el messenger” (Valencia, 2011, parr. 2) y esta línea de chat da pie al resto de la crónica.

En *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011), si bien la historia no pesa sobre un testimonio en específico, sí aparecen varios a lo largo del texto, como cuando habla con Miguel Ángel Orozco Padilla, un joven que fue baleado por error:

—Fue por un primo mío... Vos sabés... Él sí es pandillero, y de espaldas somos igualitos... Por eso me pegaron el *cuetazo*... Mire, toque aquí, la bala no salió —me dice el joven—. Yo venía de espaldas y escuché: *allávaChus, allávaChus*... Chus es mi primo el pandillero, y me gritaron: Padilla, detenete, porque así lo llaman a él, y yo me vuelvo y disparan. Y oigo: pero si no es Chus... Pero ya habían tirado. (parr. 50)

De igual forma sucede en *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012) donde la historia tiene varias fuentes, pero gira alrededor de varios testimonios de pandilleros que asisten al centro de reinserción social. “Adán Lanuza se ha calmado, y eso no le supone problema alguno con Áreas Verdes. Ahora tiene un llamativo parche blanco en su cuello porque ayer fue a borrarse el 18. Me lo cuenta cuando me acompaña a la parada de la Ruta 165.” (Valencia, 2012, parr. 71)

En *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012) y en *Yo madre* (2013) no aparecen fuentes expertas y esas dos, junto con *Yo violada* (Valencia, 2013), tampoco tienen contraste de fuentes. Por su parte, *Yo torturado* (2012) permite un contraste de fuentes claro en un bloque en que entrevista a los dirigentes de la policía salvadoreña. Valencia se centra mucho más en los testimonios que en las “voces oficiales”, lo cual está explicado por la naturaleza de las historias que cuenta. No hace falta conversar con el Gobierno para que comente sobre el sufrimiento de Madre, sino que las vivencias del personaje, acompañadas de cifras y descripciones son suficientes para contar su historia.

En *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) en lugar de contraste hay un constante diálogo sobre la situación del barrio, que permite ver diferentes ángulos de una misma situación:

—De tres meses para acá está más calmado, casi ni se escuchan balazos. Siempre hay muchachos que siguen robando porque es el billete más fácil... Si viene usted solo por aquí, lo agarran, le ponen la pistola y le quitan las cuestiones. Pero hace un año era peor, ahora se ha calmado...(parr. 14).

—Si lo comparo con hace 15 años, yo sí tengo un mal sabor con este barrio... Cuando llegaba como voluntaria, salíamos caminando a las 8 de la noche y nunca pasaba nada; ahorita no me atrevería. Sí, lo encuentro más violento. (parr. 41).

—Sí, yo creo que sí me iría... Cada uno de nosotros busca mejorar en la vida, y salir es una mejoría. El ser humano es producto de su entorno. Está, además, el estigma que supone vivir aquí. Mis amigos de la universidad no se atreven a venir. (parr. 86)

En *Yo violada* (2011) se comprende la dificultad de buscar un marero para entrevistarle sobre una violación colectiva y en *Yo Madre* (2013), el personaje tiene que hablar desde un anonimato porque su hijo está en la cárcel y teme sufrir represalias de las pandillas.

El uso que hace Valencia de un lenguaje claro y factores como la actualidad, magnitud e interés público, hacen de los textos retratos de situaciones de interés para la audiencia y que aportan a una discusión diferente sobre la violencia en El Salvador y Nicaragua. Estas características hacen al texto periodístico por sí mismo y refuerzan el concepto expuesto desde el marco teórico: la crónica es periodismo.

De esta forma el reportero enfatiza su vocación periodística al narrar las historias: porque aparte de la función anecdótica, todas se enmarcan dentro de un fenómeno más amplio que ellas mismas. Sea las violaciones, la brutalidad policial, la relación de las madres con los mareros en El Salvador o las muchísimas diferencias que tiene ese país con Nicaragua, Valencia aporta datos estadísticos y oficiales y fuentes suficientes para establecer el valor informativo de su texto.

Es decir, los textos no solamente cuentan lo que sucede y retratan el hecho sino que hay un esfuerzo periodístico por contextualizarlo. Con esto deja claro que las situaciones de violencia que describe son parte de un fenómeno social; no es la historia de Magaly, sino la de miles de jóvenes víctimas de violaciones.

El periodista muestra una amplia capacidad de reporteo, ya que no solo logra la inmersión en el fenómeno a través de entrevistas a profundidad con los personajes, sino que hay un desplazamiento físico a los lugares que aportan a la descripción y, además, hay una investigación con datos y cifras estadísticas, que respaldan la historia.

Recursos literarios utilizados en las crónicas de Roberto Valencia

Valencia sigue la máxima que Alberto Salcedo Ramos leyó de Woody Allen: “Todos los estilos son buenos, menos el aburrido” (en Casanova, 2011, p. 4). El periodista ofrece las crónicas como textos periodísticos cargados de datos relevantes, pero además se afana en ofrecer detalles, diálogos, escenas que permitan al lector imaginar más y mejor el mundo que narra.

En las crónicas de Roberto Valencia *Yo madre* (2013), *Yo violada* (2011), *Yo torturado* (2012), *Barrio Jorge Dimitrov* (2011), y *Hormigas en el Centro Juventud* (Valencia, 2012) hay un fuerte uso de los recursos literarios de descripción, diálogo,

escenas, puntos de vista de los personajes, algunos tipos de narrador y tiempo cronológico alterado.

En los cinco textos se colorea con diversos tipos de descripción, haciendo registros totales del personaje, planos generales o concentrándose en detalles temáticos, todo esto combinado con el uso de figuras literarias.

La descripción de los personajes va más allá de su aspecto físico, sino que Valencia trata de brindar una imagen que ayude a comprender su personalidad (conocido como registro total del personaje, cuando son extensos, o registro sumario, cuando son más cortos). Por ejemplo: “grita ella, desdentada y en pie, el pelo alborotado y canoso, gruesa como tambo de gas” (Valencia, 2011, parr. 71, *Barrio Jorge Dimitrov*) o:

Cuarentona, el plante recio de una veterana vendedora de la calle –rostro expresivo, mirada afilada, espalda ancha, brazos más gruesos que los míos– y la cara de preocupación de quien guarda un secreto terrible. (Valencia, 2013, parr. 3, *Yo Madre*).

Magaly, que ya ha cumplido los 19 años, se presenta con unos jeans ajustados coronados por un grueso cincho, una blusa blanca de botones y unos zapatos de medio tacón. Luce bonita, demasiado quizá para la ocasión, como si viniera de una discoteca. (Valencia, 2011, parr. 56).

El plano general se utiliza para dar una visión de los paisajes y espacios, antes de enfocarse en algún detalle:

El Dimitrov es descomunal: 21 mil almas, según el letrero de la municipalidad ubicado en una de las entradas. Bajo una maraña de cables se amontonan las casas, una tras otra, sin que haya dos iguales. Las hay de dos plantas, bien repelladas, algunas hasta con su pedacito de acera. (Valencia, 2011, parr. 13, *Barrio Jorge Dimitrov*)

El detalle temático lo utiliza para describir de forma más minuciosa algún elemento que le llame la atención. Por ejemplo en *Yo Madre* (Valencia, 2013), Madre

cuenta que en la cárcel desnudan a los visitantes antes de entrar, a lo cual Valencia escribe:

Uno imagina a su propia madre que, por algo tan razonable como visitar a un hijo, alguien le pide desnudarse, abrirse de piernas, le mete el dedo envuelto en látex en su vagina o en su recto, y lo gira bruscamente para hallar chips, celulares, marihuana. (parr. 141)

El uso más destacado del detalle temático se encuentra en Hormigas en el Centro Juventud (2012), donde el periodista hace girar todo el texto alrededor de un detalle conceptual: las hormigas que abundan en Nicaragua tienen cierta relación con los muchachos que atienden el centro juvenil que visita. Durante el texto y en el título el reportero elabora el concepto de las hormigas y su conexión con los jóvenes, pero en los primeros párrafos del texto, dedica una extensión importante a una escena que termina siendo representativa para el tema:

Camino del zanjón que separa el Ferreti del 18 de Mayo, Norlan se detiene a mear junto a unos escombros que simulan verjas. La calle vacía como cementerio vacío. Joshua busca otro meadero en silencio, y yo hago lo mismo, no vayan a pensar que soy un desagradecido. Sobre la tierra reseca, justo a la par de donde orino, hay un tajo largo y negro, como un látigo extendido, formado por cientos de miles de hacendosas hormigas que cargan palitos insectos hojitas restos, o se cargan unas a otras. Son tan demasiadas. Hace años vi algo parecido, pero fue en la selva de Petén (Guatemala), no en un barrio de capital de república.

—¿Esto es normal? —pregunto en voz alta cuando termino. Los dos se acercan.

—¿El qué, las hormigas? —dice Norlan—. Sí, claro, están chambeando porque en la noche va a llover.

—Los zompopos saben cuándo —se suma Joshua—. Ahorita están metiendo comida porque va a venir un huracán de calle.

Son las 3:30, Managua es el horno insufrible de siempre, y el cielo está azul cielo.

El pronóstico suena absurdo, pero disimulo.

—Hormigas, zompopos, ¿cuál es la diferencia? —pregunto.

—Es que su nombre es hormiga, pero su nombre científico se llama zompopo —zanja Norlan.

Seguimos caminando como si nada, y la plática retorna a lo que me trajo hasta el Ferreti: el asombroso Centro Juventud. (Valencia, 2012, parr. 2-9)

Valencia tiene una predilección especial por el uso de anáforas⁹ en las crónicas. En *Yo madre* (2013) el periodista usa cinco diferentes anáforas a lo largo del texto que le dan ritmo. Por ejemplo: “Madre nació un sábado de octubre de 1971 en el Hospital de Maternidad, donde nacían y nacen los pobres”. (Valencia, 2013, parr. 21). “Gustavo nació por cesárea un miércoles de abril de 1988 en el Hospital de Maternidad, donde nacían y nacen los pobres” (Valencia, 2013, parr. 41). Otro ejemplo es:

Madre sí conoce lapobreza¹⁰. Lapobreza es que la herencia de tu padre sea un pedazo de acera pública en la puerta de un colegio; lapobreza es que a los días de recibir el alta hospitalaria haya que tirarse a la calle a vender con el recién nacido en una caja de cartón; lapobreza es no poder pagar 2.29 dólares del recibo de agua y tener que bañarse en casa de una vecina... (Valencia, 2013, parr. 136)

En el caso de *Yo violada* la anáfora recurrente es “A Magaly Peña la violaron no menos de 15 pandilleros durante más de tres horas” (Valencia, 2011, parr. 1), que está presente al menos en tres momentos de la crónica. El caso de *Yo Torturado*, al narrar el momento preciso en que el joven es torturado por la policía, Valencia intercala una oración de una sola palabra (“Miedo.”) cuatro veces en un bloque (Valencia, 2012, parr. 25-29) con lo que acentúa la sensación de que el lector está ahí con el personaje y puede escuchar y sentir lo mismo que él.

⁹ Anáfora es una figura literaria caracterizada por la repetición de una o varias palabras en un enunciado.

¹⁰ El autor escribe lapobreza como una sola palabra en el texto original.

En *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011), las anáforas aparecen de dos formas. Primero, al igual que en *Yo madre* (2013), *Yo violada* (2011) y *Yo torturado* (2012), repite una forma textual en varios momentos de la historia, que en este caso es la referencia la fecha: “Miércoles, faltan 10 para las 3 de la tarde” (parr. 55), “Es miércoles, 4 de la tarde” (parr. 77) y “Viernes, 9:30 de una mañana gris tropical” (parr. 99). Por otra parte utiliza anáforas en una misma frase, como por ejemplo: “La comunidad ya no aguantaba, dice. La comunidad.” (parr. 17).

También usa símiles tales como “cuando ha dicho algo de la pandilla, la voz baja como si estuviera en un templo” (Valencia, 2013, parr. 6, *Yo Madre*) o “Magaly me lo contó como quien recita la lista de las compras, sin la más mínima expresión de extrañeza en su rostro” (Valencia, 2011, parr. 6, *Yo Violada*), “la piel tostada como un hombre de campo” (Valencia, 2011, parr. 6, *Barrio Jorge Dimitrov*). La cercanía que pueden tener estas frases a un lector (especialmente a un lector salvadoreño, una nación religiosa, apegada al campo y que, como muchas otras, va al supermercado) facilita su comprensión. Es más fácil presentarle la imagen como algo cotidiano y comprensible que como un concepto abstracto.

Los relatos analizados no siguen un tiempo cronológico lineal sino que usan el tiempo alterado y el texto se segmenta en escenas que narran diferentes partes de la historia. Por ejemplo, *Yo madre* (Valencia, 2013) comienza con un testimonio de Madre y luego los segmentos del texto son diferentes momentos de la vida de Madre con su hijo pandillero y el resto de su familia. El manejo del tiempo es similar en *Yo torturado* (Valencia, 2012) y *Yo Violada* (Valencia, 2011) con escenas del preludeo al acto violento, el acto en sí y el tiempo posterior que se intercalan con entrevistas y otras escenas que tienen relación pero no es el momento de la violación o la tortura.

Es importante señalar que Valencia construye la estructura temporal utilizando un punto central de clímax donde sucede la “acción” central del texto, al menos en *Yo torturado* (Valencia, 2012) y *Yo Violada* (Valencia, 2011). Esta escena es el ancla del resto de la crónica, que conforme va avanzando llega a este punto y luego se resuelve. Otros elementos, como las anáforas de tiempo, contribuyen a este efecto.

Barrio Jorge Dimitrov (Valencia, 2013) es el único texto analizado que presenta un manejo del tiempo lineal, ya que el texto inicia con la llegada del cronista al barrio y en

los demás apartados este se encuentra con diversos personajes dentro del lugar. Es decir es una cronología lineal de la visita de Valencia al barrio. No obstante, se incluyen apartados que se salen del relato lineal para mostrar datos o información del lugar, como por ejemplo un apartado para contextualizar la violencia en la región: “Lo dice Naciones Unidas: Centroamérica es la región más violenta del mundo” (parr. 38).

Además, cada apartado de las crónicas analizadas es una escena con un concepto claro, un planteamiento, nudo y desenlace. Este recurso, comúnmente utilizado en el teatro y el cine, hace de la crónica un conjunto de fragmentos que juntos forman una gran historia, pero tiene un fuerte poder narrativo por sí solos.

Es relevante que la estructura de Valencia presenta –al menos en *Yo Torturado* y *Yo Violada*– una escena donde narra, con muchos detalles, el momento más violento del texto (la violación y la tortura). En esas escenas, el periodista recurre a muchos recursos para transmitirle la violencia al lector (anáfora, cambios de narrador, monólogos internos, varias frases cortas seguidas, uno no convencional de reglas de puntuación).

Por ejemplo, en la siguiente escena de *Yo violada*, el estilo que utiliza busca transmitir con realismo cómo sucedió la violación, ya que narra desde la mente de Magaly y lo que ella pensó en el momento:

Entró el primero de sus violadores. Nunca supo si era el palabrero o el cumpleañosero. Se quitó la calzoneta, le ordenó tumbarse boca arriba y abrirse de piernas, y comenzó a violarla, a pelo, y Magaly lloró, con la cabeza volteada hasta casi desencajarla del cuello para intentar evitar los besos y las lengüetadas, y quizá pensó en la hora eterna y maldita que tenía por delante (...) (Valencia, 2011, parr. 49).

El método de Valencia de tomar estos párrafos y cargarlos con tensión narrativa se vale de recursos literarios y licencias que permiten al lector adentrarse en los sentimientos del protagonista. Por ejemplo, la frase a continuación donde no usa comas y que continúa el párrafo pasado:

(...) una hora de dolor rabia sangre impotencia saliva asco tortura vergas resignación, resignación infinita ante lo que se asume como inevitable, cuando se

ha conocido tanta mierda que una violación tumultuaria forma parte del guión, algo que puede pasar, que de hecho estuvo a punto de pasarle cuando tenía 10 años, la edad de Vanessa, cuando vivían en un mesón en Mejicanos, y un hombre aprovechaba las ausencias de su madre para tocarla y obligarla a tocarle a él, hasta que un día le mordió la mano, se defendió, aunque hacer algo así en la violación no era siquiera opción, moriría ahí mismo, la destazarían, porque el Barrio 18 viola destaza asesina descuartiza mata, y por eso no gritó, aunque sabía que estaba en una casa en un pasaje en una colonia populosa, a primera hora de la tarde, mientras los vecinos veían telenovelas o National Geographic (...),(Valencia, 2012, parr. 49)

De nuevo Valencia recurre a imágenes que recuerdan un barrio común, familias que hojean revistas o miran el televisor, que de paso sirve como recordatorio de que esta es una situación que sucede a diario. En la próxima parte se incluye la voz original de personajes y la conexión con el fenómeno de las maras, con la voz al teléfono:

(...)y Magaly llorando, y solo cuando se le disparaban los decibeles de su llanto, el violador le decía que callara, puta, que callara... hasta que él se fue y se fue, pero al poco vino uno; no, dos, y la violaron a la vez, sin importarles la sangre, y le decían: ponete así, hacele así... y entró un tercero con un teléfono, lo puso cerca de la boca de Magaly, y le dijo: ahora chillá, gemí, perra, que te oiga, y quizá en una cárcel salvadoreña alguien tirado sobre un catre se masturbaba con ese dolor, ese dolor interminable, porque al terminar uno, empezaba otro, y luego el otro, y luego el otro.... (Valencia, 2011, parr. 29)

A su vez, el periodista emplea la mayoría de citas directas de los personajes en forma de diálogo con interlocución y uso de guiones para indicar que el personaje está hablando. De hecho, hay apartados en los que el diálogo es el único elemento presente:

—Magaly, ¿por qué crees que ocurrió?

—Lo de violar bichas es un regalo que los muchachos le hacen a uno de ellos, pero, como se supone que es una fiesta, todos tienen que disfrutarlo.

—¿Pero por qué a vos?

—Mi pecado supuestamente era que yo, como 15 días antes, cuando estaban violando a otra...

—Pera, pera, repíteme eso... (Valencia, 2011, parr. 17)

En otras ocasiones, como en el siguiente extracto, se intercala dentro de la narración del periodista, pero aun así conserva un valor importante dentro del texto. “—Entonces, ¿me dejará contar su historia? —Solo si me promete que no va a ir mi nombre ni el de mis hijos ni mi dirección” (Valencia, 2013, parr. 7, Yo Madre). O en *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011): “—¿La gente sabe quién fue Dimitrov? —pregunto a José Daniel. —No, poca gente lo sabe. De los jóvenes, nadie o casi nadie, pero creo que la mayoría de los que nos vinimos adultos se acordará.” (Valencia, 2011, parr. 34-35).

La presencia de Valencia en estos diálogos refuerza el concepto de que el narrador es un personaje válido, con una voz relevante para la historia, algo que será retomado en el apartado comparativo y mostrará las diferencias que tienen los tres cronistas en su utilización.

En otros apartados Valencia hace uso de la cita indirecta. “Madre me acaba de decir también que su hijo cumple condena en Ciudad Barrios, y se entusiasma cuando le digo que tomé fotos cuando visité esa cárcel para cubrir algo de la tregua” (Valencia, 2013, parr. 29, *Barrio Jorge Dimitrov*). En *Hormigas en el Centro Juventud* se usa el mismo recurso: “Su máxima aspiración real es terminar en los talleres de alguna empresa grande, Casa Pellas o Grupo Q. Ahí pagan un poquito mejor, dice”. (Valencia, 2012, parr. 26). Con este recurso el reportero se distancia un poco más del texto, ya que aunque deja claro que es a él a quien los personajes hablan, su voz no aparece de forma directa.

A su vez Valencia reproduce la forma de hablar de los personajes, aun cuando no se trate de formas gramaticales tradicionales del periodismo escrito y prefiere mantener la oralidad. En *Yo Madre* (Valencia, 2013) por ejemplo: “Quizás por lo mismo que yo he sufrido le digo a mi hija que se cuide y que elija un hombre con valores, aunque sea *fequito*” (Valencia, 2013, parr. 79, *itálicas no están en el original*). En el chat que tiene por Internet con la joven violada, Valencia respeta la puntuación de Magaly: “«Se supone que uno de ellos estaba cumpliendo años y me querían de regalo», escribió. «Se imagina más de 18 hombres con una sola mujer??????», escribió.” (Valencia, 2011, parr. 2). Este uso de la cotidianeidad acerca a los lectores a la historia y hace a los personajes más verosímiles.

Es además, una posición ideológica del periodista. Mientras que otros podrían o preferirían homogenizar las voces que encuentran en su reporte, Valencia toma la decisión consciente de incluirlos en su texto final, con lo que visibiliza otras formas discursivas que difieren del canon y no le da voz a estas personas, sino que les permite usar su forma de expresarse y “saltarse” a pocos el intermediario. En cierto modo, es como si Valencia equiparara su función de periodista con la de sus fuentes: el poder no está en quién escribe si se usan elementos como este.

Desde que se plantea una historia donde la historia personal (la niña que fue violada) tiene más peso que el acto violento o criminal en sí mismo (la violación) ya existe un interés de mostrar la voz verdadera de estas personas y su realidad inmediata.

A su vez el reproducir la oralidad permite conocer mejor a los personajes. La forma de hablar sirve para identificar de dónde viene el personaje. El hecho de que Madre diga *fequito*, nos indica que es una persona humilde, probablemente con un bajo nivel de escolaridad. De igual forma, expresiones como *culero* o *bichas* ubican al lector en un determinado espacio urbano. Son pandillas, es violencia, es la calle, y una manera de plasmar esto en el texto es reproduciendo la voz de esos espacios y sus personajes.

Para reproducir la oralidad, el cronista utiliza también el monólogo interior¹¹ en *Yo Torturado* (Valencia, 2012), al entrevistar a un médico y transcribir su respuesta

¹¹ Mephram (2003) citado en Palomo (2013) define el monólogo interior como la citación directa del discurso silencioso del personaje, en el que la conciencia es la que habla. Palomo (2013) además agrega

clínica intercalada con sus propias ideas, con una tipografía diferente. Así, Valencia comenta “mentalmente” lo que dice en las otras líneas el doctor:

Mañana calurosa en Soyapango la del jueves 8 de marzo. El doctor Manzano –
cirujano

***PUESIESQUE hace calor en el despacho de este doctor que ahorita se arranca
en caliche***

general, gabacha blanca desabotonada, lentes– trata de reconstruir en su propio
lenguaje

***médico a contarme lo de Dani. A veces hablan como si no quisieran que los
entendiéramos,***

las consecuencias de la brutal paliza que los policías dieron a Dani: ingresó
inconsciente

***como si fuera virtud usar esa terminología aséptica que disfraza la realidad. A
Dani***

en Emergencias, puntaje abajo de 12 en la Escala de Glasgow, remisión inmediata
a hospital

***dos policías lo dejaron puro monstruo, pero a saber cuántos terminarán tirados
en una***

de tercer nivel –al Rosales– por sospecha de trauma cráneo-
encefálico, tomografía axial

que “el discurso no va dirigido, ni directa ni indirectamente a nadie, sino a un alter ego, como si la persona estuviera hablando con ella misma” (p 97). Además “en el plano sintáctico son muy comunes las abreviaciones y la carencia de conectividad” (p 98). Es decir reproduce los pensamientos del personaje tal como llegan a la mente.

quebrada, para que al día siguiente los periodistas digamos que los mató la mara rival,

computerizada para evaluar posibles daños en el cerebro, cirugía menor en cuero cabelludo,

la versión oficial. En El Salvador, cualquier día te agarran y te dan una taleguiada

reconstrucción de la oreja derecha, penicilina sódica vía intravenosa, traumas contusos y

hasta bajarte el puntaje de Glasgow ese y ya: un expediente clínico más, y la

abrasiones que derivaron en un proceso inflamatorio agudo en el rostro, diclofenaco sódico

sensación –la certeza– de que habrá más danis, mientras el país siga carcomido

vía intramuscular...

por la violencia. Y SIACABUCHE. (Valencia, 2012, parr. 45, negritas y mayúsculas en el original)

En este fragmento cabe destacar dos niveles narrativos: por un lado lo que dice el médico y por otro sus pensamientos. No hay diálogo oral entre los personajes sino que el pensamiento ocurre mientras el otro habla. El recurso en el contexto de la historia se convierte en una forma de desafiar y deslegitimar a la autoridad. De nada sirve contar la violencia en términos médicos porque el resultado de la golpiza policial no es un trauma cráneo encefálico sino que se traduce en que los policías dejaron a Dani “puro monstruo” (parr. 45).

Por su parte, en *Yo violada* (Valencia, 2011) y *Yo torturado* (Valencia, 2012) esto se hace sin uso de citas directas. Por ejemplo, en *Yo torturado* (Valencia, 2012) se hace a través de pensamientos del protagonista mientras lo están golpeando y de citas indirectas.

“Le apartan los brazos, las manos. Quieren desfigurarlo. *Aquí muero*. Lo golpean. Lo golpean. Lo golpean. Los nudillos ensangrentados. La tortura. Aquí te vas a morir, culero. ¡Ayuda!, grita Dani. O cree que grita. ¡Callate, culero!” (Valencia, 2012, parr. 32, cursivas en el original).

Si bien Dani está en la escena, porque es a quien están agrediendo físicamente, el monólogo interior hace presente su voz interna, lo que piensa. La frase “aquí muero” deja claro el sentimiento del personaje, su vivencia y fragilidad en el momento de la agresión. Esto sirve para acercar al lector al protagonista y despertar sentimientos de empatía con la víctima y repudio ante la situación de violencia.

Los diálogos, los monólogos interiores y las escenas permiten experimentar el punto de vista de los personajes. En *Yo violada* (Valencia, 2011), esto es bastante claro ya que el personaje es Magaly López, la joven violada, y su punto de vista se cuenta principalmente de manera testimonial: el periodista interactúa en el texto con Magaly (como si él fuera otro personaje). Esto permite que el lector sienta que descubre el personaje al mismo tiempo que el periodista, por ejemplo en el bloque en que Valencia le pregunta a Magaly que interprete por qué fue violada.

En este tipo de conversaciones se enmarca la violencia dentro de lo cotidiano. La naturalidad con la que habla Magaly de un tema tan fuerte como la violación, hace del testimonio una descripción muy potente del contexto, de la vulnerabilidad de las víctimas y de lo arraigada que está la violencia en dicho sector social.

Aparte de las voces de los protagonistas, la otra voz relevante en las crónicas periodísticas es la voz del propio reportero, que asume diferentes estilos narrativos para contar su relato. Como se ha observado en diferentes fragmentos presentados Valencia utiliza cuatro tipos de narradores que aparecen en diferentes momentos. La narración en primera persona, la narración en tercera persona, el narrador omnisciente neutral y el narrador omnisciente editorial.

La primera persona es muy clara en el trabajo de Roberto Valencia, especialmente en las crónicas *Yo Madre* (2013) y *Yo Violada* (2011), con el uso del pronombre yo y conjugaciones del verbo en primera persona. En *Yo torturado* (2012) es menos clara la primera persona, con solo una docena de menciones y, de ellas, solo una fue del

pronombre yo. Este tipo de narrador se usa especialmente en los encuentros con Madre y para llevar al lector a conocer al mundo de Magaly.

Esto se observa en frases como “Madre me acaba de decir” (Valencia, 2013, parr. 29), “entré no como periodista, sino como esposo de mi esposa” (Valencia, 2013, parr. 222). También en *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) se utiliza, como por ejemplo: “Las instrucciones que ayer me dio por teléfono José Daniel Hernández sonaron tan sencillas” (Valencia, 2011, parr. 4).

En dicho texto también aparece el narrador en tercera persona:

Al fondo de la Olla de la Soya hay unos rudimentarios servicios sanitarios. Sobre la pared externa, como si fueran las tablas de Moisés, están pintados blanco sobre azul los nombres del primer grupo de 24 jóvenes graduados en el proyecto Jóvenes Constructores. Casi al final de la primera columna, entre Marianela y Meylin, se lee Nilson Dávila L. (parr. 78)

No obstante, muchas las conversaciones con los personajes de las diferentes crónicas luego las cuenta a través de un narrador omnisciente neutral:

Gustavo nació por cesárea un miércoles de abril de 1988 en el Hospital de Maternidad, donde nacían y nacen los pobres. Nació amarillento y lo retuvieron tres días. Madre recibió el alta antes, pero el tajo suturado de su bajo vientre se le infectó a la semana y regresó de urgencia al hospital como quien llega a pedir un favor. (Valencia, 2013, parr. 41).

En *Yo Torturado* es más distanciado el tratamiento de la primera persona (se usa solo 15 veces en el texto y solo 1 es el pronombre “yo”).

El omnisciente editorial¹² se deja ver en pocos segmentos del texto, en los que el narrador explica la situación expresando su opinión de forma explícita:

¹² Chillón (2009) lo define como el tipo de narrador que expresa en voz alta las opiniones de sus personajes.

Más de uno repitió, porque tiempo hubo para humillar un cuerpo hasta la saciedad, sodomizarlo vejarlo ultrajarlo malograrlo envejecerlo, marcarlo de por vida, y el hilito de sangre que no cesaba, y las lágrimas y los ojos rojos siempre acuosos hinchados resignados... hasta que al fin terminó, cuando todos, donde todos incluye a pandilleros y a aspirantes, se cansaron de penetrarla, de darle nalgadas, de montarla, y su dios, el dios al que le reza cada noche con sus hermanos, a saber dónde putas estaba ese día. (Valencia, 2011, parr. 31, *Yo violada*)

Finalmente, *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) es la única crónica que hace uso de intertextos¹³ en diversas partes del relato, por ejemplo al mencionar y citar al escritor nicaragüense Sergio Ramírez:

El escritor Sergio Ramírez, uno de los referentes de la literatura nicaragüense, describe periódicamente Managua, y lo hace sobre un mismo texto base escrito hace una década titulado “Managua, Nicaragua is a beautiful town”, al que le suma o le resta metáforas y datos. (...) dice Ramírez en la versión de junio de 2010, «un campamento de un millón y medio de habitantes, un cuarto de la población total del país. Las casas, construidas en serie, como cajas de cerillos, cerradas con barrotes, como cárceles o como jaulas, porque los que tienen poco, en la colonia Independencia, o en la colonia Centroamérica, se defienden de los más pobres, que viven en barrios como el Jorge Dimitrov, bautizado así en tiempos de la Revolución». De los que viven en lugares como el Dimitrov, dice Ramírez, hay que defenderse. (Valencia, 2011, parr. 21-22)

¹³ Se entenderá por intertexto aquellos fragmentos que apelen, hagan referencia o citen directamente a otros textos o autores.

Este tipo de fragmentos funcionan para enmarcar la historia en un marco más amplio que su contexto inmediato. Del Barrio Jorge Dimitrov, no solo habla Valencia, sino que un escritor reconocido en Nicaragua también habla sobre él.

En resumen, Valencia incorpora herramientas y recursos que tradicionalmente se relacionan mucho más con la ficción que con el periodismo. Por ejemplo, el uso de descripciones detalladas, las complejas enumeraciones, la inclusión de figuras literarias como símiles y anáforas y la alteración cronológica son recursos literarios que el periodismo convencional no utiliza normalmente. La descripción que hace el periodista en sus textos es muchísimo más rica que en periodismo informativo.

El manejo de las voces de las fuentes es también literario, en ocasiones. Esto se observa a través de los diversos recursos que utiliza para que sus personajes hablen: monólogo interior, lenguaje coloquial, testimonios, diálogo. Por ejemplo, los grandes bloques de interlocución que incorpora Valencia dejan más clara la voz real de los personajes y el periodista no tiene temor de incorporar léxico propio de sus fuentes. Además, el monólogo interior y la primera persona son recursos literarios que existen en varios de los textos de Valencia. En esto, el registro de la forma de hablar de los personajes que hace el periodista permite al lector hacerse una idea más clara de cómo son las personas sobre las que está leyendo.

En todas las crónicas analizadas, sin excepción, Valencia incorpora escenas –un elemento narrativo fortísimo e incluido como una subcategoría en el instrumento aplicado– que se encadenan unas con otras para dotar de un arco narrativo al texto en general.

Además, los narradores que se utilizan son narradores literarios, como la primera persona o el narrador omnisciente editorial, que conocen y muestran más que lo que mostraría un narrador en tercera persona. Valencia muestra su versatilidad al intercalar estos narradores a lo largo de los textos.

No obstante, a pesar de utilizar elementos propios de la literatura, Valencia se muestra en ocasiones tímido a incorporar fragmentos más literarios en su historia. Si bien los textos no son rígidos, porque incorpora elementos sorpresivos y literarios (figuras literarias, narradores, diálogo, escenas) en la redacción, estos no son la norma y

se dosifican a lo largo del texto. En el apartado comparativo esto se contrastará con los otros periodistas.

Sin embargo, hay que dejar claro que las crónicas sí cumplen con las características de un texto de periodismo narrativo, aunque de forma sutil. Es decir, en los textos de Valencia pesa un fuerte contenido informativo, redactado de una forma no tradicional para el periodismo, pero no siempre novedosa para la literatura; son textos en los que prima la información sobre la estética. En su mayoría los elementos literarios se convierten en afirmaciones subjetivas bien redactadas, que se detallarán en el siguiente apartado.

Recursos de voz de autor utilizados en las crónicas de Roberto Valencia

La firma bajo el título de cualquier crónica, si bien indica quién es el autor del texto, no es garantía que éste deje escapar su voz entre las frases que escribe. De hecho, usualmente el periodismo reprime esa voz. Sin embargo, en las crónicas analizadas de Valencia, la subjetividad logra colarse en la historia.

Uno de los aspectos claves de los textos de Valencia es que el periodista logra un grado de profundidad en su relación con las fuentes, que difícilmente se observa en textos periodísticos. Chillón (2009) menciona al respecto:

En rigor la omniscencia editorial es inaplicable al reportaje, por la sencilla razón de que el periodista no puede tener un verdadero acceso a los pensamientos y sentimientos de los personajes. Con todo y eso, algunos nuevos periodistas suplían esta inevitable limitación mediante un esmerado trabajo de investigación: para ellos era viable conocerlo todo, incluso la vida psíquica de los personajes, a través de entrevistas exhaustivas y de un minucioso cotejo de los testimonios orales y escritos a su alcance. (p. 269)

Esta relación con las fuentes se observa, por ejemplo, en *Yo Violada* (2011), donde Valencia asegura “En los últimos meses he quedado tantas veces con Magaly que me he propuesto que el de hoy sea el último encuentro. Sé más de ella que de mi propia hermana” (parr. 55), y en *Yo Madre* (2013) dice “Han pasado 236 días desde mi primer

encuentro con Madre; 236 desde que le planteé que me gustaría conocer su casa, su colonia” (parr. 121).

Este grado de inmersión se vuelve un elemento valioso que legitima que Valencia deje escapar su subjetividad y opiniones sobre lo que cuenta. El conocimiento que puede adquirirse sobre un tema en un día será inferior al que pueda procurarse en un mes. El tiempo que invierte el periodista con la fuente ofrece esa legitimidad por especialización, sin que se convierta en un experto. Cuando un periodista llega a conocer más de un entrevistado que de un miembro de su propio círculo familiar –y además se lo hace saber a su audiencia- la aseveración se convierte en un guiño, en el símbolo de la garantía de calidad de información que hace el periodista. Valencia pasó un año con Magaly y siete meses con Madre, por lo que sus opiniones no son ociosas: son las de una persona que por muchas jornadas ha compartido ideas y angustias con ellas.

Para expresar la voz de autor el indicador que usa con mayor frecuencia es la primera persona, ya que el reportero deja muy clara su presencia en la conversación con Madre, a través del pronombre yo y conjugaciones en primera persona, como se mostró en el apartado anterior. Esto también se hace en otros textos como *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011): “Las instrucciones que ayer me dio por teléfono José Daniel Hernández sonaron tan sencillas” (parr. 4).

En partes del texto *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) el periodista hace afirmaciones valorativas que demuestran su involucramiento en el tema. Por ejemplo, “Se llevan diez años pero es evidente la complicidad cuando están juntas” (parr. 12), “Se busca que esto sea el germen para reducir la violencia en el Dimitrov, una idea suena demasiado ambiciosa, ingenua, utópica” (parr. 104).

También Valencia deja ver su posición emocional hacia las personas o eventos que observa, de un modo explícito que no sería posible en periodismo informativo. Por ejemplo, en *Hormigas en el Centro Juventud* (2012), escribe que: "Traña está hablando de pandilleros, algunos incluso ya modelaron o tienen tatuajes o marcas de balazos en sus cuerpos. Su preocupación suena tan sincera que conmueve. Por un momento, casi ni parece Centroamérica esto." (parr. 100)

Los juicios de valor los incorpora haciendo uso de oraciones dubitativas, expresiones de duda o sugerencia, que sirven para reforzar esa inmersión en la situación que está narrando. Por ejemplo en *Yo madre* (Valencia, 2013): “Pudo haber sido distinto, pero no” (parr. 156) y “Quizá no de Dios, pero en El Salvador sí es un castigo ser madre de un pandillero” (parr. 100).

Además, Valencia hace uso de estructuras y formas gramaticales específicas. Por ejemplo, las preguntas retóricas para expresar opiniones:

Madre es madre de un pandillero, de un asesino. Pero uno desde afuera no puede evitar las conjeturas: ¿y si el padre de Gustavo se hubiera hecho cargo? ¿Y si no hubiera tenido que dejar los estudios porque Madre no podía pagar las cuotas? ¿Y si la salvadoreña no fuera una sociedad tan consumista? ¿Y si la iglesia que paga a Madre menos de un dólar la hora de limpieza le pagara cinco dólares? ¿Y si la Policía tuviera un papel más activo en las comunidades y no se limitara a hacer redadas? (Valencia, 2013, parr. 157, *Yo Madre*).

Las Torres o el reparto Schick, pero es el barrio con nombre de vodka barato, el Dimitrov, el que siempre aparece en todas las respuestas. ¿Un estigma generalizado entre quienes nunca han puesto un pie aquí? (Valencia, 2011, parr. 2, *Barrio Jorge Dimitrov*)

Con la preguntas, Valencia deja claro que no es un observador pasivo de la situación, sino que la interpreta y cuestiona.

La ironía y el humor son otros de los elementos que Valencia incorpora. En *Yo Violada* (Valencia, 2011) y *Yo Torturado* (Valencia, 2012) incluye pequeñas cargas a ciertas frases. Por ejemplo, al referirse a la religiosidad de Magaly –la joven violada– Valencia dice “y, su dios, el dios al que le reza cada noche con sus hermanos, a saber dónde putas estaba ese día” (Valencia, 2011, parr. 32). O en *Hormigas en el Centro Juventud*, al sugerir una comparación entre El Salvador y Nicaragua, Valencia dice que:

Si el tema no fuera tan serio, hoy resultarían cómicas declaraciones como las que el expresidente Paco Flores pronunciaba altanero en noviembre de 2003. “Vamos a dejar El Salvador libres de maras”, decía. “Nuestro objetivo es dejar todas las colonias y municipios libres de estos criminales”, decía también. (Valencia, 2012, parr. 16)

Así, queda retratada la impotencia de los personajes, su incapacidad de salir de una situación de violencia. El humor y la ironía puestos en un contexto de pobreza y falta de oportunidades sirven a su vez de crítica a un sistema que ha dado la espalda a este sector de la población. Es una ironía que el gobierno diga que va a eliminar las maras, es una ironía que Dios permita que violen a una creyente.

Esto también se usa en *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) en varios apartados: “Los nombres de las pandillas presentes en el barrio parecen la lista de equipos de una liga amateur de fútbol: Los Galanes, Los Parqueños, Los Pegajosos, Los Gárgolas, Los Punteros, Los del Andén 14, Los Diablitos...” (parr. 24), “Ni Cristo se libra de los asaltos en las inmediaciones de esa rotonda, la rotonda de Santo Domingo, donde empieza y termina el barrio Jorge Dimitrov.” (parr. 1), o:

Ni siquiera este bolsón de pobreza evitó que en pocas cuadras a la redonda se construyeran el centro comercial Metrocentro, la nueva catedral, el Consejo Supremo Electoral, el hotel Real Intercontinental y hasta las oficinas centrales de la Policía Nacional. Aminta Granera, la primer comisionada, la mujer paradigma del buen hacer en materia de seguridad, tiene su despacho a unos pasos del barrio bravo de la ciudad. (parr. 37)

Sin embargo, al periodista no le basta plasmar su opinión de forma indirecta por medio de preguntas o ironías, sino que hace afirmaciones categóricas y subjetivas, como “El Salvador es un país que ha naturalizado las violaciones de los derechos humanos, que las ha institucionalizado. Un Estado que mete el dedo en el culo a sus madres” (Valencia, 2013, parr. 143). O “Dani no es pandillero. Para nada” (Valencia, 2012, parr. 12, *Yo*

torturado). Así, Valencia opina, asegura y no duda en interpretar con sus propias palabras la situación que observa.

Este alejamiento de quedarse solo con la observación y reproducir lo que responden los personajes, como se hace en el periodismo informativo, dota de voz única a los textos de Valencia. No es el hecho el que habla por sí solo, sino que quien narra es parte de ese hecho y tiene algo que decir sobre él. Valencia estuvo ahí, físicamente y a través de las conversaciones con los personajes. El estar ahí le otorga la posibilidad de hablar también, y así, a través de su voz, reinterpretar la situación.

No obstante, en ocasiones el periodista es consciente de su rol externo y que su intervención y comprensión del fenómeno es limitado, a pesar de que sumerja en el mundo del tema. Esto se muestra en frases como “Las respuestas se me amontonan, quizá porque resulta sencillo cuando uno desconoce qué implica vivir bajo el yugo de estas pandillas” (Valencia, 2011, parr. 23, *Barrio Jorge Dimitrov*). O en *Hormigas en el Centro Juventud* (2012) Valencia dice que “Pasé tres días en el Centro Juventud y otros tres en Managua, y mi cuaderno quedó salpicado de ideas que en algún momento creí urgente anotar. Son esos detalles que lo delatan a uno como lo que es: un intruso”. (Valencia, 2012, parr. 40)

Esta subjetividad que muestran las subcategorías de voz de autor en las crónicas de Valencia tiene sus bemoles. El hecho de ser periodista y de que el periodista siempre será intruso se constituye una barrera para la inmersión total en fenómenos como los que narra (violación, represión policial, pandillas, barrios conflictivos). No obstante, este obstáculo no parece afectar el resultado final del texto, ya que sí logra una inmersión importante con sus protagonistas, al menos.

Otra de las formas en las que Valencia deja su huella, según mostró la aplicación del instrumento, es a través de signos de puntuación usados de manera no convencional, para impregnar al texto de un estilo propio y crear juegos de palabras. Por ejemplo, en *Yo Madre* (Valencia, 2013) usa “lapobreza” en lugar de “la pobreza”; en *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) usa guiones en lugar de espacios para separar las palabras, “Llevan turisteando desde el domingo por Managua, en una modalidad que bien podría etiquetarse como Conoce-el-infierno-para-luego-no-quejarte-tanto” (parr. 57).

En *Yo Violada* decide omitir las comas en una enumeración a mitad de la escena en que violan a la joven:

(...) y Magaly lloró, con la cabeza volteada hasta casi desencajarla del cuello para intentar evitar los besos y las lengüetadas, y quizá pensó en la hora eterna y maldita que tenía por delante, una hora de dolor rabia sangre impotencia saliva asco tortura vergas resignación, resignación infinita ante lo que se asume como inevitable, (...) (Valencia, 2011, parr. 29)

En el primer caso, lapobreza se transforma en una palabra específica para hablar de la situación de carencia que viven los personajes del texto. Esta transformación convierte lo que cuenta en un fenómeno único, característico. No es cualquier pobreza, es una en particular y por lo tanto tiene que dotarla de nombre: lapobreza.

Por su parte, con el uso de los guiones en lugar de espacios, Valencia impregna ritmo y obliga a pronunciar la frase como una sola. En el ejemplo de *Yo violada*, la ausencia de comas dota de realismo a la violación, un acto en el que no hubo pausas, en el que todo pasó rápido. También otorga un ritmo particular, que busca reproducir con velocidad lo que pasó por la mente de Magaly en el momento de la agresión. Así, estas alteraciones de los signos de puntuación, son reinterpretaciones que quien escribe se permite hacer de los hechos.

Los recursos de voz de autor que utiliza Valencia en sus textos, hacen que estos se diferencien de textos informativos por las libertades estilísticas que toma. La relación entre el reportero y el texto no es jerárquica, ya que el cronista no se rinde a las exigencias formales de objetividad periodística ni impone únicamente su opinión. Así la relación se vuelve horizontal, quien escribe es parte del hecho que cuenta y este se cuenta a través de una voz característica; los personajes hablan y el periodista también.

La clave de Valencia es la inmersión y relación de cercanía que logra con sus personajes. Este acercamiento legitima que el periodista sea subjetivo y de sus propias opiniones. Además, esto lo hace sin comprometer la legibilidad y claridad del texto.

Los juicios de valor que realiza haciendo uso de oraciones dubitativas, expresiones de obligación y posibilidad y algunas afirmaciones categóricas hacen del

texto un reflejo del periodista: en algunos temas está dudoso y en otros está totalmente seguro.

Finalmente, el uso no convencional que hace en ciertas ocasiones de las normas de gramática y de puntuación responde a necesidades informativas o de fondo, para reproducir con mayor realismo los hechos, pero no le restan al texto legibilidad ni hacen confusa su lectura. El humor y la ironía que le inyecta en ciertos párrafos permiten comprender que la persona que escribe el texto tiene una voz y una opinión sobre los hechos que reporta. En vez del periodista que se limita a transmitir lo que pasa, Valencia se permite interactuar más activamente con la información.

Recursos periodísticos, literarios y voz de autor en cinco crónicas de Alejandro Almazán

Introducción a las crónicas analizadas de Alejandro Almazán

Dar voz a los testigos, tanto protagonistas como víctimas, de la violencia producto del narcotráfico en México, es el punto de partida de Alejandro Almazán en las crónicas analizadas. Sicarias, niños prostituidos, habitantes de una ciudad que convive a diario con los muertos, la violencia cotidiana en el México rural y reporteros de ese fenómeno son los personajes que hablan en sus textos.

Las cinco crónicas se enmarcan en un contexto en el que la naturalización de una violencia que hace rebasar las estadísticas, es parte del diario vivir.

Chicas Kaláshnikov (2011) es una inmersión al mundo de tres sicarias en Ciudad Juárez que trabajan para el narco. Almazán conversa con Yarezi, Marta y La Güera, con el fin de comprender su mundo, cómo llegaron ahí y trata de descifrar por qué optaron por ganarse la vida detrás del gatillo.

Acapulco Golden (2013) y *Los Acapulco Kids* (2008) retratan dos caras de la ciudad de Acapulco que contrastan con la versión anunciada en revistas de Acapulco como uno de los principales polos turísticos de México. En *Acapulco Golden* (2013) el autor deja muy claro las divisiones de la ciudad:

...hay dos Acapulcos: uno es el de los bikinis deslumbrantes, el que presume a sus clavadistas en las guías turísticas, el que sedujo a Johnny Weissmüller y a Tin Tan, el que tiene leyes, autoridades y cuenta con tres millones de habitantes que tratan de salir adelante; en el otro Acapulco, desde 2005, no ha parado la guerra. (2013, parr. 3)

Así en *Acapulco Golden* (Valencia, 2013), se retrata ese Acapulco en guerra, en el que los muertos son parte del diario vivir. A partir de testimonios de sus habitantes (un fotógrafo de sucesos, el alcalde, un sacerdote, el director de la procuraduría, un educador...) Almazán describe ese rostro de la ciudad.

Por su parte, *Los Acapulco Kids* (2008) es una crónica sobre la prostitución infantil en la ciudad turística. El periodista entrevista a niños que se prostituyen, a proxenetas, a

extranjeros pedófilos que vienen a alimentar el negocio y a autoridades que tratan de ayudar a los menores de edad o que son cómplices de la situación.

Carta desde Durango (2011) es una inmersión de Almazán en el complicado mundo de Durango, donde el reportero recopila sórdidas historias sobre la violencia en el Estado. Más que un solo relato, la crónica es un recopilatorio de casos, un collage de las peores muestras de brutalidad humana.

La quinta crónica, *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008), utiliza un formato similar, con varias historias que se suceden y van relatando escenas cotidianas de violencia en Michoacán. Más que seguir un solo caso, Almazán se vale de la multiplicidad de escenarios y personajes para relatar un fenómeno universal en este estado mexicano.

En los apartados siguientes se detallan cuáles son los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor presentes en dichas crónicas de Almazán.

Recursos periodísticos utilizados en las crónicas de Alejandro Almazán

La violencia es noticia, pero también es un complejo fenómeno (cuyo análisis escapa al alcance de esta investigación) y, como tal, es necesario reportarla desde una mirada más general, que trascienda la nota roja diaria y los recuentos estadísticos de los forenses. El trabajo de Almazán se construye desde esta mirada: él es el reportero que busca comprender la lógica detrás de los fenómenos de violencia en México, al tiempo que los narra de modo que capture a sus lectores.

A pesar de los ejercicios estéticos de Almazán, el mexicano tiene una rigurosa aplicación de los principios periodísticos: tanto el uso variado de fuentes, como la incorporación de datos duros y los elementos de interés periodístico están presentes en sus textos.

Las crónicas de Almazán poseen los seis elementos de interés periodístico de actualidad, magnitud, rareza, proximidad, conflicto e interés público explicados en la operacionalización de las variables (lo mismo aplica para otros conceptos en este apartado). En estas no se habla de sucesos aislados; la noticia no es sobre la existencia de una ciudad violenta o sobre la presencia del narcotráfico en México. Los textos se

refieren a un fenómeno actual que se ha magnificado a toda la sociedad mexicana y que ha calado tan fuertemente en ciertas esferas que hacen de la vivencia cotidiana un suceso por sí misma.

“Cada día, desde diciembre de 2006, siete personas son asesinadas; tres o cuatro de ellas, según el humor de los narcos, ocurren en Ciudad Juárez” (Almazán, 2011, parr. 55), dice en *Chicas Kalashnikov*, ejemplificando la aplicación de los valores tradicionales periodísticos al tiempo que se permite libertades, como la ironía, que están ausentes en la narrativa tradicional sobre violencia.

La actualidad queda reflejada cuando el autor se refiere a los sucesos que narra en presente, por ejemplo cuando dice “esta guerra” (2013). “Es una guerra, (...), que en 2012 mató a poco más de 7.5 personas por día. En los cien días que lleva este año, la gente sigue siendo asesinada como si fueran zancudos: van poco más de cuatrocientos muertos” (Almazán, 2013, parr. 3, Acapulco Golden).

“Del 15-S a la hora del cierre de esta edición, las hipótesis sobre quiénes fueron los responsables han sido incalculables. Aquí tres de ellas” (Almazán, 2008, parr. 14, *En Michoacán la violencia viene de lejos*). Este ejemplo permite identificar otro paralelismo entre Almazán y reporteros que publican en otros medios escritos: el cierre de edición. Es fácil olvidar que la nueva crónica latinoamericana sobre violencia batalla con límites de tiempo y espacio, pero al menos en este caso, Almazán lo deja explícito. Villoro asegura que una “crónica bien lograda es literatura bajo presión” (en Jaramillo, 2012).

En *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) la narración de hechos noticiosos queda aún más clara, ya que escribe sobre eventos relacionados con las redes de prostitución infantil en Acapulco:

En abril de 2003, las autoridades arrestaron a 18 pedófilos, 12 de ellos extranjeros, y rescataron a 10 niños. (...) A los otros, la PFP los presentó como parte de una banda que operaba en Europa, Estados Unidos, Canadá y México, además de vincularlos con dos artistas de la pedofilia. (parr. 93-94)

Los hechos sobre los que habla Almazán son casos en los que se magnifica la violencia. No son unos cuantos niños los que se prostituyen en Acapulco, son dos mil

(2008, parr. 40, Los Acapulco Kids). Dicha magnificación va unida con la rareza del fenómeno, ya que la violencia es tal que se vuelve hiperbólica:

Tanto cadáver regado en las calles, pues, orilló a que este Semefo cuente ahora con tres refrigeradores para guardar quince muertos en cada uno (antes tenían uno y era muy pequeño). Ocasiónó, también, que hoy se trabaje sobre siete planchas en vez de tres, que hayan puesto ventilación y que tenga recursos para contratar a antropólogos, porque por estos rumbos no hay semana que no encuentren osamentas. (Almazán, 2013, parr. 31, *Acapulco Golden*)

Los hechos resultan en ocasiones incomprensibles para el periodista que los ve y escucha, lo cual evidencia que se trata de situaciones raras. En Ciudad Juárez, Acapulco, Chihuahua, el concepto de normalidad rompe con los cánones tradicionales. Por ejemplo, en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011):

Tuve que acostarme con él todo un pinche mes”, reprochó, y después contó que al tipo lo descuartizaron y que a dos de sus escoltas los quemaron. “A éstos, luego que los levantaron, les echaron gasolina y los prendieron vivos”.

Debo confesar que todavía sigo sin entender qué parte de este crimen llevó a la Güera a sonreír. (parr. 18-19)

Otra forma en la que se evidencia la rareza de la situación que cuenta, es a través de una descripción de los personajes sin revelar la información clave hasta el final:

Pero ya en el tren de confesiones, presumió que su mejor experiencia fue con una pareja de cubanos, hace un año: mientras él recorrió el cuerpo de la mujer, el hombre lo grabó. Le dieron 100 dólares y con eso se fue a nadar al parque de diversiones Cici, comió en una taquería del centro, se compró dos camisetas y lo demás se lo inhaló. Dejó en claro que no era homosexual: “Yo nomás doy y tengo novia”, remarcó con la pose del Valiente de la lotería.

—¿Y usas preservativos? ¿Te cuidas?

—No me quedan.

Se fue hundiendo sus pies en la arena. No lo he mencionado, pero Samy tiene nueve años (Almazán, 2008, parr. 82-86, *Los Acapulco Kids*)

Es decir, queda claro que la prostitución infantil se sale de la cotidianeidad y resulta una actividad inimaginable para ser realizada por un niño de nueve años.

Las historias poseen proximidad no solo al referirse a hechos que ocurren en México, sino que menciona a personajes como el Chapo Guzmán, Los Zetas, el Cartel de Sinaloa que son personas u organizaciones criminales noticiosas y conocidas. En *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) también se hace referencia a música popular¹⁴ lo cual acerca el relato al lector. “Mía bailaba en el tubo como una boa adormecida mientras de la rocola salía la voz de Noelia con eso de «tú, mi locura, tú, me atas a tu cuerpo, no me dejas ir»” (Almazán, 2008, parr. 13).

El conflicto va más allá de la inmersión en ambientes convulsos: el mundo de las sicarias, la prostitución infantil, o una ciudad en la que llueve sangre. Éste se refleja en la incomprensión de los hechos por parte del periodista, ya que deja claro en varias ocasiones, cómo las situaciones con las que se encuentra lo desconciertan de alguna manera; por ejemplo, en un encuentro con un pedófilo: “Para ser honestos, no supe si hablar más o propinarle ahí mismo un puñetazo” (Almazán, 2008, parr. 32, *Los Acapulco Kids*).

A su vez, el conflicto muestra las divisiones más profundas de la sociedad mexicana, de las cuales la violencia que narra Almazán es un síntoma. El cronista pone cierta distancia de la lucha diaria y expone su “drama”, tal como define Mencher (1986) el conflicto en periodismo. Por ejemplo, en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008) muestra una escena de violencia cotidiana, pero que revela un conflicto de corrupción y desconfianza más profundo:

La historia arranca el 1 de mayo de 2007 en Carácuaro. El alcalde Ismael Garduño Ortega recibió el aviso: “te vamos a matar”. ¿Confiaría en sus policías?

¹⁴ Se menciona a la cantante puertorriqueña Noelia, el grupo irlandés U2 y los grupos mexicanos Belanova y Los Caifanes.

No, estaban infiltrados. No había más: había que hablarle al ejército. Y allá fue un convoy: el coronel de infantería Antioco Hernández Morales, el sargento segundo Humberto Ruiz Hernández, el cabo Armando Valentín Aguilar, el conductor Israel Téllez Villanueva y el escribiente Júpiter Francisco Carrillo Cornejo. Frente al ayuntamiento, a eso de las 10 de la noche, un comando los acribilló. La agresión fue respondida con la toma del pueblo y más de 30 detenciones, entre policías, prostitutas y malandrines. El problema fue que para dar con los responsables, los militares mostraron que ellos, también, eran violentos”. (Almazán, 2010, parr. 80-82).

El interés público en el caso de *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) es claro porque se habla de prostitución infantil, un fenómeno altamente noticioso ya que se trata de una actividad ilícita en la que se violentan derechos de menores de edad. A esto se suma que la noticia adquiere poder de denuncia, ya que Almazán evidencia que las mismas autoridades policiales son cómplices:

Entonces ahí sí me detuvo la policía. Bajé del auto y, entre murmullos, les tuve que decir que era reportero y que la niña era parte de la historia. Uno de ellos, el de mandíbulas potentes, le echó la luz a Allison y ella sonrió de tal manera que en ese momento hubiese podido venderle cocaína a cualquier cártel. “Pues si ya le pagaste, cógetela”, dijo el oficial y yo quise romperle la cara. “Sale, te vamos a dar el servicio”, dijo el otro con su diente de oro como Pedro Navajas (2008, parr. 156)

El sello de Almazán para contar sus historias son las voces de los protagonistas. Lejos de privilegiar las cifras estadísticas o informes oficiales, el periodista prefiere dar voz a los protagonistas y víctimas de los hechos. En una época donde en el periodismo prima las versiones de autoridades y los datos fuera de contexto, Almazán visibiliza los testimonios de quienes están en primera línea ante la violencia.

Lejos de contradecirse, los diferentes testimonios en la historia refuerzan el relato y dan diferentes aristas de un mismo fenómeno. Por ejemplo, en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) su enfoque es narrar la violencia a partir de quiénes la cometen (tres sicarias); en este mismo sentido en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) conversa, haciéndose pasar como cliente de la prostitución infantil, con los autores de la violencia: varios proxenetas y con un estadounidense que viaja a Acapulco a acostarse con menores de edad. No obstante en este texto y en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) los testimonios también provienen de las víctimas, en el primer caso de los niños que se prostituyen y en el segundo, de habitantes de Acapulco que conviven con la violencia del narcotráfico a diario.

En el estilo collage de *Carta desde Durango* (2011) y *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008) habló con víctimas de secuestros o explosiones, peritos forenses que analizan pilas de cadáveres o redactores que llevan años viendo los números rojos multiplicarse.

Si bien los testimonios son un recurso valioso, es difícil corroborar las versiones, principalmente por una limitación en el acceso a las fuentes. Por ejemplo, en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011), luego de explicar cómo los militares apresaron a Marta, una sicaria, el autor dice: “Como nadie me corroboró la historia, no tuve más remedio que creerle” (parr. 68).

Al narrar los hechos desde varios ángulos, el punto central de la historia adquiere fuerza: no es una sicaria la que cuenta su historia, son tres. Almazán se esfuerza en darle protagonismo a estas vivencias.

En *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) sí hay un contraste de fuentes, aunque de manera particular. Por un lado están quienes condenan la prostitución infantil y tratan de ayudar a los menores como es el caso de Rosa Muller, una alemana a cargo de una ONG para sacar a los niños de la calle; mientras que también se encuentran los proxenetas o clientes que presentan la otra visión de la situación.

En *Michoacán la violencia viene de lejos* (2008), el reportero conversa con una persona que considera que tal vez los carteles son la solución para el problema. Almazán conversó con “un profesor que hace algunas semanas pidió su cambio”, quien le dijo que:

El don fue a buscar a los de la Línea, porque allá en El Salto están todos los

cárteles, y les pidió ayuda. Los de la Línea buscaron a esos morros y los desaparecieron. Quién sabe dónde los tiraron. Yo por eso, a veces, pienso que la única manera de poner fin a tanta salvajada es dejar que los narcos nos gobiernen (Almazán, 2011, parr. 44).

Un rasgo notable en las crónicas analizadas de Almazán es la ausencia de fuentes de expertos. Si bien en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) se hace referencia a la Unicef, “es por ello que Unicef califica ya a Acapulco como la ciudad mexicana número uno en lo que a prostitución infantil se refiere. Ha desbancado a Cancún y a Tijuana” (parr. 10), esto es solamente una referencia a un dato oficial. Es decir, aparte de conversar con Rosa Muller, no se entrevista con algún experto o académico que opine sobre los eventos que narra, sino que se privilegian los testimonios de quienes viven los hechos.

Las cifras estadísticas aparecen de forma sutil pero sirven para reforzar la gravedad de la situación. Aunque no son citadas en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008) o en *Carta desde Durango* (2011), su presencia está, aunque sin la potencia que les da el periodismo informativo, en los otros textos analizados. Al hablar del estado de Chihuahua, se menciona: “La Güera ha puesto su gotita de sangre para que 29% de las ejecuciones en México sucedan en este estado” (Almazán, 2011, parr. 14, Chicas Kalashnikov).

O en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013),

A veces, incluso, hasta parecen no agobiarle los números rojos con que recibió el ayuntamiento: la deuda pública de poco más de ochocientos millones de pesos y el segundo lugar de la ciudad más violenta en el mundo, sólo detrás de San Pedro Sula, Honduras. (parr. 44)

Sin embargo, el periodista reconoce que las cifras, si bien dan una idea sobre la situación, no son del todo confiables, producto de una denuncia deficiente y la incapacidad de las autoridades gubernamentales mexicanas de llevar un registro adecuado sobre los niveles de violencia. Así lo hace ver en *Acapulco Golden*:

yo pienso en los números que la procuraduría del estado tiene del río revuelto de 2012: más de quince mil robos, setenta y cinco secuestros y trescientos cincuenta violaciones. Pero también sé que los números son resbalosos, porque acá la gente no habla y cierra los ojos. (Almazán, 2013, parr. 13)

De las crónicas analizadas solamente en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) se cita algún tipo de documento oficial. Para dar verosimilitud al relato y evidenciar que lo que narra es cierto, Almazán reproduce anuncios de periódico donde se ofrecen servicios de prostitución.

Agenda Amarilla del Novedades, El diario de la familia guerrerense. Viernes 21 de noviembre. Dos anuncios:

¡Chavita de secundaria! Tiernita, Bebida hermosa y sexy. ¿Qué esperas?

Chiquilla bonita. Soy estudiante de secundaria. Delgadita. Bustona. Llámame.

(parr. 41-42)

Por su parte, *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008) es todavía más indirecto con el uso de los documentos y dice que “En esos días la Comisión Nacional de Derechos Humanos filtró los testimonios de cuatro menores de edad que trabajaban en un bar donde Los Zetas solían emborracharse” (Almazán, 2011, parr. 83), para luego narrar parte de las anécdotas de las menores de edad que aparecen en el documento.

Una característica fundamental del periodismo narrativo es que ubica al lector en el universo donde suceden los hechos. Ninguna de estas crónicas habla sobre situaciones que surgieron espontáneamente. Todos los hechos narrados son producto de un contexto específico y complejo que Almazán se encarga de detallar en apartados completos. Los personajes y sus vivencias están inmersos en un fenómeno mucho más grandes que ellas mismas.

En *Chicas Kalashnikov* (2011) queda claro que Yarezi, La Güera y Marta son sicarias porque hay una organización criminal que creó ese tipo de trabajo para poder funcionar. “Hoy se sabe que el Cártel de Sinaloa tampoco ha dejado fuera a las mujeres de su plan empresarial. Los narcos de esta última década han entendido que hay mucha

gente por matar y necesitan manos que estén dispuestas” (Almazán, 2011, parr. 12). En *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2010) Almazán va detallando, en diferentes escenas, las partes del conflicto global que aflige a Michoacán y va tejiendo el estado actual de la situación allí. Por su parte, en *Carta desde Durango* (Almazán, 2011), Almazán lleva al lector al inicio de la crisis de violencia en el estado:

El desmadre en la capital empezó porque los Emes se dividieron. Del Eme 11 al Eme 18 ya no les gustó que el Chapo Guzmán fuera su jefe. Entonces les valió madre secuestrar, extorsionar, matar al por mayor y enterrar a la raza en las fosas junto a los pinchis Zetas. (parr. 20).

A su vez en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) se explica en un apartado completo cómo se empezó a gestar la violencia en la ciudad:

Por lo que me cuenta el alcalde Luis Walton y un viejo comandante, la era de los Beltrán Leyva fue la época dorada de la paz en Acapulco: los asesinatos no pasaban de trescientos al año y siempre, a toda hora, llegaban al puerto barcos cargados de cocaína. Los buenos tiempos se habrán acabado a mediados de 2005, cuando los Zetas asomaron la cabeza y a otros se las cortaron (...). Desde entonces, Acapulco ha tenido muchos logros: es la ciudad más violenta de México, es la cuna de esos miles de jóvenes que ningún narco de respeto dejaría fuera de su plan empresarial, es el inventor del Cártel Independiente de Acapulco y de La Barredora, y los conocedores de mariguana dicen que la Golden debería ser el orgullo del puerto. (parr. 5).

En *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) se hace un barrido histórico desde la llegada de Hernán Cortés a Acapulco hasta su transformación en un destino de pederastas:

Luego de 500 años de ensangrentar destinos, llegaron los grandes edificios a la bahía y dividieron la ciudad en dos: la cara bonita y el patio trasero. Agustín Lara le cantó a María Félix, Pedro Infante compró casa y Tintán amó al puerto por

siempre. Entonces cayó el nuevo milenio y bajo el brazo trajo un racimo de pedófilos estadounidenses y canadienses que se hartaron de que en Cancún los señalaran. Ellos fueron los que corrieron la voz y, al poco tiempo, Acapulco se transformó en el paraíso de la carne más joven. (parr. 7).

Alejandro Almazán deja algo claro en sus textos: su intención es hacer periodismo, en el sentido de que busca informar sobre hechos actuales de interés público, próximos al lector y con conflictos y contextos que requieren una explicación detallada. Sus textos muestran que el periodista comprende y aplica los elementos fundamentales del periodismo en sus crónicas. Cuando interviene con elementos innovadores, como la ironía analizada arriba, lo hace sobre la sólida base de ciertos principios periodísticos.

Sin embargo, también tiene su manera de interpretar y utilizar el lenguaje periodístico. Cuando en otros medios o formatos hay elementos que necesariamente deben estar, como el contraste de fuentes o la incorporación de cifras estadísticas o documentos oficiales, los textos de Almazán tienen apenas una leve mención a este tipo de fuentes.

El periodismo que practica Almazán no es mejor ni peor que el periodismo informativo que a diario cubre violencia en América Latina, sino diferente. Prioriza la versión de las personas involucradas e incorpora sus testimonios como elementos fundacionales de su relato. Esto requiere un trabajo de reporteo y de entrevistas que consume tiempo y recursos, pero Almazán de todas formas lo incorpora.

Recursos literarios utilizados en las crónicas de Alejandro Almazán

Contar la realidad como si fuera ficción parece ser la regla de Almazán en sus crónicas. En los textos estudiados se encontró una fuerte presencia de elementos de la literatura que dotan al relato periodístico de fluidez y belleza estética.

Los rasgos literarios empiezan a estar presentes desde las descripciones que hace Almazán. Éstas se caracterizan por contextualizar a los personajes (personas y lugares) dentro de su entorno. Almazán puede comenzar con una descripción simple como “esta chica de estatura corta y moral alta...” (2011, parr. 2, Chicas Kalashnikov), para luego

cerrar la frase con una imagen que contextualiza al personaje, “empezó a matar al por mayor cuando se rompió el estricto orden que había alrededor de la muerte” (2011, parr. 2, Chicas Kalashnikov).

Más allá de estas líneas para aportar detalles sobre las personas, Almazán aprovecha el llamado largo aliento de las crónicas narrativas para describir minuciosamente a los personajes principales de sus textos, utilizando el llamado registro total de los personajes, que procura mostrar una persona completa y no solamente alguien que dé declaraciones al periodista.

En *En Michoachán la violencia viene de lejos* (2010) Almazán ofrece un registro sumario con detalles físicos y biográficos de un personaje menor, que aparece en apenas un bloque del texto. Es relevante el espacio que dedica a esto:

El Paisa, un hombre robusto de 44 años y con bigote recortado, se presenta como agricultor de sorgo y empresario de espectáculos, pero Los Zetas y La Familia han circulado la versión de que él y su hermano son, en realidad, sicarios de los hermanos Valencia, los jefes del cártel del Milenio. (parr. 101)

Por su parte, en *Carta desde Durango* (Almazán, 2011), a falta de una posibilidad de describir realmente a uno de sus personajes (“su Cristóbal Colón en la tierra de Pancho Villa (parr. 18)), se vale de recursos literarios que prueban ser tan efectivos como una descripción notarial:

El sicario me pide que nada de nombres ni descripciones. No creo faltar a mi palabra si digo que el tipo arrastra las palabras como si hubiera tragado pegamento o que es el clásico matoncillo que cree que la crueldad es una maravilla inagotable (parr. 19).

En sus textos se mantiene la tendencia de combinar el registro total de los personajes con detalles temáticos que ayudan a explicarlos. Esto es claro cuando describe a la *Güera*, una de las sicarias que entrevista:

Llegó haciendo ruido con sus tacones como si hubiese querido dejar huella. La mujer era tan guapa que inspiraba pensamientos indebidos. Tal vez sea cierta su

leyenda: los hombres nacieron para adorarla. Olía, vestía y desparramaba Ed Hardy como toda chica *edhardyzada*. "Soy la Güera, la sicaria", se presentó con ínfulas de "Camelia la Texana", y yo le creí a esta hembra de corazón porque sus uñas, largas y brillantes, eran una especie de navajas suizas. (Almazán, 2011, parr. 9, *Chicas Kalasnikov*)

En la descripción, las uñas de la sicaria hablan del personaje de un modo característico. La misma técnica del detalle temático la aplica en *En Michoachán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2010), otra vez con la mirada puesta en un elemento destacado. La diferencia en esta ocasión es que el elemento destacado acentúa la relevancia de una de las locaciones donde Almazán ubica sus escenas:

Tepalcatepec es un trozo de la Sierra Madre del Sur que mide 786 kilómetros cuadrados. En su clima hay todo lo que el estepario puede ofrecer: ceiba, zapote, cardones, amole, teteches, huizaches, encino, pino, fierro y plata. En ese gris de la montaña hay un río, el Otates, donde se levantó un puente que todos llaman Piedras Blancas. Ahí, en julio de 2006, fue arrojado el cadáver de Héctor Bautista, presunto narco de la región. Su familia, temerosa de Dios, colocó ahí una cruz metálica negra en su honor. Hoy, lo más famoso de ese pueblo es la cruz. Fama bien ganada: entre agosto y septiembre de 2006, cinco cabezas fueron colgadas en la cruz, entre ellas la de una mujer con tres meses de embarazo. En el pueblo se dice que es la venganza por el asesinato de Bautista, y para ello se agarran de los mensajes que fueron dejados junto a las cabezas: Uno a uno irán cayendo, saludos al abuelo, la familia se saluda, bye chao. (parr. 93-97)

En ese mismo segmento del texto se evidencia el uso de los planos generales para ubicar a los lectores en el ambiente donde se desarrollan los eventos que narra. Aunque el periodista pudo haber descrito con menor detalle el lugar, extiende su descripción por

cuatro párrafos, denotando la importancia que da a la ubicación y al hecho de que el lector se sienta ahí.

En otras de sus crónicas, Almazán también hace uso de los planos generales, para dotar de personalidad a los lugares sobre los que habla:

La desvencijada puerta es azul, como si quien la cruzara fuera directo al paraíso.

Pero no: los ventiladores giran sin énfasis, hay mesitas de lámina extenuada y los clientes son una bola de infelices a los que sólo les queda emborracharse para combatir el calor y la tristeza. (Almazán, 2008, parr. 12, *Los Acapulco Kids*)

A los lugares también los describe a partir de hechos que ocurrieron en el sitio. “En esta esquina desollaron a un urbano [camionero]. En aquel callejón dejaron cuatro cabezas. Éste es el puente donde han colgado a un chingo de batos. En aquella tiendita descuartizaron a una doña” (Almazán, 2013, parr. 7, *Acapulco Golden*).

Las figuras literarias son otra herramienta para describir que se utiliza, lo cual enriquece estéticamente el relato. A diferencia de otros periodistas como Roberto Valencia, que usaba con frecuencia las anáforas, Almazán las utiliza pero de manera menos frecuente, aunque cumplen el mismo objetivo de dar musicalidad a los párrafos. Estos dos párrafos muestran los casos donde el autor usó el recurso:

Marta, la del rostro de niño. La que estudiaba administración de empresas. La fanática de los dulces de tamarindo. La que extraña a su novia. La que juró dar la vida por su clic. La que cuida a una doña de cara grande, como de catedral, que cayó en la cárcel por traficar coca. La que nació zurda hace veinte años. La que escucha los corridos del Chalino y de otros cantantes, en los que las historias dejen un halo de pólvora. La que no come verduras y pide la carne casi cruda. (2011, parr. 80, *Chicas Kalashnikov*)

(Quien habla es un profesor que hace algunas semanas pidió su cambio. Ya estaba harto de pagar cuota a los sicarios para que no le hicieran nada. Ya estaba harto de

ver cabezas sobre los caminos. Ya estaba harto de que algunos de sus alumnos lo amenazaran si los reprobaba.) (Almazán, 2011, parr. 45, *Carta desde Durango*)

Símiles, personificaciones, hipérbolos y metáforas también están presentes. Por ejemplo: “Ella me mira como se mira al muerto que no es de nadie, con el rostro impasible, de retablo” (Almazán, 2011, parr. 1, *Chicas Kalashnikov*), “Y miraremos la vastedad de la bahía desde unos barrios que no sólo suben lastimeramente hacia el cielo, sino que se entretienen atronándose con su música y compitiendo por matar” (Almazán, 2013, parr. 9, *Acapulco Golden*), “Dicen que la venganza es una úlcera que se guarda en el alma. Si eso es cierto, entonces al 12 Batallón de Infantería le brotó gangrena” (Almazán, 2008, parr. 79, *En Michoacán la violencia viene de lejos*) y “En algún momento le diré al forense que me siento pesado como si fuera uno de esos muertos que, desde abril, empezaron a brotar del subsuelo, quizá buscando su nombre, quizá buscando quién les rece un rosario”. (Almazán, 2011, parr. 1, *Carta desde Durango*).

Al ser los testimonios la parte central de las crónicas, el uso de diálogos es uno de los recursos literarios más utilizados. Este se presenta de diferentes maneras ya sea con interlocución entre el periodista y su entrevistado:

“—¿Es posible dejar al cártel? —le pregunto. —No. De ahí no sales si no es con las patas por delante. —¿Entonces cómo te vas a retirar? —No sé. Pero Dios me hará libre. (Almazán, 2011, parr. 58- 61, *Chicas Kalashnikov*), o mediante el uso de citas directas e indirectas. “Me cuenta, además, que ya cualquiera en Acapulco roba, extorsiona, secuestra, mata y viola a nombre del crimen organizado” (Almazán, 2013, parr. 13, *Acapulco Golden*).

La única excepción es *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2010), donde no hay registros de ninguna de las cuatro modalidades de diálogos analizadas (interlocución, monólogo interior, cita indirecta y el registro de la forma de hablar del personaje) y se priorizan las anécdotas que el periodista recabó por otros caminos.

Aparte de esa crónica, en las otras cuatro prima el testimonio de los protagonistas. De hecho, hay apartados completos basados en interlocución, donde el periodista conversa con el personaje, y otros en los que el cronista cede completamente la voz a la persona sin utilizar comillas u otros signos de puntuación que indique que es un personaje

que está hablando:

Yo era de ésas que andaba vendiendo droga. El buenero (narco) hasta me dio una pistola para defenderme. Era una 22, bien perrona. Le entré porque a mí no me gustó eso de acostarme con los gringos. Bueno, lo que pasa es que un día uno me pegó y ya no quise. (Almazán, 2008, parr. 99, *Los Acapulco Kids*)

A pesar de que son citas directas sin comillas, es claro que es un entrevistado el que cuenta su historia ya que se resalta la oralidad de los personajes y el léxico cotidiano que utilizan para expresarse. Esto genera no solo una idea más clara de cómo son los protagonistas de la historia sino que le otorga verosimilitud al relato.

En *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011), la oralidad permite entender la personalidad de las sicarias:

Marta me explica: «Tu primera muerte es como tu primera *cogida*, no la olvidas. Y hasta ese momento es cuando sabes si sientes culpa o no, y como yo no sentí ni *madres*, le agradecí a la Santa Muerte haberme permitido matar a esa *pinche soplona*». (parr. 29, itálicas no están en el original)

Dicen que su jefe ya los *pozolió*. Estar al cien. Ésa es la clave para seguirsicariando. Yo eso hice. Si me hirieron una vez fue porque los de *mi patrulla* veníanpisteando y no se pararon en el retén. Estar al cien. Estar al cien. (parr. 91, itálicas en el original)

En *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) hay varios pasajes: “Esperanza sí hay, *carnal* —me dijo Berna después—. Nomás que tanto pinche muerto la opaca” (parr. 27, itálicas no están en el original). “«El otro día unos *batos* estaban pidiendo la cuota en comercios del centro y nada, eran nomás unos pobres pendejos», me dice Berna” (parr. 13, itálicas no están en el original). “«Ya acércate, *pa'* que me recojas, el taxi me va a dejar sobre la avenida», le dijo a alguien y yo me fui por la lateral. Y apenas me estacioné, que se me cierra una camioneta. «¡Órale, *cabrón*, bájate! », me dijo un *bato*

que venía armado y luego regañó a la señora” (parr. 48, itálicas no están en el original).

El reproducir el discurso cotidiano ayuda a dotar de contexto a la historia, ya que permite al lector identificar que el personaje puede ser una persona educada o no y en qué ambiente social se desenvuelve, por citar algunas características. Por ejemplo, al transcribir este párrafo en *Carta desde Durango* (Almazán, 2011), se puede evidenciar mejor la situación que vive la persona involucrada:

Vivo en Poanas, señorita, por el pueblo de La Ochoa. Hace dos días los Zetas se llevaron a mi hijo... Se lo llevaron pa'cerlo pistolero... Yo digo que mi chamaco no quiso meterse a eso porque lo torturaron, lo vistieron como niña y me lo rafaguiaron. Ojalá me escuche la gente del Chapo y venga a ayudarnos. (parr. 13).

Estas decisiones estilísticas hacen más creíble lo que cuenta Almazán: la violencia habla fuerte, dice malas palabras, se expresa desde sectores marginados, es decir se comunica con su propia voz sin necesidad de intermediarios.

A diferencia de otros periodistas como Roberto Valencia, Almazán hace un uso menos intensivo del monólogo interior. En la única crónica donde se utiliza es en *Carta desde Durango* (2011) y lo hace usando paréntesis para dejar en claro que no es un segmento normal del texto:

(En ese momento me pregunto: ¿entonces los Emes son los responsables de que, en los últimos tres años, el secuestro en Durango haya crecido dos mil treientos por ciento? ¿Deberían ser premiados como Los Hombres del Año? ¿Ellos colaboraron con su gotita de sangre para que, hasta mediados de junio, vayan seiscientos veintidós ejecutados, sin contar los doscientos treinta y ocho muertos encontrados en siete fosas? ¿Sólo de ellos es la culpa de que el número de desaparecidos sea una cifra resbalosa que oscile entre sesenta y cuatrocientos? Sigo escuchando al sicario). (Almazán, 2011, parr. 21).

El uso del léxico popular, los diálogos o citas, dejan claro que se privilegia el punto de vista de los personajes, ya que son ellos los que cuentan sus vivencias. No obstante,

esto no ocasiona que el periodista se haga a un lado, ya que éste aparece de manera recurrente en la historia, aclarando esos testimonios u opinando sobre los mismos.

Esto se observa con el uso del narrador en primera persona, presente en todas las crónicas. De hecho cuatro comienzan con el periodista presente en el lugar. “Nos han dejado solos en el patio de la prisión, y lo primero que le pregunto a Yaretzi es cuánto cobraría por matarme” (Almazán, 2011, parr. 1, *Chicas Kalashnikov*), “Hoy, apenas aterrice el avión, el fotoperiodista Bernardino Hernández llamará para decirme que, antes de las siete de la mañana, una jovencita fue asesinada en plena costera Miguel Alemán, allá por donde me voy a hospedar” (Almazán, 2013, parr. 1, *Acapulco Golden*); “La primera vez que Jarocho me ofreció a una niña por 300 pesos le dije que sí, que a eso había ido al Zócalo aquella noche” (Almazán, 2008, parr. 1, *Los Acapulco Kids*). Otra no tiene la primera persona en la primera línea, pero sí en el primer párrafo. “En algún momento le diré al forense que me siento pesado como si fuera uno de esos muertos que, desde abril, empezaron a brotar del subsuelo, quizá buscando su nombre, quizá buscando quién les rece un rosario” (Almazán, 2011, parr. 1, *Carta desde Durango*).

La quinta crónica (*En Michoacán la violencia viene de lejos*) no inicia en primera persona, pero lo hace en segunda persona y de hecho todo el primer bloque usa este recurso. “Sientes que algo te rompe la cabeza y te desvaneces. Quién sabe de dónde sacas fuerzas, pero no sueltas a tu sobrina que has cargado casi toda la noche, desde que saliste del hotel” (Almazán, 2008, parr. 1).

Además, se utiliza el narrador testigo, cuando el periodista observa y narra en tercera persona. “Se bebieron una caguama como si ambos desfallecieran de sed. Luego, cuando en la ostra gigante bailaba una mujer que parecía haber ido con un carnicero a que le hiciese la cesárea, el tipo se llevó a Mía” (Almazán, 2008, parr. 23, *Los Acapulco Kids*).

La narración en segunda persona solo aparece en tres de las cinco crónicas. El caso más claro es *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2008), donde todo el primer bloque narra una explosión en segunda persona, hablándole a uno de los sobrevivientes, un hombre llamado Mauricio. En *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) el narrador le habla a Yaretzi, una de las sicarias:

Llegas a aquella pira de llantas y lo primero que ves incendiándose es la cabeza de tu hermano. Quienes lo asesinaron no se han conformado con decapitarlo.

Entonces terminas empotrada a la tierra y lloras como si quisieras llorarle para siempre. (parr. 34)

Mientras que en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) el narrador le habla al periodista:

Pero, ¿qué tal si decidieras ir camino arriba? Si eso fuera, pasarías por el concurrido mercado, las pensiones económicas y las prostitutas que han dejado lo mejor de ellas. Luego avanzarías por la calle Michoacán, darías vuelta a la derecha por Coahuila y entonces llegarías al corazón de la colonia Progreso. (parr. 16)

El recurso sorprende porque da un ritmo diferente al texto. Además, pone en evidencia que las voces que interactúan son muchas y que cada fragmento tiene particularidades que permiten esta flexibilización de la narración. El narrador en segunda persona también da una sensación de intimidad, ya que le da la idea al lector que puede convertirse en el personaje y dejar que el narrador le hable directamente.

Almazán también hace uso del narrador omnisciente neutral y editorial. El neutral lo utiliza para describir las situaciones sin opinar al respecto, pero con un conocimiento profundo de lo que sucede en el universo que relata, que un solo testigo o protagonista no podría conocer. En estos bloques se evidencia el profundo trabajo de reporteo que el periodista pone detrás de sus textos:

La Güera, por ejemplo, entregó al cártel a un policía que en la cama solía prometerle amor infinito. A otro, un narcomenudista, le soportó golpes y el sexo más salvaje, todo para llevarlo a una casa de seguridad donde lo torturaron hasta que lo decapitaron con una motosierra. También tuvo que flirtear con un gordo de aliento insecticida que lavaba dinero para los rivales. (Almazán, 2011, parr. 15, *Chicas Kalashnikov*)

El editorial lo utiliza con la misma facilidad, pero esta vez se convierte en un dios que decide opinar sobre los hechos que presencia y relata. Accede a información y toma

conclusiones que un simple peatón que atestigua una escena no podría alcanzar, pero da otro paso al editorializar su narración. Por ejemplo, tras describir la dinámica entre la prensa que cubre violencia en Durango y los burócratas locales, Almazán (2010) señala que

C) Todos los días, desde las oficinas del gobierno del estado, salen las mismas frases a los reporteros: “Estuvo buena la nota, pero ya no te metas tan duro, no des nombres, nomás andas arriesgando tu vida”, “No tenemos más información, el boletín es todo lo que hay”, “Dime quiénes son tus fuentes y así trabajamos mejor. La información no sólo se ha detenido a causa de los sicarios, también por funcionarios como éstos”. (parr. 52-53).

Una de las características principales en las crónicas analizadas de Almazán (y una de los elementos fundacionales de las crónicas, tanto la usada a finales del siglo XIX como la latinoamericana contemporánea), es que cada apartado es una escena; son fragmentos que tienen sentido por sí solos pero que al unirlos se entrelazan y dan una visión más amplia del hecho que se está narrando.

Las escenas que decide mostrar Almazán son potentes, con una carga visual o emocional importante. En la mayoría de los casos parece que el objetivo es retratar la crudeza de la situación de tal forma que el lector quede perturbado. Tal es el caso de la primera escena de *Los Acapulco Kids* (2008), en donde al periodista le ofrecen una niña de nueve años para tener sexo:

La primera vez que Jarocho me ofreció a una niña por 300 pesos le dije que sí, que a eso había ido al Zócalo aquella noche. El tipo, que cuidaba autos frente al Malecón, se echó la franela al hombro y sonrió de tal manera que los dientes le brillaron en el oscuro rostro, reventado por el acné. Luego, cuando se dispuso a traerla de un callejón, dije que no, que mejor volvería más tarde.

—De una vez, brother, el yate llega a la una de la mañana y ahí vienen gringos ya rucos que se llevan a las más morritas. Orita hasta te puedo conseguir

una de nueve o diez años –dijo con cara de “tú me entiendes, no te cuento nada nuevo”, y sentí tremendo retortijón en el estómago.

—Regreso antes de esa hora, nada más no vayas a fallar.

—¿Qué pasó, brother? Los hombres sabemos hacer negocios. Y como me caíste a toda madre, te la voy apalabrar pa que te dé un servicio chingón. Ái tú te arreglas con ella si quieres cosas más perversonas.

Volví después de que el yate Aca Rey había tocado tierra firme. Entonces supe que Jarocho sólo era un mero cazador de clientes, que trabajaba para un proxeneta y que la niña que llevaría esa noche se llamaba Allison. Era adicta a la piedra –esa droga barata que embrutece más que otras– y no pasaba de los 12 años.
(parr. 1-5)

De la misma manera relata cómo matan las sicarias o cómo secuestran a taxistas. El mexicano intenta llevarnos a situaciones cotidianas o lugares donde la violencia no parezca normal y desde ahí narra con detalle situaciones. Cuando él no fue quien presencié los hechos que narra (como sí ocurrió en *Acapulco Kids*), Almazán también tiene la facilidad de relatar la reconstrucción de una escena:

El viernes 17 de noviembre de 2006, después de que les fue notificada una sentencia de 40 años por secuestrar, mutilar y matar sin pudor, Arnoldo y compañía se encabronaron y se les ocurrió tomar como rehenes a 14 defensores de oficio y a un custodio. Con dos pistolas 9 milímetros y una .38, los secuestradores se apoderaron del área de visitas conocida como La Palapa y de las primeras planas.

El pliego petitorio de los malandrines era igual de grotesco que el pedido por Al Pacino en la película *Dog Day Afternoon*: su salida de la cárcel, una camioneta blindada, equipo de radiocomunicación, un cocinero y alimentos

mientras se mantenía la negociación.

Con las horas, los secuestradores liberaron a cinco rehenes como muestra de su buena voluntad. Pronto se desesperaron.

Aquello sólo debía terminar con sangre. Y así sucedió.

Veintiocho horas después de motín, cuatro abogados ya habían sido asesinados. Entonces los francotiradores acribillaron a Arnoldo. Los otros tres secuestradores quedaron heridos." (Almazán, 2008, parr. 104-108, *En Michoacán la violencia viene de lejos*)

Hay escenas en la que se dedica a resumir el desarrollo de un personaje, es decir, hace un barrido cronológico por la vida de uno de sus entrevistados. En *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011), este recurso lo utiliza enumerando las vivencias de Marta, una sicaria:

a) Marta se pincha las venas y muchas voces brillantes le hablan todo el tiempo. En uno de esos delirios, escucha: en este país puedes matar a quien quieras, al cabo no pasa nada; anda, agarra el cuerno de chivo y escoge.

(...)

f) Marta escucha al jefe del escuadrón de la muerte: "¿Quieres quebrarla, morra?". "Simón, no hay pedo", contesta e infla el pecho como un gallo. Ella sabe, como se lo dijo un chamán, que los asesinatos son meras compensaciones para equilibrar al universo.

g) Marta va a matar a la soplona, pero tiene un dilema: ¿martillo o la nueve milímetros?

(...)

n) Marta tiene que ir a la celda de enfrente. Está enganchada a la cocaína y

necesita esnifar su dosis del almuerzo. Ese hábito se está llevando lo mejor de ella.
(parr. 20, 25, 26, 33)

Esta forma de narrar enumerando se repite en otras crónicas como *Acapulco Golden* (Almazán, 2013), lo cual es un elemento único en comparación a las crónicas de los demás autores analizadas.

Las cinco crónicas de Almazán tienen el tiempo cronológico alterado. Almazán intercala escenas, sin seguir una cronología lineal, pero que se entrelazan para dar sentido al relato.

Así por ejemplo en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) y en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013), aunque se entiende que el periodista está en Acapulco, no cuenta de manera lineal su visita sino que introduce escenas sueltas para narrar su vivencia en la ciudad. En *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2008), recurre a otros elementos como adelantar el resultado de acciones que están en el futuro del universo que describe:

Los 12 hospitales están con el mundo atravesado, Mauricio. No te impacientes.
Hay 131 heridos, casi 30 de ellos son niños, y una veintena con eso que los médicos llaman pronóstico reservado, como para no decir moribundos. Tú, Mauricio Benítez Aguilar, vas a vivir para contárnoslo (parr. 12-13)

Sin embargo, a pesar de que no sigue un tiempo lineal, en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) hay un cierre circular, es decir el relato inicia y termina con el periodista conversando con Yarezi en la cárcel. Lo mismo sucede en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008), ya que la historia inicia con el periodista conversando con un proxeneta, mientras se hace pasar por un cliente, y luego termina cuando el periodista está conversando con la niña que “contrató”.

Finalmente Almazán recurre al uso de intertextos en las crónicas:

Más tarde, cuando regrese al hotel, leeré al escritor Paul Medrano:
La diferencia entre el hombre que mata y el que no se atreve es mínima, imperceptible. Porque en esencia todos llevamos el espíritu criminal adentro,

escondido a fuerza de educación, amistad y un amorfo sentimiento de justicia.

Mas en ocasiones se vuelve incontenible y se libera de su encadenamiento para regresar por todas las venas. Caliente y sublime. Eso es lo que da valor para jalar el gatillo. Ésa es la diferencia. (2011, parr. 6-7, *Chicas Kalashnikov*)

En otra escena cita partes de su propia libreta, una versión del intertexto que no cita propiamente la obra publicada de otros autores, sino sus propios insumos, en lo que se convierte una mirada poco usual hacia el mecanismo de trabajo de Almazán. A pesar de que puede que no sean transcripciones fieles de su libreta de apuntes, es evidente que son retazos tomados de otra fuente:

""EPÍLOGO

Antes de que despegue el avión y Durango se convierta en una ciudad de juguete, reviso la libreta de notas. El miedo de la gente ha dejado algunas historias inconclusas. Por ejemplo:

* La de los más de doscientos profesionistas que han desaparecido en Cuencamé los últimos dos años y que comprueba la teoría de que en la muerte los títulos importan un carajo.

* La de los policías estatales que fueron a masacrar a todo un pueblo en el municipio de Otáez, todo por robarse siete camionetas que, al final, se les quedaron atascadas.

* La del joven secuestrado cuyo regreso fue un milagro, un hecho histórico, gracias a que un narco, amigo de la familia, conocía a los secuestradores. (2011, parr. 77-81, *Carta desde Durango*)

Además, hay muchas referencias a personajes históricos o de la cultura popular como Marco Polo, Pancho Villa o grupos musicales como Los Caifanes. “Allison se fue cuando Los Caifanes decían algo así como que «no dejáramos que nos comiera el diablo»” (Almazán, 2008, parr. 181, *Acapulco Kids*). En *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008), el autor relata y transcribe un rap-corrido que un cantautor local le compuso a una víctima de las guerras entre pandillas.

La forma de mezclar estos diferentes recursos literarios, ayudan a darle un sello y estilo característico a las crónicas de Almazán. Su forma de describir a los personajes, de construir escenas con una fuerte carga visual y emocional, los diálogos teatrales y la carga de figuras literarias, son regla que se repite en sus textos, llevando a la práctica el concepto de crónica “ornitorrinco” (Villoro, 2006).

Recursos de voz de autor utilizados en las crónicas de Alejandro Almazán

Almazán es un personaje más en sus crónicas y se encarga de dejar huella de esto. Su voz de autor habla con fuerza en los textos analizados, haciendo uso de diversos recursos para hacer explícito su sello personal.

Ausentarse del relato, parece no ser opción, lo cual es claro desde el primer párrafo de sus textos: “Hace unos meses cuando estuve en Acapulco, encontré a mi muerto saliendo del hotel” (Almazán, 2013, parr. 1, *Acapulco Golden*); “La primera vez que Jarocho me ofreció a una niña por 300 pesos le dije que sí, que a eso había ido al Zócalo aquella noche” (Almazán, 2008, parr. 1, *Los Acapulco Kids*); “Nos han dejado solos en el patio de la prisión y lo primero que le pregunto a Yaretzi es cuánto cobraría por matarme” (Almazán, 2011, parr. 1, *Chicas Kalashnikov*); “Las moscas que atraen los doscientos treinta y ocho cadáveres vuelan alrededor de nuestros rostros” (Almazán, 2011, parr. 1, *Carta desde Durango*) y “Sientes que algo te rompe la cabeza y te desvaneces. Quién sabe de dónde sacas fuerzas, pero no sueltas a tu sobrina que has cargado casi toda la noche, desde que saliste del hotel” (Almazán, 2010, parr. 1, *En Michoacán la violencia viene de lejos*).

En partes de los textos, Almazán no solo está presente en la escena sino que se involucra emocionalmente con sus personajes. Por ejemplo, en un encuentro con la

policía en Acapulco, dice “«Pues si ya la pagaste cógetela», dijo el oficial y yo quise romperle la cara” (Almazán, 2008, parr. 156 *Los Acapulco Kids*). Al tratar a las personas que entrevista como personajes y no como fuentes (este involucramiento con las personas en el texto es vital para mostrar al lector que son personas más allá de dadores de citas) Almazán produce un texto que transmite una sensación menos notarial, donde el periodista no solo consigna un evento, sino que lo vive. Al final del primer bloque de *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2008), escrito en segunda persona, Almazán cierra apelando directamente a la persona como fuente de su información, pero antes de eso dedicó doce párrafos a contar quién es y qué vivió. Como remate del bloque, el autor dice que “Tú, Mauricio Benítez Aguilar, vas a vivir para contárnoslo” (Almazán, 2010 parr. 13).

Otras veces parte de su experiencia para transmitir al lector un mensaje concluyente, como lo hace con el caso de la morgue de Durango:

Cuando el forense baje rebotando al que fue sicario y se lo lleve para bañarlo en formol, la jaqueca ya me habrá orillado al vómito. Tendré que irme, pero el olor se me quedará pegado en la ropa y el pelo. No recordaré el nombre de los muertos, pero sí el zumbido de las moscas. Y cuando tome carretera comprenderé que si el infierno existe, el estacionamiento de la fiscalía de Durango ha de ser una de sus estaciones. (Almazán, 2011, parr. 4, *Carta desde Durango*)

En una entrevista con una niña prostituida de 14 años, se da cuenta que las preguntas afectaron a la joven y lo evidencia en la crónica: “la psicóloga llega como un ventarrón con la mala noticia de que Norma se ha enterrado las uñas en la cara y que se la ha pasado quemando las cartas que le escribió a Fabiola. Me siento un imbécil” (Almazán, 2008, parr. 109, *Los Acapulco Kids*).

En segmentos del texto la interacción va más allá y el periodista le habla directamente al lector: “pero ya me desvié. Yo vine aquí a contarles de las chicas Kalashnikov” (Almazán, 2011, parr. 56, *Chicas Kalashnikov*).

El mismo recurso de “interrumpir” la narración para hacer un aporte que pareciera más de índole personal que periodístico (aunque no lo es, porque en la crónica lo personal

es lo periodístico) se usa en *Carta desde Durango* (Almazán, 2010) incluso como una manera para transmitir –en un párrafo relativamente temprano– al lector las dudas que el autor espera responder con su texto:

Antes de seguir recolectando historias, necesito que alguien me explique qué diablos está pasando con los muertos y con los vivos en Durango. Por qué los narcos se han aferrado en conservar el monopolio de la violencia. ¿Acaso no han leído a Fernando Vallejo?: "Si la tuvieran grande no matarían porque la gente de tanto aplauso les habría mitigado los rencores". Necesito saber cuándo se rompió el dulce orden que tenía la muerte. Quién amamanta a los cárteles. De dónde salen tantos cadáveres abandonados con las manos atadas a la espalda y una bala en la cabeza. O cómo es posible que la gente pueda convivir con los asesinatos y siga creyendo que es muy normal que las personas desaparezcan en pleno día. (parr. 17)

Muchas de las escenas de las crónicas terminan con reflexiones de periodista, afirmaciones que tienen el objetivo de dejar al lector pensando. Por ejemplo, para cerrar *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) escribe: “Por eso la vida, en estos tiempos, desaparece igual que el ruido de un disparo” (parr. 131).

Lo mismo hace en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) cuando para cerrar un apartado escribe: “Este lugar, como quien dice, es la puerta del infierno aunque no se sepa” (parr. 6) y en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008): “Dicen que la venganza es una úlcera que se guarda en el alma. Si eso es cierto, entonces al 12 Batallón de Infantería le brotó gangrena” (Almazán, 2010, parr. 79).

Este tipo de expresiones tal como afirma Kerbrat-Orecchini (1997), indican que quien escribe está de alguna manera implicado emocionalmente en el contenido del enunciado. Además tienen,

una función conativa, ya que, al afectivizar así el relato, el emisor espera que la repulsión, el entusiasmo o la piedad que él manifiesta alcanzarán de contra golpe al receptor y favorecerán su adhesión a la interpretación de los hechos que él

propone (p. 162).

Producto de la inmersión del periodista en las historias que narra, los juicios de valor se repiten reiteradamente en los textos, siendo uno de los recursos de voz de autor más frecuentemente aplicados por Almazán. Constantemente el periodista juzga y opina sobre los personajes y los hechos. “Por lo que le escuché decir, la chavita no pasaba de los 16 años, a los 13 fue mamá y su padrote le pegaba para imponer respeto. Parecía un gran personaje”. (Almazán, 2008, parr. 79, *Los Acapulco Kids*). O también, en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011): “Podría decirse que esta linda chica ha enrojecido lo suficiente al río Bravo para que la diabetes, la vieja líder, haya sido superada por el asesinato como causa principal de muerte en Chihuahua”. (parr. 14).

Incluso, se toma la libertad de tomar una declaración de una fuente y proponer la interpretación que él considera adecuada. No lo hace según las herramientas del periodismo interpretativo (ver Ulibarri, 1994) sino de un modo más frontal. Al narrar el caso de un redactor que tras escuchar una historia que sabía no sería publicada, dice (que él):

Entonces habló con su editor, pero éste le dijo que ya sabía que al asunto de la violencia habría que bajarle. "¿O a poco quieres recibir amenazas?", le dijo, aunque atrás de esas palabras, en realidad, estaba un "¿a poco quieres que el gobierno nos quite la publicidad?". (Almazán, 2011, parr. 58-59, *Carta desde Durango*)

En otras ocasiones es más tajante con sus opiniones y hace afirmaciones o negaciones categóricas, influenciadas por el ambiente convulso en el que se desenvuelven los personajes y teñidas de indignación por la impotencia de cambiar la situación y por la complicidad de las autoridades. Esto es muy claro en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008), cuando conversa con pedófilos, policías y hasta un salvavidas:

Con la misma importancia me trató el salvavidas de la playa. Usó una lógica absurda y cínica para responder por qué no hace nada contra tipos como Andrew¹⁵:

¹⁵ Andrew, es un pedófilo que entrevista el periodista

«Yo nomás cuido que nadie se ahogue» (parr. 39).

En *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) nos presenta incluso al Almazán de unas décadas atrás, cuando dice: “Quién sabe si uno salga predispuesto, pero este Acapulco poco tiene del que uno conoció de niño” (parr. 29) y en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008) nos muestra su percepción sobre la violencia: “Arnoldo Villanueva Herrera, Jorge Álvarez Arcila y los hermanos Teodoro y Juan Partida Zúñiga son las típicas personas que uno nunca quisiera encontrarse en su camino” (Almazán, 2010, parr. 103).

Las afirmaciones también las hace sobre los personajes, pero haciendo una explicación al respecto. Por ejemplo, en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013):

Yo creo que, en el fondo, Berlanga no es esa montaña de hielo que aparenta ser.

Lo digo porque cuando me cuente de aquella vez en que le trajeron treinta decapitados, le costará algo de trabajo describir cómo decidió tomarles fotos a las cabezas y enseñárselas a los familiares para identificar rápido cada cadáver. (parr. 33)

Por su parte, las preguntas retóricas son un recurso poco frecuente en los textos de Almazán en los tres donde predominan las fuentes testimoniales (*Chicas Kalashnikov*, *Acapulco Golden* y *Acapulco Kids*). Este solamente se utiliza una vez en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) cuando narra una serie de eventos que le ocurrieron a una sicaria y cierra con la pregunta: “¿Y si solo algo hubiera sido diferente?” (parr. 66).

En los otros dos textos, donde hay menos fuentes testimoniales y el periodista tiene que hacer un trabajo más fuerte de reconstrucción, deja ver con más claridad las preguntas retóricas que busca responder. En una de ellas mezcla intertextos con preguntas retóricas (“¿Por qué los narcos se han aferrado en conservar el monopolio de la violencia? ¿Acaso no han leído a Fernando Vallejo?” (Almazán, 2011, parr. 12, *Carta desde Durango*), y en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2008) abraza el recurso de las preguntas retóricas como vehículo para llevar al lector dudas, rumores y cierta dosis de indignación:

Ahora que estamos en una de las cuatro fosas que encontraron en la colonia

Vicente Suárez, en la que había cincuenta y seis cadáveres, le hago algunas preguntas al colega: ¿el tipo de la carnicería, los de escuela, los de la papelería, no olieron nada? ¿Quiénes son los dueños de todos estos terrenos donde la gente ha sido enterrada? ¿Es cierto que el comandante Leyva, el famoso Ferrari porque tenía un auto rojo de esa marca, el que fue arrestado por sus vínculos con el narco, es quien contó lo de las fosas o ya eran tantos los muertos que no podían callarlos? ¿Cuántos fiambres más quedan por desenterrar? ¿Estas casas de la muerte significan que Durango es la más corrupta y cínica ciudad que haya parido en su demencia la historia? ¿Qué harán con tantos muertos? ¿Esperan que abarroten las calles? (parr. 59).

En ocasiones combina las preguntas retóricas con frases humorísticas o irónicas. Por ejemplo, en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2008):

¿Es posible que un grupo de narcos, formados en la boca del infierno, secuestradores en sus tiempos libres, amantes del dinero fácil y matones de todo lo que les estorbe, pague a dos diarios la publicación de un desplegado para presentarse como los salvadores del mundo?

Suena a una película de Tarantino, a un detalle para novela de Élmer Mendoza y a un día cotidiano en Michoacán.

Ocurrió el 22 de noviembre de 2006 (parr. 43-45).

A pesar de tratar de temas como la violencia y el narcotráfico en México (o tal vez debido a esto) el humor y la ironía son recursos muy utilizados por el periodista. La violencia o la violación a derechos humanos es tal que se puede retratar con ironía.

En *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) escribe al hablar sobre Yaretzi, una sicaria: “«Debes escribir que creo en Dios y que estoy arrepentida». Así será. Pero primero hay que empezar cuando ella trabajaba para el Diablo.” (parr. 4). El cronista

utiliza también eufemismos para hablar de las sicarias, ya que las presenta como “artistas de la muerte” (parr. 2)

Mientras que en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (Almazán, 2008), una frase tan simple como “Qué cosas” le añade una carga más fuerte al párrafo:

De Juan Carlos García Cornejo, el responsable de la publicación, se sabe nada. Y desde el miércoles 17 de septiembre pasado, en los municipios de Tierra Caliente y Morelia circulan volantes, presuntamente firmados por La Familia, donde ésta se deslinda del acto terrorista y prometen atrapar a los responsables. Qué cosas (parr. 69-71).

En *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) la ironía la utiliza para retratar a las niñas y poner en evidencia las contradicciones de la prostitución infantil:

—Vengo de por allá de Zihuatanejo, allá tengo un novio europeo que luego viene a visitarme acá. Me trata bien. Me compra lo que yo quiera. Él me regaló un celular rosita. Nada más que el que nos cuida me lo quitó, dijo que eso no es para mujeres de mi edad. ¿Esto quieres que te cuente o algo más cachondo? (parr. 165)

En estos 1 882 kilómetros cuadrados se concentra casi todo lo que necesita un pederasta: playas increíbles, droga barata y en cantidades pasmosas, ojos que nunca ven y bocas que nunca hablan, hoteles 50% off, un bando municipal que estipula que en Acapulco no se multa a los turistas, prostíbulos donde la mayoría de edad se alcanza desde chicos, padres que piensan que los hijos son moneda de cambio, y niños, muchos niños, que por un bote de PVC o un poco de marihuana están dispuestos a encarar la vida y despistar la muerte con sus cuerpos. (parr. 11)

El uso de signos de puntuación de manera no tradicional es otro de los recursos que usa Almazán. En particular el uso de paréntesis para hacer aclaraciones mientras

entrevista a los personajes es uno de los que más emplea. Este lo usa en *Acapulco Golden* (Almazán, 2013), “(De pronto el padre Jesús Mendoza comienza a llorar y yo me siento un buitre por haberle preguntado qué caso, de la delirante y asesina colonia La Laja, es el que nunca ha dejado de perseguirlo.)” (parr. 19), y en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008):

Ya luego me harté y mejor me vine al albergue. No sé qué haré ahora que Mamá Rosy se vaya. Es todo lo que puedo contar. Tengo una vida aburrida.

[Silvia, se llama Silvia. Para tener su edad, 14 años, es lo bastante fuerte como para destrozar un piso entero en un arrebató. Le gustaría tener una muñeca.]
(parr. 100-101)

En *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) varía los cánones gramaticales cambiando los números por letras: “Que los desaparecidos son tantos y por eso todas las cifras son conjeturas. "50n un (hjin60 105 mu3r705 qu3 y4 n0 (4b3n 3n 105 núm3r05", dijo y casi se oyó cómo cambiaba las letras por números”(parr. 39).

Mientras que en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) y *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) utiliza la enumeración como una forma diferente de narrar los hechos.

En resumen, a lo largo de los textos de Alejandro Almazán, es claro que el periodista se esmera en dejar sello de autor. La inmersión, el involucramiento emocional con los personajes y la emisión de juicios de valor sobre los hechos son algunos de los elementos que utiliza para marcar un estilo personal en las crónicas.

Los esfuerzos estéticos que hace Almazán para variar los recursos con que narra sus historias no son vacíos ni estorbosos: al leerlos, parecen seleccionados con atención entre un repertorio para ajustarse a cada situación. El mexicano tiene intenciones de transgredir los mecanismos usuales para contar la realidad, eso es evidente, pero fiel a su talla de reportero no sacrifica la legibilidad o comprensibilidad del texto por eso.

Tal como mencionaba Kerbrat-Orecchioni (1997) “el enunciador se confiesa explícitamente o se reconoce implícitamente como la fuente evaluativa de la afirmación” (p. 93), lo cual llevado a la práctica, hace de las crónicas textos, que aunque narran hechos verídicos, se tiñen de una subjetividad que aspira a trascender.

Recursos periodísticos, literarios y voz de autor en cinco crónicas de Óscar Martínez

Introducción a las crónicas analizadas de Óscar Martínez

El periodista Óscar Martínez, al igual que su colega Roberto Valencia escribe desde el diario digital salvadoreño El Faro (www.elFaro.net) sobre la violencia en la región Centroamericana, con una mirada que escapa más allá de las fronteras de su país.

En las crónicas analizadas, Martínez escoge rostros y locaciones: la situación convulsa, de incertidumbre y tensión en la que viven inmersos los presos de la cárcel de Apanteos; el testimonio de una mujer víctima de trata; un barrido histórico sobre la llegada de los zetas a Guatemala y los personajes locales que se ocupan del tráfico de droga en las costas Caribe y Pacífica de Nicaragua, cada una retratada en una crónica.

En *Los Hombres que arrastran clavos*, Martínez (2011) hace un retrato de las luchas de poder que se viven en la cárcel de Apanteos, en El Salvador, la cual es un reflejo de los demás centros penales del país. A través de entrevistas con oficiales y líderes de las diferentes maras recluidas en el penal, se narra cómo se entretajan las masacres dentro de las cárceles, mientras las autoridades son incapaces de impedir las.

Compartiendo elementos en la titulación de dicha crónica, en *Los hombres que vendían a las mujeres* (2012) una mujer migrante relata cómo la capturó un grupo de tratantes pertenecientes a Los Zetas. Martínez narra a partir de un testimonio que brinda la víctima a los tribunales e intercala el relato con entrevistas a los involucrados. La historia cuenta también cómo un sistema penal débil deja impunes este tipo de crímenes.

Guatemala se escribe con zeta (2011) es un barrido histórico desde las primeras épocas del narcotráfico en Guatemala hasta el momento en el que Los Zetas decidieron romper un cierto orden establecido. Martínez intercala las voces de agentes de inteligencia, militares y cómplices del narco para narrar cómo el gobierno es incapaz de combatir a un grupo criminal que echó raíces en Guatemala.

En *Langostas, pangas y cocaína* (2011), Martínez visita la costa caribe de Nicaragua, donde descubre un particular ecosistema del narcotráfico donde conviven con cierta tolerancia los carteles sudamericanos, los jefes locales y la autoridad. Mediante testimonios de agentes anti drogas, pescadores y líderes comunales y religiosos, Martínez dibuja un escenario con reglas diferentes a las del narco en Honduras, El Salvador o México.

La otra parte de esa mini serie es *Narco hecho en Centroamérica* (2012), un relato que gira alrededor del testimonio de uno de los cuatro capos de Rivas, en el Pacífico nicaragüense, según relata el autor. Martínez conversa con él y desvela un mundo con tolerancia similar al de la costa Caribe, pero donde los furgones, la porosa frontera con Costa Rica y la sombra de los carteles mexicanos dominan el panorama.

En los apartados siguientes se detallan cuáles son los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor presentes en dichas crónicas de Martínez.

Recursos periodísticos utilizados en cinco crónicas de Óscar Martínez

Poniendo como premisa la vocación periodística de un texto, Óscar Martínez habla con hechos de interés periodístico, datos duros y fuentes, a partir de los cuales entretiene historias que buscan explicar una violencia arraigada en Guatemala y El Salvador y que se extiende para formar un ecosistema de narco delincuencia en Nicaragua.

De esta manera, los seis factores de interés periodístico analizados están presentes en las cinco crónicas estudiadas: *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011), *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011), *Langostas, pangas y cocaína* (Martínez, 2011), *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012), y *Narco hecho en Centroamérica* (Martínez, 2012). No están todos los factores en cada crónica, pero todos los textos analizados tienen al menos tres de ellos; incluso varias tienen cinco y hasta seis.

La actualidad es uno de los factores presentes en todas las crónicas analizadas. Se refleja de diferentes maneras, especialmente mediante la referencia a hechos noticiosos que hacen del relato una historia de interés público en el contexto donde se publican, con una actualidad no inmediata, sino más reposada. Por ejemplo, en *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2011), se menciona que El Salvador es el país centroamericano que más casos de trata ha ganado en los tribunales. A su vez, cita, en este contexto hechos actuales y noticiosos:

Guatemala ya ha condenado a varios colombianos por el delito de trata, acusados de pertenecer a una red conocida como la red del departamento de Pereira,

dedicada a traer mujeres voluptuosas desde esa región colombiana bajo la mentira de que se dedicarían al modelaje. (parr. 137)

En algunos casos el periodista utiliza citas de algunos de los personajes que entrevistó para mostrar que los hechos que ellos narran siguen siendo vigentes. Por ejemplo, en *Narco hecho en Centroamérica* (2012), uno de los capos de la droga en el Pacífico nica dice: “—Creo que ahorita aquí hay más droga que en Pereira, Colombia (parr. 45)”, una muestra evidente de la relevancia de esa historia al momento de publicación.

Otro recurso del que se vale Martínez es contraponer una situación previa al escenario actual, mostrando cómo la desintegración social escala en años recientes y sugiriendo que todavía se mantiene esa estructura al momento de contar él la historia. En *Langostas, pangas y cocaína* (2011), uno de los agentes policiales asegura que

—Hace unos seis años atrás, cuando nos identificaban, tiraban las armas, y la captura se hacía pasiva, menos cuando era de noche y no había visibilidad, pero al grito de ¡Fuerza Naval de Nicaragua! todo cambiaba. Ahora, todo ha cambiado en un 100%. Es un combate. El año pasado, septiembre, un sargento perdió la pierna producto de un intercambio de disparos con narcos. (parr. 55)

En *Guatemala se escribe con zeta* (2011), por su parte, los hechos se enmarcan en la declaratoria de un Estado de Sitio:

El 19 de diciembre de 2010 el Gobierno del presidente Álvaro Cólom decretó Estado de Sitio en Alta Verapaz. Un Estado de Sitio, como establece la Ley de Orden Público, es el paso previo al Estado de Guerra: limita la libre circulación y permite cateos sin orden judicial. (parr. 38)

El reconocimiento de una situación en las cárceles precarias en El Salvador también hacen del relato actual y de alto interés, ya que narra la situación que se vive dentro de los centros penales:

No hace falta una investigación para saber que en un sistema apto para 8 mil 80 reos que alberga a 23 mil 48, las condiciones están a un abismo de distancia de ser óptimas. No hace falta quitarle tiempo a un reo para enterarse cuando el mismísimo director de centros penales lo reconoce y los directores de los penales cuentan anécdotas de reos que duermen parados, de olores fétidos hasta lo vomitivo, de reos que cazan gatos para hacer sopa...(parr. 3)

Así como el sistema penitenciario salvadoreño es de interés público para la audiencia local, el manejo (y los fallos) en la lucha contra el narcotráfico en otros países centroamericanos es igual de relevante para esa audiencia. En los textos de Martínez, son de la misma manera importantes los acercamientos del narco con políticos que las colaboraciones de capos locales con personajes más discretos, como el pangüero Sadú, personaje de *Langostas, pangas y cocaína* (2011):

Los estudiosos, los analistas, los políticos utilizan casos de otros políticos que fueron comprados por el narco por exorbitantes sumas, por millones de dólares. Políticos con buenos sueldos y excelentes carros que querían más y más y más, pero no porque no tuvieran. Pero, pienso yo aquí al pie de una panga inútil, si no es el dilema de Sadú el que explica mejor lo complicado —imposible— que es cortar este flujo que no solo tiene que ver con drogadictos y traficantes, sino también con gente pobre que necesitaba un motor, gente indígena que lo consiguió aceptando la única oferta que tenía a la mano, gente que perdió un motor, gente que de nuevo necesita un motor. Gente que de nuevo tiene solo una oferta. (Martínez, 2011, parr. 83)

Ahí mismo Martínez retrata el conflicto, entendido como esa dificultad que tienen las víctimas de lidiar con la situación de violencia a la que fueron expuestas y lo complicado que suele ser hallar las respuestas correctas para salir de la crisis

centroamericana del narcotráfico y la violencia institucionalizada. En *Narco hecho en Centroamérica* (2012), el autor sostiene que “Parece que hay clientes de sobra, y siempre necesitarán de un local. Entonces, siempre habrá locales. Y siempre los habrá, cree el narco de Rivas, porque la oferta es más seductora que otras” (parr. 40).

Para elaborar el caso de *Langostas, pangas y cocaína* (2011), Martínez de nuevo recurre al agente policial, quien narra por qué sigue empeñado en hacer su trabajo y, tal vez sin quererlo, muestra los impactos multiplicadores que el narcotráfico tiene en la región:

—Te diré por qué —me responde serio—. Si antes te emborrachabas aquí en Bilwi y te quedabas dormido en el parque central, amanecías con zapatos. Hoy no, amanecés sin zapatos y sin pantalón, porque los muchachos que fuman el crack hacen lo que sea para tener dinero y comprar. Esta gente es pacífica. Abandonados como están, siempre han sabido vivir comiendo de lo que cultivan y curándose con sus raíces. El paso de la droga crea necesidades. Le enseña al que no tiene nada pero es feliz, que otro tiene algo mejor, que eso otro es felicidad, y eso jode, jode a un pueblo. Contra eso lucho. (Martínez, 2011, parr. 62)

El temor de denunciar y sufrir luego consecuencias, es la forma de reflejar el conflicto en en *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012), donde las autoridades explican el dilema interno que vivía la protagonista del relato:

Grecia, dicen las fiscales, temía que al denunciar a Ovidio en México, se informaría a las autoridades salvadoreñas, y al enterarse, Ovidio podía dañar a su familia. Por eso, lo borró de la historia cuando estuvo allá, y solo fue capaz de incluirlo cuando, ya en El Salvador, pudo constatar que su familia estaba bien y advertirles sobre el riesgo. Las fiscales explican que el peritaje psicológico de Grecia da argumentos que hacen creíble esa versión. Grecia, como dijeron los que la evaluaron, temía. Temía mucho. (parr. 170)

Al igual que en las crónicas analizadas de Almazán o Valencia, la rareza se deja ver en la descripción de una violencia casi hiperbólica:

—¿Con qué la golpearon?

—Con un bate, pero como no se moría, le prendieron fuego con gasolina. Gritaba de dolor, y ellos le pegaban más. Media hora, 45 minutos. El cuerpo quedó irreconocible, carbonizada, no se le veían pies. Carne quemada sin cabello. La colocaron en un altar de la Santa Muerte ahí mismo (Martínez, 2012, parr. 123-124, *Los hombres que vendían a las mujeres*).

La mención de que la problemática que se narra en los textos (trata, narcotráfico, violencia en las cárceles) no es exclusiva de uno de los países centroamericanos sino que se trata de un fenómeno regional dota de proximidad a las crónicas.

Por ejemplo, el periodista escribe que “los cuatro países del norte centroamericano son de origen, tránsito y destino de víctimas de trata, en los cuatro países ocurren casos de explotación sexual” (Martínez, 2012, parr. 26, *Los hombres que vendían a las mujeres*), que “esta actitud permisiva de los Estados Unidos facilita en los 90 la llegada de colombianos a Centroamérica, sobretodo a Guatemala”, (Martínez, 2011, parr. 25, *Guatemala se escribe con zeta*) o que:

Por supuesto, la Capitanía de Puerto encargada de vigilar estos 500 kilómetros de costa enclavados en la principal ruta marítima de las más de 500 toneladas anuales de cocaína que escalan Centroamérica hacia el norte, no tiene un generador eléctrico. Hoy, por cierto, ni siquiera pilas para la lámpara de mano. (Martínez, 2011, parr. 3, *Langostas, pangas y cocaína*).

Los alcances de dicha violencia y el impacto que tienen en la sociedad, no son aislados sino que su efecto es multiplicador y es evidente la magnitud que tiene para la región. En todas las crónicas de Martínez está presente la misma como un elemento fundamental, como si el reportero quisiera recordarle al lector que los hechos que narra distan de ser aislados.

Tal como muestra el extracto anterior de *Langostas, pangas y cocaína* (Martínez, 2011), una zona del mundo donde se puedan mover 500 toneladas anuales de cocaína (como el Pacífico nica en *Narco hecho en Centroamérica* (2012)) tiene un impacto encadenado para la sociedad mucho mayor que un pueblo montañés donde apenas llega droga por un vendedor local.

Incluso, el autor explica el razonamiento de especialistas en el tema y desgrana para el lector la magnitud real del tráfico de droga a través de Nicaragua, contraponiendo la versión oficial del gobierno:

En segundo lugar, porque los organismos internacionales siguen hablando de una producción de cocaína por los países andinos de 850 toneladas anuales desde, al menos, 2009. De esas, el 90% pasa por Centroamérica en su carrera hacia el norte. Orozco suma elementos y concluye que si los índices de consumo en Estados Unidos se mantienen estables desde hace años, que si los índices de producción andina se mantienen estables desde hace años, que si los índices de consumo centroamericanos y mexicanos aumentan cada año, entonces la Policía debe estar equivocada cuando dice que está pasando menos droga por su país. (Martínez, 2012, parr. 36, *Pangas, langostas y cocaína*)

Martínez muestra en las dos crónicas nicaragüenses analizadas el impacto masivo del trasiego de droga a través del país, pero en sus textos ubicados en El Salvador muestra la magnitud de la violencia en esa nación. “Una matanza entre los 3 mil 700 internos apiñados en ese espacio diseñado para un máximo de mil 800 seres humanos. Una carnicería en aquel recinto que alberga a mil 900 presos más de los que le caben” (Martínez, 2011, parr. 4), dice Martínez en *Los hombres que arrastran clavos*, ilustrando la magnitud del hacinamiento carcelario.

En *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) hace referencia a hechos noticiosos que explican la gravedad de la situación con Los Zetas:

Las noticias que bajaban de la neblinosa Cobán parecían llegar de algún pueblito de narcos de la frontera entre México y Estados Unidos: narcos violando a

mujeres indígenas en aldeas otrora pacíficas, jefes narcos poniendo perímetro alrededor de un McDonalds para comerse un combo, hombres borrachos en las plazas que ejercían de halcones con sus Ak-47 a la vista. (parr. 40)

Otro de los recursos periodísticos que utiliza Óscar Martínez en las crónicas estudiadas es el uso de fuentes testimoniales, una característica que comparten casi todos los textos de los tres periodistas analizados en esta investigación. En *Los Hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011), Martínez conversa con presos pertenecientes a los diferentes grupos dentro de la cárcel con el fin de entender el conflicto interno que se vive en el centro penal, mientras que en *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) los testimonios provienen de ex agentes militares, de inteligencia y de un indígena que trabaja con Los Zetas, que permiten contextualizar el antes y el ahora de la situación del narco en Guatemala.

Un caso interesante es *Narco hecho en Centroamérica* (2012), donde una misma fuente testimonial sirve como motor para mover toda la historia. “El narco”, a quien llama Martínez uno de los cuatro capos del departamento de Rivas, ofrece su versión del tráfico de drogas a través de esta región nica, primero con frases algo discretas y luego revelándose al autor y al lector: “—Supuestamente yo soy tumbador. Viene un cargamento y se le hace su operación. Si uno anduvo en la guerra... sabe —se presenta al poco el verdadero narco de Rivas.” (Martínez, 2012, parr. 18). Aunque hay otras fuentes menores en la crónica, es interesante el peso que pone Martínez en este hombre para mover la historia.

En el caso de *Los hombres que vendían a las mujeres* (2012), el testimonio principal sobre el cual se entreteje el relato es particular, ya que no se trata de una entrevista directa con la víctima, sino que éste se extrae de una grabación del juicio. Sin embargo, en esta crónica se agregan otras fuentes relacionadas que permiten contrastar y reforzar el testimonio de Grecia, como entrevistas a uno de los tratantes y a expertos de organizaciones de atención psicológica a las víctimas, la coordinadora de la unidad especializada de trata de la fiscalía salvadoreña y otros tres miembros de diversos departamentos de la fiscalía de Guatemala.

Martínez refuerza los testimonios de los protagonistas con entrevistas a expertos en el tema y a autoridades que puedan poner en perspectiva los hechos que él relata. Generalmente se trata de las autoridades de las instituciones relacionadas con sus temas, como jefes de instituciones de inteligencia (en *Guatemala se escribe con Zeta*, 2011) o el personal que desde esas instituciones trata con las personas involucradas en situaciones de violencia (*Los hombres que vendían a las mujeres*, 2012). En las dos crónicas ubicadas en Nicaragua, el cronista elige al mismo experto, un investigador del Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas.

A pesar de esta variedad en el origen de las fuentes, el periodista no hace regla contraponer las diferentes versiones que pueden hacer sobre los hechos que relata. En dos de ellos (*Guatemala se escribe con Zeta*, 2011, y *Los hombres que arrastran clavos*, 2011) los diferentes testimonios se complementan y refuerzan el relato, mientras que en otras hay una divergencia entre la versión de las autoridades estatales, en particular las fuerzas de seguridad, y testigos que viven más de cerca la violencia o el narcotráfico.

A esto se suma el uso de cifras estadísticas y documentos oficiales que dotan de verosimilitud y credibilidad al relato; por ejemplo:

El informe de este año publicado por la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito explica que en El Salvador, las víctimas de trata para explotación sexual detectadas por la Policía entre 2005 y 2010 eran en un 79% nacionales. En cambio, en Guatemala, en el mismo período, solo el 4% de las víctimas era de ese país. El 89% eran personas de Honduras, El Salvador y Nicaragua. (Martínez, 2012, parr. 14, *Los hombres que vendían a las mujeres*)

Lo mismo hace con todas menos una de las crónicas. La información viene de diferentes fuentes: organizaciones internacionales, centros de investigación locales o las autoridades de cada país. En ocasiones es apenas una línea, como en *Langostas, pangas y cocaína*, donde señala que “El departamento de la RAAN que menos pobreza extrema tiene es Bilwi, donde casi el 64% de los habitantes están bajo esa línea, según información del Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas (IEEPP).” (Martínez, 2011, parr. 22). Un esfuerzo similar, pero menos constante en las crónicas

analizadas (solo presente en dos de las cinco) es la utilización de informes o documentos oficiales en las crónicas.

Norma común en los textos es también la inclusión de un contexto histórico que intenta explicar la situación que se está contando: ni la trata, ni el narcotráfico ni la violencia carcelaria son hechos espontáneos.

La tensión a la espera de un enfrentamiento en la cárcel de Apanteos, tiene sus raíces en otras matanzas años atrás en ese, y otros centros penales:

En agosto de 2004, en Mariona había miembros de la Barrio 18 y civiles, muchos de estos últimos agrupados en la otrora organización criminal líder dentro de los penales: La Raza. Todo empezó, según tres reos que estuvieron en aquel momento, porque los 18 compraron a los custodios unos polines que unos albañiles que realizaban obras en el penal habían olvidado. (Martínez, 2011, parr. 41, *Los hombres que arrastran clavos*).

En el mismo sentido, el narcotráfico sembró su semilla en tierras guatemaltecas desde los años 60 “El narcotráfico no era lo que hoy día en términos de volúmenes de la cocaína que trasiega por acá y el tamaño del mercado. Hablo de los años 60 y mitad de los 70” (Martínez, 2011, parr. 19, *Guatemala se escribe con zeta*).

Martínez tiene el cuidado de ofrecer una explicación lógica de por qué la violencia y el narcotráfico se asentaron en los últimos años en ciertos sectores de Centroamérica, “prefiriéndolos” por encima de otras partes de la región. Por ejemplo, al analizar el tráfico de cocaína en la costa caribe de Nicaragua en *Langostas, pangas y cocaína* (2011), pone de manifiesto que la zona era un caldo de cultivo perfecto para una actividad económica con alto requerimiento de armas de fuego y violencia, como el narcotráfico centroamericano:

El Caribe nica, pobre, extenso y poco accesible, ofrece una característica más que hace que sea suculento para los narcotraficantes. Está armado. Si bien en el Pacífico y el centro del país hubo procesos de desarme, en toda la Región Autónoma del Caribe, sur y norte, no hubo nada de eso. Durante la guerra civil

nicaragüense y aún años después, desde aquí operaron dos grandes grupos de la Contra que se oponían a la revolución, unificados en el Frente Indígena. Los FAL y AK-47, armas que escupieron la muerte en las guerras centroamericanas, con los que dispararon los habitantes de Walpasiksa no vinieron en lancha desde Colombia. Estaban aquí desde la década de los ochenta. (Martínez, 2011, parr. 33)

El periodista procura en cada texto poner de manifiesto una realidad más amplia. En *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012) queda claro que el hecho de trata que denuncia Grecia no es aislado y tiene antecedentes:

Por ejemplo, en El Salvador, Ángel Mauricio Ayala, Kevin Oswaldo Chicas Lobato y Joel Josué Mendoza fueron condenados en 2011 a seis años y ocho meses de prisión por haber obligado a dos nicaragüenses que buscaban empleo en el oriental departamento de San Miguel a prostituirse en una cervecería y, a la que consideraban demasiado vieja para atender clientes, a servir sin paga como empleada doméstica. (parr. 68)

En resumen, hay una presencia, en las cinco crónicas de elementos periodísticos, que hacen de la crónica un texto informativo que habla sobre hechos actuales y de interés público.

El contraste de fuentes, el uso de datos duros y la introducción de elementos de contexto permiten que las historias narradas no pierdan las cualidades de un texto periodístico. Las situaciones precarias y de imposibilidad de las autoridades de controlar o prevenir las masacres en las cárceles, la trata de mujeres que queda impune ante las autoridades, o la convivencia diaria con el narco, son todos hechos que bien podrían fungir en un titular en un medio de prensa.

Así, las crónicas tiene un sello del periodismo, que no se diluye al mezclarlo con otros elementos como los literarios o los subjetivos que se analizarán a continuación.

Recursos literarios utilizados en cinco crónicas de Óscar Martínez

Contar historias con la aridez que manda el periodismo informativo, está lejos de ser la norma en las crónicas analizadas de Óscar Martínez. En los textos, por el contrario, se cuelan elementos literarios que moldean la crudeza de los hechos que cuenta, les da personalidad y los impregna de voces particulares.

En las cinco crónicas analizadas, Óscar Martínez hace un registro total de sus personajes, partiendo de sus descripciones físicas como “Sale un tipo flaco, fibroso, tatuado desde los hombros hasta las muñecas, y con unas ojeras que le ensombrecen la mitad de su rostro de mapache” (2011, parr. 22, *Los hombres que arrastran clavos*) o “Entrada la noche, al fin llega el hombre bajito, moreno, pelo lacio y de bigote, prototípico de este país” (2011, parr. 59, *Guatemala se escribe con zeta*). En todos los textos, Martínez hace una descripción detallada de al menos uno de los personajes de su relato. Incluso, utiliza este recurso para transmitir ideas del tipo de personas que están involucrados, según su experiencia, en las actividades que describe. Al describir al “Narco de Rivas”, en *Narco hecho en Centroamérica* (2011) dice que:

Parece hecho con el mismo molde que varios de los narcos con los que he conversado. Regordete, moreno, con enormes manos, amable al primer trato, jovial, dicharachero, de hablar campechano, sudoroso y con alguna muletilla confianzuda: hermanito, mi amigo, maestro, viejo, viejito. (Martínez, 2012, parr. 13)

A su vez describe a los personajes más allá de sus atributos físicos, incorporando elementos de su entorno que permitan explicarlos, como en el caso de *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2012):

Rigoberto es un hombre de 48 años que estudió solo un año en la escuela, que cultivó milpas de maíz toda su infancia y adolescencia, que en 1982, cuando tenía 18 años y la guerra civil salvadoreña apenas empezaba, fue reclutado por el Ejército, que cuando la guerra terminó siguió trabajando de cargar un fusil, en este caso como guardia de seguridad de una empresa de esas que alquila hombres

como Rigoberto a negocios, farmacias, tiendas, supermercados, ferreterías...
(parr. 52)

Esta utilización del entorno en el que se mueve la historia para ubicar un hecho relevante también se utiliza en otras crónicas. La descripción amplia de los espacios, mediante el plano general es menos común (solo aparece en tres de las cinco crónicas), aunque sí se utiliza en textos como *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) para ambientar:

En la cárcel, algunos reos juegan fútbol, hablan en las esquinas, comen en los comedores o aguardan esposados su traslado a alguna audiencia. Aquí hay presos comunes –paisas les llaman-, y pandilleros, casi todos de la Mara Salvatrucha y el Barrio 18 (parr. 3).

Lo mismo sucede con *Langostas, pangas y cocaína* (2011) y en *Narco hecho en Centroamérica* (2012) donde destaca el espacio que destina el periodista para describir uno de los lugares donde se desarrolla la historia. Cuando la práctica común en periodismo es apenas consignar la ubicación y un par de detalles sobre ella, Martínez se explaya en un largo párrafo al describir los lugares, como el caso de este puerto en el Caribe nica:

La incomodidad de dos horas bajo el inclemente sol y el dolor en las nalgas causado por el golpeteo de la lancha con el oleaje empiezan a valer la pena cuando nos desviamos por la laguna rodeada de manglar que da entrada a Sandy Bay. Esta es la capital de la droga en la RAAN, según los militares y los policías. A simple vista, un lugar hermoso. Compuesto por 11 barrios, Sandy Bay se muestra primero a través de uno de ellos, Lidaukra. Guardando las distancias, esto recuerda a la isla de los famosos de Miami, casas de dos plantas con fachada a la laguna, amplios ventanales y jardines bien recortados. (Martínez, 2011, parr. 96, *Langostas, pangas y cocaína*).

Para describir el uso de figuras literarias es frecuente. Las anáforas se utilizan en varios de los textos y cumplen una función de dotar de musicalidad a la crónica; por ejemplo:

El coordinador del 11 le llama mierdosos a los mareros. El coordinador del 11 lleva más de 10 años encerrado. El coordinador del 11 sabe que en las cárceles hay tiempo para cobrar las deudas, y lo recuerda de su última masacre. (Martínez, 2011, parr. 32, *Los hombres que arrastran clavos*).

En *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2012) usa dos tipos de anáfora, primero utiliza la frase “Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia” (parr. 38) para introducir varios segmentos del texto, y a la vez usa el nombre de Grecia de forma continua en un párrafo para describir uno de los episodios de violencia “Grecia cuenta que los clientes la forzaban a fumar crack, a consumir cocaína. Grecia cuenta que los clientes jamás aceptaban utilizar condón. Grecia cuenta que así pasó más de un mes” (parr. 116).

También se usan símiles como “los tratantes huelen el desamparo y la vulnerabilidad como los tiburones la sangre” (Martínez, 2012, parr. 27, *Los hombres que vendían a las mujeres*). Las metáforas son también un recurso que aplica Martínez. En *Narco hecho en Centroamérica* (Martínez, 2012) dice que:

El narco de Rivas empieza a hablar de lo mismo que los otros tres narcos centroamericanos a los que he entrevistado. Que dejaron el negocio. Esa afirmación suele ser como las boletas de raspe y gane. Con tantito que se le pase la uña, aparece la verdad. (parr. 17)

En una de las crónicas, Martínez recurre al recurso del detalle temático para darle fuerza al relato. Mientras nos describe la casa de un pescador que debió olvidarse de las langostas porque el motor de su panga dejó de funcionar, nos muestra la palangana donde guardaba los animales tras sacarlos del mar, revelando la importancia que tiene este artículo en la historia que pretende contar:

Su casa, como la de la mayoría de pescadores, está en el barrio El Muelle. Su casa es la de un pobre, de tablones viejos de madera, con apenas muebles, y los que hay muy viejos. En la sala, hace de asiento la palangana para las langostas que lleva cinco años en desuso. (Martínez, 2011, parr. 71)

Con toda la casa a su disposición para describirla, la elección de Martínez de presentar la palangana en su ubicación actual (y que también menciona en otra parte del texto) hacen esta línea un detalle temático que permite una lectura diferente del texto.

En las cinco crónicas la interlocución es el principal vehículo para darle voz a los personajes y el periodista renuncia a utilizar otros recursos como el monólogo interior o la narración en segunda persona para avanzar el relato, herramientas que sí aparecen en textos de los otros dos cronistas analizados. Además, el diálogo se vuelve una herramienta para reproducir el léxico de testigos y expertos, salpicando el texto final con detalles de la personalidad de los personajes y conectando de este modo al lector con la realidad narrada.

-Entonces, ¿todos están esperando la masacre en Apanteos?

-Pues sí, yo te dije que ahí lo que tienen es una bomba de tiempo que va a estallar de un solo *vergazo*, pues.

-Pero algo se podrá hacer. (Martínez, 2011, parr. 6-9, *Los hombres que arrastran clavos*, itálicas no están en el original)

O en un segmento de *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011): “-Es que, vea *usté*, así era la movidita: si había *platica*, yo te componía en 20 minutos un kilo, hacía la mezcla y la dejaba lista para volverla a cocinar” (parr. 6, itálicas no están en el original). Lo mismo sucede en *Langostas, pangas y cocaína* (2011), donde el español característico de la costa Caribe de Nicaragua queda plasmado en el texto a través de un panguero. “No puedo. Motor de 60 caballos vale 5 mil dólares. Aquí todo más caro, porque todos venden a precio de gente que puede pagar, y alguna gente puede pagar mucho”, (Martínez, 2011, parr. 76) y en *Narco hecho en Centroamérica* (2012) “Venite

pues, echémonos un cafecito, que esto está duro. ¿Dónde estás? Voy a mandar a que te recojan.” (Martínez, 2012, parr. 12).

Este recurso, utilizado también por los otros dos periodistas estudiados, permite que las fuentes se conviertan en personajes, que hablan de forma característica y única.

A pesar de la efectividad de este recurso que hace del relato más verosímil, en ocasiones también se emplea la cita indirecta: “Uno de mis informantes presos recuerda que entonces todo se ralentizó. El retumbo cesó y un silencio total puso dramatismo a la escena de centenares de pandilleros entrando por el hueco de la pared.” (Martínez, 2011, parr. 37, *Los hombres que arrastran clavos*). En ocasiones, se emplea para transmitir información que textualmente tal vez no sea rica (o que por algún motivo el periodista no haya captado literalmente) pero que aporta al relato. En *Narco hecho en Centroamérica* (2012), Martínez muestra que la mujer del narco habla con él por teléfono, una conversación que en otro género periodístico podría ser prescindible, pero que el autor decide incluir para mostrar más caras de su personaje, el narco: “Son las 9 de la mañana y, según me dice su mujer, el narco de Rivas se ha encerrado en su habitación bajo llave para dormir su resaca en paz. Pero asegura que lo levantará a como dé lugar.” (Martínez, 2012, parr. 10).

Esto muestra que no se escoge una forma única de reproducir el discurso, sino que se escoge la más adecuada dependiendo de la intención que quiera transmitir el cronista.

Asimismo, el autor también elige en su narración los recursos más adecuados para relatar los hechos que va conociendo y en sus textos priman las escenas como herramienta periodística y literaria. Martínez, si bien no segmenta en escenas todos sus relatos, sí hace uso de éstas para contar fragmentos específicos. Tal es el caso del primer apartado de *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011), donde describe cómo El Colombiano (uno de los personajes) mezclaba cocaína para hacer piedras de crack en la cárcel.

En *Langostas, pangas y cocaína* (2011), el periodista visita la localidad de Sandy Bay y la narra en forma de escena, tal como lo haría una obra teatral con un acto. Tal como se mostró en el extracto previo, donde se evidenció el uso del plano general para ubicar geográficamente al lector, los párrafos que Martínez utiliza para narrar su estancia en la ciudad, perfectamente podrían servir para adaptarlo al teatro: describe el lugar y los

personajes, facilita diálogos sobre su interacción y el extracto completo tiene sentido por sí mismo (par 94-110).

Del mismo modo, los primeros párrafos muestran una escena que comparte las mismas características, donde el autor conversa con el capitán de Puerto Cabezas (o Bilwi, según el nombre indígena) y relata la conversación, incluso detallando que la luz falló y que no hay baterías para el foco de mano (parr. 1-12).

En *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012) las escenas las usa de forma reiterada para describir episodios de la experiencia de Grecia con la red de tratantes:

El miércoles 26 de mayo de 2010, una mujer salvadoreña de 29 años vio en un diario la fotografía de alguien que le parecía conocido bajando de un pick up esposado a otros dos hombres. (...) La mujer de 29 años creyó conocer al hombre gordo de la foto, pero intentó no pensar en ello durante el día. Por la noche de ese miércoles, el hombre gordo volvió a aparecer en todos los noticieros, incluso dijo algunas palabras y se escuchó su voz chillona. La mujer no pudo obviar más que ella conocía al hombre gordo. Lo conocía muy bien. La mujer era Grecia y el hombre gordo, Omega. (parr. 155).

El punto de vista de los personajes queda reflejado de forma testimonial, cuándo éstos narran sus vivencias, como es el caso de Grecia cuando cuenta a los tribunales su caso.

El periodista también escribe en primera persona, dejando claro que él estuvo presente en ciertos momentos, y que, por su involucramiento en lo narrado, él también es parte de la historia. “El siguiente día me reuní en el centro de San Salvador con alguien muy cercano a los reos comunes del país” (Martínez, 2011, parr. 6), narra por ejemplo en *Los hombres que arrastran clavos*, o en *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) dice:

Se me viene a la mente la expresión del policía con el que conversé en Ciudad de Guatemala, en el cuartel central, hace unos días, y me recuerda a los tantos con

los que platicué en México, cuando durante un año cubrí la actividad de Los Zetas. (parr. 83).

El involucramiento del periodista/personaje llega al punto de revelarle al lector los entretelones de su crónica. En varias ocasiones del texto, Martínez se convierte un personaje de sí mismo y sus acciones (las del reportero/personaje) ayudan a mover el relato. Por ejemplo, en *Langostas, pangas y cocaína* (2011), le solicita a una autoridad local que le presente un “ha-sido-de-todo” y lo consigna de ese modo: “Hoy nos hemos dado cita con Matías en el mismo restaurante con mirador. Ayer le comenté que necesitaba encontrar fuentes directas, algún «ha-sido-de-todo» como le dicen por aquí a los multiuso.” (Martínez, 2011, parr. 63). Al relatar que él le pidió a la fuente (Matías) el contacto, muestra no solo su propio oficio, sino las relaciones complejas que suceden en la lucha contra el narcotráfico en Nicaragua e involucra al lector en su propia búsqueda de los personajes que se mueven en ese ecosistema.

Lo mismo hace en *Narco hecho en Centroamérica* (2012), donde el texto empieza con una confesión al lector: hubo complicaciones en mi reporteo:

Hoy no habrá cita con el narco. El trato era otro. Si hoy antes de las 5 de la tarde yo me plantaba en San Jorge, departamento de Rivas, Nicaragua, muy cerca de la frontera con Costa Rica, habría cita con el narco. Pero ahora mismo es el día y la hora indicada y no habrá cita con el narco. (Martínez, 2012, parr. 1).

Lejos de ser una revelación caprichosa, la anotación de Martínez explica desde el primer párrafo la naturaleza del narco, que luego desarrolla en el resto de la crónica.

En momentos, Martínez se distancia del relato y opta por narrar en tercera persona “A las 5 de la tarde del viernes 5 de enero de ese año, los civiles de Apanteos escucharon disparos desde los garitones de vigilancia de los custodies” (2011, parr. 34, Los hombres que arrastran clavos). Este tipo de narración es también parte de contar la historia a través de un narrador omnisciente neutral que solamente observa:

Lo atraparon en una casa, en Mazatenango, junto a su padre y un militar guatemalteco que los apoyaba. Está convencido de que hubo chivato. El operativo

llegó directo a derribar la puerta justo cuando El Colombiano tenía las manos enterradas en 22 kilos de cocaína. (Martínez, 2011, parr. 5, *Guatemala se escribe con zeta*)

El mismo ejercicio lo ejecuta en *Langostas, pangas y cocaína* (2011), donde narra el avance de un grupo de oficiales de seguridad nicaragüenses hacia Walpasiksa, una zona del litoral caribe, donde son recibidos por un grupo de lugareños opuestos a su presencia y maneja una narración omnisciente y neutral, donde el reportero recrea la escena con base en las declaraciones de Matías, su fuente, ahondando en los detalles pero sin emitir un criterio determinante sobre lo ocurrido:

Un minuto duró el diálogo. Los policías negociaban que los dejaran entrar aunque fuera a reconocer la escena. De repente, una bala cayó cerca de una de las pangas. Hubo silencio, como cuando las primeras gotas de lluvia crujen en la tierra y todos callan para saber si anunciar: llueve. Llovió. El silencio terminó cuando todas las armas de los guardianes de Walpasiksa empezaron a tronar. AK-47, escopetas 22 y fusiles FAL escupieron balas sin cesar mientras los policías y militares, ante la insólita reacción, se refugiaban en sus propias barcas durante los 30 minutos en los que Matías apenas logró asomar el cañón de su Taurus para responder con algún plomo. (Martínez, 2011, parr. 27)

Otro tipo de inmersión la logra a través del narrador omnisciente editorial, con el que no solo narra sino que opina. Éste aparece en *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011), donde describe personificando, con expresiones como “el sistema viendo, incapaz de meter mano”:

Todos lo sabían. Hasta la voz más sometida dentro de los barrotes. Sin embargo, El Gusano ayudaba a comprender cuán grande es el iceberg y cuán poco deja ver. La masacre venidera no tenía que ver con pleitos de “me caés mal”, tenía que ver con estructuras, con dominós donde las piezas son penitenciarías y el premio es el

control de centrales del crimen. Desde una cárcel, la de máxima seguridad, llegaban las órdenes, unas de El Animal y otras probablemente de El Diablito, el señalado como jefe nacional de la MS, y en Apanteos sus perros escuchaban y se preparaban. Unos infiltrando los sectores de los otros. Los otros dándose cada vez más cuenta de la estrategia y murmulando cómo enfrentar el embate. Y el sistema viendo, incapaz de meter mano, lo que se venía. (parr. 68)

A su vez los tiempos de narración son alterados, el desarrollo de la historia se construye por medio de fragmentos que, sin seguir un orden lineal, construyen un relato coherente.

Así por ejemplo, en *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011) se intercalan relatos de masacres anteriores en las cárceles, con el momento de tensión actual en el penal de Apanteos. Lo mismo ocurre en *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012), donde se escriben segmentos con el testimonio de Grecia y luego otros con entrevistas a expertos o involucrados en el caso. En el caso de *Langostas, pangas y cocaína* (2011), el periodista muestra la escena de la balacera entre policías y los habitantes de Walpasiksa en retrospectiva y luego continúa su narración:

En fin, de vuelta en Walpasiksa, aquel 7 de diciembre los pobladores de esa comunidad precaria que no supera las 100 chozas lograron rescatar a los pilotos colombianos y salvar el cargamento de droga. Al día siguiente, se apostaron en la playa porque sabían que dos pangas con ocho policías y 12 militares llegarían por la tarde. Los espías del muelle de Bilwi les informaron desde la mañana que habría movimiento. (Martínez, 2011, parr. 34).

En las crónicas analizadas, hay ausencia de intertextos directos, como citas textuales a poemas o cartas, pero sí el periodista sí hace un paralelismo entre uno de los personajes que conoce (una lideresa religiosa de la zona) y un personaje de Truman

Capote, uno de los padres del llamado Nuevo Periodismo norteamericano de la década de 1960 y 1970:

Cora me recuerda al personaje de un cuento de Truman Capote, Mr. Jones, un señor misterioso que recibía en su casa a cuanto visitante llegaba. Y llegaban muchos a contarle cosas, a preguntarle cosas, a contarle infidencias. El cuartito de Brooklyn donde Mr. Jones recibía a sus invitados cambia en el caso de Cora por el porche de su modesta casa de cemento, con una segunda planta en construcción, en pleno barrio Moravo de Bilwi, un sitio apacible. (Martínez, 2011, parr. 85).

Todas estas herramientas de la literatura que hacen de las historias de Martínez más reales. Los personajes, los lugares, las vivencias, dejar de ser rígidas y se salen del papel a través de estos elementos, creando imágenes en el lector. Si bien estas licencias dan paso a interpretaciones diversas de quien lee, éstas tienen límites trazados por la veracidad de los hechos, es decir el lector puede imaginar la escena a través de los recursos literarios, pero sin cambiar lo ocurrido: son hechos periodísticos, contados de una manera particular.

Recursos de voz de autor utilizados en cinco crónicas de Óscar Martínez

La subjetividad e inmersión del autor en los textos haciendo uso de elementos que hacen de un escrito subjetivo, para dejar plasmada su voz, están presentes en las crónicas estudiadas.

El uso de la primera persona es uno de los rasgos que se repiten en todas las crónicas. Martínez está presente en diferentes espacios, ya sea como testigo en *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011),

Me pregunté a quién con exactitud no le gustó, pero en los platos ya no había pollo ni carne frita y en los vasos solo quedaba la base espesa de la horchata y la conversación tenía que terminar y yo acostumbrarme a la regla de quien pregunta

por lo que pasa en las cárceles: hay otra pregunta más importante detrás de tu pregunta. (parr. 14)

como entrevistador, “—Cuando ya se había ido por primera vez, sabiendo cómo trabajaban ahí, ¿por qué volvió a El Pantanal? —le pregunto a Rigoberto” (Martínez, 2012, parr. 71, *Los hombres que vendían a las mujeres*), reflexionando sobre algún hecho específico: “Se me viene a la mente la expresión del policía con el que conversé en Ciudad de Guatemala, en el cuartel central, hace unos días” (Martínez, 2011, parr. 83, *Guatemala se escribe con zeta*) o contraponiendo su opinión con la de expertos y protagonistas: “La reverenda Cora Antonio coincide conmigo, pero encuentra que hay otros factores que han convertido a este Caribe en uno donde solo hay tres opciones: cocaína, pangas o langostas.” (Martínez, 2011, parr. 84, *Langostas, pangas y cocaína*).

Es revelador, se indicó antes, el uso que hace Martínez de su propia experiencia para convertirse en un personaje de su propio texto. Las anécdotas que relata sobre el texto, como sus problemas para poder conversar con el narco en *Narco hecho en Centroamérica* (2011) revela aspectos fundamentales del personaje que retrata y de la situación que narra. Con extractos como “Hoy no habrá cita con el narco. El trato era otro” (Martínez, 2012, parr. 1), Martínez no se involucra innecesariamente en el texto, sino que la presencia de la primera persona se justifica en tanto aporta al relato.

Emitir criterios sobre lo que observa también es una práctica encontrada en las cinco crónicas, ya que el autor expresa juicios de valor en los que reafirma su opinión: “Basta conocer su periplo para saber que llamarle denunciante a esa mujer es tan simplista como llamarle activista a Gandhi. Esa sobreviviente es una de las 16 mujeres que declararon en el juicio salvadoreño bajo identidad protegida” (Martínez, 2011, parr. 125, *Los hombres que vendían a las mujeres*) o “El tumbador es un cosechador de la traición en un gremio de traidores.” (Martínez, 2012, parr. 24, *Narco hecho en Centroamérica*).

En *Langostas, pangas y cocaína* (2011), Martínez contrapone su propia percepción de su alrededor al escenario que quieren mostrarle los dirigentes locales que le muestran Sandy Bay cuando él solicita una visita guiada:

Es descarado cómo estos hombres pretenden llevarnos solo a conocer el Sandy Bay más precario. Decimos que queremos ver el muelle, para acercarnos a las casas tipo Miami de Lidaukra, y nos llevan al margen casi inaccesible de una pequeña laguna. Decimos que queremos conocer el centro del pueblo y nos llevan a la casa de una anciana que no habla español y que ayer perdió su choza de palma de coco y madera por un incendio accidental, y se ha quedado sin nada, nada de nada. Pedimos ir hacia el centro una vez más y nos llevan a enseñar su cárcel, una mazmorra asfixiante donde encierran a los borrachos y problemáticos. (Martínez, 2011, parr. 104)

En otros segmentos recurre a juzgar los espacios, tal como en *Los hombres que arrastran clavos* (Martínez, 2011) donde dice: “Y es cierto, las condiciones son infrahumanas, inmundas, injustas, pero en esa inmundicia, las disputas son por poder.” (parr. 60) o en *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) “Un patio sucio y descuidado, conectado a México por una única puerta trasera. La frontera con Guatemala sería lo más parecido a esa puerta” (parr. 15).

Martínez también juzga cuando se involucra con los personajes y opina sobre lo que dicen. Por ejemplo en *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012) dice: “—¿Por qué nunca denunció lo que pasaba ahí? —pregunto a Rigoberto, concediéndole por un momento una pizca de credibilidad a su argumento de que él era un simple «barrendero, cholero» en el bar El Pantanal.” (parr. 59)

Las afirmaciones categóricas se incluyen en el relato como una forma de manifestar opiniones. Con expresiones como: “Los traficantes corrompen, matan o amenazan A, B o C. Las bandas de robacarros son un rayo, actúan en un santiamén. Los tratantes son como el agua que horada la piedra: inclementes, persistentes”. (Martínez, 2012, parr. 132, *Los hombres que vendían a las mujeres*) el periodista no deja espacio para debatir al lector y su afirmación se toma como cierta. Lo mismo sucede al evaluar el modus operandi de los narcotraficantes de la región que no están directamente asociados a ninguno de los grandes carteles o pandillas:

Esta bien podría ser otra regla del narco centroamericano por excelencia. El narco de este nivel, el agente libre que ahora mueve buenas cantidades para el mejor postor, tuvo una vida en la que era pan comido hacer una mejor oferta, mostrar una mejor baraja. (Martínez, 2012, parr. 42)

Las preguntas retóricas no son un recurso con utiliza con frecuencia. En *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) lo utiliza de un modo particular al anunciar la herramienta “Ahora que terminó el Estado de Sitio, ahora que Cobán retorna a su normalidad, mi informante plantea su propia pregunta retórica. —¿Y qué más iba a pasar?” (parr. 93-94). Por su parte, en *Narco hecho en Centroamérica* (2012) tiene una función más tradicional:

Estos tratos siempre penden de un hilo. ¿Por qué un narco querría hablar con un periodista? La respuesta es la de siempre. Por interés. Algo les interesa denunciar. Sí, los delincuentes tienen mucho que denunciar. Siempre les interesa acusar a alguien. (Martínez, 2012, parr. 3)

Para narrar sobre violencia la ironía parece ser un recurso, no solo presente en los textos analizados, sino útil para acercar al lector a los hechos. Martínez se encarga de contar un hecho violento para luego ironizar sobre el mismo en una reflexión al final de lo que cuenta:

—Había días en los que estaba hasta con siete hombres, pero como a mí no me gustaba nada de eso, hacía berrinche. Un día que el dueño se puso bolo, nos comenzó a pegar con el machete y a mí me hirió la pierna. Yo, llorando, le decía que me llevara al hospital. La herida se me infectó, y sólo me decía que me limpiara la pierna porque daba asco a los clientes.

A los clientes, una niña de 15 años con una herida profunda en la pierna lo que les daba era asco. (Martínez, 2012, parr. 36-37, Los hombres que vendían a las mujeres)

En sus textos sobre Nicaragua, Martínez recurre a la ironía para mostrar la falta de control que tiene el Estado nica sobre su territorio. En *Narco hecho en Centroamérica* (2012) muestra que la porosidad limítrofe del país es una de sus principales vulnerabilidades pues:

“Como departamento, Rivas es el único de Nicaragua que tiene paso fronterizo formal con Costa Rica, la frontera de Peñas Blancas. Eso y más de 80 puntos ciegos”. (Martínez, 2012, parr. 8). Además, en *Langostas, pangas y cocaína* (2011) muestra que esta vulnerabilidad es además un problema presente en sus mares.

Por supuesto, la Capitanía de Puerto encargada de vigilar estos 500 kilómetros de costa enclavados en la principal ruta marítima de las más de 500 toneladas anuales de cocaína que escalan Centroamérica hacia el norte, no tiene un generador eléctrico. Hoy, por cierto, ni siquiera pilas para la lámpara de mano. (Martínez, 2011, parr. 3)

Finalmente el uso de signos de puntuación no convencionales, no es la herramienta de subjetividad predilecta por el cronista. Este solo aparece una vez, con el objetivo de reforzar una de las palabras: “Cuando eso pasa, cuando uno espera lo contrario, las palabras suenan con más fuerza, con más entonación, sobre todo en el caso de una tan potente: ma-sa-cre.” (parr. 3)

De esta manera queda claro que Martínez no es ajeno a lo que escribe, no es un mero entrevistador que hace preguntas, sino que él mismo trata de construir sus propias respuestas siendo parte del relato. La subjetividad entonces, funciona como una herramienta para hacerse presente en la historia, no de forma protagónica sino con el objetivo de aportar a lo cuenta.

Análisis comparativo: tres voces, una misma caja de herramientas y tres estilos diferentes

Al tratar el tema de las herramientas periodísticas, literarias y de voz de autor, surge una interrogante: dadas las mismas posibilidades narrativas a disposición de todos los reporteros del mundo, ¿podría esperarse un abordaje similar a los hechos noticiosos y de interés público que atañan a sus audiencias? Es decir: si todos los reporteros tienen la misma materia prima para trabajar, ¿qué los diferencia?

Considerando esta misma caja de herramientas y dejando momentáneamente de lado la subjetividad del periodista, un investigador podría esperar cierta homogeneidad o al menos patrones claros y reiterativos en la crónicas sobre violencia en América Latina. Estas similitudes en estilos y abordajes las señala Herrscher (2012) como una tendencia que sí existe en diarios y sitios web enfocados en la inmediatez, al tiempo que otros autores, como Jaramillo (2012), argumentan que el periodismo narrativo ofrece una vía alternativa.

Esto podría llevarse a un extremo cuando se aplica un mismo instrumento a 15 textos de tres autores (aún más cuando, como se aprendió en las entrevistas, entre ellos se conocen y dos de ellos escriben para el mismo medio) y cuando sabemos que estos textos analizados son crónicas, que comparten ciertas convenciones particulares de contenido (como tema o locación) y/o forma (incluyendo estructura y estilo), como señaló Chandler (2000, p. 2). Si existe esta misma caja de herramientas y se aplica una misma serie de preguntas a un corpus de textos similares, ¿tiene sentido esperar que varíe tanto el resultado final entre un caso y otro? Si pensamos el periodista como un autómatas, apenas un canal que reproduce mensajes, la respuesta debería ser no.

Sin embargo, los resultados del análisis realizado a las cinco crónicas de Valencia, de Almazán y de Martínez muestran lo contrario: cada uno de los tres cronistas aplicó a su modo las herramientas (consciente o inconscientemente) y relató situaciones relativamente similares con abordajes muy diferentes y con una mezcla de recursos propia de su estilo. Los géneros no son categorías fijas y la crónica latinoamericana sobre violencia muestra una diversidad floreciente, aun cuando solamente analizamos una muestra reducida de periodistas.

Lleva razón Foucault (1969), a quien rescatamos del marco teórico, al decir que el

autor se distingue porque logra “la proyección, [...], del tratamiento aplicado a los textos, de los acercamientos realizados, de los rasgos establecidos como pertinentes, de las continuidades admitidas o de las exclusiones practicadas” (p. 10). Como ya mencionamos al explorar los puntos de encuentro entre autoría y periodismo, no todos los periodistas son autores, sino solo aquellos que permiten identificar una voz característica.

Todavía no determinaremos si estos tres autores tienen una “voz”, pero sí hay elementos hasta ahora para mostrar que cada quien muestra características propias. Los elementos comunes que emplean —la interlocución como mecanismo de diálogo, las escenas y los planos generales, por ejemplo— son propios de la crónica, como también se vio en apartados anteriores.

En los siguientes apartados se analizarán las similitudes y diferencias halladas entre los tres autores analizados, según las quince crónicas a las cuales se les aplicó el instrumento.

Recursos periodísticos

Todas las 15 crónicas analizadas, sin importar el periodista, incorporan el testimonio como recurso para darle voz a las fuentes. Incluso, algunas de ellas (como *Yo madre* [Valencia, 2013], *Chicas Kalashnikov* [Almazán, 2011] o *Narco hecho en Centroamérica* [Martínez, 2012]) utilizan las fuentes testimoniales como el motor que mueve el resto de la crónica.

Vale la pena destacar el esfuerzo que hace Valencia en tres de sus crónicas (*Yo madre*, 2013; *Yo violada*, 2011 y *Yo torturado*, 2012) donde el protagonismo del testimonio de sus personajes es tal que encuentra el camino hasta la titulación. El título de estas tres crónicas muestra una asimilación completa del testimonio, puesto que el reportero opta por utilizar la propia voz de su personaje, un guiño que parece decir: “el narrador de esta crónica no soy yo, el periodista, sino la fuente testimonial que entrevisté”.

Dos de las crónicas de Almazán (*Carta desde Durango*, 2011 y *En Michoacán la violencia viene de lejos*, 2008) son mucho menos generosas en el espacio dedicado a las fuentes testimoniales, privilegiando los reportes de otras fuentes indirectas o documentales. Incluso llama la atención que la propia voz del reportero es menos presente en estos textos. Esto contrasta no solo con la muestra de los otros dos autores,

sino con las otras tres crónicas de Almazán, donde hay mucho más protagonismo en lo testimonial.

El mexicano, además, es más propenso que Valencia y Martínez a conversar con otros colegas y utilizarlos como fuentes testimoniales, algo que incorpora en tres de las cuatro crónicas donde la voz del personaje queda explícita en el texto, aunque al hacerlo nunca lo hace como una fuente central del texto, sino como una más del coro de voces. Esta propensión a citar a colegas podría deberse a que en ciertos sectores de México los periodistas son quienes viven la violencia de un modo más cercano.

Las fuentes testimoniales de Valencia y Martínez tienden a ser personajes propiamente insertos en la dinámica de violencia que retratan, sea una joven violada (Valencia, 2011) o un narco que asegura haber abandonado su oficio (*Narco hecho en Centroamérica*, 2013, Martínez). Lo mismo hace Almazán (2008) en *Acapulco Kids* al usar como voz principal a los niños que se prostituyen.

En contraste a esto, Almazán utiliza muchas menos “fuentes expertas” en sus crónicas; solo aparecen en una de ellas. Cabe cuestionarse de si los colegas periodistas se consideran fuentes expertas en el tema o no, pero basado en la definición que aceptamos de fuentes expertos (“autoridades y expertos que saben acerca del tema” (Mencher, 1986, p. 81)), los consideraremos como una fuente testimonial (“quienes hayan presenciado o estén involucradas en el evento” (Mencher, 1986, p. 81), según se definió previamente).

Valencia y Martínez no entrevistan a colegas, lo que puede deberse a políticas del medio para el cual trabajan o a un estilo personal. Ambos incorporan fuentes expertas ajenas al oficio del periodismo en sus crónicas con más frecuencia (economistas, psicólogos, sociólogos o trabajadores sociales) y, lo que es más importante, ofreciéndoles más protagonismo en el texto final. El experto deja de ser una fuente para respaldar y se convierte en un elemento central que soporta el resto del contenido. A criterio de Valencia (2015) este tipo de herramientas refuerza el hecho de que los textos son periodísticos, ya que las cifras, datos y opiniones dan respaldo a lo que se está contando.

El uso de fuentes que difieren entre sí es más desigual a lo interno de las crónicas de cada autor. No hay una tendencia clara y usualmente sirven para contrastar versiones de funcionarios gubernamentales sobre el fenómeno de la violencia. Por ejemplo, en *Langostas, pangas y cocaína* (2011), tras recibir de parte de una fuente gubernamental

una explicación de que los carteles definen pacíficamente qué hacer con droga “tumbada” (robada por locales), Martínez (2011) escribe que

Según el capitán de fragata Castañeda, en cambio, no todo es negociaciones.

Durante nuestra charla allá en su oficina del muelle dijo que los tumbadores ya habían cambiado el signo pacífico de este litoral. Sus palabras fueron de una resignación extraña en un militar (parr. 54)

En cuanto a la utilización de datos duros, Almazán es el autor que los empleó en menor medida y quien recurre menos a citas de documentos o informes oficiales. Éstos, se vuelven pequeñas pinceladas dentro del texto, que parecen tener una función de dotar de verosimilitud al relato, y permiten dar una visión más profunda de los hechos (Lorenz, 2012).

En tres de sus crónicas no aparece ninguna mención a este tipo de datos, mientras que casi todos los textos de Martínez y Valencia (excepto *Los hombres que vendían a las mujeres*, Martínez, 2012) las incluyen.

Aun así, ellos dos lo hacen diferente: Martínez los incorpora como pequeños detalles en su narración, mientras que Valencia se detiene en el contenido estadístico. En cuatro de los cinco casos, dedicó al menos un párrafo completo a cifras que aportaran información relevante para su historia.

En cuanto a informes oficiales, Almazán apenas hace mención a Unicef y a cuatro testimonios que fueron filtrados desde la Comisión Nacional de Derechos Humanos (en *En Michoacán la violencia viene de lejos*, 2008). Aunque en este último expone los casos de las cuatro víctimas, los menciona casi como fuente testimonial, no como datos duros que respalden una historia principal. Esta es una de las crónicas donde Almazán no aporta datos primarios y debe valerse de información recopilada por otras vías.

Martínez y Valencia hacen un uso más amplio de los documentos oficiales en sus crónicas, citando documentos de autoridades gubernamentales en El Salvador y Nicaragua y también informes de organizaciones internacionales como Naciones Unidas. A pesar de esto, tampoco es una práctica presente en todos sus textos.

En el caso de Martínez, el documento oficial se vuelve en una de sus crónicas – *Los hombres que vendían a las mujeres* – en la fuente de información principal. En este

texto, el periodista se basa en el testimonio que una víctima de trata da en un juicio. La importancia del documento es tal que Martínez no entrevista directamente a dicha mujer, sino que busca otras fuentes relacionadas con el relato con base en lo que el documento cuenta.

Lo que sí está presente en todas las 15 crónicas analizadas es la inclusión de párrafos u oraciones de contexto, que ubiquen al lector en la realidad de la historia que lee. De un modo u otro, los tres autores expusieron elementos contextuales en todos los textos analizados.

Esto refuerza la idea de que los relatos de violencia no son hechos aislados y que precisamente se escribe sobre esta, porque es un fenómeno que ha echado raíces en México y Centroamérica en las últimas décadas. Tal como lo dice Valencia (2015): “La historia de *Yo violada* no es la historia de una muchacha que violaron, eso es lo que yo uso como eje narrativo(...). Lo que se narra en esa crónica es un fenómeno”.

A pesar de la enorme caja de herramientas, la crónica narrativa mantiene su mandato periodístico de hacer relato de acontecimientos y cabe suponer que la pertinencia que tengan estos hechos para la audiencia determinará la recepción que hagan de cada crónica; he ahí la relevancia que mantienen los factores de interés periodísticos en el análisis de un texto narrativo.

De hecho, Martínez considera que ante todo, la escritura está al servicio de la información. Eso lo creo. Lo primero que tenés que pensar es cuál es un hecho narrativa e informativamente fuerte para mantener la atención del lector. Creo que la escritura es el último paso. (Martínez, 2015)

Resulta revelador que todas las 15 crónicas analizadas incluyen tres de los seis factores de interés periodístico incluidos en el instrumento (actualidad, magnitud e interés público). Al ser una tendencia en los tres autores y fuera de jerarquizar un factor sobre otro, algo que este trabajo no pretende lograr, los resultados muestran que la narrativa sobre violencia permite tratar temas vigentes, de amplio impacto social y de relevancia pública.

Todas las 15 manejan la actualidad, pero comprendida en un sentido amplio “por la vigencia del interés que despierte, por su relación con el debate público o por sus nexos

con los acontecimientos noticiosos que alimentan ese debate” (Ulibarri, 1995, p. 35). Además, no solo resultaron actuales en el momento de su publicación, sino que todas mantienen vigencia en un contexto centroamericano y mexicano que parece dar vueltas en círculo. Dos, tres o cuatro años después de su publicación, ¿quién puede decir que dejó de ser actual un texto sobre la prostitución infantil en Acapulco, las violaciones de adolescentes en El Salvador o el tráfico de droga en Nicaragua?

Algo a resaltar es que ninguno de los autores analizados escribe para un periódico, sino que los textos analizados fueron publicados originalmente en medios digitales o revistas mensuales. Algunas crónicas incluso, fueron compiladas luego en libros. De esta manera la actualidad tiene otra connotación, que se aleja de la inmediatez, y más bien abre un espectro de posibilidades temporales: en la crónica se puede hablar de hechos cuya relevancia no se borra en el futuro inmediato. Tal como lo dice Muñoz (2013) “el objetivo es generar en el lector una sensación de presente para que considere mínima la brecha entre el evento y el hecho que escribe” (p. 29).

Jaramillo (2012) sostiene que la narrativa posiblemente transmita mejor el mundo narrado por el amplio rango de recursos (él cita “a la inmersión, a la voz personal, a la exactitud y a la dimensión simbólica” (p. 32)), pero es una afirmación que este trabajo no pretende sostener. Sin embargo, si 15 crónicas mantienen vigencia varios años después de su reporte y publicación, vale la pena detenerse a reevaluar el concepto de actualidad que tradicionalmente aplica el periodismo. Aun más, y dado que la actualidad se mantiene como una condición generalizada, es pertinente aplaudir la selección temática de los cronistas y el enfoque con que abordaron sus historias.

El abordaje de la rareza como un elemento de interés periodístico varió de manera interesante en la muestra. Hubo dos manifestaciones de la rareza: una donde el reportero ejerce una curiosidad casi con vocación antropológica, evidente cuando el redactor salía de sus contextos cotidianos y es internado en realidades opuestas. Por ejemplo, Valencia muestra algo que para el público salvadoreño es una rareza: que en Managua un policía pueda tomar el bus hacia su casa, sin arma y uniformado, y llegue vivo. En las crónicas de Valencia y de Martínez era menos presente el elemento de rareza, algo que valdría la pena analizar más a fondo.

Sin embargo, la incorporación maestra de este elemento la hace Almazán: muestra

la violencia como un acto hiperbólico donde parece perder humanidad y queda como algo incomprensible, lejano, raro. Relata tranquilamente que una de las sicarias de *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011) se quedara de acostarse con un tipo todo un mes “y después contó que al tipo lo descuartizaron y que a dos de sus escoltas los quemaron” (parr. 18).

Esta ejecución, que encontramos muy propia de Almazán, es coronada a veces con líneas o párrafos que facilitan al lector hacerse las mismas preguntas que el reportero se hace en el campo:

Necesito saber cuándo se rompió el dulce orden que tenía la muerte. Quién amamanta a los cárteles. De dónde salen tantos cadáveres abandonados con las manos atadas a la espalda y una bala en la cabeza. O cómo es posible que la gente pueda convivir con los asesinatos y siga creyendo que es muy normal que las personas desaparezcan en pleno día. (Carta desde Durango, 2011, parr. 17)

¿Qué funciones permiten evidenciar la inverosimilitud (una variante de la rareza) de estas situaciones y hasta qué punto esta exhibición existe gracias al carácter híbrido de la crónica? Parece paradójico que son precisamente las libertades estilísticas asociadas tradicionalmente a obras de ficción –como el monólogo interno, en este caso– las que permiten potenciar elementos de indudable valor periodístico y que respaldan la veracidad del texto. Sin embargo, tal paradoja no existe: como mostramos en el marco teórico, el pacto de veridicción que da cuerpo al periodismo y el sentido estético (aquí monstruoso) que caracteriza la literatura, no son excluyentes. Tal como decía Martín (1973), “lo objetivo y lo subjetivo se complementan” (p. 132).

En el caso del tratamiento que hace Almazán al factor de interés periodístico rareza, pareciera que el punto de encuentro de estos dos campos es precisamente lo que permite al reportero darle forma a su estilo, a su voz de autor (aunque Martínez también la utiliza en *Los hombres que vendían a las mujeres*, no es una tendencia en su muestra).

Los otros dos factores de interés periodístico presentes en todas las crónicas son la magnitud y el interés público: cada historia contada en las 15 crónicas relata una vivencia específica y un sentir general que contiene elementos relevantes para un sector más

amplio de la sociedad. Otra vez parece asomar el buen tino que tuvieron los tres reporteros para elegir sus crónicas y la capacidad de la narrativa de contar historias más amplias que el propio testimonio. Destaca Valencia, quien con su serie *Yo madre, Yo violada* y *Yo torturado* permite visibilizar el problema desde lo más puntual, pero con elementos que pueden extrapolarse.

Tal vez relacionado con el ejercicio de rareza que hace Almazán (o por particularidades de los medios para los cuales escribe o de México, donde él vive y trabaja) las obras del mexicano muestran una menor presencia de elementos que denoten una proximidad con el lector. Acoplar la rareza y la cercanía en una misma situación es un desafío mayor. Sin embargo, esto no significa que sus textos se desenvuelven en escenarios distantes y ajenos al público, ya que hace uso de referencias culturales como música popular y menciona a personajes conocidos del narco mexicano. A su vez el hecho de que las 15 crónicas, de los tres periodistas, aborden un tema común, las hace próximas a la región, en el sentido de que se narran historias que se reproducen en contextos cercanos.

Valencia y Martínez, por ejemplo, incluso cuando están trabajando desde el extranjero (Martínez desde Nicaragua y Valencia desde Guatemala y Nicaragua) intentan trazar paralelismos y guiños a la sociedad salvadoreña, principalmente recurriendo al concepto de Centroamérica como una unidad en el imaginario de los habitantes del istmo. Así, la droga que pasa por Rivas tiene correlación con El Salvador y las políticas de Estados Unidos afectaron a toda la región, no solo a Guatemala.

El estilo de Almazán es más focalizado: toma un tema y explota las particularidades de esta área geográfica. Cuatro de las cinco crónicas analizadas tienen en su título el nombre de un estado o una ciudad donde el mexicano centra su narración. Aunque sí hay menciones a la situación país, los relatos son más locales.

Puede que el elemento que permita la vigencia de los temas en términos de actualidad es el conflicto, ese drama que pasan por alto los reporteros por estar familiarizados con la lucha diaria, como define Mencher (1986). Lamentablemente, los conflictos que relatan todos los autores siguen sin resolver: la violencia de pandillas, el tráfico de droga, el abuso a mujeres y adolescentes. Los resultados muestran una uniformidad en este elemento.

Conclusiones de recursos periodísticos

Los géneros periodísticos existen en tanto respondan a la representación de la realidad en sus diferentes formas; porque el propio periodismo es un método de interpretación sucesiva de la realidad social (Bernardino (1998) citado en Parrat (2007)), los géneros son formas de expresión y representación de dicha realidad. La amplia variedad mostrada hasta ahora por los tres periodistas muestra precisamente esa capacidad de la crónica de amoldarse a la sociedad: aun en los rígidos estándares de los recursos periodísticos hay espacio para adaptarse al contexto.

Destacan las diferencias entre Almazán, por un lado, y Valencia y Martínez, por el otro, donde el primero tiene una aplicación más ligera de ciertos recursos periodísticos como la incorporación de estadísticas y el cruce de fuentes, mientras que los segundos aplican más extensamente y con más frecuencia los diferentes elementos analizados.

En el caso de las subcategorías de uso de fuentes y uso de datos duros, es clara la diferencia entre el estilo de Almazán y el que tienen Valencia y Martínez. Según la explicación del mexicano la decisión responde al contexto en el que se desenvuelve, en el que las estadísticas oficiales resultan poco confiables por lo que prefiere dar prioridad a los testimonios de quienes viven los fenómenos que quiere contar.

Nuestra teoría es que se trata de variaciones formadas parcialmente por el estilo y parcialmente por las normativas de los medios donde escribe cada uno: los puntos en común entre Valencia y Martínez permite suponer una línea base que deben cumplir, pero la diversidad entre ellos también señala un rol activo del periodista en la creación del texto.

La diferencia entre Almazán y los otros autores con respecto a la rareza es la muestra más evidente del impacto que puede tener los cruces de recursos periodísticos y recursos literarios y el efecto que esto puede tener en la conformación de una voz de autor más definida, en este caso por parte del mexicano.

Conforme se avance este análisis en las otras dos categorías (recursos literarios y recursos de voz de autor) será interesante darle seguimiento a esta división entre los autores y al agrupamiento de los dos periodistas de planta de *El Faro*. El hecho de tener dos redactores de un mismo medio permite profundizar todavía más en las preguntas

relacionadas a la existencia de una voz de autor: si son las mismas herramientas y el mismo medio, ¿por qué varían sus textos?

En el caso de los recursos periodísticos, las diferencias entre Valencia y Martínez fueron menos evidentes entre ellos que entre cualquiera de los dos y Almazán, pero por las dinámicas propias de las redacciones y los medios, es frecuente que se tracen pautas del uso de fuentes, la implementación de datos duros y la presencia de factores de interés periodístico.

Una divergencia significativa en la utilización de recursos literarios y recursos de voz de autor permitirían caracterizar mejor la individualidad periodística de cada uno de los reporteros, especialmente en su función de autor, cuya identificación está en el centro de este trabajo.

Recursos literarios

Una vez que el reporte está listo, la materia prima se convierte en una lista de ingredientes que es necesario combinar de la forma adecuada para producir un resultado final. Para ello no hay receta ni molde único, sino un sinfín de posibilidades estilísticas en las que el periodismo hace de base y la literatura de herramienta para dar vida a una historia.

En cada una de las 15 crónicas analizadas se evidenció esto: no hay una ruptura entre la literatura y el periodismo, sino una simbiosis que permite diferenciar estos textos narrativos de aquellos que se publicarían en un medio informativo. Esto muestra que si bien la materia prima de las historias son elementos periodísticos —como testimonios, documentos, hechos presenciales, entrevistas a expertos, entre otros— y deben obedecer a códigos claros de la profesión, estos son presentados de una manera que se aleja de un discurso seco, propio de un medio informativo, que sacrifica la estética del lenguaje por la claridad de la información.

Siguiendo el modelo de Todorov (1987), quien habla de dos términos que componen a los géneros (una propiedad discursiva y una codificación), entendemos los recursos literarios encontrados en las crónicas como una de las manifestaciones más dominantes de esa codificación. Los mecanismos empleados en su descripción, en el empleo de las diferentes voces narrativas o en la aplicación del tiempo en la historia sugieren una voluntad que busca aprehender y expresar lingüísticamente la experiencia

que viven los redactores (Chillón, 1999).

El apartado anterior mostró que la narratividad de las crónicas no oscurece el interés de las historias; es decir, el uso de las herramientas literarias y de voz de autor no van en detrimento de la claridad informativa, sino que en ocasiones la resaltan. Este apartado pretende evidenciar la aplicación de estas herramientas y los cruces que tienen con los hechos narrados.

En los tres autores encontramos una voluntad estética puesta al servicio del periodismo, pero que podría tener vida propia. Es decir, si uno tomara la historia de la joven violada por un grupo de pandilleros o la de la sicaria mexicana que espera en la cárcel y le cambiara los nombres y unos detalles, ¿podría ser una obra literaria de ficción? Limia Fernández (2005) dice que de omitirse los nombres en los relatos de periodismo o al dotar de una identidad real a un personaje ficticio, los papeles podrían invertirse fácilmente. De pronto, los narcotraficantes de estas crónicas podrían aparecer en un cuentario o una novela.

Con los personajes que aparecen en las 15 crónicas, lo mismo podría ocurrir. Las personas que describen Valencia, Almazán y Martínez tienen historia, rostro y personalidad. A diferencia de los géneros informativos donde la fuente apenas se consigna, se encontró que en estos textos no basta con describirlas físicamente y de forma breve, sino que se opta por retratos globales (Chillón, 1999) que permiten al lector conectarse de forma más íntima con los protagonistas de las historias.

Los diálogos son una de las mejores herramientas para darle al lector una mirada hacia la personalidad del personaje, pero dado que la crónica es un género donde la mirada del narrador cobra también protagonismo, estas descripciones se vuelven imágenes fuertes, cargadas de aspectos visuales relevantes y de connotaciones simbólicas que retratan al personaje en un contexto específico. El resultado final es la transformación de la fuente en un personaje.

Las descripciones de los personajes permiten una imagen clara de quiénes son y además facilitan ubicarlos en un contexto. Por ejemplo, Martínez aprovecha una descripción física del “narco de Rivas” para soltar detalles sobre ciertos rasgos distintivos que sigue gente en la profesión:

Parece hecho con el mismo molde que varios de los narcos con los que he

conversado. Regordete, moreno, con enormes manos, amable al primer trato, jovial, dicharachero, de hablar campechano, sudoroso y con alguna muletilla confianzuda: hermanito, mi amigo, maestro, viejo, viejito. (Martínez, 2012, parr. 13)

Fuera de los personajes (quienes hasta cierto punto tienen su propia voz, mediada por la selección de citas o diálogos que hace el periodista), los otros elementos de la historia dependen totalmente de la descripción que haga el narrador para aparecer en el relato. Los objetos o lugares donde el periodista se detiene y que, por su significado o su función cumplirán un papel importante en la historia (Hart, 2007), existen únicamente porque el periodista los señala como un detalle temático relevante para su narración. Su uso varía entre los tres cronistas.

Por ejemplo, Almazán (2008) se enfoca en la cruz de una localidad en Michoacán para explicar cómo ahí han colgado cuerpos, convirtiendo a la estructura en un “monumento” a la violencia. La cruz fue colocada en honor de la muerte de un narcotraficante a mediados del 2006 y unos meses después ya aparecían cabezas cercenadas. Es una metáfora riquísima del ciclo vicioso del narcotráfico: los lugares que toca, aunque sea indirectamente, siguen llamando a la violencia y la muerte. Ahí donde el narco pasó, volverá.

El mismo uso de un detalle para ampliar la temática narrada lo hace el mexicano para describir el misticismo de *La Güera*, una de las sicarias, concentrándose en su olor y vestimenta.

Martínez usa el detalle temático con la intención opuesta: mostrando la pobreza de la cual el narcotráfico usualmente se vale para después iniciar ese ciclo. Al retratar las casas de los pescadores del caribe nicaragüense quienes, de unirse al narco, pueden hacer miles de dólares, el periodista centra su atención en una palangana abandonada en la esquina de la casa de uno de ellos. Al describir su rancho, Martínez describe que “en la sala, hace de asiento la palangana para las langostas que lleva cinco años en desuso” (Martínez, 2011, parr. 71). Esa sola imagen permite comprender el mundo previo, es como volver al pasado del México pre-carteles, antes de la cruz y de las cabezas cortadas. Al igual que Almazán, el salvadoreño no dedica grandes apartados para transmitir una

imagen poderosa: cada año que esa palangana está ociosa por falta de un motor que saque la lancha del pescador al mar, lo hace más vulnerable a las redes del narco.

Valencia por su parte, transporta este detalle temático a un nivel más macro en *Hormigas en el Centro Juventud* (2012), donde el periodista compara las hormigas que abundan en Nicaragua con los jóvenes que van a un centro juvenil; este elemento se traslada incluso a la titulación y se convierte en una metáfora que se cuele a lo largo de la crónica. En la primera escena de la crónica, el periodista narra cómo las hormigas cargando palitos y hojas se refugian ante la inminencia de un aguacero; más adelante recurre a hormigas de la cultura popular, como la Hormiga Atómica y las protagonistas de Antz y Bichos y luego remata en un largo segmento con la fábula de la hormiga y la chicharra y una reflexión sobre el rol de la hormiga en el imaginario colectivo occidental. De un modo bastante explícito, Valencia hace la conexión con el proceso de re-adaptación social que viven los jóvenes en el Centro Juventud con la laboriosidad de las hormigas.

La otra opción es darle relevancia a una locación: mostrarla con sus particularidades. El plano general es la forma más frecuente para dar una panorámica del espacio. La combinación más interesante de este recurso la hace Almazán al pasar de la vista amplia de un lugar a centrarse en un detalle. Por ejemplo, en *Acapulco Kids*:

Cuando mis padres me traían yo sólo veía boleros libidinosos, indígenas que se la pasaban expulgando a sus hijos, jóvenes que llevaban en sus cabezas cubetas en equilibrios imposibles, perros comiendo basura, al vendedor de globos, una catedral cuya entrada olía a excremento, basura y tamarindo (...).

Hubiese visto ese mismo zócalo si no fuera porque Mamá Rosy me hizo un croquis de lo que uno nunca ve.

Entonces vi que, en efecto, la banca que está frente al Oxxo es para que se sienten las mujeres que buscan niño. Unos metros adelante, a la derecha de sur a norte, hay otra banca que rodea un árbol. Esa es para las niñas. (Almazán, 2008, parr. 119-121)

Crear este tipo de imágenes se vuelve valioso cuando el texto es escrito. Si bien es común que los textos periodísticos se acompañen de imágenes y elementos gráficos que enriquezcan el relato, en estos casos, esta documentación gráfica está ausente. El texto es el protagonista principal y las palabras son la única forma que tiene el periodista de llevar al lector frente a frente con los personajes y los lugares.

Aunque existe una cierta homogeneidad en el tipo de descripciones que usan los tres cronistas, hay una diferencia en el lenguaje que emplean para construirlas, pues los textos van cargados de lenguaje y figuras literarias con diferente dosificación, según el autor.

En los textos de Valencia y Martínez las anáforas son más frecuentes que en los de Almazán, quien prácticamente no las usa y recurre con mayor intensidad a las metáforas o símiles. En los cronistas que escriben en *Sala Negra*, la anáfora tiene la particularidad que se repite entre fragmentos, por ejemplo al iniciar varios segmentos de la crónica se repite una misma frase, mientras que Almazán utiliza el recurso en un mismo párrafo.

Este uso de figuras y construcción de frases con belleza estética del lenguaje es signo de literariedad en el texto, en donde hay una “manipulación deliberada y estéticamente que el escritor hace de los usos sociales del lenguaje” (Chillón, 1999, p. 87). Es claro que no hay un lenguaje neutro sino que el acto narrativo se caracteriza por embellecer los hechos a través de recursos literarios.

Sin embargo, también este embellecimiento obedece a una decisión periodística. El propio salvadoreño respalda la idea de que la utilización de estos recursos no obedece a una decisión arbitraria del reportero, sino que

Yo creo que la escritura es hacer que lo importante además será interesante, porque no es importante si no es interesante. La narración no es para exhibir las virtudes, sino que es una decisión eminentemente ética, porque necesito que esta información tan buena la consuma el lector; es importante que lo haga y por eso necesito hacer un esfuerzo mayor que escribir un lead sumario, con sus cinco Ws. (Martínez, 2015).

En Almazán predomina un lenguaje cargado de símiles y metáforas, una voluntad

de hacer tal vez más digeribles o más cercanas las escenas de violencia que narra. Sus imágenes contextualizan el hábitat del narco y sus muertos. Por ejemplo, desde el primer párrafo de *Cartas desde Durango* (2011) ofrece una imagen fuerte: “En algún momento le diré al forense que me siento pesado como si fuera uno de esos muertos que, desde abril, empezaron a brotar del subsuelo, quizá buscando su nombre, quizá buscando quién les rece un rosario” (parr. 1).

Otro elemento común en los cronistas es el uso del diálogo e interlocución para incorporar las conversaciones. Todos, sin excepción hacen uso de esta herramienta. Wolfe (1975) llama a esto diálogo realista, que es la forma más fiel de reproducir lo que dicen los personajes. En las crónicas, éste cumple sin excepción la función de permitirle a los personajes expresarse con su léxico cotidiano.

La oralidad de los personajes también se transmite a partir de citas directas sin comillas, donde se da el espacio para que el entrevistado cuente su historia sin intermediarios. Mientras que la cita indirecta se usa para narrar hechos menos relevantes.

Como si fuera una película, las crónicas son narradas en escenas que pueden ser desde simples conversaciones, como cuando Martínez narra el momento en que un reo mezclaba cocaína a momentos de clímax en el relato, como la violación de Magaly (Valencia, 2011). Todos los periodistas analizados hicieron uso de estas para narrar. Destacan, por ejemplo, la violación de Magaly (Valencia, 2011), el momento de la tortura de Dani (Valencia, 2012), cuando Almazán conoce a una menor explotada sexualmente (Almazán, 2008) o el momento en que Grecia, la mujer torturada, reconoce al hombre que la torturó (Martínez, 2012). Son momentos claves que difícilmente podrían ser narrados con sumarios narrativos, sino que necesitan escenas que los respalden. Los tres cronistas parecen comprender eso.

Una manifestación interesante de esta simbiosis entre periodismo y literatura son las diferentes voces de los narradores. En periodismo tradicionalmente predomina una narración en tercera persona y aunque cada uno tiene particularidades en el uso del lenguaje, en este trabajo se consideró que el periodismo y la literatura son ambos actos narrativos. Tal como lo señala Chillón (1999) la literatura busca “aprehender y expresar lingüísticamente la calidad de la experiencia” (p. 69-70).

Esa expresión lingüística requiere de una voz como canal para transmitir el mensaje y en los textos toma la figura de un narrador, quien toma la decisión de cómo contar el relato. Se evidencia de esta manera el concepto de narrativización (Chillón, 1999), según el cual los textos tienen una voz narradora que sustituye el relato directo de los personajes.

Entre los cinco tipos de narrador que consideramos (primera, segunda y tercera persona, omnisciente neutral y editorial), cada periodista los utiliza en una combinación particular. Como regla común hay una presencia de la primera y tercera persona, en donde ésta última hace uso al mismo tiempo de un narrador omnisciente neutral que observa lo que sucede sin emitir juicios de valor. Así se marca un distanciamiento entre estos dos tipos de narrador: en el primero hay una presencia directa del periodista como interlocutor, mientras que en el segundo caso, este se manifiesta de forma más neutral.

Los tres periodistas hacen evidente su presencia en el texto al utilizar la primera persona. No obstante, el hacer uso del pronombre “yo” o utilizar conjugaciones en primera persona no es un recurso suficiente. Para las crónicas, según se definió, la inmersión debe ser más profunda de forma que el periodista se pueda convertir en personaje y esto dote de valor al texto.

Un ejemplo claro es la utilización de la primera persona que hace Almazán en *Acapulco Kids* (2008) donde permite relatar situaciones de interés público y que desnudan uno de los conflictos centrales del texto, pero que no podría ser retratado de otra manera. Para poder evidenciar la prostitución infantil en Acapulco, Almazán realiza entrevistas a víctimas, victimarios y autoridades, pero establece como un hilo narrativo su involucramiento en la propia situación. El mexicano se hace pasar por cliente e identificado así (y narrando de este modo en la crónica) es como consigue tanto los mejores testimonios de parte de proxenetas y trabajadores sexuales, como los mejores momentos narrativos de la crónica.

Una apuesta similar hace en *Chicas Kalashnikov*, donde abre con una imagen centrada en él como personaje, no como redactor, luego de preguntarle cuánto cobraría por matarlo:

Ella me mira como se mira al muerto que no es de nadie, con el rostro impassible, de retablo, y luego, con ese aire de femme fatal que a cualquiera doblegaría, dice:

“Vales lo mismo que toda la demás gente, nada”. (Almazán, 2011, parr. 1)

La primera persona de Almazán es más un personaje testigo: llega a la escena, reconoce lo sucedido y empieza a hacerse parte de los hechos, pero nunca se establece como una constante en las situaciones que narra. Valencia tiene un acercamiento diferente: establece relaciones durante largos períodos de tiempo con personas que intenta retratar.

Valencia está presente en los textos, especialmente en las crónicas *Yo Violada* y *Yo torturado*, donde su participación e involucramiento con los protagonistas es claro: su interés por conocer la vida de estas personas hace que no baste una entrevista de veinte minutos y hace necesaria la creación de un vínculo con la fuente. De esta manera, la primera persona en estos textos, cumple la función de ser un personaje “confidente” y participa como espectador de una historia más que parece no necesitar de intermediarios para contarse. Cuando Martínez y Almazán presencian escenas completas, dedicando días o semanas a un tema, Valencia llega a formar parte de toda la obra.

Esto podría significar la ruptura de los límites periodísticos, donde se cruza la barrera del hecho a la opinión. Sin embargo, como se ha sostenido a lo largo del trabajo, la crónica es una excepción a la regla y se parte del hecho de que precisamente su valor está en romper los esquemas para contar historias que sólo de esa manera merecen ser contadas. Así, las opiniones y presencia del periodista en el texto se convierten en un elemento más del mismo, que no condiciona la lectura, sino que da otros panoramas. Queda claro en *Acapulco Kids* que a Almazán lo asquea la corrupción e indiferencia de las autoridades policiales o que a Martínez lo indigna la deshumanización de la violencia sexual. Este es precisamente el papel del narrador omnisciente editorial, que no solo conoce a fondo lo que sus personajes piensan y sienten, sino que opina sobre los hechos que ve.

¿Pero cómo puede un periodista dar fe de lo que sus personajes sienten o piensan? La respuesta está en un reporteo profundo y minucioso cuyo objetivo es adentrarse tanto en la fuente, de forma que sea posible rescatar estos detalles. En este trabajo asumimos que este pacto de veridicción se cumple y que, por tratarse de textos periodísticos, no hay espacio para inventar hechos: estos resultados son entonces producto de una inmersión en el trabajo periodístico que se hilvanan por medio de una

voz particular.

En el caso de la segunda persona, Almazán tiene una especial predilección por este recurso y es el único de los periodistas analizados que lo utiliza en tres de sus crónicas. Lo valioso de esta forma de narrar, además de ser innovadora en el periodismo, es que el narrador en segunda persona hace parecer que el narrador le habla directamente al lector, creando una intimidad y una inmersión mayor en el texto. Ese es el caso cuando lo usa para describir Acapulco: “ves cómo peatones y conductores se retan a chingadazos, escuchas cómo las sirenas hienden el aire, sientes que el sol anda encabronado” (Almazán, 2013, parr. 28). Mientras que al usarlo para hablarle directamente a uno de los personajes del texto el efecto es mucho más potente:

“Llegas a aquella pira de llantas y lo primero que ves incendiándose es la cabeza de tu hermano. Quienes lo asesinaron no se han conformado con decapitarlo. Entonces terminas empotrada a la tierra y lloras como si quisieras llorarle para siempre” (Almazán, 2011, parr. 34).

En este caso, si bien se habla directamente al personaje hay una sensación de que el lector puede convertirse en el personaje de la crónica. La violencia de los hechos es tal, que estos recursos permiten que ésta permee en espacios íntimos y traspase los espacios físicos entre lector y texto.

Por otra parte, ninguna crónica sigue un tiempo lineal, entendido este como contar los hechos en el orden en el que sucedieron, sino que se cuentan de forma cronológica alterada. Esto puede responder al hecho de que la violencia no es lineal sino que es un proceso que se articula desde diferentes aristas y contextos históricos.

Los cronistas estudiados, prefieren entonces ir presentando piezas a través de los segmentos del texto, que se van uniendo y dando sentido a la historia. Sin embargo, existe cierta linealidad en algunas crónicas. Por ejemplo, en *Los hombres que vendían a las mujeres* (Martínez, 2012), hay un hilo conductor lineal que es el testimonio de Grecia, una mujer víctima de trata. Este testimonio se cuenta de forma lineal, pero segmentada, ya que se intercala con pasajes en donde el periodista contrasta lo que narra la víctima con entrevistas a miembros de la red de trata y expertos.

Otra forma de presentar la linealidad es a través de enumeraciones, recurso que solamente es utilizado por Almazán en *Chicas Kalashnikov* (2011), para narrar

cronológicamente las vivencias de una sicaria. Por otra parte, en crónicas como *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008), *Acapulco Golden* (Almazán, 2013) o *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011) se puede identificar el reporte lineal de las crónicas. Se lee entre líneas que el periodista llega a un lugar y trata de buscar sus fuentes que le permitan describir el lugar y el fenómeno. Si bien puede ser que los hechos no estén ordenados tal como sucedieron, si se logra identificar cómo el periodista va trazando y ubicando a sus fuentes a lo largo de la historia; por ejemplo, cuando Almazán va a bares en busca de pedófilos o entra en contacto con un proxeneta.

Finalmente, se identificó el uso de intertextos en los tres cronistas, ya sea con referencia a canciones populares, personajes noticiosos o históricos y escritores. Esto permite evidenciar que el texto no se construye de forma aislada sino que responde a creaciones, vivencias o contextos previos, es decir, estas crónicas no se pueden separar del momento, lugar y contexto en el que fueron escritas. Por eso los intertextos las enmarcan dentro de un espacio más grande que ellas mismas y las dotan de proximidad, al hacer uso de referencias populares, como por ejemplo que las niñas prostitutas escuchan Los Caifanes.

Un recurso muy interesante y que es un tipo de intertextualidad son las referencias directas que hacen los autores a sus cuadernos de notas. Almazán y Valencia lo hacen cada uno en una de sus crónicas y es un guiño interesante el lector: esto que usted lee es una construcción consciente del narrador con base en la materia prima de la que dispone, donde algunas cosas llegan al texto final y otras quedan en el cuaderno de notas. En el caso de Valencia (2012, *Hormigas en el Centro Juventud*) sirve para reforzar la rareza de la realidad nicaragüense para la audiencia salvadoreña. Dice el autor que:

“Pasé tres días en el Centro Juventud y otros tres en Managua, y mi cuaderno quedó salpicado de ideas que en algún momento creí urgente anotar. Son esos detalles que lo delatan a uno como lo que es: un intruso” (2012, parr. 61).

Los comentarios que “transcribe” Valencia de su libreta de notas vienen cargadas con ese estilo: un reconocimiento de la distancia. Almazán utiliza un recurso muy parecido, pero con otro fin: mostrar la violencia salvaje que él narra. Escribe el mexicano que: “Antes de que despegue el avión y Durango se convierta en una ciudad de juguete, reviso la libreta de notas. El miedo de la gente ha dejado algunas historias inconclusas”

(parr. 77). Los cabos de historias que siguen mantienen esa línea: profesionistas que desaparecen, policías que masacran pueblos y peleas clandestinas forzadas. Si Almazán buscaba mostrar la rareza con lo grotesco de la situación en Durango, Acapulco, Michoacán y otras zonas mexicanas, el recurso de mostrar trozos inconclusos de historias (precisamente sin final por el propio miedo) funciona.

Conclusiones de recursos literarios

Chillón (1999) dice que el nacimiento de la novela moderna y el periodismo ocurrieron en un mismo contexto: la “necesidad de conocer las nuevas realidades sociales emergentes”, de explicar fenómenos y situaciones que por un motivo u otro fueron requiriendo la incorporación de nuevos elementos y técnicas que dieron forma a estos nuevos géneros. No fue un nacimiento de golpe, sino una lenta incorporación de tendencias que configuraron a pocos los géneros como los conocemos ahora.

Vemos bajo una luz similar las herramientas literarias presentes en las quince crónicas analizadas. Los autores emplean herramientas literarias que, comparadas con el repertorio usual de la cobertura informativa de la violencia, resultan innovadoras. A su modo, son un mecanismo para contar una realidad que, en ocasiones, parece desbordar la que conocemos y para la cual ya tenemos una serie de herramientas narrativas.

Es cierto que las técnicas empleadas por los autores de crónica violenta latinoamericana existen desde hace décadas (Rotker, 1992), pero cada nuevo texto y cada nueva aplicación de las herramientas remoja el género y permite nuevas opciones para explicar la realidad. Esa evolución es un proceso continuo y, tal como asegura Kraus (1971), cada obra nueva es un elemento nuevo en su género y puede modificarlo. ¿Qué están aportando estos textos?

Lo valioso de la aplicación de herramientas literarias a estas crónicas es que el dato duro se humaniza, el número se sumerge en un contexto, y la estadística adquiere nombre y cuenta su propia historia. Lo mismo sucede con los testimonios y las vivencias de los involucrados. Más que un afán estético por sí mismo, las herramientas literarias aquí analizadas potencian los esfuerzos periodísticos.

La utilización de los diferentes recursos literarios obedece a la postura que asumen los cronistas en los textos analizados. Valencia, por ejemplo, establece extensas

relaciones con sus personajes y así construye un discurso desde una primera persona “personaje”, que más que ser testigo de los hechos que narra, termina siendo un personaje por sí mismo en la historia de sus fuentes. Así pasa por ejemplo con Magaly, la chica violada que termina confiando su historia al periodista por Internet. La revelación de la violación es imposible de comprender si el periodista es un entrevistador y un personaje dentro del relato.

El rango de las herramientas a disposición de los autores está directamente relacionado con los resultados del reportaje. De este modo, es imposible imaginar un recurso como el monólogo interior o la narración en segunda persona cuando el trabajo de reportaje ha sido escaso. Esto es especialmente importante en las escenas y cuando se construye el punto de vista del personaje: que el periodista pueda transmitir cómo se sentía su personaje cuando fue agredida o cuando estaba ejerciendo algún tipo de violencia sobre alguien más revela un aspecto fundamental del proceso de reportaje.

Así, mientras la utilización de las herramientas literarias sirve para potenciar los recursos periodísticos (como las fuentes y los factores de interés periodísticos), es interesante cómo el uso de estos recursos literarios está supeditado a que existiera de previo un trabajo periodístico. Esta es otra muestra de la relación que hay entre el periodismo y la literatura y que, al menos en la crónica narrativa, ambas tienen más de simbiosis que de dos facciones en oposición.

Voz de autor

Narrar con una voz característica no es una norma en el periodismo informativo, en donde la utilización de una voz “neutra” por parte del periodista en su texto es una regla a seguir (PalauSampio, 2009). No obstante, como se ha observado en los apartados anteriores, la crónica abre un nuevo abanico de posibilidades narrativas donde la combinación con elementos de otras ramas, como la literatura, flexibiliza la forma en la que se cuentan los hechos. Con ello, surge un proceso en el que el periodista puede cruzar la línea tradicional del discurso informativo y dar un paso hacia elementos que lo acercan a ser un autor; es decir, lograr dar una voz característica a sus textos, un sello que los diferencie de otros similares.

En este contexto, se analizaron los textos de Alejandro Almazán, Óscar Martínez y Roberto Valencia quienes escriben sobre temáticas muy similares y en la misma región -

incluso dos de ellos, publican en el mismo medio- con el objetivo de identificar si aún bajo este marco común hay rasgos que permitan identificar una voz propia para cada uno de ellos.

Un primer acercamiento a la presencia de un autor es el reconocer que hay una firma detrás del texto que hace que este tenga características específicas y, tal como señala Foucault (1969), hace que el discurso no sea una palabra cotidiana. No obstante, si bien las notas periodísticas por lo general llevan la firma del periodista, las normas tradicionales de esta disciplina señalan que dicha firma no debería traducirse en la presencia de la voz del periodista dentro del texto periodístico, sino que ese discurso debe ser objetivo. Es decir, se debe “borrar toda huella de la existencia del enunciador individual” (Kerbrat-Orecchioni, 1997, p 93).

Así, una primera característica para garantizar la presencia de un autor sería identificar que hay una ruptura en el discurso objetivo planteado por el periodismo tradicional que da paso a la presencia de subjetividad.

Un indicador para identificar lo planteado es el uso de la primera persona. En los textos estudiados de los tres autores, este recurso se usa como elemento narrativo, tal como se observó en el apartado anterior, pero también cumple una función subjetiva. Kerbrat-Orecchini (1997) señala que las expresiones subjetivas “indican que el sujeto de la enunciación se encuentra implicado emocionalmente en el contenido de su enunciado” (p 162), de forma que la selección de un discurso subjetivo permite a los periodistas apropiarse del relato y ser parte del mismo.

Ahora, ¿qué discurso elige cada uno de ellos? En los tres cronistas estudiados el uso del pronombre “yo” y verbos en primera persona son indicadores de esta herramienta, aunque hay una diferencia marcada en la función discursiva de este “yo”.

Valencia actúa como confidente en tres de sus textos (*Yo violada*, 2011; *Yo torturado*, 2012; *Yo Madre*, 2013), lo que le permite lograr una inmersión con sus fuentes que posteriormente se traduce en una narrativa llena de detalles y evidencia un trabajo minucioso. “En los últimos meses he quedado tantas veces con Magaly que me he propuesto que el de hoy sea el último encuentro. Sé más de ella que de mi propia hermana” (parr 55), explica, mientras que para *Yo Madre* (Valencia, 2013) contabiliza un total de 236 días de encuentros. Es decir, la presencia de la primera persona y el uso del

discurso subjetivo se utilizan para evidenciar que hay un trabajo del periodista detrás y que se logró un acercamiento con la fuente para alcanzar un resultado específico. De hecho el mismo autor reconoce que esa inmersión quedó reflejada en el texto:

Creo que eso fue una inversión y está implícito en el texto, un trabajo más de orfebrería, no dos conversaciones, sino que de esta estrategia que yo elegí, al menos bajo mi criterio, salió un texto que tiene ese componente humano que creo yo le hacen falta a ese tipo de historias (Valencia, 2015).

Por su parte la presencia de Martínez mediante la primera persona muestra un mayor distanciamiento, ya que aunque el salvadoreño hace explícita su presencia, siempre deja claro que es un periodista, sin transmitir el grado de intimidad que logra Valencia. Por ejemplo, en *Guatemala se escribe con zeta* (Martínez, 2011) dice:

Se me viene a la mente la expresión del policía con el que conversé en Ciudad de Guatemala, en el cuartel central, hace unos días, y me recuerda a los tantos con los que platiqué en México, cuando durante un año cubrí la actividad de Los Zetas (parr. 83).

En el caso de Almazán, su participación en el texto es más directa e influye, ya como personaje, en el desenlace de la historia. El mexicano participa de manera activa en los acontecimientos que relata y en ocasiones utiliza su presencia narrativa como una herramienta para mover la historia. El ejemplo más claro es en *Los Acapulco Kids* (Almazán, 2008) en donde se hace pasar por cliente de la prostitución infantil con el fin de obtener información y contar mejor el fenómeno. En ocasiones incluso interfiere con el desenlace de los hechos, como cuando se da cuenta que luego de conversar con una niña, esta quedó afectada emocionalmente.

El mismo Almazán reconoce que la subjetividad es un recurso valioso para sus textos, aunque es consciente que dentro del periodismo tradicional la presencia del yo incomoda:

Hay que tratar de ser el puente del lector, y me gusta serlo, contarlo en primera

persona porque de alguna manera esa primera persona te da esa rabia o esa reflexión. A lo mejor esa primera persona para el periodismo ortodoxo es el anticristo y habrá que crucificarlo, pero lo he visto con otros periodistas y escritores, y digo no hay problema. (Almazán, 2015).

De esta forma, si bien los tres cronistas se hacen presentes en el relato, la primera persona tiene matices diferentes. Martínez como narrador en primera persona no es un testigo omiso, sino un reportero que sube en lanchas y habla con pandilleros, pero difiere con la funcionalidad que aplican Almazán y Valencia: el primero incorporándose a los relatos como un personaje más (el cliente en Acapulco o la posible víctima en la entrevista con la sicaria encarcelada) y el segundo actuando como confidente.

La presencia de subjetividad también se percibe en el empleo de otros recursos que evidencian la actitud explícita que tienen los periodistas con respecto a lo que escriben, una conducta opuesta al grueso de reporteros que buscan esconder sus posiciones con el empleo del lenguaje periodístico clásico (PalauSampio, 2009). De este modo, las crónicas narrativas de Almazán, Martínez y Valencia incorporan en diferentes combinaciones varios recursos de forma (como el uso de comillas ironizantes y preguntas retóricas y los neologismos y signos de puntuación usados de manera no convencional) y de fondo (afectividad y apreciación, juicios de valor, afirmaciones o negaciones categóricas y el uso de humor o ironía).

Los periodistas difieren en la actitud (Martin y White, 2005) que expresan en sus textos, entendida como la posición emocional hacia las personas o situaciones que deja explícita el cronista en los escritos. En los textos estudiados es claro que hay juicios de valor que eliminan la neutralidad de quien escribe para dar paso a la posibilidad de opinar sobre los hechos.

Sin embargo, el recurso no se presenta de forma homogénea en los tres autores, lo cual va de la mano con la incorporación de la primera persona. Hay una separación: el yo como sujeto presente en el texto, como testigo del hecho y el yo como persona que opina, que juzga y tiene actitudes emocionales frente a lo que narra.

La utilización de los juicios de valor es mucho más evidente en las crónicas de Almazán que en las de los otros periodistas analizados. Por ejemplo, en *Acapulco Kids*,

Almazán escucha a uno de los implicados en la explotación de menores y ofrece inmediatamente su posición al lector: “Para ser honestos, no supe si hablar más o propinarle ahí mismo un puñetazo” (Almazán, 2008, parr 32). En otras ocasiones, estos juicios de valor implicaban que el mexicano valoraba al personaje que tenía en frente, desapegado del rol del reportero que tenía y mostrándole al lector su lectura del entrevistado.

Valencia por su parte recurre a comentarios luego de describir una situación incómoda, como lo es el hecho de que una adulta mayor tiene que desnudarse antes de entrar a visitar a su hijo a la cárcel, por lo que el juicio de valor toma la forma de una afirmación. “El Salvador es un país que ha naturalizado las violaciones de los derechos humanos, que las ha institucionalizado. Un Estado que mete el dedo en el culo a sus madres” (Valencia, 2013, parr 143). De la misma manera Martínez recurre a este tipo de afirmaciones para cerrar una escena violenta mientras que en otros segmentos da opiniones más solapadas sobre lo que hacen sus personajes, como por ejemplo cuando menciona que “(e)l tumbador es un cosechador de la traición en un gremio de traidores” (Martínez, 2012, parr 24).

Para los periodistas, la naturaleza de las temáticas que tratan dificultan esa separación de los hechos y hacen necesario emitir este tipo de valoraciones. Tal como lo dice Almazán, “me parece que el reportero cuando cuenta la historia está dejando su posición, tiene principios” (Almazán, 2015). De forma que tener un espacio para contar una historia sobre la prostitución infantil crea una vitrina para denunciar no solo a través de las historias de otros sino por medio de la voz propia.

A fin de cuentas, un reporte minucioso o una vivencia y acercamiento a los hechos dan elementos para emitir criterios, de forma que éstos se convierten en una herramienta más para entender el problema. Esto es posible precisamente porque el periodista no es un extraño sino que hay un proceso de inmersión y trabajo periodístico que diluyen esa barrera, lo que acentúa la necesidad de primero incorporar los recursos periodísticos antes de entrar a otro tipo de herramientas.

Los juicios de valor y opiniones se combinan con expresiones irónicas dada la complejidad de las situaciones que en ocasiones parecen ficticias. Narrar de forma irónica se convierte en una forma de denunciar y evidenciar que los hechos que se

cuentan distan de acoplarse a normas socialmente aceptadas. Es decir, la violencia, si bien es una realidad que en muchos contextos se ha naturalizado, se rechaza por medio de este tipo de expresiones lingüísticas. De esta manera Óscar Martínez deja claro que resulta irónico la incapacidad de las autoridades para combatir el crimen, o cómo clientes de prostitución son indiferentes ante los abusos que sufren las mujeres; Almazán narra con ironía como niños son adictos a las drogas y se prostituyen desde tempranas edades y Valencia cuestiona irónicamente las creencias de sus personajes.

Con frecuencia, los autores emplean el humor como un recurso que amplifica la situación de vulnerabilidad de las personas que describen en sus textos, con frecuencia ironizando sobre situaciones de violencia en las comunidades, como en *Barrio Jorge Dimitrov* (Valencia, 2011), donde dice que ni Cristo se puede librar de los asaltos en las inmediaciones de cierta rotonda. También le permiten a los narradores ofrecer su punto de vista sobre esta violencia. Al referirse a la religiosidad de Magaly –la joven violada– Valencia escribe que “y, su dios, el dios al que le reza cada noche con sus hermanos, a saber dónde putas estaba ese día” (Valencia, 2011, parr 32).

Esta ironía que aplica Valencia –que implica distanciarse de los individuos-personas y verlos como individuos-personajes– también la aplica Almazán cuando presenta a la primera de las tres sicarias en *Chicas Kalashnikov* (Almazán, 2011). El mexicano escribe que, al proponerle contar su historia, “aceptó y luego pidió una sola cosa, como si buscara la redención: "Debes escribir que creo en Dios y que estoy arrepentida". Así será. Pero primero hay que empezar cuando ella trabajaba para el Diablo.” (parr 4).

Martínez también aplica esta ironía para describir las situaciones que encuentra. En *Los hombres que arrastran clavos* (2011), escribe que:

Tras “la molleja” -como se llama a los motines en el diccionario de la prisión-, las autoridades contaron 32 cadáveres. “Más, más, como 37, si contás a los picados en los baños”. Al parecer, el subregistro de las masacres carcelarias se va por los inodoros. (parr 42).

En el mismo sentido, las preguntas retóricas sirven como un instrumento para ironizar y cuestionar las historias que están narrando. Tanto Valencia como Almazán las

usan para plantear la posibilidad de que el desenlace de los hechos hubiera sido distinto, mientras que Martínez lo usa como un recurso para cuestionar el sin sentido de que un narco quiera hablar con un periodista, por ejemplo. Todos estos elementos forman parte de lo que Kerbrat-Orecchini (1997) llama subjetividad modalizante presente en “expresiones que especifican el modo de aserción de las proposiciones enunciadas y el grado de adhesión del sujeto de la enunciación respecto del contenido afirmado” (p 168).

A su vez, hay otros elementos del discurso subjetivo que se relacionan con la forma en la que se construyen las palabras. Tal es el caso de signos de puntuación para enfatizar o dar un significado específico a las palabras o signos utilizados de forma no convencional. Por ejemplo, Almazán hace fragmentos completos enumerando los párrafos y narra la historia en viñetas, mientras que Valencia decide en fragmentos combinar dos historias narrándolas de reglón de por medio. Este tipo de formas poco convencionales o ausentes en el periodismo tradicional, que podrían parecer una aplicación alternativa de las propias herramientas periodísticas de forma, realmente son una manifestación de la voz de autor en la crónica y dan a los textos un sello personal. Por su parte Martínez omite estos recursos de forma y solamente aparecen una vez en una de las crónicas.

¿Pero es esta presencia de subjetividad un signo de que hay un autor en el texto? Si se acepta que cuando el periodista se manifiesta en los textos y ofrece un hilo conductor, se crea una cierta unidad discursiva, es cierto que la subjetividad puede ser un signo de voz de autor, pero sería apenas uno de los mecanismos para que exista tal.

Retomando a Foucault (1969) el autor “es un cierto centro de expresión que, bajo formas más o menos acabadas, se manifiesta igual y con el mismo valor, en obras, borradores, cartas, fragmentos, etc” (p.11) y que además tiene una unidad en su escritura. A esto agrega que la función de un autor es considerada como “la proyección, [...], del tratamiento aplicado a los textos, de los acercamientos realizados, de los rasgos establecidos como pertinentes, de las continuidades admitidas o de las exclusiones practicadas” (p. 10).

Esto implica que la presencia de un autor, debe verse más allá del uso de la primera persona y de expresiones subjetivas y con juicios de valor como las analizadas. Por el contrario, ese “sello” característico se construiría a partir de una interacción de los tres

elementos analizados en este trabajo: los periodísticos, los literarios y los de voz de autor. Así, la concepción de autor, podría verse como un conjunto de estructuras o formas de hilar los textos, rasgos distintivos en el tono del periodista y formas de combinar elementos literarios que permiten dejar huella de quien escribe, independientemente de si hay o no una primera persona o un discurso subjetivo.

Así, por ejemplo, en un periodista como Alejandro Almazán, su fuerte uso de testimonios, opiniones, descripciones hiperbólicas y tono literario dan un sello propio a sus textos que lo diferencian de los demás autores. Mientras que Valencia se caracterizaría con trabajos donde hay una fuerte inmersión con las fuentes en la parte periodística que permite lograr trabajos a profundidad. El mismo periodista reconoce esa función:

Yo intento que mis textos gusten por la calidad de mi reporte, más que por la forma, cómo lo traduzco en una crónica. Me refugio en el reportero (...) espero que si al final consigo esa voz sea en esa línea, que no se me conozca por unas metáforas sino por la solidez del reporte. (Valencia, 2015)

Por su parte, Óscar Martínez destaca en el valor informativo de sus textos, los cuales los construye a partir de los elementos fundacionales del periodismo literario. Sin embargo, a diferencia de los otros dos periodistas, su trabajo es más clásico y con menos experimentación en la forma, aunque tiene momentos donde la literariedad adquiere un peso importante.

No obstante, al entrevistar a los periodistas, estos coinciden en que la función de autor es algo deseable y un proceso en el que se trabaja a diario, pero que no han logrado alcanzarla. La excepción es Alejandro Almazán quien considera que sí hay un sello personal en sus textos, aunque también lo entiende como una labor en construcción. “Me preocupa porque yo mismo no puedo salir de mi estilo. Pero se va creando en efecto un texto de autor. Hay amigos que dicen que era mi texto por ciertas frases o el tono. Te hace sentir bien pero a la vez un poco mal porque ya no puedo hacer un texto anónimamente” (Almazán, 2015).

De esta manera, existe una disonancia entre el concepto de autor académico que se utilizó para la investigación y el que parecen manejar los periodistas cuando fueron

entrevistados. Si bien ellos coinciden que cumplen con la mayoría de indicadores literarios, periodísticos y de subjetividad utilizados en este trabajo, parece que en su ejercicio diario de la profesión comprenden el concepto de autor como algo diferente.

Conclusiones de voz de autor

Un primer indicador de la voz de autor es la presencia de subjetividad, la cual se puede identificar en un texto con elementos e indicadores como la primera persona, juicios de valor, afirmaciones y negaciones, ironía o signos de puntuación utilizados de manera no tradicional, entre otros. El uso de estas herramientas permite separarse del discurso objetivo característico del periodismo tradicional, en el que la firma del texto no se manifiesta explícitamente en el texto informativo. Esta es una primera ruptura que se observa en la crónica y un punto de partida para empezar a desgranar sus componentes.

El discurso subjetivo resulta clave en la crónica y se convierte en una mirada más de los hechos y un puente entre el lector y los personajes. Un distanciamiento entre el periodista y las historias no resulta verosímil cuando se quiere contar un fenómeno desde adentro, de forma que escribir con voz propia es una herramienta necesaria. Así se observó en los textos analizados, en donde la voz de los cronistas y la primera persona se vuelven herramientas que aportan a la narración, que generan debate y dan una perspectiva de los hechos. Resultaría menos realista mantenerse al margen de la prostitución infantil cuando hay un espacio para denunciar los hechos y mostrar una postura tajante al respecto. De esta manera, la subjetividad enriquece la crónica y la hace única en comparación a otro tipo de textos periodísticos.

Como se analizó, ninguno de los cronistas prescinde de este recurso, aunque cada uno de ellos dosifica el uso de esta subjetividad y la amolda a sus necesidades narrativas. Sin embargo, al observar los textos en su conjunto, se llegó a la conclusión de que si se quiere hablar de la transformación del cronista en autor, la subjetividad se vuelve una condición necesaria pero no suficiente.

El autor en este trabajo se entiende como una combinación de los elementos literarios, periodísticos y de voz de autor, que cada uno de los cronistas hila de manera característica para lograr un estilo narrativo en un texto y que es capaz de replicarse con modificaciones en un conjunto de crónicas. Según estos criterios, Alejandro Almazán, Roberto Valencia y Óscar Martínez son autores y tienen un sello en sus escritos que

permite crear un vínculo entre la firma y el texto. No obstante, la transición de periodista a autor es vista por los cronistas como una condición que no es estática sino que se convierte en un proceso en constante transformación, lo cual deriva en un punto de vista valioso para aportar a la definición teórica. Se abre entonces una puerta para explorar en futuros análisis cómo evolucionan los textos de estos periodistas a lo largo del tiempo y si la intencionalidad o los elementos característicos de esos autores cambian.

Conclusiones

A inicios del 2013, cuando empezó este proyecto de investigación, la crónica narrativa en América Latina tenía una vigencia evidente: dos pulidas antologías sobre el tema, compiladas una por Jaramillo (2012) y otra por Carrión (2012), habían sido publicadas el año previo; la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano organizó en octubre del 2012 el Encuentro Nuevos Cronistas de las Indias II –donde llegaron las mejores plumas del género en la región–; Herrscher (2012) había publicado su *Periodismo Narrativo* un año antes y comenzaba a cocinarse el Foro Centroamericano de Periodismo, celebrado a mediados del 2013, y donde la crónica también tuvo un papel destacado. Algo se movía.

Sin embargo, la crónica narrativa dista de ser un fenómeno reciente. El estudio de la crónica es un campo fértil que lleva nutriéndose por décadas y donde el aporte de Susana Rotker (1992) sirvió de chispa para una revisión amplia de la narrativa periodística y, específicamente, de la crónica como un género que permitiera integrar elementos periodísticos y literarios para contar una gran historia. Se encontraron trabajos pulidos, de dentro y fuera de las fronteras de Costa Rica, pero tras esa revisión del trabajo académico sobre la crónica narrativa en América Latina, nos quedó una pregunta: ¿qué rol juegan los periodistas, sus autores, en su construcción?

Esta investigación se planteó analizar una muestra de crónicas para identificar y analizar las herramientas que utilizan los autores en su construcción; para acotar el campo de trabajo decidimos enfocar el análisis sobre un conjunto de crónicas sobre una temática específica. La revisión de la literatura académica dio paso a una revisión de las crónicas publicadas en los principales medios narrativos de la región de modo que fuera posible definir en detalle las grandes temáticas tratadas por el género. Descubrimos como cierta la tesis de Jaramillo Agudelo (2012), quien sostiene que “los grandes capítulos de la crónica latinoamericana son la violencia o la extravagancia” (p. 45) y, finalmente, elegimos la violencia como temática base por la relevancia especial que sentimos que tenía para la región centroamericana, que tiene una de las tasas de homicidios más altas del mundo según la Oficina de Naciones Unidas para la Droga y el Delito (UNODC, 2012).

Dos años después, nuestra investigación sigue vigente, lo que supone una alegría

académica pero también algo lamentable: la violencia en Centroamérica y México sigue siendo alta, ya que de acuerdo con el Índice Global de Paz para 2015 (Institute of Economics and Peace, 2015), países como El Salvador, Guatemala y México - donde transcurren la mayoría de las crónicas- están en la lista de naciones donde la tasa de homicidios es más alta a nivel mundial. Esto hace la crónica sobre violencia tan necesaria en el año 2015 como en el 2012 y 2013 para retratar la realidad de la región. La discusión sobre este campo del periodismo se mantiene constante, en espacios como el Foro Centroamericano de Periodismo 2015, donde incluso dos de los tres autores analizados en esta investigación expusieron en mayo del 2015 los detalles de su método de trabajo.

La investigación partió con el objetivo expreso de analizar las características literarias, periodísticas y de voz de autor que utilizan tres cronistas latinoamericanos –el mexicano Alejandro Almazán, el salvadoreño Óscar Martínez y el español radicado en El Salvador, Roberto Valencia– al escribir crónica de violencia, para así identificar si el género es una creación de autor.

Para lograr eso, se propuso cuatro objetivos específicos, que permitieran desagregar la meta general y llevarla a buen camino. Tres de ellos buscaban identificar las herramientas usadas: las características y recursos estilísticos de los géneros periodísticos, las características y recursos estilísticos de los géneros literarios y la presencia de características de autor. Finalmente, se buscó analizar los recursos estilísticos periodísticos y literarios encontrados en las crónicas seleccionadas para determinar la presencia de voz de autor.

Los primeros de estos tres objetivos específicos fueron alcanzados en los tres apartados que componen el capítulo de resultados: la revisión de los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor en cada uno de los tres autores. El cuarto objetivo específico se logró con el capítulo del análisis comparativo.

Para llegar a este nivel de detalle, esta investigación requirió una revisión más profunda de los conceptos de crónica, el rol del autor en la creación de un texto narrativo y los cruces entre periodismo y literatura.

Como producto de esta revisión bibliográfica de las conceptualizaciones teóricas de los diferentes conceptos académicos de las herramientas periodísticas, literarios y de voz

de autor, nació lo que puede considerarse el principal aporte metodológico de este trabajo a la investigación en narrativa periodística: un instrumento que permite identificar una serie de indicadores claves de recursos periodísticos, recursos literarios y recursos de voz de autor en un texto.

Tras un proceso de iteración donde el instrumento fue pulido en varias etapas, el resultado ofrece una metodología suficientemente exhaustiva para que el estudiante de periodismo o el académico lo aplique a crónicas y consiga una mirada descriptiva de las herramientas que el autor utilizó. Además, la operacionalización y definición de las tres categorías de investigación (recursos periodísticos, recursos literarios y voz de autor) producto de la revisión de los conceptos base y su adaptación para este instrumento, provee un marco teórico sólido y consolidado sobre los 36 indicadores, que proviene de campos como el periodismo, la narratología, los estudios literarios y el análisis del discurso.

Esta es una mirada más amplia que las encontradas en investigaciones previas: González y Sarmiento (2002) desarrollan doce características del género que luego aplican para evaluar textos y Feria Monge (2008) estudia textos publicados en la revista peruana *Etiqueta Negra* en busca de 16 técnicas literarias.

El otro elemento novedoso que aporta esta operacionalización teórica contenida en el marco metodológico—que funciona como un marco referencial para ser consultado en caso de que exista una duda al aplicar el instrumento— es que consolida conocimiento de campos variados en definiciones que ofrecerá al estudiante o al académico una unidad del fundamento teórico que aparece en la crónica.

De este modo, en la formación académica del periodista se puede utilizar este instrumento, por sí mismo e independiente de los resultados de esta investigación, para evidenciar las amplias posibilidades del género y para desmenuzar los recursos de cada autor en clases o en investigaciones. Además, como se mostrará más adelante, permite evidenciar los cruces entre periodismo y literatura y cómo en la crónica narrativa, esta segunda sirve a la primera.

En esto consideramos que logramos cumplir uno de los cometidos señalados en la justificación de esta investigación, que era aportar académicamente a la investigación académica de la crónica en la Universidad de Costa Rica y la Escuela de Ciencias de la

Comunicación Colectiva.

La crónica latinoamericana actual sobre violencia que analizamos en esta investigación es heredera de una tradición que se remonta a finales del siglo XIX, con los trabajos de Rubén Darío, José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera (Rotker, 1992). Sin embargo, al ser construcciones culturales en constante transformación (Todorov, 1987), las crónicas de Almazán, Martínez y Valencia son diferentes y, más importante, cumplen una función ligeramente distinta a la que cumplían aquellas de Darío, Martí y Gutiérrez Nájera. Aquellas buscaban explicar los fenómenos de las urbes norteamericanas o europeas a los lectores latinoamericanos, mientras que los textos más recientes que fueron analizados buscan explicar y retratar los fenómenos de violencia en la región.

Este género –lo mismo que cualquier otro– sirve de horizonte de expectativas (Todorov, 1987) para que los lectores sepan qué recibirán y los autores tengan un código común para hablarle a las audiencias.

Esta función de la crónica narrativa sobre violencia de inicios del siglo XXI es fundamental para entender la vigencia del género: tras analizar los textos de los tres autores, se determinó que estos periodistas relatan las situaciones de violencia utilizando la crónica como género en un intento de explicar estas situaciones a la región, una de las zonas más violentas del mundo, en donde esta espiral de muerte también ha arrastrado a los propios reporteros, que fungen tanto como protagonistas y como víctimas.

Partiendo de los elementos periodísticos se encontró que cada uno de los periodistas no olvida que su función principal es narrar hechos verdaderos y noticiosos de forma que las herramientas periodísticas se convierten en la materia prima de sus textos. La premisa es narrar la realidad y para ello incorporan los elementos claves del reportero, aunque cada quien los combina y elige de acuerdo a sus necesidades y objetivos narrativos.

En los tres autores se encontró una fuerte predominancia de las fuentes testimoniales, que se convirtieron en la mayoría de ocasiones en el centro de las historias. Tal es el caso de Roberto Valencia en *Yo madre* (2013), *Yo violada* (2011) y *Yo torturado* (2012); de Almazán en *Los Acapulco Kids* (2008) y *Chicas Kalashnikov* (2011) y de Martínez en *Los hombres que vendían a las mujeres* (2012) y *Narco hecho*

en *Centroamérica* (2012). En todos estos casos, la voz central es la de las víctimas y victimarios y se priorizan estas voces frente a fuentes expertos u oficiales, más frecuentes en otro tipo de textos periodísticos. Esto marca una primera diferencia con las publicaciones informativas.

En este proceso destaca una inmersión con las fuentes en donde el reporteo en algunos casos se extiende por semanas e incluso meses para lograr un resultado más completo y que permite retratar las historias con un mayor detalle. Se parte entonces de que en ocasiones no basta con entrevistar a la víctima una vez, sino convivir con él o ella para tratar de entender mejor el mundo en el que vive.

También se utilizan otro tipo de fuentes como los documentos oficiales o datos estadísticos, aunque con menor frecuencia, ya sea porque estos no existen o por su baja confiabilidad. No obstante, destaca el uso que le da Óscar Martínez a un documento oficial en *Los hombres que vendían a las mujeres* (2012), donde utiliza como fuente principal un testimonio que una víctima de trata da a un tribunal para reconstruir las vivencias de jóvenes víctimas de este crimen.

Resulta a su vez relevante el uso del concepto de actualidad que emplean estos cronistas, ya que se escapa de la inmediatez diaria de muchos medios tradicionales y entienden la actualidad como un espacio de tiempo más amplio donde se cuentan fenómenos y no hechos específicos. Valencia (2015) lo explica muy bien al señalar que, por ejemplo, *Yo violada* (2011) no es la historia de una joven violada en El Salvador, sino el relato de un fenómeno que le ocurre a muchas otras mujeres en la región. De esta manera la crónica logra replantear las barreras temporales y prioriza una profundidad más pausada frente a la inmediatez fugaz.

El contexto está presente en todas las crónicas analizadas lo cual refuerza el hecho de que no se cuentan hechos aislados sino que la crónica sirve como un vehículo para explicar un fenómeno que no surge de forma aislada sino que responde a procesos históricos que decantaron en la situación que se vive en el momento específico.

No hay duda que los hechos que se cuentan tienen un interés público: la violencia es un fenómeno que ha marcado a la región y es necesario hablar de ello. Los mismos autores sostienen que no vale cuestionarse por qué se escribe como violencia sino que más bien sería extraño no escribir de la misma. A esto se suma el uso de factores

periodísticos como la rareza o magnitud presentes en los diferentes textos aunque con diferente intensidad. Así destaca el uso que hace Almazán de la rareza para narrar situaciones violentas casi de forma hiperbólica, aunque terminan siendo el reflejo de que la violencia es tal que parece inverosímil.

Lo anterior demuestra que la crónica se concibe desde el periodismo, es decir, resultaría impensable narrar situaciones ficticias sino que el punto de partida es la realidad. ¿Pero entonces qué la diferencia de un texto noticioso tradicional? Es aquí donde entra en juego la literatura que se convierte en una herramienta de forma para contar los hechos noticiosos. En estas crónicas narrativas sobre violencia en América Latina se mantiene la relación entre el periodismo y la literatura, entre lo verificable y lo estético.

Esta función del lenguaje de explicar la realidad por medio de nuevos géneros dista de ser nueva: Chillón (1999) explica que el nacimiento de la novela moderna y el periodismo ocurrieron en un mismo contexto: la “necesidad de conocer las nuevas realidades sociales emergentes”. Como se indicó en el apartado anterior, las herramientas literarias se agregaron a la crónica periodística –dando origen a la crónica narrativa– para explicar fenómenos amplios, que podían quedarle grande al seco lenguaje informativo. Así como la novela y el periodismo hace siglos, y luego la crónica narrativa de Martí y Darío a finales del siglo XIX, la crónica latinoamericana actual sobre violencia mutó sobre sí misma para explicar su propio contexto. En este proceso, las herramientas literarias fueron un recurso clave.

Sin embargo, vale la pena recordar que la aplicación de estos recursos literarios no es antojadizo, ni existe en el vacío. Cada uno de los tres autores aplicó diferentes herramientas literarias según se adaptaron a dos ejes claves: la experiencia de reporteo que habían logrado y la historia que buscaban contar.

De este modo, la relación que sostiene Valencia con sus personajes durante la fase de reporteo le permite funcionar, a la hora de redactar los textos, como un personaje en las historias, que incluso permite avanzar en el tiempo narrado. En *Yo Madre* (Valencia, 2013), por ejemplo, el autor aparece continuamente en la narración, renunciando a su condición de testigo para jugar un rol activo en la historia. Este uso es más evidente en algunos de los textos de Almazán, como *Acapulco Kids* (2008) donde el narrador se hace

pasar por un cliente y es el motor narrativo que permite al lector experimentar de primera mano las relaciones entre clientes y los niños prostitutos. Ninguna de estas escenas se pudo haber recreado usando técnicas literarias si no hubiera existido un proceso de reporteo particular.

De este modo, es claro que el rango de las herramientas a disposición de los autores está directamente relacionado con los resultados del reporteo. Este es un elemento que tanto el investigador como el estudiante de periodismo deben tener en cuenta al utilizar esta investigación como punto de partida para otros trabajos: las experiencias literarias que el periodista pueda recrear en sus textos –como un monólogo interior o un extracto desde el punto de vista de un personaje– estarán condicionadas al reporteo.

Por ejemplo, al incorporar el detalle temático o la descripción de lugares, es evidente que el recurso literario tiene su origen en el reporteo. Cuando Martínez escribe sobre las palanganas sin langostas en *Langostas, pangas y cocaína* (2011) o cuando Almazán habla sobre la cruz en una de las localidades de Michoacán en *En Michoacán la violencia viene de lejos* (2008), es evidente que la intención de incorporar el elemento surgió desde el reporteo y el periodista debió tomar notas en el momento para poder hacer uso, a la hora de escribir, de este recurso narrativo.

El objeto del discurso periodístico y del discurso literario adquieren aquí protagonismo: el primero está llamado al relato de acontecimientos y su juicio valorativo (Martínez Albertos, 1983) mientras que la segunda “es un modo de conocimiento que busca aprehender y expresar lingüísticamente la calidad de la experiencia” (Chillón, 1999, p. 69-70). No existen cruces insalvables entre ambos campos; es decir, el periodismo y la literatura no tienen necesariamente que excluirse mutuamente, tal como demuestra el análisis de las quince crónicas y como viene demostrando la narrativa latinoamericana en el último siglo, con trabajos de gran calado como *Coto* (Marín, 1934), *Operación Masacre* (Walsh, 1957) o *Relato de un naufrago* (García, 1970), que narran hechos verificables con herramientas tomadas “de la literatura”.

La presencia de estas herramientas literarias –separadas en esta investigación y en el instrumento de las periodísticas– en textos que, al menos como géneros, tienen cabida en el mundo del periodismo, dan pie para acuerpar a Chillón (1999) en que con frecuencia estos recursos no pertenecen a un reino u otro, sino al “feraz patrimonio de los

relatos del mundo” (p. 13), una casa más amplia que alberga ambas categorías de investigación empleadas en este trabajo.

Así, queda claro que la utilización de recursos literarios por parte de los tres autores, lejos de oscurecer el sentido periodístico de sus textos, lo potencia. Ante situaciones de violencia al borde de la humanidad misma y donde pueden quedarse cortos los recursos periodísticos clásicos, los periodistas aplican estas herramientas para mostrar, con lenguaje literario y figuras retóricas, esos detalles de la realidad que parecen eludirlos. ¿Cómo, de otro modo, narrar la brutal golpiza a mujeres en El Salvador o las entrañas de la prostitución infantil en México? Cuando los recursos periodísticos son insuficientes, los reporteros abren otro compartimiento de su caja de herramientas. Esta es la literatura al servicio de la veridicción.

Esto muestra que si bien la materia prima de los textos son elementos periodísticos –testimonios, documentos, hechos presenciales, entrevistas expertas, entre otros– estos son presentados de una manera que se alejan de un discurso seco, propio de un medio informativo, en donde la belleza del lenguaje se sacrifica por la claridad de la información. Lo valioso de estas crónicas es que el dato duro, la estadística, se humaniza, el número se sumerge en un contexto, adquiere nombre y cuenta su propia historia, sin perder la claridad informativa. Lo mismo sucede con los testimonios y las vivencias de los involucrados. Lejos de perder fuerza, los elementos literarios dan solidez a una realidad que es minimizada y simplificada por el discurso periodístico informativo. Es decir, la realidad inspira a los textos pero estos se decoran para poder parecerse a la realidad.

Así debe entenderse el uso del narrador en primera persona, la aplicación hiperbólica y casi grotesca de la rareza como un elemento noticioso, la incorporación de testimonios como voces narrativas centrales en los textos y los intertextos con producciones culturales asociadas a esta misma cultura de violencia, como los narcocorridos mexicanos. Con todo y sus elementos literarios, la crónica sigue siendo parte del periodismo, que tiene como gran objetivo representar la realidad en sus diferentes formas y acercar esas realidades al lector por medio de explicaciones que sus códigos culturales le permitan entender.

A pesar de estos cambios en su función discursiva, encontramos en la crónica

narrativa sobre violencia los mismos elementos descritos en investigaciones o publicaciones años o décadas atrás. Por ejemplo, están presentes los cuatro ejes de Wolfe (1975) quien habla de la reconstrucción por escenas, la transcripción de diálogos, los puntos de vista de personajes y la descripción detallada, así como también está presente el monólogo interior (Howell en Bonano, 2007). Esto permite probar que la crónica narrativa sobre violencia se enmarca en la tradición centenaria de la narrativa de hechos verificables, cuyos lineamientos se mantienen sólidos.

Este despliegue de recursos literarios en textos con una vocación periodística plantean el interrogante inicial: ¿qué rol juega el autor en la construcción de la crónica narrativa latinoamericana actual sobre violencia?

Para ello fue creada una categoría independiente sobre el discurso subjetivo con el fin de identificar los momentos en que el periodista se aparta del discurso periodístico tradicional y se permite un mayor grado de presencia en los textos, sirviendo como testigo, hilo conductor y ciudadano que opina de lo que observa.

El uso de algunas herramientas delata el comportamiento subjetivo de los reporteros ante sus historias: la primera persona usada no como un simple fenómeno pronominal, sino como un ejercicio de postura; los juicios de valor que se extienden tanto a personajes como a situaciones y la alteración de signos de puntuación o grafías tradicionales para acentuar elementos en el texto. Estas características subjetivas resultan claves para determinar que puede haber presencia de un autor periodístico aunque, como se verá más adelante, no son determinantes por sí mismas.

Ninguno de los cronistas prescinde de emplear estos recursos, aunque cada uno les encuentra su función particular, siempre de la mano con el reporte previo y la historia que relatan. La primera persona se vuelve, por ejemplo, un vehículo para denunciar la prostitución infantil (Almazán, 2008), la impunidad en la trata de personas (Martínez, 2012) o la violación a los derechos humanos en El Salvador (Valencia, 2013). Mientras que la ironía se convierte en un recurso valioso para resaltar lo inverosímiles que pueden resultar las situaciones que cuentan.

Lo más valioso de la subjetividad en las crónicas es precisamente esa mirada que intenta adentrarse para comprender mejor y en ocasiones denunciar. Al intentar explicar los complejos fenómenos de la violencia en la región, un distanciamiento entre el

periodista y las historias le resta verosimilitud a ciertos eventos (como la prostitución infantil, las conductas del narcotráfico y el sicariato). Al contar un fenómeno desde adentro, la presencia explícita del reportero y su voz sirve como puente entre el lector y los personajes de la historia.

No obstante, retomando la función de autor que plantea Foucault (1969), se concluye que el periodista no se convierte en autor por utilizar la primera persona o cualquier otro de los recursos de voz de autor, sino a través de un uso sistemático de ciertas combinaciones periodísticas, literarias y subjetivas que son identificables en un conjunto de sus textos.

Esta conclusión de que la transformación del periodista en autor es consecuencia de la combinación entre las tres subcategorías –herramientas periodísticas, herramientas literarias y subjetividad– es clave para poder comprender al autor de crónica narrativa contemporánea y delimitar su campo de trabajo en el contexto más amplio del periodismo y de los relatos narrados.

Para llegar a la autoría en periodismo, el creador de un texto debe incorporar partes de cada uno de estos universos; de este modo, un reportero que integra figuras literarias en sus textos construidos con recursos periodísticos todavía necesita la subjetividad de las herramientas de voz de autor para considerarse un “autor” periodístico. Lo mismo ocurre con un novelista que, puede aplicar técnicas literarias y de voz de autor, pero si no cumple con los elementos fundacionales del periodismo como los factores de interés y el reporteo, no puede considerarse un escritor periodístico.

Al comprender el autor como una combinación de los elementos literarios, periodísticos y de voz de autor –que cada uno de los cronistas hila de manera característica para lograr un estilo narrativo en un texto y que es capaz de replicarse con modificaciones en un conjunto de crónicas–, pueden llegarse a conclusiones centrales sobre la condición de autoría de los reporteros analizados.

Según estos criterios Alejandro Almazán, Roberto Valencia y Óscar Martínez son autores periodísticos y tienen un sello en sus escritos que permite crear un vínculo entre la firma y el texto. En sus crónicas analizadas, existe una unidad estilística, una voluntad estética y una proyección de experiencias personales en los textos finales que combina elementos de carácter periodístico, narrativo y de voz de autor.

No obstante, la transición de periodista a autor es vista por los cronistas como una condición que no es estática sino que se convierte en un proceso en constante transformación, lo cual se convierte en un punto de vista valioso para aportar a la definición teórica.

Como toda investigación, este trabajo tuvo sus limitaciones metodológicas que definieron un alcance claro para los resultados aquí presentados. Aunque las tendencias descubiertas en los tres autores fueron evidentes y, en su mayoría, constantes en las crónicas analizadas, una muestra de cinco textos para cada periodista permite solo una primera mirada hacia su trabajo y hace necesaria una revisión más detallada de más textos si se quisiera concluir más a fondo sobre cada autor.

Sin embargo, los elementos descubiertos son suficientes para explicar las tendencias en la crónica narrativa sobre violencia en América Latina y para exponer los mecanismos en que se cruzan los elementos periodísticos, narrativos y de voz de autor. Aun más, si otro investigador considerara necesario ampliar la muestra para determinar si los patrones se extienden con más textos analizados, puede perfectamente reconstruir el proceso investigativo a partir del instrumento y el marco metodológico.

Una interrogante fundamental es hasta qué punto el alcance de esta investigación permite personificar la crónica sobre violencia, o la crónica narrativa de un modo más amplio, en otras latitudes. La respuesta parece estar oculta entre los objetivos: en tanto este trabajo no pretendía caracterizar la crónica narrativa sobre violencia, sino los recursos usados y su relación con quien los emplea —en este caso, el autor periodístico—, la investigación no puede personificar la crónica sobre violencia fuera de esta muestra —es decir, no puede predecir qué comportamiento tendrá— pero sí puede determinar cuáles elementos mínimos debe tener para que pueda ser considerada crónica narrativa de autor. Estos elementos coinciden con los indicadores del instrumento.

El proceso para alcanzar este instrumento fue precisamente el paso más complejo de esta investigación y su diseño final necesitó varias iteraciones más allá de la validación final. Esto ocurrió porque el primer diseño carecía, a criterio del equipo investigador, de suficiente soporte teórico y conceptual para que pudiera ser aplicado por otro académico, algo que resultaba clave para el trabajo. El otro paso que ralentizó el

avance del proyecto fue las entrevistas con los autores, cuyas agendas –y la del equipo investigador– dificultó una coordinación rápida.

Si bien este trabajo se centró en el análisis de crónicas de violencia, otras investigaciones pueden emerger de esta. La crónica en la región permite abordar diversas temáticas, de forma que el instrumento diseñado podría aplicarse para analizar si las herramientas que usan los cronistas que hablan sobre otros fenómenos y situaciones son las mismas que las usadas por los periodistas que escriben sobre violencia.

A su vez al conversar con los periodistas, estos reconocieron que un autor no es una condición fija sino un proceso cambiante que se trabaja a diario para construir una voz propia. Esto abre la posibilidad de estudiar cómo cambia la autoría del cronista en el tiempo y si es posible identificar de qué forma y por qué ocurre el cambio.

Una interrogante que queda pendiente es el por qué hay una ausencia de textos similares a los estudiados en Costa Rica. ¿Es la ausencia de una violencia similar la que hace innecesaria la crónica narrativa en dicho país o responde a una limitación de medios y plataformas de publicación? La respuesta queda pendiente y resultaría valioso analizar por qué el género no ha permeado con la intensidad de los países vecinos en este contexto.

Estas quince crónicas analizadas trataban sobre violencia, pero la crónica narrativa como género periodístico puede asumir casi cualquier tema y, en esto, resulta vital comprender la función del conjunto de herramientas que potencian tanto la capacidad del reportero de transmitir a sus lectores una determinada experiencia, como la capacidad del texto de ofrecer un acercamiento de mayor profundidad a temáticas complejas.

En esto radica la importancia de los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor que le permiten a un reportero convertirse en un autor periodístico y separarse del discurso informativo que predomina en la profesión.

Esto no implica que el periodismo narrativo sea mejor o peor que su contraparte informativa, sino que permite enriquecer la experiencia. La crónica es un género que, a lo largo de los años, ha mostrado su valor periodístico para contar historias de largo aliento. Sin embargo, se evidenció que la caja de herramientas incluye elementos planteados

desde hace décadas por autores como Chillón (1999), Rotker (1992) o Wolfe (1972), por citar algunos, lo cual permite cuestionarse dónde está la capacidad de reinención del género o incluso preguntarse si esta es deseable. Es aquí donde entra en juego el autor, tal como se planteó a lo largo del trabajo, y en él recae esa labor de combinar la caja de herramientas y moldearla según las necesidades de su contexto y del fenómeno que quiera contar.

En la medida en que más reporteros puedan apropiarse a cabalidad de los recursos periodísticos, literarios y de voz de autor descritos en esta investigación y así logren consolidar sus coberturas, la propia profesión puede enriquecerse: la sola aplicación de estas herramientas implica necesariamente que el reportero deberá profundizar más en el campo que trata y, por tanto, puede esperarse un resultado más preciso y completo.

¿Qué separan al grueso de los periodistas informativos de ser autores periodísticos? Puede que sea una mirada innata, pero también puede que simplemente desconozcan lo que puede o no hacerse con un texto periodístico. El talento innato la academia no puede aportarlo; pero estas herramientas –los 36 indicadores que esta investigación acepta como origen de la autoría periodística– sí pueden ser enseñados en las aulas de periodismo. Esa es la tarea que sigue.

Anexos

Yo violada

Roberto Valencia (originalmente publicada en El Faro)

“Las violencias seguirán cambiando de nombre, pero habrá siempre violencia mientras no se cambie la raíz de donde están brotando todas esas cosas tan horrorosas”. Monseñor Romero, septiembre de 1977.

A Magaly Peña la violaron no menos de 15 pandilleros durante más de tres horas, pero eso quizá sea lo menos importante de esta historia. La conocí hace más de un año, cuando ella acababa de cumplir los 19. Vivía -aún vive- en una ciudad del Área Metropolitana de San Salvador llamada Ilopango, en una colonia periférica con fuerte presencia de maras; del Barrio 18, en concreto, aunque con el paso del tiempo comprendí que son circunstanciales cuestiones como qué pandilla lo hizo, si los violadores fueron 6, 12 o 24, o en qué municipio sucedió; comprendí que lo que le pasó tiene ya muy poco de extraordinario en un país como El Salvador; comprendí que hasta podría considerarse una afortunada.

“De la escuela me fueron a sacar los pandilleros y me violaron”, me soltó una mañana de julio de 2010, cuando chateábamos en el messenger. “Pero mi familia no sabe nada por que amenazaron con acerles daño si decia algo”, escribió. “Se supone que uno de ellos estaba cumpliendo años y me querian de regalo”, escribió. “Se imagina mas de 18 hombres con una sola mujer????????”, escribió. “Eso solo demuestra que son y seran unos perros muertos de hambre para toda su maldita vida”, escribió.

Todavía no logro entender por qué me lo contó. No éramos amigos, apenas conocidos. Quizá solo quería desahogarse. De hecho, transcurrido ya más de un año de la violación, lo que le ocurrió aún no lo saben ni su madre ni su padrastro ni sus hermanos mayores. Tampoco la Policía Nacional Civil ni la Fiscalía General de la República ni la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos ni el Ministerio de Salud. Cuando me lo dijo habían pasado tres semanas, y las secuelas estaban en plena ebullición. Quizá por eso me sorprendió la frialdad con la que se expresó en aquel chat: “Ya cerre eso como un capitulo de mi vida que se fue y paso”.

Nos vimos en repetidas ocasiones en los meses siguientes, y cada vez la hallé más atrincherada en esa idea de que es mejor no remover lo pasado. “Mire –me dijo en una ocasión que quedamos para almorzar–, no sé cómo decirle... Tal vez usted me comprende, porque a mí nadie me entiende. Digamos que le pasa algo que a usted no le gusta, pero hay personas que se encierran en eso, personas que... púchica, que me pasó esto y solo quejándose pasan. Vaya, yo no. A mí me pasó esto y va, amanece, amanece y ahora ya no es ayer. No me entiende, ¿va?”

Cuesta siquiera intentar entenderla.

A Magaly la violaron no menos de 15 pandilleros durante más de tres horas y tuvo que callar, pero en vidas como la suya no es algo tan estridente. En otra ocasión, fuimos ella, un hermano menor y yo al zoológico, a echar la mañana sin mayores pretensiones. Me dijo que, dos meses atrás, una tía del padrastro había ido como penitente al cerro Las Pavas para agradecer a la virgen de Fátima por sacarla de la cárcel, después de haber pasado unos días encerrada por consentir las continuas violaciones de su marido hacia su nieta, una niña de 14 años con discapacidad intelectual. Magaly me lo contó como quien recita la lista de las compras, sin la más mínima expresión de extrañeza en su rostro; tampoco en el de su hermano, a quien a cada rato le pedía que corroborara su relato. ¿Va, Guille?, le decía, ¿va, Guille?

—¿Hay en el mundo algún lugar que te gustaría visitar? —pregunté a Magaly en otro de nuestros encuentros.

—Donde sí quisiera ir, aunque ya no se puede porque lo cerraron, es al Teleférico del cerro San Jacinto. Fui una tan sola vez de pequeña, con mi abuela y mi tía; yo tenía como siete años. ¿Y sabe qué nos pasó? Que se fue la luz y quedamos en la góndola a mitad de camino.

El mundo de Magaly termina poco más allá de la colonia en la que vive, pero sonreía mientras me lo contaba. "Fíjese que yo desde que tengo como seis años sueño que me estoy quemando en mi casa", me dijo inmediatamente después de recordar su viaje en el teleférico. Siempre sonreía.

—Magaly, ¿por qué crees que ocurrió?

—Lo de violar bichas es un regalo que los muchachos le hacen a uno de ellos, pero, como se supone que es una fiesta, todos tienen que disfrutarlo.

—¿Pero por qué a vos?

—Mi pecado supuestamente era que yo, como 15 días antes, cuando estaban violando a otra...

—Pera, pera, repíteme eso...

—Sí, como dos semanas antes habían violado a otra bicha en la colonia. La cuestión es que... yo no sé cómo supieron, pero la Policía hizo un operativo y, aunque nunca dieron con la casa, creyeron que yo les había avisado. Eso porque dos días antes, en la escuela, iba pasando cuando escuché, ¿va? Porque usted sabe que a veces uno sin querer escucha cosas, y yo iba saliendo...

—En la escuela...

—Ajá, estaban hablando en una esquinita, y no recuerdo qué estaba haciendo yo, barriendo creo, y lo que oí fue de que iban a hacer eso a una bicha, que se lo merecía...

—¿A alguna de tu grado?

—No sé si de mi grado, pero de la escuela. Yo iba pasando... Ni atención... Lo escuché porque estaba ahí. Y pasó que el día que la violaron la andaba buscando la Policía...

La mañana del día de la violación Magaly salió para comprar algo en la tienda. Era miércoles. Un grupo de pandilleros se le acercó, la rodearon y le dijeron que se preparara, que en la tarde la llamarían. Ese coro de voces infanto-adolescentes, casi todas conocidas, algunas de compañeros de aula, representaba la máxima autoridad en la colonia, el Barrio 18, y ella mejor que nadie sabía que, escuchada la sentencia, poco o nada se podía hacer. En las horas siguientes actuó como un condenado a muerte que asume con resignación su condición.

Magaly es una joven bien parecida. Salvo por su estatura –apenas supera el metro y medio–, está en las antípodas del estereotipo de una mujer salvadoreña. Su piel es lechosa; su cara, de facciones angulosas, con una nariz respingona pero bien conjuntada con su rostro; el pelo lo tiene oscuro, largo y liso, y le cubre una cicatriz en el cuero cabelludo del tamaño de un centavo, que le dejó un ácido que la cayó de niña. Está muy delgada, apenas supera las 90 libras, y no es para nada voluptuosa. La primera vez que la vi fue a mediados de marzo de 2010, durante una actividad del Ministerio de Educación que me llevó a Ilopango. Tenía que amarrar un contacto en la zona para el seguimiento, y ella fue la elegida. Nunca sospeché que esa joven menuda y dicharachera tuviera 19 años, condicionado quizá por el hecho de que estábamos en una escuela en la que solo se estudia hasta noveno grado.

La tarde del día de la violación Magaly llegó a esa escuela, como todos los días. Lo hizo poco antes de la 1 acompañada por Vanessa, su hermana pequeña. Se despidieron y cada quien entró en su aula. Hablando estaba con una amiga cuando un compañero de clases – un pandillero– se le acercó para entregarle un celular. Te llaman, le dijo.

—Ajá, ¿con que vos sos la puta que nos puso el dedo? –preguntó una voz sonora y amenazante–. Mirá, pues ahorita los *homeboys* se quieren dar el taco.

—¿Conmigo? ¿Y por qué?

—No te hagas la maje, que bien sabés. Vos los pateaste cuando se llevaron a la morrita aquella. Ellos te van a decir...

—Pero no tengo nada que hablar con ellos.

No dudó de que se trataba de la persona que desde la cárcel lleva palabra sobre los pandilleros de su colonia, de su escuela, pero se atrevió a interrumpir la llamada. El teléfono volvió a sonar de nuevo.

—¡No me volvá a colgar, peeeerra! Vos sabés lo que te va a pasar si no...

—Fíjese, pero yo no tengo nada que ver con ustedes –consumió Magaly su último suspiro de valentía–, así que deje de molestarme.

—Es que aquí no es lo que vos decís, sino lo que los *homeboys* dicen. Ahora mismo vas a ir a donde te lleven y vas a pasar una hora con cinco de ellos.

—Pero yo no puedo hacer eso, ando con mi hermana pequeña.

—Es que no es lo que vos querrás, es que lo tenés que hacer. Si no vas, van a ir a sacarte de la escuela.

Y colgó.

Magaly y su hermana Vanessa tienen una relación especial. Se llevan 10 años, pero es evidente la complicidad cuando están juntas. En una ocasión Magaly me contó un incidente que tuvo con su pelo. Se lo quería alisar y, como a falta de dinero lo que toca es improvisar, pidió a Vanessa que usara una plancha para ropa y una toalla, sentada ella de espaldas a una mesa y con la cabellera extendida. No midieron bien los tiempos, y el pelo resintió ligeramente el exceso de calor. Mientras me lo contaba no paraba de reír.

Pese a esta relación, la de Magaly no es el mejor ejemplo de familia integrada. Cuando la violaron vivía en una casa diminuta con Vanessa, con Guille –el hermano, de 12 años–, con su madre y con el novio de esta, que salen al amanecer y regresan al anochecer. Pero cuando le pregunté por cuántos hermanos tenía, respondió que eran nueve en total, menores la mayoría, de diferentes padres y repartidos ahora en distintas casas, incluido uno que, recién nacido, su madre se lo regaló a un hermano, para que lo asentara como propio, y que ahora vive en Estados Unidos. Es la suerte que hubiese querido tener yo, me dijo un día Magaly. En otra ocasión le pregunté por su padre biológico. Creo que vive en San Martín, pero no lo veo, me respondió.

Magaly es casi como una madre para sus dos hermanos menores, sobre todo para Vanessa, y no parece sentirse incómoda en ese rol. Quizá por eso, cuando el día de la violación la voz amenazante le ordenó salir de la escuela, lo primero que hizo fue pensar en ella. No la podía dejar sola.

Salieron las dos de la escuela, y afuera había un grupito de pandilleros que comenzaron a caminar delante. Al llegar al pasaje donde estaba la *destroyer*, la casa que usan como punto de reunión, le dijeron que Vanessa no podía llegar y, con toda la naturalidad del mundo, le dijeron que la cuidaría la hermana de uno de los pandilleros. Magaly le dejó su celular, y ahí se separaron. No tuvo que recorrer mucho más para llegar a la casa. Eran pocos los pandilleros cuando entró, cuatro o cinco, pero casi todos rostros conocidos, casi todos más jóvenes, compañeros de la escuela algunos. Le indicaron un cuarto: “Metete ahí y quitate la ropa, que ya vamos a llegar”.

En la habitación no había nadie, solo un gran XV3 pintado en la pared y un colchón grande tirado en el suelo, sin sábanas. Ella misma se desvistió. Se quitó los tenis blancos con dibujitos de calaveras que calzaba, los calcetines, la blusa verde, la camiseta de algodón, los jeans y el calzón. Todo lo amontonó en una esquina. Se sentó en el colchón y se acurrucó. Magaly no es de las que se congrega con asiduidad pero sí es creyente, lee la Biblia con sus hermanos antes de dormir, y quizá en ese momento pensó en su dios. “Yo seguido hablo con él, porque sé que me oye y me entiende”, me dijo en otra ocasión. Al menos esta vez a su dios le valió madre su suerte. Al poco entró el primero de sus violadores.

Mauricio Quirós es el nombre que daré a la persona que desde hace nueve años es el director de la escuela en la que estudiaba Magaly. Me costó semanas que se sentara a platicar sobre lo que sucedía -sobre lo que aún sucede- en el centro educativo que dirige;

al final aceptó hacerlo sin grabadora, bajo estricta condición de confidencialidad y en un lugar público y alejado de Ilopango. Su vida no debe de ser fácil: trabaja en una zona controlada por el Barrio 18 y vive en una colonia asediada por la Mara Salvatrucha, a dos rutas de buses de distancia. Sin embargo, cuando se cercioró de que yo conocía al detalle el caso de Magaly, fue como un libro abierto, como si con esa plática quisiera de alguna manera compensar su silencio cómplice.

“Siempre me ha gustado tener buena relación con los alumnos, solo así uno se da cuenta de tantas cosas, pero lo único que uno puede hacer aquí es callar”, me dijo Mauricio, quien supo de la violación a los pocos días. Ella dejó de asistir a clases, su profesora de noveno grado lo reportó y, primero por teléfono y después en el despacho, Magaly le confirmó a Mauricio lo sucedido. “Es una indignación... saber que le han hecho eso a una joven que he visto crecer... pero... ¿qué puede hacer uno?”, me dijo. Las respuestas se me amontonan, quizá porque responder resulta sencillo cuando se desconoce qué implica vivir bajo el yugo de las pandillas.

El Salvador es un país muy violento: somos poco más de 6 millones de personas y en 2010 hubo 4,000 asesinatos, de los que la Policía Nacional Civil atribuye al menos la mitad a las maras. Naciones Unidas habla de epidemia de violencia si en un año se superan los 10 homicidios por cada 100,000 habitantes, siendo 8 el promedio mundial. Marruecos, Noruega y Japón están abajo de 1; España y Chile, en torno a 2; Argentina y Estados Unidos rondan los 6; y el México de cárteles y narcos se dispara hasta los 18. En El Salvador, la tasa en 2010 fue de 65.

Pero la violencia que caracteriza a la sociedad salvadoreña no es solo cuestión de números. El Salvador es un país en el que en las tiendas te sirven a través de una reja, un país en el que te cachean al entrar en un banco, un país en el que te disparan por negarte a dar un teléfono celular en un robo, un país en el que te recomiendan sin rubor que si atropellas a alguien lo mejor es huir del lugar, un país en el que hay más guardas de seguridad privados que policías, un país en el que se denuncia solo una fracción de lo que sucede y se judicializa solo una fracción de lo que se denuncia, un país en el que los profesores saben que sus alumnas son violadas salvajemente y lo más que hacen es ayudarlas a pasar el grado.

—Pero usted tiene que conocer a los pandilleros que violaron a Magaly —le dije a Mauricio.

—Claro, a casi todos, y créame que me repugna cuando los veo.

Mauricio confirmó la violación de Magaly y me habló de otras ocurridas antes y después. Todos los maestros saben o intuyen lo que sucede. Todos callan. Todos temen. En escuelas como la que él dirige, los pandilleros violan sistemáticamente. La excusa de turno aparece más temprano que tarde. Tampoco importa si se es gorda, flaca, alta o baja. En el cuadro que me pintó solo se libran las protegidas del Barrio 18: la hermana de, la novia de, la hija de. Esto ocurre y ni siquiera es algo que se trata de ocultar. Durante la plática, me contó que ha visto a pandilleros que en los pasillos o en el patio señalan a niñas de 9 o 10 años y comentan obscenidades. “Desde el momento en el que van

teniendo curvas, ya puede ser que las violen”, me dijo.

En las reuniones de directores convocadas por el Ministerio de Educación, Mauricio no reporta nada de esto. En nueve años no ha sabido de nadie que denuncie lo que él cree que es, con mayor o menor intensidad, algo habitual en todas las escuelas ubicadas en zonas con fuerte presencia de maras. Pero tiene su propia teoría para explicar ese silencio: “Cada director tendrá su escenario, seguro, pero harán lo mismo que yo: callar”.

Entró el primero de sus violadores. Nunca supo si era el palabrero o el cumpleañosero. Se quitó la calzoneta, le ordenó tumbarse boca arriba y abrirse de piernas, y comenzó a violarla, a pelo, y Magaly lloró, con la cabeza volteada hasta casi desencajarla del cuello para intentar evitar los besos y las lengüetadas, y quizá pensó en la hora eterna y maldita que tenía por delante, una hora de dolor rabia sangre impotencia saliva asco tortura vergas resignación, resignación infinita ante lo que se asume como inevitable, cuando se ha conocido tanta mierda que una violación tumultuaria forma parte del guion, algo que puede pasar, que de hecho estuvo a punto de pasarle cuando tenía 10 años, la edad de Vanessa, cuando vivían en un mesón en Mejicanos, y un hombre aprovechaba las ausencias de su madre para tocarla y obligarla a tocarle a él, hasta que un día le mordió la mano, se defendió, aunque hacer algo así en la violación no era siquiera opción, moriría ahí mismo, la destazarían, porque el Barrio 18 viola destaza asesina descuartiza mata, y por eso no gritó, aunque sabía que estaba en una casa en un pasaje en una colonia populosa, a primera hora de la tarde, mientras los vecinos veían telenovelas o National Geographic, y Magaly llorando, y solo cuando se le disparaban los decibeles de su llanto, el violador le decía que callara, puta, que callara... hasta que él se fue y se fue, pero al poco vino uno; no, dos, y la violaron a la vez, sin importarles la sangre, y le decían: ponete así, hacele así... y entró un tercero con un teléfono, lo puso cerca de la boca de Magaly, y le dijo: ahora chillá, gemí, perra, que te oiga, y quizá en una cárcel salvadoreña alguien tirado sobre un catre se masturbaba con ese dolor, ese dolor interminable, porque al terminar uno, empezaba otro, y luego el otro, y luego el otro...

—Mirá —se encaró con el que creyó que era el sexto—, el que habló por teléfono dijo que solo iban a ser cinco y una hora.

—Pero él no está aquí ahorita —le respondió—, así que no estés pidiendo gustos. Abrite, pues.

Más llanto, más semen juvenil, y el dolor cada vez más agudo, y uno y otro y otro más, y dos al mismo tiempo, y tres, y vuelta, y vuelta, y hasta un grupito que se sentó en el suelo de la habitación, mirando, riendo, grabando y tomando fotos con el celular, jugando, violadores mareros pandilleros de 12 años —doce—, de 14, de 18... hasta que apareció uno al que le dio asco el sudor ajeno, la sangre, y pidió a Magaly que se fuera a bañar rápido, que bebiera un poco de agua, que dejara de llorar, uno que le preguntó si le estaba gustando la fiesta, y luego a empezar de nuevo, y a llorar de nuevo, el undécimo, o el octavo, o el decimocuarto... ¿cómo saberlo? Más de uno repitió, porque tiempo hubo para

humillar un cuerpo hasta la saciedad, sodomizarlo vejarlo ultrajarlo malograrlo envejecerlo, marcarlo de por vida, y el hilito de sangre que no cesaba, y las lágrimas y los ojos rojos siempre acuosos hinchados resignados... hasta que al fin terminó, cuando todos, donde todos incluye a pandilleros y a aspirantes, se cansaron de penetrarla, de darle nalgadas, de montarla, y su dios, el dios al que le reza cada noche con sus hermanos, a saber dónde putas estaba ese día.

—Puya, mirá esta maldita cómo está sangrando –le dijo un pandillero a otro, riendo, mientras Magaly intentaba recomponerse—. Dan ganas de picarla, vos. —Callate, vos, que nos vamos a echar un huevo encima. Además, ¿que no mirás que estaba virga la bicha?

Como pudo, Magaly se vistió y salió de la habitación. Eran las 4:30 de la tarde. La despedida fue una frase: si abris la boca, iremos a tirar una granada en tu casa. Cojeaba y los ojos siempre acuosos hinchados resignados. Así la vio su hermana cuando salió del pasaje. Pero Vanessa es niña todavía, 10 años, se ve niña. Le reclamó de forma airada la interminable espera, y Magaly prefirió no decirle nada. Ahorita no me hablés que me duele mucho la cabeza, respondió. También le dijo que se había torcido un tobillo. Caminaron hasta la casa. Guille abrió la puerta. También él preguntó, más consciente a sus 12 años de lo que podía haber pasado, pero respetó las ganas de silencio de Magaly. Fue al baño. Se duchó largo, se restregó bien por el asco. Tomó un par de diazepam y se encerró en su cuarto, que no era suyo sino de los tres hermanos.

—Díganle a mi mamá que estoy enferma, que no vaya a molestar –fue lo último que dijo el día de la violación.

Le costó, pero al rato cayó profundamente dormida.

La sicología forense es la herramienta que permite traducir una evaluación psicológica al lenguaje legal que se maneja en los juzgados. El trabajo de un psicólogo forense consiste pues en tratar tanto con víctimas como con victimarios; los escucha, los analiza, los evalúa y los interpreta. Marcelino Díaz es psicólogo forense en El Salvador. Trabaja desde 1993 en el Instituto de Medicina Legal, institución adscrita a la Corte Suprema de Justicia. Por su despacho de dos por dos metros han pasado violadas y violadores, incontables ya. La segunda vez que me recibió, cuando le saqué el tema, alzó desde detrás de la mesa una gran bolsa blanca llena de peluches. Me explicó que se los pide a sus alumnos de la universidad, para romper el hielo cuando evalúa a niñas violadas, algo que ocurre con demasiada frecuencia.

—Una de las cosas que he logrado entender de las pandillas –me dijo Marcelino, también un convencido de que las maras son responsables directas de buena parte de la violencia que embadurna el país– es que ellos se creen diferentes; a los demás nos dicen civiles. Se consideran con el derecho a hacer lo que les da la gana y por la impunidad que hay, hoy pueden tomar a la mujer que se les antoja.

La historia de Magaly era ya un drama infinito, pero en singular; no fue hasta que hablé con Marcelino cuando comprendí que es algo generalizado, que no es exclusivo del Barrio 18 o de la Mara Salvatrucha; comprendí que las violaciones tumultuarias no son algo extraordinario en El Salvador; comprendí que Magaly hasta podría considerarse una afortunada.

—Con los años —me dijo—, las violaciones de los pandilleros han ido cambiando, especialmente en conductas sádicas. Lo último de lo que he tenido conocimiento es que toman a una joven, la desnudan, alguno se pone entre las piernas para violarla, otros la levantan, le agarran las piernas y, cuando la están violando, uno más le clava un puñal en la espalda, para que ella se mueva. Es una conducta totalmente sádica, bestial... no tiene nombre.

Las pláticas con Marcelino resultaron una sucesión de titulares, cada cual más cruel y desesperanzador: “Los pandilleros tienen un odio tremendo a la mujer, por la destrucción de cuerpos que hacen”; “las denuncias son solo la punta del iceberg de todas las violaciones que hay”; “hay niños de 12-13 años que ya son violadores”; “las están prefiriendo de 14 o 15 años, son las que más aparecen muertas”; “el sistema educativo es un fracaso, pero parece que nadie lo quiere señalar”; “no le veo solución al problema de las pandillas”.

Le esboqué lo vivido por Magaly y mencioné su aparente fortaleza emocional. Marcelino respondió que cuando se crece en un ambiente de amenaza constante, como lo es una colonia dominada por pandilleros, una violación no genera tanto trauma porque se asume que la alternativa es la muerte. Es cuestión de sobrevivencia, me dijo.

—¿Y cómo calificaría la actitud de la sociedad salvadoreña ante lo que ocurre en el país? —pregunté.

—La violencia está casi invisibilizada: ¿cuántos medios de comunicación cuentan aquí la verdad? Casi ninguno, porque responden a grupos normativos que prefieren vender El Salvador como el país de la sonrisa. Y no solo invisibilizada; también está naturalizada. No es natural que se descuartice a niños o a niñas, que maten a la abuelita, pero aquí todo eso se ha naturalizado. Yo creo que los salvadoreños tenemos adicción a la muerte.

Adicción a la muerte, dijo.

Cayó profundamente dormida. A la mañana siguiente, los dolores en todo el cuerpo y una leve hemorragia vaginal le confirmaron que no había sido una pesadilla. En las horas que pasó despierta en la cama, hasta que su madre y su padrastro se fueron, Magaly se reafirmó en lo que desde el día anterior era ya una convicción: trataría de sobrellevar esto sola. Tomada la decisión, y confiada en que los dolores se irían solos, emergieron las tres preocupaciones principales: un posible embarazo, el sida y la pérdida del año escolar. La posibilidad de denunciar ni siquiera la consideró. "Yo creo en un dios que todo lo sabe y

todo lo puede, y él tarda pero nunca olvida", me respondió en una ocasión cuando le pedí un porqué.

De los tres problemas, el de las clases es el que primero se solucionó. Dejó pasar unos días y, primero por teléfono y luego en persona, Magaly contó lo sucedido a su maestra y luego al director. Entre los tres improvisaron una manera de pasar el grado haciendo las tareas en casa, sin asistir a la escuela donde el encuentro con sus violadores era inevitable, y no solo con los violadores.

—Mirá —le dijo un compañero una vez que llegó a arreglar su situación—, dicen que aquellos tuvieron fiesta. ¿Cuándo me va a tocar a mí?

Disipar la duda del VIH tomó más tiempo, pero lo cierto es que esta posibilidad nunca llegó a atormentarla porque palidecía ante lo que Magaly consideraba la preocupación mayor: el embarazo. Para poder dimensionar su aflicción, hay que conocer un poco mejor a su madre. "Yo hace dos años no existía", me dijo en una ocasión Magaly. Se refería a que hasta poco antes de cumplir los 18 no estaba asentada en ningún lado, por lo que no tenía ni partida de nacimiento ni ningún otro documento. Su hermana Vanessa aún está en esa situación. Para la madre no son cuestiones relevantes, mucho menos para el padrastro, por quien Magaly siente una profunda animadversión.

Hace más de una década el Estado quitó a la madre la tutela de sus hijos, y Magaly tuvo que pasar seis oscuros meses en un centro del Instituto Salvadoreño de Protección al Menor. El último hijo, el noveno, la madre lo regaló a un hermano para que él lo asentara como propio. Sin embargo, Magaly siente hacia ella una rara mezcla de respeto, cariño y temor que, para bien o para mal, ha marcado su manera de ser. "Yo no soy nadie para juzgar a mi nana", me dijo otra vez. En su casa se vive una férrea dictadura en la que la única opción para los hijos es obedecer. Bajo ninguna condición se puede salir después de anochecer, por lo que la adolescencia de Magaly siempre estuvo carente de fiestas, de bailes, de borracheras, de noviazgos, de vida social. Una vez le pregunté cuál de sus cumpleaños recordaba más. "El de los 15 años", respondió. "¿Y cómo fue la fiesta?", insistí. "¿Cuál fiesta? —dijo—. Si nadie se acordó, por eso nunca se me olvida. Nadie... ni mi mamá".

En estas circunstancias familiares Magaly hizo frente a las secuelas de su violación. Primero calló. A los dos días la tuvo que ver una médica por primera vez, y le detectó una fuerte inflamación en la matriz, además del sangrado que duraría semanas. Unos antibióticos y para casa. Magaly comenzó a tomar cualquier cosa que le dijeron que podría tener propiedades abortivas o curativas: agua de canela, agua de chichipince, hierba del toro, orégano... Su hermano Guille, el único de la casa que lo sabe, se convirtió en su aliado. El leve sangrado nunca cesó; los dolores se incrementaron. Su madre comenzó a interesarse y hasta la llevó a un doctor de confianza, al que Magaly le contó todo a cambio de que no dijera nada a su madre. La refirieron al Hospital de Maternidad, en San Salvador. Tenía la convicción absoluta de que uno de sus violadores la había embarazado.

En esas vueltas estaba cuando aquella mañana de inicios de julio me soltó por el messenger que la habían violado. Quizá solo quería desahogarse, quizá solo quería ayuda. Le conté el caso a un amigo que a su vez buscó a una conocida de un colectivo feminista de esos que diz que ayudan a víctimas como Magaly, a pesar de ser El Salvador un país en el que el aborto está estrictamente prohibido. Ese intento naufragó porque los requisitos eran de imposible cumplimiento para un joven humilde, sola y asustada. La ayuda ofrecida, además, nunca fue más allá de una asesoría telefónica.

“La vida es hermosa”, inició Magaly otro chat 18 días después de haberme dicho que el Barrio 18 la había violado. “Me duele un poco pero estoy bien, siento como si estoy pariendo no se que sea eso”, escribió. “Solo tengo que comprar unos antibioticos para que no alla infección”, escribió. “Unas amoxicilina 500 me dijeron que es bueno”, escribió. “Si, me desangraron de ambos lados fui al hospital y me hicieron una radigrafia en la parte de pelvis no podia detener la sangre mi mami cree que fue la ulcera que me queria reventar”, escribió. “Estuve tres dias en el hospital”, escribió.

Además, las pruebas de VIH salieron negativas.

A Magaly le gusta mirarse en un espejo que hay en el baño de la casa y hablar en voz alta con su reflejo. Quizá esa noche en la que sus tres problemas se solucionaron se miró fijamente a los ojos, se quiso engañar a sí misma y se dijo: gracias a dios, todo ha pasado.

—Tu hermana Vanessa tiene ya 10 años y podría sucederle lo mismo. ¿No crees que deberías contárselo?

—El problema es que ella es bien bocona, y se lo diría a mi mamá. Lo que hago es aconsejarle.

—¿Y a tu madre? Magaly, han pasado ocho meses y había amenazas de los pandilleros; creo que entendería que en su día no le dijeras nada. ¿Por qué no te sientas con ella un día y le cuentas?

—No, mejor no. Es que mi mamá no es de razones...

—¿Pero cuál es el temor?

—No sé. Diría que algo habría hecho, o que me pasó por andar con gente que no debo... A saber.

—¿Y a tu padrastro?

—¡Peor! Es que... a ver... Mi casa no es así como usted piensa. Si algún día yo salgo embarazada, me echan. Ya me lo han dicho.

En los últimos meses he quedado tantas veces con Magaly que me he propuesto que el de hoy sea el último encuentro. Sé más de ella que de mi propia hermana.

Es sábado en la tarde, y la cita es en una pastelería del centro comercial Metrocentro. Magaly, que ya ha cumplido los 19 años, se presenta con unos jeans ajustados coronados

por un grueso cincho, una blusa blanca de botones y unos zapatos de medio tacón. Luce bonita, demasiado quizá para la ocasión, como si viniera de una discoteca. Solo los cuadernos que carga bajo el brazo respaldan su discurso de que viene del instituto en el que cursa primer año de bachillerato en la modalidad a distancia. En su colonia no podía estudiar, pero se inscribió en un centro de San Salvador y asiste los sábados. “Si dios me lo permite, quiero llegar a la universidad”, me dijo otro día.

Mi idea es hablar lo mínimo sobre la violación, pero ella saca el tema: dos pandilleros violaron hace pocos días a Patty, una conocida de la colonia de la que ya me había hablado. Como todas y cada una las desgracias que le ocurren, esta también la cuenta sin la más mínima expresión de extrañeza en su rostro. En vidas como la suya cosas así no son algo estridente.

Su vida ha cambiado desde la violación. Cuando está en la colonia, no sale de casa, y el contacto con sus violadores es casi nulo. Hace un par de semanas vio por televisión a dos de ellos, cuando fueron presentados tras ser detenidos en un operativo de la Policía Nacional Civil. Supo también de otro al que lo asesinaron en la colonia. Magaly lo llama justicia divina, y está convencida de que, más temprano que tarde, le llegará a todos los que participaron en el *trencito*.

En su casa nadie sabe nada de la violación; solo Guille, que ya tiene 13 años. La férrea disciplina que impone la madre ha servido al menos para alejarlo del Barrio 18. Magaly me dice que hace unas semanas logró que su hermano le jurara que nunca diría nada a su mamá. Lo hizo después de que una noche en la que habían discutido, Guille jugara con fuego. “Mami, ¿recuerda aquella vez que la Magaly dijo que estaba enferma y que no la molestáramos?”. Magaly se le quedó mirando. Guille se rio e improvisó una respuesta falsa.

Siento que Magaly sigue siendo en muchos aspectos una niña, una niña a la que violaron no menos de 15 pandilleros durante más de tres horas y tuvo que callar. Nadie lo diría si la viera aquí y ahora, sonriente como casi siempre. Hay mucha confianza ya y le comento que esta tarde se ve especialmente bonita. Se ruboriza.

—Es que... ¿le puedo contar algo? —me dice.

—A ver.

—No sé... Es que... me da pena contárselo...

—Me ha contado toda su vida, Magaly.

—Pues es que estos jeans me costaron solo dos dólares. Es que... es ropa usada. En Navidad vamos con mi mamá y la compramos en un local que se llama Santa Lucía; queda por ahí, por Simán centro.

(Los nombres de la mayoría de las personas que aparecen en este relato se han modificado para proteger su vida; también algunos lugares y otros detalles que podrían resultar comprometedores)

Barrio Jorge Dimitrov
Roberto Valencia (originalmente publicada en El Faro)

Sobre la Pista de La Resistencia, uno de los ejes viales más transitados de la capital nicaragüense, se alza imponente una estatua de seis metros de altura que se trae un aire al Cristo de Corcovado de Río de Janeiro. Ubicada en medio de una gran rotonda, levanta sus brazos como si se dispusiera a abrazar a alguien, pero un chascarrillo regado por Managua dice que no, que los tiene levantados porque lo están atacando. Ni Cristo se libra de los asaltos en las inmediaciones de esa rotonda, la rotonda de Santo Domingo, donde empieza y termina el barrio Jorge Dimitrov.

Cuando a un nicaragüense se le pregunta por las colonias más conflictivas de su capital, por esas que nunca visitaría de buena gana, se suceden nombres como Villa Reconciliación, el Georgino Andrade, Las Torres o el reparto Schick, pero es el barrio con nombre de vodka barato, el Dimitrov, el que siempre aparece en todas las respuestas. ¿Un estigma generalizado entre quienes nunca han puesto un pie aquí? Seguramente también haya algo de eso, pero los mismos vecinos se saben residentes de un lugar especial, pecaminoso, casi maldito, el barrio nicaragüense violento por antonomasia.

Quizá en verdad lo sea.

* * *

Las instrucciones que ayer me dio por teléfono José Daniel Hernández sonaron tan sencillas como un mensaje cuneiforme sumerio: de la rotonda Santo Domingo una cuadra al lago, de ahí otras dos cuerdas abajo y 75 varas al lago, y pregunte por la casa comunal. Vaya en un taxi de su confianza, apostilló. Pero los taxistas rehúyen el Dimitrov. Dicen que mucho asaltan, que no merece la pena arriesgarse por los 30 o 40 pesos (menos de dos dólares) de una carrera... Muchos prefieren perder al cliente. Tres he parado esta mañana antes de que uno haya aceptado a regañadientes llevarme, y la plática durante el trayecto ha sido sobre la leyenda negra que el barrio aún tiene entre el gremio. Algo parecido sucederá el resto de días.

Es julio y es martes, pasan las 2 de la tarde. Nubes grises cubren Managua pero esperarán a que anochezca.

José Daniel tiene 57 años, seis hijos y la piel tostada como un hombre de campo, aunque vive en el Dimitrov desde que se fundó. Combatió por la Revolución –estuvo en el Frente Sur a las órdenes de Edén Pastora, el Comandante Cero en la toma del Palacio Nacional–, pero ni la militancia guerrillera ni su lealtad al Frente Sandinista y a Daniel Ortega le han permitido prosperar lo suficiente como para irse del barrio. Yo aquí soy el responsable de infraestructura de la comunidad, me dice al nomás conocernos. Tener un rol en la comunidad, por pequeño que sea, parece ser motivo de orgullo en Nicaragua.

—Tengo que visitar a una señora a la que un árbol le cayó en la casa —me dice—, ¿me acompaña?

El Dimitrov es un barrio ofensivamente pobre, de esos en los que hay familias que ni pueden pagar la caja cuando alguien fallece. En casos así la comunidad provee. Dice José Daniel que con los años se ha perdido mucha de la genuina solidaridad entre vecinos, pero algo queda, y sin pretenderlo ahora se dispone a interpretarlo.

—¿Ve? —dice José Daniel al llegar a la casa de Angélica, en la que vive con su esposo y tres hijos pequeños—. El *ventarral* de ayer botó el palo de mamón sobre la casita y la desbarató —y en efecto, una casucha desbaratada—. Es una familia humilde, pero ya hemos pedido el material para hacer la casa a la señora.

—¿Y quién da esa ayuda?

—La alcaldía ha regalado las láminas. Llamamos al distrito, vinieron ayer mismo y nos dijeron: mañana traemos el material. Y ¡bang! Aquí está. Y ahora le ayudaremos a colocarlas. A mí me toca andar en estas vainas.

El improvisado paseo prosigue.

El Dimitrov es descomunal: 21 mil almas, según el letrado de la municipalidad ubicado en una de las entradas. Bajo una maraña de cables se amontonan las casas, una tras otra, sin que haya dos iguales. Las hay de dos plantas, bien repelladas, algunas hasta con su pedacito de acera. Las hay también que son un montón de láminas ensambladas de mala manera, o hechas con desechos. Pero todas —todas: las plantosas, las dignas, las miserables, las infrahumanas— tienen en común que cuentan con algún mecanismo de defensa: vidrios rotos que coronan muros, rejas con soldaduras toscas en puertas y ventanas, el recurrente alambre de púas retorcido y oxidado... Las calles anchas son las únicas que conocen el pavimento, pero apenas pasan carros y se echa en falta lo demás: buses, paradas, semáforos, bancas, aceras... Las calles más estrechas de este laberinto, la mayoría, son de tierra, lo que intensifica la sensación de abandono.

—De tres meses para acá está más calmado, casi ni se escuchan balazos. Siempre hay muchachos que siguen robando porque es el billete más fácil... Si viene usted solo por aquí, lo agarran, le ponen la pistola y le quitan las cuestiones. Pero hace un año era peor, ahora se ha calmado...

—¿Y a qué lo atribuye usted? —pregunto.

—Pues a que los pandilleros más dañinos están presos, se les han recuperado todas las armas, y bueno, porque la comunidad ya no aguataba y comenzó a *bombiar*. Así se le dice aquí a señalar: fulano en tal parte esconde tal cosa, fulano en tal parte esto otro, fulano esto, fulano lo otro...

La comunidad ya no aguataba, dice. La comunidad.

* * *

Hay quien no concibe un relato periodístico sin un buen vómito de números.

El resumen numérico del Dimitrov diría algo así: 54% evangélicos, 39% católicos. Diría también que en el 61% de las casas conviven seis o más personas, que en el 70% de los hogares los ingresos mensuales son inferiores a 316 dólares y en el 19% no alcanzan siquiera los 106 dólares. Diría que el techo del 99% de las casas es de zinc, con paredes de concreto (67%) o de madera (14%), diría que el 84% posee las escrituras, que el 24% cocina con leña, que apenas el 18% tiene chorro de agua dentro de la casa, que el 98% de las casas están conectadas a la red eléctrica, sí, pero el 20% son conexiones fraudulentas. Diría también que el 60% de los residentes no ha cumplido los 30 años, y que el 36% – uno de cada tres – son menores de edad. Sobre la violencia, el resumen diría que el 92% de los vecinos creen que el Dimitrov es violento o muy violento, y que cuando se les piden ejemplos de violencia, citan los asaltos, luego las peleas entre pandillas, luego las balaceras; diría también que el 24% opina que la violencia más común es la intrafamiliar, que el 64% pide más y mejor presencia de la Policía Nacional, y que el 52% cree que hay un problema real de venta de drogas, marihuana y crack sobre todo. Tan solo el 0.9% de las casas tienen acceso a internet, diría también. Y todas estas cifras son nomás una fracción de las incluidas en el “Diagnóstico socioeconómico en el barrio Jorge Dimitrov”, realizado por una ONG llamada Cantera, tras visitar y hacer encuestas en 214 viviendas entre el 9 y el 14 de febrero de 2011.

Pero el Dimitrov es mucho más que un buen vómito de números, la coraza que demasiadas veces impide escuchar los latidos de un lugar.

* * *

El escritor Sergio Ramírez, uno de los referentes de la literatura nicaragüense, describe periódicamente Managua, y lo hace sobre un mismo texto base escrito hace una década titulado “Managua, Nicaragua is a beautiful town”, al que le suma o le resta metáforas y datos. Lo que no ha cambiado es el tono de desdicha que da a la ciudad; tampoco el referente que usa para ilustrar las barriadas pobres y peligrosas. Managua es, dice Ramírez en la versión de junio de 2010, “un campamento de un millón y medio de habitantes, un cuarto de la población total del país. Las casas, construidas en serie, como cajas de cerillos, cerradas con barrotes, como cárceles o como jaulas, porque los que tienen poco, en la colonia Independencia, o en la colonia Centroamérica, se defienden de los más pobres, que viven en barrios como el Jorge Dimitrov, bautizado así en tiempos de la Revolución”.

De los que viven en lugares como el Dimitrov, dice Ramírez, hay que defenderse.

* * *

Roger Espinales es uno de los agentes de la Policía Nacional destacados en el Dimitrov. Es sicólogo. Entre sus funciones está reunirse a diario con los principales actores de la comunidad, también con pandilleros y sus familias. El barrio tiene fuerte presencia de pandillas, si bien esta palabra en Nicaragua tiene muy poco que ver con el fenómeno de las maras. Muy poco que ver.

En esta parte de Centroamérica la Mara Salvatrucha y el Barrio 18 suenan tan exóticas como la Camorra napolitana o la Mafia rusa. Los nombres de las pandillas presentes en el barrio parecen la lista de equipos de una liga amateur de fútbol: Los Galanes, Los Parqueños, Los Pegajosos, Los Gárgolas, Los Punteros, Los del Andén 14, Los Diablitos... El agente Espinales también cree que el Dimitrov es un lugar complicado, pero está optimista por lo que encontró a su llegada. La comunidad, dice, aún se ve relativamente bien organizada, y las pandillas tienen muy poco que ver con los monstruos que operan en los países ubicados al norte de la frontera norte.

—Lo que me sorprende de El Salvador o de Honduras —se sincerará el agente Espinales al final de una de las pláticas— es que una comunidad entera se deje dominar por 30 o 40 pendejitos de una pandilla; se llame como se llame. Es algo insólito.

En su boca, la palabra comunidad suena distinto. Suena a comunicación, a comunión, a comuna... Suena a comunidad.

* * *

Aletta fue el nombre con el que se bautizó en 1982 la primera tormenta tropical en el océano Pacífico. Entre el 22 y el 24 de mayo descargó un mar sobre Nicaragua: los muertos se contaron por docenas, los evacuados por miles, y las pérdidas por millones, en un país que apenas comenzaba a empaparse de su nuevo rol en el tablero político internacional. En Managua, una de las zonas más afectadas fueron los asentamientos de la orilla del lago Xolotlán. El agua se tomó barrios como La Tejera, Las Torres o La Quintanilla, y, tras la orden de evacuación gubernamental, cientos de familias salieron en camiones de la Fuerza Armada rumbo a un predio vasto e inhóspito, pero bien ubicado, no muy lejos de la Universidad Centroamericana (UCA).

—Aquí donde estamos ahora —dice José Daniel, el líder comunal— era una *arbolizada* grande. Había vacas, como que antes era hacienda o algo así, dicen que propiedad de la familia Somoza. Nosotros vinimos y comenzamos a destroncar, cada uno su parte pues, ¿me entiende?

Se repartieron terrenos de 10 por 20 metros, alineados todos, y cada quien levantó lo que pudo con lo que tenía a mano. Como comunidad en ciernes, las prioridades fueron el agua y la luz. Para el agua, adquirieron entre todos materiales, cavaron zanjas y pronto abrieron chorros colectivos. Para la energía, la embajada de la República Popular de Bulgaria, país con el que se habían abierto relaciones diplomáticas tras el triunfo de la revolución, donó la electrificación.

Sin Aletta y sin revolución no existiría el Dimitrov, al menos no con ese nombre.

—Todavía no nos llamábamos de ninguna manera, y nosotros, agradecidos con el embajador, le dijimos que eligiera el nombre de algún líder de Bulgaria. Jorge Dimitrov, dijo, y Jorge Dimitrov le pusimos, sin saber ni quién era. Ya luego nos trajeron libros y comenzamos a ver la historia de él...

Georgi Dimitrov Mijáilov (1882-1949) destacó desde joven como dirigente sindical y, tras una vida sazonada de juicios, conspiraciones, clandestinidades y exilios, el máximo líder de la URSS, Iósif Stalin, lo recompensó con el cargo de secretario general de la Internacional Comunista. Tras la II Guerra Mundial, Bulgaria quedó al otro lado del telón de acero, abandonó la monarquía, y Dimitrov se convirtió en 1946 en su primer primer ministro. Falleció tres años después, por lo que hubo tiempo para la exaltación de su figura al más puro estilo soviético. Pero en 1990 el socialismo colapsó en Bulgaria, el héroe pasó a ser un proscrito, su cuerpo –embalsamado por cuatro décadas en una urna de cristal– terminó en el cementerio general, y el regio mausoleo que lo albergaba fue demolido.

En la actualidad, fuera de Europa sobrevive una avenida Dimitrov en la capital de Camboya, otra en la ciudad cubana de Holguín, una modesta plaza en México DF, una estatua en una ciudad africana llamada Cotonou, y poco más; el barrio de Managua, claro. Por esos pliegues irónicos que a veces depara la historia, Dimitrov, el apellido del otrora influyente líder comunista, amigo y estrecho colaborador del genocida Stalin, en Nicaragua es hoy sinónimo de violencia e inseguridad.

—¿La gente sabe quién fue Dimitrov? —pregunto a José Daniel.
—No, poca gente lo sabe. De los jóvenes, nadie o casi nadie, pero creo que la mayoría de los que nos vinimos adultos se acordará.

“Mi profesor de sexto grado nos enseñó que era un guerrillero ruso que estuvo apoyando al Frente Sandinista”, me respondió un joven universitario del barrio, uno de los pocos que se atrevió a contestar.

El pasar de los años hizo más que diluir el porqué del nombre. También trajo mejoras – centros educativos, clínica, alumbrado, una rudimentaria cancha de béisbol...–, aunque a un ritmo insuficiente comparado con el bum urbanístico en los alrededores. Cuando uno mira hoy un plano de Managua, el Dimitrov está casi en el medio, un área muy codiciada. Ni siquiera este bolsón de pobreza evitó que en pocas cuadras a la redonda se construyeran el centro comercial Metrocentro, la nueva catedral, el Consejo Supremo Electoral, el hotel Real Intercontinental y hasta las oficinas centrales de la Policía Nacional. Aminta Granera, la primer comisionada, la mujer paradigma del buen hacer en materia de seguridad, tiene su despacho a unos pasos del barrio bravo de la ciudad.

* * *

Lo dice Naciones Unidas: Centroamérica es la región más violenta del mundo. Con esta tarjeta de presentación, cualquier iniciativa tendente a rebajar esos indicadores se antoja como un buen anzuelo para pescar en el río revuelto de la cooperación internacional. Donde hay violencia no tardan en aparecer programas que se ofrecen como preventivos – algunos incluso lo son–, para aflojar las chequeras de los financiadores europeos y norteamericanos. En este sentido, en el Dimitrov no faltan las oenegés y seguirán llegando.

El Centro de Comunicación y Educación Popular Cantera es una ONG nicaragüense que trabaja en el barrio desde hace nueve años. En un ambiente oenegero centroamericano en el que en materia preventiva prima lo efectista, de dudosa eficacia y de corta duración –semanas, meses lo más–, el solo hecho de haber permanecido casi una década en un mismo lugar pone a Cantera en un plano diferente. Su base es una especie de centro comunal llamado Olla de la Soya, ubicado en el mismísimo corazón del barrio. La coordinadora del Programa de Juventud de Cantera es una socióloga llamada Linda Núñez. Se ve más joven, pero tiene 40 años, y con el Dimitrov mantiene un vínculo emotivo desde sus años como estudiante de la UCA, cuando participó aquí en campañas de alfabetización.

—¿Sientes el barrio ahora más sano? –pregunto.

—Si lo comparo con hace 15 años, yo sí tengo un mal sabor con este barrio... Cuando llegaba como voluntaria, salíamos caminando a las 8 de la noche y nunca pasaba nada; ahorita no me atrevería. Sí, lo encuentro más violento.

El grueso de los voluntarios y del personal de Cantera es del barrio, la política de puertas abiertas en la Olla de la Soya redundo en un constante ir y venir de niños y jóvenes, avivado por el amplio abanico de opciones que se ofrece: danza, clases de inglés, fútbol, béisbol, teatro, taekwondo, fotografía... Todo gratis. El buque insignia es un programa que permite a una treintena de jóvenes aprender un oficio –gratis también–, formación que se complementa con una capacitación en valores, bautizada con el sugerente nombre de Habilidades para la vida.

Pero Linda, franca, admite que incluso en Nicaragua –que se va a los penales con Costa Rica por el título de país centroamericano más civilizado– el problema de violencia sobrepasa los intentos por contrarrestarla. Confiesa además una preocupante falta de coordinación entre las distintas oenegés e instituciones que compiten por los euros. Y por muy efectivo que sea un esfuerzo en concreto, la matemática es como un huacal de agua helada: a los programas de Cantera asisten unos 90 jóvenes, cuando se estima en 4 mil las personas entre los 15 y los 25 años de edad que hay en el Dimitrov.

—Linda, ¿se puede ser optimista con estos números?

—La realidad invita a las dos cosas: a la depresión y al optimismo. Es cierto que a veces sentís que no estás cambiando nada, porque atendés a 10 entre mil, y te preguntás: ¿hasta dónde? Pero luego comenzás a ver la multiplicación de estos jóvenes y te decís: sí, algo se puede hacer. Nunca vas a llegar a los mil, pero atender a 20 o 30 ya es algo. El problema es cuántos años llevamos de deterioro y cuánto estamos invirtiendo en programas de prevención.

* * *

“Para que se den cuenta, el Dimitrov está apestado de drogadictos, delincuentes de todo calibre que viven ahí, pero que operan alrededor del sector, en lugares específicos como las paradas de buses de la rotonda de Santo Domingo, detrás de la catedral de Managua y en el lugar conocido como el puente de Lata, situado unas cincuenta varas arriba de la

entrada principal de Plaza del Sol”.

(Extracto del reportaje “Ruta de escape y refugio de la delincuencia”, publicado en El Nuevo Diario el 16 de mayo de 2002)

* * *

—... Mire, toque aquí, la bala no salió —me dice el joven.

Cerca de la rodilla, cubierta por una cicatriz poco estridente, tiene una protuberancia: una bala calibre .22 que le acertaron el año pasado, que lo mantuvo dos semanas en el Hospital Lenin Fonseca, pero que decidieron no extraérsela. El joven se llama Miguel Ángel Orozco Padilla, nació en el Dimitrov, vive con su madre, su hermana y su sobrino en una modesta casa del andén 14, y cumple 17 años en marzo de 2012. Delgado, mirada viva, nariz ancha, rostro maltratado por el acné... Es un adolescente y se expresa como tal, pero para la Policía Nacional es un “joven en alto riesgo social”.

Cuando mañana comente su caso con el agente Espinales, me convencerá de que se puede al dedillo su historia y lo ubicará en la órbita de Los Galanes. El joven Orozco Padilla niega ser pandillero, dice que el balazo fue un error, que no iba para él, que hasta disculpas le pidieron los que dispararon, pero aun así ya está quemado, dice, y no puede acercarse al sector de Los Gárgolas.

—Fue por un primo mío... Vos sabés... Él sí es pandillero, y de espaldas somos igualitos... Por eso me pegaron el *cuetazo*... Mire, toque aquí, la bala no salió —me dice el joven—. Yo venía de espaldas y escuché: *allávaChus, allávaChus*... Chus es mi primo el pandillero, y me gritaron: Padilla, detenete, porque así lo llaman a él, y yo me vuelvo y disparan. Y oigo: pero si no es Chus... Pero ya habían tirado.

—¿Y conocés a los que dispararon?

—Sí. Uno ya murió. El Yogi. Lo apuñalaron este año.

Hay disputas, disparos, machetazos, fallecidos incluso, pero en Nicaragua las pandillas tienen muy poco que ver con las maras, afortunadamente. La Policía Nacional las tiene bien cuadrículadas: son muy locales y raro es que superen el centenar de miembros, sin violentos rituales de iniciación, casi todos viven con sus familias, los grafitos y tatuajes de pertenencia son limitados, la actividad criminal es reducida, el uso de armas de fuego es eventual, los encarcelados no tiran línea a los que están en la libre, y —quizá la diferencia más importante— la pandilla se puede dejar cuando se quiere, sin represalias.

Seleccionado por la comunidad y becado por una oenegé, el joven Orozco Padilla estudia enderezado y pintura en el Instituto Nacional Tecnológico. Quizá algún día le arregle su auto.

* * *

Miércoles, faltan 10 para las 3 de la tarde.

El taller Habilidades para la vida se realiza a diario en el aula más nueva de la Olla de la Soya. Es un lugar espacioso en el que se agradecen los ventiladores taladrados al techo, lleno de fotos motivadoras. Asisten unos 30 jóvenes, y hoy lo conducen Sean y Megan, dos cooperantes estadounidenses.

La reunión se interrumpe cuando en la puerta asoman un grupo de turistas gringos, su traductor y Martha Núñez, la coordinadora de Cantera en la Olla de la Soya. Llegaron hace unos minutos en microbús, son una veintena, y dicen ser estudiantes de medicina y de liderazgo en el Augsburg College de Mineápolis. Llevan turisteando desde el domingo por Managua, en una modalidad que bien podría etiquetarse como *Conoce-el-infierno-para-luego-no-quejarte-tanto*. Han visitado el centro histórico, el mercado Huembes, un hospital público, una oenegé feminista... y ahora están cámara en mano en el mismísimo corazón del Dimitrov.

Tras unas palabras explicativas de Sean en inglés, se abre un turno de preguntas, pero los gringos no se animan. Tic-tac... segundos... tic-tac... incómodos... tic-tac... hasta que una pregunta rompe el silencio.

—¿Qué están aprendiendo hoy? —presta su voz el traductor a una de las turistas.
—Sobre la autoestima —responde un joven.

El traductor traduce. Murmullos...

—Más o menos ¿qué edades tienen en el grupo?
—De 15 a 29... —consensuan los jóvenes.

Más murmullos en ambos mundos...

—Any more questions? —se dirige el traductor a los suyos.
—...
—Are you good dancers? —eleva la voz una gringa, pura sonrisa.
—Ahhhh, ella quiere saber si hay buenos bailarines en esta sala...

Murmullos y risas. Luego, la despedida. Los turistas suben al microbús y abandonan, seguramente para siempre, el barrio bravo de Managua.

* * *

Este autobús de la 102, una ruta que bordea buena parte del Dimitrov, es un destartalado Blue Bird bautizado con nombre de mujer, un clon del que podría verse en cualquier capital centroamericana. Sábado, mediodía, y la unidad es un horno insuficiente —una docena vamos parados—, pero nadie se atreve a pedir a la señora que quite la gran bolsa que ocupa un asiento, mucho menos que se calle.

—¡A su madre, a su propia madre! —grita ella, desdentada y en pie, el pelo alborotado y canoso, gruesa como tambo de gas.

Habla de una noticia que días atrás ocupó algunos segundos en los noticiarios: un hombre de 31 años detenido por secuestrar y violar en repetidas ocasiones a su madre. Pero antes la señora ha voceado un sinfín de formas de incesto presentes en la sociedad nicaragüense: padres con hijas, tíos con sobrinas, abuelos con nietas...

El viaje se hará más pesado, más crudo, como su retrato de Nicaragua.

—... ahora cualquiera te engaña. Si vas al mercado y compras 25 libras de fruta, el del puesto por lo menos te robará 2 o 3. ¿Y los abogados? Si vas donde el abogado pa' que te saque un reo, te saca hasta lo que no tenés de dinero, vendés tu casa y todo, pero el reo no te lo sacó... —grita la señora, grita pero no pide ni pedirá monedas—. Y así sucesivamente, queridos hermanos. Yo les sigo sacando pañales al sol... ¿Adónde queda ya que no se encuentre un ladrón? La gente dice: esos ministros son ladrones, esos gobernantes... ¡Pero ladrones somos todos, hermanos! ¡Lance la piedra el que se sienta libre de culpa! Lo dijo Cristo, no yo. Miren lo varones, los papás. Reciben un sueldo, y cuando lo reciben se van adonde las mujeres...

La voz de la conciencia en Nicaragua viaja en los autobuses públicos.

* * *

Al fondo de la Olla de la Soya hay unos rudimentarios servicios sanitarios. Sobre la pared externa, como si fueran las tablas de Moisés, están pintados blanco sobre azul los nombres del primer grupo de 24 jóvenes graduados en el proyecto Jóvenes Constructores. Casi al final de la primera columna, entre Marianela y Meylin, se lee Nilson Dávila L.

Es miércoles, 4 de la tarde.

Nilson no esconde su satisfacción por ver su nombre escrito. Es el menor de nueve hermanos y tiene 22 años vividos todos y cada uno en el Dimitrov. Habita en el sector de Los Gárgolas, pero ha sabido mantenerse al margen. Nada de *bróderes* pero tampoco discriminación, dice. Nilson aún duerme en la casa en la que se crio —de la escuela Primero de Junio tres cuadras al lago—; la comparte con su mamá y dos hermanos, incluida Kenia Dávila L., otros de los nombres sobre la pared.

Además del aprendizaje de un oficio y de la capacitación en valores, Jóvenes Constructores incluía un componente adicional de entrega de un capital semilla para poner en marcha una microempresa.

—Nuestra idea pionera era una tortillería exprés —dice Nilson—, pero se fue modificando. El maíz subió de precio, y a mi hermana se le ocurrió lo de la pulpería. No se pudo la tortillería por los altos costos de producción, y ahora nos quedamos trabajando con frijoles y leña... Vendemos frijoles cocidos en diferentes porciones.

—Los venden preparados...

—Sí, pero sin nada del otro mundo: solo sal y ajo.

Nilson se presenta como un microempresario. Pero la venta de frijoles y leña apenas está arrancando, y para poder cubrir los gastos familiares vende enciclopedias Océano en Granada, adonde viaja un par de veces por semana. También estudia en el turno nocturno primer año de ingeniería electrónica en la Universidad de Nicaragua. Y también es voluntario de Cantera porque quiere que los niños crezcan con un mayor apego por el ambiente. Me gusta contribuir, dice.

Las historias que permiten reconciliarse siquiera momentáneamente con el género humano germinan en lugares como el Dimitrov.

—Nilson, si pudieras, ¿te irías del barrio?

—Sí, yo creo que sí me iría... Cada uno de nosotros busca mejorar en la vida, y salir es una mejoría. El ser humano es producto de su entorno. Está, además, el estigma que supone vivir aquí. Mis amigos de la universidad no se atreven a venir.

Casi todos responden lo mismo. Escapar algún día es algo interiorizado incluso entre los más comprometidos de la comunidad.

* * *

Reunida el 21 de agosto de 2003 en la isla de Roatán, Honduras, la Comisión de Jefes y Jefas de Policía de Centroamérica y el Caribe acordó que era urgente un plan regional contra la violencia juvenil en general, y las maras en particular. Hubo unanimidad a la hora de identificar la enfermedad, pero no el remedio. Unas semanas después de aquella cita, el gobierno de El Salvador presentó su Plan Mano Dura; Nicaragua optó por crear dentro de la Policía Nacional una Dirección de Asuntos Juveniles (Dajuv) con un enfoque eminentemente preventivo.

El agente Espinales cumplía una década de uniformado cuando en 2005 se integró en la Dajuv. Desde entonces ha sido asignado a distintos barrios de Managua, siempre entre pandillas y pandilleros. Al Dimitrov llegó hace tres meses, pero verlo cruzar el barrio de acá para allá sobre su ruidosa motocicleta es ya estampa habitual.

—Como ya te dije, soy psicólogo. A los jóvenes de pandillas nos toca darles terapias, individuales y grupales, y también nos acercamos a las familias, conversamos, entramos en los hogares para ganarnos la confianza...

Incluidos los viáticos, el agente Espinales gana 7,000 córdobas al mes, unos 315 dólares. Yo lo miro bien, dice.

Este jueves lo he citado para hablar con más tranquilidad sobre las pandillas del Dimitrov...

—Acá —dice—, lo que nos preocupa es el semillero, ¿ya? Si en la familia hay un patrón de violencia, los niños lo heredan... Ahí tenemos que estar trabajando siempre.

La plática saltará pronto, por interés del agente Espinales, al terreno de las maras. Él ha asistido a encuentros regionales entre policías de Honduras, Guatemala o El Salvador, pero el fenómeno le interesa sobremanera, quizá porque le suena tan pero tan lejano...

—Y aquí, en el Dimitrov, ¿los pandilleros no cobran renta a los negocios, o a los taxistas? —pregunto.

El agente Espinales sonrío de tal manera que me hace sentir como si hubiera preguntado una estupidez.

—No, acá no tenemos de eso. No se dejaría la comunidad. También porque nosotros inyectamos en nuestra juventud que esa cultura no es la nuestra, que es algo extranjero.

En El Salvador, el país que le apostó a la Mano Dura, los homicidios por cada 100 mil habitantes subieron de 36 a 65 entre los años 2003 y 2010. En Nicaragua, con la mitad de policías y con una inversión pública en seguridad que en 2010 fue cuatro veces inferior, la tasa en el mismo período apenas pasó de 11 a 13.

* * *

Viernes, 9:30 de una mañana gris tropical.

Alrededor de una botella de vidrio de Coca-Cola —destapada, vacía— hay 14 personas en pie, un círculo deforme. Todos tienen las manos en la espalda. Una persona está uniformada y armada: el subinspector Pedro Díaz, la máxima autoridad policial en el Dimitrov. El resto son un joven ex pandillero llamado Fidencio, representantes de oenegés como el Ceprev, la Fundecom y la propia Cantera, está José Daniel, está una guapa vocal de las Juventudes Sandinistas, alguna psicóloga, dosquetres vecinos y vecinas, un periodista metido... hasta 14. Todos tienen una pita de lana amarrada a la cintura, y los otros 14 extremos convergen en un lapicero Bic suspendido en el aire sobre la botella, pura tembladera. Desde lo alto se ve como un gigantesco e irregular asterisco.

El reto es meter el Bic dentro de la botella sin usar las manos siquiera para halar las pitas.

Pegate un poquito. Halala, halala. Acercate, vos. Ganas de meterlo con la mano dan. Acercate. Ahora vos, ahora vos... El lapicero entra al fin, y se generaliza la satisfacción. La facilitadora pide luego evaluar la experiencia. La importancia de trabajar en equipo, dice una. Es bueno que haya un líder pero siempre necesitará apoyo, dice otro. Unidos podemos salir adelante, abona alguien.

—Si no trabajamos en equipo, no lograremos nada —concluye el subinspector Díaz, uno de los más entusiastas para mover el lapicero a golpe de cintura.

Han sido varios los encuentros de este tipo y alguno falta todavía. El de hoy terminará en comilona de baho, un plato típico de Nicaragua. La idea es crear una comisión intersectorial —intersectorial— de desarrollo y progreso del barrio Jorge Dimitrov, así la

bautizarían, pero se quiere que arranque con bases sólidas, que el grupo inicial –jóvenes, Policía, oenegés, vecinos...– se conozca y se respete. A largo plazo, la idea es bastante más compleja que introducir un Bic entre 14 en una botella vacía de Coca-Cola. Se busca que esto sea el germen para reducir la violencia en el Dimitrov, una idea suena demasiado ambiciosa, ingenua, utópica.

Quizá en verdad lo sea.

Yo torturado

Roberto Valencia (originalmente publicada en El Faro)

*“Ya me duele mucho el alma de saber cómo se tortura a nuestra gente”.
Monseñor Óscar Arnulfo Romero, diciembre de 1977.*

La hora de visita es de 1 a 2 de la tarde y son casi las 8 de la noche. El vigilante no tendría por qué haberle dejado, pero Norberto Fernández, Beto, ha logrado entrar en el Dr. José Molina Martínez, el único hospital público de Soyapango. La súplica para que le permitan ver a su sobrino siquiera unos minutos lo ha convencido. Beto conoce el lugar y va directo al pabellón de Cirugía-Hombres. Emboca el pasillo central y camina ligero mirando a los enfermos, la cabeza inquieta a un lado y a otro. Recorre el galerón entero, sin éxito, da media vuelta y regresa para preguntar a la única enfermera que se ha cruzado en la ida.

—Disculpe, aquí es Cirugía-Hombres, ¿veá?

—¿Busca a alguien?

—A mi sobrino. Se llama Dani... Carlos Daniel Fernández. Lo ingresaron ayer noche. Tiene 17 años...

La enfermera se gira, camina un par de pasos, verifica un cartoncito, y da por terminada la conversación con un lacónico "este es".

Tirado sobre una estrecha camilla hay un joven con un aparatoso vendaje en la cabeza que le cubre las heridas y el cabello teñido de rojo. A Beto le cuesta relacionarlo con la imagen mental de su sobrino. El rostro lo tiene descubierto, pero deformado por la hinchazón y con grandes llagas y manchas de sangre coagulada. Beto se acerca y comienza a orar, a pedir al Señor que lo saque de esta. Le agarra la mano, y Dani, al sentirla, se esfuerza por apretar la suya y abre los ojos con timidez.

—Tío... –susurra.

—Gracias a Dios. ¿Qué te pasó, m'hijo? ¿Quién te ha hecho esto?

—Los policías, tío, los policías me golpearon...

* * *

Hoy es 1 de febrero de 2012, miércoles, un día sin estridencias, de esos en los que parece que no sucede nada llamativo: el cielo azul de la estación seca, la campaña electoral que monopoliza los noticiarios, el termómetro arriba de los 30 grados celsius, protestas en los hospitales públicos, 18 asesinatos registrados por la Policía... pura rutina salvadoreña.

Dani tiene día libre. Lo ha pasado en casa, en familia, pero a las 3 de la tarde toma un bus de la ruta 41-D hasta el centro de San Salvador. El punto de reunión con sus amigos es la plaza Morazán, y ahí permanecen, sentados y platicando, hasta que se juntan seis. Dani viste como podría hacerlo cualquier otro joven de 17 años: camisa blanca con rayitas horizontales, jeans, tenis blancos y cachucha negra. Lo singulariza su pelo, teñido de rojo desde la coronilla hasta la frente. Lo lleva así porque estudió cosmetología y trabaja en un salón de belleza.

—En mi trabajo uno tiene que andar *fashion* —me dirá otro día—, para que la gente tenga una buena imagen de uno.

Los seis cheros deciden tomar dosquetrés, recorren las dos cuadras de distancia que hay de la plaza Morazán al parque San José y entran en el chupadero-disco acostumbrado. Para cuando Dani termina su tercera cerveza Golden, ya ha anochecido, y por un momento duda entre regresarse a casa o continuar tomando y dormir en algún hospedaje, como ha hecho otras veces. Opta por irse. Al rato se despide y se dirige solo a la parada de la ruta 3-microbús, a un costado del parque San José. Son las 8 de la noche cuando aborda la unidad.

Dani vive en el cantón El Limón, de Soyapango, de Unicentro hacia el norte. En este cantón de colonias urbano-marginales mal ensambladas residen más de 40 mil personas, y es un hervidero de maras. Cuatro clicas de la Mara Salvatrucha (MS-13) controlan las cinco etapas de la urbanización Las Margaritas, y la facción de los Sureños del Barrio 18 manda en Montes IV, en Santa Eduviges, en la San Francisco, en Villa Alegre, en la San Antonio, en San Ramón y en el sonoro reparto La Campanera. También opera de forma marginal la Mao-Mao.

La casa familiar es de adobe y bambú, con techo de láminas, y se ubica en una zona semirural, el asfalto a no menos de 400 metros. El área está salpicada de *placazos* (grafitos) del Barrio 18. De unos meses para acá los patrullajes de soldados y policías son habituales, pero en el fondo no ha servido de mucho: los de la distribuidora de energía eléctrica apenas llegan a leer el contador por miedo a los pandilleros y finan el consumo con promedios. Si bien ir desde la lotificación donde está la casa hasta el reparto La Campanera toma no menos de 20 minutos caminando a buen ritmo, a todas las comunidades satélite del sector se las conoce como Las Campaneras. Dani vive con su madre, varios chuchos, su padrastro, dos hermanos menores —él y ella—, pollos, gallinas y una niña de un año que cuidan como si fuera propia.

Dani no es pandillero. Para nada.

El microbús que ahora lo regresa a casa no va muy lleno, todos sentados. La idea es

bajarse en la parada del centro comercial Plaza Mundo, cruzar la pasarela del Bulevar del Ejército, caminar hasta el centro de Soyapango, y tomar un bus de la 49. El tráfico está pesado, y a Dani el sueño le cierra los ojos apenas se recuesta sobre la ventana. Va dando cabezadas y, al despertar de una, se da cuenta de que ha subido una pareja de policías, los únicos parados. Nada anormal. Vuelve a dormir.

Cuando reabre los ojos, el microbús está llegando al paso a dos niveles ubicado después de Plaza Mundo, donde está el desvío a la urbanización Sierra Morena. La reacción al ver que ha pasado su parada es levantarse y caminar hacia la puerta, pero uno de los policías se cruza y con la cabeza le indica que regrese a su asiento.

—Vamos a ir a la delegación —dice con tosquedad.

Dani conoce Sierra Morena y sabe que en efecto hay una delegación, por lo que en principio prefiere no alterarse. Son además agentes en toda regla: uniformes, placas doradas, cachuchas oficiales, pistolas, macanas...

El microbús pasa de largo la parada de la delegación, y Dani comienza a inquietarse. Recuerda un consejo que algún día le dio su padrastro para estas situaciones, e intenta ver los números de identificación bordados en el pecho, pero un fuerte golpe en la cabeza subraya la orden de mirar solo al piso. Le ordenan que baje una o dos paradas antes del punto de los microbuses. Hay media luna creciente sobre la Sierra Morena, pero para Dani todo es oscuridad. El microbús se aleja, los policías le piden que camine.

* * *

El Salvador es un país con 6.2 millones de habitantes y en el que en 2011 hubo en promedio 12 asesinatos diarios. La tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes fue 70, el doble que Guatemala, cuatro veces la de México. La salvadoreña es una sociedad violenta, ultraviolenta, y los policías salvadoreños son parte de esa sociedad.

En la República de El Salvador el mandato constitucional de velar por el respeto y la garantía a los derechos humanos recae en las siglas PDDH, la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos. Es una institución joven, un logro de los Acuerdos de Paz que en 1992 pusieron fin a 12 años de guerra civil. En dos décadas, la PDDH ha demostrado que opera con relativa independencia, pero carga el lastre de que sus resoluciones no son vinculantes. En la práctica, la institución es poco más que una caja de resonancia que acumula denuncias, que media en conflictos y que emite cientos de informes y pronunciamientos públicos.

A finales de cada año, la PDDH acostumbra elaborar una especie de memoria de labores. La presentada en diciembre de 2011 señaló por enésima vez a la Policía Nacional Civil (PNC) como la institución pública más denunciada por violar los derechos humanos. De enero a noviembre acumuló un promedio diario de cinco denuncias —digo: cinco denuncias contra la PNC todos y cada uno de los días—, para un total de 1 mil 710. Las violaciones al derecho a la integridad física fueron, siempre según los datos oficiales, las

más habituales.

Son miles, pues, los salvadoreños que en su diario vivir han tenido experiencias tan negativas con los policías que hasta se han atrevido a denunciarlas.

—¿Qué tipo de denuncias reciben contra la Policía? —le pregunté un día al procurador, Óscar Humberto Luna.

—Por uso excesivo de la fuerza. O sea, a la gente la siguen maltratando, golpeando... y son denuncias que llegan permanentemente. Los policías escogen a un joven, lo golpean, lo ponen en libertad... El problema es que el tema de la seguridad no puede enfrentarse solo con represión.

Las cinco denuncias diarias en la PDDH, sin embargo, no parecen quitar el sueño al ministro de Justicia y Seguridad Pública, el responsable político de la PNC. Luego verán. Y eso que las denuncias son apenas una fracción de lo que en verdad está ocurriendo en las colonias y comunidades de El Salvador. Luego verán también.

* * *

Hay media luna creciente sobre la Sierra Morena, pero para Dani todo es oscuridad. El microbús se aleja, los policías le piden que camine. Serán, lo más, las 8:30.

Un agente ronda los 30 años, y Dani cree haberle visto barba corta y bigotón. El otro está cerca de los 40. Dani camina un metro por delante. Entran en un pasaje. Miedo. La mirada siempre al piso. Girarse supone golpe seguro. La colonia es un desierto, como si hubiera toque de queda. Dani sabe que es territorio de la MS-13. ¿¡A qué ibas a la Sierra Morena!?, le preguntan. En Plaza Mundo quería bajarme, pero me dormí. Puños en la espalda, manotazos en la cabeza. Otro pasaje. De un golpe le botan la cachucha. El pelo teñido de rojo aflora. ¿¡Por qué!?, preguntan. Soy estilista. ¡Vos culero sos! La agresividad se intensifica. ¡Pendejo! Otro pasaje. Aún no se han cruzado con nadie ni se cruzarán. Dani es pura sumisión. Uno desenfunda su pistola. Miedo. ¡Un puto culero de mierda sos! A los policías les ha cambiado el hablado. “*Puro marero*”, piensa Dani. ¡Semejante culero! Otro golpe. Otro. Llegan al final de un pasaje. Está oscuro. Las últimas casas, deshabitadas, desmanteladas. Se detienen. Le ordenan que dé media vuelta. “*El hablado de un marero, igualito, quizá ni policías sean*”. ¿¡A qué venís a Sierra Morena!? Otro golpe. ¡Mono cerote! Otro. Pero esto recién comienza...

—¿Dónde vivís? —pregunta un uniformado.

—En Las Campaneras...

Como si fuera la señal que estaban esperando. Allá son Barrio 18. Un seco puñetazo en la quijada bota a Dani al suelo. Los dos se abalanzan rabiosos como perros rabiosos. Golpean duro. Parejo los dos. Al rostro. ¡Culero hijueputa! Dani se cubre como puede. Le apartan los brazos, las manos. Quieren desfigurarle. *Aquí muero*. Lo golpean. Lo golpean. Lo golpean. Los nudillos ensangrentados. La tortura. Aquí te vas a morir, culero. ¡Ayuda!, grita Dani. O cree que grita. ¡Callate, culero! Tortura, según la RAE: “Grave dolor físico

o psicológico infligido a alguien, con métodos y utensilios diversos, con el fin de obtener de él una confesión, o como medio de castigo”. Más puñetazos más. Un ser humano a merced. Una vida a merced. La sangre mancha el suelo, la camisa. Jadeos de cansancio. ¿Qué piensan en ese instante los torturadores? ¿Qué piensa en ese instante el torturado? Aquí te vas a morir. *Aquí me van a matar*. Y sin embargo. Llanto. Forcejeo desigual. Más golpes, más... hasta que cesan de a poco.

—¡Levantate, culero! —escucha al rato, aún escucha—. ¡Levantate y caminá, hijueputa!

Dani se incorpora como puede. ¡Caminá, culero! Un policía saca su celular y llama. *Está hablando de mí*. Salen del pasaje. Embocan otro, cuesta arriba. La sangre gotea. *¿Salgo corriendo? No, dispararían*. Caminan. Dani oye voces delante. Mira de reojo. Son tres jóvenes, delgados. Uno luce tatuajes en piernas y brazos. La esperanza se desvanece. Son pandilleros. Miedo. Se acercan. El policía los telefoneó a ellos. *Hablan puro marero los cinco*. Son cherada. Dani va el primero, pegado a la pared. Miedo. Apenas se juntan los dos grupos, uno de los pandilleros le agarra la cabeza y se la estampa contra el muro. Dani cae inerte. Ahora los escucha lejanos, cada vez más. Ya no comprende lo que dicen. Se pierde, se pierde, se pierde...

* * *

Kenia, la hermana dos años mayor que Dani, tenía 15 cuando desapareció el 23 de septiembre de 2007. Ese día se fue de la champa que la familia ocupaba en la colonia Veracruz, en Mejicanos, y no volvieron a saber de ella en meses. Fueron tiempos de incertidumbre: que si los pandilleros la habían matado, que si un día la vieron por el Parque Infantil, que si se había ido a Estados Unidos, que si estaba embarazada... Las dudas solo se disiparon cuando un investigador de la PNC los contactó para decirles que Kenia era uno de los cuerpos encontrados en un cementerio clandestino usado por la MS-13 en Finca Argentina, no muy lejos de donde vivían. En mayo de 2008 pudieron al fin enterrar las partes de Kenia que les entregaron.

En estos días Dani y los suyos se están acordando de ella más que de costumbre. Temen que suceda algo parecido a lo que ocurrió en 2007, cuando, en las semanas posteriores a la desaparición, comenzaron a caer llamadas y mensajes intimidatorios. Soy la muerte, decía uno. La presión fue acumulándose hasta que la familia se convenció de que eran objetivo de la clica de la MS-13 que opera en la Montreal, y esa presión estalló en una atropellada huida nocturna: en cuestión de horas tuvieron que desmontar la champa y escapar con lo puesto.

La migración forzada por las maras no es algo nuevo en El Salvador, solo que afecta casi exclusivamente a los escalones más bajos de la pirámide social.

—Salir otra vez ahora... ¿y para dónde? —dice la madre—. Ya me pasó lo primero con la Kenia y ahora esto... Quizá lo quieran matar, o a cualquiera de nosotros, porque a Dani también le robaron el teléfono, y había fotos de todos.

Para un indeterminado pero amplio sector de la sociedad salvadoreña, la línea divisoria entre pandilleros, policías, narcotraficantes y soldados no está tan bien definida. Tampoco el reparto de roles de buenos y malos, confiables y no confiables. Dani siente hoy igual o más temor hacia policías y soldados que hacia los pandilleros.

* * *

Jaime Martínez, director de la Academia Nacional de Seguridad Pública, está convencido de que el policía salvadoreño tiene una formación sólida, envidiable en el contexto latinoamericano. Antes de graduarse, los agentes son capacitados un mínimo de 11 meses. Aprenden a desarmar a un delincuente, a custodiar la escena de un crimen, a redactar una eskuela, a disparar... pero también se cultiva el respeto a los derechos humanos, asegura enfático Martínez, con materias específicas sobre derechos de la mujer, derechos de los jóvenes y filosofía de policía comunitaria. Martínez parece creerse lo que dice.

Su jefe inmediato es el general David Munguía Payés, ministro de Justicia y Seguridad Pública. También dice estar convencido de que los agentes de la PNC respetan los derechos humanos y el estado de derecho. Un día de mediados de febrero le pedí que intentara explicar por qué entonces cinco denuncias diarias en la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos.

—Bueno —respondió—, lo primero es que vivimos en un país democrático, y cualquier persona que se siente agraviada puede presentar una denuncia. Por eso algunos hacen denuncias hasta por una mala mirada, y ahí quedan, así que no me extraña que una corporación como la nuestra, que está en contacto permanente con la ciudadanía para darle protección, sea señalada por delincuentes o por organizaciones que pudieran estar relacionadas con los delincuentes.

* * *

Dani cae inerte. Ahora los escucha lejanos, cada vez más. Ya no comprende lo que dicen. Se pierde, se pierde, se pierde... Deben de ser las 9, 9 y poco.

[...]

Amanece. Dani recobra el sentido en una ambulancia que lo regresa del Hospital Rosales, en San Salvador, al Hospital Molina Martínez. Le duele todo, pero recuerda con claridad la paliza y a quienes se la dieron. Cuando le preguntan, da su nombre y el teléfono de su madre. Ella llegará a verlo pasadas a las 7 de la mañana.

Son unas ocho horas las transcurridas entre el cabezazo contra la pared en la urbanización Sierra Morena y el despertar en la ambulancia. Con los días Dani sabrá que al Molina Martínez ha llegado en la cama de un pick up de la PNC, en torno a las 10 de la noche. Los policías han dicho que un grupo de jóvenes lo estaba apedreando y que ellos lo han rescatado. Por el estado crítico en el que ha llegado, lo han trasladado al Rosales, lo han evaluado y ahora viaja de regreso hacia el único hospital público de Soyapango.

—Esos policías se llevaban con los mareros de la Sierra Morena —especulará Dani dentro de unos días—, y me dejaron vivo... pues a saber, supongo que se convencieron de que yo no era pandillero.

La familia avala esa creencia. Los cuatro días más que Dani permanecerá ingresado los usarán para tratar de buscar justicia. Lo denunciarán en la delegación de la PNC de Soyapango. Lo denunciarán en la Fiscalía de Soyapango. Lo denunciarán incluso en la Unidad de Asuntos Internos de la PNC, en la colonia San Benito, de San Salvador. La sensación que les dejará tanto ir y venir de un lugar a otro es que el sistema trabaja para que los que denuncian este tipo de agresiones se desesperen y tiren la toalla. Quizá así sea.

Un mes y medio después de la paliza preguntaré en la oficina de la Fiscalía en Soyapango por el caso. Sin avances, se limitará a decir un fiscal. Fuera de grabación, y bajo condición de anonimato, me dirá que él estima que a juicio solo llega el 1% de los delitos que se cometen, y me dirá que las denuncias contra la PNC por agresiones son muy frecuentes, pero que no recuerda ni un solo caso que se haya podido judicializar. “Le voy a ser franco: yo, que trabajo aquí, a nadie le deseo ser víctima en un proceso penal que involucre a policías, porque todo es cuesta arriba”, dirá. Otro día le plantearé lo sucedido a un comisionado de la PNC, y —también fuera de grabación— confirmará no solo que las torturas y las agresiones son práctica común en la Policía, sino que es un hecho que hay agentes que tienen filiación con una u otra pandilla.

Fuera de grabación, El Salvador suena muy diferente al de los discursos oficiales.

* * *

Mañana calurosa en Soyapango la del jueves 8 de marzo. El doctor Manzano —cirujano

PUESIESQUE hace calor en el despacho de este doctor que ahorita se arranca en caliche

general, gabacha blanca desabotonada, lentes— trata de reconstruir en su propio lenguaje

médico a contarme lo de Dani. A veces hablan como si no quisieran que los entendiéramos,

las consecuencias de la brutal paliza que los policías dieron a Dani: ingreso inconsciente

como si fuera virtud usar esa terminología aséptica que disfraza la realidad. A Dani

en Emergencias, puntaje abajo de 12 en la Escala de Glasgow, remisión inmediata a hospital

dos policías lo dejaron puro monstruo, pero a saber cuántos terminarán tirados en una

de tercer nivel –al Rosales– por sospecha de trauma cráneo-encefálico, tomografía axial

quebrada, para que al día siguiente los periodistas digamos que los mató la mara rival,

computerizada para evaluar posibles daños en el cerebro, cirugía menor en cuero cabelludo,

la versión oficial. En El Salvador, cualquier día te agarran y te dan una taleguiada

reconstrucción de la oreja derecha, penicilina sódica vía intravenosa, traumas contusos y

hasta bajarte el puntaje de Glasgow ese y ya: un expediente clínico más, y la

abrasiones que derivaron en un proceso inflamatorio agudo en el rostro, diclofenaco sódico

sensación –la certeza– de que habrá más danis, mientras el país siga carcomido

vía intramuscular...

por la violencia. Y SIACABUCHE.

* * *

A Dani le dieron el alta médica ayer en la tarde, después de cinco días postrado en una cama. Al irse, una de las enfermeras, sabedora de que la familia había denunciado la paliza en la Fiscalía, quizá conmovida, le recomendó presentarse en el Instituto de Medicina Legal cuanto antes, mientras las marcas fueran visibles.

Hoy es martes, 7 de febrero, y permanecer parado todavía es una penitencia para Dani, lo poco que camina lo hace cauteloso como un octogenario, y su rostro –un collage de puntos de sutura, costras, moretones– sigue siendo una adivinanza de sí mismo.

—Pero ahora ya se ve bien –me dice la madre–, el jueves y el viernes estaba como que era monstruo.

En ruta a Medicina Legal, Dani ocupa el asiento del copiloto del Toyota del 81 de su tío Beto. Atrás, en la cama, vamos la madre, la hermana menor y yo. Cargan una copia de un requerimiento de “reconocimiento médico legal por lesiones”, con fecha 2 de febrero y con sello de la Oficina Fiscal de Soyapango. Falta nada para las 9 de la mañana, el tráfico está calmado, y en poco más de 20 minutos el pick up recorre la distancia entre el cantón El Limón y las instalaciones de Medicina Legal, en el centro de San Salvador. Al llegar, solo permiten la entrada a Dani y a su madre. No tardan ni 15 minutos en salir.

—¿Qué pasó? –pregunta Beto.

—¿Vas a creer —dice la madre— que dicen que ya llegaron al hospital? Que ya llegaron a reconocerlo, dicen, ¡pero si a él nadie lo ha visto ni le ha preguntado!

—A mí nadie me preguntó nunca nada —apuntala Dani.

Por lo visto, un médico forense llegó ayer al hospital y, dado que su informe contiene datos como la fecha de nacimiento, infieren que se limitó a leer el expediente clínico, donde quedó registrada la versión de los policías que llevaron a Dani moribundo a Emergencias.

—Todo está como que los agentes se lo encontraron tirado —dice la madre, cada palabra acentuada por la resignación— y lo rescataron de unos muchachos que le estaban tirando piedras. Y dicen que, si ya lo vio un médico, no lo pueden examinar otra vez. —¿¡Pero cómo que otra vez si no lo ha visto nadie!?! —responde Beto.

Beto agarra el requerimiento fiscal de las manos de su hermana, lo desdobra y lo lee en silencio hasta que encuentra algo que lo impulsa a elevar la voz: "... El peritaje se requiere en el plazo de 24 horas, para ser agregado a diligencias que se siguen en la Oficina Fiscal de Soyapango".

—¿Y vos enseñaste esto?

—Pues sí, se lo enseñé y me lo regresó, y ella dice que no, que ya fueron al hospital, que ya lo vieron y que no se puede hacer nada.

Beto se toma un instante para pensar su conclusión.

—¡Se tapan entre ellos!

Dani ha optado por el silencio, pero permanece de pie en el improvisado círculo. Por un momento da la impresión de que se marea, y sugiero que se siente en el carro. Esos segundos de silencio en los que camina cauteloso hasta el viejo Toyota son en los que, sin decirse nada, sin siquiera mirarse uno al otro, tío y madre parecen llegar a la misma conclusión.

—¿Y vos qué decís? ¿Vamos a los derechos humanos? —las preguntas de Beto son suspiros—. Aunque sí aquí que tenían la obligación no han hecho nada...

—Yo digo que... mejor nos vamos a la casa. Quizá lo mejor sea orarle al Señor.

(Aclaración: los nombres de algunas de las personas que aparecen en este relato se han modificado para proteger sus vidas)

Yo Madre

Roberto Valencia (originalmente publicada en El Faro)

“Hay muchos hogares destrozados, hay mucho dolor, hay mucha pobreza. Hermanos, todo eso no lo miremos con demagogia”.

Monseñor Óscar Arnulfo Romero, diciembre de 1979.

No deseo a nadie que tenga un hijo así, como el mío. No es fácil vivir con esto. A veces quisiera ser un hada y cambiarlo todo, a él, pero lastimosamente no se puede. A veces hubiera preferido que fuera ladrón o afeminado. En la cárcel lo tengo ahorita. Si está ahí es porque algo debe, usted sabe, y si va a salir a las mismas... Puede sonar injusto que una mamá hable así, porque casi todas las mamás quieren que sus hijos salgan, que salgan así deban cinco o 10 muertos. Mi forma no es así. Eso de que uno va a estar haciendo daño a otras personas y riéndose de la vida... no. Pero a él no se lo digo como se lo estoy diciendo a usted. Eso me lo guardo. Al principio caía como en depresión. Bien feo me agarraba. Pero si me derribo, ¿quién va a criar a mis otros hijos? Pasé otro tiempo que sentía que me disparaban por la espalda. Otras veces pienso que me van a parar y me van a decir: esta es la mamá de fulano. Es como una sicosis, como que yo anduviera los tatuajes en la frente. Porque hay resentimientos, y si le quieren dar donde más duele... Yo así le digo: tus hermanitos van a pagar el pato... y yo, ¿creés que no? Y por ahí lo voy amortiguando, aconsejando. Le digo: mirá, Dios te tiene aquí con un propósito, que cambiés. Yo sé, mamá, me dice. ¿Qué más puedo hacer? Es mi hijo... Sí, hay madres que se alejan de sus hijos, pero eso no cabe en mi corazón.

No le gusta airear su secreto. Hace seis meses ni siquiera sus otros hijos sabían que Gustavo es un *activo* de la Mara Salvatrucha-13 (MS-13). Apenas se lo ha susurrado a los familiares más cercanos y a las poquísimas personas que se han ganado su confianza.

Hoy es un martes de abril, 2012, y Madre al fin ha accedido. La cita a ciegas es a la 1:15 de la tarde en un centro comercial sobre la 10.^a avenida Sur, en la parte baja de San Salvador. Aunque el Barça juega la Champions y hay movimiento, reconocerla resulta demasiado sencillo. Cuarentona, el plante recio de una veterana vendedora de la calle – rostro expresivo, mirada afilada, espalda ancha, brazos más gruesos que los míos– y la cara de preocupación de quien guarda un secreto terrible. Viste falda larga, como les dice el pastor.

Nadie más sabe que Madre hoy ha quedado para hablar de su secreto.

—Con Gustavo me pasó que le di mucha libertad —dice—. Yo confiaba porque era bien tranquilo, si de niño hasta las cipotas le pegaban, y hogareño: dejábamos desorden en la casa, y al llegar lo había arreglado.

Madre exige que Gustavo nunca —nunca— sepa que va a contar su secreto a un periodista.

Madre teme a los pandilleros. Vive entre ellos. Madre sabe, y porque sabe, teme. En este primer encuentro, en un Pollo Campero, se la ha pasado mirando alrededor con recelo. Cuando ha dicho algo de la pandilla, ha bajado la voz como si estuviera en un templo.

—Entonces, ¿me dejará contar su historia?

—Solo si me promete que no va a ir mi nombre ni el de mis hijos ni mi dirección.

Exige también lugares menos concurridos para hablar. Madre en verdad teme.

Hace apenas 30 años Mara Salvatrucha y Barrio 18 no significaban absolutamente nada en El Salvador. De hecho, hasta que se pervertió, "mara", la palabra que define el fenómeno del pandillerismo juvenil centroamericano, tenía connotaciones positivas. Se utilizaba para referirse afectuosamente a los conocidos de la colonia o la escuela, a la cuadrilla, al grupo de amigos.

Pero en los 80 las guerras y la pobreza expulsaron a cientos de miles de centroamericanos —sobre todo salvadoreños— hacia Estados Unidos —sobre todo al área de Los Ángeles—; las *gangsangelinas* sedujeron a una parte de los migrantes que cayeron en los suburbios latinos; cientos se integraron en la pandilla 18 o en la MS-13, aunque no solo; y a inicios de los 90 el gobierno estadounidense desató una política de deportaciones masivas de centroamericanos con el virus de las pandillas interiorizado.

En cuestión de meses El Salvador vivió la llegada de docenas, centenares de *activos*, cuyo estilo de vida —ropas holgadas, tenis Nike Cortez, llamativos tatuajes, estrictos códigos disciplinarios y una seductora oferta de hermandad eterna— resultó ser un imán para la juventud de la posguerra. También deportaron a integrantes de otras pandillas y estaban las autóctonas, pero en menos de una década la MS-13 y el Barrio 18 polarizaron el fenómeno de tal manera que en la actualidad parecen las dos únicas.

La extrema desigualdad social, la débil institucionalidad, la impunidad y determinadas políticas públicas que actuaron como combustible —la política de "mano dura" y la decisión de asignar cárceles a cada una de las pandillas, por citar un par de ejemplos— fueron el caldo de cultivo idóneo para la radicalización de las maras, más violentas y con un control territorial más agresivo que el de las casas matrices en Los Ángeles.

Esto no es exageración: en amplias zonas del país la gente hoy tiene miedo de pronunciar en público los números 13 o 18.

El gobierno de El Salvador empezó en 2012 un censo para dimensionar la implantación del fenómeno. En mayo de 2013, monitoreados 184 de los 262 municipios, las cifras oficiales hablan de 60,000 pandilleros activos y de una red social adicional de 410,000 personas, entre *chequeos* (jóvenes en período de pruebas para ganarse un lugar), *jainas* (novias o compañeras de los pandilleros), *mascotas* (niños que caminan con

la pandilla) y familiares directos que mantienen vínculos. Y entre los familiares, una figura hegemónica: la madre.

Hay varias docenas de miles de madres de pandilleros en El Salvador. En un universo tan vasto cabe casi de todo: madres cómplices de los delitos de sus hijos, madres que simplemente se aprovechan del terror que infunde la pandilla, madres pasivas pero que de alguna manera se benefician de la actividad delictiva, madres distanciadas de sus hijos, madres que odian a sus hijos... y madres –como Madre– que a su hijo pandillero lo quieren de corazón pero también de corazón odian la pandilla.

Es jueves y mayo. Hace dos meses que Mara Salvatrucha y Barrio 18 acordaron una tregua auspiciada por el gobierno. Los homicidios se han desplomado a menos de la mitad, y las concesiones del Estado a los pandilleros no se han hecho esperar, con generosidad acentuada en las cárceles: removieron a los militares de los controles de ingreso; el horario para la visita íntima pasó de una a 12 horas; los familiares pueden meter hoy más dinero y comida; colocaron televisores de plasma en las celdas. También se restituyó un derecho: ahora entran los niños.

—El sábado que fui a verlo llevé a Erick.

Gustavo tiene un hijo –Erick– que en junio cumplirá cuatro años. Llevaba casi dos sin acariciarlo, desde que el gobierno prohibió a los pandilleros ver a sus hijos. Fue un sábado de abrazos pospuestos y besos diferidos en el área de visitas.

—Nomás verlo le dijo "papá". Y Gustavo, llorar y llorar. Erick, ¿me querés?, le decía. Sí. Pues abrazame, le decía. Lo anduvo paseando por toda el área de visita. Un amigo lo vio y le dijo: si tus mismas orejas tiene, ¿y decís que no se te parece? Fueron como dos horas. Al irnos, el cipote le dice: me quiero quedar aquí, con vos. Gustavo lloraba. Los tres lloramos. Andá a la casa, le decía el cipote. Bien vivo.

Madre nació un sábado de octubre de 1971 en el Hospital de Maternidad, donde nacían y nacen los pobres. Hija de Manuel y María Julia, curtidos vendedores de la calle los dos, fue la mayor de los cinco hijos que engendraron –dos murieron al nacer–, pero ambos huían de fracasos previos: María Julia tenía otros tres hijos; y Manuel, otros cinco. El primer hogar fue un mesón de la colonia Zacamil de Mejicanos.

—Mi papá vendía dulces-cigarros-chicles... y le iba bien, era bien famoso. Pasó 20 años en la puerta de un colegio y los fines de semana, al estadio. Era un pan de Dios. Tomaba sí, pero no nos golpeaba. Conmigo fue bien chévere... Mi mamá no. Me obligaba a lavar ropa, a cocinar, a trapear. Una vez me quebró una escoba en el lomo por quemar unas pescaditas.

La familia consiguió un lote en el Campamento Morazán, en Soyapango. Fue cambiar de sitio para no cambiar. Con 11 o 12 años, Madre se cansó de la rigidez y de los golpes, y marchó a vivir con una hermanastra al reparto San José, también en Soyapango.

—Ella me enseñó a cocinar, a ir al mercado... todo lo importante.

Una discusión con la hermanastra la regresó a casa de sus padres, pero nada sería igual. Niña aún, pero Madre tenía su propia venta de dulces-cigarros-chicles —el influjo indeleble de la figura paterna— en una parada de buses urbanos cerca de la Alcaldía de San Salvador. Con 13 años creyó tener encarrilada la vida: abandonó los estudios en sexto grado y se dejó querer. Pudo haber sido distinto, pero no.

—Los novios que tuve eran cobradores de buses; tanto pasar y pasar por mi venta.

Con 14 se fue a vivir a un mesón en la colonia Yumuri de Mejicanos, junto a un cobrador que la enamoró —una década más viejo— y la suegra. La amorataba a mordiscos para que todos en la colonia supieran que tenía dueño y le prohibió trabajar. Para Madre eso era el amor. Se sentía completa con novio formal, un techo y la vida por delante. Antes de haber cumplido los 16 quedó embarazada.

Pero su proyecto de vida colapsó como un rascacielos golpeado por un Boeing 767. Para cuando Gustavo nació, abril de 1988, las continuas infidelidades del ya excobrador y las consecuentes discusiones forzaron el regreso de Madre a casa de sus padres, que ahora vivían en una comunidad por el Centro de Gobierno, en San Salvador.

—Del padre de Gustavo sé que se casó y poco más. Él jamás me volvió a preguntar ni yo lo busqué. A mi hijo lo críe sola. Desde tiernito me tocó tenerlo a la par.

La privacidad apalabrada es uno de los quiosquillos junto a las piscinas del Centro Español, en la exclusiva colonia Escalón, de San Salvador. Aún es el mismo jueves de mayo en el que me cuenta el reencuentro carcelario de tres generaciones. Madre me acaba de decir también que su hijo cumple condena en Ciudad Barrios, y se entusiasma cuando le digo que tomé fotos cuando visité esa cárcel para cubrir algo de la tregua.

—¿Podemos verlas? Quizá sale.

En Ciudad Barrios hay unos 2,400 *emeeses*, y la posibilidad de que aparezca en alguna foto suena ridícula, pero enciendo la laptop y comienza la rueda de reconocimiento.

—A ver... ¿Puede poner un poco más grande ahí?

—...

—No, no es él. Así está aquel ahora, pelón, pero no es él.

—¿Y es alto muy alto?

—No, de mi porte... *Pere, pere...* Dele atrás...

—...

—Esa cara... más grande... Ahí está —no hay nadie alrededor, pero Madre baja la voz hasta el susurro—, ese es mi hijo.

Viste camisola blanca, como casi todos en la foto. Está en primera fila de un nutrido grupo. Gustavo tiene espaldas anchas, parece bien alimentado. Rapado al cero, sus orejas —las de Erick— lucen aún más grandes y despegadas. La peloneada muestra dos tatuajes de su *clica* en la cabeza, a un lado y en la parte alta. Los antebrazos también están tintados. El rostro y el cuello, limpios.

—Nos parecemos, ¿va? Ahí está mi Gustavo. ¿Y podría pasarme esa foto sin que nadie más la vea?

Gustavo

Gustavo nació por cesárea un miércoles de abril de 1988 en el Hospital de Maternidad, donde nacían y nacen los pobres. Nació amarillento y lo retuvieron tres días. Madre recibió el alta antes, pero el tajo suturado de su bajo vientre se le infectó a la semana y regresó de urgencia al hospital como quien llega a pedir un favor.

—De la herida me salía un agua bien fea, que *hiedía*. Se me fueron los puntos y se me abrió todo. Me quedé un mes en Maternidad, luego me cosieron otra vez.

En la microeconomía del vendedor de la calle un mes sin trabajo es un mes sin ingresos. Apenas recibió el alta, Madre tuvo que ir al puesto, ahora con su hijo. Salían a las 6 de la mañana a vender y regresaban a las 6 de la tarde.

—Al bebé lo tenía a la par de la venta, en una cajita de cartón.

Resultó un niño tranquilo. Le costó hablar. No molestaba. Tímido. Si le decía que se quedara quieto, quieto se quedaba. Cuando hubo que matricularlo en una escuela, lo matriculó, pero no alteró la dinámica de pasar juntos cuantas más horas mejor. Quizá por eso el vínculo. Madre tiene una caja de zapatos llena de fotografías; de sus tres hijos, Gustavo es con diferencia el más retratado.

No era el más brillante de la clase, pero llegó hasta bachillerato sin repetir grado. En casa

ordenaba, barría, limpiaba trastes, se llevaba con sus hermanos, los cuidaba. Cumplió 10, 12, 15 años y nada hacía pensar que terminara en una pandilla. Con 16 aplazó primero de bachillerato, y Madre decidió que comenzara a trabajar con uno de sus hermanastros en una imprenta. Gustavo le entregaba la mitad de su salario. Pero al año hubo un recorte de personal y quedó fuera. Sin trabajo y sin estudios, comenzó a pasar más tiempo con los muchachos de la colonia.

—Lo que lo arruinó es que mucho tiempo en las calles, y yo, que confiaba en él porque era bien tranquilo: nunca llegó bolo a casa, no fumaba. Él salía a la canchita a jugar y subía a las 7, y luego fue pasando ese límite. A las 8, después a las 9, 10, 11...

A mediados de 2006, con 18 años recién cumplidos, Gustavo le dijo que se iría a vivir con unos amigos a otra colonia. Madre comenzó a sospechar cuando empezó a verlo bien vestido, zapatos caros, nada que ver con la austeridad familiar. Pero se resistía a pensar que fuera pandillero.

Un día le dijeron que estaba preso en la delegación policial de Mejicanos. Madre llegó y un comisionado le soltó a bocajarro que era pandillero de la Mara Salvatrucha. Gustavo lo negó y renegó con tanta determinación que Madre lo creyó. Salió a los tres días sin cargos. Volvió a caer preso, y esta vez lo enviaron a la cárcel de Chalatenango. Tardó meses en recuperar la libertad, y lo primero que hizo al saberse libre fue regresar a casa para sincerarse, como quien se quiere quitar un peso de encima.

—Ya no puedo vivir aquí —dijo Gustavo— ni podré venir a visitarla, es para no causarle problemas.

—Hijo, vos bien sabés el bien y el mal. En esta casa hay calamidades, pero un mal ejemplo nunca lo has visto...

—Yo sé, mamá.

Gustavo lucía entero. Madre quería morir. Pero aquella plática no fue una discusión.

En marzo de 2009, un operativo de la División de Investigación de Homicidios de la PNC desarticuló su *clica*, pero Gustavo escapó. En junio quiso celebrar el primer cumpleaños de su hijo —el fruto de una relación en apariencia estable— y fue al centro de San Salvador a comprar piñata. Sobre la avenida España una patrulla le pidió la documentación en un control rutinario y comprobó que era prófugo. Gustavo cargaba 80 dólares y celular, y se los ofreció al agente. Esta vez no puedo, andamos dos más, obtuvo por respuesta. Aquellos fueron sus últimos momentos en libertad.

En agosto de 2010 Gustavo y otra decena de pandilleros de su *clica* fueron condenados a distintas penas por asociaciones ilícitas y por tres asesinatos cometidos entre junio de 2007 y enero de 2008. A Gustavo le cayeron 30 años.

—¿Y usted por qué cree que se metió en la pandilla?

—Por los limitantes que teníamos en la casa quizá. Y que pasó mucho tiempo en la calle.

Mañana será junio y viernes, hoy es jueves y mayo. Madre está contenta, una contentura compatible con los temas de conversación más ásperos.

—El martes mataron a un cipote —dice—. Ahí por la canchita, del Seguro para arriba. Yo justo pasaba, como a esa hora voy a hacer limpieza.

—¿Usted lo vio?

—Solo oí los disparos. Dicen que 14 años tenía, y que lo habían expulsado de la escuela. Esta vez llegó un carrito del Canal 33.

—¿La otra pandilla lo mató?

—A saber. Solo sé que tenía 14 años y que vivía por los condominios. Yo oí los disparos y me agarró canillera... luego los grandes gritos. Gritaban: nooooo. A saber por qué lo mataron, pero 14 años tenía el cipote.

En El Salvador, uno de los países más violentos del mundo, la violencia se ha adueñado de la conciencia colectiva, pero hay —debería haber— una diferencia entre quienes conviven a diario con su expresión más cruda —las maras— y quienes viven en residenciales amuralladas y el fenómeno solo lo perciben por Facebook o por televisión. De cualquier conversación con Madre, en especial de las nacidas con vocación de intrascendencia, surge la evidencia del ambiente de extrema violencia que la rodea.

—Yo siento que la mentalidad de Gustavo ya cambió: 50 % negativo y 50 % positivo —dice, mientras la acerco en carro a la colonia Zacamil.

—¿En qué le nota usted maldad?

—A veces me ha hecho comentarios de la mamá de Erick. Dice que ya se ha ganado la bolsa negra, y que si no ha dado la orden es por el niño.

Ella tiene 19 años; lo tuvo con 15. Vivían juntos cuando detuvieron a Gustavo, pero el amor eterno se marchitó tras unas visitas a la cárcel. Ella tenía tatuado el nombre de él, pero lo cubrió con otro tatuaje. A Gustavo hoy le cuesta digerir que ella ponga trabas para que Erick lo visite, pero lo que más lo enciende es que ande con otros.

—Ella ahora tiene otras parejas —dice Madre—, y él ya me dijo: si quiere andar con otro baboso, que ande, pero que no sea ni de la colonia ni policía ni *homeboy* ni mucho menos de la otra pandilla; que sea civil; y que sus cosas las hagan fuera, donde nadie la vea; y que se cuide de no embarazarse. Él a veces se enoja, se enoja, pero yo intercedo por ella.

Le digo: es la mamá de tu hijo, te lo está criando. Pero como dos veces le he oído eso de que se ha ganado la bolsa negra...

—¿Y qué dice usted cuando lo escucha?

—Me pongo a llorar. No seas así, le digo, ningún ser humano merece esas cosas, por muy malo que sea. Ya cuando me ve llorar, me dice que estaba bromeando, ¿cómo va a creer usted?, me dice, pero dígame que no se ande regalando a cualquiera. Eso sí le da cólera.

Madre crio sola a Gustavo, desde tiernito a la par. Ensayó algún intento de reconciliación con el padre, pero no tardó en concluir que la ruptura era la mejor opción.

Los últimos años de la guerra civil los vivió en casa de sus padres, pero apenas llegaba a dormir porque optó por trabajar a destajo. Siguió con su venta mañanera de dulces-cigarros-chicles y se colocó como mesera en una pupusería, de 3 a 9 de la noche. Tomó otra decisión importante: dejó su puesto junto a la parada de buses y probó suerte unas cuadras al sur, en las puertas del cine Majestic. El bebé siempre a su vera.

La apuesta resultó un acierto, y Madre disfrutó de cierta holgura económica. Se permitía algún caprichito para Gustavo, raro era el domingo que no salían a comer pizza o pollo, y logró ahorrar 8,000 colones (914 dólares al cambio actual), una cifra que 20 años después le suena a fantasía.

En las puertas del Majestic conoció a Chamba, el portero del cine, cinco años más viejo y padre de dos hijas. No tardaron en irse a vivir juntos a un mesón ubicado detrás del mercado de Ciudad Delgado, para mientras, pero los Acuerdos de Paz trajeron un sinnúmero de proyectos de cooperación. Madre supo de una lotificación en la Zacamil —la colonia en la que estuvo su primer hogar— avalada por el Estado, las cifras cuadraban con su presupuesto, y llegaron a levantar *suchampa*, que no tardó en convertirse en una modesta casita.

Con 22 años Madre volvió a embarazarse. Gustavo tenía 6 cuando en enero de 1995 nació Karina.

En ese tiempo Madre supo no solo de las continuas infidelidades de Chamba, sino que en sus planes ella era algo así como el segundo plato, la querida.

—Chamba tiene otra hija de la edad de Karina. Esa otra mujer como que lo tiene absorbido. Es más joven, más boni... no, más bonita no es. El cuerpo quizá, pero como ellos solo eso miran, lo exterior.

—Usted como que no ha tenido mucha suerte con los hombres...

—Los padres de mis hijos me dejaron por otra. Quizás por lo mismo que yo he sufrido le digo a mi hija que se cuide y que elija a un hombre con valores, aunque sea *feyito*, porque de los bonitos rara vez sale algo bueno.

Pero la ruptura no fue tan abrupta en esta ocasión. Chamba siguió llegando a la casa, con aportes mínimos a una economía familiar que comenzaba a dar señales preocupantes, y con ocasionales fogonazos de pasión.

Con 29 años Madre volvió a embarazarse. Gustavo tenía 13 cuando en septiembre de 2001 nació Gabriel. Pudo haber sido distinto, pero no.

Como si presintiera que lo peor estaba por venir, pidió que la esterilizaran.

Viernes 15 de junio, 2012.

—¿Se recuerda del cipote aquel que le dije que mataron? ¿El de los condominios? 14 años tenía. Pues dicen que jugando fue, que otro de los muchachos le puso la pistola en la cabeza, bromeando, y se le disparó. También dicen que es primo de uno de los meros-meros.

Karina

Karina nació por cesárea un miércoles de enero de 1995 en el entonces nuevo Hospital Zacamil, otro hospital para pobres. De los tres, resultó el embarazo más tranquilo, sin estreses ni discusiones de pareja. Madre está convencida de que eso determinó. Karina fue la primera en aprender a caminar. Siempre ha ido bien en los estudios. Tiene una edad complicada, 18 años, pero acepta con resignación la precariedad económica; ni siquiera protestó cuando la pobreza le privó de fiesta de 15 años. Madre cree que tiene madera de líder. Es bien madura, dice, el orgullo en la mirada.

El Día de la Madre de 2012 Karina le escribió una carta en la que le pedía disculpas por sus berrinches, le agradecía los valores inculcados y le prometía que iba a seguir esforzándose.

—Mi familia dice que es la única con la que me he ganado el cielo. Y eso que la mayoría somos vendedores y no le gusta mucho vender ambulante. En un puesto sí, ya estuvo haciendo tortas en el chalé de mi hermana, pero en la calle no le gusta. Yo la animo: rompé el hielo, no seás una vendedora más en la familia.

Karina ha logrado un hito en el árbol genealógico: alcanzar la mayoría de edad sin embarazarse. Aspira a convertirse en la primera licenciada de la familia.

La tregua entre la Mara Salvatrucha y el Barrio 18 va camino de los cinco meses, las estadísticas oficiales insisten en que se cometen la mitad de asesinatos que hace un año, pero Madre dice que en su comunidad apenas nada ha cambiado. El "ver, oír y callar" sigue siendo ley de vida entre los residentes. El Estado, sin embargo, acentúa su permisividad con los pandilleros en las cárceles: para el Día de la Madre pudieron encargar Pollo Campero; y para el Día del Padre, Pizza Hut.

—Pero viera lo que me pasó el otro sábado que fui al penal con Erick...

Dice Madre un martes de julio. Luego suspira.

—Gustavo se puso a jugar con él y a enseñárselo a sus amigos, pero ya al final el niño se viene y le dice gritando: sos un papá de mentira porque no vas a la casa y no me arreglás la bicicleta, y no me querés porque no querés que me quede aquí contigo. Tiene 4 años pero es bien vivo. Y mi hijo se puso a llorar, a llorar, pero puro niño lloraba. Todos alrededor lo miraban callados, y yo lo abracé, llorando también pero con miedo, porque a saber qué estaban pensando. Y ahí alcancé a decirle: hijo, todo esto lo hubieras pensado antes.

Madre pidió que la esterilizaran cuando Gabriel nació, la segunda de las decisiones trascendentes que tomó en aquellos meses turbulentos.

—Empecé a ir a la iglesia a los días de salir embarazada. No sé, sentí la necesidad.

Durante más de un año asistió a la Misión Cristiana Elim, pero unos familiares la convencieron para congregarse en otra más íntima —unos 70 feligreses en los días más concurridos— y más estricta, una que exige un año de cultos antes de bautizarse y que establece restricciones que rozan el fundamentalismo: solo faldas largas, mantelina (pañuelo) obligatoria para el culto o para leer la Biblia, nunca maquillaje ni aretes ni anillos ni bailes ni fiestas de cumpleaños, diezmo inexcusable de cada dólar que uno gane y estricta prohibición de trabajar los sábados.

—Yo antes el sábado era cuando más vendía, no paraba en casa, pero ahora, nada. Bueno, el año pasado fui a vender una vez porque lo necesitaba, pero no le dije a nadie.

La religión pasó a ser un pilar importante en la vida de Madre. Cada noche, cuando sus hijos duermen, acostumbra a hablar con Dios suavemente, para que nadie más la escuche. Primero le agradece, luego le pide perdón y por último le cuenta sus necesidades.

—Siendo usted tan religiosa, ¿qué le dijo a Dios cuando supo lo de Gustavo? ¿Le reclamó?

—No, no podemos hacer eso. Mi hijo ya era mayor y, como me dijo la jueza, sabía el bien y el mal, y si él hacía algo malo, sabía que iba a dar cuenta.

—Pero usted habrá rezado mucho por él.

—Sí, pero no está dentro de mí evitar eso. Es cierto que yo recibo lo que él está sufriendo porque soy la mamá, pero él se lo buscó. Lo mío es, digamos, una cruz que estoy cargando.

—A pesar de su profunda religiosidad.

—Pues sí, tal vez por algo que uno hizo antes y lo estoy pagando ahora. Quizá porque desobedecí a mi mamá, porque me fui de casa siendo bicha... a saber. No siento que sea un castigo de Dios, él no nos pone cargas que no podamos llevar.

Quizá no de Dios, pero en El Salvador sí es un castigo ser madre de un pandillero.

Es lunes y es noviembre, casi mediodía, y el cementerio municipal La Bermeja es una plancha ardiente bajo un cielo azul intenso. La madre de Madre murió ayer a primera hora, después de pasar más de tres semanas en coma en el Hospital Zacamil como consecuencia de un derrame cerebral.

La noticia voló casi en tiempo real hasta el penal de Ciudad Barrios, y Gustavo ordenó a Madre que gestionara los permisos para estar ahora en el cementerio, esposado. Madre hizo lo que le pidió su hijo, pero me acaba de asegurar que se ha alegrado en silencio cuando le respondieron que no era posible, que solo dan permiso —cuando lo dan— para entierros de familiares en primer grado de consanguinidad. La satisfacción es porque ahora aquí hay unas 100 personas, y la mayoría desconoce su secreto.

El Día de Muertos está reciente, y este solar de muertos engramado y sin cruces está lleno de flores plásticas multicolores, algunas zapateadas y pisoteadas. A un costado hay dos canopis: el más grande es para rescatar del sol a familiares y amigos, pero no da abasto; otro más pequeño está sobre la fosa, sobre cuatro empleados municipales con palas y una estructura metálica rectangular que usan para bajar el ataúd.

—Pueden pasar a verla para despedirse —dice el pastor—, porque van a proceder a sepultarla. Me dicen que ahorita hay otro entierro.

En este sector del cementerio meten a tres o cuatro personas en cada fosa, y es el azar el que elige tanto la ubicación concreta como los acompañantes de soterramiento. En las lápidas —del tamaño de un cuaderno e incrustadas en el suelo— nomás se agrega el nombre del nuevo difunto a los otros con apellidos foráneos. Alguien dijo que la muerte nos iguala a todos, ricos y pobres, pero parece que a algunos les iguala más que a otros.

Gabriel llora. Madre y Karina prefieren la seriedad. Ellas son las que más sufrieron los últimos años de María Julia, que fueron duros: diabetes, úlcera, silla de ruedas, y su carácter siempre conflictivo.

—Mi deber es servir a mi madre, con su temperamento y todo —me dijo meses atrás Madre—. De todos sus hijos tal vez la paciencia solo yo la tengo, porque ella sí es desesperante.

En los próximos días un pandillero se tatuará el nombre y la fecha de la muerte de su abuela materna, su única abuela.

Gabriel

Gabriel nació por cesárea un viernes de septiembre de 2001 en el Hospital Zacamil. Ni en el embarazo ni en el parto hubo mayores complicaciones, pero Madre está convencida de que esos nueve meses de oscuridad forjaron la personalidad.

—Embarazada yo peleaba mucho con el papá. Lloraba, me enojaba... y todo ese resentimiento mío lo absorbió.

Hace cuatro años que Gustavo y Gabriel no se ven, pero Madre sabe que siguen muy unidos. Teme que Gabriel se convierta en Gustavo.

Lo siente revoltoso, hiperactivo, demasiado vivo, y eso le preocupa. Por tres años le ocultaron que su hermano encarcelado es pandillero, pero terminó averiguándolo. La preocupación, sin embargo, venía de antes, de cuando Gabriel simulaba olvidar el cincho para llegar a la escuela con los pantalones flojos, de cuando Madre supo que caminaba y hacía mates de pandillero.

—Yo le digo: actuás así porque te creés el gran hombre, pero quedás mal. Si querés llamar la atención, hacé cosas buenas, no hagás esas cosas.

Madre incluso se movió para que recibiera terapias grupales con un sicólogo del Hospital de Niños Benjamín Bloom.

Con casi 12 años, Gabriel está en una edad crítica cuando se vive en una comunidad con presencia de pandillas. Gustavo sabe, y porque sabe, teme. Pide a su hermano que esté lejos de los muchachos. Le dice: pórtese bien, que tengo ojos por todos lados y lo tengo vigilado. Madre es muy estricta con los horarios. Solo le permite salir de casa para estudiar por las mañanas y entrenar fútbol por las tardes. No acepta retrasos. La aparente tiranía tiene su lógica: si la pandilla controla la colonia, cuanto menos tiempo pase en las calles, mejor. Y la pandilla controla.

—A veces estamos haciendo tareas que le han dejado y yo digo 13 o 18, y Gabriel me dice: esos números no se dicen, mamá, la van a matar.

Cientos, miles de madres de comunidades empobrecidas se fajan en silencio para que el fenómeno de las maras no engulla a sus hijos, y a veces tienen éxito.

—¿Y si al final se hiciera pandillero?

—No, no... siempre le ando diciendo que diga que es hijo único... pero no, no... Y con él hablo claro, porque a estos niños hay que hablarles claro desde los 10 años. Yo le digo: ahí tenés el ejemplo de tu hermana y ahí tenés el de tu hermano, ¿qué querés ser? En mi persona no concibo que pase eso... fuera algo... algo... demasiado, pues.

Hoy es domingo, 16 de diciembre ya, pero en la casa de Madre no hay nada —nada— que siquiera insinúe la inminencia de la Navidad. La austeridad que el pastor predica a veces concuerda con la austeridad a la que obliga la pobreza.

Han pasado 236 días desde el primer encuentro con Madre; 236 días desde que le planteé que me gustaría conocer su casa, su colonia; 236 días desde que respondió que lo creía imposible y peligroso.

En su comunidad no entra nadie sin que la pandilla sepa, y costó primero serenar los temores de Madre y luego dar con la fórmula que permitiera que un hombre con acento y rasgos físicos extranjeros llegara a su casa. Entré no como periodista, sino como esposo de mi esposa, cuya presencia era menos estridente por su condición de trabajadora social de una modesta oenegé con un programa de atención a mujeres vendedoras.

La casa está en una de las comunidades que forma parte del crisol de condominios, residenciales y asentamientos de esa casi ciudad llamada colonia Zacamil. Son unos 40 metros cuadrados —paredes de bloque, suelo de cemento— que rinden dos cuartitos, un recibidor, una minicocina, el baño y un micropatio en la parte trasera; el hogar se ha agrandado desde que falleció la madre de Madre.

La vivienda refleja el desorden al que obligan el hacinamiento y la necesidad: no hay dos piezas del mobiliario que combinen, la ropa en perchas colgadas de los polines, pichingas llenas de agua para cuando la cortan, huacales bajo las mesas. Si hubiera que elegir un elemento disonante, sería la modesta computadora que la hermana de Madre compró a plazos y que está aquí porque su hijo quinceañero pasa las tardes con esta familia.

“Gelatinas \$0.25”, dice un letrero escrito a mano y pegado en la fachada.

La Navidad no es feliz en este hogar. El colegio en el que Madre vende dulces de lunes a viernes cierra por vacaciones, y desaparece de cuajo el sostén de la economía familiar: 20 dólares semanales. Toca vender gelatinas, cafés, bolsas de churritos, cualquier cosa que

permita sumar unos centavos.

—¿Cómo pasan estos días?

—Hago venta también. Hoy en la mañana hice atol de maíz tostado. Lo vendo entre los vecinos, o llego hasta la puerta del hospital. Vendí como seis dólares... para la comida de hoy.

—Seis dólares de ganancia.

—Noooo, no, de ganancia son como dos, para ir pasando más que todo —Madre bosteza.

—Y, sabiendo que tiene tanta necesidad, ¿no le ayudan de su iglesia?

—Me dan 15 dólares al mes por hacer la limpieza. También hago limpieza en otra iglesia y me dan otros 20 dólares mensuales; ahí vamos como una hora los días martes, jueves y domingo.

—¿Vamos? ¿Quiénes van?

—Voy con una vecina. Bueno, nos dan 50 dólares para las dos, pero ella agarra 30 y me da 20, como ella fue la que hizo el trato.

En El Salvador la que gana 2,000 dólares al mes se siente pobre porque se compara con el que gana 5,000. El que ingresa 1,000 dólares, desdichado frente a la que gana 2,000. La que cobra 700, indigente ante el que ingresa 1,000. Sin embargo, un hogar en el que entran 600 dólares al mes ya está entre el 15 % de los hogares con mayores ingresos.

Madre sí conoce lapobreza. Lapobreza es que la herencia de tu padre sea un pedazo de acera pública en la puerta de un colegio; lapobreza es que a los días de recibir el alta hospitalaria haya que tirarse a la calle a vender con el recién nacido en una caja de cartón; lapobreza es no poder pagar 2.29 dólares del recibo de agua y tener que bañarse en casa de una vecina; lapobreza es que otro partido político gane las elecciones municipales y provoque un terremoto en la economía familiar por suspender las becas de 30 dólares mensuales a estudiantes notables; lapobreza es no tener para comprar un paquetito de frijoles Naturas para enviárselo al hijo encarcelado.

Madre sospecha que se convirtió en madre de un pandillero en la segunda mitad de 2006. Pudo haber sido distinto, pero no.

Abran... ¿De verdad es la Policía? Que aaaaaabran... Una madrugada la Policía se presentó en casa con orden judicial. Gustavo estaba ya encarcelado. Madre abrió la puerta antes de que se la botaran. Gritaron que buscaban armas y drogas. En la casa solo estaban

Madre, su anciana madre y sus dos hijos. Se fueron sin nada, dejaron la angustia. Gabriel estuvo todo el cateo temblando y lloriqueando, agazapado ante la horda de uniformados malencarados y armados.

No solo eso. Como su secreto lo conocen contadas personas, a Madre le toca escuchar de todo en silencio. Que si los pandilleros –Gustavo– no tienen hígado, que si son desalmados, que si no tienen corazón, que ojalá un incendio los carbonice a todos. Un hermanastro que sí sabe le dice que lo deseche, que un hijo así no merece sacrificios.

No solo eso. Está la tortura hecha política de Estado en las cárceles.

—Ahora lo de los registros se ha calmado un poco, pero con los soldados era bien feo. Siempre nos desnudaban por completo. Dos veces me metieron el dedo, así como cuando te hacen la citología...

Uno imagina a su propia madre que, por algo tan razonable como visitar a un hijo, alguien le pide desnudarse, abrirse de piernas, le mete el dedo envuelto en látex en su vagina o en su recto, y lo gira bruscamente para hallar chips, celulares, marihuana.

—Tuvieron un tiempo a una soldada que se la pasaba diciendo: “Todavía falta el montón de viejas putas”. Ella nos metía el dedo, y gracias a Dios que nunca me puso chulona a hacer flexiones. Una señora entró un día que ni caminar podía por las flexiones. Y otra vez, a una señora mayor le querían meter el dedo y dijo que padecía del colon. Pues no entre, le dijeron, y no pudo ver a su hijo.

El Salvador es un país que ha naturalizado las violaciones de los derechos humanos, que las ha institucionalizado. Un Estado que mete el dedo en el culo a sus madres.

Hoy es un sábado de mayo, 2013. Han pasado cuatro meses desde la última vez que nos sentamos a platicar. Madre puede recibirme antes del culto de la tarde. Me ofrece asiento en el sofá de su casa y sube el volumen de la televisión. Don Francisco parece ser uno más en la conversación.

—¿No ha visto las noticias? Hoy está fregado por aquí... Hace como dos semanas mataron a dos cipotillos en la comunidad de allá arriba, de 14 y 15. A estos (estos: Gabriel y el sobrino) les digo que no salgan a la calle, porque a veces no andan buscando quién la debe, sino quién la pague.

—¿Entre ellos mismos fue lo de esos dos muertos?

—No, supuestamente los de aquí subieron a matarlos.

—¿Y no que estaban con la tregua?

—Sí, pero a saber...

Su hijo Gabriel estudia ya quinto grado, pero ha tenido que cambiar de escuela porque un profesor un día lo echó de clase a él y a otros tres, y se desquitaron ponchándole las llantas. Madre dice que en la nueva escuela todo va mejor, pero la maestra la hizo ir porque Gabriel estaba amenazando a otro niño.

—El bicho a mí me estaba fregando —dice Gabriel—, y le dije: ¿vos qué me vas a andar fregando? Es uno que se la pica porque es gooordo.

—Me llamó la maestra —complementa Madre— para decirme que Gabriel le amenazó diciéndole que tenía un hermano pandillero en la cárcel. Yo ahí me tuve que sincerar con ella, pero la maestra lo tomó bien.

Su hija Karina fue admitida en la Universidad de El Salvador.

Su hijo Gustavo volverá a ser padre en agosto. A la madre la conoció porque llegaba de visita al penal. Gustavo lleva varios meses sin ver a Erick porque su madre —sigue viva— lo prohibió cuando en el kínder le comentaron que el niño pregonaba los tatuajes de su padre. Si su hermana le presta 10 dólares para los pasajes y para comprar un plato de comida, Madre irá a verlo a Ciudad Barrios mañana. Gustavo alguna vez le ha dicho que deje de visitarlo si se aburre, que lo entendería.

Quizá se lo ha dicho porque sabe que Madre nunca lo hará.

—En el fondo siento un vacío bien grande, porque así como lo anduve de chiquito, así tendría que estar hoy a la par mía. Él es por el que más luché, porque empecé de la nada, y criar a un hijo no es fácil.

Madre es madre de un pandillero, de un asesino. Pero uno desde afuera no puede evitar las conjeturas: ¿y si el padre de Gustavo se hubiera hecho cargo? ¿Y si no hubiera tenido que dejar los estudios porque Madre no podía pagar las cuotas? ¿Y si la salvadoreña no fuera una sociedad tan consumista? ¿Y si la iglesia que paga a Madre menos de un dólar la hora de limpieza le pagara cinco dólares? ¿Y si la Policía tuviera un papel más activo en las comunidades y no se limitara a hacer redadas?

Pudo haber sido distinto, pero no.

—Me saluda a su esposa, por favor —me dice Madre, a modo de despedida en la parada de buses a la que me ha acompañado—, y dígame que Gabriel ya se está portando más o menos.

Hormigas en el Centro Juventud *Roberto Valencia (originalmente publicada en El Faro)*

Las calles polvosas del *bajomundo* managua están más vacías esta tarde. El Barça juega otra final, y aquí, en las casuchas oxidadas, esta noche quizá nadie tenga que cenar, pero un partido así se goza como en las Ramblas. O más. A Joshua y Norlan, dos pandilleros de veintipocos, el fútbol español también les pone, pero han hecho el sacrificio para mostrarme el Walter Ferreti, el barrio en el que crecieron y viven.

Camino del zanjón que separa el Ferreti del 18 de Mayo, Norlan se detiene a mear junto a unos escombros que simulan verjas. La calle vacía como cementerio vacío. Joshua busca otro meadero en silencio, y yo hago lo mismo, no vayan a pensar que soy un desagradecido. Sobre la tierra reseca, justo a la par de donde orino, hay un tajo largo y negro, como un látigo extendido, formado por cientos de miles de hacendosas hormigas que cargan palitos insectos hojitas restos, o se cargan unas a otras. Son tan demasiadas. Hace años vi algo parecido, pero fue en la selva de Petén (Guatemala), no en un barrio de capital de república.

—¿Esto es normal? —pregunto en voz alta cuando termino. Los dos se acercan.

—¿El qué, las hormigas? —dice Norlan—. Sí, claro, están chambeando porque en la noche va a llover.

—Los zompopos saben cuándo —se suma Joshua—. Ahorita están metiendo comida porque va a venir un huracán de calle.

Son las 3:30, Managua es el horno insufrible de siempre, y el cielo está azul cielo. El pronóstico suena absurdo, pero disimulo.

—Hormigas, zompopos, ¿cuál es la diferencia? —pregunto.

—Es que su nombre es hormiga, pero su nombre científico se llama zompopo —zanja Norlan.

Seguimos caminando como si nada, y la plática retorna a lo que me trajo hasta el Ferreti: el asombroso Centro Juventud.

En tres horas Managua será un diluvio.

* * *

El Centro de Formación y Desarrollo Juvenil “Juventud” lo administra la Dirección de Asuntos Juveniles (Dajuv) de la Policía Nacional de Nicaragua. El comisionado al mando —dos estrellas de ocho puntas y dos franjas amarillas en cada hombro, 49 años— es Pedro Rodríguez Argueta. Esta tarde en su despacho impecable habla del centro como quien habla de una hija medallista en unas Olimpiadas.

—El Centro Juventud nos ha venido a llenar un gran vacío. La Dajuv trabaja desde hace años con los jóvenes en los barrios, pacificándolos, pero cuando firmaban el acta de no

más violencia siempre quedaban en el factor de riesgo. De ahí se pensó en este centro, en traer a los jóvenes para que estudien una carrera técnica y salgan de aquí con un proyecto de vida. Es la pieza que nos faltaba.

—¿Pero por qué está adscrito a la Policía y no a otra institución?

—Fue una idea de nuestra jefatura nacional. Como nosotros ya trabajábamos con jóvenes en riesgo, a alguien se le ocurrió que también nosotros les diéramos un proyecto de vida.

Dice: jóvenes en riesgo. Dice: proyecto de vida.

* * *

Decir que los centroamericanos somos violentos es perogrullada, aunque algunos no lo terminaron de creer hasta que a mediados de 2009 Naciones Unidas nos reconoció los méritos, y nos puso el sello oficial de región más violenta del mundo. Llamar la atención de los burócratas neoyorquinos, sin embargo, costó lo suyo: 127 mil asesinatos durante la primera década del siglo en un conjunto de países en los que vive menos gente que en Argentina. Aun así, hay optimistas-ingenuos-emburbujados que siguen creyendo que en México, en Colombia o en la Cochinchina están peor.

Centroamérica es, certificación United Nations, superpotencia de la barbarie, pero es de justicia reconocer que no todos los centroamericanos aportan igual. Sucede como con la que parece ser la mejor liga de fútbol del mundo, la española, que acoge al Barça pero también al Rayo Vallecano. Pues bien, en la liga centroamericana de la violencia, los roles del Real Madrid y del Barcelona los tomarían Honduras y El Salvador, mientras que el aporte de Nicaragua sería similar al de la Real Sociedad.

El paso de los años, además, no ha hecho sino ahondar las diferencias, como ocurre en la Liga. El milenio arrancó con dos bloques bien delimitados: por un lado, el norte (Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador, los primeros en sacar el cuchillo); y por otro, el sur (Nicaragua, Costa Rica y Panamá, las suizas). La brecha inicial existente se hizo abismo como consecuencia de las políticas públicas en materia de seguridad que cada país adoptó hace una década.

Numeralia (I). Naciones Unidas cree que un país con una tasa arriba de 10 homicidios por cada 100 mil habitantes padece una epidemia de violencia. Nicaragua tenía en 2003 una tasa de 11 que para el año 2011 pasó a 12. Costa Rica subió de 7 a 10. En el mismo período, Guatemala saltó de 28 a 39, El Salvador brincó de 36 a 70, y Honduras se disparó de 54 a 86. Datos de 2011 en mano, salvadoreños y hondureños son los dos pueblos más violentos del planeta —digo: los dos pueblos más violentos sobre la faz de la Tierra—. Managua no es que sea el edén, pero se le parece tantito cuando alguien ha tenido antes la suerte de conocer San Salvador o Tegucigalpa en todo su esplendor.

El año 2003 es clave para explicar los dispares devenires. Para abordar el creciente desarrollo de las maras, los gobiernos hondureño y salvadoreño apostaron a la represión —también Guatemala, aunque con mayor tibieza— con planes rimbombantes llamados Cero Tolerancia y Mano Dura, respetivamente. Los presidentes de turno, Ricardo Maduro y

Paco Flores, quisieron involucrar a las policías de toda la región en su vorágine represiva, pero por fortuna fracasaron. La Policía Nacional de Nicaragua, el caso que nos tiene aquí, se reafirmó en sus principios, y ese mismo año 2003 creó la Dajuv, con una inequívoca vocación preventiva.

Si el tema no fuera tan serio, hoy resultarían cómicas declaraciones como las que el expresidente Paco Flores pronunciaba altanero en noviembre de 2003. “Vamos a dejar El Salvador libres de maras”, decía. “Nuestro objetivo es dejar todas las colonias y municipios libres de estos criminales”, decía también.

Sin hacer ruido, Nicaragua moldeó lo que en la actualidad se conoce como el Modelo Policial Nicaragüense, y dentro de ese modelo es que se explica algo como el Centro Juventud.

Hoy, el Modelo Policial Nicaragüense y su cara más visible –la de Aminta Granera, la primer comisionada– se han convertido en un fetiche para la cooperación internacional y para gurúes-pensadores-vividores del aparataje montado en torno a la seguridad pública hemisférica. A sus homólogos de la región solo les queda inclinar la cabeza, en sentido casi literal. A finales de agosto de 2012, durante un encuentro regional de jefes policiales en Managua, se incluyó en el programa una visita al Centro Juventud. “Llevaremos este modelo para implementarlo en nuestro país”, dijo Juan Carlos Bonilla, director de la Policía Nacional de Honduras. “Sin duda, es digno de emular en nuestros países”, dijo Howard Cotto, subdirector de Seguridad Pública de la Policía Nacional Civil de El Salvador.

La Policía nicaragüense, además, ha logrado el aplauso internacional siendo el cuerpo menos numeroso de la región, con poco más de 12 mil integrantes, y el peor remunerado: recién salido de la academia, un agente gana unos 150 dólares mensuales.

Josué Ruiz Padilla es uno de los alumnos más destacados del taller de belleza. Antes de llegar al Centro Juventud estaba activo en una pandilla llamada El Doce, que opera en el barrio Walter Ferreti. Foto Roberto Valencia.

* * *

Einer Moisés

El bus amarillo ha salido –vacío, puntual– desde Plaza El Sol, el cuartel general de la Policía Nacional, y recorrerá el *bajomundo* managua durante hora y cuarto, rebosándose, antes de vaciarse en la entrada del Centro Juventud. Hoy es viernes y es mayo.

Unos minutos antes de las 7 de la mañana se planta en el Camilo Ortega. Catorce jóvenes suben en las dos paradas que hace en este barrio. Einer Moisés es de los últimos en abordar, da un apático buenosdías, reconoce al periodista que vio días atrás en el centro, y

se sienta a la par.

¿Y dónde dice que se publicará esto? Okey. Me llamo Einer Moisés Flores Sánchez, y soy de la primera promoción del Centro Juventud. Yo llego hasta octubre. ¿Que cómo terminé aquí? Porvago. Pero me gusta aquí. Es una oportunidad que nunca te van a dar en otro lado. Con los policías es tranquilo. Los de la Dajuv son tranquilos. Es muy distinto que te den palos a que te den un trato agradable. Yo nací en Costa Rica, de madre nica y padre tico, pero soy nica. Al Camilo vine a los 5 años, y como a los 9 me enviaron de nuevo a Costa Rica, pero un año nomás. Al regresarme me perdí: con 10 años ya bebía, fumaba monte, *bañaditos*... y al poco empezamos a robar, en grupo, con mis *chatelitos*. Al principio sí, uno trata de respetar a los vecinos y todo eso, pero cuando uno anda en *sulfuro*... La cosa es caerle a alguien que vaya solo. Es requisa lo que se le hace: la cartera, los anillos, el reloj, el teléfono... Mi pandilla era El Cementerio, tranquila, no teníamos *traido* con muchas. A mí al final me agarraron y *modelé* un año; pero de ahí salí más calmado. ¿Que qué es *modelar*? Estar preso en la Modelo (el penal más grande del país, ubicado en el extrarradio de Managua). Lo bueno es que no me tatué, gracias a Dios. Nunca me dio la curiosidad. Bueno, sí me dio, pero nunca lo hice.

—Usted es de España, ¿veá? —pregunta Einer Moisés.

—Digamos que sí —dice el periodista—, pero desde hace 11 años vivo en El Salvador, y me considero salvadoreño. Contra este acento no puedo hacer nada...

—¿Y cuál es la capital de España?

—Madrid.

—¿Y está muy lejos de Barcelona? Yo es que al Barça le voy...

El fútbol español es un filón ilimitado en Centroamérica. Alguien puede no saber ubicar España en un mapamundi, pero raro será que no recite de memoria la mitad de la alineación del Barcelona o del Real Madrid.

—España es grande, ¿veá? Me gustaría ir... —divaga.

—Pues no sé si ahora es buen momento. La gente allá se queja mucho de la crisis.

—Pero en la tele miro que siempre hay rumba. Es demasiado diferente allá, ¿veá?

Si se cumple el guion, Einer Moisés nunca irá a España. Terminado su curso de mecánica automotriz, si le va bien, comenzará ganando 50 dólares la quincena; en unos años, si demuestra que sirve, podrían convertirse en unos 150 dólares. Su máxima aspiración real es terminar en los talleres de alguna empresa grande, Casa Pellas o Grupo Q. Ahí pagan un poquito mejor, dice.

Sus expectativas suenan poco ambiciosas, miserables casi, pero hace un par de años no tenía futuro.

* * *

Ahora no porque antes de almuerzo toca teoría, pero en las tardes, el aula del taller de belleza es un relajo. Los 12 alumnos inscritos —varones casi todos— necesitan con quién, y

llegan estudiantes y policías y profesores a quienes no les importa el riesgo por ahorrarse unos córdobas. El aula está equipada como peluquería profesional primermundista –el equipo y los productos más sensibles bajo llave–, y se hacen cortes limpieza facial afeitados depilación maquillaje, todo bajo la supervisión de Anielka Caballero, la profesora que ronda los 30 y, para explícito regocijo de sus alumnos, es atractiva. El comisionado Rodríguez Argueta vendrá el viernes a arreglarse el cabello y a enseñar un par de viejas fotografías de su juventud guerrillera, en las que aparece melena roquera y con un fusil de asalto FAL en las manos. Miren la responsabilidad que tenía yo con 16 años, les diré. Usted era un hombre guapo, le responderá una estudiante para sonrojarse.

Los profesores tienen de alguna manera que adaptarse a sus alumnos, como se aprecia en esta imagen poco convencional de recibir clases. Foto Roberto Valencia.

Pero el relajo en esta aula sucede en las tardes. Ahora toca teoría, y Anielka propone repasar lo que se hizo mal ayer. Se esfuerza por ganar la atención de los nueve que han asistido hoy. Algunos escuchan, toman notas, pero otros se desparraman en las sillas, suben los pies sobre alguna mesa, escuchan música o hablan cuando les da la gana. La clase se parece a una de esas películas gringas en las que los estudiantes problemáticos de un *high school* crean un grupo único para desesperación del profesor de turno.

—Los clientes se están yendo –dice Anielka–, ¿y cómo practicarán si los clientes se van?

—Igual, si ni pa'chicles dejan –se queja Anthony, un pandillero alto y chele, con la cicatriz de un balazo en el rostro.

—Te están prestando su cabello, Anthony, y tenés necesidad de aprender.

Otro día Anielka me dirá que así son ellos, activos orgullosos respondones, y es ese exceso de actividad a lo que ella atribuye que aprendan tan rápido.

—Ayer el compañero al que cortó Anthony tenía pediculosis. ¿Es así, Anthony?

—¿Pediculitis? –pregunta uno. El resto ríe.

—Pediculitis no, ¡pediculosis! Piojos tenía. ¿Y qué hiciste, Anthony?

—La payasada que me mandó hacer *usté*.

—Pero decíle a los demás, que sepan...

—¡Pedir al cliente que se bañe! –grita otro.

—No, hay que ponerse guantes y aplicar el tratamiento, pero ese punto no se cumplió.

¿Por qué no se cumplió, Anthony?

—¿Y yo cómo le voy a decir al *mae* que anda esa onda...

—Diplomáticamente, uno se lo dice al cliente, porque si no, pensará que de aquí se lo llevó.

Todos quieren improvisar la ocurrencia más graciosa sobre los piojos, y la clase deviene en un coro ininteligible de voces. Afuera diluvia.

—Anthony, seguimos perdiendo la clientela. Analícense, muchachos.

—Ahí que se vayan –dice Anthony.

* * *

El bus amarillo llega rebosante de jóvenes, profesores y agentes de la Dajuv. Aquí es la comarca Las Enramadas, aún Managua, pero los últimos 15 minutos han sido de rodar por una calle boscosa y con cráteres tan despiadados que nos ha adelantado un lugareño en bicicleta. El Centro Juventud está en medio de la nada. La Policía Nacional fleta cada día dos buses amarillos, dos microbuses azul marino y un camioncito blanco para que haya vida.

El Centro Juventud es una genuina apuesta por la prevención, y su filosofía podría resumirse así: ofrecer a jóvenes en riesgo de comunidades empobrecidas una oportunidad para formarse, y brindarles así un proyecto de vida alejados de las pandillas. Los seleccionados pasan un año en instalaciones de primerísimo nivel aprendiendo una profesión –hay talleres de computación, belleza, electricidad domiciliar, panadería, manualidades, reparación de electrodomésticos, inglés, corte y confección, mecánica automotriz, agricultura...–, clases complementadas con una formación transversal en valores y en deporte. Además del transporte, la Policía Nacional proporciona desayuno y almuerzo.

Jóvenes que participan en el taller de panadería muestran el pan que elaboran en las instalaciones del Centro Juventud. Foto Roberto Valencia.

Numeralia (II). El Centro Juventud ha costado 4.5 millones de dólares –y sumando–, provenientes en buena medida de la cooperación. Abrió sus puertas en julio de 2011, y en su primera fase trabaja con dos promociones a la vez, que suman casi 200 jóvenes de entre 16 y 24 años, aunque la inmensa mayoría ronda los 18-20. En octubre de 2012 se está graduando el primer grupo, más de 90 chavalos y chavalas, con un nada desdeñable porcentaje del 50% de jóvenes que completaron el año entero.

El grueso de los elegidos son pandilleros activos –muchos con récord delictivo– que han pasado por programas de pacificación en sus barrios, aunque hay cuotas para otros colectivos, como adolescentes abusadas y jóvenes pro diversidad sexual.

El proyecto apenas arranca –hay obras y obreros y carteles que dicen “Aquí se construirán aulas de ebanistería” o “Aquí aulas de serigrafía y reparación de celulares”–, y el modelo ya se quiere replicar en Puerto Cabezas, en el Caribe nicaragüense. Hay estrictas reglas sobre cómo comportarse, y no se permite ingresar celulares ni drogas ni fumar ni llevar *chores* ni tantas cosas. La disciplina es un valor, sin extralimitarse, ya que el principal mérito del programa parece ser que a los jóvenes les gusta –les conviene– llegar. Tanto al ingreso como a la salida los estudiantes son registrados.

Pasé tres días en el Centro Juventud y otros tres en Managua, y mi cuaderno quedó salpicado de ideas que en algún momento creí urgente anotar. Son esos detalles que lo delatan a uno como lo que es: un intruso.

Que en el centro, antes de probar bocado, se dan las gracias al Señor.

Que pandilleros y policías comen lo mismo –un miércoles: papas en salsa, plátano, frijoles, arroz con generosidad, y jugo– y comparten mesa.

Que son pocos los jóvenes del *bajomundo* que tienen e-mail.

Que no solo los jefes policiales hablan bien del Centro Juventud; también los jóvenes.

Que después del Barça-Madrid, los pandilleros nicas preguntan a quien suponen español el significado de coño y gilipollas.

Que en Managua escasean el asfalto y el adoquín.

Que el jefe de Relaciones Públicas de la Policía Nacional, el comisionado mayor Fernando Borge, cree que Nicaragua es el país más democrático de la región: “Usted puede entrevistar a quien quiera y reportar lo que quiera”.

Que el pandillero nica mira con admiración-respeto-ignorancia el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha.

Que las hormigas chamberan.

Que en argot pandilleril nica ser *caibil* es ser *peluche*, y ser *peluche* supone ser falto de personalidad.

Que tener *traído* con otras pandillas es tener problemas.

Que las instalaciones del Centro Juventud botan a cualquiera sus prejuicios sobre lo que un Estado de la región más violenta del mundo hace por la juventud del *bajomundo*.

Que un policía nica puede irse uniformado y desarmado en bus a su casa.

Que quizá aún haya esperanza.

El primer día que llegué al Centro Juventud, un martes, pude entrar en una reunión de evaluación de los planes que la Dajuv implementa en distintos barrios de Managua. Había altos mandos policiales y sicólogos. No me presentaron como periodista y se habló –creo– en confianza. Se dijo que el trabajo preventivo a veces es entorpecido por otras direcciones policiales de corte más reactivo; se dijo que raro es que alguien salga rehabilitado de una cárcel, al contrario; se dijo también que la desestructuración familiar sigue siendo el gran problema.

Una sicóloga fue especialmente dura: “En la sociedad nicaragüense hay una gran ausencia de valores y de normas de conducta. Los jóvenes comparten las chavalas, se meten con la mamá de los amigos... La ausencia de valores hoy día es bárbara, y luego, claro, los niveles de pobreza”.

Nicaragua es una sociedad emproblemada, la violencia está. Nicaragua es Centroamérica. Pero aquí aún no dimensionan el gran logro que supone que sus jóvenes no se hayan familiarizado con la palabra *desfacelar*.

* * *

Joshua

—En mi barrio hay mucho problema: hay *jañas*, *vagos*, huelepegas, *pirucas*... hasta mujeres hay. El barrio está corrompido —dice Joshua.
—¿Y dónde vivís? —replica el periodista.
—En el Walter Ferreti. Lo llevo, si quiere.

Tengo 20 años. Mi nombre es Josué Enmanuel Ruiz Padilla, pero me dicen Joshua. Estudié en el Centro Juventud, en el taller de peluquería, y soy bueno con la máquina. ¿Que cómo terminé en una pandilla? Bueno, no es solo una. He estado en Los Panzones, en El Doce, en Los Magos... Nicaragua no es como El Salvador. Allá la pandilla cobra impuestos, ¿veá? Acá no. Cuando yo comencé, bailábamos break-dance, bum-bum, y ya uno no podía ir a otro barrio si se tenían *traídos*, que empezaban por cualquier cosa, porque bailábamos mejor, porque uno tenía una *hainade* otro barrio, ¿ya? Lo de robar empezó como a los 15, después de los *bañaditos*, el guaro. El mundo es el que lo corrompe a uno. Y aquí no es como en El Salvador, no creás que los *vagos* andan *plaqueados*, no, somos chavalos, ¿ya me entiende? Y *usté*, ¿en España era pandillero? Ahora estoy tranquilo. Ha sido bueno ir al Centro Juventud. Me gustaría tener mi propia peluquería, en mi barrio, ¿ya? Yo me salí de la mala vida, ando sin pleito, pero siempre camino vivo, ¿ya m'entiende? Cuido mi vida porque es mi vida.

El día de la visita al Walter Ferreti, Joshua buscará a su amigo Norlan —seco, tatuado con prolijidad, cholco, uno que ha *modelado*—, y se perderán el gane del Barça en la final de la Copa del Rey por enseñar su barrio al periodista. En el recorrido, antes de encontrarse con el tajo negro de hormigas hacendosas, platicarán con un grupo de borrachos encabezados por Óscar Omar Saravia, Patón, un cuarentón que casi se caerá al pararse. “Está bueno que te compongás, mae”, le dirá a Joshua cuando, para justificar la presencia del intruso, le cuente que estudia en el Centro Juventud.

—¿Cuándo me vas a pelonear? —dirá Patón.

Joshua lo ha pensando: ganarse unos córdobas cortando el pelo en casa de sus padres, para empezar, pero no tiene cómo conseguir una máquina que nueva cuesta unos 25-30 dólares.

* * *

El tema en la clase de hoy es Normas de convivencia, y 17 muchachos —la mayoría pandilleros, uno abiertamente homosexual— distribuidos en grupos llevan 20 minutos escribiendo sus reflexiones sobre carteles. Joshua toma la palabra cuando le toca exponer

a su grupo. Habla del Respeto, de la Justicia, de la Cooperación... hasta llegar a la Tolerancia.

—Tolerancia es comprender a los demás, ser comprensivos...

Dice Joshua, que tiene madera de líder. Desde el primer momento que lo conocí mostró un desparpajo propio de quien quiere comerse el mundo. Le gusta rapear, y cuando me lo presentaron se arrancó a cappella: “Bam, plan, carnaval, ellos mismos buscan su funeral / Ellos lo han visto, nadie los detiene / Ellos lo saben, nadie los detiene / Se discrimina a la gente que viene”.

—... hay que ser tolerantes y comprender a las personas, pue. Profesora, yo comprendo a Jorgito, ¿me entiende? —Jorgito es el compañero abiertamente homosexual—. Él tiene un problema, profesora, tiene un problema muy grande él. ¿Por qué? Porque en su mente tiene un demonio, ¿veá, profesora?

Todos ríen la ocurrencia, menos Jorgito.

* * *

El profesor del taller de mecánica automotriz, Carlos Enrique Traña Morales —39 años, padre de un hijo de 15—, abre el cuaderno como si fuera un cofre, mira una lista de nombres y apellidos, y se toma unos segundos para sacar cuentas: 20 jóvenes se inscribieron, seis han dejado el curso, y hoy miércoles están en clases 10 de los 14.

—Este —el dedo se pasea por el cuaderno— se me fue para Corinto, este otro está preso... y alguno de los que siguen tiene problemas con la ley. Ese de ahí va a juicio el lunes — señala con la cabeza a uno que se esmera en sus tareas, cabizbajo.

La estrategia de Traña para ganarse la atención descansa en la seriedad extrema que transmite y en su profunda religiosidad.

—Los alumnos convencionales por lo general tienen plan de vida —dice—, pero algunos de estos todavía ni saben por qué están aquí.

—Pues nadie lo diría viéndolos —los 10 trabajan en silencio, cabizbajos.

—Quizá porque este módulo de dibujo les está gustando, pero cuando no les gusta algo, no atienden, se salen de clase, ¿ya?

—¿Y qué le toca a uno como docente?

—Pues solamente podemos tratar de persuadirlos: mirá, hombre, este es tu futuro, disponete, enfocate, encauzate en esto, porque hoy quizá no veas el cambio, pero lo vas a ver más adelante.

Traña está hablando de pandilleros, algunos incluso ya *modelaron* o tienen tatuajes o marcas de balazos en sus cuerpos. Su preocupación suena tan sincera que conmueve. Por un momento, casi ni parece Centroamérica esto.

* * *

Adán Lanuza

Adán Lanuza tiene la mandíbula poderosa y la mirada desafiante. Habla poco. No es muy grande ni muy fornido, pero tiene ese aire de persona con la que conviene evitar irse a los puños. Se le vinculó con un homicidio y *modeló* un año. Ahora tiene 20, y está por graduarse en electricidad residencial en el Centro Juventud.

—Cuando empezó era muy indisciplinado —dice Mario Zabala, entrenador de la selección nicaragüense de taekwondo y profesor de deporte en el Centro Juventud—, tenía muchos problemas; incluso conmigo hubo un roce porque era bien pleitista.

Me llamo Adán, nací en 1992 y soy de la tercera etapa del barrio 18 de Mayo. Desde los 12 años estoy en pandillas, con Áreas Verdes. Me mataron a varios compañeros. A mi hermano mayor le metieron un balazo en la cabeza, está vivo de milagro. Unos amigos míos están presos, ya van a cumplir dos meses. Yo estuve en la Modelo un año, y esas experiencias uno las vive, ¿me entiendes? Yo salí con más odio, pero después me dije: *n'ombre*, hasta aquí nomás. ¿Que de dónde viene tanta *turqueadera* en los barrios? Antes, en el 18 de Mayo los *vagosviejos*, como les dicen, tatuados y todo, se agarraban con los de arriba, pero al principio no había pistolas, por allá se miraba una, y así se crearon las rencillas. Después llegaron las pistolas, los baleados. Ahora en esta etapa todo mundo anda escopeta, pistola, *Aka*. El barrio está terrible. Aquí no puede uno andar en la noche. Ni nosotros, porque queda oscuro, y uno no sabe con quién se va a encontrar.

Adán Lanuza tiene un 18 tatuado en su cuello.

* * *

La conciencia colectiva del mundo occidental aprecia a las hormigas. Las creemos laboriosas incansables solidarias tenaces hacendosas. El refranero las adora: “Llevando cada camino un grano, abastece la hormiga su granero para todo el año” o “Camina más una hormiga que un bueyechado”. La Hormiga Atómica y Ferdy dejaron huella, al menos en mi generación, y el cine, ese moldeador universal de filias y fobias, las ha tratado bien: ante la rotundidad de Tiburón, Piraña o Anaconda, las simpáticas hormigas protagonizan Antz y Bichos; pocos podrían recordar el título de una película en la que son amenaza. Salvo los delfines, pocos animales gozan de tan buena reputación.

El culmen de la estima quizá lo represente la fábula La cigarra y la hormiga. Dice así: haragana y despreocupada por naturaleza, *cantando la cigarra pasó el verano entero*. Previsora y laboriosa, la hormiga acumuló provisiones. Al llegar el frío invierno —en el Trópico no siempre lo es—, la cigarraviose *desposeída del precioso sustento* y fue *con mil expresiones de atención y respeto* a pedir ayuda a la hormiga, que se la negó con profunda soberbia: *¿con que cantabas cuando yo andaba al remo? Pues ahora, que yo como, baila*.

Moraleja: la vida loca tiene un precio.

De alguna manera, el Centro Juventud quiere convertir cigarras en hormigas.

* * *

Cuando supe que un alumno del Centro Juventud tenía un 18 tatuado en el cuello, creí haber dado con la prueba de lo que la Policía Nacional niega y reniega: la implantación del fenómeno de las maras en Managua, a través de una de sus dos máximas expresiones: la pandilla Barrio 18. El joven con el 18 en el cuello, Adán Lanuza, me dijo después que el número se debía a que vive en el barrio 18 de Mayo.

El 18 de Mayo también es una sucesión de casuchas oxidadas escombros hormigas calles polvosas. El único pedazo encementado en toda la tercera etapa es una reducida cancha multiusos, punto de encuentro obligado para la muchachada. Esta tarde se disputa un partido de fútbol, y de los ocho que corren tras la pelota, seis juegan descalzos y uno más con yinas. La miseria sabe mimetizarse. A un costado de la cancha, sobre el muro de un cuartucho desmantelado, están pintados los escudos del Barça y del Real Madrid, tan ultrajados con grafitos que cuesta reconocerlos. Hay algunos 18 pintados toscamente aquí y allá, pero no tienen nada que ver con la pandilla que ha sembrado el terror desde Estados Unidos hasta Honduras.

Poco o nada tienen que ver con el fenómeno de las maras las pandillas de Nicaragua. La que ocupa esta cancha como base se llama Áreas Verdes, y sí, tienen *traído* con los Cuarteños y con los Urbina, pero los odios *ancestrales* nicas –su saldo de vidas truncadas– no son lo mismo. Las pandillas aquí rivalizan hurtan territorializan roban narcomenudean asesinan, pero menos.

Adán Lanuza se ha calmado, y eso no le supone problema alguno con Áreas Verdes. Ahora tiene un llamativo parche blanco en su cuello porque ayer fue a borrarse el 18. Me lo cuenta cuando me acompaña a la parada de la Ruta 165. Paramos primero en una tiendita.

—¿Qué onda, Niña Tere? —saluda Adán Lanuza.

—¿Y qué te pasó?

—No, nada, me quité un tatuaje que andaba...

Adán Lanuza era alguien temido en esta calle. Cuando uno anda en la *onda*, me dice, hasta a su propia familia le roba, ¿ya me entendés?

Al poco, un señor mayor llega y también se clava en el cuello.

—¿Qué te pasó? ¿Te golpearon?

—No, me quité un tatuaje que andaba ahí.

—Ahhh. ¿Y dónde fuiste?

—Fui a una clínica privada. Me lo quité porque se miraba mucho, para no andarlo ya.

Todavía no se lo ha dicho a nadie en su barrio, pero Adán Lanuza se lo ha borrado porque en el Centro Juventud ha concluido que quiere ser policía.

—Todo mundo te pregunta, Adán —le digo—. ¿Te molesta?

—No, al revés —en su mirada desafiante hay una velada satisfacción—. Es que antes... antes nunca nadie me preguntaba nada.

Los Acapulco Kids

Alejandro Almazán (originalmente publicada en Emequis)

La primera vez que Jarocho me ofreció a una niña por 300 pesos le dije que sí, que a eso había ido al Zócalo aquella noche. El tipo, que cuidaba autos frente al Malecón, se echó la franela al hombro y sonrió de tal manera que los dientes le brillaron en el oscuro rostro, reventado por el acné. Luego, cuando se dispuso a traerla de un callejón, dije que no, que mejor volvería más tarde.

—De una vez, brother, el yate llega a la una de la mañana y ahí vienen gringos ya rucos que se llevan a las más morritas. Orita hasta te puedo conseguir una de nueve o diez años —dijo con cara de “tú me entiendes, no te cuento nada nuevo”, y sentí tremendo retortijón en el estómago.

—Regreso antes de esa hora, nada más no vayas a fallar.

—¿Qué pasó, brother? Los hombres sabemos hacer negocios. Y como me caíste a toda madre, te la voy apalabrar pa que te dé un servicio chingón. Ái tú te arreglas con ella si quieres cosas más perversonas.

Volví después de que el yate Aca Rey había tocado tierra firme. Entonces supe que Jarocho sólo era un mero cazador de clientes, que trabajaba para un proxeneta y que la niña que llevaría esa noche se llamaba Allison. Era adicta a la piedra —esa droga barata que embrutece más que otras— y no pasaba de los 12 años.

Un día Acapulco se cubrió de verde y de cerdos salvajes que desafiaban los caminos de tierra. Las gargantas de los pescadores toltecas cantaban a los dioses, los bambúes crepitaban con el viento y los mangos petacones engordaban. Mil años después, los aztecas traerían la plaga hasta que Hernán Cortés y su gente la aplastaron a su vez con la gonorrea y la virgen de La Soledad.

Luego de 500 años de ensangrentar destinos, llegaron los grandes edificios a la bahía y dividieron la ciudad en dos: la cara bonita y el patio trasero. Agustín Lara le cantó a María Félix, Pedro Infante compró casa y Tintán amó al puerto por siempre. Entonces cayó el nuevo milenio y bajo el brazo trajo un racimo de pedófilos estadounidenses y canadienses que se hartaron de que en Cancún los señalaran. Ellos fueron los que corrieron la voz y, al poco tiempo, Acapulco se transformó en el paraíso de la carne más joven.

Desde entonces, los pederastas acarrearón consigo padrotes intocables, madrotas disfrazadas de mujeres abnegadas, nuevas estadísticas del VIH, tendejones para emborrachar a las niñas, revólveres, pobreza de la que unos se enriquecen, vientres abiertos, noches para velar a los chicos, home pages para ver el mapa y saber dónde encontrar niños; hoteleros y taxistas para el trabajo sucio. Rencor y noches y días de ajeteo.

Han traído hordas de niños al Malecón, al Zócalo, al canal que lleva las aguas negras a Hornos, al Oxxo que está rumbo a Telecable, a la Soriana de la Costera, a las canchas de la crom, al asta bandera, a Caleta y Caletilla, a la barda del restaurante Condesa, a la vuelta del salón de belleza Xóchitl, a la calle La Paz, al hotel Real Hacienda, al puente de la Vía Rápida, al semáforo de Aurrerá, a La Redonda que todos conocen como Las Piedras de la Condesa, a la playa que Cortés bautizó como Puerto Marqués, y a los puteros del centro.

Y es por ello que Unicef califica ya a Acapulco como la ciudad mexicana número uno en lo que a prostitución infantil se refiere. Ha desbancado a Cancún y a Tijuana.

En estos 1 882 kilómetros cuadrados se concentra casi todo lo que necesita un pederasta: playas increíbles, droga barata y en cantidades pasmosas, ojos que nunca ven y bocas que nunca hablan, hoteles 50% off, un bando municipal que estipula que en Acapulco no se multa a los turistas, prostíbulos donde la mayoría de edad se alcanza desde chicos, padres que piensan que los hijos son moneda de cambio, y niños, muchos niños, que por un bote de PVC o un poco de mariguana están dispuestos a encarar la vida y despistar la muerte con sus cuerpos.

En las callejuelas del centro, esas que suben dolorosamente hacia el cielo, está el bar Venus. Es una construcción vieja de dos pisos, pintada de mala gana. Es de un naranja parecido con el que Van Gogh pintó el melancólico cuadro *The Old Tower in the Fields*. La desvencijada puerta es azul, como si quien la cruzara fuera directo al paraíso. Pero no: los ventiladores giran sin énfasis, hay mesitas de lámina extenuada y los clientes son una bola de infelices a los que sólo les queda emborracharse para combatir el calor y la tristeza. Quizá lo más deprimente sea la pista donde bailan las mujeres de vientres poderosos: es una enorme ostra de concreto que arroja luces rojas y verdes. Todo aquello parece sacado de las películas o de los cómics de Alejandro Jodorowsky.

Mía bailaba en el tubo como una boa adormecida mientras de la rocola salía la voz de Noelia con eso de “tú, mi locura, tú, me atas a tu cuerpo, no me dejas ir”.

Mía, que en realidad se llamaba Ariadna, había cumplido los 14 años el 3 de septiembre pasado y estaba orgullosa de su edad porque eso le ayudaba a que los clientes se pelearan por ella.

Intentó sentarse en mis piernas y la mandé a la silla.

—¿Qué, eres joto? —preguntó con un hablar pastoso. Ya estaba algo ebria.

—No, pero tienes la edad de mi sobrina – y Mía miró como si me hubiera vuelto loco. Luego, ordenó una cerveza mientras enumeró sus reglas:

—Me tienes que dar 40 pesos por estar aquí contigo; con eso ya pagas mi cerveza. Si quieres algo más, allá atrás hay cuartos. Cuestan 100 pesos y yo te cobro 200. Si quieres que te la chupe, son 100 más.

—A mí sólo me gusta platicar, soy reportero.

—Bueno, dame los 40 y platicamos.

Al sacar el dinero la miré bien: los ojos, de negro intenso, casi se perdían en la cara; estaba maquillada como los muertos, tenía papada, los pechos apenas le estaban creciendo y su cuerpo rechoncho era de un irreparable color cobrizo. Pagué. Entonces Mía me contó que ese nombre se lo puso ahí un viejo, amigo de la patrona. A ella se le hacía muy estúpido, pero debía aguantarse. “Yo hubiera escogido un nombre como Esmeralda o algo así”. Era de Tierra Caliente, pero había llegado a Acapulco hace medio año para trabajar en un Oxxo, pero cuando le dijeron que en el Venus podía ganar 800 pesos al día mandó al diablo la idea de ser una cajera vestida con uniforme rojo con amarillo. “Ahí en el Oxxo iba a ganar como 50 pesos y a mí me gusta comprarme ropa”. Su mamá no sabe a qué se dedica y, si lo supiera, no le preocupa: “Porque yo la mantengo a ella, a mi abuelita y a dos sobrinos; como mi papá se fue a California y nunca regresó, necesitamos el dinero”.

Prostituirse no le quita el sueño. “En mi pueblo venden a las mujeres desde chiquillas, con eso pagan la tele que compran o las cervezas que no pagaron”. También dijo que le gustaría probar las drogas y que un día quiere ser actriz de telenovelas.

No habló más porque un gordo, al que le faltaban varios dientes y andaba todo andrajoso, la llamó con la mano en la cartera para que se sentara con él. Se bebieron una caguama como si ambos desfallecieran de sed. Luego, cuando en la ostra gigante bailaba una mujer que parecía haber ido con un carnicero a que le hiciese la cesárea, el tipo se llevó a Mía. Fueron a los cuartos.

—Mañana tendré dos chicos; acá nos vemos y te paso a uno.

Andrew tendrá unos 60 años y sus tres hijos ya le han dado cuatro nietos. Su segunda esposa, según contó, es 10 años menor que él y jura quererla igual que el día en que se conocieron. Puede que sea cierto. Andrew tiene cabello blanco, su piel está lo bastante bronceada como para parecer un trozo de marlin ahumado, y sus ojos son de un gris encendido. Su español es mordisqueado, pero da para platicar.

Supuestamente vive en Boston y trabajó en un pub donde los hombres le confiaron nostalgias y proezas de machos. Yo hice eso para acercarme a él mientras comíamos un cóctel de camarones en la playa Caleta. Andrew fue el único gringo que creyó que los niños también eran mi debilidad. Los otros con los que intenté conversar fueron displicentes y no sirvieron de mucho. Desde hace unos cinco años, cuando Jean Succar Kuri calentó Cancún, Andrew entró a las páginas de los pedófilos en Internet y supo a

dónde emigrar: Acapulco. Y, sobre todo, a la playa Caleta.

—Me dijeron que en Caleta uno consigue niños, pero no sé cómo —le solté cuando Andrew combinaba los camarones con una coca cola de dieta.

—Es fácil —dijo con el tono de quien no miente—. Hay que tratar con aquellas mujeres — y señaló a las indígenas que aquella mañana vendían artesanías mal hechas y otras baratijas.

—¿Y qué les tengo que decir? —pregunté a Andrew y él me miró como quien le tiene lástima a un pordiosero.

—Cómprales algo de lo que venden o dales para que vayan a comer; el chico ya va en el precio.

—Como el desayuno...

—Sí, como la barra libre.

Para ser honestos, no supe si hablar más o propinarle ahí mismo un puñetazo. Nos quedamos callados porque no se nos ocurrió otra cosa y miramos el mar y sus virtudes. Por ahí pasó un par de viajeros con mochilas al hombro, un tipo que vendía raspados, una costeña que hacía trencitas, un viejo que alquilaba cámaras de llanta para usarlas como flotadores, un par de pescadores que mostraban mojarras de 10 kilos, un matrimonio con su hijo en brazos, y unos niños que, como si fuesen cachorros, se revolcaban en las olas. A ellos, Andrew los escudriñó como hacen los críticos de arte.

—No les digas a las mujeres que eres mexicano, mejor háblales en inglés —Andrew rellenó el silencio.

—No me lo creerían. Creo que ya me jodí.

—Mañana tendré dos chicos; acá nos vemos y te paso a uno. Son tan inocentes...

—¿Y hoy no se puede? —No, anoche fue de locos

—replicó y ordenó media docena de ostiones con unas gotas de salsa Tabasco.

Cuando me despedí para no verlo nunca más, fui con algunas indígenas y, aunque hablaron en su lengua, entendí que me fuera al carajo.

Con la misma importancia me trató el salvavidas de la playa. Usó una lógica absurda y cínica para responder por qué no hace nada contra tipos como Andrew: “Yo nomás cuido que nadie se ahogue”.

PD: En el DIF municipal, Rosa Muller, una mujer con un corazón enorme, había contado que las indígenas tienen el hábito de vender a sus hijos a los extranjeros. A mexicanos no. Quién sabe por qué. Otro dato: Adriana Gándara, funcionaria del Centro de Atención a Víctimas de Delito de la PGR, ha dicho que al menos la mitad de los más de dos mil niños que se prostituyen en Acapulco son indígenas.

Agenda Amarilla del Novedades, El diario de la familia guerrerense. Viernes 21 de noviembre. Dos anuncios:

¡Chavita de secundaria! Tiernita, Bebida hermosa y sexy. ¿Qué esperas?

Chiquilla bonita. Soy estudiante de secundaria. Delgadita. Bustona. Llámame.
Llamé de un teléfono público. En el primer anuncio contestó un tipo que sabía su negocio. No recuerdo el nombre de la niña que ofrecía, pero la describió con tal labia que no dejaba resquicio alguno para creer que no existía cintura más delgada ni trasero más redondo y levantado que el de ella.

—Me hablas de una mujer de calendario, compa.

¿Estás seguro de que va en la secundaria?

—Te lo juro por Dios, carnal. La chamaca está garantizada, por eso te la estoy dejando en mil 500 pesos. Ira: ella va a tu hotel y después de dos horas me la regresas.

—Deja hospedarme y te llamo otra vez.

—Pásame tu celular.

Le di un número viejo que dejé de usar.

En el segundo anuncio clasificación xxx respondió una mujer con voz de niña. Suponiendo que sí era una estudiante de secundaria, dijo llamarse Lulú, se jactó de tener experiencia y reiteró que estaba dispuesta casi a todo. Cobraba 2 mil pesos y 500 más por tener sexo anal. Nada de fotos, nada de video.

—Estoy hospedado en el Mayan Palace —mentí—. ¿Y si no te dejan entrar?

—Ya he ido ahí. No te preocupes, me gusta su alberca, está bien grandota.

—Pues deja pensarlo y te busco.

—Anímate ya, más tarde voy a estar ocupada.

—¿Y no te da miedo que sea un asesino o algo así?

No me conoces.

—Tú tampoco.

—¿Y si te dijera que soy reportero y ando contando historias de niñas como tú?

Colgó.

Tú ponle ahí que me llamo Manuel. Tengo 16 años, pero me prostituyo desde hace 10, cuando me salí de la casa porque mi mamá nomás quería a mi padrastro, un viejo cabrón que sabe que si se mete conmigo mi banda de Ecatepec le pone en su madre. He andado por el DF, Hidalgo, Puebla, Veracruz, Cuernavaca y Chilpancingo. Aquí, a Acapulco, ya tiene que llegué como desde 2004. Y está chido.

[Estamos en el albergue del DIF municipal llamado Plutarca Maganda de Gómez, una religiosa a la que nadie recuerda. Aquí llegan los niños prostitutos que la directora del lugar, Rosa Muller, busca en las calles de Acapulco para darles comida, ropa, dejarlos que se duchen y, si quieren, vivir hasta que cumplan los 18. Ningún chico es obligado a quedarse.

Manuel es uno de esos niños que entra y sale del albergue dependiendo de las ganas que tenga de drogarse. Para comprar piedra y mariguana, con lo que le fascina dinamitarse el cerebro, sabe que debe cumplir con el círculo vicioso de escapar, prostituirse, comprar su cóctel letal y ropa nueva que le ayuda a alardear entre la banda de que él ha triunfado;

luego vuelve al albergue.

Cuando está afuera, gana unos 6 mil pesos a la semana. A él se le hace una fortuna.]

En esto siempre hay clientes. La mayoría son viejos, pero hay de todo: gabachos, de Canadá, franceses y mucho mexicano. No es cierto que nomás los turistas de otros países nos busquen. Hay batos más dañados. Checa: está el payaso del Zócalo, el Chapatín; ese nomás quiere que uno le dé y nos regala drogas. Está el del Tsuru gris; es de Cuernavaca, le cae una vez al mes y levanta a dos o tres; paga bien. Está otro cabrón de la taquería Los Tarascos. Está un güey del hotel Real Hacienda que nos deja dormir y él tiene mucha piedra y PVC. Otro güey es uno que anda en una moto rojo; también es padrote. La que también le entra duro es una doña que luego vende burbujas de jabón en el centro; a ella le gustan las niñas y es madrota de mayates. Y está Fátima, una gringa ya señora que vive por el Fiesta Inn.

[Manuel no tendría por qué mentir, así que es mejor seguir escuchándolo.]

El precio que manejamos casi todos es de 200 pesos, más 100 por quedarnos a dormir. Los gabachos y las gabachas dan más: 400. Y lo chido también de ellos es que te llevan al parque Papagayo, a Recórcholis o se hospedan en hoteles bien chingones. Yo he ido al Avalón, al Hyatt, al Presidente, al Emporio y al Princess. Son muy bonitos. Pero no creas que me apantallan los gabachos. Sé inglés. Bueno, me defiendo. Sé decir cómo me llamo, mi teléfono, de dónde soy y todas las groserías. Así conquisté a una gringa. Tenía como 50 años. Es la gabacha más vieja con la que he estado. ¿La más chica? Una de 30, cuando yo tenía como ocho años.

[Manuel trae el cabello teñido de las puntas. Es un chico pura fibra con una mirada zigzagueante. Presume sus jeans Fubu o algo así, como si fuesen unos Versace. Lleva dos días sin drogarse.]

Eso es lo que no puedo dejar: las drogas. Los chochos no me gustan porque me amensan. Los hongos me ponen tonto y la coca me quita el sueño. Por eso prefiero la mariguana y la piedra. Unos se paniquean con la piedra, creen que los andan siguiendo, se les entume el cuerpo; a mí no. Ni siquiera me ha dejado loco. Ah, porque la piedra es cabrona. Muchos de la banda se han quedado idos, bien babosos. Con esos ya ni puedes platicar. Ni les entiendes lo que dicen. Pero te decía, con la mota y la piedra la hago. A veces también al PVC, pero poco porque se me mete el diablo. A ese le hago porque la lata cuesta 50 pesos y a mí, el de la ferretería, me lo da a 35. Es que hay noches que me quedo con él y me lo da más barato.

[Mientras habla, Manuel bosteza y parpadea como si lo hubieran sacado a patadas del sueño. Se despertó hace cosa de media hora. Por ahí de la una de la tarde.]

¿Qué más te puedo decir? Pues que aquí me ha tocado ver muchas muertes. A un jotito con el que me juntaba lo treparon a un carro y lo apuñalaron. No sé si eran sus clientes, pero yo vi caer al bato. Otro se murió de cáncer y una morrita de sobredosis.

Ángel, el gordo, murió de sida. Yo hasta eso soy negativo. Aquí en el albergue nos hacen la prueba a cada rato. No le tengo miedo al sida. Soy un cabrón con suerte.

Allan García, uno de los editores de La Jornada Guerrero, tiene una memoria implacable para los datos duros y escalofriantes:

Hay paquetes exclusivos para pederastas que incluyen hotel y niño. Costos: de 200 a 2 mil dólares, según el grado de pubertad. El chico sólo recibe 20 dólares.

Desde los cinco años se prostituyen. A los 18 ya no sirven.

Los que controlan la prostitución infantil en Acapulco son, sobre todo, tailandeses.

Después del turismo y la venta de droga, la prostitución infantil es la actividad que deja más ingresos en Acapulco.

Allan recuerda bien esas cifras porque hace menos de un mes, durante la semana que el DIF Acapulco organizó para hablar del tema, los funcionarios locales de la PGRabrieron sus bases de datos.

En esas reuniones también se contó la historia del autobús con un azteca grabado en el parabrisas. Circula por todos lados, menos en su ruta. No levanta pasaje. Suben niñas que se van con hombres decrepitos cada vez que el camión se detiene. De hecho, a la hora de lavar el bus, en el río El Camarón, las chicas se pelean por hacer la limpieza porque el chofer no paga con dinero. Paga con droga y clientela que gasta a puño suelto.

Eric Miralrío, un acapulqueño que sirvió de guía al reportero, sugirió que buscáramos a Nayeli en el Malecón. La conocía porque apenas este año le había tomado algunas fotografías durante la realización de un documental. Por lo que le escuché decir, la chavita no pasaba de los 16 años, a los 13 fue mamá y su padrote le pegaba para imponer respeto. Parecía un gran personaje.

La segunda noche en que la buscamos, otro niño de la calle llamado Chucho nos dijo con su lengua drogada que a Nayeli la habían asesinado de 25 puñaladas. Ya no dijo más porque el PVC lo traía hecho un zombi.

Un día después, Rosa Muller, la directora del albergue del DIF municipal, contaría la historia de una Nayeli que resultó ser la misma que Eric conocía.

Y esto es lo que viene en la libreta de apuntes: Nayeli era una costeña que desde que nació fue linda. Antes de cumplir los siete años ya era parte del catálogo que un padrote mostraba a los clientes. A los 13, el proxeneta la hizo madre y le quitó el bebé porque le dijo que una adicta como ella lo terminaría matando. Nayeli se la pasó en las calles hasta que un chico de la banda se enamoró de ella y juntos lograron rentar un cuartucho allá

por las fábricas. A principios de mayo pasado, salió drogada de su casa y se la tragó la tierra. Los reporteros de la nota roja la encontraron tirada en las calles, con 25 puñaladas. También la degollaron. Muller se enteró del asesinato por las páginas de El Sol de Acapulco, el diario que contabiliza a los muertos.

Lo que las autoridades llegaron a saber es que, por unos cuantos pesos, Nayeli delató un quemadero (lugar donde se consume droga). Y los traficantes no perdonan esas cosas. Cuando el DIF quiso recoger el cadáver en el forense para entregárselo a la familia, ya había desaparecido. Nadie quiso saber más del asunto. Muy pocos le lloraron.

Esa mañana la radio dijo que Acapulco estaría fresco, a no más de 33 grados. A Samy, sin embargo, el sol le caía como un piano en la cabeza: traía una tremenda resaca. Lo conocí en la playa Condesa porque un pescador con un ojo de vidrio llegó a ofrecer de todo: ostiones, el paseo en el paracaídas, hasta que aterrizó en el asunto de la mariguana y los niños.

—Conozco a los jotitos de Las Piedras, le puedo decir a uno que venga acá contigo o, si quieres, te lo puedes coger ahí mismo, no hay pedo. Todo el mundo lo hace ahí.

Samy traía un pantaloncillo rojo, la playera en el hombro y una sed endemoniada. Le dije que era reportero desde el arranque. Quién sabe si pudieron más las ganas de beberse una Yoli, pero se quedó un rato.

Primero dijo que nada más había ido a Las Piedras porque le urgía dinero. Pero ya en el tren de confesiones, presumió que su mejor experiencia fue con una pareja de cubanos, hace un año: mientras él recorrió el cuerpo de la mujer, el hombre lo grabó. Le dieron 100 dólares y con eso se fue a nadar al parque de diversiones Cici, comió en una taquería del centro, se compró dos camisetas y lo demás se lo inhaló. Dejó en claro que no era homosexual: “Yo nomás doy y tengo novia”, remarcó con la pose del Valiente de la lotería.

—¿Y usas preservativos? ¿Te cuidas?

—No me quedan.

Se fue hundiendo sus pies en la arena.

No lo he mencionado, pero Samy tiene nueve años.

Si Rosa Muller se lo propusiera, probablemente sería capaz de contar un millar de historias.

Por ella me enteré cómo Yahaira, una niña de Pachuca, llegó un día hasta la casa de Muller con un pastel de cumpleaños, una pierna gangrenada, una tuberculosis invencible y un VIH que le arrojaba dardos a las últimas defensas de su organismo. Murió hace un par de meses.

Otra historia que le duele a Muller es la de Oliver, de 12 años. Hasta hace unas semanas,

además de prostituirse, se dedicaba a vender drogas. Se le hizo fácil consumir y no pagar al dueño del negocio. Para que escarmentara, para que entendiera que eso no se hace, lo amarraron con cinta canela a un árbol. En 15 días, sólo le dieron agua, sopa de pasta y un centenar de golpes. Así llegó al albergue. A los médicos les llevó varios días salvarle las manos y a él cinco minutos volverse a escapar. Muller, que sabe por qué dice las cosas, jura que a estas alturas Oliver debe estar muerto.

La historia más atractiva, sin embargo, es la de la propia Muller. Es decir, la de Mamá Rosy, como todos los chicos la llaman.

Resulta que su hijo, hoy de 13 años, solía ir a un internet ubicado atrás del hotel Oviedo, en pleno centro de Acapulco. Iba ahí porque le prestaban el play station sólo por dejarse tomar fotografías. Además, como el dueño del lugar le decía que en la casa de Mamá Rosy había fantasmas, al chico no le interesaba volver a su recámara si su madre no se encontraba.

Un día, a Mamá Rosy le llamó la atención que, súbitamente, su hijo fuese huraño, sudara por las noches y hablara de espíritus malignos a los que nadie podía derrotar. La curiosidad la llevó a indagar y a saber que en el café internet siempre había muchos extranjeros que a simple vista no resultaban nada confiables. Con el tiempo, contactó a la policía cibernética de la PFP y en pocas semanas se descubrió que aquel café internet era el centro de operaciones de una banda de pederastas.

En abril de 2003, las autoridades arrestaron a 18 pedófilos, 12 de ellos extranjeros, y rescataron a 10 niños. Entre los detenidos iba Enrique Meza Montaña, hijo del entonces regidor por Convergencia, Óscar Meza Celis. Enrique fue el único que obtuvo su libertad a las pocas horas. No importó que él, de 29 años, fuese el dueño del internet llamado Ikernet ni que fuese arrestado cuando estaba en compañía de dos menores.

A los otros, la PFP los presentó como parte de una banda que operaba en Europa, Estados Unidos, Canadá y México, además de vincularlos con dos artistas de la pedofilia: Robert Decker y Timothy Julian, ambos sentenciados en cárceles californianas. La edad promedio de los detenidos era de 65 años. Un par de ellos tenía VIH y se “suicidarían” después en las mazmorras acapulqueñas.

Ese hecho marcó a Mamá Rosy y fundó una ONG para proteger a los niños. De la gasolinera de su familia sacó los recursos y los chicos la fueron queriendo.

Pronto su nombre empezó a circular en el puerto y en 2005, cuando llegó Félix Salgado Macedonio a la alcaldía, éste la nombró directora del albergue Plutarca.

El próximo 31 de diciembre terminan los tres años de Mamá Rosy. Los chicos están tristes, dicen que volverán a las calles porque nadie los ha cuidado como ella. Muller, de ascendencia alemana, tiene pensado rentar una casona vieja para llevarse a los niños. “Ya veré cómo le hago, pero no quiero dejarlos, son presa fácil”, dice mientras se acomoda sus anteojos para la miopía. Lo que sí es un hecho es que su hijo poco a poco ha ido

saliendo. Ya no ve fantasmas.

PD: El pasado miércoles 26 de noviembre, la estadounidense Patricia Kathryn O'Donovan denunció que el neozelandés Murray Wilfred Burney, también conocido como Mario Burney, estaba reclutando a menores de edad para reorganizar la red de pederastas que Meza Montaña y otros dejaron a la deriva.

Yo era de esas que andaba vendiendo droga. El buenero (narco) hasta me dio una pistola para defenderme. Era una 22, bien perrona. Le entré porque a mí no me gustó eso de acostarme con los gringos. Bueno, lo que pasa es que un día uno me pegó y ya no quise. De ahí les tiré la onda a las mujeres, pero hubo una, creo que era de Italia porque hablaba bien chistoso, que se puso bien loca en el cuarto, como que quería matarme. Era flaquita y yo, ya ves, pues estoy llenita, así que le puse unos madrazos y me fui. Por eso me metí de dealer. Bueno, me metieron.

¿Cómo te explico? Aquí hay mucho buenero que nos agarra para vender porque a nosotros no nos meten a la cárcel, nomás nos quitan la droga y nos dan unos zapes. Y le entras porque le entras. Si no quieres, te pegan. Dicen que a uno hasta lo mataron. Ya luego me harté y mejor me vine al albergue. No sé qué haré ahora que Mamá Rosy se vaya. Es todo lo que puedo contar. Tengo una vida aburrida.

[Silvia, se llama Silvia. Para tener su edad, 14 años, es lo bastante fuerte como para destrozarse un piso entero en un arrebato. Le gustaría tener una muñeca.]

Yo soy Norma. Crecí en Tepito, ahí en la calle de Jesús Carranza. Me fui de ahí porque mi mamá se murió. Tenía sida. Yo digo que mi papá la contagió; siempre fue muy mujeriego, pero quién sabe, mi mamá también tuvo sus novios y cuando andaba drogada no se fijaba.

[Otra vez en el albergue Plutarco. Otra historia. Otra niña invisible. Otro cigarro para aguantar.]

De lo otro, de cómo empecé a prostituirme, no me gusta hablar. Me da ansiedad. Pero ya estoy aquí, ya qué. Me voy a abrir. Mamá Rosy nos ha dicho que lo hablemos, que eso que trae uno es como una piedra en el zapato o como un anillo que se nos atoró en el dedo. A ver, ahí te va.

[A Norma, de 16 años, le han estado sudando las manos desde que sentó. Se la ha pasado secándolas sobre el short de basquetbolista que viste. Trae el cabello mal cortado, como si alguien le hubiese mordido la cabeza. Huele a jabón barato. Hace bombas con el chicle y tiene una sonrisa exacta.]

Tendría que empezar a contar que a los seis años me violó un primo. Luego, como a los ocho, me violó un tío, hermano de mi papá. Ya tenía como 11 años cuando mi papá llegó drogado y quiso hacérmelo. Sólo Dios sabe por qué no pudo. Si me lo hubiera hecho, seguro yo también tuviera sida. Desde ahí ya no me gustaron los hombres. Me dan asco.

Pero hace como cuatro años cuando llegué a Acapulco, me dijeron que había señores que se acostaban con la chamacada. Yo, al principio, no quise. Luego ves que les regalan cosas y que la banda trae dinero. Entonces dije “chingue a su madre, le entro”. Eso sí: siempre lo he hecho bien drogada. Como que en mi juicio no se me da, hasta me dan ganas de vomitar. La bronca es que luego ni te acuerdas de lo que te hicieron. Yo luego he despertado con dolores en todo el cuerpo y con moretones. Con quienes sí me ha gustado, la verdad, es con las gringas. A ellas sí se los hago como con amor. Había una que me buscaba mucho. Ella me regaló un celular y ropa. Me dijo que quería llevarme a Estados Unidos para que viviera con ella, pero ya nunca volvió.

[Norma se levanta, dice que va al baño. Se ve rara, ansiosa, sin saber por qué. Todo empezó porque le pregunté si ese tatuaje mal rayado que dice Faby era en honor a la gringa y ella dijo que no, que Fabiola es una historia que ahora que vuelva va a contar. Regresa y cumple con su palabra.]

Fabiola fue mi novia, pero me hizo como trapeador. Era una cabrona. Decía que me quería y andaba con hombres. Yo le lloré, le dije que mi hijo, ¡ah!, porque tengo un hijo de cuatro años que no he visto hace mucho, necesitaba una mamá como ella. Le valió madre. Nomás me engañó. Hasta los papás de ella me querían, decían que algo como yo era lo que Fabiola necesitaba. Ahora la odio y amo a Diana, la chava que hace rato vino acá con su bebé. Diana sabe que ahora que termine de estudiar enfermería voy a cuidar de ella y el bebé. Lo malo de Diana es que todavía actúa como una niña y luego no sé ni lo que quiere.

[Intempestivamente, Norma me pregunta que si ya se puede ir. No puedo obligarla. Al poco rato, la psicóloga llega como un ventarrón con la mala noticia de que Norma se ha enterrado las uñas en la cara y que se la ha pasado quemando las cartas que le escribió a Fabiola. Me siento un imbécil.

Mamá Rosy irá a tranquilizarla y Norma volverá con el rostro sangrante. “No hay bronca, luego me pongo locochona”, dice con el tono de quien asume toda la culpa sin tenerla. “Ahorita me curo yo, ya me enseñaron en la escuela cómo hacerlo”. Lleva medio curso para auxiliar de enfermera. Se lo paga Mamá Rosy. Me dice que ahora que se reciba vaya a su graduación.]

Frente al bar Barbaroja, en la playa Condesa, abordé un taxi en la Costera Miguel Alemán.

—¿Tú sabes dónde puedo conseguir morritas?

—Ahorita, por la hora, nomás en el Tavares, el Sombrero o en las casas de cita. Ya son las cinco de la mañana.

—Pero tengo gustos raros: quiero niñas, o niños —dije mirándole los ojos por el espejo retrovisor. El conductor, como si le hubiera dicho que necesitaba comprar un perro, buscó entre su celular ciertos números de contactos.

—Conozco a un cabrón que tiene pura chamaquita.

Ya he trabajado con él, es seguro, no te roban y todo es muy discreto. Deja llamarle. Habló con tal desenvoltura que bien podría renegociar el TLC.

—Dice que las tiene ocupadas. Es que ya es tarde, el bisne hay que hacerlo a media noche.

Aliviado, me bajé en un hotel que no era el mío. La cara del taxista, en la duermevela, no me dejó en paz.

Es viernes por la tarde y en el Zócalo de Acapulco hay una cacofonía sostenida. Cuando mis padres me traían yo sólo veía boleros libinidosos, indígenas que se la pasaban expulgando a sus hijos, jóvenes que llevaban en sus cabezas cubetas en equilibrios imposibles, perros comiendo basura, al vendedor de globos, una catedral cuya entrada olía a excremento, basura y tamarindo; un puesto de periódicos que sólo vendía malas noticias, la nevería, policías que se la pasaban rascándose la cabeza, un quiosco donde los gringos se tomaban fotografías con las indígenas, como si las mujeres fuesen unos macacos, y una acera de restaurantes donde uno terminaba con diarreas interminables.

Hubiese visto ese mismo zócalo si no fuera porque Mamá Rosy me hizo un croquis de lo que uno nunca ve.

Entonces vi que, en efecto, la banca que está frente al Oxxo es para que se sienten las mujeres que buscan niño. Unos metros adelante, a la derecha de sur a norte, hay otra banca que rodea un árbol. Esa es para las niñas. Los pederastas lo saben muy bien. Quien busca acción con manos infantiles tiene que sentarse donde trabajan los boleros; la mercancía llega sola. En la noche, con sacar el celular y mantenerlo encendido, basta para que los chamacos se ofrezcan. Ahí está la gorda que vende burbujas, metida en unas mallas de lycra, al lado de un tipo cuya cara parece retrato hablado de la PGR. Es la misma a la que tanto las autoridades del DIF municipal como los chicos ubican como madrota. Vi la lonchería Chilacatazo atestada de indígenas, pero no vi a gringos. Supuestamente, ahí las indígenas ofrecen a sus hijos a cambio de comida. Vi al viejo en short y zapatos que se la pasa ejercitándose mientras escoge a qué chico llevarse. Los extranjeros, sobre todo estadounidenses, comen en El Kiosco. Se la pasan analizando a los chicos como si fuesen catadores expertos.

Ni el mosquerío sabía de qué color ponerse por la pena.

Alexa, Chucho y El Quemado hunden sus rostros en los platos donde les han servido un vomitivo alambre de carne al pastor. Estamos en una taquería por los rumbos del Malecón.

Y como hablarán hasta que terminen de comer, sólo queda verlos. Sobre todo a Alexa.

Es muy delgada. Dicen que no estaba así. Que de un tiempo para acá trae diarreas. Su cabello tiene un color pariente muy lejano del rubio. Es casi negra. Trae una mochilita rosa donde guarda la lata de PVC. Ella es la menor de los tres: tiene 17 años y una década en la calle. El Quemado y Chucho, que ya rebasan los 20, contarán luego que la niña es huérfana y que qué bueno, porque sus padres le pegaban.

—¿Entonces qué quieres saber? —la voz de El Quemado repta por las paredes.

—Todo lo que quieran contar.

Alexa y Chucho, ya con el estómago medio lleno, se rehúsan a hablar. Pero El Quemado, quien ha perdido todo escrúpulo, resume la vida de ambos:

—A Alexa todo mundo se la ha cogido. Y el Chucho ha sido mayate.

—Cálmate, güey —reprocha Chucho, un tipo bajito que se cree luchador.

—Es la neta, ¿no? ¿Para qué nos hacemos pendejos?

Hay que decir las cosas como son.

—Pero ya no lo hago con hombres —se defiende Chucho.

—¿Pero le hicistes, qué no?

—Nomás un tiempo, de los ocho a los 14 años.

Alexa se mantiene callada. Nada la hará cambiar de opinión: dejará que El Quemado cuente lo que quiera.

No le importa.

—Aquí todos hemos sido mayates —dice El Quemado—.

Uno necesita el dinero. Neta que si nos dieran trabajo dejamos esto, pero como que le valemos madre al gobierno. Ve a la Alexa, toda puteada. Ve tú a saber si está enferma.

La plática se interrumpe porque el mesero nos ha corrido de la taquería. La gente que comía en la otra mesa exigió que se largaran los tres pordioseros y el cliente con más dinero manda.

Camino a las canchas de la CROC, donde los tres duermen, El Quemado irá contando que ya no tienen tanta ropa desde que un canadiense al que familiarmente llamó Cris dejó de ir a Acapulco.

—¿Él se las regalaba? ¿Era religioso o algo así?

—No mames, compa, ese cabrón era un pinche cogelón de morritos. Venía muy seguido al Malecón porque tenía un velero. Ese bato nos daba un chingo de ropa y las drogas que quisiéramos por acostón.

—¿Y qué fue de él?

—Pues mira: el Cris tenía la maña de pegarles a los morros. Un día, un cuate al que le decimos El Querétaro no se dejó y le puso sus madrazos. Lo mandó al hospital. Ya tiene como un año que el Cris no se para por aquí.

—¿Y qué hay de Alexa? Se ve muy mal.

—Simón. Es el sida, esa morra ya tiene sida. Pero uno no le dice para que no se agüite.

—¿Y qué hay de tu vida? ¿Por qué te dicen El Quemado?

—Porque cuando era morrito me quemé en la casa del Padre Chinchachoma. Se me prendió el suéter por andar de cabrón. Tengo toda la espalda como chicharrón.

—¿Y tus padres? ¿Tienes hermanos? ¿De dónde eres?

—No, no, no. De mí no vamos a hablar. Además ya te conté mucho y ni un pinche refrescoquisistes comprarme.

El Quemado se fue. Chucho se despidió con una pirueta de luchador. Y Alexa dijo que odiaba a los reporteros.

Jarocho, con sus pies descalzos y su hedor agrio, llevó a Allison hasta el auto. La niña traía un perfume grosero, el cabello lacio, estaba bronceada, apenas le estaban saliendo los pechos, y usaba sandalias y una pulsera de Hello Kitty.

—Bueno, yo los dejo —dijo Jarocho con sus 100 pesos en la mano por haber sido el intermediario y a mí me dio la desesperación.

Allison iba triste o asustada. No avancé mucho. Me estacioné por la Playa Tamarindos. Estaba por decirle que sólo platicaríamos, y nada más, cuando una camioneta me echó las luces. Pensé que era la policía. Me imaginé en la cárcel y en la contraportada de La Prensa. Pero no, era algo peor: una Lobo blanca doble cabina con vidrios polarizados.

—Es el que nos cuida —dijo Allison y volví a experimentar uno de esos momentos cuando el mundo parece detenerse.

—¿Y por qué nos sigue?

—Porque quiere ver en qué hotel voy a entrar.

Empecé a sudar y me sentí pegajoso. Lo único que se me ocurrió fue acelerar. Tan preocupado iba que pasé los semáforos en rojo. Entonces ahí sí me detuvo la policía. Bajé del auto y, entre murmullos, les tuve que decir que era reportero y que la niña era parte de la historia. Uno de ellos, el de mandíbulas potentes, le echó la luz a Allison y ella sonrió de tal manera que en ese momento hubiese podido venderle cocaína a cualquier cártel. “Pues si ya le pagaste, cógetela”, dijo el oficial y yo quise romperle la cara. “Sale, te vamos a dar el servicio”, dijo el otro con su diente de oro como Pedro Navajas. Ahí reparé que la Lobo blanca doble cabina no estaba. Llegamos al estacionamiento del hotel.

Cuando Allison, que en realidad se llamaba Gregoria, intentó bajarse del auto para entrar al local, la paré:

—Sólo me interesa que me cuenten historias.

Allison arrojó un gesto de incredulidad.

—Primero págame los 300 pesos y pon una canción de Belanova.

—No tengo ninguna de ella. ¿No te gusta U2?

—Pon lo que quieras, pero menos en inglés. Es que me gusta cantar, eso quiero ser de grande: cantante.

Caifanes se escuchó en las bocinas y ella echó a perder la canción.

Entonces Allison tomó la palabra:

—Vengo de por allá de Zihuatanejo, allá tengo un novio europeo que luego viene a visitarme acá. Me trata bien. Me compra lo que yo quiera. Él me regaló un celular rosita. Nada más que el que nos cuida me lo quitó, dijo que eso no es para mujeres de mi edad. ¿Esto quieres que te cuente o algo más cachondo?

—Así está bien.

—Eres bien raro —y le dio una bocanada violenta al cigarro—. Bueno: pues a mi papá lo mataron y mi mamá está en la cárcel. Creo que se robó algo, no sé bien. Y como allá mis tíos me pegaban, pues mejor me vine para acá. Nomás terminé la primaria. Me gusta el color rojo y casi a diario el que nos cuida nos regala piedra.

Esa soy yo.

—¿Y vives en una casa, rentas un cuarto de hotel?

—Ahora me quedo en la casa del que nos cuida. Somos como siete y dos chamacos que

se la pasan fregando.

—¿Y pueden salir solas?

—Depende.

—¿De?

—Depende.

—¿Y a quién prefieres: gringos, canadienses o mexicanos?

—Depende. Me gustan los que tienen dinero. Una vez un gringo me llevó a Cancún como un mes. Allá está muy bonito, no sé si conozcas. Aquí, una pareja me llevó una semana a su casa, nomás para estar con ellos, dormirme en medio de los dos y nadar sin ropa. No sé si lo sepas, pero cada cliente es distinto —lo dijo como si hubiese descubierto la rueda.

—¿Qué es lo mejor y lo peor que te ha pasado en este negocio?

—Lo mejor es conocer gente de todos lados y que además de pagarte te regalan ropa o piedra. ¿Lo peor?

Cuando nos pega el que nos cuida.

—¿Les pega mucho?

—Nomás cuando anda drogado. En su juicio es muy bueno. ¿Cómo te diré? Es cariñoso. Jarocho me había dicho que no me excediera de la hora para no tener problemas y que dejara a Allison a un lado del bar Barbaroja, que ahí alguien la recogería. El plazo estaba por cumplirse. Allison se fue cuando Los Caifanes decían algo así como que “no dejáramos que nos comiera el diablo”. Cuando amaneció me largué de Acapulco, odiándolo.

Chicas Kalashnikov

Alejandro Almazán (originalmente publicada en Gatopardo)

UNO

Nos han dejado solos en el patio de la prisión, y lo primero que le pregunto a Yaretzi es cuánto cobraría por matarme. Ella me mira como se mira al muerto que no es de nadie, con el rostro impassible, de retablo, y luego, con ese aire de *femme fatal* que a cualquiera doblegaría, dice: "Vales lo mismo que toda la demás gente, nada". Parece que la chica goza herir con saña, pero aunque su voz sea suave tiene mucha autoridad. Hace unos siete años, cuando Yaretzi cumplió los dieciocho, adquirió cierta habilidad en una escuela militar: matar con pistola. Esas manos talentosas la llevaron a conocer al narco del pueblo. Un narco que, como Dios manda, recluta a quien tenga el valor suficiente para jalar un gatillo y la imperiosa necesidad de ganarse unos dólares. Él le enseñó otros trucos, como torturar, disparar ráfagas de coche a coche, secuestrar y desaparecer a las personas. Yaretzi iría por su muertito veintiséis, pero los guachos la arrestaron por traer dos cuernos de chivo en bandolera. Por eso estamos en el patio de esta cárcel, de cuya ubicación no debo acordarme.

Esta chica de estatura corta y moral alta empezó a matar al por mayor cuando se rompió el estricto orden que había alrededor de la muerte. Porque al menos aquí en Chihuahua, la muerte llegó a tener sentido antes de que Vicente Carrillo se uniera a los Zetas para acabar con el *Chapo* Guzmán. Antes, a uno le estallaban los sesos por perder un cargamento, por chivato o por no entender que la traición y el contrabando son cosas incompartidas. La colega que me ha acompañado a la prisión dice que aquéllos sí fueron buenos tiempos. Hoy, como más tarde me lo hará saber Yaretzi, ya no importan nombres

ni razones. "Los que *sicariamos* no necesitamos motivos", dirá y se echará para atrás esa cabellera negra y limpia que no perdona al viento. Matar por capricho, pensaré cuando esta artista de la muerte se marche a su celda, se ha vuelto el verbo favorito del México contemporáneo y la vida únicamente es el complemento para conseguirlo.

Pero eso sucederá hasta el final.

Por lo pronto, les cuento que Yaretzi llegó al patio de la prisión conducida por una custodia que se sentía más grande que las tinieblas. "Sólo quiero saber cómo funciona tu mundo", le dije a Yaretzi, y ella entendió que el tipo que tenía enfrente no había venido a visitarla para resolver los asesinatos. Aceptó y luego pidió una sola cosa, como si buscara la redención: "Debes escribir que creo en Dios y que estoy arrepentida". Así será. Pero primero hay que empezar cuando ella trabajaba para el Diablo.

DOS

Pon que me llamo Yaretzi, como mi amá. A ver si cuando lea la nota viene a visitarme la cabrona. Seguro les ha de estar diciendo a mis dos hijos que su madre, además de andar de puta, *sicarean*. Pero, te decía: los sicarios no nacemos, nos hacemos. Yo me hice en la escuela militar. ¡En serio! Salí de ahí con el corazón hecho piedra, odiando a toda la gente. Bien raro. Como que en esas escuelas te enseñan a no querer a nadie. Y como yo nunca fui de las que se quedaban en su casa, anduve en las calles y ahí encontré a mi patrón. Le sigo diciendo así, aunque ya lo mataron. Él me bautizó a la niña y, ya luego, me hizo al chamaco. Pinche abusón. Lo levantaron como al mes que tuve a Brandon. Según a la esposa le dijeron que lo *pozoliaron* vivo allá en Ciudad Cuauhtémoc. Yo por eso, si un día me levantan, espero ya estar muerta antes de que me torturen o me corten la cabeza. No quiero verles la cara a esos perros porque soy capaz de buscarlos en el infierno. Pero, te decía: yo no entré a este jale porque hayan matado a mi patrón. No. Fue por dinero. Los hombres *sicarean* por diversión, porque les divierte matar, les da un no sé qué que los hace sentir la cagada más grande. A la bestia. Las mujeres entramos por dinero. Al menos lo mío fue así. Eso de que andamos en este jale por amor es una mamada. Y te decía: yo empecé a los veinte años. Al principio *trapiaba*, limpiaba vómito y sangre. Luego fui mandadera y de ahí pasé a *cóndor* —el que ubica a los contras—. Después fui *lince* —el que levanta y tortura— y de ahí me pusieron a *sicariar*. Así estuvo el rollo, bato. Desde entonces me puse a matar.

Más tarde, cuando regrese al hotel, leeré al escritor Paul Medrano:

La diferencia entre el hombre que mata y el que no se atreve es mínima, imperceptible. Porque en esencia todos llevamos el espíritu criminal adentro, escondido a fuerza de educación, amistad y un amorfo sentimiento de justicia. Mas en ocasiones se vuelve incontenible y se libera de su enclenque encierro para regresarse por todas las venas. Caliente y sublime. Eso es lo que da valor para jalar el gatillo. Ésa es la diferencia.

TRES

Apenas ayer por la noche, en un restaurante de Ciudad Juárez, la *Güera* quiso ser mi Marco Polo en el mundo del sicariato de lápiz labial.

Llegó haciendo ruido con sus tacones como si hubiese querido dejar huella. La mujer era tan guapa que inspiraba pensamientos indebidos. Tal vez sea cierta su leyenda: los hombres nacieron para adorarla. Olía, vestía y desparramaba Ed Hardy como toda *chicaedhardyzada*. "Soy la *Güera*, la sicaria", se presentó con ínfulas de "Camelia la Texana", y yo le creí a esta hembra de corazón porque sus uñas, largas y brillantes, eran una especie de navajas suizas.

Amado Carrillo, el Tony Soprano de Chihuahua y virtuoso de la muerte, tuvo un caballo al que llamó *Silencio*, y eso era lo que la *Güera* menos guardaba. *Blofeaba*. Decía que dormía con un Kaláshnikov debajo de su almohada y llegó a contar una estafalaria historia sólo para remachar que los días de matar le sabían ya a aceite quemado. No porque le desagradara ser pistolera, pero como ocurre con la cerveza, después de mucha, fastidia.

En el tren de confesiones, sin embargo, la *Güera* aceptó que en los últimos veinte minutos se había inventado una vida. Su trabajo en el cártel era otro, no menos arriesgado: coquetearle a los narcos rivales; saber todo de ellos, nunca contar nada sobre ella y entregarlos al jefe para que les arrancara los dedos, les cortara los testículos y les agujereara la cabeza.

Algunos narquillos que han sido arrestados han dicho que estas modernas *Mataharissalieron* de los huevos de la Línea, esos pistoleros del Cártel de Juárez que han estado usando la estrategia más vieja para conservar la plaza: matar a los contras. Hoy se sabe que el Cártel de Sinaloa tampoco ha dejado fuera a las mujeres de su plan empresarial. Los narcos de esta última década han entendido que hay mucha gente por matar y necesitan manos que estén dispuestas.

Los Artistas Asesinos, los Aztecas, los Mexicles, la *Güera* y tantos más de sangre fría son parte de esa mano de obra barata. A la *Güera*, a diferencia de estas tres bandas, no le gusta decir para qué cártel trabaja. Al principio, por el desprecio con que llegó a referirse del *Chapo* Guzmán, pensé que su santo patrono era Vicente Carrillo. Pero a Vicente también maldijo y pidió a la Santa Muerte que el *Chapo*, su paisano, conquistara este país de muertos.

Con quien sea para quien trabaje, la *Güera* ha puesto su gotita de sangre para que 29% de las ejecuciones en México sucedan en este estado. Podría decirse que esta linda chica ha enrojecido lo suficiente al río Bravo para que la diabetes, la vieja líder, haya sido superada por el asesinato como causa principal de muerte en Chihuahua.

La *Güera*, por ejemplo, entregó al cártel a un policía que en la cama solía prometerle amor infinito. A otro, un narcomenudista, le soportó golpes y el sexo más salvaje, todo para llevarlo a una casa de seguridad donde lo torturaron hasta que lo decapitaron con una motosierra. También tuvo que flirtear con un gordo de aliento insecticida que lavaba dinero para los rivales. "A ése lo *pozolieron*", dijo la *Güera* con una indiferencia de reptil, y yo imaginé al tipo metido de cabeza en un tambo con ácido, pataleando.

—¿Y a poco no sueñas con toda esa gente que has entregado al matadero? —le pregunté, y ella tamborileó las uñas sobre la mesa.

—Si lo hiciera, me tragaría el remordimiento —contestó y soltó una sonrisa con la que hubiese sido capaz de sentar al *Chapo* y a Vicente Carrillo para hacer las paces—. No me estoy riendo de ti —advirtió con suavidad—, es que orita me acordé de un hijo de la chingada.

Ese hijo de la chingada que le alebrestaba las entrañas era un matoncillo que, al parecer, no quería ni a su madre. Todo el día andaba hasta las cejas de cocaína y mataba a la misma velocidad con la que hablaba. Se vendió al otro cártel y, para comprarse vida, se fue a esconder a una ranchería de Parral. Allá lo encontró la *Güera*, en una cantina. "Me costó trabajo entregarlo porque el bato siempre andaba armado y escoltado", me dijo la *Güera*. "Tuve que acostarme con él todo un pinche mes", reprochó, y después contó que al tipo lo descuartizaron y que a dos de sus escoltas los quemaron. "A éstos, luego que los levantaron, les echaron gasolina y los prendieron vivos".

Debo confesar que todavía sigo sin entender qué parte de este crimen llevó a la *Güera* a sonreír.

CUATRO

a) Marta se pincha las venas y muchas voces brillantes le hablan todo el tiempo. En uno de esos delirios, escucha: en este país puedes matar a quien quieras, al cabo no pasa nada; anda, agarra el cuerno de chivo y escoge.

b) Marta lleva días en busca de una oportunidad. "Quiero ser sicaria", les dice a sus jefes y uno de ellos le advierte: "En este jale sólo hay dos cosas seguras: no debes confiar en nadie y tú también serás asesinada". Ella lo va a pensar mejor.

c) Marta se entera de que su padre ha muerto por un infarto y en vez de ir al funeral, va a la casa y le roba dinero a su mamá. Sabe que, tarde o temprano, cerrará la carpintería que forjaron sus padres, que se acabará la clase media y que ella no tendrá cómo comprar la droga. Chingue a su madre, qué tanto es tantito. "Jefe: le quiero jalar al fogón". "Primero acompaña a la clicca y luego vemos". Marta ha estado esperando ese día, y ese día ha llegado.

d) Marta y un grupo de pistoleros levantan a una soplona en el centro de Ciudad Juárez. Quienes vieron cómo arrastraron a la vieja de las greñas y cómo la treparon a un camionetón bárbaro olvidarán pronto el crimen, porque Juárez, y todo México, no sólo se borra la vida, también la memoria, y quienes recuerdan no salen vivos de la historia.

e) Marta azuza a sus amigos con una voz cargada de entusiasmo: "¡Hay que quemarla!". La soplona va amordazada y la música sale a chorros por la ventana.

f) Marta escucha al jefe del escuadrón de la muerte: "¿Quieres quebrarla, morra?". "Simón, no hay pedo", contesta e infla el pecho como un gallo. Ella sabe, como se lo dijo un chamán, que los asesinatos son meras compensaciones para equilibrar al universo.

g) Marta va a matar a la soplona, pero tiene un dilema: ¿martillo o la nueve milímetros?

h) Marta escoge el martillo y le rompe la cabeza a la vieja. Luego mira a su jefe como quien se quita un peso de encima.

i) Marta siente chingón, sabe lo que es la adrenalina.

j) Marta me explica: "Tu primera muerte es como tu primera cogida, no la olvidas. Y hasta ese momento es cuando sabes si sientes culpa o no, y como yo no sentí ni madres, le agradecí a la Santa Muerte haberme permitido matar a esa pinche soplona".

k) Marta no tenía nada personal en contra de la narcomenudista. Ni siquiera la conocía. Tampoco le vio la cara. "Cuando matas no tienes que ver al difunto, porque se te queda y puedes volverte loco".

l) Marta quiere recalcar algo antes de continuar: la Santa Muerte es su guía. Dice que esa calavera de dentadura maltrecha se lleva a ricos y pobres por igual, y que por eso cree en ella. Ahorita le tiene prendida una veladora negra porque necesita fuerza y poder. Después le pondrá una amarilla, para la buena suerte.

m) Marta me enseña a la Santa, tatuada en su espalda como una barda publicitaria.

n) Marta tiene que ir a la celda de enfrente. Está enganchada a la cocaína y necesita esnifar su dosis del almuerzo. Ese hábito se está llevando lo mejor de ella.

CINCO

Llegas a aquella pira de llantas y lo primero que ves incendiándose es la cabeza de tu hermano. Quienes lo asesinaron no se han conformado con decapitarlo. Entonces terminas empotrada a la tierra y lloras como si quisieras llorarle para siempre. Tú se lo advertiste: "No te metas, estás muy morro y las armas las maneja el Diablo". "Pero tengo güevos", te contestó. "Aquí no hay que tener güevos, sino odio por la gente", le dijiste, y a él le importó un carajo tu consejo. Ahora está muerto, partido en dos, y tú acordándote, sabe por qué, de aquella narcomenudista, la que mataste para graduarte como sicaria. Fue cuando tenías veintiún años. Acuérdate, Yaretzi. Fue el mero día de las madres. Desde que la viste treparse a su carro la querías matar. Esa vieja fue la que anduvo diciendo en el barrio que tú eras una puta y todos, hasta tu marido, le creyeron. Ella, siempre lo dices, arruinó tu vida. Si un día hasta te aventó a la policía. Y mira lo que fueron las cosas: te ordenaron matarla. La vieja ya había sido advertida que no vendiera drogas del otro cártel, y aun así se arriesgó. Tú sólo cumpliste órdenes.

Yaretzi se anima de repente e imita el sonido del cuerno. Tatatatatá. La narcomenudista vuelve a ser cosida a balazos esta tarde de diciembre, y Yaretzi me dice que todavía hoy sueña con la vieja.

—¿Y cómo la sueñas?

Sin ojos, gritando que ojalá me muera. Pero otras veces me suplica la cabrona, me dice

que la mate rápido, con el cuerno, así como la quebré.

Los siguientes minutos, Yaretzi hablará de sus alucinaciones. Ora alguien la jala del cuello. Ora la pavón negra que le regaló su hermano cobra vida y le ordena matar al padrastro. "Cuando estés disparándole le recuerdas al cabrón que la hija que tienes es suya". Ora le mueven las cosas de su celda. Y ora una voz, que parece barritar, se le sube a los oídos. "Ésos han de ser los gritos del último hombre que maté a balazos".

SEIS

En menos de una hora, la Güera habló de muchas cosas: de la camioneta 4x4 en la que anda por Juárez como si fuera un tiburón con el hocico abierto. De lo barata y pura que es la droga en Chihuahua. Que los desaparecidos son tantos y por eso todas las cifras son conjeturas. "50n un (hjin60 105 mu3r705 qu3 y4 n0 (4b3n 3n 105 núm3r05", dijo y casi se oyó cómo cambiaba las letras por números. Dio a entender que la violencia creció a la par de los gobernantes corruptos. Habló del día que su primo mató a la novia a golpes, de los sicarios que van al hospital a visitar pacientes heridos para terminar su trabajo, del tío que es cantante y de las ganas que tenía ella de ser actriz. También dijo que los mil dólares que el cártel le paga al mes los invierte en cosméticos, ropa y tangas.

—Poca plata para mucho riesgo —le dije cuando terminó su perorata didáctica.

—Sí, pero mi novio me compra todo.

—¿Es narco?

—Comandante, pero es lo mismo.

—¿Y qué es lo mejor que te ha comprado?

—Las chichis. Se miran bien, ¿no?

La Güera se tocó los senos. No pude contradecirla.

—¿Cuando te miras al espejo, a quién ves?

Ella se recogió el pelo, torció la boca y ya luego contestó:

—Haces preguntas bien raras.

Segundos después, el mesero trajo los cortes de carne y la Güera comió como si hubiera recién bajado de la luna. Se dio tiempo, eso sí, para enumerar a la clase de gente que ha seducido para luego entregarla a los sicarios que no perdonan nada. En su mayoría eran encargados de las plazas.

—No entiendo —le dije—, ¿cómo le haces para que no te identifiquen? Has de ser una mujer muy mencionada entre la *malindranada*.

—Siempre cae uno. Acuérdate que los hombres piensan con el pene.

Entonces la Güera agarró su bolso Ed Hardy y se marchó. Por eso no volverá a aparecer en esta historia.

Se fue caminando con la seguridad de las cabras en el monte.

SIETE

Chihuahua es una de las siete maravillas del mundo moderno. Y si no, debería serlo: es un bife bien cocido de casi 248 mil kilómetros cuadrados en el que no para de escurrir la sangre. Cada día, desde diciembre de 2006, siete personas son asesinadas; tres o cuatro de ellas, según el humor de los narcos, ocurren en Ciudad Juárez. La nota roja ha caído en frases sin sujeto por verbos y predicados muertos. El periodista Charles Bowden dice que en Chihuahua "la gente puede convivir con los asesinatos y saber que las personas desaparecen a plena luz del día y seguir tan campante diciendo: bueno, eran malas personas". En Chihuahua la violencia arrecia. *Tin Tan* se debe estar revolcando en su tumba por ver a su tierra adoptiva convertida en una máquina de la muerte.

Pero ya me desvié. Yo vine aquí a contarles sobre las chicas Kaláshnikov.

OCHO

Yo he muerto dos veces. (Yaretzi se jala la camiseta y me muestra un agujero en el hombro. Dice que tiene otro en la espalda). Es verdad. Los tiros ni se sienten, pero qué frío te da. Parece como si fueras de hielo o no sé de qué. Y luego se te va la fuerza, así andas como un pinche muñeco de alambre. Pero eso no se compara cuando te levantan y te torturan. Ahí sí le pides a Dios que ya te mueras. Eso de que torturen es el peor de los dolores. Muchos que han levantado debían dinero, y justo ese día que los levantan andan vendiendo hasta su madre. Yo no. Yo no les ofrecí nada a los cabrones que me levantaron. Yo nomás me dejé llevar. Creo que me violaron todos, los cuatro cabrones que eran. (Yaretzi mira hacia el piso, como si quisiera agarrarse a un punto. Un rato después dirá que aquel día, cuando abusaron de ella y le arrancaron dos uñas, fue cuando encontró a Dios). Lo vi cuando ya nomás miraba todo blanco, blanco. Era Dios. No pongas esa cara, pero allá tú si no me crees. De pronto abrí los ojos y el bato que me cuidaba estaba bien dormido, bien drogado. Y no me preguntes cómo, pero Dios me dio fuerza para desamarrarme y corrí, corrí como pinche loca y no me detuve. Yo le he dicho a Dios que cuando salga de aquí, nomás voy a matar a los que me levantaron y me retiro de este jale.

—¿Es posible dejar al cártel? —le pregunto.

—No. De ahí no sales si no es con las patas por delante.

—¿Entonces cómo te vas a retirar?

—No sé. Pero Dios me hará libre.

Yaretzi va a su celda. Regresará con una desmadrada Biblia y me señalará su salmo preferido. "No temas, porque yo estoy contigo. Siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia. Isaías 41:10".

Órale.

NUEVE

A veces, sin saberlo, uno va en curso de colisión y no puede hacer nada por cambiarlo.

Malandrín 1, el encargado de cobrar las extorsiones en la parte centro de Juárez, tuvo que ir a Ojinaga para vigilar un cargamento porque a Malandrín 2, el que debía hacerlo, lo

habían ejecutado la noche anterior. Mientras Malandrín 1 llegaba a Ojinaga, acá en Juárez el jefe reacomodaba a su gente. A Marta le tocó reemplazar a Malandrín 1 y ella reclamó: "Pero yo soy sicaria, no la chingues". Él, acostumbrado a mandar, le dijo a Marta que no la hiciera de pedo. "Es nomás esta semana", fue irreductible. El jefe le ordenó que primero le cobrara la renta a un vendedor de ropa, con quien tenía viejas rencillas, y luego se largó a la cantina de siempre. Mientras el jefe pedía su whisky dieciocho años, Marta iba manejando y mentaba madres. Ella ya había matado a tres y ahora la habían reducido a una especie de abonero *tacuachón*. "Está bien, lo haré — pensó—. Pero lo voy a hacer a mi manera". Y su manera fue empezar por los negocios que le quedaban de paso por el Eje Juan Gabriel. Al vendedor de ropa lo iría a ver hasta el final, nada más para hacer renegar al jefe. Antes, sin embargo, pararía a comer.

¿Y si sólo algo hubiera sido diferente?

Si Marta no hubiera ido a esos tacos de asada o le hubiese hecho caso al jefe; si a Malandrín 2 no lo hubieran asesinado y el jefe no hubiese sustituido a Malandrín 1 con Marta, seguro ella seguiría en las calles con su cuerno de chivo y la veintidós. Pero así como es la vida, por una serie de incidentes encontrados que nadie puede controlar, Marta llegó a un restaurante a cobrar la extorsión y le cayeron los militares.

"Esos pinches guachos me pegaron machín —me dice Marta—. Aquí los guachos están comprados por el *Chapo* y nos chingan a los contras". Como nadie corroboró la historia, no tuve más remedio que creerle.

DIEZ

Yaretzi habla de las armas como Mijaíl Kaláshnikov hablaría del AK-47.

La cinco punto siete: a ésa le llamamos por acá la *matacholos*; tú la has de conocer como la *matapolicías* o la *faiv seven*. No hay chaleco antibalas o troca blindada que la derrote. Dicen que la inventaron en Bélgica, pero yo digo que ésa fue idea del Diablo. No patalea y eso te da precisión. Anda muy de moda entre la clicca.

La treinta y ocho súper: con ésa le revientas la cabeza a cualquiera en medio segundo. La bala sale con un chingo de presión. A mí no me gusta porque pierdes tiempo en la recarga. Nomás una vez la usé para matar a un bato al que el jefe le bajó su novia.

La cuarenta y cinco: es muy práctica, pero siempre que sea Colt. Las otras luego se te disparan solas.

El erre: a ése le puedes poner hasta un *lanzapapas* (lanza granadas). Su bronca es que patalea mucho y te duele machín el brazo. Es mejor el Fal. Calibre tres ochenta. Pura sangre.

Y el cuerno de chivo: es mi favorito. Con un cuerno hasta a un elefante lo partes en dos y un niño puede dispararlo porque no se atasca. Aunque se llene de lodo, el cuerno te responde. Yo traía dos el día que me arrestaron. Eran Norinco y estaban bien chingones. Los dos me salieron en veintisiete mil pesos.

Yaretzi dice que tiene la misma puntería con una .22 que con un cuerno. Jura que sabe usar el *lanzapapas* y que desarma un erre en menos de un minuto. El director del penal, un tipo mitad terco y mitad vale madre, me había dicho que Yaretzi disparaba como si fuera un sexto sentido.

ONCE

Marta, la del rostro de niño. La que estudiaba administración de empresas. La fanática de los dulces de tamarindo. La que extraña a su novia. La que juró dar la vida por su clica. La que cuida a una doña de cara grande, como de catedral, que cayó en la cárcel por traficar coca. La que nació zurda hace veinte años. La que escucha los corridos del Chalino y de otros cantantes, en los que las historias dejen un halo de pólvora. La que no come verduras y pide la carne casi cruda. Esa misma Marta ya quiere terminar nuestra plática.

—Déjame preguntar algo más —le digo y ella acepta con un cigarro de por medio—.

¿Odias a Ciudad Juárez?

—No —responde a quemarropa—. Es mi ciudad y la quiero.

—No lo tomes a mal, no soy sacerdote ni ministerio público y no me interesa escribir un libro de autoayuda, pero, ¿entonces por qué te has esmerado en destruirla con los asesinatos?

Marta se mira avergonzada. Se lleva el cigarro a la boca y aguanta el humo en los pulmones como cuando fuma mariguana.

—No me había puesto a pensar eso —dice al soltar el humo—. Pero de que lloren en mi casa, mejor en la de ellos.

—Pero está muriendo mucha gente que nada tenía que ver con el narco, mucha gente inocente.

—Aquí no hay inocentes. Todos los muertos algo han hecho.

Yaretzi me dijo algo parecido: es gente de la droga matando a gente de la droga. Me rehúso a creerles.

—¿Y qué vas a hacer cuando salgas de la cárcel, Marta?

—Lo que venga.

—¿Seguirás en el narco?

—Lo que venga.

Marta es la prueba de que existe una resistencia humana natural a abandonar toda una vida y empezar en otro lugar.

DOCE

Yaretzi no fuma y nunca se ha drogado. No conoce al *Chapo* Guzmán ni a Vicente Carrillo ni a Heriberto Lazcano; sólo trata con capos segundones. No le gusta usar adornos. No soporta la hipocresía. No sonrío; dice que la muerte le chupó la risa. No le atraen los tatuajes. No ha vuelto a ver a su padrastro desde que la embarazó. No ha perdonado a los asesinos de su hermano, y tampoco recuerda el nombre de los que ella ha

matado. Eso sí: se acuerda de las moscas que salían de aquellos difuntos, está segura que tanta matazón empezó cuando el *Chapo* rompió el pacto con Vicente Carrillo y cree que hay vida después de la muerte.

Nunca tienes tiempo para pensar en los asesinatos. Haz de cuenta que desconectas tu cabeza. Tú nomás sigues órdenes, como un trabajo más. ¿O a poco tú te mandas solo? Pos es lo mismo en este jale. Y como todo trabajo debes echarle ganas. Estar al cien. Si te drogas o te confías, terminas con un balazo en la frente. También por eso hay mucho muerto aquí en Chihuahua, porque los batos andan todo el día en la loquera y hacen pendejadas. Por eso mataron a los morros de Salvarcar, porque la clicla andaba bien drogada. Dicen que su jefe ya los *pozolió*. Estar al cien. Ésa es la clave para *seguirsicariando*. Yo eso hice. Si me hirieron una vez fue porque los de *mi patrulla* venían *pisteando* y no se pararon en el retén. Estar al cien. Estar al cien.

—Matas, ¿y luego?

—Nada —dice Yaretzi—, no sientes nada. Hemos gente así.

—¿Alguna vez has pensado que ya deberías estar muerta?

—Cómo no. Yo creo que es lo único que te sorprende en este jale: seguir vivo.

—¿Qué te espera cuando llegue tu hora?

—El infierno. Y no creas, me da culo. Yo sé que he sido mala, pero Dios perdona hasta al más hijo de la chingada. Aquí en la cárcel me he acercado más a él. Le rezo todas las noches. Yo no necesito de la Santa Muerte o de Malverde, éstos nomás son intermediarios.

—¿Y lloras?

—Todavía no mucho, pero ai la llevo.

—Leí que Chihuahua es uno de esos lugares donde estar limpio no tiene sentido. ¿Tú crees que es cierto?

—¿Cómo?, no te entendí.

—Que más vale andar chueco que derecho.

—Pos es que aquí ser chueco es estar derecho.

—¿Y son mejores las sicarias que los gatilleros?

—Es que los hombres son muy arrebatados, para todo quieren disparar y eso enoja a los jefes. Las mujeres como que la pensamos más y eso también es el valor.

—¿Alguna vez se te ha quedado en la ropa el olor de un muerto?

—Varias. ¿Y sabes a qué hueles? A azufre. Es un olor como el que amanece los 16 de septiembre, después de tanta tronadera de cuetes.

—¿En el cártel para el que trabajas, hay mujeres que enamoran y entregan a los contras?

—Sí, anda de moda eso. Son morras bonitas. Son anclas. Pero más vale ser sicaria que andar de puta, ¿no?

—¿Tú sabes cuándo se va a acabar esta guerra?

—Sí: nunca. El narco es dinero y todos lo quieren.

—¿Alguna vez has decapitado?

—Nunca. Eso está bien *saico*.

—Pero lo hace el cártel con el que trabajas, ¿no?

—Sí, pero nomás es como para impresionar, para hacer sentir miedo.

—¿Tú has tenido miedo?

—Nomás esa vez que me levantaron, hasta se me secó un riñón.

—¿Cómo que se te secó?

—Pos así nomás.

—¿Cuánto te paga el cártel?

—Me daba quince mil por quincena.

—¿Quince mil?

—Y estaba a punto de que me dieran treinta y dos mil.

—Mucho dinero.

—Por eso entré a este jale, ya te dije.

—Has de vivir bien, ¿no?

—No te creas. He estado ahorrando el dinero para mis hijos. Yo sí quiero que estudien, que sean alguien en la vida. Ellos todavía están chicos y no saben a lo que me dedico. De pérdida que si un día se enteran, que me perdonen viendo que no me gasté el dinero.

—Al principio dijiste que mi vida valía igual que todas: nada, pero te pagan bien.

Entonces sí hemos de valer algo, ¿no?

—Pos a mí no me pagan por muerto sino por día. Y si al día me pagan mil pesos, quítale quinientos que ahorro, los doscientos o trescientos de la tragadera, los cien de la gasolina. O sea: el muerto vale las balas que le metas y aquí nos las venden a diez pesos.

Por eso la vida, en estos tiempos, desaparece igual que el ruido del disparo.\\

Carta desde Durango

Alejandro Almazán (originalmente publicada en Gatopardo)

1

Las moscas que atraen los doscientos treinta y ocho cadáveres vuelan alrededor de nuestros rostros. El forense las maldice e intenta ahuyentarlas. Falla. Están hambrientas y no dejarán pasar aquel festín de carne podrida. Frente al olor tampoco lograremos mucho. Parece no haber tapabocas que contenga esa miasma que espanta, que desfonda. En algún momento le diré al forense que me siento pesado como si fuera uno de esos muertos que, desde abril, empezaron a brotar del subsuelo, quizá buscando su nombre, quizá buscando quién les rece un rosario. Él, con esa cara trabajada de quien ha asumido que la vida y la muerte no están en sus manos, apenas hace un guiño y se trepa a una de las dos cajas refrigeradas del tráiler donde la policía arrumbó a los difuntos como reses en carnicería. "Orita van a venir por éste", me dice y abre ligeramente el costal. Yo sólo veo un esqueleto pelado por los gusanos.

Más tarde, por el forense y un pariente del difunto, sabré que era sicario; que lo reconocieron por el trozo de tatuaje que seguía aferrado a los restos de espalda y que,

ironías de esta pinche vida, le gustaban las películas de balazos, y que a él lo enterraron en la fosa que encontraron en las calles de Mario Almada y Valentín Trujillo.

Al que se llevaron más temprano, antes de que la tierra pareciera luchar para que no le cayera encima el brutal sol, fue a Efraín Gamboa. Su padre fue secuestrado en Santiago Papasquiaro, su pueblo, y él se vino a Durango para pagar el rescate. Les habían pedido cien mil pesos y hasta las dos vacas que tenían. Dio con los secuestradores, pero éstos ya habían matado a su padre. Efraín todavía habló con su mamá, sólo para despedirse, y ya luego, por lo que vio el forense, lo torturaron, le arrancaron las uñas de las manos y lo asfixiaron. Tenía treinta y un años.

Cuando el forense baje rebotando al que fue sicario y se lo lleve para bañarlo en formol, la jaqueca ya me habrá orillado al vómito. Tendré que irme, pero el olor se me quedará pegado en la ropa y el pelo. No recordaré el nombre de los muertos, pero sí el zumbido de las moscas. Y cuando tome carretera comprenderé que si el infierno existe, el estacionamiento de la fiscalía de Durango ha de ser una de sus estaciones.

2

CABINA DE RADIO. POR LA MAÑANA

La conductora se echa para atrás el cabello con una sola mano y pregunta a sus radioescuchas cómo les fue en Semana Santa. Ella empieza a contar sus andanzas por una playa sinaloense, pero el productor la interrumpe. La mira a través del cristal y forma con los dedos una especie de teléfono. Hay una llamada del público.

CONDUCTORA

Buenos dí...

SEÑORA (VOZ EN OFF, LLORANDO)

¡Me mataron a mi hijo, señorita! No puedo decirle mi nombre, pero me lo mataron... Tenía doce años.

A la conductora no le alcanza la voz siquiera para la primera sílaba. La señora, en cambio, hila muchas palabras con poco aire.

SEÑORA

Vivo en Poanas, señorita, por el pueblo de La Ochoa. Hace dos días los Zetas se llevaron a mi hijo... Se lo llevaron pa'cerlo pistolero... Yo digo que mi chamaco no quiso meterse a eso porque lo torturaron, lo vistieron como niña y me lo rafaguieron. Ojalá me escuche la gente del *Chapo* y venga a ayudarnos.

FONDO NEGRO

Le pregunto a un colega si lo que acaba de contarme la propia conductora es real o simplemente forma parte del guión de una burda película. Él, con actitud zen, dice que la mitad de la historia es verdad, y que la otra también. De hecho, una vez que termine de darle un trago al café, me platicará del viaje que, en abril pasado, él hizo a lo que pareciera el culo del mundo.

En el trabajo me mandaron a Poanas porque el caso de ese niño no era el único. Días antes, en un lugar que allá llaman La Cueva de los Malos, pegadito al Calabazal, Zacatecas, los narcos habían sacado de sus casas a varios niños. Un bato que conozco, uno que es halcón, vigilante pues, me dijo que a los niños les ofrecieron mil pesos al día a cambio de trabajar como sicarios. También me contó que los drogaron, que los golpearon, y hasta los obligaron a masturbarse. Al final, dieciséis se aferraron a hacer el bien y los mataron en paredón. Es hora de que las autoridades de Durango niegan los hechos, pero la procuraduría de Zacatecas luego, luego los aceptó. Se me olvidó decirte que a todos los niños les pusieron faldas y les pintaron los labios, dizque por cobardes, dizque para el escarmiento. Yo no publiqué nada. Me dio miedo, la verdad. Y ya sabes lo que dicen por ahí: que el miedo es el mejor de los candados.

3

Antes de seguir recolectando historias, necesito que alguien me explique qué diablos está pasando con los muertos y con los vivos en Durango. Por qué los narcos se han aferrado en conservar el monopolio de la violencia. ¿Acaso no han leído a Fernando Vallejo?: "Si la tuvieran grande no matarían porque la gente de tanto aplauso les habría mitigado los rencores". Necesito saber cuándo se rompió el dulce orden que tenía la muerte. Quién amamanta a los cárteles. De dónde salen tantos cadáveres abandonados con las manos atadas a la espalda y una bala en la cabeza. O cómo es posible que la gente pueda convivir con los asesinatos y siga creyendo que es muy normal que las personas desaparezcan en pleno día.

Un sicario será mi Cristóbal Colón en la tierra de Pancho Villa.

Quizá padezca una enfermedad terminal y le urja redimirse. O quizá sólo quiera ser escuchado antes de largarse de Durango. Lo cierto es que un amigo lo ha convencido para verlo en la central de autobuses. El sicario me pide que nada de nombres ni descripciones. No creo faltar a mi palabra si digo que el tipo arrastra las palabras como si hubiera tragado pegamento o que es el clásico matoncillo que cree que la crueldad es una maravilla inagotable.

El desmadre en la capital empezó porque los Emes se dividieron. Del Eme 11 al Eme 18 ya no les gustó que el *Chapo* Guzmán fuera su jefe. Entonces les valió madre secuestrar, extorsionar, matar al por mayor y enterrar a la raza en las fosas junto a los pinchis Zetas.

(En ese momento me pregunto: ¿entonces los Emes son los responsables de que, en los últimos tres años, el secuestro en Durango haya crecido dos mil trescientos por ciento? ¿Deberían ser premiados como Los Hombres del Año? ¿Ellos colaboraron con su gotita de sangre para que, hasta mediados de junio, vayan seiscientos veintidós ejecutados, sin contar los doscientos treinta y ocho muertos encontrados en siete fosas? ¿Sólo de ellos es la culpa de que el número de desaparecidos sea una cifra resbalosa que oscile entre sesenta y cuatrocientos? Sigo escuchando al sicario.)

Déjame decirte que yo nomás obedecí órdenes. Que hay que levantar a éste, que hay que

cortarle la cabeza a ese otro, que hay que despellejar a tal cabrón. ¿Sabes cómo se despelleja rápido? Pones a hervir aceite, se lo echas al bato, lo bañas de sal y, a los diez minutos, con una tarjeta de teléfono le raspas la piel y solita se cai. Haciendo cuentas, yo creo que de cada diez que levantábamos, uno nomás la libraba. Pero te decía. Del Eme 11 hasta el Eme 18 habían sido Zetas, y pos el pasado de uno no se olvida. Ellos se creyeron la cagada más grande y revolviéron la ciudad. Orita ya no tanto, pero hacían lo que querían porque compraron a todos los policías, a casi todos los federales, a varios militares y a un chingo de funcionarios. Por eso orita muchos de éstos se andan amparando, porque están más metidos que la chingada. Si hasta yo me acuerdo que cuando íbamos a los *taibols* nos escoltaban todos esos cabrones. Hubo veces que nos ayudaron a desaparecer gente. Pero te decía. Los meros buenos del *Chapo* en Durango le mandaron decir al M11 que se calmara y calmara a los otros, que la bronca era contra los Zetas. Pero les valió madres. Entonces de Sinaloa llegaron los Ántrax y en eso andan orita, en la limpia de traidores. Por eso han matado a un madral de polis (treinta y tres, hasta ahora). Por eso las matazonas en el penal, aunque el gobierno diga que nomás se han muerto dos porque no le conviene decir que han sido como sesenta. Tampoco han dicho nada sobre el *Jonás*, el sicario más cabrón de los Emes. Ya lo mataron. Ese wey tenía veinticinco años y estaba reloco. Me acuerdo que un día apostó con Eme para ver quién era más salvaje. Cada uno debía irle cortando lo que quisiera a un wey que levantaron. Vivo, ¿eh? Y pos ganó el *Jonás*. El Eme se desmayó. Pero, bueno, pa' no enredarte tanto, los Ántrax vienen con la consigna de chingarse a los Emes. Algunos ya pidieron tregua y ora van a trabajar pa' la Gente Nueva. Los Emes que quedan no tardan en matarlos. Yo digo que deberían apurarse porque los Zetas ya controlan todos los municipios pegados a la capital. Y esto se va a poner más cabrón.

(Sin proponérselo, el sicario me ha contado ese México donde la guerra es por el control de las drogas, donde las policías y el ejército están luchando, pero por conseguir su tajada, donde uno no sabe quién es narco y quién es gobierno y donde matar parece un tanto divertido.)

4

RETÉN UNO

Dos religiosas y un sacerdote se ponen en manos de su dios para viajar a Tierras Coloradas. Van a sondear el camino. Si está despejado, avisarán al convoy compuesto por empleados de la Sedesol, del DIF y de algunas fundaciones que se arranquen, que no hay peligro. Si les sale un retén falso, calculan, no podrán robarles nada; la camioneta parece un enfermo de disnea y ellos no llevan más de trescientos pesos. Pero en las brechas se toparán con unos sicarios que, si no están drogados, al menos han perdido la razón. Bajan a las mujeres del auto y las violan mientras el sacerdote mira la escena con un pie encima de su rostro. El convoy cancela el viaje. Los tepehuanos se quedan sin comida, sin medicinas.

RETÉN DOS

Es de noche y en el pueblo de José María Morelos, mejor conocido como Chinacates, el supervisor de algunos Oxxo y sus tres amigos son detenidos por unos hombres que visten el uniforme militar. Los faros del auto le ayudan al supervisor a notar que los tipos usan tenis y traen cuernos de chivo. "¡Písale, písale, no son guachos!", le grita al conductor, y

éste acelera como si estuviera aplastando una serpiente. Las ráfagas detendrán al vehículo pocos metros adelante. El supervisor alcanza a abrir la puerta y se deja caer por el barranco. Se revisa el cuerpo. Las piernas, el pecho y los genitales no tienen nada, sólo miedo. Mucho miedo. La oscuridad le ayuda a perderse, no sin antes escuchar que alguien le grita: "¿Ónde te fuistes, cabrón?, ven pa' que veas cómo le sacamos los ojos a tus amigos". Llegará a la capital dos días después. Irá a su trabajo a contar que sus amigos están muertos y entregará su renuncia.

RETÉN TRES

Los Ortega, los Sarabia y los Leyva son diez niños y dos adolescentes que salen en una *pick-up* rumbo a Los Naranjos, municipio Pueblo Nuevo. Hoy, lunes 29 de marzo de 2010, la Sedesol les entregará a algunos de ellos los apoyos del programa Oportunidades. En el ejido El Aval, sin embargo, los detienen unos sicarios que se creen federales. Bajan a las mujeres. Hay confusión. Los más pequeños, de ocho y once años, se asustan y echan a correr. Los matones les disparan y lanzan granadas a la camioneta. Ninguno de los chicos saldrá vivo de la historia.

5

Mientras espero a Lucía frente a la Catedral, ahí donde las palomas se sienten las dueñas de la calle, leo al poeta duranguense Jesús Marín:

No señor sicario no me mate usted

Yo no quería estar en medio de sus balaceras

Pero tengo que vivir en esta ciudad

No señor sicario no sea usted tan cruel

No señor sicario no sea usted carbon

Le juro que no me vuelvo a entrometer en su fuego cruzado

Le juro que no vuelvo a detener sus balas perdidas con mi cuerpo

Le juro que no vuelvo a salir después de las ocho de la noche

Hace unas semanas, algo parecido le ocurrió a Lucía, sólo que a las nueve de la mañana.

Estaba ella en pleno bulevar Francisco Villa, esperando el camión que la acercara a su trabajo, cuando dos tipos bajaron de un auto y rafaguearon a otro que tampoco se veía que se dedicara a algo lícito. La historia hubiese terminado con aquel cadáver hecho un manojo de plomo y con Lucía tirada en el piso, llorando, con las piernas adoloridas por la tensión. Pero como en Durango los actos de uno nunca tienen consecuencias, los pistoleros encañonaron a Lucía. "¡No vi nada, no vi nada!", decía ella y cerraba los ojos con la esperanza de quedarse ciega. "¡Cállate o te reviento la cara!". Lucía pensó que iban a matarla y supo casi con certeza que no sería una muerte fácil. "Estás chula, cabrona; bájame el cierre y ya sabes qué hacer", dijo uno y el otro secundó: "¡Ándale, o te meto un balazo!". Lucía obedeció a punta de pistola. Nadie se detuvo a ayudarla.

Mensaje al celular: "Disculpa pero no iré, publica nomás lo que te contó mi amiga. Lucía".

6

El pasado 12 de mayo, al comandante Larralde lo llevaron al hospital San Jorge. No fue buena idea. Los asesinos tienen una capacidad nata de terminar su trabajo. Apenas dos horas antes, en la colonia Juan Lira, lo habían baleado, pero el pronóstico no le era tan desfavorable.

Uno de los médicos me cuenta que él estaba trabajando aquel día que los sicarios remataron al comandante Larralde. "Ha habido varios casos así", dice con el tono de quien habla de la muerte para sentirse vivo. "Nosotros y las enfermeras nomás nos tiramos al piso, es lo único que nos queda".

—¿Pero no le da miedo?

—Pos sí, pero qué hace uno. Hay que trabajar.

En el Hospital General también se han recibido visitas de sicarios que pasan a saludar a pacientes heridos.

Apenas el pasado 3 de marzo, en la madrugada, unos tipos vestidos de federales entraron al área de urgencias y rescataron a Alfredo Estrada, un matoncillo que los militares habían herido en un enfrentamiento.

—Llegaron con los rifles empuñados y nos dijeron que debían llevárselo porque el herido corría riesgo —me dice una enfermera.

—¿Pero nunca se dieron cuenta de que los tipos no eran federales?

—Cuando llegan armados, apuntándote, ¿les vas a preguntar algo? Pos no. Lo mismo hicimos hace como dos años cuando remataron a tres. Los sicarios llegaron echando lumbre, mataron a quien debían y se fueron como si nada. Éste es Durango, ¿o a poco no sabías?

7

Te voy a contar las cosas que pasan en donde vivo. Soy de El Salto y allá los sicarios son niños, niños flacos y desnutridos que se transforman en gigantes cuando agarran un cuerno de chivo. Se la pasan borrachos y viendo a quién joden. Hace poco fueron con un vecino, le tocaron la puerta y, apuntándole, le pidieron las llaves de su camioneta. Lo que el vecino no les pasó fue que hayan levantado a una de sus hijas y la hayan violado. El don fue a buscar a los de la Línea, porque allá en El Salto están todos los cárteles, y les pidió ayuda. Los de la Línea buscaron a esos morros y los desaparecieron. Quién sabe dónde los tiraron. Yo por eso, a veces, pienso que la única manera de poner fin a tanta salvajada es dejar que los narcos nos gobiernen.

(Quien habla es un profesor que hace algunas semanas pidió su cambio. Ya estaba harto de pagar cuota a los sicarios para que no le hicieran nada. Ya estaba harto de ver cabezas sobre los caminos. Ya estaba harto de que algunos de sus alumnos lo amenazaran si los reprobaba.)

Allá en El Salto ya no ves a nadie a las ocho de la noche. Sólo escuchas a las camionetas con la música a todo volumen. Hay noches que por los cerros miras fogatas. Y eso quiere

decir que están quemando a alguien. Allá sólo se habla de sicarios, mariguana, amapola, muerte y dinero.

Hablan de los acribillados que dejan a cada rato sobre la plaza. De los soldados que queman los plantíos y violan a las niñas. En resumen: El Salto es un pinchi pueblo absorbido por el narco donde quieren hacerte creer la necesidad de tanta muerte. Deberías ir. Allá uno se siente como esos pájaros perdidos que nomás están esperando que alguien los mate a resorterazos.

8

(Desempolvo una historia que sólo circuló en la clandestinidad.)

"¡Cávale, pinchi gordo!", le ordenaron a René, y uno de los sicarios, zeta a mucha honra, le soltó otro cachazo. "¡Cávale, hijo de la chingada, porque en ese agujero todavía no cabes!".

Aquella mañana, René se puso la gorra y se trepó a la Lobo doble cabina. Durante casi doscientos cuarenta kilómetros, René tocó puro corrido de esos enfermos, de los que venden la imagen de que los narcos están entrenados para servirle al diablo. Entonces, cerca de Gómez Palacio, un convoy se lo topó en la carretera, al pie de la zanja. "¡Párate, hijo de la chingada!", le gritó un tipo que, con el M16, estaba dispuesto a estallarle los sesos. René obedeció. Apenas estaba por bajar la ventanilla cuando le cayeron como en emboscada. "¡Pos qué hice?" "¡Cállate, cabrón!" Lo treparon a una 4x4 blindada y tomaron camino para despoblado. "¡Pinche gordo, qué güevos tienes pa' venir a meterte a nuestro territorio!". "¡No sé de qué hablan!", alcanzó a decir René antes de que un culatazo lo dejara sin aire. "Nomás que antes de que te matemos nos vas a decir dónde está el puto ése del *Chapo*." "¡Y yo qué voy a saber!" "No te hagas pendejo, hasta usas de las mismas gorras que ese cabrón".

René sabía del *Chapo* Guzmán lo que en una tierra fértil para los rumores se dice: que tiene un rancho en Santiago Papasquiaro, que tiene otro en Tamazula, que viaja seguido a la capital para cerrar restaurantes a su antojo y que allá en la sierra lo quieren mucho porque ayuda a los desamparados.

Eso les contó René a los Zetas, pero no le creyeron. "Éste no va a cantar, vamos a darle su tabliada", dijo uno de los sicarios, el más violento, y mortificó a René. Entonces lo llevaron a un árbol. Lo colgaron como si fuese una víbora y lo golpearon. "¡No hagas más largo tu sufrimiento, cabrón, de todos modos nos vas a decir y te va a llevar la verga!" "¡Se los juro por mi madre que me están confundiendo; ya les dije que yo vendo ropa, aquí está mi credencial!" "Eso dicen todos a los que les da culo".

Más golpes. "¿Te sientes muy chingón? A ver cómo te cae esta bañadita: bájenlo y métenlo al pozo". Después de un rato, alguien dijo: "Este cabrón está muy rejego". "¡Pos quítenle las uñas al puto; con esto canta a güevo!" René no cantaba. "¡Saliste bravo, hijo de la chingada!, pero orita vamos a ir por tu vieja y nos la vamos a coger".

Un zeta le añadió una raya más al miedo: "¡Antes de que se te acaben las fuerzas, cava tu hoyo, pinche gordo!". De una de las camionetas sacó una pala, se la dio a René y éste empezó a cavar. Hubo un momento en que los sicarios sacaron una *laptop* y hablaron por radio con algunos policías. Decían algo sobre René. Él quiso escuchar, pero un cachazo y un grito lo regresaron a su entierro: "¡Cávale, pinchi gordo!".

Todavía le faltaba un buen tramo por escarbar cuando uno de los matones le dijo: "Pinchi gordo, es tu día de suerte: no eres el wey que andamos buscando, pero neta que te pareces un chingo... Aliviánate, te vamos a llevar a tu troca pa' que veas que somos camaradas".

René se regresó a la ciudad de Durango como si luchara contra un cronómetro. En el camino tiró la gorra y los discos de corridos. Hoy tiene la cara cosida como si fuera pelota de béisbol.

9

A) La tarde del pasado domingo 20 de marzo, la mayoría de los reporteros que cubren la nota roja en la capital duranguense recibió en su teléfono un mensaje donde se le pedía ir a la Delegación Norte de Seguridad Pública. "Conferencia. Urgente". Cuando llegaron al lugar se toparon con que no había tal rueda de prensa y ni la policía les dio razón de quién les había mandado el mensaje. En eso estaban cuando entraron dos mujeres que dos días antes habían sido levantadas en un gimnasio. Venían molidas a golpes, desnudas del torso y con un par de advertencias escritas sobre sus espaldas. En una, los sicarios presumían tener buen corazón: "NOS RESPETARON LA VIDA X SER MUJERES X UNICA VEZ". Y en la otra justificaban su trabajo: "ESTO ME PASÓ X CONSEGUIR CASAS EN RENTA, PARA Q SE METAN SICARIOS ENEMIGOS DE LOS M'S".

Las mujeres rogaron a los reporteros que publicaran la nota. "Si no lo hacen, ora sí nos van a matar", dijo una de ellas, y abandonaron las oficinas de la policía sin levantar denuncia alguna.

Uno de esos reporteros caviló que debía publicar la nota, ya no tanto por las mujeres, sino por él, pues quien o quienes les habían mandado el mensaje para la conferencia seguramente estarían al pendiente. Entonces habló con su editor, pero éste le dijo que ya sabía que al asunto de la violencia habría que bajarle. "¿O a poco quieres recibir amenazas?", le dijo, aunque atrás de esas palabras, en realidad, estaba un "¿a poco quieres que el gobierno nos quite la publicidad?".

Al final, por si las dudas, el reportero mandó la información al famoso Blog del Narco.

B) Por la radio, el camarógrafo escuchó que había unos muertos por la carretera a la Ferrería. A él, que parece no tener sueño desde hace años, no le importó que fueran las tres de la mañana del pasado 23 mayo. Agarró su cámara y alcanzó a los tránsitos para estar más cerca de la acción.

Cuando llegaron al lugar donde habían reportado a los asesinados, unos sicarios trepados en cuatro camionetas emboscaron a los policías y les dispararon. La agente Elizabeth

Escobedo, de treinta y cinco años, murió al instante. Otros cuatro quedaron cosidos a balazos, pero vivos. Y al camarógrafo casi le reventaron el brazo. Todavía hoy sigue en operaciones. Quiere volver al trabajo, pero ya no cubrirá la nota roja.

C) Todos los días, desde las oficinas del gobierno del estado, salen las mismas frases a los reporteros: "Estuvo buena la nota, pero ya no te metas tan duro, no des nombres, nomás andas arriesgando tu vida", "No tenemos más información, el boletín es todo lo que hay", "Dime quiénes son tus fuentes y así trabajamos mejor".

La información no sólo se ha detenido a causa de los sicarios, también por funcionarios como éstos.

10

Un colega pone el *drive* y serpentea por callejuelas ominosas. Pronto descubro que el hombre me llevará a un tour del que querré bajarme.

Para empezar se dirige a la Plaza de Toros, un lugar que últimamente parece gustarles a los asesinos para arrojar cadáveres. "Hace rato en la mañana encontraron tres muertitos", me dice como si hablara del clima. "Eran polis; bonito Día del Policía les dieron". Conforme avanza el auto, voy sintiendo las sobredosis de violencia que salen en sus palabras. "En esa escuela se agarraron a balazos, hasta rehenes hubo". "Éste es Paseo Durango; de aquí levantaron a Claudio Reyes (ex alcalde de Otáez), lo estrangularon y lo tiraron allá por las vías del tren; orita vamos a pasar por ai". "Para ese camino está la carretera a Parral, donde encontraron a un tal Ariel; era taxista, le cortaron la cabeza para ponerle una de marrano". "Por esta calle agarras para Nombre de Dios; hace dos años, zetas y *chapos* se dieron sus balazos; fue una matazón como de treinta, pero el gobierno dijo que no, que nomás eran ocho, que luego, luego se veía que los matones tenían mala puntería". "Éste es el oriente de la ciudad; por aquí levantaron a Alfredo Peña, uno que ganó la diputación por Tepehuanes; ya va para un año que está desaparecido". "En esta esquina mataron a un custodio; ya van ocho en el año".

Extiendo el mapa que he comprado de la ciudad y ahí, donde chorrea la sangre, escribo: "Usted está aquí".

El colega ha escrito historias sobre secuestros, asesinatos y sobre toda esa maldad que la especie humana es capaz de engendrar. Pero el caso de las fosas le ha demostrado que la violencia se vuelve invisible.

Cuenta que cada vez que se ha descubierto una fosa los vecinos han jurado que no vieron nada raro; él, como prensa, ha repetido que las autoridades están cavando y que pronto llegarán al fondo de las cosas; el gobierno ha dicho que éstos son hechos aislados, y la gente olvida la noticia. Las imágenes en que aparecen los forenses con tapabocas o la de los perros olisqueando cadáveres son meras anécdotas que en las sobremesas ya parecen algo gastadas.

Ahora que estamos en una de las cuatro fosas que encontraron en la colonia Vicente

Suárez, en la que había cincuenta y seis cadáveres, le hago algunas preguntas al colega: ¿el tipo de la carnicería, los de escuela, los de la papelería, no olieron nada? ¿Quiénes son los dueños de todos estos terrenos donde la gente ha sido enterrada? ¿Es cierto que el comandante Leyva, el famoso *Ferrari* porque tenía un auto rojo de esa marca, el que fue arrestado por sus vínculos con el narco, es quien contó lo de las fosas o ya eran tantos los muertos que no podían callarlos? ¿Cuántos fiambres más quedan por desenterrar? ¿Estas casas de la muerte significan que Durango es la más corrupta y cínica ciudad que haya parido en su demencia la historia? ¿Qué harán con tantos muertos? ¿Esperan que abarroten las calles?

El colega vuelve a poner el *drive* y de su boca sólo sale una especie de estrofa de corrido:

El gobierno dice que todo está en paz
que en Durango sólo se mueren los malos
que de la feria ganadera es de lo que uno debería estar hablando
en vez de estarse quejando.

POSDATA

En los días que estaré en Durango, tres cadáveres serán reconocidos:

El de Miguel Ángel Esparza, treinta y tres años. Desapareció el pasado 3 de enero en la colonia José Guadalupe Rodríguez. Si no hubiera sido porque los sicarios le dejaron la credencial de elector en sus pantalones, quién sabe hasta cuándo hubiesen dado con él. Lo encontraron en un jardín de dos metros cuadrados en la calle de Petunia.

El de un policía de Mazatlán. Fue levantado porque los Emes lo señalaron como soplón de los Zetas. Se irá a su pueblo en pedazos porque lo sacaron con un trascabo como si fuese cascajo.

Y el de Salvador Ávalos, veintidós años. De él apenas se sabrá que está bien muerto y que lo enterrarán como Dios manda: con flores, música y lágrimas.

EPÍLOGO

Antes de que despegue el avión y Durango se convierta en una ciudad de juguete, reviso la libreta de notas. El miedo de la gente ha dejado algunas historias inconclusas. Por ejemplo:

* La de los más de doscientos profesionistas que han desaparecido en Cuencamé los últimos dos años y que comprueba la teoría de que en la muerte los títulos importan un carajo.

* La de los policías estatales que fueron a masacrar a todo un pueblo en el municipio de Otáez, todo por robarse siete camionetas que, al final, se les quedaron atascadas.

* La del joven secuestrado cuyo regreso fue un milagro, un hecho histórico, gracias a que un narco, amigo de la familia, conocía a los secuestradores.

* La del joven que fue llevado a la fuerza a un rodeo de pueblo para una pelea clandestina, mientras los narcos apostaban en su contra.

* La de Gómez Palacio donde los cines cierran a las siete de la noche y los taxistas no cruzan a Torreón. Dicen que ahí, también, uno puede matar a quien quiera y no pasa nada.

* La de la tenue esperanza que descansa en la Marina, aunque en México jamás haya existido una policía que no acabe uniéndose al crimen, o muriendo.

* La de los jovencitos que aprovecharon el revoltijo en Villa Unión y secuestraron a su propio padre, sólo para matarlo y ellos ir a la cárcel.

* O la de la familia que estuvo secuestrada por un narco que huía de los militares.

Cierro la libreta y leo los poemas de Jesús Marín. Me quedo éste:

Pásele, viaje redondo al infierno, un tour por las tierras del sicario, conozca quién es quién en los cárteles, vea frente a frente el brillo de las R15, oiga zumbas de las balas por el mismo boleto, llévase de recuerdo una cinta canela, la cabecita en el llavero, tómese la foto junto al último ejecutado, sea la envidia de sus amigos al ser levantado, atrevase a perder algo más que la cabeza, no sea culo, a nadie le preocupa una muerte más. Sea parte de las estadísticas, engrose con orgullo la lista de los caídos, atrevase a viajar por donde ni el ejército se atreve, sea hombrecito no un cabrón llorón. Ahora, en vez de seguro de viajero, te ofrecemos gastos del funeral. Viaje en bus tan cómodamente como en cualquier carroza funeraria. ¿No le gustaría dormir en una narcofosca? Sea descabezado por el mismo costo. Machete y sarape incluidos. En viajes a una muerte segura se lo garantizamos, ¡Welcome to Duranghetto! Los número uno en narcofoscas. \\\

Acapulco Golden

Alejandro Almazán (originalmente publicada en Gatopardo)

Hace unos meses, cuando estuve en Acapulco, encontré a mi muerto saliendo del hotel. Hoy, apenas aterrice el avión, el fotoperiodista Bernandino Hernández llamará para decirme que, antes de las siete de la mañana, una jovencita fue asesinada en plena costera Miguel Alemán, allá por donde me voy a hospedar.

Querré contestarle que a Acapulco, como al doctor Frankenstein le sucedió con su monstruo, los narcos se le fueron de las manos, pero Berna estará más entretenido en platicarme otros dos homicidios que han ocurrido hace algunos minutos: el de una señora y su hija que vendían atole. “Las mataron en la calle Amapolas, colonia Unidos por Guerrero”, me dirá por el celular y a mí me parecerá que la dirección debe ser una mala broma. No lo es. Tampoco lo es el hecho de que todas las mujeres en Acapulco tengan ya las mismas probabilidades de ser secuestradas, violadas o degolladas. Berna, quizás el único fotógrafo del puerto que aún le sigue la pisada a la muerte, me llevará más tarde a donde un vendedor de pescado acaba de recibir dos disparos de una 38 súper. No se

necesitan cuatro años de estudio en criminología para saber que, después de los tiros a la cabeza, el hombre perdió el control de la camioneta, se salió de la carretera de Pie de la Cuesta y los vecinos terminaron por robarse los kilos de camarón que llevaba el difunto, como si éste sólo fuera una mera basurilla tirada sobre la banqueta. Pasadas las cuatro de la tarde supondré que la industria de la droga ha tenido suficiente por hoy, pero la cabrona no puede tomarse vacaciones. Así que una hora después, a dos hermanos, niños todavía, los dejarán hechos un manojo de plomo al lado de una cancha de fútbol. Hasta que los peritos se lleven a los chicos, su madre podrá soltar el llanto, como si pariera otra vez.

“Te ha tocado un buen día”, me dirá Berna en cuanto le avisen por teléfono que otra mujer ha sido ejecutada, ahora en la colonia Ciudad Renacimiento. No es que Berna sea de sangre fría. De hecho, antes de tomar una foto, siempre espera a que se le reacomode el corazón. Él no quisiera retratar a los muertos de esta guerra, pero alguien debe hacerlo. Ni modo de compartir la fantasía gubernamental de que los crímenes son menos, de que el ejército ha logrado domesticar a los narcos y de que la estrategia de quien les habla en cadena nacional, o sea el presidente de la República, es parte de la solución. Ni modo, también, de que Berna no sepa que hay dos Acapulcos: uno es el de los bikinis deslumbrantes, el que presume a sus clavadistas en las guías turísticas, el que sedujo a Johnny Weissmüller y a Tin Tan, el que tiene leyes, autoridades y cuenta con tres millones de habitantes que tratan de salir adelante; en el otro Acapulco, desde 2005, no ha parado la guerra. Es una guerra por la plaza, donde el grupo de los Beltrán Leyva y otros cárteles venidos a menos se han unido para acabar con el Chapo Guzmán. Es una guerra donde policías y militares también pelean por su tajada, donde a la prensa se le controla a fuerza de asesinatos o amenazas y donde la línea entre el gobierno y el narco no está muy clara. Es una guerra, para acabar pronto, que en 2012 mató a poco más de 7.5 personas por día. En los cien días que lleva este año, la gente sigue siendo asesinada como si fueran zancudos: van poco más de cuatrocientos muertos.

En este Acapulco vive Berna y hoy, arriba de su Tsuru, lo habremos de recorrer.

Por lo que me cuenta el alcalde Luis Walton y un viejo comandante, la era de los Beltrán Leyva fue la época dorada de la paz en Acapulco: los asesinatos no pasaban de trescientos al año y siempre, a toda hora, llegaban al puerto barcos cargados de cocaína. Los buenos tiempos se habrán acabado a mediados de 2005, cuando los Zetas asomaron la cabeza y a otros se las cortaron. Los Beltrán respondieron como saben hacerlo, a punta de bala, y comenzaron los levantones y los ejecutados por todos lados. Políticos, estudiantes, cantantes, choferes, niños, mascotas, nadie se salvó. Los Zetas se reordenaron y respondieron con más balazos. Pero el vaso que derramó la bahía fue la división del cártel de Sinaloa. Se comenzaron a matar unos con otros y decenas de cadáveres aparecieron en estacionamientos, tirados al lado de carreteras, dentro de autos, a la entrada de oficinas de gobierno o frente a comandancias de la policía. Desde entonces, Acapulco ha tenido muchos logros: es la ciudad más violenta de México, es la cuna de esos miles de jóvenes que ningún narco de respeto dejaría fuera de su plan empresarial, es el inventor del Cártel Independiente de Acapulco y de La Barredora, y los conocedores de mariguana dicen que la Golden debería ser el orgullo del puerto.

Este lugar, como quien dice, es la puerta del infierno aunque no se sepa.

Acapulco está lleno de cruces y Bernandino Hernández sabe la historia de casi todas ellas. “En esta esquina desollaron a un urbano [camionero]”. “En aquel callejón dejaron cuatro cabezas”. “Éste es el puente donde han colgado a un chingo de batos”. “En aquella tiendita descuartizaron a una doña”. Berna, además de ser freelance en AP y Cuartoscuro y de hablar mucho con poco aire, parece una enciclopedia del crimen. Puede llenarte de historias hasta hacerte pensar que estás sangrando. Pero Berna tiene sus códigos. “Pa’ mí, más que nada, está el respeto a las víctimas”, me dice ahora que vamos por la avenida Ruiz Cortines, una larga y fea calle que bien podría ser la capital de las cruces de hierro, “Por eso nunca tomo rostros ni cicatrices ni doy nombres; tampoco me interesan los narcomensajes ni investigo qué cártel está atrás de cada asesinato. O sea, me cuida mucho de no hacer pendejadas”.

Pero Berna, como todos, las ha cometido. Sucedió a mediados de marzo de 2011, en la colonia Simón Bolívar. Berna, con su cuerpo chupado como el de un pájaro, llegó al barrio cuando todavía los sicarios estaban agarrándose a balazos. “Pendejo —se dijo para sí mismo—, ¿qué estoy haciendo aquí?”. Se bajó de su vocho rojo y corrió a esconderse. Tocó en casa de una anciana, pero ésta no lo dejó entrar. “Y que me meto a la fuerza, carnal —me dice Berna muy serio por vez primera—. Me metí a güevo porque sentí a la pinche muerte agarrarme la mano, carnal. Estuve metido como media hora entre la lavadora y una pileta bien apestosa. Cuando salí, mi coche tenía dieciocho cuernazos. Se los dieron directo. Los compas fotógrafos me abrazaron porque creyeron que me habían matado. Ya luego me llevé el vocho así, todo balaceado; iba cagado de miedo”.

Berna se sabe Acapulco de memoria. Por eso, apenas conoce la ubicación del “11 con 32” (asesinato por arma de fuego), traza la ruta y pisa el acelerador como si estuviera aplastando a una víbora. Camino a Pie de la Cuesta habremos de encontrarnos a mucho joven halcón que se miran débiles, pero estamos seguros de que con una AK-47 se vuelven poderosos. Pensaremos por las cruces sobre la carretera, que acá la temporada de asesinatos no tiene para cuándo ser declarada ilegal. Sabremos de secuestros, de extorsiones y de todo ese tipo de cosas que ya no se publican. Y miraremos la vastedad de la bahía desde unos barrios que no sólo suben lastimeramente hacia el cielo, sino que se entretienen atronándose con su música y compitiendo por matar.

Pero eso sólo sucederá hasta que tomemos la carretera libre a Pie de la Cuesta. Ahorita, Berna apenas va culebreando por el mercado municipal, y yo recuerdo dos historias que leí en abril de 2011: la de Dalia Serna y la de Antonio Valdez, ambos líderes de comerciantes que en la guerra entre el cártel de Sinaloa y los Beltrán debieron tomar bando. A Dalia le mandaron a casa la cabeza de uno de sus hijos y a Valdez lo ejecutaron con todo y sus escoltas. “La maña no perdona”, me dice Berna justo ahora que cruzamos por la zona de los bares y señala uno en donde asesinaron a cuatro, otro en donde acribillaron a una jovencita y aquel medio ostentoso que pertenecía a Édgar Valdez, la Barbi, cuando todavía podía pasarse en moto por la costera y mataba tortugas porque los chillidos de éstas eran música para sus oídos.

Acelerar.

Dejamos atrás la avenida Cuauhtémoc y Berna me cuenta que los taxis azules tienen prohibido subir más allá de donde estamos. “Los contras creen que son halcones, por eso al que sube lo matan; en las colonias sólo rifan los taxis amarillos y los rojos”. Los que tampoco se acercan al Acapulco de los barrios son policías y militares. “La estrategia federal sólo se ha dedicado a cuidar al Acapulco turístico”, me dirá mañana Luis Walton, el alcalde acapulqueño que, cuando sale de su casa, se desplaza en una camioneta a prueba de balas que le heredó el presidente municipal anterior, Manuel Añorve.

Pero como la entrevista con Walton será hasta mañana, ahorita vemos a los primeros autos con engomados de Ferrari o de una amapola. Dicen que sin esas calcomanías nadie puede moverse en territorios hostiles. “Nomás pocos carros las traen —me dice Berna—, por eso la gente supone que esas calcas se las dan a pura raza que anda bien metida”. Paramos en una miscelánea. El tendero es Ricardo Cortés y tiene algo que decir: es cierto que su patrona, Clemencia Figueroa, tenía mala fama de apropiarse de los terrenos, pero no debieron haberla matado. Ocurrió hace apenas una semana. Un taxi se apareció cuando Clemencia jugaba con cuatro niños. Tres tipos se bajaron y, enfrente de los chicos, la ejecutaron. A uno de los niños le tocó un balazo en la espalda. Ya está recuperado, pero su madre se endeudó de por vida para pagar el hospital. “Aquí ya no sabes si te mata el narco o cabrones que nomás se aprovechan de tanta muerte”, me dice Berna cuando nos trepamos de nuevo a su Tsuru. Me cuenta, además, que ya cualquiera en Acapulco roba, extorsiona, secuestra, mata y viola a nombre del crimen organizado. “El otro día unos batos estaban pidiendo la cuota en comercios del centro y nada, eran nomás unos pobres pendejos”, me dice Berna, y yo pienso en los números que la procuraduría del estado tiene del río revuelto de 2012: más de quince mil robos, setenta y cinco secuestros y trescientos cincuenta violaciones. Pero también sé que los números son resbalosos, porque acá la gente no habla y cierra los ojos.

Entonces llegaremos al ejido de San Isidro, que de santo no tiene nada. Hasta hace unos minutos Fabián Pantaleón era un vendedor de pescado. Pero hace rato se encontró con la máquina de la muerte y hoy sólo se sabe que es el cuarto asesinado del día y que será borrado por el siguiente.

Si alguna vez vienes a Acapulco en autobús, seguro conocerás la escandalosa avenida Cuauhtémoc. Con toda probabilidad, cuando salgas de la central camionera, el taxista te llevará hacia abajo, hacia la costera, donde está el Acapulco del parachute y el bungee. Pero, ¿qué tal si decidieras ir camino arriba? Si eso fuera, pasarías por el concurrido mercado, las pensiones económicas y las prostitutas que han dejado lo mejor de ellas. Luego avanzarías por la calle Michoacán, darías vuelta a la derecha por Coahuila y entonces llegarías al corazón de la colonia Progreso. Ahí, sobre la calle Vicente Guerrero, verías autos baleados y a decenas de motocicletas que alguna vez fueron usadas por sicarios para cumplir con su trabajo. Aquí es una delegación de la procuraduría del estado. Lo comprobarías apenas observes esa enorme puerta a prueba de balas que pusieron hace

cosa de un año, después de que dos policías fueron asesinados en la entrada. Ya adentro, caminarías por el estacionamiento donde los agentes le construyeron un templo a San Judas Tadeo. Y seas creyente o no, seguro sentirías su vacío. Cuando llegues al final del estacionamiento, podrías acercarte a uno de los trabajadores del Servicio Médico Forense (Semefo) que se encarga de recoger los cadáveres. El desdentado Esteban te contaría que veintinueve es el mayor número de muertos que ha levantado en un solo día y que hoy, martes 6 de abril, dos de la tarde, ya lleva tres de los siete que recogerá. “Antes eran muchos los muertos, ahorita ya estamos calmados”, te diría Esteban, como si pocos muertos ahora fueran meros detalles. Te platicaría, además, de la vez en que unos sicarios los pararon para llevarse un cadáver, del día aquel que bajaron a otro con la única intención de descuartizarlo, de aquella ocasión cuando le tocó ir a La Quebrada por una veintena de desmembrados, de que el truco para no sentir nada consiste en olvidarse de los asesinatos, y hasta te enseñaría que un “11 con 32” es un ejecutado, justo lo que le estarían avisando a Esteban por la radio.

Pero en Acapulco hace treinta y cinco grados y las cervezas están bien frías. Así que ni te preocupes, dile al taxi que te lleve a la costera, lejos de esta portentosa máquina de matar.

Había un jovencito que cantaba en las pozolerías de toda la avenida Ruiz Cortines. Los narcos lo contrataban mucho. Un día le dijeron que los acompañara y él se subió al carro porque pensó que iba a cantarles en una casa. Subieron hasta uno de los cerros y ahí sacaron a un hombre que venía en la cajuela, todo golpeado. “Te toca matarlo”, le dijeron los narcos al jovencito y le dieron una pistola. Como no pudo hacerlo, uno de los sicarios le quitó el arma, mató al hombre aquel y le dijo al jovencito que era un cobarde. Pero ahí no acabó la historia...

(De pronto el padre Jesús Mendoza comienza a llorar y yo me siento un buitro por haberle preguntado qué caso, de la delirante y asesina colonia La Laja, es el que nunca ha dejado de perseguirlo.)

Cuando mataron al que llevaban encajuelado, sacaron un machete y le dijeron al jovencito que, por no disparar, le tocaba el trabajo más difícil: descuartizarlo. “¿O a poco te quieres morir?”, le dijeron y él lo hizo. Yo hablé muchas veces con él antes de que se fuera de Acapulco, pero nada pude hacer. Ya le habían desgraciado la vida.

El padre Jesús es un hombre canoso de piel morena y de una bien llevada mediana edad. Vive en la ladera de un cerro, donde construyeron la parroquia de San Nicolás. Toda la gente que conocí no tiene más que alabanzas para él. Para unos es el mejor sacerdote que ha tenido La Laja. Para otros es el cura que visita a los enfermos, el que presta dinero a los necesitados, o el que siempre tiene una solución para cada problema y una cita de la Biblia para cada ocasión. Para mí, ahora que lo he conocido, me parece uno de los pocos hombres que no ven a Acapulco por encima del hombro. Es decir: desde que todas las colonias que cruzan la avenida Ruiz Cortines dejaron el machete por la bala y conjugaron el verbo matar, el padre Jesús decidió que él iba a hablar con los familiares de los muertos, que iba a recuperar espacios públicos y que iba a llorar a los difuntos.

“Acapulco está al borde de lo incontrolable —me dijo el padre apenas nos saludamos—. Su violencia es una crisis humanitaria”. Durante casi una hora, el cura me contó por qué cree él que en Acapulco uno puede matar a alguien y nunca pasa nada: por el involucramiento directo del Estado. “Siempre vemos que arrestan a un narcomenudista, a un sicario, a un halcón o a un narco de baja monta, pero nunca detienen a los políticos que los protegen”, me dijo y seguramente ha de haberse acomodado por enésima vez sus anteojos para la miopía. También me platicó que muchos familiares de víctimas han ido a buscarlo y que otro tanto igual se ha largado de los barrios, después de que los amenazaran por buscar al curita éste. Me habló de cómo, cada semana, sale a recuperar las calles de la bala: levantando cruces de cinco metros de altura en parques o en peligrosos callejones. Me dijo que a muchos jóvenes los están obligando a enrolarse en la infantería del narco y que, en el mercado, la maña le cobra veinte pesos diarios a cada locatario. Ah, porque aquí, como llegó a decirme Berna, el que no paga, no vende.

—¿Y a usted, padre, no quieren matarlo?

—Pues mira, no sé. Pero puedo decirte que me pusieron de guardia a un halconcito.

La relación con el halconcito no está muy clara. El padre Jesús no sabe muy bien si lo vigila, si quiere matarlo o lo está cuidando.

—A veces lo veo a todos lados donde voy y enseguida se me desaparece. A veces he discutido con él. Y otras ocasiones se para debajo de las escaleras y él, por sus pantalones, dice quién pasa y quién no —me dijo el padre y soltó la única sonrisa que le vi en el día.

“Esperanza sí hay, carnal —me dijo Berna después—. Nomás que tanto pinche muerto la opaca”.

Quién sabe si uno salga predispuesto a la calle, pero pareciera que en Acapulco la violencia es parte de la misma vida, como la brisa en el aire. La ciudad, por ejemplo, está construida contra la gente, tiene un tráfico como para maldecir el invento de la rueda, y los federales y soldados le apuntan a quien los mira feo. En las calles ves al camionero que salpica a la chica bonita, y ésta le grita: ¡Hijo de tu puta madre, pendejo, vas a amanecer cortado en pedazos!; ves cómo peatones y conductores se retan a chingadazos, escuchas cómo las sirenas hienden el aire, sientes que el sol anda encabronado; te enteras del tipo que acaban de matar afuera del colegio Guajardo, cuando dejaba a sus hijas en la puerta; te cuentan las cifras del desempleo, miras negocios cerrados porque sus dueños no pudieron con la cuota, recuerdas que Acapulco es el lugar número uno en México para la prostitución infantil; el de la gasolinera se enoja contigo por no darle propina; conoces barrios en donde los niños parecen comer tierra, ves toda esa basura amontonada en las esquinas porque es tal la deuda del ayuntamiento que no hay camiones recolectores, miras a una señora poner una cruz nueva sobre la avenida; te platican que aquí la maña suele vengarse y que, por eso, han ido a rematar a los heridos al hospital y los matones siempre han salido muy campantes.

Quién sabe si uno salga predispuesto, pero este Acapulco poco tiene del que uno conoció

de niño.

En Acapulco, los vivos saben muy bien adónde buscar a sus muertos: al Semefo de la calle Vicente Guerrero, dentro de las instalaciones de la delegación de la procuraduría. Me pregunto cómo en pleno día, con todos estos policías alrededor, han venido sicarios a rescatar cadáveres de la morgue. El doctor Ricardo Berlanga, director del Semefo, tampoco se lo explica, pero tiene la seguridad de que no será la última vez que lo hagan. “Y cuando vengan, pueden llevarse lo que quieran, aquí no nos vamos a arriesgar”, me dice Berlanga en actitud zen. La serenidad del médico, sin embargo, es diametralmente opuesta al trabajo que tiene a diario. “En un día se juntaron treinta cuerpos —me cuenta—. Y tuvimos que amontonarlos, porque ni modo que los dejáramos en el estacionamiento”.

Desde hace un mes han dejado de apilar los cadáveres como si fueran reses. Alguien en el gobierno del estado entendió que la muerte se había rebasado a sí misma y autorizaron la urgente remodelación del Semefo de Acapulco. “Ya no cabíamos y a eso súmale que varios días tuvimos cuarenta y cinco cuerpos sin reclamar”, me dice Berlanga y se peina el bigote espeso con los dedos, como si tuviera controlada la situación. Tanto cadáver regado en las calles, pues, orilló a que este Semefo cuente ahora con tres refrigeradores para guardar quince muertos en cada uno (antes tenían uno y era muy pequeño). Ocasiónó, también, que hoy se trabaje sobre siete planchas en vez de tres, que hayan puesto ventilación y que tenga recursos para contratar a antropólogos, porque por estos rumbos no hay semana que no encuentren osamentas. “En lo que va del año llevamos cuatrocientas necropsias —me dice Berlanga—. Así que trabajo, tenemos; ni modo que pongamos un letrero que diga: ‘Favor de morirse’”.

Cuando el doctor me lleve adentro de la morgue, o como me dijo Berna: “El pabellón de la guerra”, le preguntaré si puede dormir sin tener pesadillas. “Si te dijera que ya ni siquiera pienso en el balón ése al que le pegaron la cara de un desollado, seguro pensarías que perdí el interés del asombro, y vas a tener razón: con todo lo que ha pasado en Acapulco, a mí ya no me sorprende nada”, me contestará con parsimonia y luego se inclinará sobre el sillón como diciendo: Uno tiene que buscar ganarle a la muerte.

Yo creo que, en el fondo, Berlanga no es esa montaña de hielo que aparenta ser. Lo digo porque cuando me cuente de aquella vez en que le trajeron treinta decapitados, le costará algo de trabajo describir cómo decidió tomarles fotos a las cabezas y enseñárselas a los familiares para identificar rápido cada cadáver.

Un aparato de aire insonoro mantiene la oficina del alcalde Walton deliciosamente fresca. Lo caliente ha estado allá afuera: el 4 de febrero pasado, seis turistas españolas fueron violadas, aunque haya gente del gobierno del estado que aún contradice el hecho; el 23 de febrero, un turista belga murió a tiros; el 5 de mayo, dos turistas canadienses sufrieron un asalto y, si siguiéramos las noticias de hace una semana, sabríamos que:

El jueves, dos jovencitas fueron encontradas a la vieja usanza: manos atadas a la espalda,

la boca cubierta con una cinta y varias balas en la cabeza. Ese jueves, en la noche, otra chica fue ejecutada dentro de una estética.

El viernes, en el Cerro del Veladero, ahí donde dicen que hay mucho que desenterrar, fueron hallados tres cadáveres y una osamenta.

El sábado, un restaurante sufrió un ataque; asesinaron a dos mujeres y una más quedó herida. Tres horas después, a las siete de la noche, liquidaron a un vendedor de discos piratas y otro hombre fue ametrallado dentro de su auto.

El domingo mataron a un lava-autos, a un joven que vendía droga y a una adolescente que trabajaba en una tortillería; a ella la degollaron...

El lunes, un taxista fue ejecutado.

Y hoy, medio día del miércoles, han matado a un tipo fuera de un colegio y a un policía dentro de su casa.

—No te voy a mentir —me dice Walton, apenas terminé de enumerarle los últimos muertos—, la violencia en Acapulco volvió a arreciar.

—¿Y usted qué está haciendo?

—Hace poco no tenía secretario de Seguridad Pública. Nadie quería y el que quería, ya te imaginarás. Pero apenas llegó el que nos mandó la Policía Federal (Jesús Cortez), hicimos el antidoping a los municipales y seiscientos no pasaron la prueba.

Walton es un tipo bonachón que a veces, cuando se le entrevista, sus respuestas no dicen mucho. A veces, incluso, hasta parecen no agobiarle los números rojos con que recibió el ayuntamiento: la deuda pública de poco más de ochocientos millones de pesos y el segundo lugar de la ciudad más violenta en el mundo, sólo detrás de San Pedro Sula, Honduras. En ambos números, para ser francos, no hay para cuándo recuperarse. “Si el presidente Peña Nieto no le mete dinero a Acapulco, esto va a estar muy, muy difícil”, me dice, y yo pienso que quiere que entienda que no habrá entonces creación de empleos, que el poco turismo extranjero que aún se atreve a venir, dejará de hacerlo, que no habrá cómo seguir con los programas sociales, que cerrarán hoteles, que no podrá comprar armamento, que nunca podrá tener una policía confiable, que los barrios van a tener hambre, que el narco ganará la batalla...

—La estrategia federal también ha fallado —me dice porque no quiere cargar con toda la culpa—; hasta ahora sólo se ha dedicado a cuidar al Acapulco turístico, pero yo les digo que hay que ir a la colonias.

En las colonias, a estas horas en que hablo con Walton, la policía ha encontrado el cadáver de un hombre en un avanzado estado de descomposición. “Si Miami superó la mafia cubana, si Chicago venció a Al Capone y si Nueva York derrotó al crimen, Acapulco también puede salir adelante”, me dice el alcalde y se encoge de hombros, como quien sabe que eso ya no está en sus manos.

Por lo regular, los taxistas y los camioneros son la última opción que tiene un reportero para contar una historia. Acapulco, sin embargo, debería ser la excepción a la regla. Debería, porque al menos a la semana matan a dos de ellos, porque algunos trabajan para los narcos, porque muchos son extorsionados y porque en un camión que aún recorre la avenida Ruiz Cortines han matado a cinco choferes. De ahí que escuche a Felipe, el taxista que me ha traído al hotel. Regresó a casa y eso, en estos tiempos, es un hecho histórico.

La mañana nos tiene prohibido subir a las colonias, por eso, cuando la señora con un bebé en los brazos me pidió que la llevara a la Zapata, le dije que no. “Ándele, todavía hay sol”, me rogó y yo dije: chingue a su madre, vamos pa’ la Zapata. En todo el camino nos fuimos platicando. Ya ni me acuerdo de qué, pero creo que algo hablamos de los hijos. Cuando pasé la Comercial Mexicana, eso no se me olvida, la señora habló por teléfono. “Ya acércate, pa’ que me recojas, el taxi me va a dejar sobre la avenida”, le dijo a alguien y yo me fui por la lateral. Y apenas me estacioné, que se me cierra una camioneta. “¡Órale, cabrón, bájate!”, me dijo un bato que venía armado y luego regañó a la señora. Le dijo que se había tardado o algo así. O sea, eran del mismo grupo. Llegué a decirle al bato que me estaba confundiendo, pero comenzó a pegarme para que me subiera a la camioneta. Me llevaron hasta Chilpancingo, a una casa donde tenían a harta gente. Me pusieron la pistola en la cabeza, se reían de mí. Después llegó un joven y les dijo que se habían equivocado, que yo no era halcón, pero como ya estaba ahí, vieran qué podían sacarme. Yo traía las llaves de un Tsuru que apenas había comprado, así que no sólo mi familia pagó treinta mil pesos de rescate, sino que también les firmé la factura de mi coche. Ah, y se quedaron con el taxi, nomás me dieron para el camión.

Muchos peligros acechan al que camina por las calles de la colonia Santa Cecilia. Sin darte cuenta, puedes estar en medio de una balacera. Puede que un sicario, con pistola en mano, te pregunte si has visto pasar a “una morena chichona”. Puede que encuentres un cadáver tirado sobre la calle. O puede que saliendo de la escuela te secuestren. Esto último fue lo que les pasó al maestro Gilberto Moreno y a su sobrina, Tiaré Juárez, afuera del Colegio de Bachilleres número 7. Lo que siguió después fue muy triste: alumnos, profesores, padres de familia, pero sobre todo los familiares, juntaron el rescate de dos millones de pesos y, aún así, mataron a los secuestrados. Eso sucedió el 1 de marzo pasado. Desde entonces, nadie ha vuelto al Cobach y las clases para 950 alumnos se volvieron nómadas. Se han impartido, por ejemplo, en una unidad deportiva en el centro, de donde los echaron porque los de Liconsa iban a tener fiesta, y también en el zócalo, donde me recibe Ángel Pérez Brito, el portavoz de los profesores.

De entrada, Pérez Brito me dice que no están negados a regresar al plantel, pero se queja de que los funcionarios del gobierno del estado no los hayan vuelto a recibir, después de que les prometieron reubicarlos. “Esa gente nomás está jugando con nosotros —sigue disgustado—. Y nuestra seguridad no es un juego”. Pérez Brito no exagera. Antes del secuestro de Moreno y su sobrina, a dos maestros les robaron su auto, a unas alumnas las violaron y a tres chicos más se lo llevaron y nunca regresaron.

Nancy, una chica de sexto semestre, me dice que a ella no le gustaría regresar. “La zona se puso muy peligrosa, hay mucho narco”, murmura mientras escribe en una cartulina: “Señor gobernador: queremos clases y justicia”. La justicia llevó a un chico a la cárcel por la muerte de Moreno y Tiaré; sin embargo, alumnos y maestros del Cobach no creen que sea el único culpable. “A ése lo agarraron de casualidad, pero falta que detengan a toda la demás banda”, me dice Pérez Brito y comienza a organizar a los chicos: van a manifestarse en la costera. Ya no quieren tomar clases en el zócalo, bajo un sol que no tiene madre.

En la noche que le llame a Pérez Brito para saber si tuvieron una respuesta del gobierno, me dirá enfadado: “Ora sí que ni el chalán del góber nos echó un telefonazo”.

En el periódico, un anuncio en el pecho del occiso pronostica tormentas eléctricas todo el año: por chivo, para que aprendan a respetar.

Antonio Salinas, Serial, Tierra Adentro

Destino: las colonias Simón Bolívar, Zapata y Ciudad Renacimiento, tres barrios que parecen estar peleando por el monopolio de la violencia. Acompañantes: Berna y el poeta Antonio Salinas. La primera regla: bajar los vidrios, porque aquí se sabe quién entra y quién sale, y más vale que te reconozcan. La segunda: rezar, si se es creyente.

1) Es mediodía y en la Avenida Zapata hay una cacofonía constante de música, gritos y una voz insoportable que repite: “A-quí esss-taaá en el pe-rio-ooódico, a-quí viece-nen los cha-ma-cos que a-ca-ban de a-se-si-naaar...”. En esta avenida, que parece haber sido construida en los tiempos de Edison, el 6 de abril de 2011, los narcos le prendieron fuego al tianguis, pero la lumbre se descontroló y la Comercial Mexicana también se quemó. En esta avenida, además, hay una comandancia que han baleado como cinco veces; por eso los policías y ministerios públicos trabajan todo el día encerrados. Y en esta avenida, también, la cuota orilló a cerrar los comercios; los pocos que siguen abiertos es porque pagan o porque tienen muchos güevos. Por aquí cerca, en el cruce de las calles 10 y 21, siete chicos de la misma cuadra fueron levantados. Sus cadáveres aparecieron luego en Plaza Caracol. Desde entonces, a los vecinos les cuesta caminar por esa calle.

2) La última gran balacera que sucedió en la Simón Bolívar fue el 1 de agosto de 2012. Ese día, quemaron una casa, les dispararon a casi una docena de negocios y murió una persona. Pero la Simón Bolívar no sólo tiene fama de ser uno de los barrios más desnutrido de Acapulco, también es uno de esos lugares donde un muerto es poca cosa. Por eso, aquella balacera no mereció los titulares. En cambio, las otras dos (una el 15 de marzo de 2011 y otra dos días después) terminaron en los despachos de las agencias internacionales de noticias. Dicen que aquello era una tronadera. Dicen que los pistoleros venían en cuatro camionetas. Dicen que no, que eran cinco, pero una estaba ponchada. Algo sí es seguro: en toda la calle Ayacucho, la casa que no fue rafagueada, le prendieron fuego. Pero no fue todo: un sicario que venía huyendo entró a la casa esa de adobe, de doña Carmela, los contras lo siguieron y comenzaron a disparar; el sicario logró huir y

doña Carmela murió abrazando a sus dos nietos, quienes también fallecieron.

3) “En estos barrios hay una desolación bien jodida —dice Toño—. No hay oportunidades, no hay comida, la raza se siente atrapada y, como no ven ninguna luz, se meten a la maña como si fuera un trabajo digno”.

A Toño, por cierto, le mataron a un medio hermano.

4) Me siento como si hubiese ido a donar sangre. Ya no quiero que, en la Renacimiento, una amiga de Toño me diga que ella cree que tanto muerto es porque se perdieron los valores y me cuente, entonces, la historia de cómo el divorcio de unos tíos llevó a sus primos a terminar en la cárcel y en el cementerio. Ya no quiero que doña Amelia me platique que hace poco vio cómo levantaron a una jovencita, con todo y niña. Ya no quiero pensar en la teoría de que han matado a tanta mujer porque ya son ellas las que venden, obligadas o no, la droga. Ya no. Pero hay que hacerlo.

Hay un niño, cuyo nombre no debo decir, que todavía el año pasado pensaba que de grande quería ser narco. Hoy toca el violín en la Orquesta Sinfónica de Ciudad Renacimiento.

Dicen que la sinfónica es la única buena idea que ha tenido el gobernador Ángel Aguirre y que, después del caso de las españolas que fueron violadas, Aguirre quiso bajar el escándalo y ordenó crear otra orquesta en el barrio de la violación: la Bonfil. Sea cierto o no, la sinfónica de la Rena es un oasis de paz. Sí, es verdad que los niños ensayan bajo el sol y que no saben si les construirán salones con las ganancias obtenidas en el concierto que dieron junto con Plácido Domingo. Es verdad que el gobernador los usa políticamente y que no les dejan pasar agua porque alguna ganancia debe tener el Polideportivo. Pero también es verdad que la sinfónica y coro tiene a treientos veinte chicos, de entre siete y dieciocho años de edad, fuera de la infantería del narco.

“Los niños de la Rena son carne de cañón para la maña y se pensó darles una opción”, me dice el director de la sinfónica, Amilcar Montero. La alternativa, con plata de Conaculta, fue un hecho en julio de 2012 y muy pronto los niños llenaron los espacios. Desde ese tiempo, los chicos ensayan todas las tardes de entre semana. Todos los instrumentos son prestados, aunque pueden llevárselos a casa para ensayar. Las clases son impartidas por integrantes de la Sinfónica de Acapulco y, lo más importante para estos niños pobres, son gratuitas.

“Mi hijo se la pasaba todo el día en la calle o viendo la tele —me cuenta doña Adriana—. Y desde que lo traje aquí se la pasa ensayando; ¿usted cree que no voy a estar contenta?”. Raúl, uno de los chicos, me dice que él llevó a la sinfónica a dos amigos que ya andaban haciéndole ojitos al diablo. Y Montero me platica que de la veintena de niños que llegó con actitudes delincuenciales, a todos se les ha ablandado el corazón.

—¿Los narcos no se han metido con la sinfónica? —le pregunto a Montero.
—Pues no sé si porque aquí tenemos a niños que son sus hijos o sus hermanos, pero hasta

nos cuidan —me contesta cuando los ensayos deben reanudarse.

Acá adentro hay música.

Es una pena que allá afuera todavía no haya ópera posible.

En Michoacán la violencia viene de lejos
Alejandro Almazán (originalmente publicada en Emeequis)

1. Anatomía de las esquinas.

Sientes que algo te rompe la cabeza y te desvaneces. Quién sabe de dónde sacas fuerzas, pero no sueltas a tu sobrina que has cargado casi toda la noche, desde que saliste del hotel. En el suelo, un estallido te apalea la espalda. Te quema como si te hubiesen puesto sobre un asador. Todo ocurre tan parecido a la caída de un trueno que llegas a suponer que un pinche chamaco ha arrojado un cohete con la pólvora suficiente para prenderte vivo. No lo comprendes. Tú, que siempre le buscas explicación a las cosas por ser ingeniero, no comprendes. Pero al igual que tú, Mauricio, la gente que está ahí en la Plaza Melchor Ocampo de Morelia tampoco se explica qué diablos ha sido ese estruendo. Ni siquiera lo sabe el gobernador Leonel Godoy, que allá, a unos 50 metros, sigue tocando la campana por los héroes que nos dieron patria.

Más tarde, cuando lleguen los militares y la policía, sabrás que esa bola de fierro de la que se habla era, en realidad, una granada de fragmentación, de esas que inventaron los soldados chinos y arrancan la vida a pedazos. ¿A quién se le ocurrió el disparate de arrojarla sobre la gente? Quién sabe, Mauricio. Algunos testigos dirán que fue un “hombre de complexión robusta, que vestía de negro y se hizo pasar como vendedor ambulante”. Y dirán que el gordo llegó a soltar: “Perdónennos, pero esto es necesario”. Las autoridades, en el retrato hablado que darán a conocer el jueves 18, dirán que es de complexión mediana, de unos 30 años, mide 1.70, pesa 80 kilos, es moreno y medio calvo.

Pero quién sabe, Mauricio. Quién sabe. La violencia se ha desfigurado en Michoacán. Y esto por lo que estás pasando se llama terrorismo. Es uno de esos ataques que tanto le gustaban al narcotraficante colombiano Pablo Escobar.

Ahorita preocupémonos por ti. Ya ves: estás tumbado en la plaza con la cabeza abierta y las piernas descarnadas por las esquirlas. Te es espantoso no poder gritar. Sientes dolores en todo el cuerpo sin entender por qué. Y tu sobrina llora. Tu cuñada también está herida, igual que tus otros sobrinos, Maximiliano y Bárbara. Ésta sí parece estar grave: la sangre se le desborda con garra de la mano; entre más presiona la herida, más le chorrea. Y allá los juegos pirotécnicos que chisporrotean en el cielo estrellado. Nada tiene sentido, carajo.

Te arrastras como puedes. Ahí ves al joven que estaba atrás de ti coreando “¡Viva México!”. Tiene la pierna izquierda destrozada. Ni el zapato conservó. El humo no te

impide mirar a Angélica Bucio, tumbada en la jardinera. Sus dos manos son colgajos de carne y desde su pierna izquierda se está desangrando. Tiene sueño. Mucho sueño. Y tú como que le dices que no se duerma. Alguien te enseñó que eso del sueño con sangre es la muerte chiquita. A tu lado está otra señora que la maldita suerte escogió para que fuese el escudo, para que sus piernas recibieran el ramalazo de las esquiras. Su nombre es Elisa Guerrero García, tiene 76 años y es de Tamaulipas. Como tú, que vienes de Querétaro, ella anda en Morelia de paseo. Ni te esfuerces en zangolotearla. Ella sí ya está muerta. Chingada madre.

Quién sabe si en ese letargo alcanzas a ver a otra mujer. Aquella que ha caído por el bote de basura. Nació un Sábado de Gloria y por eso se llama así: Gloria Álvarez Bautista. Creció en el barrio de Villa Universidad. A los 15 años se casó con Rafael Bucio. Y a sus 34 ya tiene tres hijos: Giovanni, Jennifer y Uriel; este último es un bebé de cuatro meses y saldrá con unos raspones. Giovanni, el más grandecito, también la librará. Pero Jennifer tendrá que aprender a sortear los días con rencorosas quemaduras y sin su mamá: Gloria morirá al llegar al IMSS. No podrá contra las lesiones en la espalda. La velarán en la funeraria Santa Cruz y la parentela no tendrá cómo pagar.

Junto a Gloria está tendida Leticia Tapia Guerrero con sus tres hijos adolescentes. Ella, como maestra del Colegio Motolina de Morelia, intentó enseñarles de todo a sus alumnos. Nunca, sin embargo, tuvieron una clase que hablara sobre qué se hace a la hora de morir. Leticia sólo se dejó llevar.

Mauricio, si por alguna razón no puedes observar a Gloria o a Leticia quizá es porque te ha pasmado estar todo ensangrentado. Tu camisa blanca ahora es un trapajo rojo. Llevas las manos a tu pecho y sientes algo pegajoso. Lo entenderás más tarde: son pedazos de carne de las otras personas. ¿De Martha Quintero Brambila? ¿De Alfredo Sánchez Torres? ¿De María del Pilar Mendoza? Es probable. Así que te quedarás con algo de ellas cuando clínicamente sean declaradas muertas.

Lo cierto es que no son retazos de Juan Antonio Río Pescador, un hombre de 50. Él morirá en el segundo granadazo. Sí, habrá dos. Qué espanto, ¿no? Ocurrirá dentro de unos siete minutos, si tomamos en cuenta que son las 23:04 del 15 de septiembre. Será en las calles de Madero y Quintana Roo. Allí, también, las esquiras morderán todo lo que esté a 10 metros a la redonda.

Y mientras intentas mirar en aquel vacío donde no hay ni cerca ni lejos, el gobernador Godoy y su gabinete de seguridad se dan cuenta que los pesimistas han tenido razón: las llamadas de amenazas para posibles ataques en los municipios de Lázaro Cárdenas, Huetamo y Morelia no fue ron tan falsas como parecían. Hay que informarle al presidente Felipe Calderón.

Claro que eso, si nos enfocamos en tus pies maltratados, Mauricio, quizá ya no importe. Como tampoco te interesa a qué hospital te lleven. Lo que necesitas es un médico para que con cinco puntadas zurza el agujero de tu cabeza. Otros requieren un quirófano, como Carmen Liliana Rico Urbina, de 19 años, que perderá ambas piernas.

Los 12 hospitales están con el mundo atravesado, Mauricio. No te impacientes. Hay 131 heridos, casi 30 de ellos son niños, y una veintena con eso que los médicos llaman pronóstico reservado, como para no decir moribundos.

Tú, Mauricio Benítez Aguilar, vas a vivir para contárnoslo.

Post it

Si los rumores corren como la pólvora, en Morelia han alcanzado la velocidad de un rayo:

Del 15-S a la hora del cierre de esta edición, las hipótesis sobre quiénes fueron los responsables han sido incalculables. Aquí tres de ellas:

- Joaquín El Chapo Guzmán, pues la ejecución de 24 sicarios del cártel de Sinaloa hace días en La Marquesa habría sido vengada. Con ello, también, calentaría la plaza a La Familia, un grupo reclutado en el infierno que se cree dueño de Michoacán.
- La Familia. Supuestamente ha sufrido una fragmentación en cuatro células y entre ellas se disputan rutas de distribución, nuevos mercados y el cumplimiento de pactos con autoridades locales.
- Los Zetas. En un mensaje de texto enviado a distintos celulares de funcionarios michoacanos, presuntamente La Familia se deslinda y acusa a Los Zetas.

El mensaje dice:

La familia michoacana repudia el acto terrorista perpetrado por parte del grupo delictivo denominado LOS ZETAS, donde no discriminaron y atentaron contra niños, mujeres y ancianos que son ajenos a cualquier conflicto, queda claro que esa no es nuestra manera de actuar, por eso pedimos que reenvíen este mensaje.

El jueves 18 por la noche, las dudas seguían sin despejarse: el arresto de tres personas en un hospital de Zacatecas resultó sólo una anécdota que contarán Jorge Luis Ortiz Méndez, Víctor Ortiz Valtierra y Manuel Leyva Reveles.

II. Los hombres sin cabeza, parte 1

Se cree que la noche del 7 de septiembre de 2006 ha sido la más exitosa del bar Sol y Sombra de Uruapan. Aquella vez, ante tanto cliente, las benditas prostitutas salieron a la pista con su coquetería mentirosa, sus estelas de perfumes groseros y sus padrotes.

Un par de ellas intentaban una enrevesada calistenia erótica en el tubo cromado y dos tipos en brama las llamaban para llenarles el pubis con billetes de 20 pesos. Y allá en la rocola, un grupo de borrachos escuchaban narcocorridos, ese registro musical de las balaceras, el trazo biográfico de la violencia.

Había un motivo para llenar el tugurio: el morbo.

La noche anterior, la del 6 de septiembre, un comando de La Familia entró al antro, ordenó que la banda parara la música, tiró bala para que la raza se agazapara y esparció en la pista de baile las cabezas de cinco personas que unas horas antes habían sido asesinadas y decapitadas con la filosa paciencia de un cutter.

Todavía, con la parsimonia de la sangre fría, fue colocado un mensaje inquietante:

La familia no mata por paga, no mata mujeres, no mata inocentes, se muere quien debe morir, sepanlo toda la gente, esto es justicia divina.

Roberto Estrada, policía municipal, fue el primero en llegar al lugar. Entrenado para sacar borrachos, gritarles a los pordioseros y extorsionar a las putas, el agente pensó que la llamada de emergencia era una exageración. Cuando subió los seis escalones que dan a la pista sólo supo abrir una cerveza y tragársela como si desfalleciera de sed.

Las cabezas que ofrendó ese día La Familia eran la de un cortador de aguacate, un trailero y tres mecánicos.

“Mi mamá, pobrecita, se está muriendo desde que vio eso que le hicieron a mi hermano. Se muere poquito todas las noches”, relató Quetzalli, hermana de uno de los decapitados, a Diego Osorno, reportero de Milenio. “Sueño con él. Es como un fantasma, es una cosa horrible. Trato de imaginármelo como era y no como salió en las fotos de los periódicos... pero no puedo... yo no sé cómo permitieron que siguiera abierto ese lugar”.

Post it

El gobierno municipal de Uruapan no clausuró el antro, “tenía todos los papeles en regla”. Y ahí continúan las secreciones, las pantomimas, las poses, los ruidos, los carraspeos y los tintineos de vasos. A 25 pesos la chela y a 10 pesos la bailada.

III. Entre las larvas

En enero de 2007, cuando los hermanos Carlos y Ricardo Ambriz Sánchez escogieron una de sus bodegas en Uruapan para enterrar a nueve tipos con el tiro de gracia, Michoacán ya había adquirido una reputación poco envidiable en narcofosas.

Veamos.

El 7 de septiembre de 2006 los habitantes de la ranchería Angahuan, municipio de Uruapan, ya estaban hartos de aguantar aquel olor. Cuando llegaron los cuatro agentes de la procuraduría no tuvieron más remedio que darles la razón: hedía. Sólo hubo que mover la tierra para encontrar a seis personas enterradas. Las habían torturado hasta desfigurarles el rostro.

El 24 de septiembre, en la población La Mira del municipio de Lázaro Cárdenas, aparecieron otros dos hombres en una narcofosa. Insectos y larvas hicieron su trabajo y los peritos calcularon que habían sido asesinados con rifles hacía cuatro meses.

El 27 de octubre, en una residencia en el centro de Lázaro Cárdenas, se encontró otro cementerio clandestino. Ahí aparecieron un taxista y dos agentes ministeriales que apenas 17 días antes se habían graduado de policías.

El 3 de diciembre, cerca de la tenencia de San Miguel del Monte, en Morelia, unos niños jugaban por la pista de carreras cuando vieron la parte superior de un torso medio enterrada. Eran dos hombres. Nadie los reclamó.

Y el 30 de diciembre, en un baldío junto al río Buenavista, municipio de Tomatlán, otros dos hombres tragaron tierra.

Así que la idea de los Ambriz no era nueva, pero sí escandalosa porque entre los maniatados había una jovencita llamada Perla, levantada 15 días antes al salir de su casa.

La PGR continuó con las investigaciones y nada se sabe de los Ambriz, quienes fueron detenidos con su respectivo plazo de 72 horas para desahogar pruebas.

Post it

La mayoría de los cadáveres han ido a parar a la fosa común. Hay casos, como el de Cristina Cortés, en que los tatuajes ayudaron a que la reconocieran sus familiares y la enterraran como Dios manda: tenía unos ojos de lechuza en la espalda, un corazón en el brazo, la palabra Cristo en el pecho con dos rosas entrelazadas, un dragón en la pierna y en otro brazo una cruz de David en cuyo centro, con su dentadura maltrecha, aparecía la Santa Muerte con una leyenda: *Muerte contra mis enemigos*.

Quién sabe si esos enemigos, quienes la mataron, también sean estadística.

IV. Carta a la opinión pública

¿Es posible que un grupo de narcos, formados en la boca del infierno, secuestradores en sus tiempos libres, amantes del dinero fácil y matones de todo lo que les estorbe, pague a dos diarios la publicación de un desplegado para presentarse como los salvadores del mundo?

Suena a una película de Tarantino, a un detalle para novela de Élmer Mendoza y a un día cotidiano en Michoacán.

Ocurrió el 22 de noviembre de 2006.

La Familia lo mandó publicar.

Leamos:

¿Quiénes somos?

Trabajadores nativos de la región de Tierra Caliente en el Estado de Michoacán, organizados por la necesidad de salir de la opresión, de la humillación a la que siempre fuimos sometidos por personas que siempre tuvieron todo el tiempo el poder, lo que les permitió realizar todo tipo de pillerías y atropellos en el Estado, como los del Cártel del Milenio, algunos de apellido Valencia y de otras organizaciones, como la banda de los 30, que ha tenido aterrorizada desde los años ochenta hasta la fecha a gran parte del Estado, sobre todo en las áreas de Puruarán, Turicato, Tacámbaro y Ario de Rosales, y que han realizado secuestros, robos, extorsiones y otros delitos que perjudican la paz de los michoacanos.

Misión:

Erradicar del Estado de Michoacán el secuestro, la extorsión directa y telefónica, asesinatos por paga, el secuestro express, robo de tráilers y automóviles, robos a casa-habitación, por parte de gente como la mencionada que han hecho del Estado de Michoacán un lugar inseguro.

Nuestra única razón es que amamos a nuestro Estado y ya no estamos dispuestos a que la dignidad del pueblo sea atropellada. Quizá en este momento la gente no nos entienda, pero sabemos que en las regiones más afectadas comprenden nuestras acciones, ya que es posible combatir a estos delincuentes, los cuales se establecieron provenientes de otros estados y a quienes no dejaremos que entren a Michoacán a seguir delinquir.

Se está erradicando en su totalidad en todo el Estado la venta al menudeo de la droga letal conocida como ice o hielo , por ser una de las peores drogas que están haciendo daños irreversibles a la sociedad y se va a prohibir la venta de vino adulterado que se comenta viene de Tepito, y sabemos que lo que viene de ahí es de mala calidad.

Objetivo

Seguir manteniendo los valores universales de las personas, a los cuales tienen pleno derecho.

Al erradicar lo que nos hemos propuesto, aunque para esto, desgraciadamente se ha recurrido a estrategias muy fuertes por parte de nosotros, ya que de esta forma hemos visto que es la única manera de poner orden en el Estado y no vamos a permitir que salga de control de nuevo.

Apoyar a la gente con despensas, literatura, así como aulas para mejorar la educación de la sociedad: esto dirigido principalmente al área rural, la cual es la más marginada, humillada y sobre todo en la región de Tierra Caliente.

¿Por qué nos formamos?

Cuando empieza esta organización de La Familia Michoacana no se esperaba que fuera posible que pudiera llegar a erradicarse el secuestro, asesinato por paga, la estafa y la venta de droga conocida como hielo , pero gracias al gran número de personas que han tenido fe, se está logrando controlar este gran problema en el Estado.

(...) Las personas que trabajan decentemente en cualquier actividad no deben preocuparse. Nosotros las respetamos, pero no permitiremos que gentes de aquí o de otros estados cometan delitos o quieran controlar otro tipo de actividades.

Cuando empezamos a organizarnos y a proponer quitar la venta de drogas al menudeo de las calles como el “hielo muchos nos dijeron que ni en los países del primer mundo lo habían podido controlar, y ya lo estamos haciendo.

Para reflexionar

¿Tú qué harías como michoacano?

¿Te unirías a La Familia si ves que estamos combatiendo estos delitos? o ¿Dejarías que sigan creciendo? Danos tu opinión (...)

Atentamente

La Familia Michoacana

Post it

El desplegado se publicó dos días después de la ejecución de dos jóvenes en Zamora, sobre quienes dejaron una cartulina con el siguiente mensaje:

Para todos los que venden hielo esto es justicia divina att La Familia.

De Juan Carlos García Cornejo, el responsable de la publicación, se sabe nada.

Y desde el miércoles 17 de septiembre pasado, en los municipios de Tierra Caliente y Morelia circulan volantes, presuntamente firmados por La Familia, donde ésta se deslinda del acto terrorista y promete atrapar a los responsables.

Qué cosas.

V. La última parranda

Dejar de tocar en un baile no es motivo para que te maten, salvo en Michoacán.

Le sucedió el 19 de febrero de 2007 a la Tecno Banda Fugaz, que en sus 30 años de historia nunca grabó un disco y sólo le quedó volverse popular a ras de pueblo.

Resulta que Daniel Gómez, Alberto Hurtado, Noé Camargo, Cristóbal Juárez y Carlos Hurtado ya no quisieron tocar más en Carámicuas, municipio de Ario de Rosales. Algunos asistentes, con la dinamita de la droga explotándoles en la cabeza, les silbaron y se las sentenciaron. Los músicos se treparon a su Chevrolet 86 y se largaron a su pueblo, Puruarán, municipio de Turicato. Apenas habían tomado carretera cuando un comando los emboscó. Todos, salvo Carlos Hurtado, el fundador del grupo, fueron cosidos a balazos de puro AK47. El entonces procurador michoacano, Juan Antonio Magaña, diría durante las investigaciones que la ejecución “no significa que la violencia regrese” a Michoacán. Las palabras del funcionario serían recordadas por los medios serios los días que aparecían más decapitados, ejecutados y encobijados.

Michoacán volvió a dar nota a las revistas del corazón el domingo 2 de diciembre de ese 2007.

Desde la madrugada el rumor ya había corrido como bala perdida: Pablo Sergio Gómez Sánchez, el vocalista de K Paz de la Sierra, había sido levantando en la salida a Salamanca. Se lo habían advertido: “no vengas a Morelia”. Desobedeció: llegó al estadio Morelos y cantó.

¿Por qué el resto del grupo no denunció? Es algo que ellos aún tienen atorado en la garganta. Lo cierto es que un día después, en la orilla de la carretera Morelia–Chiquimitío, no muy lejos del municipio Hidalgo, donde nació el cantante, apareció su cadáver. Lo torturaron, le quemaron los testículos y lo estrangularon.

Post it

K Paz de la Sierra no ha vuelto a tocar en Michoacán y Carlos Hurtado, el de Banda Fugaz, regresó a trabajar al ingenio azucarero de Puruarán.

VI. La tropa loca

Dicen que la venganza es una úlcera que se guarda en el alma. Si eso es cierto, entonces al 12 Batallón de Infantería le brotó gangrena.

La historia arranca el 1 de mayo de 2007 en Carácuaro. El alcalde Ismael Garduño Ortega recibió el aviso: “te vamos a matar”. ¿Confiaría en sus policías? No, estaban infiltrados. No había más: había que hablarle al ejército. Y allá fue un convoy: el coronel de infantería Antioco Hernández Morales, el sargento segundo Humberto Ruiz Hernández, el cabo Armando Valentín Aguilar, el conductor Israel Téllez Villanueva y el escribiente Júpiter Francisco Carrillo Cornejo. Frente al ayuntamiento, a eso de las 10 de la noche, un comando los acribilló.

La agresión fue respondida con la toma del pueblo y más de 30 detenciones, entre

policías, prostitutas y malandrines.

El problema fue que para dar con los responsables, los militares mostraron que ellos, también, eran violentos.

En esos días, la Comisión Nacional de Derechos Humanos filtró los testimonios de cuatro menores de edad que trabajaban en un bar donde Los Zetas solían emborracharse.

Del testimonio de la chica “A”, de 16 años, se desprende que:

Los militares irrumpieron en el bar y preguntaron por la señora Carmela, la dueña. No hubo respuesta, así que los soldados empezaron a golpear a las muchachas. Con los puños cerrados, a patadas y con las cachas de las armas. Cubiertas de las caras y amarradas de las manos, fueron trasladadas a helicópteros, les jalaban el pelo y les dijeron que las iban a lanzar al mar y que iban a ser comida para los tiburones. A la chica “A” le pusieron algo en la nuca que sintió caliente y sacó espuma por la nariz; enseguida se quedó dormida. Al despertar, la desnudaron y le tomaron su declaración.

Del testimonio de la chica “B”, de 17 años, se desprende que:

El 2 de mayo, personas que portaban uniformes negros le pegaron en la cabeza, le tiraron de los cabellos, le dieron cachetadas, la aventaron hacia adentro de un helicóptero, le taparon la cara con trapos, le metieron la mano dentro de los calzones y se los jalaban. Le dijeron que si no quería un cigarrito y una cervecita. “Pinches drogadictas putas”, les decían burlándose. La menor les pidió agua y un soldado le respondió: “¿Tienes sed? Pues dame unos mamucos, para que se te quite la sed”. En un cuartel la subieron a una cama, le pusieron un trapo en la nuca, le dijeron que se abriera de piernas y se durmió. Cuando despertó, sintió mojada su vagina. También la desnudaron y le tomaron su declaración. Le dijeron que si no se largaba del pueblo, Los Zetas o ellos la iban a matar.

Del testimonio de la chica “C”, de 17 años, se desprende que:

Los militares le dijeron: “Pinches perras, aquí ni derechos humanos existen; ni el gobierno nos puede parar”. Que en el helicóptero les alzaban las faldas y les daban nalgadas. “Al cabo lo que les gusta es que las anden agarrando”. También perdió el conocimiento. Al despertar, le dolían las manos, las tenía hinchadas y moradas y no sentía su dedo pulgar izquierdo ni el meñique derecho. La sacaron del cuartel a bordo de una camioneta. Entonces un militar le preguntó a otro si él quería “echarse un palo con ella”. El otro respondió: “está bien garra”.

Y del testimonio de la chica “D”, de 17 años, se desprende que:

La patearon, le preguntaron sobre Carmela, la dueña del antro, y la trasladaron en helicóptero hasta un cuartel donde la acostaron en una cama. Unos supuestos médicos le quitaron la ropa y después le taparon la cara con fundas anaranjadas. Ya luego la llevaron a las oficinas de la PGR para que declarara.

Post it

Los responsables nunca fueron arrestados.

VII. Los hombres sin cabeza, parte 2.

Tepalcatepec es un trozo de la Sierra Madre del Sur que mide 786 kilómetros cuadrados. En su clima hay todo lo que el estepario puede ofrecer: ceiba, zapote, cardones, amole, teteches, huizaches, encino, pino, fierro y plata. En ese gris de la montaña hay un río, el Otates, donde se levantó un puente que todos llaman Piedras Blancas. Ahí, en julio de 2006, fue arrojado el cadáver de Héctor Bautista, presunto narco de la región. Su familia, temerosa de Dios, colocó ahí una cruz metálica negra en su honor.

Hoy, lo más famoso de ese pueblo es la cruz.

Fama bien ganada: entre agosto y septiembre de 2006, cinco cabezas fueron colgadas en la cruz, entre ellas la de una mujer con tres meses de embarazo.

En el pueblo se dice que es la venganza por el asesinato de Bautista, y para ello se agarran de los mensajes que fueron dejados junto a las cabezas:

Uno a uno irán cayendo, saludos al abuelo, la familia te saluda, bye chatos.

La historia va más allá.

Resulta que El Abuelo se llama Juan José Farías, a quien la PGR ubica como presunto lugarteniente de Rubén Ocegüera Cervantes, El Mencho, considerado el operador de El Chapo Guzmán en esta región. El Abuelo tiene un hermano poderoso: el alcalde priista de Tepalcatepec, Uriel Farías Álvarez, El Paisa.

El Paisa, antes de ser alcalde, tuvo que huir escondido en la cajuela de un auto y cruzar la frontera con Estados Unidos como ilegal porque un comando armado lo buscaba por toda la región. Y todo porque detalló de manera pública a Proceso la forma en que operaba el brazo armado del cártel del Golfo, Los Zetas, con la presunta complicidad del entonces presidente municipal del PRD, Marco Antonio González Mendoza.

El Paisa, un hombre robusto de 44 años y con bigote recortado, se presenta como agricultor de sorgo y empresario de espectáculos, pero Los Zetas y La Familia han circulado la versión de que él y su hermano son, en realidad, sicarios de los hermanos Valencia, los jefes del cártel del Milenio. Él, en la entrevista con Proceso, sólo admitió pelear contra narcos del cártel del Golfo y que sí, que El Abuelo creó una organización “para hacerle frente a Los Zetas”.

Post it

El Paisa ganó las elecciones con 5 mil 53 votos. El PRD obtuvo mil 200 y el PAN mil. Las cabezas dejaron de aparecer en la cruz de hierro.

VIII. Días de perros

Arnoldo Villanueva Herrera, Jorge Álvarez Arcila y los hermanos Teodoro y Juan Partida Zúñiga son las típicas personas que uno nunca quisiera encontrarse en su camino.

Eso lo saben bien en el Cereso de Mil Cumbres de Morelia.

El viernes 17 de noviembre de 2006, después de que les fue notificada una sentencia de 40 años por secuestrar, mutilar y matar sin pudor, Arnoldo y compañía se encabronaron y se les ocurrió tomar como rehenes a 14 defensores de oficio y a un custodio. Con dos pistolas 9 milímetros y una .38, los secuestradores se apoderaron del área de visitas conocida como La Palapa y de las primeras planas.

El pliego petitorio de los malandrines era igual de grotesco que el pedido por Al Pacino en la película *Dog Day Afternoon*: su salida de la cárcel, una camioneta blindada, equipo de radiocomunicación, un cocinero y alimentos mientras se mantenía la negociación.

Con las horas, los secuestradores liberaron a cinco rehenes como muestra de su buena voluntad. Pronto se desesperaron.

Aquello sólo debía terminar con sangre. Y así sucedió.

Veintiocho horas después de motín, cuatro abogados ya habían sido asesinados. Entonces los francotiradores acribillaron a Arnoldo. Los otros tres secuestradores quedaron heridos.

Post it

Diez días antes un reo había sido asesinado por un sicario que supuestamente entró con el consentimiento del subjefe de custodios, Marcelo Ortiz Herrejón, quien más tarde sería levantado.

IX. Bazuca

A eso de las 9:30 de la mañana del 7 de mayo de 2007, Carlos Valencia Rendón metió su nueve milímetros en el cinturón y salió a comprar cerveza. No avanzó mucho de la casa, la 147 de la calle Fray Melchor, en Apatzingán. Un integrante de un convoy de las Bases de Operaciones Mixtas le vio el arma y le exigió detenerse. Carlos corrió y volvió a la casa.

La lógica les dijo a los policías y a los militares que entraran al inmueble y capturaran a Carlos. Lo que no advirtieron fue que los iban a recibir a balazos de cuernos, M-16 y pistolas Magnum.

Noventa minutos resistieron los sicarios.

El ejército entendió que la bazuca era indispensable.

Fuego.

La casa se volvió una osamenta calcinada.

Se sabría entonces que eran cuatro los pistoleros: Carlos, originario de Aguililla; Jesús Ambríz Galindo, de Apatzingán; Rogelio López Guízar y Alejandra Cortés Reyes, de 26 años de edad. Estos dos últimos traían una licencia de conducir que los identificó con el domicilio Constitución de 1814, en el municipio de Apatzingán.

Se conocería, también, que habían alquilado la casa hacía cosa de tres meses, que usaban dos vehículos, tenían una cuatrimotor y que los sicarios pertenecían a La Familia.

Post it

Un tal Lemur Toy le compuso un rap-corrido a Alejandra. Se llama La sicaria de Apatzingán y dice algo así:

Los vecinos de esa calle Fray Melchor de Talamantes la veían, siempre callada, siempre distante, filosa mirada, sonrisa quebrada, siempre seria. Camina siempre callada, apenas cruzaba con el prójimo dos palabras, pero allí en la línea de fuego en la balacera ese lunes mayo 7 ya entrada la mañana cayó la gatillera del narco, la joven sicaria. Te reventaron a plomo Claudia Alejandra, tu sentencia ya estaba desde antes firmada. A las once de la mañana, hora oficial, misma en que nació una mañana, los guachos les dieron muerte a plomo, le dieron balas hasta calcinarla. Unas flores de plástico le dejaron, última memoria, en el viejo panteón en un lugar apartado. Así es hoy Michoacán, así es la Tierra Caliente.

X. Apatzingán sin policía.

Después de la balacera apareció la ambulancia. Los narcos Gustavo Arce y José Antonio Morales Vega El Muñeco necesitaban ser trasladados al hospital. Su compañero José Ángel Barrera había quedado en una banqueta de la colonia 18 de Marzo, en Apatzingán. A él debía recogerlo el forense.

Los agentes de la AFI, los que habían enfrentado a balazos a Arce y al Muñeco, le dejaron a la policía municipal el trabajo de custodiar a los heridos para llevarlos al hospital particular Santa Fe. Allí, pactaron los de la AFI, les tomarían su declaración.

Aquel 6 de junio de 2006, sin embargo, sólo Arce llegó al hospital. El Muñeco, con todo y ambulancia, se esfumó.

La AFI, ayudada por el ejército, no lo pensó dos veces: toda la policía de Apatzingán fue detenida. De los 220 agentes que fueron aprehendidos, 16 de ellos resultaron pertenecer a la red de protección de Los Zetas, entre ellos Gabriel González, director de la policía municipal.

Eso derivó en que los cuerpos policiales de alrededor también fuesen revisados. Llegó a arrestarse a 47 policías, pero sólo a unos cuantos se les comprobó sus nexos con el narco y sus relaciones con las células que el cártel del Golfo creó en todo Michoacán, conocidas como Los Halcones, Las Ventanas, Los Expertos y Los Jefes. Es decir: vigilantes, sicarios, especialistas en comunicaciones y líderes.

Post it

Los paramédicos Pablo Magaña Serrato y Lizteher Galán fueron encontrados vivos cuatro días después a bordo de la ambulancia, en el municipio de Buenavista Tomatlán.

Amordazados y maniatados, los habían torturado. No quisieron declarar. ¶

Los hombres que arrastran clavos

Óscar Martínez (originalmente publicada en El Faro)

"Ahí en Apanteos puede ocurrir una masacre en cualquier momento. Solo estamos esperando a ver qué pasa. ¿Y saben qué es lo peor? Que con nuestros recursos no podemos evitarlo". Lo dijo en aquella reunión ante los cuatro periodistas que lo rodeábamos. Ya lo había insinuado antes, pero esta vez completó la frase. Y la remató tras la última pregunta, antes de despedirnos, de pie, cerca de la puerta de su despacho: "¿Y eso lo podemos citar?" "Claro, es que de lo que no puedo evitar no puedo ser responsable".

Lo normal es que un funcionario, sobre todo si es de la rama de seguridad del país más violento del continente, enrolle los argumentos, matice, relativice... suavice, ese es el verbo. La usanza es que argumente desconocimiento, que se escabulla, que se excuse... rehúya, ese es el otro verbo.

Aquella tarde en su oficina, Douglas Moreno, el director de Centros Penales, no hizo uso de los verbos básicos del botiquín de un funcionario. Cuando eso pasa, cuando uno espera lo contrario, las palabras suenan con más fuerza, con más entonación, sobre todo en el caso de una tan potente: ma-sa-cre.

Sí, una masacre en Apanteos. Eso es lo que en aquella charla a inicios de septiembre de 2010 auguró el director del sistema de centros penales para la cárcel de Santa Ana. Una matanza entre los 3 mil 700 internos apiñados en ese espacio diseñado para un máximo de mil 800 seres humanos. Una carnicería en aquel recinto que alberga a mil 900 presos más de los que le caben.

Mi duda era si el pronóstico de Moreno era producto de la inteligencia dentro de centros penales, del conocimiento profundo de lo que tras sus barrotes se cuece o si, por el contrario, era una amenaza perceptible para cualquiera que estuviera cerca de Apanteos. Cualquier familiar, cualquier abogado, cualquier representante de reos, cualquier reo.

El siguiente día me reuní en el centro de San Salvador con alguien muy cercano a los reos comunes del país, "los civiles", los que no son pandilleros ni ex policías ni ex militares. Mi contacto es un ex reo, como casi todos los que aquí afuera representan a los que están allá adentro. Es alguien que les conecta abogados, que conoce a muchas de las familias de los presos, que sabe sus apodos y que tiene sus números de celular, esos que los presos contestan dentro de las cárceles. Aquel restaurante, aunque se anunciara como tal, de chino solo tenía las letras y algún adorno en forma de gato. Pedí pollo frito y mi contacto pidió carne frita. Ambos pedimos horchata. Era la tercera reunión que teníamos, pero la primera tras haber escuchado lo que Moreno dijo. Fuimos al grano.

-Entonces, ¿todos están esperando la masacre en Apanteos?

-Pues sí, yo te dije que ahí lo que tienen es una bomba de tiempo que va a estallar de un solo vergazo, pues.

-Pero algo se podrá hacer.

-Separarlos, eso es todo. Si el clavo que tienen allá adentro es que no les ha gustado que lleven a los muchachos de la mara.

A principios de junio, más de 100 mujeres de la Mara Salvatrucha habían llegado al sector 1 de Apanteos, una cárcel en el occidente del país que en teoría es exclusiva para reos comunes. Entonces, las alertas se empezaron a encender en los sectores 5, 6, 7 y 8. Uno tras otro, varios reos se desvelaron como miembros activos de la Mara Salvatrucha y otros como simpatizantes: familiares de pandilleros, habitantes de sus barrios, compañeros de historias. Simpatizantes. Aquellos personajes de los que un marero bien podría decir: "los dejamos caminar con nosotros".

La llegada de las *jainas* de la MS desató un efecto dominó que ni siquiera la dirección del penal se esperaba. De un día para otro resultó que cinco de los 11 sectores de Apanteos pertenecían a la MS. Hombres que se habían declarado civiles, que sabían que eso determinaría si serían recluidos en un penal de la mara o en uno como Apanteos, ahora cambiaban el guion.

-Y eso no gustó –me dijo mi informante en el restaurante de las letras chinas.

Me pregunté a quién con exactitud no le gustó, pero en los platos ya no había pollo ni carne frita y en los vasos solo quedaba la base espesa de la horchata y la conversación tenía que terminar y yo acostumbrarme a la regla de quien pregunta por lo que pasa en las cárceles: hay otra pregunta más importante detrás de tu pregunta. Hay un hecho oculto

detrás de ese hecho. Hay una historia que explica esta historia. Hubo otras masacres antes de esta masacre. En resumen: el iceberg tiene base, y vos estás parado en la cima.

Apanteos antes de los últimos muertos

Si se hiciera un casting televisivo para interpretar el papel de jefe de custodios de un penal salvadoreño, el jefe Molina tendría altas posibilidades de ganar si se presentara. Recio, compacto, bigotón, de hablar rápido y amañado por su medio. Él no te dice algo: te lo reporta; para él no es que no pase nada: es que no se registró novedad; él no se dirige a Juan o a Pedro: él le habla al custodio o al señor director o al señor periodista. El jefe Molina es el jefe de custodios de Apanteos y en mi primera visita a mediados de septiembre tuvo la amabilidad de "darme parte" de la organización del "centro penitenciario". A voz alzada, como quien pasa lista al regimiento:

-Sector 1, 176 féminas de la MS; sector 2, enfermos, delitos menores y viejitos; sector 3, reos con derecho a media pena; sector 4, penas largas y delitos graves, como secuestro u homicidio; sector 5, cumplimiento de más de dos tercios de pena; sector 6, fase de admisión y adaptación al centro; sector 7, penas de tres a 13 años; sector 8, penas de tres a 20 años, pero ahí tenemos ahorita a los mareros varones de la MS, a 269; sector 9, penas leves y procesados sin condena; sector 10, procesados sin condena por penas graves y condenados también; sector 11, es un sector especial, ahí tenemos a los internos inadaptados, desafiantes, que representan amenaza. Oiga usted, no a los malos, que aquí todos son malos, sino a los desafiantes.

Del sector 3 al 8 componen la galera, la nave central de cemento y hierro donde cada sector está dividido por muros y rejas, y los internos pueden insultarse o saludarse a través de los barrotes que dividen los bloques de celdas. Los sectores 9 y 10 están separados por poco de la galera y el 1 y el 11 lo están del todo.

La petición estaba cantada:

-Por favor, jefe Molina, déjeme hablar con el representante de los desafiantes, del sector 11.

Se quitó la gorra, se rascó la coronilla, se revolvió en la silla y llamó a su jefe, el director del penal. "Sí, sí, eso quiere... sí, le daré parte, jefe... sí, sí, como usted ordene".

-Lo sacaremos, pero acuérdesese de que esta gente es astuta y tiene tiempo para pensar en lo que dirán, y ponen caras visibles, amables, que no siempre son los verdaderos líderes, sino sus representantes.

Si lo que pretendían los del sector 11 era mostrar su cara más amable, habría que ver qué otras fisionomías hay allá adentro. Sale un tipo flaco, fibroso, tatuado desde los hombros hasta las muñecas, y con unas ojeras que le ensombrecen la mitad de su rostro de mapache. Es el representante de los "rebeldes". Representante es un cargo informal que formalmente representa a su sector. Como me dijo un funcionario de cárceles: "Si el representante no avala que entrés al sector, solo la UMO puede ayudarte".

El representante del 11, que prefiere que no publique su nombre, escuchó mi presentación y sin más se lanzó a hablar sobre las “inhumanas” condiciones que hay dentro de las prisiones. Me vi obligado, luego de cinco minutos de cortesía, a detenerlo y explicarle que no quería hablar de eso. No hace falta una investigación para saber que en un sistema apto para 8 mil 80 reos que alberga a 23 mil 48, las condiciones están a un abismo de distancia de ser óptimas. No hace falta quitarle tiempo a un reo para enterarse cuando el mismísimo director de centros penales lo reconoce y los directores de los penales cuentan anécdotas de reos que duermen parados, de olores fétidos hasta lo vomitivo, de reos que cazan gatos para hacer sopa, de enfermedades sin médicos ni medicinas, de extorsiones entre reos, de violaciones perpetradas con penes, botellas, garrotes y cuchillos, de algunos que han perdido la razón entre barrotes... No pocas, muchas anécdotas. “Allá adentro se violan derechos humanos que no han sido inventados”, ironizaba un colega que lleva meses inmerso en la dinámica de las cárceles.

El representante del 11 endureció el gesto.

-¿Entonces de qué querés hablar?

-Dicen que está por estallar una masacre aquí.

-Ajá, ¿y dicen que es nuestra culpa?

-No, dicen que hay inconformidad con los nuevos internos.

-Entonces la solución es bien fácil: sacá a esos nuevos internos, lleváelos a una de sus cárceles, a una de mareros. Sacá mañana a esos mareros del sector 8 y este penal se arregla. No podemos convivir con ellos, porque extorsionan, amenazan. No vamos a actividades deportivas porque no nos podemos encontrar, no salimos a la enfermería porque no nos podemos encontrar. Ni a programas, cine, nada, porque se nos avientan si nos ven.

-¿Les están disputando a ustedes el control del penal?

-¡No! Ya vas con lo mismo. Si aquí no es por control, es por tranquilidad que queremos que se vayan. Ellos sí quieren control, sacaron a 25 amigos nuestros del sector 8 hace unos días, se les tiraron encima. Acordate de que aquí hay quienes cumplen condena porque mataron a algún mierdoso allá afuera, y acordate que esos no se tientan para vengarse y acordate que aquí adentro uno arrastra sus clavos y todo se paga. Entonces, ¿por qué no se los llevan? Si saben que esto es una bomba de tiempo. ¿O ya no se acuerdan de la masacre de 2007?

El coordinador del 11 le llama mierdosos a los mareros. El coordinador del 11 lleva más de 10 años encerrado. El coordinador del 11 sabe que en las cárceles hay tiempo para cobrar las deudas, y lo recuerda de su última masacre.

Quien a masacre mata, a masacre muere

En las cárceles se arrastra clavos. En las cárceles se lleva marcas. Cuando eso pasa -y ha pasado-, uno, o muchos a la vez, pagan con la vida sus clavos, sus marcas. Fue en Apanteos donde ocurrió la última masacre del sistema penitenciario salvadoreño. En enero de 2007.

A las 5 de la tarde del viernes 5 de enero de ese año, los civiles de Apanteos escucharon disparos desde los garitones de vigilancia de los custodios. Disparos cada cinco minutos y rumores de rabia atrás de la pared que separaba los sectores de civiles del sector donde 500 miembros del Barrio 18 cumplían condena. No tenían ni idea de qué ocurría. Eso me contó el representante del 11 y además otro reo de otro sector de Apanteos que también estuvo ahí, y también un custodio que disparó desde los garitones.

Los rumores pronto se convirtieron en un retumbo en el sector 7. “Pum, pum, pum, sin parar”, recordó uno de los informantes. “Las paredes se sacudían. Los pandilleros estaban dándoles desde el otro lado con los catres, sabíamos que las tirarían tarde o temprano”.

Los civiles eran menos en los sectores a los que, desde el 7, los pandilleros accederían. Los civiles no eran todos amigos y la actitud común no hubo que consensuarla, se asumió con naturalidad. Algunos se acurrucaron en las esquinas, enrollados, con sus cabezas entre las rodillas; o se sentaron en los catres, como quien hace recuento del día antes de tumbarse a dormir; y los que menos, “los que sabían de su clavo”, caminaban nerviosos afuera de las celdas a las que nunca volvieron a entrar desde que escucharon los disparos. ¡Pum, pum, pum! Durante dos horas. Y la pared cayó.

Uno de mis informantes presos recuerda que entonces todo se ralentizó. El retumbo cesó y un silencio total puso dramatismo a la escena de centenares de pandilleros entrando por el hueco de la pared. “Con cuchillos, corvos, garrotes y al menos dos pistolas”. Luego, agujerearon las demás paredes y entonces tuvieron todo el interior para ellos. Pocos fueron los tontos que en los sectores de civiles echaron a correr. ¿Hacia dónde? Hacia un muro y después hacia el otro. “Como hormigas locas”.

Los pandilleros caminaban por los sectores en grupos de 30 o más. Cada líder de grupo llevaba un celular con cámara de video. La turba se detenía frente a cada civil que, como niño de escuela en pleno regaño, esperaba con la vista fija en el suelo. Levantaban por los pelos su cara, le apuntaban con el lentecito del celular y preguntaban a quien estaba al otro lado de la línea: “¿Este?”. Si la voz por el auricular respondía que no, la marcha seguía; si la voz respondía que sí, como bien describió mi informante, “le caían todos, como hienas hambrientas a un caballo moribundo. Solo veías volar los pedazos de carne”.

Desde las 7 de la noche hasta las 9 de la mañana del día siguiente, la marcha de los 18 recorrió cada sector y levantó la cara de cada civil y devoró a 27 de ellos según la versión oficial. “Fueron más”, asegura uno de mis informantes desde una prisión. “Fueron más”, asegura otro de mis informantes desde otra prisión. Y es que, según ellos, hubo algunos de los que solo quedó sangre. Gente convertida en charco. “Como a cuatro, que a saber qué clavo cargaban, los hicieron picadito en los baños, pedacitos que después tiraron a los inodoros”.

¿Pero por qué los masacraron? Y mis fuentes respondieron con la misma normalidad, hasta con asombro, como preguntándose por qué más podría ser: “Pues porque arrastraban un clavo”. “Un clavote”. Ese clavo era otra masacre. La del penal de Mariona en 2004.

En agosto de 2004, en Mariona había miembros de la Barrio 18 y civiles, muchos de estos últimos agrupados en la otrora organización criminal líder dentro de los penales: La Raza. Todo empezó, según tres reos que estuvieron en aquel momento, porque los 18 compraron a los custodios unos polines que unos albañiles que realizaban obras en el penal habían olvidado. Y dentro de un penal, un polín en manos de un reo es un arma. Punto. El Viejo Posada, heredero de la tradición de civiles amos y señores del sistema penal, heredero a la fuerza de nombres míticos como Trejo, Guandique o Bruno, le pidió a una de sus manos derechas, a Racumín, que llevara un mensaje a los 18: “Entreguen esos polines o vamos a jugar pelota con sus cabezas”.

Nunca los entregaron. El Viejo Posada ordenó que repartieran las armas a su ejército: corvos y pedazos de catres afilados. En silencio, con ayuda de los custodios que les dejaron el paso libre, ingresaron a los sectores 1 y 2, donde los 18 ya los esperaban con sus polines. Empezó el cuerpo a cuerpo. Murieron civiles y 18, nadie sabe con exactitud cuál bando fue el más golpeado, pero se estima que fue el de los civiles, porque el Viejo Posada, como explica uno de mis informantes que peleó de su lado, “se entregó a los custodios para que no lo mataran los 18. Se entregó cagado y meado, y les dio la pistola .38 que andaba”. Tras “la molleja” -como se llama a los motines en el diccionario de la prisión-, las autoridades contaron 32 cadáveres. “Más, más, como 37, si contás a los picados en los baños”. Al parecer, el subregistro de las masacres carcelarias se va por los inodoros.

A muchos de los participantes en la masacre los trasladaron de penal, y muchos, pandilleros y civiles, coincidieron en Apanteos. De ahí la revancha de 2007. Ojo por ojo, masacre por masacre. En el sistema penitenciario flota una memoria infalible. Los clavos se cargan. Las marcas se llevan. Los 18 que en 2007 estaban en Apanteos nunca olvidaron que tras el muro había deudores. Y esperaron lo que hizo falta para leerles la sentencia: “Aquí hay algunos que llevan sangre de homeboy en las manos, y ya saben a qué venimos”. Las hienas sobre el caballo moribundo. “Fue una cacería de brujas”, recuerda uno de los informantes.

Y la máxima se repite: hay una historia que explica esta historia. Hubo otras masacres antes de esta masacre. El iceberg tiene base y, para llegar a ella, tenés que descender desde la cima.

“No somos los MS, son los 18 el problema”

Era ya el gesto común con el que el jefe Molina reaccionaba ante mis peticiones: la gorra fuera, el frotamiento en la coronilla y los murmullos: “A ver, a ver, qué cosas, señor periodista”.

En esa ocasión le pedí que sacara al representante del sector al que todos quieren fuera de Apanteos, el 8, de los supuestos MS. El jefe Molina llamó por el radio a un custodio y le preguntó si era posible sacar al representante del 8 “sin que haya trifulca”. El custodio le contestó que sí, porque a los 15 minutos se sentó frente a mí en una banca lejos de cualquier otra persona un señor bajito y curtido, llegando a los 40 malvividos años, con estereotipo de albañil y ni pizca de marero. Aparte de pedir que ocultara su nombre, no prestó más dificultades para hablar y fue al meollo.

-El problema aquí es que los del 9 y el 10 son de la 18.

-Y ustedes de la MS.

-Lo que pasa es que si vivís donde hay MS, ya dicen que sos de la MS y llevás clavo y te quieren trabonear. Y uno lo que quiere es pagar su viejita, nada más. Yo no quiero ser raíz de aquí.

-¿Vos sos MS?

-Lo que pasa es que uno vive donde ellos viven, ahí los ve, y uno tiene parientes, y puede tener alguna simpatía, pero el problema no es ese... el problema no somos nosotros los MS, son los 18 que se andan llevando con los de la banda de Los Traslados, que los dominan desde el 11.

Luego me enteraría de que su hijo y hermano son MS, que él está preso por un delito cometido junto con dos miembros activos de la MS, presos en un penal dispuesto para ese grupo. Sin embargo, el pequeño albañil había agregado un nuevo nombre al mapa de poderes que esos muros guardan: La banda de Los Traslados.

Este es un grupo formado a mediados de esta década, cuando los civiles se dieron cuenta de que eso de la separación de presos en cárceles de pandilleros y no pandilleros era más media mentira que media verdad. La masacre de 2004, que tanto debilitó a La Raza -que ahora solo manda en pocos sectores de Mariona-, y la masacre de 2007 en Apanteos, fueron definatorias para la creación de este grupo. Los asesinados en 2007 eran trasladados, removidos de una prisión a otra, de Mariona a Gotera y de Gotera a Apanteos, donde se volvieron a topar, con un solo muro de por medio, con sus enemigos del Barrio 18 que sí seguían organizados. En cambio ellos, debilitados por tanto ir y venir, apenas si conocían a algunos de los civiles de su nuevo penal. Eso derivó en que tuvieran que esperar como caballos moribundos el momento de las hienas.

Con la memoria fresca de sus muertos, fueron los civiles de Apanteos los que dieron impulso a la banda de Los Traslados luego de la masacre. La lógica fue sencilla: hablemos con nuestra gente con liderazgo en los diferentes penales de civiles que, visto lo visto en Apanteos, están llenos también de pandilleros. Digámosles que adoctrinen, que junten gente, que creemos códigos y que allá donde nos manden seamos Los Traslados y que allá donde arrastremos nuestros clavos con mareros, nuestras marcas con El Barrio, no nos encuentren solos. Y entonces hubo unidad y se corrió la voz y

dominaron el negocio del tráfico de drogas dentro de sus penales y hubo un líder con varios nombres: Miguel Ángel Navarro. El Ex PNC. El Animal. Pero de él hablaremos casi al final.

Antes de que se llevaran al enjuto encargado del sector 8, le hice la misma pregunta que días atrás había hecho al representante de sus enemigos, el del sector 11:

-¿Por qué quieres dominar el penal? ¿Cuál es el negocio?

Sonrió desafiante.

-Ninguno, ninguno, solo queremos cumplir la viejita en paz.

Las revelaciones de El Gusano

Las entrañas de los penales plantean ese problema: que cuando hablan con el mundo exterior todos quieren cumplir la viejita en paz, la culpa es del otro, de la MS, del Barrio 18, de Los Traslados, pero nunca de uno mismo, de la MS, del Barrio 18, de Los Traslados.

Los líderes de sectores solo quieren hablar de las infrahumanas condiciones, pero nunca de sus disputas por poder. Y es cierto, las condiciones son infrahumanas, inmundas, injustas, pero en esa inmundicia, las disputas son por poder.

Fui de director en director, de contacto exterior en contacto exterior, de custodio en custodio, hasta encontrar a quien buscaba, un perfil poco usual. A este preso le llamaremos El Gusano. Lleva más de ocho años encarcelado en cinco prisiones, algunas de pandilleros de la MS, otras de civiles y otras de civiles y miembros del Barrio 18. Él no pertenece a ningún grupo. Si tuviera que pelear de un bando pelearía del lado de Los Traslados, del Barrio 18 o, si no queda de otra, de la MS, en ese orden. Es un sobreviviente, y esos saben acoplarse. Él sí quiere cumplir su viejita en paz y conoce la clave: un perfil bajo, a ras de piso, un gusano arrastrándose silencioso en un mundo de fieras. Viéndolo todo.

Lo primero que le pedí es que hiciera el mapa de poderes, aquel que oficialmente dibujó el jefe Molina cuando lo conocí. Esto es lo que El Gusano, agazapado, desdentado y famélico, dibujó con sus palabras:

-Lo importante es saber que en Apanteos, en el sector 11 están Los Traslados con algunos de La Máquina y de la Mao Mao (pandillas en decadencia). Los Traslados controlan otros sectores, como el 5 y 6; en el 9 y el 10 están los 18 y algunos de La Mirada (pandilla con nexos con la 18), que no tienen clavo con los del 11; y en el 8 están los MS que tienen a algunos infiltrados en los otros sectores. Se putean cuando se ven, no pueden coincidir. Los del 8 están contra los demás y andan buscando cómo encontrarse.

-¿Por qué? ¿Qué quieren?

-Hacer negocios en paz y que los demás no los hagan. Tenés que saber que aquí todo está conectado, un penal es una pieza dentro del sistema. Sirve para hacer presión, sirve para hacer motines generales, sirve para que los líderes cobren rentas, aunque sea de a poquito, a los demás sectores o a los que como yo no pintamos nada. Sirve para negociar allá arriba. Si no tenés poder, nadie te escucha y mientras más penales tengás, más te van a escuchar.

-¿Y quién es el líder?

-Mirá, si buscás al líder de Apanteos, pues ahí está, es El Cobra, del 11, pero si querés saber quién es el líder líder, preguntá por El Animal, que está en Zacatecoluca. Él es el que dice estornuden y todos estornudan. Desde aquella cárcel ladran los más perrones, y en las demás muerden sus perros.

Todas las voces, la del director de Centros Penales, la del representante de Los Traslados de Apanteos, la del representante de los MS de Apanteos, la del jefe Molina, la de El Gusano, apuntaban a un inminente enfrentamiento en esa prisión. Todos lo sabían. Hasta la voz más sometida dentro de los barrotes. Sin embargo, El Gusano ayudaba a comprender cuán grande es el iceberg y cuán poco deja ver. La masacre venidera no tenía que ver con pleitos de “me caés mal”, tenía que ver con estructuras, con dominós donde las piezas son penitenciarias y el premio es el control de centrales del crimen. Desde una cárcel, la de máxima seguridad, llegaban las órdenes, unas de El Animal y otras probablemente de El Diablito, el señalado como jefe nacional de la MS, y en Apanteos sus perros escuchaban y se preparaban. Unos infiltrando los sectores de los otros. Los otros dándose cada vez más cuenta de la estrategia y murmurando cómo enfrentar el embate. Y el sistema viendo, incapaz de meter mano, lo que se venía.

“¡Perame, que aquí se nos armó!”

Desde cuando el director de Centros Penales, Douglas Moreno, comentó aquello de que se veía venir una masacre, empecé a tener contacto con Orlando Molina, un hombre serio, con voz de mando, que es el director del penal de Apanteos desde hace poco más de un año.

El 24 de noviembre a las 12 del mediodía marqué al celular del director. Contestó. Parecía estar en medio de una obra de la construcción. Sonó como si en esa obra utilizaran mucha lámina, pues todo tronaba, un tronido metálico.

-Señor director, dicen que se desató la batalla.

-Es... Dad... Otín...

Estruendo de fondo.

-Señor director, ¿qué pasa?

-¡Perame –gritó- que aquí se nos armó!

Colgó.

A las 11 de la mañana los del sector 8, los salvatruchos y acólitos, dijeron basta. Desde hacía tres días, todos los sectores habían iniciado una recomposición del penal. Agarraban por las solapas a aquellos que creían eran mareros o esbirros del 8 y se presentaban ante los custodios: ¿se los llevan a donde pertenecen o los matamos? Así, los civiles habían vuelto a tomar control de casi todos sus sectores. Cerca de 100 reos fueron apiñados en el sector 8, escupidos por los demás sectores. Ese día 24, a las 11 de la mañana, el sector 6 hizo lo suyo y exigió lo mismo: ¿se llevan a estos 25 o los matamos? Se los llevaron y en el sector 8 no cabía la gente. Ni la rabia.

El director ingresó al sector 8 cuando sus custodios le informaron que ahí se preparaba una ofensiva contra el 6. “Es que nos están sacando a toda la gente de los sectores y eso no puede ser”, le gritó el hombre, ese con aspecto de albañil con el que semanas antes yo había hablado. Cuando el enjuto reo dijo eso, sus compañeros de sector ya invadían el tejado de la galera para acceder a los lugares de los que habían sido expulsados.

El director se movilizó al sector 6 a escuchar el argumento de los civiles. Era muy sencillo: “No podemos convivir con los MS, eso es todo”, confirmó el coordinador. El director abandonó el 6 para pensar con calma cómo actuar. En ese momento le llamé. Las láminas tronaron. Los MS invadieron el 6. El primero en caer fue ese hombre, el último reo en hablar con el director. Un objeto contundente le destrozó el cráneo a Luis Antonio Molina Ruiz, de 41 años, condenado por un delito menor, usurpación. El 8 contra el 6 y parte del 7 iniciaron la esperada batalla. Hacía mucho que se arrastraban clavos en Apanteos.

Minutos después, en el sector 8 murió de una puñalada en el corazón Víctor Kennedy Menéndez, de 25 años. “Ellos dos eran civiles, vinculados a Los Traslados. Al del 6 lo mataron por bocón, porque algún infiltrado de la mara escuchó lo que le dijo al director; al del 8 lo mataron porque era infiltrado de los civiles entre los mareros, y ese fue el momento de pagar su clavo”, me diría El Gusano cinco días después de los asesinatos.

Los custodios habían logrado desalojar gran parte del sector 6 antes de que los pandilleros terminaran de invadirlo. El director sabía que algo explotaría luego de hablar con Molina Ruiz, y ordenó evacuar a los civiles hacia otros sectores. Molina Ruiz no tuvo ni tiempo de decidir. Como dijo el director: “Fue yéndome yo y matándolo a él”. El resto, los 22 heridos por arma blanca, eran civiles que no evacuaron cuando se les indicó. Por eso fueron golpeados, puyados, magullados por los mareros –y amigos de mareros, que para este caso da lo mismo- que se replegaron gracias a que no habían logrado entrar todos y aque los custodios, disparos de por medio, consiguieron parar una masacre que ahora quizás se recordaría por al menos 24 cadáveres.

La masacre no fue más lejos por cuestión de unos segundos, por la poca rapidez del grupo de salvatruchos, por su ineficiente letalidad al atacar a los heridos. “Pero el clavo

queda ahí, y este sistema a huevo te vuelve a juntar. En el futuro será”, me dijo El Gusano.

Tal vez cuando el penal de Gotera -donde trasladaron a más de 200 pandilleros y amigos- se llene y esa gente vuelva a recalar en penales de civiles. Tal vez cuando los que quedaron en Apanteos se topen con aquellos a los que atacaron. Tal vez en un descuido. El clavo ahí queda.

El nuevo clavo

El 30 de noviembre, un hombre de 36 años apareció apuñalado en la cárcel de Zacatecoluca, la de máxima seguridad. Su nombre era Miguel Ángel Navarro. Su apodo: El Animal.

Los noticiarios dedicaron notas de alrededor de 30 segundos, los periódicos notas de media página o menos. Decían que fue apuñalado, que purgaba condena por robo agravado y asociaciones ilícitas, y que quizá se debió a una riña entre pandilleros.

Nadie se percató de que apareció muerto en la celda de su vocero y mano derecha, Iván Buenaventura Alegría, mejor conocido como “El Violador de Merliot”, sentenciado a 107 años de prisión en 2001, por agresiones contra ocho mujeres. Nadie descartó lo de riña entre pandilleros bajo el argumento de que esa celda estaba en la planta baja del sector 3 de la cárcel, donde están los civiles dividiendo a los sectores 1 y 2 de los salvatruchos del 4 de los del Barrio 18. Nadie ató cabos y pensó que quizá esto tuvo algo que ver con lo de Apanteos. Nadie relacionó que un clavo arrastra otros clavos, que El Animal era el jefe de Los Traslados, el hombre que cuando ordenaba estornudar, todos los civiles estornudaban. El hombre que, como interpretan dos fuentes del sistema penitenciario, dio la orden a los civiles de su ex penal, el de Apanteos, de que sacaran a los MS de sus sectores.

En abril del año pasado, nueve penales civiles iniciaron una rebeldía liderada por Apanteos, a la que luego se sumaron seis penales de pandilleros. Se dijo que era por las infrahumanas condiciones en las que los tenían adentro. Mis fuentes, desde aquel hombre con el que me reuní en el restaurante chino, pasando por El Gusano, hasta un ex custodio de Zacatecoluca (de los despedidos en diciembre), aseguran que hubo otro motivo: en abril, las autoridades penitenciarias trasladaron a El Animal de Apanteos a Zacatecoluca. El iceberg nunca es lo que su punta dice, o al menos no es solo eso.

El director de Apanteos me recibió por última vez el miércoles 1 de diciembre, un día después de que El Animal apareciera con más de 72 perforaciones en su cara, cuello, pecho y espalda. Orlando Molina sonríe muy pocas veces, pero cuando uno se acerca a la pregunta que él cree correcta, sonríe.

-Mataron a El Animal, director. Pareciera que los altos mandos terminaron de dirimir en Zacatecoluca lo que se inició aquí entre el sector de MS y los de civiles.

Sonrió.

-¿Usted cree? Son complicadas las cuestiones de penales y reos en este país, ¿verdad?

Es discreto y de ese tema no quiso hablar más. Sin embargo, El Gusano aseguró que entre pasillos y barrotes solo se barajan dos opciones: una, que lo mataron los MS en venganza por lo de Apanteos. Dos, que lo mataron otros civiles, aspirantes a líderes de Los Traslados, inconformes con que pusiera a la banda en contra de la mara. El ex custodio de Zacatecoluca, que llegó para encontrar el cuerpo ensangrentado, agregó: “Un interno que temía por su vida, por cercanía con El Animal, aseguró que fue Abraham Bernabé Mendoza, El Patrón, que le disputaba el liderazgo... Supuestamente del sector donde están los MS alguien dio alguna orden a los del sector 3, a El Patrón”. Quizá las dos hipótesis de El Gusano forman una sola verdad.

A El Animal lo mataron luego de que alguien tapara las dos cámaras del patio donde los reos salen en grupos de 12 durante 40 minutos al día. Lo mataron entre las 11 y las 11:20 de la mañana. Solo hay 11 sospechosos.

-Director, por poco ocurre una masacre anunciada en Apanteos.

-Sí, sabíamos que algo ocurriría, pero no en ese momento.

Los funcionarios lo reconocen con toda naturalidad. En este sistema, las masacres se pueden prever como las tormentas: se espesa el horizonte, parece que va a llover. Lo de detenerlas es otro cuento. Depende del momento en que se desatan. El director hizo una pausa y abandonó su sobrepoblado penal para ver más allá:

-Porque el problema no es que aquí iba a pasar o no, el problema es el sistema, que está deteriorado. Este fue solo un problema de los que habrá más.

-¿Más masacres?

-Tal vez. Ese no es el punto. Sufrimos las secuelas de años y años de abandono. Problemas de administración, capacitación, vigilancia, depuración, infraestructura, finanzas. ¿Por dónde quiere empezar? Todo esto tiene consecuencias prácticas. El sistema agrupó a los pandilleros para que no se mataran. Ahora, ya no le caben en sus cárceles de pandilleros. En las de occidente ya los mismos pandilleros no aceptan a más de los suyos. O sea que los devolvieron a cárceles de civiles, y estos se agruparon también. Ahora hay más grupos y todos buscan lo mismo: poder, poder, poder. Las preguntas son: ¿Cuántos grupos más se formarán? ¿Qué harás con ellos? Si ya no te caben separados, ¿los vas a juntar?

-Supongo que eso harán. Si no caben, no caben.

-Pues sí, supongo que sí.

En Apanteos hay 240 mareros o seguidores en el sector 6. Otros 250, los que más participaron en la trifulca, fueron trasladados al penal de Gotera. En Apanteos casi todos los sectores siguen en tensión con el 6. Los militares llegaron a custodiar perímetro, pero eso es de los muros para afuera. Hacia adentro, como dijo el director, “se sigue balanceando, negociando, porque tensión siempre habrá”.

En este sistema, entre los reos, corre una memoria infalible que combinada con la sobrepoblación es una bomba de tiempo permanente.

Bien dijo El Gusano: “Los clavos de uno aquí adentro no desaparecen. Los clavos solo se arrastran”.

Hoy, esos hombres arrastran otro clavo.

Los hombres que vendían a las mujeres
Óscar Martínez (originalmente publicada en El Faro)

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿En qué parte se lo hicieron?

—En la pantorrilla de la pierna derecha. Nos llevaron a un lugar donde nos hicieron el tatuaje. Nos dieron de comer y de oler una sustancia que me durmió. Cuando desperté ya tenía el tatuaje. Es una mariposa en una rama, la cual forma la zeta. Esa era la distinción, significaba que era de ellos, que era mercancía.

Grecia se ha ido. Relató dos veces de qué forma un grupo de crimen organizado utilizó su cuerpo como recipiente de lo que les dio la gana. Luego tuvo que irse. Lo relató ante las autoridades de El Salvador y ante las de México. Grecia ya no vive más en El Salvador. Es una refugiada en algún otro país. Por protocolo de seguridad pocos saben cuál es ese país.

Sé que tiene 29 años, que tiene tres hijos de seis, tres años y diez meses, que es casada y era desempleada cuando decidió migrar. Las únicas palabras de Grecia que he escuchado provienen de la grabación de una voz que no es suya. Se trata de los 52 minutos que tardé en leer para la grabadora la declaración anticipada que ella rindió para un juez en El Salvador.

En una diligencia hecha para el Juzgado Noveno de Paz de la ciudad de San Salvador, enfrente de uno de los que ella reconocía como victimario, a las nueve de la mañana del 2 de julio del año 2010, la testigo conocida como Grecia contestó a las preguntas de fiscales y defensores que le preguntaron qué le ocurrió. Cómo sobrevivió.

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿Por qué razón fue citada por este juzgado? Usted fue citada por este juzgado para que se haga justicia sobre los delitos de secuestro, violación y trata de personas cometidos en su contra. ¿Cuándo inició el viaje a Estados Unidos?

—El día 13 de abril del año 2009.

—¿Con qué intención inició el viaje?

—Debido a la situación económica del país.

—¿Con quién inició el viaje?

—Con el señor Ovidio Guardado

—Describa físicamente al señor Ovidio.

—Es una persona del sexo masculino de 69 años de edad aproximadamente, piel blanca, cabello corto, canoso, ondulado, de 1.77 aproximadamente de altura, sin dentadura. Tiene una cicatriz en la cabeza.

—¿Qué hizo este señor?

—Me engañó. En ningún momento me dijo que era coyote. Dijo que íbamos a ir a Estados Unidos, y ya estando en México mostró su verdadero objetivo.

—¿Y cuál era su objetivo?

—El primer objetivo de él era violarme, pero debido a la situación, esto no pudo ser.

—Cuando se menciona que inició el viaje, ¿cuántas personas la acompañaron en este viaje?

—Solamente el señor Ovidio.

Ovidio es un campesino moreno y arrugado, pero aún fuerte, como un árbol seco, sin hojas, pero que seguirá en pie por años. Ovidio es pariente del esposo de Grecia. Ovidio es vecino de la mamá y de la suegra de Grecia. Grecia confiaba en Ovidio.

Tal como le ocurrió a Grecia, el anzuelo en la mayoría de casos de mujeres convertidas en mercancía es la esperanza de salir de la pobreza. Uno de esos casos es el de la red de Barberena, que no solo habla de la procedencia de las víctimas, sino que revela muchas otras facetas de los grupos de tratantes de la región. La de Barberena era una estructura de 12 hombres y una mujer que operó hasta 2006 en Barberena, un municipio rural del departamento guatemalteco de Santa Rosa, en la costa Pacífica de aquel país. Una red asesina que incluso tenía una finca de maíz donde hacían sangrientos rituales para vestir de pánico a sus víctimas. Una red corrupta que tuvo la suerte de que un juez salvadoreño dejara en libertad a la mayoría de sus integrantes. Pero de esas facetas de la red ya habrá tiempo de hablar. Ahora mismo, lo que interesa es que ese grupo criminal arroje pistas de la selección de las víctimas.

La red de Barberena operaba desde el bar El Pantanal. La modalidad de engaño era sencilla. Enviaban en expedición a hombres salvadoreños o mujeres salvadoreñas que tras años de ser obligadas a servir sexualmente en El Pantanal —una de las sobrevivientes estuvo siete años encerrada ahí— terminaban creando una costumbre insana a la que se llega a través del exceso de maltrato.

Enviaban a estos hombres y mujeres a cantones y caseríos de los departamentos fronterizos de Santa Ana y Ahuachapán en El Salvador. Recorrían las humildes casas con la excusa de ser empleados de un supermercado y un comedor recién abiertos en

Barberena que necesitaban de personal. Ofrecían 70 dólares semanales más todos los costos del traslado hasta Barberena, e incluso 50 dólares en mano para que la engañada dejara a su familia.

Los cuatro países del norte centroamericano son de origen, tránsito y destino de víctimas de trata, en los cuatro países ocurren casos de explotación sexual. Las cifras explican que Nicaragua, El Salvador y Honduras son los países de donde provienen la mayoría de las víctimas del mercado de la trata del norte de la región. Guatemala es el lugar por excelencia donde esas víctimas son esclavizadas. Y los cuatro son, gracias a los miles de migrantes que producen, la gran cantera de los tratantes mexicanos. Los expertos – oenegés, fiscales, policías, organismos internacionales– explican que la vecindad con México y el enorme flujo de migrantes que atraviesa Guatemala hacen de ese país un lugar ideal para las bandas de trata.

Los timadores que recorren cantones, aldeas y caseríos no trabajan como mormones que van de casa en casa buscando que con suerte les abra la puerta alguien dispuesto a tragarse su monserga. Estos timadores conviven en la zona, son de sus alrededores, conocen a los pobladores, se hacen pasar por benefactores, echan raíces con nombres falsos. Algunos, dice la encargada de atención psicológica de víctimas de trata de la Fiscalía salvadoreña, Silvia Saravia, saben tanto de las mujeres a las que se acercan, que incluso saben si han sido violadas en su entorno cercano. Los tratantes huelen el desamparo y la vulnerabilidad como los tiburones la sangre.

Las mujeres desesperadas que aceptaban debían viajar casi una hora hasta llegar a las puertas de El Pantanal. Sin ninguna demora, eran recibidas por hombres armados y una mujer guatemalteca, Sonia García. Sonia les pedía que cambiaran su ropa conservadora, de mujer evangélica en muchos casos, y que vistieran la minifalda y la camisa de amplio escote y colores chillones que les ofrecía. Les decía que desde ese momento debían salir a la sala principal de la casona y convencer a los hombres borrachos de que pagaran 50 quetzales (unos siete dólares) por desfogarse con ellas durante 30 minutos. Ellas, las víctimas, normalmente decían que no, que ese trabajo no era el acuerdo. Entonces, los hombres que rodeaban a Sonia, salvadoreños en su mayoría, les explicaban con los puños y con bates de beisbol que no se trataba de una oferta, sino de una orden.

Cuando en el penal de Apanteos, en Santa Ana, conversé a mediados de agosto con Rigoberto Morán Martínez, uno de los seis condenados por ser de la red de Barberena, él dijo que casi ninguna de las mujeres trabajó la primera semana durante los cerca de dos años que él sirvió en El Pantanal. La mayoría pasaba la primera semana con la cara desfigurada, morada. Y a los clientes de El Pantanal, las mujeres de rostro morado no les gustaban. Pero la conversación con Rigoberto, un hombre que toda su vida ha utilizado un fusil como herramienta de trabajo, nos enseñará luego otras lecciones.

A finales de 2007, 16 de las sobrevivientes de El Pantanal rendían declaración en el juzgado salvadoreño. Veintiséis mujeres en total habían sido rescatadas en un operativo conjunto entre la Interpol de Guatemala y la Fiscalía y Policía salvadoreñas. 20 de ellas eran salvadoreñas. Las otras seis eran nicaragüenses y guatemaltecas. Esto debido a que la mayoría de enganchadores de la red eran de El Salvador.

El informe de este año publicado por la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito explica que en El Salvador, las víctimas de trata para explotación sexual

detectadas por la Policía entre 2005 y 2010 eran en un 79% nacionales. En cambio, en Guatemala, en el mismo período, solo el 4% de las víctimas era de ese país. El 89% eran personas de Honduras, El Salvador y Nicaragua.

El consenso de estudios y expertos es que las víctimas, eso sí, proceden de un lugar común entre estos países de Centroamérica: la pobreza.

Una salvadoreña rescatada de El Pantanal era menor de edad. Durante el proceso, para que rindiera declaración como testigo protegida, a ella le llamaron Carmencita. Sobre por qué aceptó, a sus 15 años, dejar a su familia e ir a trabajar a Barberena, esta fue su respuesta:

—Había días que mi mami no tenía para comprar frijoles.

Sobre aquello que tuvo que soportar en su búsqueda por conseguir esos frijoles, Carmencita dijo esto:

—Había días en los que estaba hasta con siete hombres, pero como a mí no me gustaba nada de eso, hacía berrinche. Un día que el dueño se puso bolo, nos comenzó a pegar con el machete y a mí me hirió la pierna. Yo, llorando, le decía que me llevara al hospital. La herida se me infectó, y sólo me decía que me limpiara la pierna porque daba asco a los clientes.

A los clientes, una niña de 15 años con una herida profunda en la pierna lo que les daba era asco.

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿Y luego qué pasó?

—Una vez llegada la noche, el señor Ovidio me llevó hacia un establo que se encuentra a unas cuatro horas de un río que se llama Las Palmas. Eran las 11 de la noche aproximadamente, solo se veían tres caballos. Él me dijo que su Dios le había hablado y que yo tenía que ser de él.

—¿Hizo algo?

—Me puse agresiva, no me dejé tocar. (Ovidio) Se puso violento, me amenazó con una uña larga que tenía, dijo que no era la primera vez que mataba a una persona con una uña. Le dije al señor Ovidio que iba a hacer mis necesidades. En ese momento intento huir, salgo corriendo, llego a un lugar que le dicen El Batallón. Corrí por 45 minutos. Les dije que venía huyendo porque el señor Ovidio quería abusar de mí. Un soldado me contestó que no me preocupara, que me quedara a dormir en ese lugar.

Según su relato, al quinto día de haber salido de El Salvador, ya en México, en el Estado de Tabasco, Grecia se separó de Ovidio. Antes de que lo hiciera, recordó Grecia, él le dijo que conocería el infierno en la tierra. Luego de dormir una noche frente a una guarnición militar mexicana, Grecia volvió a buscar el camino para llegar hasta las vías del tren de Tenosique, la ciudad mexicana que abre la ruta Atlántica del llamado Tren de la Muerte, que abordan los polizones centroamericanos que buscan una mejor vida en Estados Unidos. Grecia encontró a un grupo de migrantes de diferentes países de la región y les preguntó si podía unirse a ellos, les contó lo que Ovidio había intentado una y otra noche durante el viaje. Ellos le respondieron que podía unirse. Y con ellos llegó

hasta las vías, un sitio que Grecia describe de la siguiente manera: “Hay champas, hay tiendas, en la parte de enfrente hay como un hotel desalojado, también hay un pantano, había más personas indocumentadas y personas armadas”.

Tenosique, casi frontera con Petén, Guatemala, es una de las ciudades malditas de la migración. De hecho, el hotel al que Grecia se refiere es un hotel que funcionó hasta principios de 2009, y era utilizado por grupos criminales para alojar a los migrantes secuestrados antes de trasladarlos a otras ciudades del norte. Paradójicamente, el nombre del hotel era California.

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿A qué se refiere con personas armadas?

—Se encargan de llevar gente hacia arriba. Iban con jeans y camisas. Dominaban el lugar, ellos mandaban, controlaban las zonas de las vías del tren. Mencionaron que eran de una organización denominada Los Zetas, y que mandaban en la zona.

—¿Cuántas personas estaban en ese lugar?

—Unas 20.

—¿Qué tipo de armas tenían?

—Eran fusiles, armas grandes, pistolas, un hondureño que estaba ahí decía que era una Uzi...

—¿Quién vigilaba a las mujeres en El Pantanal? –le pregunto a Rigoberto en este patio conocido como la zona verde del penal de Apanteos en El Salvador. Rigoberto es un hombre de 48 años que estudió solo un año en la escuela, que cultivó milpas de maíz toda su infancia y adolescencia, que en 1982, cuando tenía 18 años y la guerra civil salvadoreña apenas empezaba, fue reclutado por el Ejército, que cuando la guerra terminó siguió trabajando de cargar un fusil, en este caso como guardia de seguridad de una empresa de esas que alquila hombres como Rigoberto a negocios, farmacias, tiendas, supermercados, ferreterías...

—Era gente confiable de él, familia de él. Hombres armados –contesta este hombre bajito, recio, fibroso, de rostro anguloso con un delgado bigote. Se refiere a los hombres de Adán Cerritos, el jefe de la banda de tratantes de Barberena.

—¿Llevaban armas largas?

—¿Y no de eso estamos hablando, pues?

—¿Custodiaban a las mujeres todo el tiempo?

—Todo el tiempo.

La banda de Barberena dibuja con trazos claros muchos de los rasgos comunes de los tratantes de Centroamérica. Uno de esos rasgos es el de la confección del grupo con gente cercana, parientes de ser posible, que administran los burdeles; y, más abajo, unos pocos empleados sin poder, enganchadores y matones que se encargan de llevar chicas y atizarlas a golpes de vez en cuando. Si bien la banda de Barberena era una banda internacional que engañaba mujeres en tres países, no dejaba de ser un grupo pequeño, que lejos de parecerse a las monstruosas estructuras de los cárteles de la droga, optó por

consolidar su bastión único en la comodidad de lo apartado y lo rural. Ahora, ser una banda pequeña no implica ser una banda solitaria.

—¿Por qué nunca denunció lo que pasaba ahí? —pregunto a Rigoberto, concediéndole por un momento una pizca de credibilidad a su argumento de que él era un simple “barrendero, cholero” en el bar El Pantanal. Rigoberto, tras dos años prófugo, fue condenado a seis años de prisión por el delito de trata de personas en febrero de 2011. La condena máxima en El Salvador por el delito de vender a alguien para que sea utilizado como un objeto es de diez años, tres meses y tres días en el caso de que haya agravantes, como que la víctima sea menor de edad. La versión de Rigoberto es que él llegó hasta ahí engañado por una salvadoreña que era enganchadora de la red de Barberena, cocinera en El Pantanal, y de la cual él se había enamorado perdidamente.

—Porque allá no se podía, ya le dije, estaba vendida la policía de allá. No se podía. Arriesgaba mi vida. Podía ser muerto. Yo no sé cuánto dejaba de dinero (Cerritos a la policía) —contesta mientras el sol cae.

—¿Nunca vio mujeres escapar o pedir ayuda?

—No se podía. Tal vez yo hubiera sido uno de los que les diera ayuda, pero no se podía, porque ese hombre (Cerritos) tenía comprada a toda la policía de Cuilapa, de Barberena. Cuando iba a llegar gente de la capital a hacer un cateo de mujeres, la policía ya le había avisado que escondiera a las mujeres. Tal vez dejaba a algunas mujeres que estaban legales. A las demás las escondía en un lugar ahí mismo en el bar, o un día antes las llevaba a esa mentada finca. Había un montón de cafetales alrededor, y él sembraba 60 manzanas de milpa.

La red de Barberena, pequeña y discreta, dueña de un solo burdel, operaba a escala como toda gran red criminal: corrompiendo. Rigoberto asegura que los policías de Barberena y Cuilapa, municipio vecino, pasaban a recoger semanalmente el pago que Cerritos les daba, y que además eran clientes VIP en El Pantanal, al igual que algunos empleados de las alcaldías de esos mismos municipios.

Las alianzas no terminaban ahí, Rigoberto explica que pandilleros de la Mara Salvatrucha de la zona de Ahuachapán, frontera con Guatemala, operaban también como enganchadores. De hecho, un pandillero salvadoreño, Marco Antonio Godoy, cumple condena como parte del grupo de tratantes.

La red de Barberena, pequeña y discreta, operaba a escala como toda gran red criminal: cometía todos los delitos a su alcance si estos dejaban lucro. Durante el juicio, dos de las mujeres rescatadas de El Pantanal aseguraron que en varias ocasiones los dueños del negocio vendieron por cantidades cercanas a los 5,000 dólares a recién nacidos paridos por las mismas víctimas de trata.

El Salvador logró en 2011 ganar 11 casos de trata, todos de grupos pequeños. Y a pesar de que el número de casos ganados suena a poco, es el país centroamericano que más triunfos por este delito ha obtenido en las cortes hasta 2011, lo que habla de algún avance, pero de ninguna manera de un ideal en el tema.

La trata es un delito al alcance de la mano. Las víctimas pertenecen al ejército de los nadie de esta región, y los victimarios no necesariamente son delincuentes de trayectoria

en el rubro, sino que muchas veces son emprendedores del mundo del crimen que ven en este delito un cóctel de ingredientes, entre estados débiles y víctimas desamparadas, muy apetecible. La UNDOC establece una constante desesperanzadora: solo una de cada 30 víctimas de trata en la región será detectada.

Los de Barberena, a comparación de otros tratantes, eran una red consolidada. Por ejemplo, en El Salvador, Ángel Mauricio Ayala, Kevin Oswaldo Chicas Lobato y Joel Josué Mendoza fueron condenados en 2011 a seis años y ocho meses de prisión por haber obligado a dos nicaragüenses que buscaban empleo en el oriental departamento de San Miguel a prostituirse en una cervecería y, a la que consideraban demasiado vieja para atender clientes, a servir sin paga como empleada doméstica. La vieja tenía 24 años.

Nelson Orlando Campos y Juan Humberto Ramírez Carranza engañaron a dos adolescentes guatemaltecas que, en lugar de modelar ropa, terminaron aplastadas por hombres sudorosos en una cervecería. Penan nueve y ocho años un mes. O Juan Alfonso Cuéllar, que vendió en México a una salvadoreña que viajaba indocumentada rumbo a Estados Unidos y que terminó siendo explotada sexualmente en ese país en un caso similar al de Grecia. Fue condenado a cuatro años el 9 de agosto del año pasado. Eso quiere decir que el 9 de agosto de 2013, al cumplir media condena, y si ha sido un reo ejemplar, podría pasar a fase de semilibertad, en incluso a libertad condicional. “¡Él vendió a un ser humano!”, se quejó indignada Violeta Olivares, la coordinadora de la unidad especializada de trata de la Fiscalía de El Salvador (FGR). En esa unidad, a las condenas de trata como poco las tildan de risibles. “Una mierda de penas”, me dijo una fiscal del equipo en un arrebató de franqueza. En El Salvador, un hombre que cometa el delito de robo, que, por ejemplo, asalte un bus y se lleve celulares, carteras y anillos, y sea detenido y condenado, estaría más años en la cárcel que Cuéllar, que vendió a una mujer. El ladrón recibiría entre seis y 10 años. El tratante recibió cuatro.

El Salvador reconoció este crimen en su Código Penal a partir de 2003, la primera condena se logra en 2006, van 39, y es hasta ahora que el tema parece retomarse con cierta fuerza con la creación del Consejo Nacional contra la Trata de Personas en septiembre de 2011. Ahora, ese consejo empieza a tapar los huecos de un muro en el que escasean los ladrillos.

En la conversación en el penal de Apanteos, Rigoberto Morán Martínez, el tratante de Barberena, que dice que llegó al bar El Pantanal bajo engaños de su amada, acaba de cometer un error que solo le deja argumentos absurdos para mantener su fachada de inocente. Su charada era decir que él no denunció por miedo, porque la policía estaba comprada y él era un simple sirviente bajo vigilancia. Sin embargo, en la plática admite que él trabajó ahí en dos períodos, y que en medio de eso regresó a descansar a El Salvador.

—Cuando ya se había ido por primera vez, sabiendo cómo trabajaban ahí, ¿por qué volvió a El Pantanal? —le pregunto a Rigoberto.

—¿Por qué volví? —intenta ganar tiempo cuando se da cuenta de su error.

—Si ya sabía que las tenían encerradas y las maltrataban, ¿por qué volvió? —pregunto de nuevo.

—Quizá no entienda... Hay cosas que estamos hablando... Quizá hay cosas que no las entienda. ¡Sabemos que las brujerías, las hechicerías, existen! La mujer de este señor

(Cerritos) trabajaba así, con brujería. Adoraban a un tal San Simón. Así trabajaba la señora de él. Cuando la gente se iba y no quería llegar, la hacían llegar con esas cosas – responde el tratante de la red de Barberena.

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿Cómo llegan las personas que menciona que dominaban la zona?

—Llegaban en carros, armados, entraban y salían.

—¿Cuántos días pasan en ese lugar?

—Tres días hasta que llega el señor Ovidio.

—¿Qué hacían las personas armadas?

—Ellos decían que nos uniéramos a la organización, que nos darían trabajo y comida. Eran el grupo de Los Zetas. Que me iban a pagar el viaje, que me darían comida.

—¿Qué trabajo le ofrecían?

—Que le iba a cocinar a la gente que estaba secuestrada, era más o menos el 20 o 22 de abril del año 2009.

Resumiendo: A este momento del relato, Grecia estaba en Tenosique, México, al inicio del camino de los indocumentados. Estaban en un municipio dominado por Los Zetas. Grecia se había alejado de Ovidio luego de que él intentara violarla en un potrero abandonado, y se había refugiado en un grupo de indocumentados salvadoreños y guatemaltecos.

—¿Qué sucedió cuando Ovidio llegó?

—Se me quedó viendo con una risa burlista y se fue para la casa de ellos (Los Zetas). Estaba como a cinco metros, se dirigió donde Chicho, un chavo de entre 24 y 29 años de edad con una cicatriz en la mejilla izquierda. Era de la organización. Hablaron como 45 minutos con Ovidio. Me miraban, me señalaban, yo estaba con el grupo de personas al que me había pegado.

En ese momento del relato, Grecia cuenta su viaje en tren junto a otros indocumentados secuestrados, custodiados por hombres armados que amenazaban de muerte a quien intentara escapar. Los Zetas utilizaron el tren para transportar a sus secuestrados. El tren de Tenosique viaja rumbo a Coatzacoalcos, Veracruz, y en el camino hace una serie de escalas en pequeños pueblos y rancherías aisladas. En uno de esos pueblos extraviados, en Chontalpa, Grecia recuerda que un salvadoreño de Los Zetas a quien llamaban El Pelón intentó venderla a un señor. Se supone que El Pelón quería hacer un favor a Grecia, pues le dijo que allá arriba a donde iban se sufría mucho. La venta no se consumó, y Grecia luego averiguaría que El Pelón no mentía. Entonces, el fiscal retomó la historia haciendo retroceder a Grecia en su relato.

—Cuando menciona la acción de vender, ¿ya lo habían hecho antes?

—Sí, el señor Ovidio... En mi cara le dieron el dinero por mí.

—¿El señor Ovidio iba en el tren?

—No, se fue a El Salvador con el dinero que le dieron.

—¿Cuánto le dieron?

—Dicen que 500 dólares... Chicho (uno de Los Zetas) me dijo.

—¿Luego qué pasó?

—Nos subieron a los camiones y nos llevaron a Reynosa... De Veracruz a Reynosa dura como un día y medio. Era el 26 de abril de 2009, era domingo.

A partir de ese punto, Grecia describió un clásico secuestro de indocumentados por parte de Los Zetas.

Reynosa está en Tamaulipas, el Estado bastión de Los Zetas: ahí aparecieron los 72 cadáveres de indocumentados en agosto de 2010, ahí atraparon este mes de septiembre a El Coss, considerado líder del Cártel del Golfo, la organización que dio vida a Los Zetas, ahí aparecieron 49 cuerpos más, sin cabeza, sin extremidades, el pasado mayo, bajo una enorme Z pintada en una pasarela sobre una autopista.

Al grupo de cerca de 300 migrantes los dividieron en tres casas de seguridad. Encerrados en cuartos sin ventilación, húmedos y oscuros, eran visitados por hombres con armas de fuego y bates que aseguraban que a aquel que no diera el número de teléfono de algún familiar al que pedirle rescate sería torturado. Y entonces, como siempre, algún centroamericano se resistió a dar ese número, se resistió a perder esos 300, 500, 700 dólares que suelen pedir, e intentó resistir la tortura, y todo el grupo de Grecia tuvo que ver cómo los hombres armados hacían chillar a uno que otro y prometían volver por más reacios. Así, contó Grecia, transcurrieron los primeros tres días. Al tercer día, apareció Omega.

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿Puede describirlo?

—Alto, gordo, con bastante papada, blanco. También le decían Omega, Kike o el Apá. Le dijeron que había unas salvadoreñas como a él le gustaban. Nos señalaron, nos sacó del cuarto para poder ver bien si éramos bonitas. En el cuarto no había mucha luz. Era el jefe de la casa de seguridad.

—¿Por qué dice eso?

—Porque era una de las personas que llamaban a los familiares y les cobraba.

—¿Se quedó en esa misma casa?

—No, me cambiaron de casa, me llevaron a una colonia residencial, a 10 minutos. En los camiones que nos habían trasladado hasta Reynosa. Iban varias personas. Nuevamente nos acuestan en el suelo. En ese lugar fui violada por Omega. Me pegó en la cara, porque le dije que ocupara condón. Me dijo que yo no estaba en lugar de pedir nada. Los abusos fueron constantes, y no solo él.

—¿Podría reconocer a esas personas en persona o en fotografía?

—Sí.

—¿Qué más pasó?

—Los abusos fueron constantes, y no solo él, unas ocho o nueve veces abusó de mí. Decía que él disfrutaba, que tenía que disfrutar también yo. Que no era para que sufriera.

Me pegaba. Lo mismo pasaba con las demás personas, pero las que a él le gustaban era el primero en abusar de ellas.

Fueron, recuerda Grecia, varias semanas de abusos y golpes. Grecia asegura que pasaron tres meses y que, a pesar de que su familia en Estados Unidos ya había depositado el dinero de su rescate, ella fue vendida de nuevo.

—¿Cuánto tiempo pasó esto?

—Los tres meses, ya habían pagado todo el dinero, pero me dijeron que me iban a sacar más lucro. Me vendieron nuevamente a un bar que se llama La Quebradita. Ahí me llevaron a prostituirme. Era como una discoteca bar. El primer día fuimos rechazadas. Nos dijo la señora que era la encargada del bar que no teníamos la marca, porque éramos varias las que llevaban, y teníamos que tener marca. No sabía qué era, pero es un tatuaje.

—¿En qué parte se lo hicieron?

—En la pantorrilla de la pierna derecha. Nos llevaron a un lugar donde nos hicieron el tatuaje. Nos dieron de comer y de oler una sustancia que me durmió. Cuando desperté ya tenía el tatuaje. Tenía ardor en la pierna, porque sangraba, no mucho, sino por gotas. Es una mariposa en una rama, la cual forma la zeta. Esa era la distinción, significaba que era de ellos, que era mercancía. Eran cinco mujeres más, se lo pude observar como a cuatro mujeres más en distintos lugares, brazo, espalda, pecho, de distintos colores. El que yo tengo es entre negro y verde. Luego de habernos marcado ingresamos al lugar y comienzan a prostituirnos con los clientes que son de la misma mafia. Los clientes pagaban por nosotras y no recibíamos dinero a cambio. No sé cuánto pagaban.

Grecia cuenta que los clientes la forzaban a fumar crack, a consumir cocaína. Grecia cuenta que los clientes jamás aceptaban utilizar condón. Grecia cuenta que así pasó más de un mes. Grecia cuenta que durante ese tiempo nunca salió, que su vida fue la casa de seguridad, el bar La Quebradita y algunos moteles donde la llevaban los clientes. Grecia cuenta que si un cliente la llevaba a un motel siempre los acompañaba un hombre del bar que la custodiaba. Grecia cuenta que era normal que la golpearan, sobre todo por no querer tomar alcohol o por verse poco entusiasta a la hora de ofrecer su cuerpo a los clientes de La Quebradita. Grecia cuenta que una vez la golpearon tan fuerte que le quebraron la nariz.

Tanto la fractura de nariz como el tatuaje fueron constatados por médicos del Instituto de Medicina Legal en El Salvador, y forman parte del expediente fiscal del caso.

Grecia nunca intentó escapar. Pocos querrían hacerlo si hubieran visto lo que Grecia vio.

—¿Pasó algo más?

—Sí, a Sonia. La dejaron ir porque sus familiares ya habían pagado el secuestro. Los fue a denunciar a Migración. Los de Migración la entregaron a ellos mismos. La quemaron viva, la golpearon muchas veces con un bate. Le decían que eso no se hacía, que con ellos no se jugaba, que había perdido la oportunidad de ser libre. Nos decían que eso nos va a pasar si decíamos algo.

—¿Qué le provocó la golphiza a Sonia?

—La muerte.

—¿Con qué la golpearon?

—Con un bate, pero como no se moría, le prendieron fuego con gasolina. Gritaba de dolor, y ellos le pegaban más. Media hora, 45 minutos. El cuerpo quedó irreconocible, carbonizada, no se le veían pies. Carne quemada sin cabello. La colocaron en un altar de la Santa Muerte ahí mismo.

En los expedientes judiciales se consigna que el caso Barberena fue descubierto gracias a una denunciante. Basta conocer su periplo para saber que llamarle denunciante a esa mujer es tan simplista como llamarle activista a Gandhi. Esa sobreviviente es una de las 16 mujeres que declararon en el juicio salvadoreño bajo identidad protegida.

El dueño del bar El Pantanal, el tratante Adán Cerritos, tenía una finca de 60 manzanas de milpa rodeada por cafetales. La finca estaba en una de las zonas más rurales del municipio, en las afueras, más allá de la penitenciaría El Boquerón, una de las pocas razones por las que se habla de Barberena de vez en cuando. Esta red de tratantes diversificaba su delito, e igual cometían trata en la modalidad de explotación sexual que en la modalidad laboral. Las mismas mujeres que de lunes a jueves trabajaban la milpa, de viernes a domingo eran abusadas por decenas de hombres en El Pantanal.

Esa finca, según los testimonios que recogió la Fiscalía, y según el tratante con quien hablé, era también el lugar de castigos y escondite del grupo criminal. Ahí ocultaban a las mujeres cuando los policías corruptos de Cuilapa y Barberena les avisaban que venía un operativo de verificación desde la capital guatemalteca. Ahí esclavizaban en las milpas los fines de semana a aquellas que, debido a los golpes, no estaban aptas para el consumo de los clientes de El Pantanal. Ahí también les enseñaban que los castigos incrementarían en intensidad hasta las últimas consecuencias.

En una ocasión, relataron las sobrevivientes a las fiscales, las ubicaron en círculo, durante la noche, allá en la finca. En medio del círculo, dos hombres y una mujer. Afuera del círculo, hombres armados, resguardando que ninguna echara a correr. Los dos hombres mataron a golpes a la mujer en medio del círculo durante un ritual que duró varios interminables minutos. La mujer había intentado escapar de El Pantanal.

No fue la única. La mujer anónima que luego sería la denunciante vivió una situación similar. Sus constantes negativas a seducir a los clientes de El Pantanal le costaron una paliza de tales dimensiones que los tratantes pensaron que la habían matado. Dejaron el bulto ensangrentado en la finca y decidieron que se desharían de él al día siguiente. La mujer, la sobreviviente, despertó por la noche de su inconsciencia y poco a poco arrastró sus huesos molidos hasta la carretera. Desde ahí, de alguna manera que no se especifica, la sobreviviente llegó hasta la frontera y, ya del lado salvadoreño, se derrumbó frente a los policías, a quienes contó su calvario. En menos de una semana, la Fiscalía salvadoreña armó un operativo en coordinación con la Interpol en Guatemala. La coordinadora fiscal, Violeta Olivares, es muy clara cuando explica por qué no llamaron a la Policía guatemalteca: “No confiábamos en ella”.

En 2006, el juez especializado de Santa Ana, Tomás Salinas, creyó que ninguno de los ocho salvadoreños de la red de Barberena atrapados tenía por qué estar arrestado durante el juicio. Dio medidas sustitutivas, les permitió salir y que llegaran cuando se les convocara para diligencias. Algunos de los miembros de la red, al saber del operativo en El Pantanal, habían cambiado de domicilio en El Salvador, intentaban esconderse cuando

fueron capturados. El juez pensó que los hombres que fueron atrapados escapando no escaparían. Todos escaparon. La Fiscalía apeló, y la Cámara Especializada en temas de crimen organizado revocó la decisión del juez Salinas. Ordenó que los capturaran a todos. De los ocho que el juez Salinas sacó de las rejas, seis han sido atrapados, el último de ellos es Morán Martínez. Dos siguen prófugos.

No es la única vez que Salinas dispuso enviar a casa a un procesado, para que este enfrentara el juicio en libertad. El caso más reciente es el de José Antonio Terán, mejor conocido como "Chepe Furia", un viejo líder pandillero deportado de los Estados Unidos en 2006, fundador de una poderosa clica de la Mara Salvatrucha en el occidente del país, los Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya. Un grupo de cerca de 45 pandilleros, acusados de 11 asesinatos. En 2011, el juez Salinas excarceló a Terán para que enfrentara libre el juicio por su liderazgo de la clica. Consideró que, ya que era un hombre de familia, no iba a fugarse. Su decisión fue revocada por un tribunal superior, pero Terán ya huía. Fue recapturado este año, y ahora enfrenta juicio no solo por asociación ilícita, sino por el asesinato de un testigo protegido de la Fiscalía. La Fiscalía ha promovido un antejuicio en contra del juez Salinas por haberse negado a enviar expedientes necesarios para culminar un proceso penal.

Los sicarios asesinan. Los traficantes corrompen, matan o amenazan A, B o C. Las bandas de robacarros son un rayo, actúan en un santiamén. Los tratantes son como el agua que horada la piedra: inclementes, persistentes. Ellos necesitan a su víctima viva y asustada. Viva y aterrorizada. Viva y sumisa. Las golpizas de la finca de Barberena no eran un correctivo para las atizadas. Ellas eran, para los tratantes, muertas vivientes. Las golpizas eran un correctivo para las demás mujeres: vean lo que les puede ocurrir.

El palo, el puño y la violación son el principal método de sometimiento de las redes criminales centroamericanas dedicadas a la trata. Tanto el jefe de esa unidad fiscal en Guatemala, Alexander Colop, como su colega salvadoreña, Smirna de Calles, coinciden en que un patrón en el delito de trata es que los jefes de la banda violen a las víctimas. "Son los primeros en rebajarlas, en utilizarlas, en imponerse ante ellas", dijo Colop. Tal como lo vivió Grecia.

Como dice el auxiliar fiscal de la Fiscalía Especial Contra la Impunidad de Guatemala, Julio Prado, si bien las bandas como las de El Pantanal, que engañan víctimas que vienen de mundos ruines, que tienen armas cortas principalmente y técnicas brutales, son los grupos que más abundan en el norte de la región, esto no implica que no existan bandas más sofisticadas.

Prado asegura que en los peores lugares donde ha participado en operativos de rescate de víctimas, estas eran obligadas a entregarse 15 minutos a cualquier hombre a cambio de 50 quetzales (6 dólares), que eran cobrados por el tratante, mientras que ha visto casos de colombianas o rusas por las que algunos clientes pagan 500 dólares por utilizarlas una hora. "La pregunta -dice Prado- es qué tipo de clientes pueden pagar esa cantidad por pasarla bien una hora".

A partir de 2006, las autoridades guatemaltecas investigaron una red de trata y prostitución para clientes de alto nivel económico. Prado participó en el reconocimiento a una discoteca llamada Caprichos, propiedad del empresario Herman Smith, un

comerciante de la noche que se codeaba con funcionarios y personalidades de ese país. En el lugar encontraron salvadoreñas menores de edad, hondureñas y rusas, sistemas de puertas ocultas y túneles que conectaban con casas aledañas donde había libros de autoayuda, de superación y de teorías económicas que, según explicaron algunas víctimas, Smith, a quien llamaban “papito”, utilizaba para explicarles que ellas, a pesar de haber llegado al lugar bajo engaños, ya que estaban ahí podían convertirse en empresarias si aprendían a ver su cuerpo como mercancía. Smith, un tratante persuasivo, convencía a sus víctimas de que él no era su victimario, sino su benefactor. El juicio nunca terminó porque a Smith un sicario le disparó en la sien el 6 de mayo de 2008 dentro de la discoteca Caprichos. El sicario huyó.

Guatemala ya ha condenado a varios colombianos por el delito de trata, acusados de pertenecer a una red conocida como la red del departamento de Pereira, dedicada a traer mujeres voluptuosas desde esa región colombiana bajo la mentira de que se dedicarían al modelaje. Estas redes, asegura Colop, incluso moldeaban a sus víctimas, poniéndoles implantes de senos y nalgas, asegurándoles que eran necesarias para triunfar en el mundo de las pasarelas. “Las traían a Honduras, y cuando ya no gustaban las traían para acá”, explica Colop. La trata ocurría cuando a las mujeres se les decía que estarían encerradas hasta que con sexo pagaran por los implantes, el traslado, la alimentación, el vestuario. Una cuenta que nunca terminaba de saldarse. Prado incluso explica que la lógica de traer colombianas a Guatemala responde al ojo de buen empresario de los que entienden que los narcos de aquel país instalados en Guatemala pagarán grandes sumas por acostarse con una bella pereirana.

En El Salvador, la autoridad de mayor nivel a cargo de crear estrategias para combatir el delito de trata, el viceministro de Justicia y Seguridad, Douglas Moreno, asegura que “hay una estructura de gente organizada con mucho poder económico que se ha lucrado de esta situación y que no lo sabíamos. Gente que no nos imaginaríamos que está en este negocio y que lamentablemente aún no contamos con las pruebas que nos vinculen hasta ellos”.

Redes como la de Smith o la de Pereira representan esa otra cara de las redes de trata, la de solapar el esclavismo, esconderlo tras un porqué: porque debes pagarme esa deuda, porque te estoy ayudando a superarte, porque no tienes papeles y debes darme algo a cambio de mi protección... Otras redes, como la de Barberena, como muchas otras redes con ese poder intermedio, esa corrupción local, ese armamento mínimo, que abundan en Centroamérica, prefieren el mecanismo más barato para conseguir que sus víctimas hagan lo que les ordenen: puño, garrote, fuego, miedo.

Silvia Saravia, la jefa del equipo que atiende a las sobrevivientes de trata antes de permitir que la Fiscalía salvadoreña las prepare para juicio, ha visto decenas de casos de mujeres que se enfrentaron a esa modalidad cavernícola de redes más locales. De ellas, dice lo siguiente:

—Las que han estado encerradas tienen temor extremo, miedo tremendo por ellas y por su familia, que sufran las consecuencias de su escape. Bloqueo emocional, están totalmente encerradas. Muchas requerirán atención siquiátrica. Ideas suicidas, ideas de desaparecer, persecución. Creen que no pueden confiar en nadie. Saben que las personas no están jugando, saben que el victimario va a cumplir... Trastornos de ansiedad, se les quita el sueño, el hambre... Grecia, por ejemplo, ella tendrá que recibir... —piensa unos

segundos– Todo un proceso de atención integral.

Tras casi tres meses de ser obligada a atender clientes en La Quebradita, una semana después de ver arder en llamas a Sonia, luego de que su tía depositara \$3,500 como rescate, Grecia fue liberada por Omega. Le entregaron 300 pesos (unos \$25), la dejaron en la terminal de buses de Reynosa y le ordenaron que se fuera lejos. Una de las fiscales que entrevistó a Grecia durante el proceso asegura que ella les contó que algo raro ocurría en esos momentos, y que el grupo de zetas parecía desmontar las casas de secuestros y emprender huida. Con 300 pesos, Grecia solo consiguió comprar un boleto hacia Monterrey, y descender unos 200 kilómetros en el mapa mexicano. Ahí, Grecia relató que fue un taxista quien se interesó por su situación, le preguntó si era indocumentada y la llevó hasta la oficina de atención al inmigrante, un albergue estatal, donde la encargada de la casa supo leer los síntomas de Grecia. A esa casa, según la revisión médica que le realizaron, Grecia llegó con infección vaginal y enfermedad inflamatoria pélvica.

Pregunta uno de los fiscales. Contesta Grecia.

—¿Qué pasa en atención al inmigrante?

—Al ver mi comportamiento, la encargada de la casa, al ver que lloraba, gritaba, no me veía normal, comenzó a preguntar. Poco a poco le fui diciendo... Me buscaron una casa albergue con el arzobispado, especial para personas que han pasado por el delito de trata... Me proporcionaron sicólogo... Me trasladaron de Monterrey al Distrito Federal... Por cinco meses fue asistida por tratamiento psicológico y jurídico.

—¿Participó en una investigación?

—Sí. Todo el tiempo que estuve ahí.

—¿Hubo personas detenidas?

—Sí, por secuestro y trata de personas. Me enseñaron unas fotos, y son aproximadamente de diez a doce personas entre hondureños y mexicanos (los detenidos).

El 23 de noviembre de 2009, Grecia ya estaba en Ciudad de México, en manos de la Fiscalía Especial para los Delitos de Violencia Contra las Mujeres y Trata de Personas (Fevimtra). Según el expediente fiscal, en la primera sesión de atención psicológica se mostró “deprimida, desconfiada y con imposibilidad del llanto”. Fueron necesarias 11 sesiones para conseguir su declaración. Gracias a lo que Grecia le dijo a las autoridades mexicanas, en 2009 se realizaron allanamientos a varias casas en Reynosa y se capturó a 12 presuntos integrantes de Los Zetas que operaban bandas de secuestros. El proceso en contra de esos hombres aún no termina, al igual que las secuelas de Grecia.

Cuando en diciembre de 2009 Grecia regresó a El Salvador, su situación empeoró. Grecia explicó que Ovidio, tal como ella temía, había amenazado a su suegra y a su madre. En el peritaje psicológico que le fue realizado por el Instituto de Medicina Legal de El Salvador, se registró que Grecia “no puede dormir por las noches, cualquier ruido siente que son balazos, ha pasado sin comer hasta dos o tres días, al encender leña recuerda a Sonia, el apetito sexual se le ha quitado, empuja a su pareja cuando tienen relaciones”. El informe concluye con una ficha resumen.

Pensamiento: depresivo, ansioso.

Orientación: en su declaración asegura que hay vacíos porque no recuerda eventos.
Lagunas mentales.

Nivel de funcionamiento psicológico actual: neurótico.

El miércoles 26 de mayo de 2010, una mujer salvadoreña de 29 años vio en un diario la fotografía de alguien que le parecía conocido bajando de un pick up esposado a otros dos hombres. La Policía había detenido la noche anterior en el parqueo de la discoteca Kairo's, sobre el boulevard de Los Héroes, a un hombre gordo, a un mexicano, a cuatro salvadoreños y a una salvadoreña en una camioneta todoterreno negra con placas guatemaltecas. Al interior de la camioneta, en un compartimento secreto que se abría con interruptor eléctrico, la Policía encontró un fusil Galil, dos M-16, una carabina 30.30, dos escopetas, un revólver, una granada de iluminación de uso militar y 11 celulares. La mujer de 29 años creyó conocer al hombre gordo de la foto, pero intentó no pensar en ello durante el día. Por la noche de ese miércoles, el hombre gordo volvió a aparecer en todos los noticieros, incluso dijo algunas palabras y se escuchó su voz chillona. La mujer no pudo obviar más que ella conocía al hombre gordo. Lo conocía muy bien. La mujer era Grecia y el hombre gordo, Omega.

El verdadero nombre de Omega es Enrique Jaramillo Aguilar, tiene 35 años, nació en Apatzingán, Michoacán, México, y en diciembre de 2011 fue condenado a nueve años de prisión en El Salvador por el delito de tenencia y portación de armas de guerra y documentación falsa. Ahora mismo está encerrado en el penal de Apanteos. Jaramillo se identificó como guatemalteco ante las autoridades salvadoreñas y mostró un documento falso. Su arresto aquel miércoles 26 de mayo fue el resultado de un operativo policial que lo ligaba a Los Zetas. La alerta saltó cuando la Policía, gracias a un informante, se enteró de que el falso guatemalteco estaba ligado a la masacre de Agua Zarca en Huehuetenango, frontera con México, en noviembre de 2008, cuando presuntos miembros guatemaltecos del cártel de Sinaloa y Los Zetas se enfrentaron durante varias horas y dejaron 19 cadáveres regados en esa aldea. Aquel aún es recordado como uno de los eventos más importantes que evidenció la penetración de los grandes grupos mexicanos en Guatemala. Jaramillo fue arrestado acusado de ser uno de los zetas que participó, pero el Ministerio Público guatemalteco no consiguió probarlo ante un juez.

Grecia, al reconocer al hombre que asegura la violó en Reynosa, la vendió en La Quebradita, y cobró los 3,500 dólares a su tía, decidió denunciar ante la Fiscalía salvadoreña. Entonces, empezó el periplo de Grecia que la llevó a dar el testimonio adelantado ante un juez, dos fiscales, dos abogados defensores contratados por Jaramillo, y el mismo Jaramillo. Grecia pidió rendir declaración anticipada pues no quería enfrentar todo el proceso judicial en el país. Sentía terror de que Omega enviara gente a lastimarla. Luego de eso, Grecia, con el apoyo de la Organización Internacional para las Migraciones y la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados, salió del país hacia alguno que no será revelado, obtuvo una nueva identidad e intenta rehacer su vida.

Miércoles 4 de julio de 2012. Juzgado Especializado de Sentencia B de San Salvador. 8:30 de la mañana. Alegatos finales en contra de los acusados Enrique Jaramillo Aguilar

y Jesús Ovidio Guardado.

Jaramillo espera junto a Ovidio afuera de la sala. A Jaramillo le cuelgan los pellejos en la papada. Ha perdido mucho peso desde aquellas fotografías cuando fue detenido en la discoteca Kairo's. Ha perdido pelo también. Lo lleva al rape en los lados e irregular arriba, como si en lugar de cortárselo se lo hubieran arrancado. Viste una polo de rayas horizontales grises y rosadas y un jeans roto en la rodilla izquierda. Va esposado de muñecas y tobillos. Ovidio luce aún más desgarrado, más consumido, luego de un año de haber sido arrestado. La camisa blanca de botones y el pantalón caqui de tela le quedan sobrados.

Adentro de la sala, los dos abogados privados que contrató Jaramillo restan cualquier solemnidad a lo que va a ocurrir en la sala. Bromean sobre un supuesto intento de suicidio que Grecia vivió en su adolescencia.

—200 pastillas dicen que se tomó, era narcótica —dice uno al otro con desparpajo.

—No, lo que me pregunto es dónde putas le cupieron —responde su colega. Ríen a carcajadas.

Luego, el primero pone en su teléfono celular un reggaeton al volumen que el aparato da. El secretario del tribunal le pide que por favor salga de la sala.

Las dos fiscales hacen su alegato final: Ovidio la vendió en la línea del tren... bar La Quebradita... Es tratada como mercancía... Jaramillo la violó constantemente... Tatuaje en su pierna derecha... La perito dijo que el daño de la víctima fue a causa de lo que pasó en México... Para Ovidio, violación en grado de tentativa y trata agravada... Para Jaramillo, violación continuada y trata agravada... Máxima pena en ambos casos.

Los abogados de Jaramillo contestan: ¿Que es de Los Zetas? ¿Dónde dice eso?... Inventos... El peritaje habla de lagunas mentales... La víctima dice una cosa y luego otra... Es una persona inestable... Su niño de siete años se viste de mujer... Que su niño saliera con esas cosas anormales no es por lo que dice que le pasó... Una víctima que no merece credibilidad.

Luego la abogada pública de Ovidio: el delito en grado de tentativa ni existe. ¿Hay penetración o no hay? No se configura.

Luego, sorpresivamente, pide la palabra Jaramillo. Con su voz chillona le llama “mi señoría” al juez y da sus argumentos para exculparse. El primero intenta hacer ver que Ovidio es demasiado viejo para andar en eso de la migración. El segundo, es un tanto confuso. Habla de que Grecia dijo que Ovidio solo tenía cinco dientes, pero cuando le preguntaron si sabía cuántos debía tener un ser humano dijo que sí, que 36. “Y hasta donde yo sé, son 32”. En el tercero asegura que él no vive en Reynosa, ni conoce a nadie de por ahí, que es de otro estado, de Michoacán (sin embargo, el expediente de antecedentes que enviaron desde México asegura que él es prófugo desde 2006 en el Estado al que pertenece Reynosa, Tamaulipas, por daño en propiedad ajena). El cuarto reza que él no ha sido militar nunca, y que Los Zetas son militares, que ha oído canciones que dicen que Los Zetas son 30 y que él no es uno de ellos.

Viernes 6 de julio. Lectura del fallo judicial.

Absueltos.

El juez Roger Rufino Paz Díaz ha considerado que Grecia se contradijo. La causa principal es una versión distinta que Grecia dio a la Fiscalía salvadoreña y a la mexicana. Allí omitió incluir a Ovidio en la trama, y dijo haber sido vendida a Los Zetas por personas vinculadas a un albergue en Veracruz. Las fiscales del caso aseguran que Grecia hizo eso porque sabía que Ovidio estaba en el país, conocía a su familia y vivía muy cerca de su madre. Grecia, dicen las fiscales, temía que al denunciar a Ovidio en México, se informaría a las autoridades salvadoreñas, y al enterarse, Ovidio podía dañar a su familia. Por eso, lo borró de la historia cuando estuvo allá, y solo fue capaz de incluirlo cuando, ya en El Salvador, pudo constatar que su familia estaba bien y advertirles sobre el riesgo. Las fiscales explican que el peritaje psicológico de Grecia da argumentos que hacen creíble esa versión. Grecia, como dijeron los que la evaluaron, temía. Temía mucho.

La Fiscalía, en voz de la jefa de la unidad de trata, Smirna de Calles, montó ese mismo día una conferencia de prensa. Lamentó el fallo, explicó que las víctimas de este delito lidian con sus traumas y fantasmas a la vez que declaran. Aseguró que en ese mismo momento preparaban el recurso de revisión, para que sea la Corte Suprema de Justicia la que decida. El recurso aún no ha sido resuelto.

Grecia no volverá a declarar. Ni siquiera la Fiscalía sabe dónde está. Ella sobrevive en algún lugar.

Guatemala se escribe con zeta

Óscar Martínez (originalmente publicada en El Faro)

La última vez que mezcló fue hace unos tres años, cuando él cumplía siete de estar preso. Un grupo de reos llegó a su celda en aquella ocasión a preguntar por el extranjero que sabía tratar químicos. Él respondió con otra pregunta: ¿para qué soy bueno? Desembalaron en su catre un plástico que envolvía pasta base de cocaína y le preguntaron qué podía hacer y qué necesitaba para hacerlo. Él contestó que lo imprescindible era el bicarbonato. Se lo consiguieron, y al día siguiente esos hombres disfrutaron sus piedras de crack. Aquella fue la última vez que El Colombiano mezcló. Antes mezclaba todas las semanas. De eso vivía.

El calor asfixia en esta cárcel guatemalteca, pero a El Colombiano no parece agobiarle, quizá por la costumbre: cuando en junio de 1997 llegó al país, recaló en la ciudad de Mazatenango, la capital del departamento de Suchitepéquez. Ubicada a unos 200 kilómetros de la frontera con El Salvador y a unos 150 de la frontera con México, Mazatenango transpira el calor playero de una costa sin importantes puertos mercantes ni grandes complejos turísticos, y plagada de aldeas de vocación pesquera casi nunca nombradas, como El Chupadero o Bisabaj.

En la cárcel, algunos reos juegan fútbol, hablan en las esquinas, comen en los comedores o aguardan esposados su traslado a alguna audiencia. Aquí hay presos comunes –paisas les llaman-, y pandilleros, casi todos de la Mara Salvatrucha y el Barrio 18–El Colombiano y yo nos alejamos a un solitario puestecito de chucherías, para conversar sin

tener que susurrar. Es un hombre recio, de unos 35 años, que hoy está bien afeitado y calza unas Nike blancas y limpias. Me interesa hablar con él porque ha sido testigo en primera persona de cómo han evolucionado en la última década las relaciones entre los narcotraficantes en Guatemala. Ahora sabe que sus días pasaron, que afuera es otra la ley, y que esa ley vino con unos hombres que bajaron de México y que ahora no quieren regresarse.

Hasta que lo encerraron, El Colombiano era lo que en el mundo de las drogas se conoce como un agente libre. No trabajaba en exclusiva para ningún cártel: nunca fue químico del Cártel de Cali o del Cártel del Norte del Valle en Colombia, no llegó a Guatemala contratado por alguna de las familias chapinas que movían la droga, ni tampoco lo trasladó algún grupo mexicano para mezclar aquí, antes de que el alijo cruzara la frontera. Era un agente libre, un hombre que, como su padre y su hermano, sabe utilizar la acetona, el bicarbonato, las anfetaminas y el amoníaco.

Lo atraparon en una casa, en Mazatenango, junto a su padre y un militar guatemalteco que los apoyaba. Está convencido de que hubo chivato. El operativo llegó directo a derribar la puerta justo cuando El Colombiano tenía las manos enterradas en 22 kilos de cocaína.

—Es que, vea usted, así era la movidita: si había platica, yo te componía en 20 minutos un kilo, hacía la mezcla y la dejaba lista para volverla a cocinar.

El Colombiano atendía, sobre todo, a clientes desesperados porque recibieron una mala mezcla o porque en el traslado se les humedeció un cargamento, y también a aquellos que, sencillamente, tenían pasta base y químicos, pero no la habilidad para transformarlos en polvo blanco.

Recién llegado a Guatemala, El Colombiano se ofreció a quien le puso platica enfrente. Trabajó para familias tradicionales de la droga, familias con contactos en el resto de Centroamérica y en México, como los Mendoza y los Lorenzana. Trabajó también para grupos menos conocidos que operaban en la frontera oeste, la de los migrantes y el contrabando, donde el rudo municipio guatemalteco de Tecún Umán se topa con el estado mexicano de Chiapas. Trabajó para quien le pagó, y esto, aunque suene extraño en el mundo del narcotráfico, nunca le generó recelos entre sus clientes.

—Es que, vea usted, aquí ningún cártel mandaba ni se entrometía con el otro. Aquí no te mataban por repartirte. Tú entregabas lo que componías, y ahí quedamos; usted lléveselo donde quiera y haga lo que quiera, que yo ya cobré y quedé tan a gusto.

Eran, dice El Colombiano, buenos tiempos, y Guatemala era un buen país para ser un agente libre. Diez años han pasado desde que lo atraparon y mucho ha cambiado afuera, pero no está de más probar con la pregunta.

—Y al salir, Colombiano, ¿vas a entrarle otra vez?

—Eso no lo creo, parse. Es que allá afuera ahora hay un problema, que con la llegada de Los Zetas todo cambió. Los brutos esos no entienden de pactos. Con ellos no hay negociación. Abarcan todos los delitos y entonces aprietan poco y calientan mucho.

—Y eso, Colombiano, ¿cómo lo sabés?

—Ay, parse, mire dónde estoy. Si aquí entra de toda gente, aquí uno se mantiene más actualizado que allá afuera.

Las primeras etapas: los cubanos y los militares

Si se asume la sonada frase de que, en tema de drogas, México es el patio trasero de Estados Unidos, bien se podría asumir que Centroamérica lo es de México. Un patio sucio y descuidado, conectado a México por una única puerta trasera. La frontera con Guatemala sería lo más parecido a esa puerta.

Con costa en los océanos Atlántico y Pacífico y más de 950 kilómetros de línea fronteriza con México, más que una puerta, esa frontera es un portalón. Eso lo saben los narcotraficantes desde hace décadas. Al contrario de lo que ocurre en El Salvador, por ejemplo, donde esta década ha sido la del descubrimiento de narcos locales de renombre, en Guatemala hay familias consolidadas desde la década de los 70, cuando los tambores de guerra civil sonaban por toda Centroamérica.

Para comprender qué es lo que Los Zetas han venido a trastocar hace falta remontarse a esa época, y Edgar Gutiérrez resultará un gran guía. Este economista y matemático de 50 años fundó organizaciones dedicadas a atender el retorno de refugiados guatemaltecos, a luchar contra la impunidad o a recuperar la memoria histórica. Gutiérrez también ha participado del otro lado de la línea: de 2000 a 2002 fue Secretario de Análisis Estratégico, o sea, jefe de la inteligencia guatemalteca, y desde ese año hasta 2004 fue ministro de Relaciones Exteriores. Ahora asesora a distintas organizaciones y gobiernos de Latinoamérica y Europa, sobretodo en temas de seguridad.

Casual para charlar y ordenado al estructurar sus ideas, Gutiérrez me plantea la cronología de la evolución del narco hasta convertirse en un pilar más del juego de poderes en Guatemala. Y esa cronología, durante el reporte, terminará validada por fuentes que van desde el mundo del crimen hasta la inteligencia militar.

—El narcotráfico no era lo que hoy día en términos de volúmenes de la cocaína que trasiega por acá y el tamaño del mercado. Hablo de los años 60 y mitad de los 70. En ese momento ocurrió una emigración de cubanos a Miami y de Miami a Guatemala, que llegaron atraídos por políticas fiscales. Estos cubanos sirven de puente a los colombianos y encubren las operaciones mediante sus actividades comerciales, exportaciones de camarón principalmente. Iban a Miami y en los paquetes escondían la droga. Algo ocurre en los 70 que esta gente decide abandonar el narcotráfico y se dedica solo a sus negocios

lícitos, y ahí han seguido.

Documentar esta etapa inicial suele ser complicado. Gutiérrez se basa en testimonios de gente que estuvo vinculada y que él conoció.

La segunda etapa, en cambio, tuvo pompa internacional y filtraciones de documentos de las agencias de inteligencia de Estados Unidos.

—Se trata del esfuerzo de la administración de Ronald Reagan por derrotar a los sandinistas en Nicaragua —dice Gutiérrez—. Recordarás el escándalo Irán-Contras, que prohibió a los Estados Unidos financiar a la Contra. En ese momento, inicios de los 80, Estados Unidos realizaba los primeros esfuerzos serios por reprimir a los narcos colombianos, pero la CIA decide que la cocaína y heroína que pase por Centroamérica sea administrada por los ejércitos. Involucran al salvadoreño, guatemalteco y hondureño, para que parte de esas ganancias se destine a financiar a los Contras. Hay testimonios en el Senado y en la Cámara de Representantes de Estados Unidos donde asesores militares argentinos que formaron parte de la trama dan montos de plata: hablan de 2 millones de dólares a la semana.

Entre 1985 y 1986 se desató el *Irangate*. Todo empezó por el descubrimiento, luego aceptado por la administración Reagan, de que Estados Unidos vendió de forma ilícita más de 40 millones de dólares en armas a Irán durante la guerra que libraba contra Iraq. El intrincado asunto no terminó ahí: El presidente Reagan, en conferencia de prensa, aceptó que cerca de 12 millones de la venta de armas se destinaron a la Contra.

A raíz del escándalo, el flujo de ingresos quedó bloqueado. Entonces surgió la segunda parte de la trama, una mucho menos esclarecida a pesar del paso del tiempo. En 1996, el San José Mercury News publicó un reportaje que vinculaba a traficantes de cocaína y crack de finales de los 80 en Los Ángeles con el financiamiento de la Contra y el beneplácito de la CIA. El material causó tanto escándalo que incluso el Senado abrió investigaciones. Según esa información, algunos militares centroamericanos participaban en el traslado como encargados de almacenamiento y transporte de la droga por el istmo. Ese vínculo permitió que llegaran algunos capos con olfato al saber de la privilegiada puerta que abrió la omnipotente CIA.

—Esta actitud permisiva de los Estados Unidos facilita en los 90 la llegada de colombianos a Centroamérica, sobretodo a Guatemala. Los primeros padrinos aquí son colombianos que se mudan con sus equipos administrativos, sus financieros, sus contadores. Lo que hacen cuando deciden que es una plaza importante para contactarse con México es acudir a viejos agentes del Estado, del Ejército. Los que se involucran son ex agentes de aduanas, ex comisionados militares, ex especialistas del Ejército.

—¿Por qué ellos?

—Porque ellos están en el terreno y conocen la frontera. Están dejando su pertenencia activa en las fuerzas de seguridad del Estado, pero mantienen contactos. Usan las

ganancias de la droga para compra de tierras, abrir líneas de transporte, gasolineras, negocios que sirven para blanquear pero que posteriormente se estabilizan. Ahí vienen los Mendoza, cuyo nicho es Izabal. De ahí salen también los Lorenzana, de Zacapa. Waldemar Lorenzana era un agente de aduanas y luego cuatrero. Muy exitoso en los negocios.

Esos son los tiempos que extraña El Colombiano, cuando había paz entre las familias del narco, cuando Guatemala se consolidaba como el discreto portalón de Centroamérica. Faltaba que entraran a escena los invitados incómodos.

Soplón de unos, halcón de otros

Este furioso y pequeño indígena quekchí me acosa con una pregunta ofensivamente retórica.

—¿Usted llevaría a sus hijos a jugar a un parque donde hay unos borrachos con unos fusiles?

Me clava la mirada porque ansía escuchar el monosílabo obligatorio.

—No —respondo,

Se queda feliz, como reivindicado, mientras menea la cabeza en círculos y repite con gesto de satisfacción.

—Esa es la diferencia, esa es la diferencia.

Este indígena es un confidente de los militares guatemaltecos. Di con él cuando un contacto de confianza me lo presentó en Cobán, la fría capital del norteño departamento de Alta Verapaz. Gracias a su testimonio, el Estado halló una casa que Los Zetas utilizaban para guardar armas. Fue una de las tantas personas que, a pesar del miedo, susurraron lo que sabían a los soldados cuando estos instalaron el Estado de Sitio aquí, en Cobán. Claro, la rabia no exime el miedo. Por más valiente que parece, el señor me ha citado en una esquina solitaria cerca del mercado y de la terminal de buses. La muchedumbre cobija.

Pronto lanzará otra pregunta retórica, la veo venir. Me ha explicado que a él no le enfurece tanto el tráfico de drogas, sino que quien lo haga le afecte su vida. Antes él salía con sus hijos al parque San Marcos, ubicado en uno de los accesos al centro de la ciudad, pero de finales del año pasado hasta el día en que llegó el contingente militar, esos hombres se sentaban ahí a vigilar, con sus fusiles y tomando cervezas, gritando y molestando a las muchachas. Esos hombres eran zetas. Y viene la pregunta: ¿usted a quién ayudaría, a unos que hagan lo suyo pero que no le molesten la vida, o a los que sí le molestan la vida?

Parece ser que él mismo se hizo esa pregunta en algún momento. Antes de que Los Zetas

se tomaran el parque, algunos empleados de la familia Overdick, los narcos locales, hacían de halcones desde ahí, atentos a los operativos. Dice que ellos sí saludaban con corrección, escondían, cuando mucho, alguna pistola en el cinto, y no se dejaban ver borrachos, sino como feligreses a punto de entrar en una iglesia. Alguna vez, dice este prieto quekchí, él mismo les alertó cuando al regresar en bus de la capital veía algún retén militar. Para los otros, para los borrachos con fusil, solo tiene el gesto compungido que se adueña de su rostro cuando achina los ojos y aprieta los labios.

El 19 de diciembre de 2010 el Gobierno del presidente Álvaro Cólom decretó Estado de Sitio en Alta Verapaz. Un Estado de Sitio, como establece la Ley de Orden Público, es el paso previo al Estado de Guerra: limita la libre circulación y permite cateos sin orden judicial. Al menos a varias de mis fuentes, entre ellas un ex ministro de Defensa, un ex jefe de Inteligencia Militar, un coronel, un general y el ex canciller, les pareció que la declaratoria tenía más de publicidad que de realidad. En Cobán, coinciden todos ellos, lo que se vivió fue un Estado de Prevención, el más leve en el listado que termina con la guerra abierta, y que apenas supone más policías, más militares, más retenes, más fiscales y, por tanto, más órdenes judiciales y más decomisos. En Cobán, dicen categóricos, los militares nunca tuvieron el control, sino que estuvieron bajo las órdenes del Ministerio Público. Al menos dos de ellos utilizaron la palabra show. Sin embargo, para evitar confusiones, lo llamaremos como al presidente le dio por bautizarlo.

A finales de 2008 Los Zetas eligieron Alta Verapaz como base de operaciones para Guatemala y, dicen algunos, para toda Centroamérica. No hacía falta ser un genio para escoger este departamento. Alta Verapaz es el cuello de botella de Petén, un departamento que casi duplica en extensión a El Salvador, que acapara la mayor extensión de la frontera con México, y que tradicionalmente ha sido punto de trasiego de armas y drogas. Para llegar a Petén, Alta Verapaz es un paso casi obligado, y ofrece la ventaja de que se encuentra a tres horas en carro de Ciudad de Guatemala.

El Ejército, el Ministerio Público y la Policía se desplazaron aquí por orden presidencial cuando la situación era humillante. Las noticias que bajaban de la neblinosa Cobán parecían llegar de algún pueblito de narcos de la frontera entre México y Estados Unidos: narcos violando a mujeres indígenas en aldeas otrora pacíficas, jefes narcos poniendo perímetro alrededor de un McDonalds para comerse un combo, hombres borrachos en las plazas que ejercían de halcones con sus Ak-47 a la vista.

—¡No! Don Overdick no actuaba así. Yo no sé en qué andaban metidos, pero ellos son gente respetuosa que quieren a las personas de aquí y las ayudan.

Esa fue la respuesta del iracundo quekchí cuando le planteé yo mi propia pregunta retórica: ¿son iguales Los Zetas que la familia Overdick? Sin embargo, algo de culpa debe tener el que mete al zorro en el gallinero.

De empleados a amos

—No, pues claro. Seguramente se estén jalando los pelos, pero ahora no les queda otra

que hacerle pecho a la situación.

Tengo enfrente a un agente de inteligencia militar que estuvo en Cobán en diciembre, cuando inició el dudoso Estado de Sitio. La escena que me reconstruye es la de los patriarcas de las familias viendo cómo su invitado les desbarata la casa. Juan Chamalé en la frontera del contrabando y los migrantes con México; Waldemar Lorenzana en las fronteras con El Salvador y Honduras; Walter Overdick en Alta Verapaz; y Los Mendoza en Petén, frontera selvática con México, y en las costas cercanas al golfo de Honduras. Todos buscados por Estados Unidos. Todos preocupados ahora al ver cómo el terrible invitado recorre la casa.

Hablamos en el restaurante del hotelito donde me hospedo en Ciudad de Guatemala. La conversación con este militar dicharachero y directo tiene dos objetivos: saber si la inteligencia militar da por hecho que fue el asesinato de un narco, Juancho León, la carta de entrada de Los Zetas al país, y saber qué tanto de show tiene un operativo como el realizado en Alta Verapaz.

Respecto al primer punto, la conversación es corta. La respuesta es un rotundo sí.

En marzo de 2008, tras un enfrentamiento armado de media hora entre dos grupos de al menos 15 hombres, quedaron tendidos varios cadáveres en el balneario La Laguna, en el departamento de Zacapa, fronterizo con Honduras. Uno de esos cadáveres era el de Juan José “Juancho” León, un importante narcotraficante guatemalteco de 42 años, líder de la familia León, que operaba en Izabal, el departamento encajonado entre Petén, Belice, el mar Caribe, Honduras y Zacapa. Juancho León es el hombre que probablemente será recordado como el punto de quiebre en el pacto de convivencia que tenían entre sí las familias guatemaltecas.

Edgar Gutiérrez, el ex jefe de inteligencia, me había contado que Juancho León, quien durante algún tiempo fue lugarteniente y yerno del patriarca de Los Lorenzana, empezó a tener demasiado poder, a expandir sus actividades y, sobretodo, a pasarse de bocón.

—Representaba una amenaza, porque fanfarroneaba —me dijo Gutiérrez en una de mis primeras entrevistas—. Yo puse a tal presidente, yo puse a tal... Y los otros grupos empezaron a decir: este tiene actitud monopólica y rompe el equilibrio, está tomando contactos en sur y norte.

Cuando le explico la teoría, el agente de inteligencia militar asiente con fuerza con los ojos cerrados y sonrío mientras mantiene el dedo índice levantado en este agradable patio del hotelito colonial muy bien conservado en el centro de la capital.

—Eso es cierto, pero falta un elemento en esa ecuación: Juancho fue el que puso de moda los tumbes. Gran parte de su poder económico vino de toda la droga que se robó.

Los famosos tumbes, la rapiña entre narcos, en la práctica no son más que robos de cargamentos de droga. En el fondo son una muestra de cómo el pacto entre familias había

estado pegado con saliva, incluso antes de la entrada de Los Zetas.

Juancho León, como otros narcotraficantes e incluso jefes policiales, realizaba labores de inteligencia para saber dónde, cuándo y qué cantidad de droga iba a ser transportada por, pongamos un ejemplo, la familia Lorenzana. La droga entraba por algún punto ciego de la frontera con Honduras, y los hombres de León la esperaban más adelante, cuando a través de Alta Verapaz pretendía trepar hacia México. La robaban y luego la vendían a otra familia que la introducía por otro punto de la frontera. Ingenuo sería pensar que los agraviados no se enterarían de quién robó su cargamento.

Según el militar que ahora toma café en el patio del hotel, la gota que rebalsó el vaso fue un tumbé de droga que Juancho León realizó a Los Lorenzana a principios de 2008, cuando transportaban un cargamento de cocaína para el Cártel de Sinaloa, el más poderoso del continente. Eso, sumado a su boconería, su preocupante expansión de territorios y su prontuario de tumbés, derivó en un pacto entre Los Mendoza y Los Lorenzana: era necesario matar a Juancho León, pero el hombre tenía un ejército a su disposición, se movía bien custodiado, y, desde que en 2003 fue asesinado su hermano, Mario León, había aumentado su cautela. Era necesario recurrir a unos expertos que ya antes habían venido a Guatemala a dar protección a cargamentos especiales, a entrenar a sicarios de Los Mendoza o a reclutar kaibiles, esos soldados entrenados en la selva bajo el lema de avanzar, matar y destruir. Fue justo ahí cuando las dos grandes familias abrieron las puertas de par en par al terrible invitado mexicano.

A Juancho León lo citaron en el balneario aquel día de marzo de 2008. La excusa fue negociar la entrada por su territorio de un cargamento de cocaína. Entonces, lo atacaron con fusiles Ak-47 e incluso con RPG-7, un lanzacohetes antitanque de fabricación rusa. Luego de la batalla, fueron detenidos tres mexicanos originarios del Estado de Tamaulipas, en el norte mexicano, la sede desde donde Los Zetas controlan todas sus operaciones.

Las familias invitaron a Los Zetas sin tener en cuenta ningún otro factor que su capacidad para matar. No reflexionaron en que, justo a finales de 2007, ese grupo liderado por ex militares de élite se había escindido de su cártel padre, el del Golfo, que estaban huérfanos y en búsqueda de nichos de control y actividades delictivas para suplir su falta de contactos en Suramérica. Solovieron su capacidad de matar y atemorizar, y aún la siguen viendo.

El Estado de Sitio en Cobán fue la primera jugada fuerte del Estado guatemalteco para tratar de imponer reglas al huésped incómodo. Un aviso de que esta es casa ajena, un regaño por el descaro. Y nada más. Los Zetas especularon con que el show del Estado terminaría pronto y decidieron no plantar cara.

Un “operativo sorpresa”

Ella bromea con que quizá su marido la engañó y no se fue a cargar furgones con droga de Los Zetas, sino a ver a otra mujer en Cobán. Estamos en El Gallito, un barrio de

Ciudad de Guatemala reconocido como el centro de operaciones de los narcos en la capital. La mayoría de las calles secundarias han sido bloqueadas con separadores de carretera, para obligar a las patrullas a entrar y salir por donde ellos quieren que lo hagan. La mujer ha venido a la casa de mi contacto, y tomamos una cerveza mientras esperamos a su marido, que ya hace una semana dijo que se iba a Cobán y aún no aparece. Por eso refunfuña ella.

Entrada la noche, al fin llega el hombre bajito, moreno, pelo lacio y de bigote, prototípico de este país. Es como un gran muñeco de trapo. Se le ve tan molido que hasta su mujer deja el enojo de lado y lo recibe con un reproche a terceros.

—¡Mirá cómo te han dejado esos salvajes!

Unos sorbos de cerveza después, él, poco conversador, responde parco.

—No, si mejor me vine, porque es una salvajada lo que hay que cargar. Llenamos camiones y camiones, de las 6 de la mañana hasta la medianoche y nunca acabábamos. A mí páguenme, que me voy, les dije.

—¿Qué es lo que tanto cargaban? —aprovecho para preguntar.

—Cajas y sacos... Con cosas.

Los dejo hablar, que entre vecinos y familia se cuentan más. Entonces, escucho detalles. Se fue hace una semana, cuando el Estado de Sitio llevaba menos de un mes. Él y otros 15 cargadores de la capital recibieron la oferta de parte de un viejo conocido del que aquí muchos saben que es zeta. Llegaron a llenar y vaciar camiones en municipios de los alrededores de Cobán. Vaciaban los que llegaban con mercancía y llenaban los que se iban para Izabal y los alrededores de la capital. Eran las laboriosas hormigas de Los Zetas que sacaban de la zona de riesgo la mayor parte de su mercancía. Este hombre rendido era una de ellas.

Han pasado dos días de la charla con el cargador de bultos en El Gallito, y ahora me encuentro en Cobán, en la Sexta Brigada de Infantería, que alberga a los 300 militares enviados tras la declaratoria del Estado de Sitio. Me recibe el segundo al mando, el coronel Díaz Santos. Afuera, un pelotón de sus hombres sale en la primera patrulla de la tarde. Hace mes y medio que inició esta disposición, y ahora solo atrapan borrachos al volante o borrachos que se pelean en las calles y, cuando mucho, algún ladronzuelo con navaja.

—Es que desde que entramos —dice el coronel— entendieron el mensaje, se volvieron más respetuosos (Los Zetas), y ya no andan como locos con sus fusiles por la calle.

Captaron el mensaje y decidieron no enfrentarlo. Mejor traer a los cargadores de bultos que sacar a los sicarios. Cosa rara, Los Zetas con todo y su fama de iracundos, esta vez se frenaron, algo que ni en México suelen hacer.

Le cuento al coronel que tengo información de que Los Zetas sacaron tanta mercancía de Cobán que trabajaron jornadas de casi 24 horas para intentar llevarse todo de los municipios aledaños. Espero que me contradiga, pero me complementa.

—Claro, si es que fueron alertados de los allanamientos, y les quedó gran parte de su arsenal y de sus cargas de droga. Lo que agarramos es lo que se les quedó atrás.

Cada vez toma más fuerza la versión que me dieron dos informantes que viven en Cobán: me contaron que el día anterior al Estado de Sitio, la tarde del sábado 18 de diciembre, hubo un partido de fútbol donde algunos zetas jugaron mezclados con policías, fiscales y empleados municipales de la zona y que, al terminar, mataron y asaron una res, y luego se despidieron porque los narcotraficantes tenían que ir a cargar sus bultos antes del amanecer.

Días antes, en Ciudad de Guatemala, me reuní con el general Vásquez Sánchez, el superior del coronel Díaz Santos. Él me habló de los logros, y los hubo: 45 vehículos decomisados, la mayoría camionetas de lujo y pick up de modelos recientes; 39 fusiles de asalto, 23 ametralladoras MG 34 de calibre 7.62 (el mismo que utilizan nuestros soldados en la zona, agregó perspicaz el general), y 35 pistolas, incluida una FN Five-seven, rebautizada en México como “la matapolicias” por ser capaz de atravesar ciertos chalecos antibala.

El general y el coronel me contaron, cada quien en su momento, que todo esto fue gracias a que la gente informaba. Los militares, lejos de hacer alarde de una inteligencia operativa que no tuvieron que ocupar, ponen el éxito relativo de la operación en el terreno del odio. El odio de la gente hacia Los Zetas. Señalaban los talleres-escondite: ahí preparan los carros para encaletar cosas. Les decían dónde estaban los ranchos: allá en el rancho que era del narcotraficante Otoniel Turcios esconden armas. Les revelaban sus dinámicas: vayan ahí nomás, a dos kilómetros del centro de Cobán, y vean la pista de avionetas, ahí están los pilotos como taxistas piratas, sin permiso para volar y a la espera de que algún clientes les pida llevar bultos con quién sabe qué a quién sabe dónde.

Alta Verapaz estaba tan abandonado que incluso esa pista aérea, que pertenece al Estado, era utilizada con total impunidad por Los Zetas. Ningún controlador aéreo, ningún plan de vuelo entregado a nadie y ningún registro de quién pilotaría qué aparato a qué hora. A veces incluso utilizaban esas pistas para shows de carros monstruos o carreras de caballos o fiestas. Total, era de ellos.

—Curioso —dijo el general—, nadie ha llegado a reclamar ninguna de las cinco avionetas que decomisamos por no tener registro. ¿Usted dejaría así nomás su avioneta tirada?

Las palabras del coronel con quien hablo en Cobán responden bien esa pregunta. Él también está convencido de que Los Zetas aprendieron la lección, captaron el regaño, y no van a pelear por lo decomisado. Habrá que ver, piensa el coronel, si el regaño les va a enseñar a comportarse.

—Como los narcos buenos, que mantienen su zona en paz y tienen pactos de caballeros con las otras familias y no andan, como estos, violando y armando tiroteos.

Pero la sutileza nunca ha sido la bandera de Los Zetas. En este caso lo que llama la atención es su decisión de no contraatacar. Por lo demás, actuaron como en México, como en su casa. Siguieron su manual.

A cada una de las preguntas que hice en su despacho, el general respondió que sí, e incluso agregó algún detalle. ¿Tenían niños y mujeres, taxistas y comerciantes comprados para servir de halcones? Y el general respondió que sí, solo que aquí les llaman banderas. ¿Tenían otras actividades además del tráfico de drogas? El general asintió y enumeró los secuestros, el lavado de dinero, sembradíos de café y cardamomo, extorsiones. ¿Tenían a policías, alcaldes y fiscales de su lado? Y el general se remitió a los hechos: por falta de confianza, el Gobierno retiró a los 350 policías de todo el departamento, no solo de Cobán, y los reubicó.

—Toda esa estructura que me estás comentando la tenían implementada. La desconfianza de nosotros, los militares, de trabajar con Policía Nacional Civil estaba.

Que sí respondió también cuando le pregunté si cooptaron a las bandas locales de asaltantes, pero en su respuesta, el general fue más allá y no se refirió solo a las banditas de ladrones que Los Zetas suelen profesionalizar.

—Los Zetas han venido a mermar la actividad de los grupos locales. Han puesto un apodo a los narcos locales: los narquitos. Quieren que ellos se hagan parte de este grupo y que ya no sean operarios independientes, sino parte de ellos. Tomaron el control, si no de toda Guatemala, de gran parte. Y los narcos locales tradicionales han bajado sus actividades. Están operando tras la sombra de Los Zetas, y los que no se han acoplado a ese sistema tienen amenazas de muerte.

Han seguido su manual. Se me viene a la mente la expresión del policía con el que conversé en Ciudad de Guatemala, en el cuartel central, hace unos días, y me recuerda a los tantos con los que platiqué en México, cuando durante un año cubrí la actividad de Los Zetas. Aquel oficial oriundo de Cobán siguió el protocolo para hablar de estos delincuentes: me escondió en una esquina del cuartel, miró a todos lados y susurró temiendo que lo escuchara algún colega. Me contó que en Cobán, nomás llegar, Los Zetas te paran, te dan tu primer sueldo de 500 dólares, te dicen que ya te van a llamar cuando necesiten algo, te dan un celular y te piden que te peines bien para tomarte una foto. En su computadora, el policía me enseñó un informe interno de la Inspectoría, que, sin pruebas por falta de confianza para recabarlas, decía que las comisarías de Huhuetenango, Petén, Quiché y Alta Verapaz son “perceptibles de corrupción”.

El coronel con el que converso en Cobán me detiene antes de salir de su despacho. Él sabe que todo lo que hemos conversado y lo que le mencioné de mi plática con el general lleva a pensar que, tras el show del Estado de Sitio, la sensación que queda es que los militares se irán y que Los Zetas volverán con lecciones aprendidas a terminar de sacar o

someter a las familias tradicionales, los “narcos buenos”.

—Sé que están esperando a que finalice para volver, eso es todo, pero nosotros llegamos para quedarnos —me dice el coronel a manera de despedida.

Me voy.

De vuelta al estado de normalidad

Es 1 de marzo y me encuentro en una cena rodeado de jefes policiales, militares y asesores en seguridad. Hacemos pronósticos sobre lo que se viene en Guatemala, sobre cómo reaccionarán Los Zetas. Entre todos ellos distingo a uno de mis informantes de Cobán. Lo saludo y con la mano le hago un gesto para que nos alejemos del restaurante del hotel. Me dice que en un ratito, que allá en la esquina del patio. Pasa el ratito y se acerca con una pregunta por saludo.

—¿Qué, ya publicaste el artículo?

—No, aún no, lo estoy por terminar.

—¿Ya viste que terminó el supuesto Estado de Sitio?

—Sí, el viernes 18 de febrero. ¿Y qué ha pasado en Alta Verapaz?

—Pues que han regresado Los Zetas, ahí andan, siempre armados en las calles, más cautelosos, pero siempre a la vista en sus grandes camionetas.

El 25 de febrero en la madrugada, siete días después de que el presidente Álvaro Cólom viajara a Cobán para dar por finalizado el Estado de Sitio, un comando armado ingresó a un autolote, incendió tres carros y lanzó ráfagas de Ak-47 contra otros tantos. Mi fuente asegura que eran Los Zetas que, poco a poco, inician sus venganzas. Esta vez fueron carros, pero mi informante augura que pronto serán personas. Ahora que terminó el Estado de Sitio, ahora que Cobán retorna a su normalidad, mi informante plantea su propia pregunta retórica.

—¿Y qué más iba a pasar?

Langostas, pangas y cocaína

Óscar Martínez (originalmente publicada en El Faro)

—¡Ay, Dios mío, ahora sí se complicó esto! —lamenta el capitán de fragata Wilfredo Castañeda—. ¡Ay, Dios mío, ahora sí va a estar difícil esto!

A punto estaba el capitán de iniciar su explicación sobre la carta náutica que tiene pegada en la pared de su oficina, al principio del muelle de Puerto Cabezas, o Bilwi, como los indígenas nicaragüenses que habitan este olvidado Caribe llaman a su capital. Se fue la

luz. Un apagón, de lo más común en la zona. A veces duran hasta un día entero.

Por supuesto, la Capitanía de Puerto encargada de vigilar estos 500 kilómetros de costa enclavados en la principal ruta marítima de las más de 500 toneladas anuales de cocaína que escalan Centroamérica hacia el norte, no tiene un generador eléctrico. Hoy, por cierto, ni siquiera pilas para la lámpara de mano.

—Bueno, si usted quiere, podemos seguir hablando en lo oscuro —me ofrece el capitán, un hombre alto y ancho.

Hablar en la precariedad de lo oscuro es el ambiente más acorde para esta charla. El capitán, ya que no puede mostrar nada en la carta náutica, enumera lo que no tiene, lo que le falta. Personal, repuestos de alta rotación, combustible, lubricante, motores fuera de borda de 200 caballos de fuerza, lanchas -o pangas, como llaman aquí a esas palanganas de entre 10 y 15 metros de eslora-. Todo eso le falta, dice, para poder atrapar a los rápidos colombianos que se deslizan todas las semanas en sus potentes pangas con cuatro motores fuera de borda de 200 caballos cada uno, con más de 500 kilogramos de cocaína invariablemente. Eso y también aseguramiento técnico de especialistas. Suena muy técnico, pero no lo es, nada es muy técnico aquí en Bilwi.

—¿Qué es eso del aseguramiento, capitán? —pregunto.

—Ajá, es que como nosotros mandamos lanchas de intercepción, la permanencia en el mar se hace de tres a seis días de forma continua. ¡Parecemos náufragos! Por el día, la inclemencia del sol; y por la noche, el sereno de la madrugada. Estamos a la intemperie.

—Sigo sin entender qué es eso del aseguramiento, capitán.

—Ahí te va. Raciones frías. En una lancha rápida no vas a estar cocinando, requerís de latas. Un plato de comida lo podés valorar en unos 40 córdobas (poco menos de 2 dólares), término medio de una comidita casera. Mientras que una sola sardina, una sola lata de choricitos o atún, te vale 25 córdobas, y un jugo te vale 15, y aunque sea unas galletitas saladas. Total que de 40 te pasa a 60, 70 córdobas, depende de qué le estés dando al hombre. Por eso te digo, que el aseguramiento técnico para el hombre es complicado.

Aquí, el mar lo da todo. Esta es gente de mar. Escurren agua salada buena parte del día. Del mar salen las langostas que durante ocho meses pescan, cuando no hay veda. Por el mar se transportan, porque los pueblitos y aldeas costeras que rodean a Bilwi y componen la Región Autónoma del Atlántico Norte de Nicaragua (RAAN) no tienen acceso por tierra. Puro mar, pura panga. Por el mar se mueven los barcos caracoleros que llevan a los indígenas varias semanas a los cayos a traer aquellos enormes caracoles. Por el mar patrulla la gente del capitán. Por mar entran los colombianos con su cocaína y sus fajos de dinero.

—Actualmente, la gente más bien ve como una bendición que una lancha de narcos

llegue y desembarque o quede varada frente a la comunidad. Es un gran beneficio para ellos. Nuestras comunidades se han convertido en base social del narco —dice el capitán, en lo oscuro.

Afuera, el sol se va y alrededor del sucio muelle todavía hay alboroto. Si alguien tiene en mente una estampa hermosa de un Caribe blanco y pulcro, puede deshacerse de ella aquí mismo. Las últimas pangas que llegaron de los pueblitos, de Walpasiksa, de Sandy Bay, de Haulover, de Wawa, son descargadas por algunos mendigos de Bilwi. Al pie de la Capitanía de Puerto, encalladas en la arena, tres pangas de 15 metros de eslora son devoradas lentamente por el salitre. Se las decomisaron a unos colombianos y hondureños que lograron descargar la cocaína en uno de esos pueblitos antes de abandonar sus naves. Los militares no las usan porque no tienen suficientes motores como para impulsarlas, ni la gasolina necesaria tampoco, ni suficientes latas de atún ni galletas.

Las lecciones de Walpasiksa

Aquí no hay guerra, ni lucha frontal, ni batalla, ni ninguna de esas otras palabras que algunos gobiernos como el de México ocupan para describir lo que hacen respecto a los traficantes de drogas. Aquí no hay suficientes pangas, ni motores, ni balas para hacer nada de eso, y más bien lo que hay es un intento modesto de contener un flujo salvaje. Más bien lo que hay es un pacto tácito: pasa sin molestar, navega con discreción.

Sin embargo, eso no quiere decir que no ha habido balas y muertos. En estas rutas siempre los hay. Eso no quiere decir que este Caribe no haya perdido su inocencia.

Si hay un parteaguas, en este litoral tiene nombre. Lo dice el capitán y lo repiten todas las fuentes con las que he hablado, desde investigadores académicos hasta detectives policíacos. El parteaguas se llama Walpasiksa.

La brisa marina es agradable en este restaurante de mariscos y cerveza bien fría. Espanta por rachas el calor resplandeciente del verano de la RAAN. Abajo, arena color café con leche y un mar inmenso, azul intenso, rayado solo por las pangas que van y vienen del muelle.

Enfrente tengo a Matías, un agente de inteligencia policial de la lucha contra el tráfico de drogas en toda la RAAN. Lo conoceremos así, por su seudónimo. Moreno, pequeño, risueño, dicharachero. Entre los policías de la zona se dice que si se sale con Matías a alguna misión lo más probable es que haya jaleo.

Matías lleva en la piel los recuerdos de aquel día en Walpasiksa.

—Por aquí —se señala el muslo derecho, Matías—, por aquí la tengo.

Se refiere a la herida por la abala que le entró y salió de la pierna durante aquella lluvia de disparos que les arreció cuando ni siquiera se habían bajado de las pangas en la playa de

Walpasiksa.

El 7 de diciembre de 2009, una avioneta cargada con al menos 3 mil kilogramos (3 toneladas) de cocaína se estrelló mientras intentaba hacer un aterrizaje de emergencia en esa comunidad al sur de Bilwi, casi frontera con la Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS), que termina en la frontera con Costa Rica.

No es un secreto que toda la región está atestada de pistas clandestinas. Esta es la zona más pobre de Nicaragua. El departamento de la RAAN que menos pobreza extrema tiene es Bilwi, donde casi el 64% de los habitantes están bajo esa línea, según información del Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas (IEEPP). Hacia el mar hay relativa vigilancia del Estado; hacia el interior, por tierra, hay una franja de selva salpicada por asentamientos a los que se accede por tortuosos caminitos de tierra o remontando ríos en panga. Territorio perfecto para construir pistas de aterrizaje. De hecho, en una ocasión, hace poco más de dos años, un helicóptero repleto de cocaína se estrelló casi en la frontera con Honduras. Cuando los militares llegaron encontraron no solo el vehículo, sino también tractores y camiones de volteo que construían un complejo de pistas de aterrizaje. ¿Cómo llegaron los camiones hasta ahí? Solo por aire los pudieron haber trasladado, me dijo el capitán Castañeda. Los vecinos de aquella zona no quisieron devolver ni los camiones, ni los tractores, ni mucho menos la cocaína. Así es esto, aquí se negocia con los indígenas miskitos, mayagnas, ramas o garífunas que habitan la RAAN. Si estos dicen que no, pues no.

En fin, de vuelta en Walpasiksa, aquel 7 de diciembre los pobladores de esa comunidad precaria que no supera las 100 chozas lograron rescatar a los pilotos colombianos y salvar el cargamento de droga. Al día siguiente, se apostaron en la playa porque sabían que dos pangas con ocho policías y 12 militares llegarían por la tarde. Los espías del muelle de Bilwi les informaron desde la mañana que habría movimiento.

Porque, como dijo el capitán Castañeda, mire no más dónde está ubicada la Capitanía de Puerto, justo frente al muelle, donde pescadores, comerciantes, mendigos, pangueros, se mueven a diario. De ahí salen las pangas militares a operativos y a patrullar. Desde ahí observan los espías, atentos a cualquier movimiento para llamar a los teléfonos satelitales que, gracias al patrocinio de los colombianos, tienen las comunidades estratégicas para el tránsito de la cocaína. Comunidades como Walpasiksa.

Cuando a las 3:30 de la tarde las dos pangas policiales se acercaron a la playa de Walpasiksa, unos 40 hombres de la comunidad hacían señales.

—¡Váyanse, váyanse, aquí no hay nada que ver! Eso nos gritaban —explica Matías, y echa un enorme sorbo a la fría Toña antes de azotarla contra la mesa, pedir otra y seguir con el relato.

Un minuto duró el diálogo. Los policías negociaban que los dejaran entrar aunque fuera a reconocer la escena. De repente, una bala cayó cerca de una de las pangas. Hubo silencio, como cuando las primeras gotas de lluvia crujen en la tierra y todos callan para saber si

anunciar: llueve. Llovió. El silencio terminó cuando todas las armas de los guardianes de Walpasiksa empezaron a tronar. AK-47, escopetas 22 y fusiles FAL escupieron balas sin cesar mientras los policías y militares, ante la insólita reacción, se refugiaban en sus propias barcas durante los 30 minutos en los que Matías apenas logró asomar el cañón de su Taurus para responder con algún plomo.

Cuando las dos pangas intentaron huir, ya llevaban un muerto, el teniente de corbeta Joel Eliécer Baltodano, y un herido agonizando que moriría horas más tarde, el sargento tercero Roberto Somarriba.

No satisfechos con repelerlos, los pobladores de Walpasiksa subieron a cuatro pangas y persiguieron a los atemorizados policías y militares.

—Creyeron que nos iríamos costeados —explica Matías—, pero nos tiramos para aguas profundas para entrar en el radar de los gringos, porque con los motores que tienen, si tratábamos de huir por la costa nos terminaban ahí no más.

Los policías y militares se fueron mar adentro y lograron asustar a los pobladores enfurecidos con su estrategia que consistía en acercarse a aguas internacionales, como dando el mensaje de que los estadounidenses vendrían del navío Dauntless que por acuerdo internacional tienen en esa zona, a proteger a los agentes. La estrategia funcionó y, con sus motores de 175 caballos, solo fueron perseguidos durante unos segundos por los 800 caballos de las pangas que los colombianos dejaron a los nicaragüenses de Walpasiksa. Por un pelo, como dice Matías.

En Managua hablé con el investigador Roberto Orozco, del IEEPP, y coautor del estudio “Una aproximación a la problemática de la criminalidad organizada en las comunidades del Caribe y de fronteras”. Le pregunté de dónde salieron las armas con las que mataron a los dos militares, y Orozco me respondió que no salieron de ningún lado, que ya estaban ahí.

El Caribe nica, pobre, extenso y poco accesible, ofrece una característica más que hace que sea suculento para los narcotraficantes. Está armado. Si bien en el Pacífico y el centro del país hubo procesos de desarme, en toda la Región Autónoma del Caribe, sur y norte, no hubo nada de eso. Durante la guerra civil nicaragüense y aún años después, desde aquí operaron dos grandes grupos de la Contra que se oponían a la revolución, unificados en el Frente Indígena. Los FAL y AK-47, armas que escupieron la muerte en las guerras centroamericanas, con los que dispararon los habitantes de Walpasiksa no vinieron en lancha desde Colombia. Estaban aquí desde la década de los ochenta.

Durante al menos dos años antes de la balacera, Walpasiksa fue territorio de colombianos vinculados al Cártel de Cali. Según la Fiscalía nicaragüense, los indígenas actuaban bajo las órdenes de Amauri Paudd, un colombiano de 45 años radicado como empresario en Managua, conocido como AC, y buscado por la Interpol por no presentarse al juicio al igual que otros 18 miskitos acusados por la balacera de Walpasiksa. Se le acusa también de ser uno de los principales responsables de haber organizado a las comunidades del

Caribe nica como base de apoyo para el traslado de la cocaína.

—No fue tan así —discrepa Matías, para quien Paudd es un viejo conocido—. El caso es que a AC lo querían mucho. Dicen que cada vez que llegaba repartía 2 mil dólares a cada casa, fue quien puso energía eléctrica con generadores en esa zona. Por eso nos vieron como los que llegábamos a quitarles el pan de cada día. Pero no fue AC quien dijo que dispararan. Él dijo que no dispararan, que cuidaran bien el cargamento, porque también había como un millón de dólares en el helicóptero, pero quienes decidieron disparar fueron algunos pobladores. ¡Porque andaban bolos! No le hicieron caso, a él no le interesaba enfrentarse, así son las reglas aquí. Fueron unos bolos los que jodieron todo ahí.

Tiene lógica. Matías, sus jefes, el investigador del IEEEP y el capitán Castañeda confirman que aquí el que dispara pierde. Los policías no llegan a requisar: negocian, piden permiso, insisten en que les entreguen algo cuando saben de un alijo de cocaína. Los narcotraficantes no abren fuego contra los militares y policías, esa es la regla de este Caribe del tráfico normalizado. Prefieren dejar caer la mercancía al mar y avisar a los pobladores del lugar más cercano que vayan a traer las pacas de coca, que ellos luego la pasarán a buscar y pagarán buen dinero al acopiador que la haya reunido. Nada de vendettas como las que Los Zetas desataron en Guatemala, por ejemplo.

Aquí en los alrededores de Bilwi incluso los narcos no sueltan bala cuando se supone que deben hacerlo.

Sin embargo, en diferentes escalas, el narcotráfico genera violencia y corrupción, ese eslogan ya está asumido.

—Y viveza —agrega Matías, para entrar en materia y explicar otro fenómeno de este Caribe y su cocaína.

Resulta que, a veces, algunos indígenas, generalmente aquellos que en algún momento pertenecieron a las redes de los colombianos, se suben en sus lanchas, encienden sus cuatro motores de 200 caballos y salen a toda marcha, pero no cargados de cocaína, sino detrás de ella.

Los tumbadores y la violencia que prospera

Son los celebérrimos —al menos en la jerga de esta RAAN en la que muy pocos se interesan— tumbadores del mar.

—Los tumbadores, narcos que asaltan narcos —define Matías.

Desde inicios de este siglo hay registro de redes sociales de las comunidades de la RAAN como Walpasiksa que han servido de apoyo logístico a los colombianos que utilizan este Caribe, a diferencia de los mexicanos que se deslizan por el Pacífico.

Según el investigador Orozco, esto se debe a características físicas y culturales.

—Un colombiano de la isla de San Andrés, moreno, es más fácil que pase inadvertido en Bluefields y Puerto Cabezas; el mexicano se detecta inmediatamente. El colombiano hasta habla igual —me explicó en Managua.

Orozco dice que uno de los problemas que derivó en los grupos indígenas de apoyo al traslado de la cocaína fue el manejo que las policías dieron a sus denuncias.

—Al inicio, los pastores moravos, cuando había operativos en aguas internacionales y las corrientes traían la droga a la playa, el miskito no sabía qué era eso. Solo sabía que era malo, solo iba y entregaba a la Policía. Pero, como a veces era capturada la persona, comenzaron a ocultar la droga. Pasaba después el colombiano acopiando, se dieron cuenta de que había un negocio, no la consumían, la volvían a meter al circuito. Comenzaron a surgir personas que comenzaron a acopiar la droga que tiraban en aguas internacionales los narcotraficantes perseguidos. Comenzaron también a vender localmente y a traficar hacia Managua. Así nacen entonces el tráfico interno de cocaína y las redes de acopiadores.

Y una cosa lleva a la otra. En una red, sobre todo en este tipo de redes, hay conflictos. Unos se pelean con otros. Unos pecan de ambiciosos y otros responden con envidia y venganza. Con una gran parte de las comunidades con miembros armados y que han sido servidores de los colombianos, los resentidos encontraron cómo encauzar su enojo. De ahí los tumbadores.

Son nicaragüenses miskitos que saben infiltrar a las redes de apoyo de los narcos, enterarse de cuándo viene una panga cargada de cocaína y salir en sus pangas a interceptarla.

Normalmente, una panga que viene de Colombia trae cuatro tripulantes. Un capitán, que es el jefe a bordo; un panguero, que es un experto conductor de estas aguas y sabe cómo sortear el oleaje sin volcar; y dos tripulantes, encargados de rellenar el tanque de gasolina y de disparar si hay que disparar. Los tumbadores, al no llevar ni cocaína ni barriles con gasolina, pueden ser igual de rápidos que los traficantes aunque lleven más tripulación. Seis y hasta ocho hombres armados se van al encuentro de las pangas colombianas. Narcos que asaltan narcos.

—Eso ha de traer consecuencias brutales. Supongo que luego los narcos colombianos regresarán a cobrar con sangre lo que les quitaron —le digo a Matías, aplicando a este Caribe sin turistas la lógica que asumo luego de investigar durante años la forma de operar de los mexicanos en México.

—Ja, ja, ja. No, hombre, no son pendejos. Prefieren tener tranquila a la comunidad. Ellos llegan a la comunidad en cuestión de horas, a veces los mismos que fueron asaltados. Los tumbadores en un ratito llegan a la comunidad y venden a uno de los acopiadores, que es conocido de todos, y luego los colombianos llegan donde él: Hey, mirá, nos robaron

tantos kilos, y como es nuestra, te vamos a dar solo tantos miles de dólares por ella. Llegan a un acuerdo. No pasa ni un día desde que los tumbadores roban hasta que los colombianos la llegan a comprar.

El comisionado policial Benjamín Lewis, miskito y jefe de Matías, me explicó hace dos días, en una entrevista larga realizada al amparo de una destartalada máquina de aire acondicionado, que incluso los cárteles colombianos se comunican entre ellos cuando hay un tumbado. Esos paquetes de droga marcados de tal manera y robados cerca de tal aldea son nuestros. Los demás cárteles, víctimas también de los tumbadores, cumplen el pacto y no aceptan comprar, sino que la dejan para que su dueño original llegue a negociar el precio de lo que le robaron.

Según el capitán de fragata Castañeda, en cambio, no todo es negociaciones. Durante nuestra charla allá en su oficina del muelle dijo que los tumbadores ya habían cambiado el signo pacífico de este litoral. Sus palabras fueron de una resignación extraña en un militar.

—Hace unos seis años atrás, cuando nos identificaban, tiraban las armas, y la captura se hacía pasiva, menos cuando era de noche y no había visibilidad, pero al grito de ¡Fuerza Naval de Nicaragua! todo cambiaba. Ahora, todo ha cambiado en un 100%. Es un combate. El año pasado, septiembre, un sargento perdió la pierna producto de un intercambio de disparos con narcos. El narco ya no nos respeta como autoridad. Cuando se ven perseguidos, se van orillando a la costa, y al verse cercanos a una comunidad, varan la lancha y te siguen tirando bala en lo que descargan y se esconden. Las comunidades ya saben qué hacer.

Es quizá porque los militares no terminan de adaptarse a las reglas de este Caribe. Los policías sí tienen bien asumidas las reglas del juego. Lewis utilizó un ejemplo genérico para explicarlo.

—Cuando llegamos nos abocamos al síndico, a los pastores de la Iglesia Morava o al consejo de ancianos: Miren, venimos a ver este cargamento que sabemos que está aquí. Y de ellos depende. No lo esconden: sí, vinieron, le dieron a fulano y mengano, se fueron y ya lo vendimos. Hay muy buena comunicación, pero como le digo, puede más el dinero.

Todo se trata de dinero, de necesidades. Ser pobre en un barranco, a la par de otro pobre, es asumible. Terrible, pero asumible. Ser pobre a la par de otro pobre que dejó de serlo y ahora vive en una enorme casa a la par de tu casucha debe de ser más complicado, sobre todo si uno mismo puede, de la noche a la mañana, entrar en el negocio que hizo prosperar a tu vecino.

Eso sí, a más red, a más gente metida en esto, a más dinero, más violencia. No necesariamente como la mexicana, guatemalteca u hondureña, donde los cárteles hacen performance de la muerte desmembrando gente, masacrando enormes grupos y dejándolos ahí, a la vista, y hasta con mensajes escritos. Pero sí más violencia, alguna que otra balacera y delitos de bagatela, de esos que hacen la vida más incómoda.

La tarde se nos va del todo, y desde el balcón del restaurante ya no se ve el Caribe, pero se escucha suave, meneándose y reventando en la orilla en discretas olas. Luego de haber escuchado a Matías, el agente de inteligencia policial, de saber que su mayor éxito según él es cuando decomisó dos pangas con barriles de gasolina, pero ya sin la droga ni los traficantes, le pregunto por qué demonios le interesa seguir en esta lucha, y contra qué exactamente lucha. ¿Contra unas pangas abandonadas? ¿Contra unas siluetas que disparan desde la playa de Walpasiksa? ¿Contra unos pastores, unos ancianos, unos miskitos que salieron de la miseria gracias a unos colombianos?

—Te diré por qué —me responde serio—. Si antes te emborrachabas aquí en Bilwi y te quedabas dormido en el parque central, amanecías con zapatos. Hoy no, amanecés sin zapatos y sin pantalón, porque los muchachos que fuman el crack hacen lo que sea para tener dinero y comprar. Esta gente es pacífica. Abandonados como están, siempre han sabido vivir comiendo de lo que cultivan y curándose con sus raíces. El paso de la droga crea necesidades. Le enseña al que no tiene nada pero es feliz, que otro tiene algo mejor, que eso otro es felicidad, y eso jode, jode a un pueblo. Contra eso lucho.

El dilema de Sadú

Hoy nos hemos dado cita con Matías en el mismo restaurante con mirador. Ayer le comenté que necesitaba encontrar fuentes directas, algún “ha-sido-de-todo” como le dicen por aquí a los multiuso. Matías prometió presentarme a un panguero que conoce muy bien las ofertas de los narcos y que una vez —solo una vez, dijo— les llevó una panga.

Puntuales, se bajan de un carro tan destartado que a nadie le extrañaría verlo en una chatarrería debajo de otro carro. Sadú es un hombre negro y alto de 45 años, con los antebrazos fibrosos y marcados, como todos los hombres que trabajan las pangas y se la pasan jalando cuerdas, apretando tuercas y manipulando motores. Se sienta con la humildad de un campesino. Callado, sin mirar nunca durante mucho tiempo a mis ojos y agarrando sus manos entre sus piernas, encorvado hacia adelante.

—¿Y qué cuenta, Sadú? —pregunto, invitando a sonreír.

—Ayer, frente a laguna de Bismuna hubo persecución, pero no lograron, porque narco llevaba 800 caballo —reza el miskito con su imperfecto español, asumiendo que lo quiero para que me cuente persecuciones, fechas, nombres, lugares. Pero no es para eso que quiero escucharlo.

Ha sido imposible sacar a Sadú de esa lógica. Ha hablado, ha contado la lógica de las pangas: no siempre menos peso es más rápido, porque sin el peso suficiente mucha velocidad vuelca la panga en una persecución. Ha explicado cómo en Sandy Bay, tras lo de Walpasiksa, sitio estratégico para los colombianos, una panga se interna por la laguna, se esconde entre matorrales y por caminitos de tierra es descargada en menos de una hora por los locales. Ahora sé que esto es de ida y vuelta, que los pangueros suben la cocaína a Honduras y al bajar pasan por Jamaica para recoger marihuana y llevarla a Costa Rica. Sé

que los estadounidenses están en el meridiano 82 y que las pangas se deslizan entre dos y siete millas mar adentro, que las persecuciones no son como las de los carros, a unos centímetros uno del otro, sino que es algo de millas, que a veces ni ves la lancha que seguís, pero que sabés que ahí va, porque alguien —normalmente los estadounidenses— te van dando las coordenadas. Sé que los narcos llevan GPS, mapas y brújula y que bien cargados alcanzan las 50 millas por hora. Todo eso sé, pero aún no sé nada de Sadú.

Al final de la tarde, le pido que nos lleve en su decadente carro. Él, de momento, vive de esa chatarra, es su taxi. En Bilwi, casi todos se mueven en taxi, pero una corrida normal se paga a 75 centavos de dólar. Aquí, en tierra, todo se paga mal.

En el camino logro arrancarle un pedacito de él. Dice que era pescador de langostas, que había logrado comprar un tanque de aire y una cámara fría para guardar la langosta. Dice que ahora mismo le va mal, que el huracán Félix, ese que se ensañó contra estos indígenas en septiembre de 2007, lo dejó cinco días de naufrago en alta mar, agarrado a unos bidones de gasolina, viendo morir a sus dos compañeros de pesca. Cuenta que ahí perdió el motor y que la panga apareció tiempo después en una playa. Dice que desde entonces no levanta cabeza.

Amanece. Ayer, luego de que nos dejara, acordé con Sadú que hoy nos volveríamos a ver. Le pedí que esta vez me enseñara su panga y su casa.

Su casa, como la de la mayoría de pescadores, está en el barrio El Muelle. Su casa es la de un pobre, de tablones viejos de madera, con apenas muebles, y los que hay muy viejos. En la sala, hace de asiento la palangana para las langostas que lleva cinco años en desuso.

—Esta es mi casa —dice Sadú, ceremonioso como es, estirando su brazo con lentitud, como lo haría una modelo de televisión para lucir el carro que rifan en su programa. Adentro, gris, poco—. Vamos a ver lo demás que tengo —me invita Sadú, y con eso se refiere a que vayamos a ver la otra pertenencia que tiene en su vida, una panga inútil.

Caminamos entre casuchas de madera de las que sale un olor a pescado. La gente saluda a Sadú, pero yo no entiendo ni pizca de miskito. Sadú saluda con su largo brazo.

—Ahí está —dice, cuando salimos a una pequeña playita atrás del barrio.

¿Y bien? Sí, ahí está, efectivamente. Es un momento de expectativa derrumbada. Una panga sin motor tirada en la playa es eso y nada más, una panga sin motor tirada en la playa.

—¿Y cuándo comprarás motor, Sadú?

—No puedo. Motor de 60 caballos vale 5 mil dólares. Aquí todo más caro, porque todos venden a precio de gente que puede pagar, y alguna gente puede pagar mucho.

—¿Y cómo es que antes lograste comprar tu motor?

Sadú me mira y sonrío apenado. Baja el rostro. Se me vienen a la mente las palabras con las que Matías me presentó a Sadú: solo una vez les llevó una panga. Cambio mi pregunta.

—¿Cuánto le pagan los colombianos a un pangüero por llevar una panga de la frontera con Costa Rica a la frontera con Honduras, Sadú?

—Si va de marino simple, 35 mil dólares; si usted es capitán, hasta 80 mil.

¡Eso pagan los narcos por un recorrido que dura un día y una noche! Pagan en efectivo, sin trámites ni esperas. Es normal, un cargamento de una tonelada es vendido en destino final, en Estados Unidos, por alrededor de 60 millones.

Los estudiosos, los analistas, los políticos utilizan casos de otros políticos que fueron comprados por el narco por exorbitantes sumas, por millones de dólares. Políticos con buenos sueldos y excelentes carros que querían más y más y más, pero no porque no tuvieran. Pero, pienso yo aquí al pie de una panga inútil, si no es el dilema de Sadú el que explica mejor lo complicado —imposible— que es cortar este flujo que no solo tiene que ver con drogadictos y traficantes, sino también con gente pobre que necesitaba un motor, gente indígena que lo consiguió aceptando la única oferta que tenía a la mano, gente que perdió un motor, gente que de nuevo necesita un motor. Gente que de nuevo tiene solo una oferta.

La reverenda Cora Antonio coincide conmigo, pero encuentra que hay otros factores que han convertido a este Caribe en uno donde solo hay tres opciones: cocaína, pangas o langostas.

Los tres temores de la reverenda

Cora me recuerda al personaje de un cuento de Truman Capote, Mr. Jones, un señor misterioso que recibía en su casa a cuanto visitante llegaba. Y llegaban muchos a contarle cosas, a preguntarle cosas, a contarle infidencias. El cuartito de Brooklyn donde Mr. Jones recibía a sus invitados cambia en el caso de Cora por el porche de su modesta casa de cemento, con una segunda planta en construcción, en pleno barrio Moravo de Bilwi, un sitio apacible. Cora pasa las tardes sentada en su mecedora, atendiendo a personas que parecen escucharla como lo haría un hombre juzgado cuando su abogado le cuenta las opciones que le quedan.

Es de las mujeres más respetadas de todo el Atlántico nicaragüense, y una de las personas que mejor lo conoce. La reverenda fue la primera mujer en formar parte del Sínodo de los moravos, su organismo de dirección, y hasta mediados del año pasado cuando dejó el cargo, la primera mujer en ocupar el cargo superior, superintendente. La protestante Iglesia Morava es la que tiene mayor presencia en este Caribe, y lleva una ventaja abismal sobre las demás. La explicación se mide en años. Fue en 1849 cuando los primeros misioneros traídos por los ingleses llegaron a estas costas a evangelizar a los indígenas. Casi cada comunidad tiene un pastor moravo que si bien ya no tiene el poder

absoluto que tenía hasta la década de los ochenta, sigue siendo uno de los que lleva la voz cantante en las comunidades de este litoral.

Acudí a Cora para que me ilustrara sobre hacia dónde ir y me presentara a algún pastor con quien conseguir entrada en una comunidad, ya fuera Sandy Bay o Walpasiksa. Pensé, por alguna extraña razón, que un pastor moravo estaría lejos del dilema de Sadú, y me podría hablar de lo que pasa en su comunidad mientras me llevaba en una panga hacia ella. Cora me ayudó a aterrizar.

—¿Para qué te voy a mentir? Sí hay muchos pastores involucrados —dice Cora, y cuenta una anécdota de cuando un taxista le reclamó que por qué denunciaba la droga si la droga les daba de comer, si la droga ponía las ofrendas que llenaban su charola los domingos, si la droga le construía sus templos en las comunidades. Y Cora le respondió que eso era diferente a aceptar dinero de un narco, y luego me dice que ella misma retiró a un pastor cuando supo que aceptó 5 mil córdobas.

—¿Cómo vas a predicar cuando los narcos entran y violan a las muchachas y pagan a las muchachitas de 13, 14 años, 20 dólares para dormir con ellas? Ellos entran, tienen el dinero y van... Incluso, si se enamoran de la esposa de una persona van a acostarse con la esposa del señor, y las muchachitas ahí andan, porque quieren dinero —recuerda Cora que reprendió a su pastor.

Convencido de que el ingreso a una comunidad no será a través de ningún pastor elijo cerrar la conversación preguntando a Cora por el futuro, por sus miedos de lo que se viene. Los tiene muy claros, en la punta de la lengua. Tres cosas, dice, levantando tres dedos.

—La primera —dice— es la tenencia de tierra, porque mucha gente del Pacífico —así nos llaman a los que no somos de aquí— está viniendo a comprar tierra al ver que hay cómo hacer negocio, y los afectados van a ser los indígenas desplazados. La segunda —sigue—, aquí hay armas, y las personas que se meten en este trabajo ven la ambición, el dinero, no ven que tarde o temprano entre ellos se van a matar, o que otros narcos los van a venir a matar. Y la tercera, que el paso de la droga esconde otros problemas de comunidades que siguen siendo pobres, con muy poca educación, con casi ningún puesto de asistencia médica en lugares a los que solo por mar se llega.

Así cierra su enumeración de temores. Pero tiene algo más que decir.

—Los gobiernos se despreocuparon de esta costa Atlántica, y otros se hicieron cargo, eso es lo que pasó —lamenta y luego me lanza una recomendación—. No vaya solo a Sandy Bay, que alguien de aquí lo acompañe. No gusta mucho la gente del Pacífico que llega sola allá.

Mansiones entre cocoteros

Llegar a Sandy Bay ha sido una peripecia. Es domingo, y hoy no suelen salir pangas de

pasajeros, por lo que la única que llegó, la del lanchero con el que ayer apalabramos la salida, fue la nuestra, a la que más gente se subió aprovechando la inusual ocasión. Pero claro, como no declararon salida, el ejército nos interceptó con otra panga apenas unos 300 metros pasado el muelle en dirección a Honduras. Nos devolvieron, nos revisaron, solo cuando el capitán de corbeta Castañeda me vio a bordo suavizó la medida y no retuvo la panga.

—Es que ando revisando si no llevan licor, porque ese es el trato, allá no se permite tomar —dijo, para mi total admiración el capitán de corbeta.

La incomodidad de dos horas bajo el inclemente sol y el dolor en las nalgas causado por el golpeteo de la lancha con el oleaje empiezan a valer la pena cuando nos desviamos por la laguna rodeada de manglar que da entrada a Sandy Bay. Esta es la capital de la droga en la RAAN, según los militares y los policías. A simple vista, un lugar hermoso. Compuesto por 11 barrios, Sandy Bay se muestra primero a través de uno de ellos, Lidaukra. Guardando las distancias, esto recuerda a la isla de los famosos de Miami, casas de dos plantas con fachada a la laguna, amplios ventanales y jardines bien recortados.

Bajamos en Nina Yari, hasta cuyo muelle se llega adentrándose en los caminitos que dejan los manglares, una especie de callejuela de agua que abre camino a otros callejones que la maleza esconde, un verdadero laberinto salado. Unos hombres descansan frente al desembarcadero. Caminamos ante sus miradas fijas. ¿Hacia dónde van?, se escucha que pregunta uno. Y el fotógrafo Edu Ponces esquiva con su respuesta. ¿Para dónde caminan?, insiste, y Ponces señala a Ruth Jackson, la periodista miskita que nos acompaña, a lo que le dijimos es un viaje para conocer su comunidad, nada más. El hombre nos deja en paz. Es un hecho. Entrar a Sandy Bay sin ser detectado es una fantasía, hay ojos por todas partes y los motores fuera de borda se escuchan desde lejos cuando navegan por los callejones del manglar.

El wihta Seledón López nos espera en su casa de cemento de dos plantas. Él es el jefe máximo de la comunidad. Asesorado por el consejo de ancianos, es quien dirime cualquier problema y ordena prisión a quien sea. Lo interrumpimos, ya que veía un partido de fútbol en su enorme televisión de plasma. Como muchas de las casas de Sandy Bay, esta también tiene antena propia, que le da comunicación y televisión por cable. Al poco tiempo, se escucha el rugido de varias motos. Afuera de la casa del wihta, que nos pidió esperar un momento antes de hablar, estacionan sus Yamaha nuevas siete hombres recios. Se trata de la comisión de seguridad de Sandy Bay. Desde que los miskitos echaron a la policía y los militares de aquí en 2009, mantienen su propio grupo encargado del orden, esos hombres que patrullan en sus motos.

El comisionado policial Lewis me dijo que entre los 23 miembros de esa comisión hay algunos reconocidos maleantes que trabajan con los colombianos. La policía incluso envió una carta de protesta al gobierno regional, el CRAAN, pidiendo que sacaran a algunas personas de la comisión, porque ellos los tenían fichados como operadores de los narcos.

De Sandy Bay, tanto Lewis como Matías, el capitán de corbeta y el investigador Orozco coinciden en lo mismo, que se puede resumir en una sentencia de Lewis.

—Ahí mandan ellos, los vinculados a los narcos. Tienen el poder económico y armado. Ahí operan colombianos, jamaquinos, ticos, hondureños. Llegan, se están cuatro, ocho días, hacen sus contactos, salen; se habla de dos, tres pistas clandestinas en lugares bien difíciles de acceso, difíciles para nosotros. Hay personas que nos han querido llevar a fotografiar, pero no hemos hallado por dónde entrar, no hay modo sin que nos miren.

Todos coinciden también en que los narcos buscan primero o al pastor o al wihta o al consejo de ancianos para crear base social; todos coinciden en que sin ellos no hay negocio. Sin embargo, Seledón, diminuto, con lentes, moreno, como cualquier campesino centroamericano, con su graciosa forma de hablar español y sus 50 años, parece tan inofensivo...

Con toda la amabilidad del mundo escucha nuestras peticiones, recorrer todas las comunidades desde ahora mismo hasta que anochezca. Acepta y nos dice que para eso ha llegado la comisión, que ellos nos llevarán en sus motos si queremos hacer el recorrido.

Es descarado cómo estos hombres pretenden llevarnos solo a conocer el Sandy Bay más precario. Decimos que queremos ver el muelle, para acercarnos a las casas tipo Miami de Lidaukra, y nos llevan al margen casi inaccesible de una pequeña laguna. Decimos que queremos conocer el centro del pueblo y nos llevan a la casa de una anciana que no habla español y que ayer perdió su choza de palma de coco y madera por un incendio accidental, y se ha quedado sin nada, nada de nada. Pedimos ir hacia el centro una vez más y nos llevan a enseñar su cárcel, una mazmorra asfixiante donde encierran a los borrachos y problemáticos.

Sin embargo, nada les da resultado. Sandy Bay es alucinante y para verlo no hay que detenerse a mirar, basta con pasar zumbado en una motocicleta. Para llegar a la laguna, para ir hasta la casa de la viejita, se atraviesa el centro de Sandy Bay por la callejuelita de cemento que hace de único camino vehicular en este extraño sitio. Es un paseo de lujo. Casas, mansiones que no tienen nada que envidiar a las de veraneo que los millonarios centroamericanos tienen en la playa. No una, decenas de casas de tres plantas con piscina, revestidas de azulejo. Recuerdo lo que dijo Matías: cemento en esas comunidades es igual a narco. Es carísimo, mucho más que en Managua, hacer una construcción de cemento aquí, porque tienes que transportar los sacos en pangas, y eso no está al alcance económico de un pescador.

Volvemos de noche y Seledón, amable, nos invita a salir de su casa de dos plantas, cruzar la pequeña callejuela y pasar a la cocina, que los miskitos suelen tener separada de su lugar de habitación. Nos sentamos a comer mientras Seledón habla de la paz que ha traído la comisión de seguridad, de lo tranquilos que están los 16 mil habitantes de Sandy Bay, de la falta de medicinas y atención médica, de cómo solo una enfermera los atiende. Lo interrumpo a cada frase e intento meter, solapada, la pregunta. Al final, lo logro.

—¿Y por qué tienen tan mala fama los de aquí?

—¡Claro, todos saben de qué habla ahora! ¡Traficantes! Dejamos pasar, no encarar nosotros a ellos porque andan arma, dejamos pasar.

Eso fue todo sobre el tema.

Temprano, agradecemos a Seledón la comida y el techo para pasar la noche y nos vamos. Regresamos sin novedades. A medio camino, el panguero se ilusiona al ver un barril azul asomando en una playa desierta. Da un giro vertiginoso a la panga y dice algo en miskito a su ayudante, que se abalanza al agua hasta llegar al barril. Vacío. El panguero le dice algo en miskito al muchacho. Solo entiendo la palabra droga. El muchacho da vuelta al barril, que solo deja caer unas gotas de agua, y se encoje de hombros. Seguimos hacia Bilwi.

Un buen día

Mañana nos iremos de la RAAN. Al mediodía sale nuestra avioneta hacia Managua. Es la única forma de llegar hasta aquí en un tiempo razonable. Por tierra, el recorrido puede ser de entre 16 y 28 horas, dependiendo del estado de la precaria calle de terracería.

Me llama Matías.

—¿Viste algo raro por allá? —pregunta.

—No, nada.

—Es que estamos persiguiendo un cargamento que llegó. Iremos a ver hoy, mañana te cuento.

Amanece.

—Matías, ¿fueron?

—Sí.

—Ajá, ¿y qué?

—Nada, nos dijeron que ya la habían vendido. La encontraron los pescadores de un barco caracolero que andaba allá por los cayos y la vendieron en Sandy Bay al acopiador. Eran 200 kilos que los narcos tiraron en una persecución. A cada marino le pagaron 5 mil dólares.

—¿Y cuántos marinos eran?

—80.

—¡Qué! ¿Será eso posible?

—Ay, hermano, salí y mirá las calles.

El sol resplandece con fuerza y Bilwi está alegre, los negocios están repletos de gente y el muelle bulle con pangas que salen y entran con más gente que viene a hacer compras.

Narco hecho en Centroamérica

Óscar Martínez (originalmente publicada en El Faro)

Hoy no habrá cita con el narco. El trato era otro. Si hoy antes de las 5 de la tarde yo me plantaba en San Jorge, departamento de Rivas, Nicaragua, muy cerca de la frontera con Costa Rica, habría cita con el narco. Pero ahora mismo es el día y la hora indicada y no habrá cita con el narco. La razón que media no es una trama de fechas falsas, horas equívocas y conversaciones encriptadas para despistar. Tampoco se trata de que este narco haya recibido, como suele ocurrir, información fresca sobre el paso de un cargamento de cocaína y se vea tentado a robarlo. No, la razón es más mundana: el narco se tomó una botella de whisky y no está en condiciones de decir ni media palabra.

A la hora y el día pactados lo único que obtengo es un balbuceo incomprensible por el auricular del teléfono. Pasan 10 minutos y cae la llamada de la mujer del narco de Rivas. Dice que disculpas, pero que el señor no podrá hoy, que cuando pueda, más tarde, llamará para la cita.

Estos tratos siempre penden de un hilo. ¿Por qué un narco querría hablar con un periodista? La respuesta es la de siempre. Por interés. Algo les interesa denunciar. Sí, los delincuentes tienen mucho que denunciar. Siempre les interesa acusar a alguien.

Son las 11 de la noche cuando el narco de Rivas llama a mi celular. Atiendo desde un restaurante con muelle, en San Jorge, a orillas del lago.

El narco de Rivas se disculpa, dice que así son las cosas, que el calor de la costa Pacífica de Nicaragua llama al trago. Dice que ya se levantó recuperado, pero que unos buenos amigos han llegado a verlo y han llevado otras botellas de whisky. Que hoy será imposible, pero que mañana le llame a las 7 de la mañana en punto, para que a las 7:30 desayunemos.

Decido que lo intentaré a las 9 de la mañana.

* * *

San Jorge es un municipio del departamento de Rivas, un pueblo de unos 8 mil habitantes partido por una sola calle que termina en el embarcadero de las lanchas que van hacia la isla de Ometepe, destino turístico en medio del Gran Lago de Nicaragua. El inmenso lago no es mar, pero casi, y San Jorge se contagia del espíritu marino de todo el departamento: hay un restaurante El Navegante, un hospedaje El Pelicano, un hotel Las Hamacas, un restaurante El Timón... el pueblo resulta pausado, caluroso, de tierra y madera, de chancletas y pantalones cortos.

Como departamento, Rivas es el único de Nicaragua que tiene paso fronterizo formal con Costa Rica, la frontera de Peñas Blancas. Eso y más de 80 puntos ciegos. Rivas es la entrada de la droga colombiana a Nicaragua por este lado del mapa. Rivas es, según la Policía Nacional, la ruta de los mexicanos, por donde los cárteles de Sinaloa, del Golfo,

Juárez o la Familia Michoacana trasiegan su cocaína; a diferencia del Atlántico, donde los colombianos siguen dominando el tráfico para, más al norte -en Honduras o Guatemala-, entregarla a los mexicanos y quedarse con una mejor tajada por sus servicios de transporte.

La diferencia entre el Pacífico y el Atlántico es que esta última ruta es una autopista marina, donde las lanchas con motores de 800 caballos de fuerza pasan zumbadas y, cuando mucho, se detienen para recargar combustible. En cambio, por el lado de Rivas, un buen porcentaje de la droga pasa por tierra, para aprovechar el movimiento que caracteriza al gran lago, y así llegar con facilidad hasta Granada o la capital, Managua.

* * *

Son las 9 de la mañana y, según me dice su mujer, el narco de Rivas se ha encerrado en su habitación bajo llave para dormir su resaca en paz. Pero asegura que lo levantará a como dé lugar.

A las 10 me llama el narco de Rivas.

—Venite pues, echémonos un cafecito, que esto está duro. ¿Dónde estás? Voy a mandar a que te recojan.

Parece hecho con el mismo molde que varios de los narcos con los que he conversado. Regordete, moreno, con enormes manos, amable al primer trato, jovial, dicharachero, de hablar campechano, sudoroso y con alguna muletilla confianzuda: hermanito, mi amigo, maestro, viejo, viejito.

En Rivas hay al menos cuatro capos. Él es uno de ellos. Los capos centroamericanos, menos secretos que los mexicanos, menos ostentosos, menos ricos, más ubicables, normalmente empezaron de una de dos formas: ocupando la red de contactos que construyeron por alguna razón -porque eran cambistas de moneda en alguna frontera, porque pertenecieron a una banda de delincuentes menores que traficaba queso o robaba furgones, porque tuvieron un cargo público municipal- para servir de base social a un capo internacional que quería pasar su droga hacia el norte, o bien ocupando esa misma red de contactos para tumbar droga en su región. El narco de Rivas empezó como tumbador, como traficante que roba a otros traficantes

Cuando al final nos saludamos, el narco de Rivas se ve bien. Ni ojos rojos ni gestos lentos ni mal humor. Sudoroso, eso sí, pero alegre y gritón. Me recibe en la salita pequeña en su casa. Afuera de la sala, dos jóvenes hacen guardia. Así, alegre y a gritos, me pide que le entregue una identificación.

Los narcos centroamericanos, salvo excepciones como algunos ex diputados o los famosos y ancestrales patriarcas guatemaltecos y hondureños, son agentes libres. No son del mexicano Cártel de Sinaloa ni tampoco tienen contrato de exclusividad con el colombiano Cártel del Norte del Valle; trabajan con quien pague, con quien llame. El

narco de Rivas es agente libre. Y cuando hablamos de narco no nos referimos a un vendedor de esquina, sino a alguien que trasiega cientos de kilogramos.

El narco de Rivas empieza a hablar de lo mismo que los otros tres narcos centroamericanos a los que he entrevistado. Que dejaron el negocio. Esa afirmación suele ser como las boletas de raspe y gane. Con tantito que se le pase la uña, aparece la verdad. Y la verdad suele ser que siguen siendo lo que al principio dicen ya no ser. El narco de Rivas dice que ya dejó de tumbar.

—Supuestamente yo soy tumbador. Viene un cargamento y se le hace su operación. Si uno anduvo en la guerra... sabe —se presenta al poco el verdadero narco de Rivas.

Nicaragua es en Centroamérica el país de tumbes por excelencia. En el Atlántico, las lanchas rápidas de los locales salen desde comunidades perdidas, cerca de la frontera de Honduras, a interceptar cargamentos completos para luego revenderlos. En el Pacífico, bandas armadas interceptan furgones, o incluso algunos policías se encargan de pellizcar los cargamentos incautados. No es un secreto para los investigadores sociales.

Roberto Orozco, del Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas (IEEPP), un respetado centro de estudios nicaragüense cuyos investigadores se desplazan a los sitios para sus indagaciones, asegura que Rivas es uno de los cuatro departamentos donde los niveles de corrupción policial levantan alerta. Eso combinado con que, según este investigador, en Rivas los grupos ya son “cárteles embrionarios”, con mucha mayor capacidad de corrupción que la de un delincuente solitario.

No es un secreto tampoco para la Policía. La primer comisionada Aminta Granera acepta que Rivas es un reto para la institución: “Se necesita más la cooperación de la base logística nacional en Rivas que en la costa Atlántica, porque allá no atraviesan por tierra. Estamos encima. Acabamos de pasar a cinco policías al sistema judicial. Tenemos un trabajo intenso de asuntos internos en todo el Pacífico porque está más vulnerable a la corrupción del crimen organizado”.

Quizá sea cierto que el whisky no deja resaca, porque la conversación continúa sin haber visto un vaso de agua. Pregunto al narco de Rivas qué red tiene que tener un tumbador.

—Como uno es viejísimo de haber andado en eso, pues a uno lo conoce gente. Hasta trabajadores de cárteles. Viví en México cinco años. ¡Te llaman! Porque el colombiano es el más miserable para pagar, por eso te ponen al colombiano, te llaman, o los mismos contactos locales al que no le pagaron su trabajo anterior. ¡Es por resentimiento! Son miserables. Esos jodidos, por eso caminan perdiendo en todos los países. Y también que siempre funciona con el hilo nacional. Ellos (los policías) hacen sus zanganadas. El colombiano no te va a mandar 472 kilogramos. Te va a mandar 500, números cerrados; uno lo sabe. Aquí los policías te reportan decomisos de 87, 83, 940.

El tumbador es un cosechador de la traición en un gremio de traidores.

Cuando en abril de 2011 estuve en Bilwi, la capital de la Región Autónoma del Atlántico Norte, pregunté a diferentes fuentes, desde policías hasta miembros de las redes de traslado de cocaína, por qué los tumbadores seguían vivos cuando lo más normal es que el afectado termine por enterarse de quién le robó. Al fin de cuentas, pocos tienen la magia para esconder, en el mismo mercado, una lancha o un furgón cargado con cocaína. En el Caribe me contestaron que era porque no había bases extranjeras instaladas, sino locales con los que era mejor no entrar en conflicto para evitarse problemas. La mejor solución era comprar la droga a los tumbadores. Aunque cuando el tránsito se realiza por tierra, como sucede en Rivas, parece que la cautela debe ser mayor.

—Es raro, fijate. Aquí ya han aparecido muertos por haberse robado 20, 10 kilos. Es pueblo chico, todos nos conocemos. Si vos mirás a un majero raro... El local sabe bien que lo pueden joder, entonces también te llama: mirá, loco, aquí andan unos majeros así y así buscando a tal.

Incluso aquí, en tierra firme, se sigue intentando despistar.

—Cuando tumbás, mandás a llamar a gente de Guatemala, de Honduras. Incluso decís: fijate que se robaron tanto de tanta marca... ¡Reempacalos! El mundo es para los audaces. Aquí el tumbador sabe bien que le andás tocando los huevos al toro. Aquí tumbás 500 kilos. El dueño de eso tiene una competencia. La competencia compra eso que se robaron y la va a vender por arriba. Sabés que un día te toca perder.

En Centroamérica, a diferencia de México, donde un narco debe demostrar que tiene más balas que el otro, todavía la regla de la discreción tiene su peso, como en el México de los ochenta y de los noventa. Es preferible negociar que llamar la atención, a menos que la situación sea demasiado descarada. Como dice el narco de Rivas, aquí el que hace locuras o va a la cárcel o termina jodido. De esos locos hay presos.

Pero sin duda la regla de protección número uno para un agente local es esa segunda palabra. Local.

—Para matar a un rivense, se necesita a otro rivense.

El capo de Rivas se echa a reír orgulloso. Se siente cómodo en su reducto, donde sabe interpretar todos los símbolos. Si una camioneta está en la esquina de su casa más de una hora, es la Policía. Si ciertos carros particulares lo siguen, es la Policía. Si ciertos hombres se sientan cerca de él en los restaurantes, sabe que son policías, les conoce el nombre, las andanzas y el apodo, como conoce también los del taxista, el peluquero, el alcalde y el lanchero. De estos son de los narcos que abundan en Centroamérica, de los que tienen una parcela de control en la que conocen cada brote y sonido. Una parcela, un cerro, una playa, un municipio, una carretera, un cantón, una aldea. Y desde esa cómoda posición ayudan a quien se deja ayudar.

* * *

Desde su despacho en uno de los pisos superiores del cuartel central de la Policía, Aminta Granera asegura que los cárteles mexicanos no tienen presencia fija en Nicaragua. Que lo que urge enfrentar son las “estructuras de cooperación nacional” de esos grandes cárteles mexicanos. De hecho, desde hace al menos cuatro años, la estrategia policial ha cambiado. Según el comisionado Juan Ramón Gradiz, brazo derecho de Granera, esto se debe a que antes se estaba “embodegando, capturando al que iba transportando la droga, pero la red quedaba ahí”. Desde entonces, una serie de operaciones han pretendido una de dos: o arrestar infraganti a los miembros de las redes logísticas del traslado de droga o quitarles todo lo que puedan, casas, negocios, armas, vehículos. Dejarlos destapaditos, dice Gradiz.

Uno de esos operativos se llamó Dominó I, se realizó aquí, en Rivas, la noche del 4 de diciembre de 2011; y ahora 20 pescadores, transportistas, gente en apariencia común, enfrentan juicio por tráfico de drogas, y otros 19, por lavado de dinero.

La Policía justifica el éxito de su nueva estrategia con una gráfica titulada “Cocaína incautada vs células neutralizadas 2000-2011”. Abajo, dos líneas, una azul y otra roja, se entrelazan, se separan y se vuelven a entrelazar. La azul representa los decomisos de cocaína, que suben en toneladas hasta llegar a 15.1 en 2008, y empiezan a bajar hasta llegar a 4.05 en 2011. La roja, en cambio, representa a las “células neutralizadas”, que se mantiene en cero hasta despegar en 2005 y subir hasta 16 en 2010, justo cuando la línea azul vive su caída más radical. Para la Policía, la lectura es obvia: se decomisa menos droga porque, como se desmantelan más estructuras, está pasando menos droga.

Al investigador Orozco, esta visión le resulta una lectura demasiado básica y equivocada. En primer lugar, porque esta frontera sigue siendo un “zaguán abierto”, con 82 puntos ciegos que él mismo ha identificado en sus recorridos. En segundo lugar, porque los organismos internacionales siguen hablando de una producción de cocaína por los países andinos de 850 toneladas anuales desde, al menos, 2009. De esas, el 90% pasa por Centroamérica en su carrera hacia el norte. Orozco suma elementos y concluye que si los índices de consumo en Estados Unidos se mantienen estables desde hace años, que si los índices de producción andina se mantienen estables desde hace años, que si los índices de consumo centroamericanos y mexicanos aumentan cada año, entonces la Policía debe estar equivocada cuando dice que está pasando menos droga por su país.

En la casa del narco de Rivas, él intenta enumerar a todos los que son agentes libres en la zona. Ha nombrado a unas 15 personas e incluso ha llamado a un amigo que cumple condena en alguna prisión nicaragüense para acordarse de un nombre que se le escapó.

Al narco de Rivas, la lógica policial no le cuadra, aunque acepta que Dominó I se llevó a “varios narcos de verdad”. Mientras charlamos, los argumentos se van desgajando.

—Es que aquí te pasa de todo, de la Familia Michoacana, de Sinaloa, del Cártel de Zacapa, Guatemala... Aquí vienen paisanos tuyos, y los ticos. No solo son los locales. Eso sí, al local siempre lo contacta un extranjero.

Parece que hay clientes de sobra, y siempre necesitarán de un local. Entonces, siempre

habrá locales. Y siempre los habrá, cree el narco de Rivas, porque la oferta es más seductora que otras.

—Se ha agarrado como una manera de sobrevivencia, si aquí solo hay esa zona franca y el mar y los pescados —dice, y abre los brazos con las palmas hacia arriba, como quien ha mencionado un argumento muy obvio.

Esta bien podría ser otra regla del narco centroamericano por excelencia. El narco de este nivel, el agente libre que ahora mueve buenas cantidades para el mejor postor, tuvo una vida en la que era pan comido hacer una mejor oferta, mostrar una mejor baraja.

Los dos narcos salvadoreños con los que hablé, por ejemplo, coincidían en que ambos trabajaron desde pequeños en mercados, cargando bultos, arreglando montones de verduras, descargando camiones. José Adán Salazar, mejor conocido como Chepe Diablo, señalado por las autoridades policiales salvadoreñas como uno de los líderes del Cártel de Taxis, se pasó años asoleándose en la frontera entre El Salvador y Guatemala en su intento por cambiar quetzales por colones (cuando El Salvador aún tenía moneda propia) y ganarle unos centavos a cada billete cambiado. En el Caribe nicaragüense, para no irnos tan lejos, muchos jefes de células de apoyo a los colombianos y muchos jefes de grupos de tumbadores marinos, fueron pescadores de langosta en los cayos miskitos. Se sumergían a pulmón durante más de tres minutos para sacar el animal por el que les pagarían no más de tres dólares, para luego venderlo en algún restaurante a más de 10. Muchos de esos pescadores sufrieron atrofias cerebrales por la falta de oxígeno y quedaron postrados en sus casuchas sin poder mover piernas ni brazos.

Luego de mencionar que los clientes que necesitan de los agentes libres rivenses abundan hoy por hoy, el narco de Rivas se ha enzarzado en un pensamiento en voz alta sobre quiénes vienen y cómo son. Para él, los guatemaltecos y hondureños bajan mucho por estos lados, “gente pesada”, pero sin duda cree que los más “aventados” son los salvadoreños, y que muchas veces suelen ser pandilleros de la Mara Salvatrucha (MS-13) los que se encargan de contratar los servicios de algún local para mover vehículos llenos de cocaína. Rivas, podría decirse, tiene dos tipos de visitantes: los mochileros que buscan las playas de San Juan del Sur y los narcos que vienen a abastecerse. La Policía ya ha arrestado a hondureños y mexicanos con cargamentos de drogas y armas. Tres de los mexicanos detenidos en 2007, por ejemplo, son del celeberrimo Estado de Sinaloa, en el norte mexicano, la cuna de los capos más conocidos en aquel país.

En fin, que al narco de Rivas no le cuadra ni de cerca la lectura que la Policía hace del baile de la línea roja con la azul en aquel cuadro de incautaciones y células delictivas. Para demostrar que no le cuadra, se ha quedado pensando un rato, buscando con qué comparar esta frontera.

—Creo que ahorita aquí hay más droga que en Pereira, Colombia.

* * *

—Mirá, ¿cómo se llamaba el comisionado aquel con el que caminaba tu amigo Marcial?
—pregunta el narco de Rivas por teléfono a algún colega narco. Ha decidido responder a mi pregunta haciendo esta llamada.

—...

—¿Y está activo todavía?

—...

—Mirá, estoy aquí con un amigo que me pregunta si algún día hemos pagado a la Policía nosotros.

El narco de Rivas activa el altavoz para que yo pueda escuchar la respuesta de su amigo, que parece encontrarse en medio de una fiesta.

—Sí, claro. ¿Quiere que le contactemos alguno?

—¿Vos le has pagado a alguno?

—¡Ja, ja, ja, ja!

Aquí podrán venir sinaloenses, pandilleros o centroamericanos que conozcan como la palma de su mano este departamento, pero la importancia de ser de aquí seguirá pesando. No conocer aquí, ser de aquí. Ese es el valor en el mercado de un agente libre.

Aquí es un pueblo. El interior de los países centroamericanos es un pueblo. Los países centroamericanos son una capital rodeada por varios pueblos con título de ciudad. Y en los pueblos todos se conocen. Por ejemplo, si yo quiero que un taxista venga a recogerme, basta que le diga el nombre del narco de Rivas, y él sabe dónde está la casa.

El narco de Rivas ha vuelto a poner en firme un punto que ha recalado varias veces. Si no tenés infiltrada la Policía, como agente libre no estás en nada. Es curioso, pero hay un punto en el que la primer comisionada de la Policía, el investigador del IEEP y el narco de Rivas coinciden. Este último lo resume.

—No te hablo de la primera comisionada, no te hablo de los directores; te hablo de los jefes, de los segundos jefes, de los jefes de auxilio judicial de los departamentos.

Orozco sigue creyendo que la Policía de su país es de las mejores de la región, sigue creyendo que dista mucho de la policía hondureña, que “tiene departamentos donde todos colaboran con el crimen organizado”. Cree que el problema nica de corrupción policial es “allá abajo”, en los departamentos, pero cree también que o se corta o crecerá.

La información es poder. Eso queda tan claro en un lugar como Rivas. Hay familias,

como los Ponce, dice el narco de Rivas, que de ser pescadores pasaron a ser grandes narcos por una sola razón: se enteraron de cosas y conocieron a gente. Empezaron a trabajar en las quintas de descanso de la clase pudiente y oyeron, preguntaron y terminaron como lugartenientes fijos del Cártel de Cali.

Pero para estar informado hay que tener muchos ojos y oídos. Le pregunto al narco de Rivas la receta para poder operar bien, y comienza a enumerar los ingredientes.

—La Policía, claro que te puede mover a un oficial de tránsito en la carretera y mandarte a su perro fiel. La otra opción es que te bandereen para salir del departamento. Uno tiene muchachos que le trabajan, que conocen esta frontera como la palma de su mano. Van adelante en un vehículo o una moto, tenés gente con celulares en La Coyota, en La Virgen o en la entrada de Cárdenas. Los taxistas, los de la gasolinera, que ven pasar. Cuando la Policía va a operativos antes van a *fulear* a la gasolinera.

Pero claro, ver mucho, saber mucho, tiene su precio.

—Es una red horrible. Ahí en la frontera, por 10 mil dólares pasa un tráiler lleno. Es la Policía la que hace la revisión. La frontera la usan los más grandes. Si vas a pasar tres tráileres, son 30 mil dólares. No la puede pasar un local que vende bolsitas y mandó a traer su kilito a Costa Rica, que está más barato.

Para los menos grandes, los 82 puntos ciegos que Orozco contó son la opción, pero igual, de esa manera hay que pagarle al bandera que irá a la vanguardia.

—Si es bastante lo que se lleva, unos 200, 300 kilos, pues son unos 5 mil dólares para el bandera. ¡Qué bebida de guaro se da!

Todo bajo la lógica de avanzar, de entender que el negocio de un narco centroamericano es subir la droga lo más posible, porque los kilómetros son dólares. El mismo narco de Rivas sabe que un kilogramo de cocaína que en su departamento vale 6 mil dólares en El Salvador se paga a unos 11 mil; en Guate, unos 12 mil; y en México, depende, si es en Chiapas, 15 mil, y si es en Matamoros, unos 20 mil.

* * *

El narco de Rivas me dice que el tiempo se le agotó, que debe ir a Managua a resolver un asunto, y que me pasará dejando en la gasolinera de la carretera. Mientras avanzamos, señala un motel, una tienda de variedades, un restaurante. Señala los sitios y menciona un nombre, el del narco que según él tiene dinero invertido en cada negocio. Interrumpe, porque recibe una llamada.

—Ajá, decime.... Sí... Entonces, ¿el sábado? ¿Cuatro? Pero decime si es seguro, porque yo pensaba salir del país.

Termina la llamada. Sonríe con orgullo, como quien ha querido demostrar algo que, a la

luz de un hecho concreto, ha quedado demostrado.

—Viene droga el sábado. ¿Que se acabó la droga? ¿Que si se va a acabar? ¡Ja!

Referencias

- Alcázar, J. (1999) El relativismo histórico en los géneros literarios. *Anuario de Letras Modernas*. 8, 11-21. Recuperado de http://www.filos.unam.mx/mis_archivos/u8/04_alcazar.pdf
- Almazán, A. (2008). Los Acapulco Kids. *Emeequis*.
- Almazán, A. (2008). En Michoacán la violencia viene de lejos. *Emeequis*.
- Almazán, A. (2011). Carta desde Durango. *Gatopardo*.
- Almazán, A. (2011). Chicas Kalashnikov. *Gatopardo*.
- Almazán, A. (2013). Acapulco Golden. *Gatopardo*.
- Alonso, M. (Diciembre, 2012). Historia de una institucionalización: La crónica-testimonio modelo, 1970-2005. *Textos Híbridos*. 2, 1-17. Recuperado de <http://share.snacktools.com/5AC86B6BDC9/fu9foiju>
- Amar, A. (1992). El relato de los hechos: Rodolfo Walsh testimonio y escritura. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Andréu, J. (2002). *Las técnicas de análisis de contenido: Una revisión actualizada*. Universidad de Granada.
- Arguedas, D. y Salazar, C. (2015, 1 abril) Entrevista Personal. Entrevista con Roberto Valencia (ver apéndice)
- Arguedas, D. y Salazar, C. (2015, 16 julio) Entrevista Personal. Entrevista con Alejandro Almazán (ver apéndice)
- Arguedas, D. y Salazar, C. (2015, 5 octubre) Entrevista Personal. Entrevista con Óscar Martínez (ver apéndice)
- Baldick, C. (2008). *The Oxford dictionary of literary terms*. Oxford University Press.
- Barthes, R. (1968). La muerte del autor. Recuperado de <http://www.cubaliteraria.cu/revista/laetradelescriba/n51/articulo-4.html>
- Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo 21 editores.
- Bocos, R. (2007). *La crónica periodística, el relato de un presente informativo*. En Bocos, R. (Ed.), *Aproximaciones al periodismo*. Argentina: Manuales Humanitas.

Bonano, M. (2007). *Las transformaciones en la prensa en la década de 1960. El Nuevo Periodismo y su relación con la narrativa de no ficción en Estados Unidos y Argentina*. En Bocos, R. (Ed.), *Aproximaciones al periodismo*. Argentina: Manuales Humanitas

Calvi, P. (mayo, 2010). Latin America's Own "New Journalism". *Literary Journalism Studies*, 2(2), 68-83. Recuperado de http://www.davidabrahamson.com/WWW/IALJS/LJS_v2n2_complete_issue.pdf

Callegaro, A. y Lago, M. (Julio, 2012). La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social. *Quórum Académico*, 9 (2), pp. 246-262. Recuperada de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199025105004>

Casanova, J. (2011). Mientras vuelve la luz: una entrevista con Alberto Salcedo Ramos. *El Malpensante*, 121. Recuperado de http://elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=2022&pag=1&size=n

Chandler, D. (1997). *An Introduction to Genre Theory*. Recuperado de http://www.aber.ac.uk/media/Documents/intgenre/chandler_genre_theory.pdf

Chillón, A. (1999). *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona

Chillon, A. (2006). Las escrituras facticias y su influjo en el periodismo moderno. *Tripodos*, 16, 9-23. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/Tripodos/article/view/41628/42415>

Chumaceiro, I. (2007). El análisis lingüístico del discurso literario: una forma de lectura. En Bolívar, A. (Ed.) *Análisis del discurso*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Domínguez. (2004). El Reportaje. En Cantavella, J & Serrano, J. *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. (pp 361-374). Barcelona: Editorial Ariel Comunicación.

Escobar, F. y Rivera, E. (2008) Nuestro modo de narrar la realidad. *Crónicas Latinoamericanas: Periodismo al límite*. San José: Fundación Educativa San Judas Tadeo.

Espinosa, R. M. (2008). La crónica periodística, entre la ficción y la realidad. *Conectados, Hipersegmentados y Desinformados en la Era de la Globalización*. Salta: Universidad Católica de Salta. Recuperado de http://www.ucasal.net/unid-academicas/artes-y-ciencias/congresos/redcom10/archivos/redcom-ponencia/Eje5/Mesa5-6/Espinosa_PN_.pdf

Esquivada, G. (2007). *Los nuevos cronistas de América Latina*. En Falbo, G. (Ed.), *Tras las huellas de una escritura en tránsito: La crónica contemporánea en América Latina*. Buenos Aires: Al Margen

Feria, S.R. (2008). *Técnicas literarias narrativas en las crónicas periodísticas de tres autores de la revista Etiqueta Negra* (Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Comunicación Social, Universidad Nacional del Centro de Perú). Recuperado de <http://www.comunicacionuncp.com/tesis/TECNICAS%20LITERARIAS%20NARRATIVAS%20EN%20LAS%20CRONICAS%20PERIODISTICAS%20DE%20TRES%20AUTORES%20DE%20LA%20REVISTA%20ETIQUETA%20NEGRA.pdf>

Flick, U. (2004). *Introducción a la Investigación Cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata

Foucault, M. (1969). *¿Qué es un autor?* Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/15927/1/davila-autor.pdf>

García, E. (2000). Literatura periodística o periodismo literario. Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, 4, 335-343

Genette, G. (1972). *El discurso del relato en Figures III*. Paris: Editions du Suleil. Recuperado de <http://www.ispla.su.se/gallery/bilagor/discurso-del-relato.pdf>

Gil, J.C. (2004). La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo. *Global Media Journal Edición Iberoamericana*, 1 (1), 26-39. Recuperado de http://www.gmjei.com/index.php/GMJ_EI/article/view/160/146

Given, L. (2008). *The Sage encyclopedia of Qualitative research method*. California: Sage

González, J y Sarmiento, M. (2002). *Gatopardo como manifestación del periodismo literario en América Latina*. (Monografía para optar por el Título de Comunicador Social Periodista, Universidad de la Sabana). Recuperado de <http://intellectum.unisabana.edu.co:8080/jspui/bitstream/10818/6258/1/126899.pdf>

Guerrero, G. (2010). *Neologismos en el español actual*. Madrid: Arco Libros.

Harcup, J. (2014). *Oxford dictionary of journalism*. United Kingdom: Oxford University Press

Herrscher, R. (2012) *Periodismo narrativo: cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona

Institute of Economics and Peace. (2015). *Global Peace Index 2015*. Recuperado el 26 de julio, 2012 de http://economicsandpeace.org/wp-content/uploads/2015/06/Global-Peace-Index-Report-2015_0.pdf

Jaramillo, D. (Ed.) (2012). Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno. En *Antología de crónica latinoamericana actual*. pp 11-47. Madrid:Alfaguara.

Kaplan, N. (2007). *La Construcción discursiva del evento conflictivo en las noticias por televisión* (Tesis de doctorado, Universidad Central de Venezuela). Recuperado de <http://www.dissoc.org/recursos/tesis/Tesis%20Nora%20Kaplan.pdf>

Kerbrat-Orecchioni, C. (1997). *La enunciación de la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Edicial.

Kramer, M. (1995). *Breakable rules for literary journalists*. Recuperado de <http://www.niemanstoryboard.org/1995/01/01/breakable-rules-for-literary-journalists/>

Krauss, W. (1971) Apuntes sobre la teoría de géneros literarios. *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*. 1, 79-90. Recuperado de http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/04/aih_04_1_010.pdf

Limia, M. (2005) *Periodismo y literatura, relaciones difíciles*. *Actas do III SOPCOM, VI LUSOCOM e II IBÉRICO* 4. 149-156

López Pan, F. (2010). Periodismo literario: entre la literatura constitutiva y la condicional. *Ámbitos*. (19), 97-116.

López, F. (2002). El análisis de contenido como método de investigación. *Revista de Educación*. 4 (11), 167 – 179.

Lorenz, M. (2012). Por qué debieran usar datos los periodistas. En Gray, J., Bounegru, L. & Chambers, L. (2012). *Manual de Periodismo de datos*. Recuperado de <http://interactivos.lanacion.com.ar/manual-data/index.html>

Martin, G. (1973). *Géneros periodísticos*. Madrid: Paraninfo

Martínez, J. (1974). *Redacción periodística*. Barcelona: ATE.

Martínez, O. (2011) Los hombres que arrastran clavos. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201105/cronicas/4135/Los-hombres-que-arrastran-clavos.htm>

Martínez, O. (2011) Guatemala se escribe con zeta. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201107/cronicas/4574/>

Martínez, O. (2011) Langostas pangas y cocaína. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201106/cronicas/4350/>

Martínez, O. (2012) Los hombres que vendían a las mujeres. *El Faro*. Recuperado de http://www.especiales.elfaro.net/es/salanegra_esclavitud/

Martínez Martínez, O. (2012) Narco hecho en Centroamérica. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201202/cronicas/7706/>

Maxwell, J. (2008). Designing a Qualitative Study. En Maxwell, J. *Qualitative Research Design: An interactive approach*. 214-253.

Méndez, E. (1999). Análisis de la reproducción del discurso ajeno en los textos periodísticos. *Pragmalingüística*. (7), 99-128

Merriam, S. (2002). *Introduction to qualitative research*. San Francisco: Jossey-Bass

Molero, L. (2007). El enfoque semántico-pragmático en el análisis del discurso: teoría, método y práctica. En Bolívar, A. (Ed.) *Análisis del discurso*. Caracas: Universidad Central de Venezuela

Moyano, S. (2007). *El discurso narrativizado y las normalizaciones citativas: Dos formas solapadas de caracterizar la palabra ajena*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Recuperada de <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.227/te.227.pdf>

PalauSampio, D. (2009). Estilo y autoría en la información. Una aparente ausencia de identidad. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*. 15 (1), 347-366

Palomo, V. (2013). El monólogo interior en dos fragmentos modernistas: The Waves y Ulysses. *Revista Forma*. (2). Universitat Pompeu Fabra. Recuperado de http://www.upf.edu/forma/_pdf/vol02/forma_vol02_10palomovanessa.pdf

Peralta, D., Urtasun, M. (2007) La crónica periodística: lectura crítica y redacción. Buenos Aires: La Crujía

Pizarro, J. (2000). El análisis de estudios cualitativo. *Atención Primaria*. 25 (1), 42-46.

Puerta, A. (Enero, 2011). El periodismo narrativo o una manera de dejar huella de una sociedad en una época. *Anagramas*, 9(18), 47-60. Recuperado de <http://revistas.udem.edu.co/index.php/anagramas/article/view/354/317>

Reguillo, R. (2000). Textos fronterizos: La crónica, una escritura a la intemperie. *Guaraguao*, 4 (11), 20-29. Recuperado de <http://www.narrativas.com.ar/Apuntes/Cronica%20Reguillo.pdf>

Rodríguez, P. (2002). *La crónica en la prensa escrita. El Estilo como aval en tres plumas ejemplares: Joaquín Edwards Bello, Hernán Millas y Pedro Lemebel*. (Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Comunicación Social, Universidad Diego Portales). Recuperado de http://www.archivochile.com/tesis/10_tmdec/10tmdec0006.pdf http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4_A145.pdf

Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena

Salgado, A. (2007). *Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos*. Universidad de San Martín de Porres.

Sandoval, C. (1996). *Investigación cualitativa*. Bogotá: Instituto colombiano para el fomento de la educación superior.

Sanmartí, J. (2004). Más allá de la noticia: El periodismo interpretativo. En Cantavella, J & Serrano, J. *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. 333-359. Barcelona: Editorial Ariel Comunicación.

Santamaría, L. (1994). Estado actual de la investigación sobre la teoría de los géneros periodísticos. *Estudios sobre el mensaje periodísticos*, 1. Recuperado de <http://www.scribd.com/doc/8744116/Web>

Sierra, F. (diciembre, 2012). Del Boom al Big Bang: la ruptura del canon y la recepción del nuevo periodismo latinoamericano en España. *Revista Comunicação Midática*, 7 (3), 14-30. Recuperado de <http://www.mundodigital.unesp.br/revista/index.php/comunicacaomidiatica/article/viewFile/379/165>

Todorov, T. (1981). *Introducción a la literatura fantástica*. México DF: Premia

Todorov, T. (1987) El origen de los géneros literarios en *Teoría de los géneros literarios*. 1-17 Recuperado de <http://curso.ihmc.us/rid=1H9R2Q0CQ-20YB25S-SD/todorov.pdf>

United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC) (2012). *Transnational Organized Crime in Central America and the Caribbean: A Threat Assessment*. Recuperado de http://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/Studies/TOC_Central_America_and_the_Caribbean_english.pdf

Valencia, R. (2011). Yo violada. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201107/cronicas/4922/>

Valencia, R. (2011). Barrio Jorge Dimitrov. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201110/cronicas/6045/>

Valencia, R. (2012). Yo torturado. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201204/cronicas/8066/Yo-torturado.htm>

Valencia, R. (2012). Hormigas en el Centro Juventud. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201210/cronicas/9895/>

Valencia, R. (2012). Yo Madre. *El Faro*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201306/cronicas/12358/>

Valles, M. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: Centro de investigaciones sociológicas.

Villalobos, I. (2003). La noción de intertextualidad en Kristeva y Barthes. *Revista Filosofía Universidad de Costa Rica*, XLI (103), 137-145

Villanueva, J. (2006). El que enciende la luz en *Un día con Julio Villanueva Chang*. p. 48-73. Recuperado de <http://www.congresoperiodismo.com/pdf/chang.pdf>

Villoro, J. (2006, 22 de enero). La crónica, ornitorrinco de la prosa. *La nación*, Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>

Vivaldi, M. (1973). *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo, análisis diferencial*. Madrid: Parainfo.

Wolfe, T. (1972, 14 de febrero). The birth of the new journalism. *New York*. Recuperado de <http://nymag.com/news/media/47353/>

Wolfe, T. (1975). *The New Journalism*. Suffolk: Picador

Yanes, R. (2006) La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 32. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>